Lily Perozo

CAMBIA MI Suerte para siempre



Cambia mi suerte para siempre

Lily Perozo

Jessica Fermín Murray

Derechos de autor © 2024 Lily Perozo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

A todas las que creen en el primer amor.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
CAMBIA MI SUERTE PARA SIEMPRE
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
CAPÍTULO 75
CAPÍTULO 76
CAPÍTULO 77
CAPÍTULO 78
CAPÍTULO 79
CAPÍTULO 80
CAPÍTULO 81
CAPÍTULO 82

CAPÍTULO 83
CAPÍTULO 84
CAPÍTULO 85
EPILOGO
Agradecimientos
Libros en esta serie
Libros de este autor

CAMBIA MI SUERTE PARA SIEMPRE

“De repente aparece un día en el que por azares del destino tu corazón por fin habla. Habla para decirte todo aquello que habías reprimido por mucho tiempo. Solo te dice algo que ya sabías, pero te daba miedo aceptar, te dice cuáles son tus sueños, tus sentimientos e incluso te repite mil veces el nombre de la persona que amas locamente, pero no sirve de nada si solo lo escuchas, lo importante es… seguirlo”.

“Te quiero como para sanarte, y para sanarme, y sanemos juntos, para reemplazar las heridas por sonrisas y las lágrimas por mirada, en donde podremos decir más que en las palabras”

Mario Benedetti.

CAPÍTULO 1

Los pensamientos sobre Samira lo atacaban sin control, en cualquier momento; sobre todo, cada vez que llegaba a su apartamento. Día tras día, se enfrentaba al fantasma de sus recuerdos pululando por todo el lugar, arremetiendo contra sus puntos más vulnerables, era una tortura metódica y rutinaria. Aún guardaba la esperanza de que algún día, cuando abriera esa puerta, ya no existiera nada de ella.

Dejó el maletín en el sofá y caminó directo a la cocina, mientras tiraba de su corbata, aflojándola lo suficiente para poder desabotonar la camisa. Estaba agotado, física y emocionalmente, ya que se cargaba de trabajo para no pensar en nada más que no fueran sus obligaciones laborales; no obstante, fallaba olímpicamente porque los recuerdos de su gitana aprovechaban la mínima grieta, intentando llegar a él, de una u otra manera.

Se hizo de una copa, tomó la botella de Merlot que había dejado por la mitad y se sirvió un poco más de lo que bebió la noche anterior. Sacó la caja de pastillas que llevaba en el interior de su chaqueta y tomó un comprimido con un gran trago de vino. Resopló, al tiempo que dejaba la copa junto a la caja.

Sabía que no estaba bien lo que venía haciendo desde hacía seis semanas, cuando Samira lo desechó como el ser inútil que era, pero si no recurría a la sedación de sus emociones, estaba seguro de que no encontraría la fuerza para soportarlo. Y así mismo como ella le había dicho en aquel maldito mensaje que, con gran masoquismo, leía todas las noches, intentando encontrar ahí la razón de su abandono, no podía dejar que su mundo, su vida, todo de sí se redujera a ella, porque habían muchas personas que lo valoraban y lo querían mucho más de lo que podía quererse a sí mismo. Pensar en ellos y en el dolor que pudiera causarles con esa idea que había estado rondando su cabeza, más veces de las que le gustaría admitir, era lo que lo llevaba a recurrir a los ansiolíticos, para poder estar tranquilo cuando en soledad su tortura se hacía más intensa.

Inhaló fuertemente y con otro trago terminó lo que quedaba en la copa; en la botella aún había un poco y se vio tentado a servírselo, pero se resistió y desvió su atención hacia la ducha, donde se quedaría un largo rato.

Avanzaba por el pasillo cuando sintió su teléfono vibrar en el bolsillo del pantalón y su estúpido corazón se empeñaba en dar un vuelco, auspiciado por la esperanza de que fuese ella, pero bien sabía que al mirar la pantalla todo su optimismo se iría a la mierda, porque no había dado señales de ningún tipo, ni siquiera había actualizado la lista de reproducción que compartían, a pesar de que él la había saturado con cientos de canciones que trataban sobre perdón, desamor y desesperación.

Después de todo, era el único medio por el que estaban unidos, ya que él intentó con el teléfono, el correo electrónico, la buscó por redes sociales, sin ningún resultado positivo. Simplemente, se había disipado como humo, como si nunca hubiese existido.

Como cada noche, era su abuelo, quien le llamaba para preguntarle si había llegado bien; suponía que él sospechaba que algo le estaba pasando, porque no solía inmiscuirse de esa forma en su vida, pero no quería contarle a nadie por lo que estaba pasando, no deseaba rectificarle a su familia que era un perdedor. Ese único miembro que no encajaba con ellos, ese que echaba todo a perder; una vergüenza, eso era.

Inspiró profundo antes de contestarle, para que su voz sonara más animada. Le aseguró que

todo estaba bien, a pesar de que su abuelo intuía que algo le pasaba; no tenía la certeza de que Samira lo hubiese abandonado, porque desde entonces, había ido tres veces a Santiago.

La primera vez, hizo el viaje porque no podía creer que realmente se había marchado, a pesar de su mensaje de despedida, de la nula comunicación y de que Ramona le asegurara que no estaba, necesitó confirmar que era cierto, que su gitana lo había abandonado. Ramona lo recibió y solo le entregó la caja con los libros de su abuelo.

Por más que le preguntó, ella se empeñó en afirmar que no conocía su paradero. Aunque él estaba seguro de que le mentía, pero cómo obligarla a que tan solo le diera una pista. Así que fue a la casa en El Arrayán, dejó la caja, pidió que pusieran los libros en su lugar y regresó a Río.

La siguiente semana, volvió; Julio César y Daniela, aceptaron reunirse con él, pero tampoco quisieron darle un mínimo detalle. Pero actitud bastante hostil le hacía suponer que estaban al tanto de algo que él desconocía y que había molestado a Samira.

Si tan solo tuviera la oportunidad de hablar una vez más con ella y preguntarle qué había hecho mal, en qué se equivocó. Porque intentó seguir todas las pautas para tener una buena relación y, al parecer, terminó arruinándolo. Esa incertidumbre era la gasolina que mantenía vivo el fuego de su constante malhumor.

La tercera y última vez que visitó Santiago, lo hizo para reunirse con Rafael, fue quien se mostró genuinamente desconcertado, estuvo de acuerdo en que Ramona, Daniela y Julio César, debían saber dónde estaba, porque ellos eran inseparables y se contaban todo, le prometió que intentaría averiguar algo.

De eso ya habían pasado ocho días y seguía a la deriva, en medio de un caos que lo mantenía sin rumbo; atormentado por resoluciones inconclusas, que le dejaban siempre el mismo sabor amargo.

En cuanto terminó la llamada con su abuelo, lanzó el teléfono a la cama y se fue al baño, se quedó ahí, bajo la regadera, con el agua caliente cayendo por su espalda mientras lloraba, una vez más, sin sentir las lágrimas.

Muchas veces quería dejar su mente en blanco, pero el problema con su cabeza era que nunca estaba despejada, su cerebro en ese momento era una casa para sus demonios, que ahora eran más numerosos y se alimentaban de sus angustias.

Era consciente de que el demonio más violento era él mismo, sobre todo, desde que Samira desapareció; se sentía despojado, sentía que algo se había apagado en él y no sabía cómo volver a encenderlo. No conseguía reponerse, creía que quizá se lo tomó todo muy a pecho, que Samira solo significó un respiro a sus verdaderos miedos, y ahora que se marchó, volvieron a salir a la superficie. Quizá se arriesgó más allá de sus límites y ahora que no funcionó su breve historia de amor, todo era todavía peor.

Intentaba recuperarse, pedir una cita con Danilo, contarle lo que le pasaba, pero las sensaciones de rechazo, injusticia y ausencia emergían y no lo dejaban salir del hueco en el que se encontraba.

Salió de la ducha, envolviéndose una toalla en las caderas, regresó a la cocina y abrió la nevera, en busca de algo para comer, porque sabía que el dolor de cabeza que no le daba tregua, se debía a que apenas se había alimentado en los últimos días.

En un tazón echó yogurt, arándanos, frambuesas y un poco de granola, de pie junto a la isla de mármol, apenas se comió unas cuantas cucharadas, porque ya se sentía adormilado.

Regresó a la habitación, se cepilló los dientes, se puso el pantalón del pijama y se metió a la cama, esperando que la ausencia de Samira no lo atormentara también en sueños.

Samira se sentía como un rompecabezas ambulante, que iba esparciendo sus piezas día tras

días, resignada a no volver a verlas, a seguir adelante a pesar de que la ausencia de Renato, la hacía ver como si se hubiese tratado de un sueño; como si el tacto de su piel hubiese sido parte de la más hermosa alucinación, que poco a poco se había ido convirtiendo en una pesadilla, porque no podía olvidarlo, incluso, cuando debía. Dolía como el día en que vio ese mensaje que se convirtió en el preludio de sus destrozadas ilusiones. Era un dolor casi físico, porque sentía como si tuviese algo enterrado en el pecho y cada vez que respiraba se hundía más.

Creyó que su dolor era demasiado intenso, porque le quedaba mucho tiempo para pensar e; indiscutiblemente, siempre terminaba extrañando a Renato, pero ya llevaba una semana trabajando en una pequeña cafetería, en la que no paraba de servir churros y chocolate caliente, y todavía se imaginaba regresando a Rio, para buscarlo; se veía a sí misma arrojándose a sus brazos y llenándolo de besos, pero una vez que reparaba en su nueva realidad, el vacío no hacía más que crecer.

Vivía como en un duelo perpetuo, Renato era como una herida que se rehusaba a sanar. Pensar en él, la llenaba de una calma momentánea y, después, el dolor era tan intenso que llegaba a odiarlo.

Solo en las noches, cuando se metía a la cama con triple cobija hasta el cuello, para sobrevivir al frío, era que se permitía llorar bajito, para que Romina y Víctor no escucharan su sufrimiento, mientras recordaba a Renato con sus manos grandes y delgadas recorriendo las curvas más pronunciadas de su cuerpo. Pensaba en sus labios llenos y las caricias apasionadas que había repartido por toda su piel, en la suavidad de su cabello oscuro, en sus ojos azules y en el último momento íntimo que tuvieron.

Despertó con el pecho adolorido y las lágrimas al filo de los párpados, agradeció que la alarma de su teléfono la sacara de ese momento en que veía a Renato disfrutando del placer que Lara le otorgaba a través de una felación.

Llevaba un par de semanas sin que su subconsciente la torturara de esa manera, pensó que lo estaba superando, pero se daba cuenta de que estaba equivocada, porque la pesadilla seguía ahí, constante. Renato junto a la rusa aparecía en sus sueños más profundos, así como también él se apoderaba de los instantes de lucidez con los recuerdos de todo lo que vivieron juntos. Renato perduraba en su mente, como un fantasma imposible de exorcizar, como la realización de todas sus culpas y los deseos que debía reprimir, una vez más.

Se apresuró a silenciar la alarma, se levantó, acomodó la cama y se fue al baño, donde le fue imposible no derramar algunas lágrimas mientras se duchaba. Veinte minutos después, salía de la habitación, ya vestida para irse al trabajo; pero antes, prepararía el café.

—Buenos días —saludó Víctor, ya también listo para ir al trabajo.

—Buenos días —correspondió Samira con una leve sonrisa, mientras buscaba tres tazas para servir café y metió al microondas unos cruasanes de nutella, que había comprado el día anterior en el café en el que trabajaba.

Víctor y Romina no querían que les ayudara con los gastos, aun así, ella no podía estar ahí sin dar nada, por lo que, utilizó algo del dinero que aún le quedaba, aprovechando que había empezado a trabajar y tendría muy pronto ingresos, para comprar algunos alimentos, los cuales acomodó entre la despensa y nevera, sin decirle nada a ellos, para que no le recordaran que no era necesario que hiciera ese tipo de gastos.

—Hola, muy buenos días. —Romina apareció, intentando abotonarse los puños de la blusa, pero se dio por vencida—. Amor, ¿me ayudas? —preguntó, extendiéndole la mano a su marido, que estaba sentado en el comedor redondo de cuatro puestos—. ¡Qué rico huele!

—Es la Nutella —dijo Samira, al tiempo que ponía sobre la mesa el plato con los cruasanes.

Miró cómo Víctor ayudaba a Romina, le gustaba mucho la complicidad y amor que veía en ellos. No eran como una pareja de gitanos comunes o como los que ella conocía. Víctor solía ser muy servicial con Romina, él no era de los que se quedaba viendo televisión mientras ella limpiaba, sino que entre los dos se repartían los oficios del hogar, también solían salir cada uno con sus amigos, él no la limitaba en absoluto.

A Samira le fue imposible no pensar que, quizá, Adonay podría ser más como Víctor, desprenderse un poco de las estrictas costumbres regidas por el machismo con que lo había criado su tío Bavol.

En cuanto Romina tuvo abotonados los puños de su blusa, fue hasta la cocina para ayudarle a Samira con las tazas de café. Y luego fueron al comedor; mientras desayudan, mantuvieron una afable conversación.

Sin embargo, Romina y Víctor se dedicaron fugaces miradas, de acuerdo con que Samira había llorado una vez más. A pesar de que ella se esforzaba por mostrarse animada, desde que llegó, la habían escuchado llorar varias veces, lucía pálida, melancólica y hasta había perdido unas cuantas libras, lo que le deba un aspecto casi enfermizo.

Al principio, supusieron que solo se trataba de la nostalgia que le provocaba venirse a probar nuevos rumbos, pero con el transcurso de los días y las noches de llanto, decidieron llamar a Ramona, para que les explicara mejor la situación. Ella fue muy sincera al decirles que Samira no estaba pasando por su mejor momento, que estaba enfrentando una desilusión amorosa, pero que no quería decir nada al respecto porque le avergonzaba, les hizo prometer que no le dirían nada para no incomodarla.

No obstante, una noche, ya muy tarde, que la escucharon llorando, Romina salió de su habitación y fue a verla, a pesar de que Samira se esforzó por esconder su estado emocional, no pudo y terminó llorando en los brazos de Romina, mientras esta la consolaba con palabras cariñosas y caricias en el pelo; le confesó casi todo lo que había pasado con Renato, porque la vergüenza y el miedo de ser juzgada no le permitieron decirle que fue tan tonta y que echó al fuego su honra.

Se apuraron en terminar con el desayuno porque todos debían ir a sus trabajos. Romina y Víctor se iban en auto, mientras que Samira caminaba las seis calles para llegar al café en el que estaba trabajando.

A pesar del frío, aprovecharía el trayecto para escuchar el audiolibro de superación emocional que Julio César le había obsequiado, se puso los auriculares, se ajustó la bufanda y metió las manos en los bolsillos de la gabardina, mientras se concentraba en escuchar sobre el complejo viaje que requería trascender las catástrofes de la vida con valor y resiliencia, ya fuese por el final de una relación amorosa o por un colapso profesional.

Cuando llegó, se encontró con su jefa, por quien sentía una gran admiración, a pesar del poco tiempo que la conocía. Lena era una joven de apenas veintitrés años, que estaba luchando por ese emprendimiento, con el que tenía menos de un año. Samira amaba su pelo teñido de azul, su estilo bohemio y su positivismo, que, sin duda, había trasladado a su negocio.

Tenía a tres personas trabajando para ella, porque era lo que de momento se podía permitir pagar; antes de Samira, solo tenía dos empleados, a Pablo en la cocina y a Javier ateniendo las mesas, mientras que ella misma se encargaba de cobrar. Debido al invierno, su clientela fue en aumento y por eso requirió de otra persona, fue ahí cuando un día, en una de las largas caminatas que Samira daba, para no quedarse encerrada llorando, que vio entre tantos locales bohemios del barrio Malasaña, el cartel en el que solicitaban personal.

Lena no le hizo muchas preguntas, ni exigió tantas cosas, solo le pidió que fuera al día

siguiente muy temprano, porque era la hora de más clientela. Al parecer, los visitantes, en su mayoría provenientes de la zona, sentían cierta debilidad por los churros que ahí se preparaban y que, según Lena, eran la receta tradicional de su abuela materna.

—Buenos días, Lena —saludó sonriente, al tiempo que pausaba el audiolibro, luego se quitó los auriculares.

—Buenos días, Samira —respondió con una sonrisa mientras abría la puerta. Le agradaba la chica nueva, porque siempre llegaba antes de la hora, lo que le era bastante beneficioso, porque le ayudaba con los preparativos previos a la apertura; además, tenía una personalidad bastante encantadora, atendía con gran entusiasmo y amabilidad, era servicial y enérgica.

Samira pasó al fondo, donde estaba un perchero y un armario en el que dejaba sus cosas, se quitó los guantes, el gorro, la gabardina, se cambió el jersey por la blusa del uniforme, se puso el delantal y se guardó el móvil en el bolsillo.

Lena le permitía tenerlo y usarlo, siempre y cuando no hubiese muchos comensales. Cosa que pasaba a eso de las once de la mañana, cuando la demanda de churros, magdalenas y chocolate caliente menguaba un poco.

El nuevo proceso de adaptación no estaba siendo para nada fácil; primero, porque seguía pensando en Renato, flagelándose a sí misma con alevosía. Quería verlo, aunque fuese una última vez, luchaba constantemente con sus ganas de echar su dignidad a la mierda y volver, enfrentarlo, gritarle cada reproche que había estado pensando desde que se montó en el avión y se arrepintió de no escupirle a la cara todo lo que había descubierto; por otro lado, intentaba adaptarse a un nuevo estilo de vida, aprender el significado de los nuevos modismos que a veces la dejaban en blanco y debía buscar ayuda con Lena, para que le dijera el significado de algunas palabras.

A mediodía, Lena aprovechaba para ir a su piso, que estaba a un par de calles, necesitaba darle de comer a Gatsby, su gato, que ya Samira lo había visto en fotos, era un hermoso angora turco, blanco con un ojo azul y otro verde. Lena hablaba de este como si se tratara de un niño, incluso, le contó que su nombre se debía a que su libro favorito era «El gran Gatsby».

Verla tan animada, le hizo tener la resolución a Samira, que una vez que se mudara a un lugar que fuese solo para ella, adoptaría uno, para así no sentirse tan sola, necesitaba un confidente a quien contarle sus penas y alegrías. Ya que, por arriesgarse al amor, había perdido a su mejor amigo; sí, tenía a Ramona, a Julio César y a Daniela, pero ni siquiera con ellos había creado esa complicidad que creó con Renato.

Lena se despidió, diciendo que volvería en una hora, Samira terminó de limpiar y organizar las mesas y fue a sentarse detrás del mostrador, junto a Javier, quien de momento se quedaría encargado del café, en ausencia de la dueña.

Pablo también aprovechaba para salir de la cocina y sentarse con su portátil en uno de los taburetes de la barra de madera que estaba contra la pared, al final del pequeño local. Agradecía esos momentos libres para adelantar su otro trabajo como desarrollador web. Por supuesto, Lena se lo permitía porque él se había encargado de crear la marca digital y llevar el mercadeo del café.

Ya a esa hora un vacío empezaba a instalarse en el estómago de Samira, precediendo a la emoción cargada de culpa que se despertaba con la llegada de una notificación, esa que de alguna manera mantenía a sus esperanzadas agonizando. Se moría por morderse las uñas, pero no podía hacerlo, no era higiénico, sobre todo, porque trabajaba manipulando alimentos. Javier le hablaba sobre la fiesta a la que fue la noche anterior, pero Samira no podía escucharlo, su voz no era más que un lejano eco que se perdía entre los latidos desaforados de su corazón.

Trataba de no parecer una obsesa mirando la pantalla de su móvil, ni una maleducada por no estar prestando atención a lo que le decía su compañero de trabajo; sin embargo, cuando sintió la vibración de la notificación, dio un respingo y el corazón se le saltó un latido, de inmediato desplegó el visor para ver el mensaje.

«Renato ha agregado una nueva canción: Baja la guardia, Santiago Cruz».

Por supuesto que no iba a entrar en la aplicación, para no ponerse en evidencia, pero de inmediato memorizó el tema.

—Disculpa, Javier, voy al baño, ya vengo… —Le dijo saltando del taburete en el que estaba sentada, casi corrió al baño. Pablo le dedicó una mirada de reojo.

Ellos habían notado que a esa hora siempre recibía un mensaje importante; después de todo, eran pocos sus contactos, pero a esa hora ella corría a encerrarse al baño y, algunas veces, salía con evidentes huellas de llanto, pero todavía no le tenían la confianza suficiente para preguntarle qué era eso que la emocionaba al punto de hacerla llorar.

Se sentó en la tapa del retrete y buscó por fuera la canción. Renato, día a día, seguía agregando una canción al despertar, algo que para ella era el método de tortura más cruel que pudiera existir.

Una pequeña parte de su ser le susurraba que creyera, le pedía que se comunicara con él, para aclarar las cosas como adultos, pero el miedo a descubrir que su abuela, su madre y sus cuñadas siempre tuvieron razón sobre los payos, era más poderoso. Muy en el fondo, no quería odiar a Renato y sabía que eso pasaría si llegaba a tener la certeza de que, para él, solo fue el cheque de cambio por toda la ayuda que le prestó.

Sí, ella había cedido, tomó sus decisiones conscientemente, quiso estar con él y darle mucho más que su amistad, pero en ese punto no sabía si fue manipulada, si él siempre supo cómo jugar sus cartas, para que fuese ella misma quien cayera en la trampa.

Entró a otra aplicación para escuchar la canción, ya con un nudo en la garganta, porque estaba segura de que la letra tocaría las fibras más sensibles de su ser.

No sé cuántas veces puedas repararte la ilusión,
Sé que te estás sintiendo muy herida
Nunca he sabido como hacer las cosas,
Colecciono amores y derrotas,
Y hoy le doy nombre a tu dolor…

Enseguida las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas a pesar de que usaba una esquina del delantal para secarlas, pero eran tan abundantes que no le daba tiempo de deshacerse de todas.

Se mordía fuertemente el labio para no sollozar y que sus nuevos compañeros escucharan su sufrimiento. Era tan masoquista que, sabiendo que cada canción la hacía llorar, no podía esperar para escucharla. Sorbió fuertemente y luego agarró una bocanada de aire, en busca de calma y valor, con dedos temblorosos pausó la canción, no tenía caso escucharla si no cambiaría nada.

En un arranque de rabia e impotencia, pulsó la aplicación de música donde estaba la lista de reproducción que compartía con Renato, consideraba que era momento de cortar el único hilo que la unía a él. Presionó hasta que la aplicación le preguntó si estaba segura de eliminarla, tragó grueso y con la mirada borrosa por todas las lágrimas que acudían raudas, miraba ese «Sí-No»

Apretó fuertemente los dientes y los párpados.

—Mierda… —masculló en medio de un sollozo cargado de impotencia y terminó pulsando «No». Por más que quisiera, aún no estaba preparada para sacarlo definitivamente de su vida—.

Soy tan estúpida —chilló, limpiándose con los nudillos un hilillo de mocos y lágrimas que se escurrió por su labio superior—. Estúpida…, no quiero odiarte, pero sé que tengo que hacerlo para poder olvidarte…

—Samira. —El llamado a la puerta hecho por Javier, hizo que ella diera un respingo.

—Sí, sí…, ya voy, enseguida salgo —dijo toda azorada y con la voz ronca, con movimientos nerviosos y torpes se guardó el móvil en el bolsillo del delantal, al tiempo que se levantaba.

—¿Estás bien? —Su voz se dejó escuchar amortiguada al otro lado de la puerta.

—Sí, sí, ya salgo, en un minuto —hablaba al tiempo que sus manos acunadas se llenaban de agua.

—No, no te apures, solo quería saber si te sientes bien.

—Estoy bien, gracias… —Se llevó las manos a la cara, esperando que el agua bastante fría ayudara con la ligera inflamación de sus párpados y su nariz sonrojada.

—Bueno, tranquila. Tómate el tiempo que necesites.

Samira suspiró aliviada porque no tenía que salir enseguida; no obstante, daría lo que fuera para saber cuánto tiempo era que necesitaba para reponerse al dolor, cuánto tiempo se llevaría en sanar las heridas de su corazón.

CAPÍTULO 2

En cuanto Renato despertó, cumplió su casi religioso ritual de buscar alguna canción que expresara sus sentimientos y dejarla en la lista de reproducción que, en realidad, ya no sabía si compartía con Samira, porque era evidente que solo él la mantenía actualizada.

Aunque sabía que no obtendría ninguna respuesta, se negaba a perder la esperanza de que ella le diera algún indicio de que, por lo menos, no lo había olvidado, que el tiempo compartido con él no fue tan insignificante y que atesoraba algún bonito recuerdo.

Salió de la cama y se fue a la ducha, pero para cuando salió, sus emociones, que estaban en un cambio constante debido a la incertidumbre con la que vivía, habían mutado, ahora ya no sentía nostalgia ni se compadecía de sí mismo, estaba molesto e irritable, por lo que, se vistió con movimientos enérgicos y el ceño fruncido.

En su camino a la salida tomó la caja de pastillas, donde la había dejado la noche anterior y la guardó en el bolsillo interno de la chaqueta. Sabía que debía tomar el control de sus emociones, hacerse dueño de la situación y terminar de aceptar de una vez por todas que Samira ya no volvería con él. Ella había cambiado su destino, quién sabe a dónde, quizá decidió volver a Rio y casarse con Adonay.

Entonces, él también empezaría a hacer cambios para erradicarla de su vida, subió a la SUV y mientras esperaba a que el ascensor bajara, buscó su móvil y le envió un mensaje a Aline, para ver si podían reunirse durante el almuerzo, estaba decidido a hacer algo que pudiera llevarse el recuerdo de Samira.

Aline no le respondió de inmediato ni esperaba que lo hiciera, por lo que, lanzó el móvil al asiento del copiloto y puso en marcha el auto, se despidió del hombre de seguridad con un gesto de la mano a través del cristal delantero, como siempre solía hacerlo, una conducta que se hizo costumbre sin importar que su estado de ánimo estuviese totalmente desequilibrado, pero había aprendido a llevar muy bien una máscara con la cual ocultar sus emociones.

Estuvo a punto de entrar en el estacionamiento del café al que siempre llegaba a por un capuchino, pero cada vez que volvía con vaso en mano, inevitablemente miraba a través del retrovisor al asiento trasero, rememorando aquel instante en que vio ahí a Samira. Apretó fuertemente el volante y siguió de largo, obligándose a hacer esos cambios que se había prometido, solo esperaba que esa resolución fuese definitiva y no producto de una rabia efímera.

Prefirió desviarse al autoservicio de Starbucks y conformarse con el capuchino de ahí, que, a su gusto, no era el mejor; sin embargo, todo cambio traía consigo algún sacrificio.

Agradeció a la joven que le tendió el café a través de la taquilla, lo dejó en el portavasos y siguió con su camino, en ese momento, no tenía ganas de escuchar música ni sumergirse en cualquier historia de un audiolibro, mucho menos practicar su pronunciación de coreano, apenas si le daba pequeños sorbos al café y cuando se veía atascado en algún semáforo, miraba a las demás personas en sus vehículos, intentado descifrar cómo era la vida de ese desconocido.

El conductor de al lado derecho tenía un aspecto bastante cansado y lo confirmaba el gran bostezo que lo llevó a abrir exageradamente la boca y cerrar los ojos.

A su lado izquierdo, otro hombre cantaba a viva voz, mientras movía los hombros; sin duda, estaba mucho más animado. Al verlo mirar sobre su hombro, descubrió que el motivo de su buen humor era una niña de unos tres años, que también cantaba y meneaba la cabeza en el asiento trasero, lo que hizo que él sonriera.

Una sonrisa genuina en seis semanas; no obstante, su leve animosidad se esfumó casi enseguida, dando paso a la desolación, al recordar que en algún momento mientras duró su corta relación con Samira, se imaginó conformando su propia familia, con niños incluidos, a pesar de sus temores que, estaba seguro se harían más intensos por el simple hecho de tener bajo su responsabilidad la vida de un pequeño e indefenso ser humano, pero ahora, ni siquiera eso tenía, estaba seguro de que jamás conseguiría a nadie más, nadie iba a soportarlo, estaba convencido de que su futuro iba a ser tan solitario y triste como era su presente.

Los ojos se le llenaron de lágrimas que no derramó, volvió la mirada al frente, al tiempo que apretaba la mandíbula tan fuerte como sostenía el volante, obligándose a contener sus emociones. Sabía que estaba a punto de entrar en un nuevo episodio depresivo, en el que solo buscaría regresar a su apartamento y meterse en la cama, para quedarse días ahí en medio de la penumbra, hasta que se le pasara o que se hiciera tan intenso al punto de no encontrar la forma de superarlo, esa era una idea que después de mucho tiempo, volvía a seducirlo, la única salida que muchas veces estimó a sus desbordadas emociones que tanto lo hacían sufrir.

Al llegar al edificio, se quedó varios minutos en su plaza del estacionamiento, haciendo hondas respiraciones, preparándose para no exponerse vulnerable delante de los demás, porque le aterraba ser merecedor de compasión. No quería palabras que no le ayudarían en nada, no necesitaba el típico: «te comprendo», porque estaba seguro de que nadie podría entenderlo, nadie podría luchar sus batallas, ni ponerse en sus zapatos.

Tomó de la guantera un par de pañuelos desechables y se los pasó por la frente y nuca, a pesar de que tenía el aire acondicionado a tope, sentía que el sudor no le daba tregua, probablemente, ni siquiera estaba sudando, pero ese era el mal de sus manías, sentir todo demasiado real.

Luego tomó su maletín, su móvil, lo que quedaba del café y bajó de la SUV; de camino a la oficina, tuvo que dar los buenos días, por lo menos a una veintena de personas con las que se cruzó.

—Buenos días, Drica —saludó a su asistente, que lo esperaba ya de pie con tabla electrónica en mano.

—Buen día, Renato… Alguien te espera en la oficina —dijo con una de esas sonrisas tan francas que él envidiaba.

A Renato el corazón se le alteró, la esperanza más cruel le pintó el panorama de que una vez abriera la puerta se encontraría a Samira sentada en el sofá, con una de sus más adorables sonrisas, ni siquiera le dejó cabida a la razón de que jamás podría pasar el filtro de seguridad para poder estar ahí, solo ansiaba verla una vez más, por lo que, avanzó rápidamente y conteniendo el aliento entró.

Sí, lo recibió una maravillosa sonrisa, pero no fue la de su gitanita, se trataba de Elizabeth, aunque la decepción de no ver a Samira le pellizcaba el corazón, se sintió gratamente sorprendido de ver a su prima ahí.

—¡Hola, Renatinho! —saludó abriendo los brazos y caminando hacia él.

—No… no te esperaba, ¿a qué se debe tu sorpresiva visita? —preguntó dándole un rápido abrazo en la medida de lo posible, ya que tenía las manos ocupadas, luego caminó al escritorio y dejó ahí el maletín y el vaso de café, mientras hacía todo lo posible por no encarar a Elizabeth, porque ella solía ser muy persuasiva.

—Quise venir a recordarte que tienes un compromiso muy importante el domingo y que no puedes eludir. —Se sentó en el escritorio y se quedó ahí sin importar la mirada reprobatoria de su primo, que no le gustaba que se sentara ahí, pero ella siempre lo hacía, por el simple placer de

ver cómo cambiaba su gesto—. Sabes a lo que me refiero, ¿cierto?

—Tu desfile —masculló—. Cómo podría olvidarlo, eso sería imperdonable…

—Sé que no te gustan ese tipo de eventos —comentó Elizabeth, ante el tono de voz casi hastiado que usó Renato—. Entiendo que te agobien, pero ¿puedes hacerlo por mí? —Batió sus pestañas, usando su encanto para convencer a su primo.

—¿Cuándo no te he apoyado en todas tus locuras? Si ya te acompañé a una favela, ¿qué otra cosa no podría hacer por ti? —dijo alzándose de hombros a pesar de no estar pasando por el mejor momento; de verdad, quería estar ahí para Elizabeth, porque sabía cuán importante era para ella, solo esperaba que a último momento su depresión no fuese más fuerte que su voluntad y lo obligara a romper esa promesa, como ya había hecho con muchas más.

Elizabeth soltó un chillido de emoción y se fue contra él, abrazándolo fuertemente, a Renato le tomó algunos segundos reaccionar, pero, a fin de cuentas, correspondió cohibido, dándole palmaditas en la espalda, a pesar de que sentía que lo estaba asfixiando.

—Sabes que te quiero muchísimo, eres mi primo favorito, pero que esto quede entre los dos, no se lo digas a Matt, mucho menos a Liam —confesó, haciendo más apretado el abrazo. Confirmando así que no era una absurda idea suya, Renato estaba mucho más delgado, su aspecto se notaba bastante decaído. ¿Cuándo fue la última vez que se vieron? ¿Hacía cuatro, cinco semanas? Podía asegurar que había bajado por lo menos unos siete u ocho kilos.

De manera inevitable, se preocupó, se moría por decirle sobre su muy evidente aspecto desgarbado, pero con Renato siempre era complicado, no sabía si lo que pudiera decirle sobre su semblante terminaría haciéndolo sentir muy mal.

—Es bueno saberlo —respondió al romper el abrazo y retrocedió un paso con una sonrisa que intentó fuese animada—. Supongo que ya tienes la fantasía que usarás.

—Sí, ayer me hicieron la última prueba… ¿Quieres verla? —preguntó animada, buscando el móvil en su cartera.

—Bueno, está bien. —Imposible negarse al ver la ilusión brillando con tanta intensidad en los ojos plomizos de Elizabeth—. ¿No es muy reveladora o sí? Porque si lo es, corres el riesgo de que te quedes sin padre… A tío Sam podría darle un infarto.

—Es preciosa, sí… Estoy segura de que papá pondrá el grito al cielo —hablaba mientras buscaba en su móvil las fotografías que recién se había hecho el día anterior—. Pero ya sabes que hace sus rabietas y luego se le pasa, igual, como está tan molesto conmigo, al punto de no dirigirme la palabra, me ahorraré el sermón… —Su tono se pintó de melancolía, pero volvió a sonreír al mirar en la pantalla lo hermosa que era la fantasía que usaría para el desfile del carnaval—. Mira —dijo mostrándole con una amplia sonrisa las fotos a su primo.

—¡Uao! ¡Vaya! —exclamó, verdaderamente sorprendido, sus parpadeos se intensificaron mientras se rascaba la nunca con una mano y con la otra tomaba el móvil que Elizabeth le ofrecía —. Es… es muy bonita… —contestó, sí que es arriesgada, pero Elizabeth se cotizaba en el mercado por ser una de las mejores modelos pagadas por desfilar ropa interior; así que, verla en ropas mínimas era una constante, sin embargo, eso era otro nivel de exhibición, era puro arte, pero también provocador.

—Cierto que lo es —dijo con una gran sonrisa.

—Sí, ¿son pegadas una a una? —dijo admirando las pocas mariposas que le cubrirían el cuerpo—. ¿O están unidas por algún tipo de transparencia?

—Son pegadas una a una…, me lleva seis horas, en realidad, casi siete, pegarme todo eso.

Renato silbó impresionado.

—El tocado parece pesado.

—Lo es, bastante, pero sé que valdrá la pena…

—Sé que ese día serás la más hermosa.

—También lo sé —dijo guiñándole un ojo.

Renato sonrió y negó con la cabeza al tiempo que le devolvía el teléfono. Elizabeth jamás había sido partidaria de la falsa modestia, se sabía hermosa y alardeaba de ello, pero sin llegar a ser pretenciosa.

—Bueno, bueno… Ya hemos hablado mucho de mí. Tú, ¿cómo estás? —Ladeó la cabeza buscando la mirada de Renato, pero él se la esquivó al rodar la silla—. ¿Cómo van tus cosas? Sé que la semana pasada terminaste el máster, deberíamos ir a almorzar para celebrarlo.

Renato aprovechó para sentarse y desviar la mirada a la pantalla de la computadora, que con un ligero movimiento del ratón sacó del estado de reposo.

—Bien, igual que siempre, hasta el cuello de ocupaciones. —No tuvo que pensar mucho la respuesta, a fin de cuentas, era la que siempre daba, le salía natural, aunque un obstinado nudo de lágrimas se le atorara en la garganta, por lo que, tragó para pasarlo, lo menos que deseaba en ese momento era que su voz se viera afectada por sus reales emociones.

—A eso se le llama matar dos pájaros de un tiro. —Sonrió con tristeza y preocupación, porque notó cómo él tragó y la manera tan categórica en que la rechazaba—. Renato, los días de mierda también existen, está bien si no estás pasando por un buen momento, puedes decirlo y contar conmigo, aquí estoy para escucharte. —Se aventuró al tomarle la mano y apretársela.

Renato se quedó en silencio, estudiando la posibilidad de confesarle lo que le estaba sucediendo, pero después de varios segundos, llegó a la conclusión de que no quería empañar con sus problemas la felicidad que ella estaba experimentando con todo lo del desfile, a fin de cuentas, no tenían solución.

—Estoy bien, en serio… Apenas empieza el día, imposible que vaya mal; aunque, si piensas que tener cada punto de la agenda ocupado lo convierte en un día de mierda, sin duda, estoy hundido hasta el cuello —comentó sin atreverse a mirarla, aprovechó para entrar en su correo electrónico.

Elizabeth soltó una de esas carcajadas tan características de ella, de esas que hacía temblar todo el edificio y que disentía de su apariencia, imposible que él no sonriera cuando siempre lo contagiaba.

—¡Vaya día de mierda que tienes por delante! Pero ¿podrías escaparte para almorzar conmigo? Me encargaré de hacerte sonreír como acabas de hacerlo —dijo pellizcándole una mejilla, adoraba los hoyuelos que se le hacían.

—Si pudiera hacerlo, no lo dudaría, pero tengo un almuerzo de negocios —notificó sonrojado por el jugueteo de Elizabeth. No quería comprometerse con ella, porque estaba a la espera de la respuesta de Aline.

En ese momento, el teléfono sonó, Renato sabía que era Drica, para informarle sobre su compromiso, aunque no le había dado tiempo de revisar los primeros puntos de su agenda, bien sabía que tenía una reunión pautada.

—Acaba de llegar Martín Regueiro —anunció la asistente en cuanto Renato le atendió.

—Está bien, hazlo pasar. —Colgó y miró a su prima, que bajaba del escritorio—. Lo siento, no quiero echarte, pero tengo…

—Tranquilo, sé que debes cumplir con los horarios. —Se acercó y le plantó un beso en la mejilla—. Ya me dijiste que tienes ocupado el almuerzo, pero puedes invitarme a cenar.

—Está bien, veré si tengo tiempo…

Elizabeth negó con la cabeza mientras sonreía, bien sabía que Renato encontraría cualquier

excusa para no ir a cenar con ella. Y no porque no le agradara su compañía, sino porque era su manera de evadir cualquier conversación. Caminó a la salida y antes de abrir la puerta se volvió a mirarlo.

—Renato, siempre estaré para ti, cuenta conmigo para lo que sea…

—Lo sé, gracias… Nos vemos luego. —Bajó la mirada en busca del valor que necesitaba para romper la coraza que mantenía resguardadas sus emociones—. Elizabeth. —La detuvo antes de que se marchara, ella se volvió a mirarlo por encima del hombro—. Gracias, de verdad, aprecio que te preocupes por mí…

«Creo que necesito ayuda», se quedó con las palabras atoradas en el nudo de impotencia y dolor que se había fijado en su garganta.

Ella le sonrió y asintió, sin más demoras, abrió la puerta y se marchó, dándole paso a Drica, quien venía escoltaba por el contador.

La asistente les ofreció una amplia variedad de bebidas. Renato le solicitó solo agua, Martín prefirió un café americano. Drica salió en busca del pedido; mientras ellos esperaban, prefirieron entablar una conversación vagamente personal.

Tras cuarenta minutos, Renato no podía dilatar más la reunión, así que con un apretón de manos despidió al contador y se dedicó a buscar los documentos que debía llevar a la sala donde se reuniría con la junta directiva.

Mientras su tía Helena lideraba la conversación, desvió la mirada a la pantalla de su móvil, que acababa de iluminarse con una notificación entrante, era la respuesta de Aline.

Esperó hasta que terminó el compromiso, para revisar el mensaje, en el que la compradora personal le decía que tenía la tarde ocupada, pero que lo invitaba a su casa a cenar, así podrían conversar tranquilamente sobre sus requerimientos.

CAPÍTULO 3

Desde que conocía a Aline, era segunda vez que aceptaba una invitación a su casa, tanto ella como su marido eran de las pocas personas que le generaban confianza y que lo hacían sentir cómodo. Por lo que, no se negó cuando le propuso tratar el tema durante la cena.

Renato no quiso comentarle sobre su plan hasta que la cena fue servida. Sabía que a la mujer se le haría imposible ocultar la sorpresa ante semejante petición.

—Pero tu familia cuenta con una de las mejores decoradoras de interiores —comentó. No se estaba negando, solo que no comprendía del todo lo que Renato le solicitaba.

—Sí, solo que es demasiado amiga de mi abuela… y, la verdad, me gustaría hacer los cambios sin que ella se entere, por eso preferí pedir tu ayuda, sé que puedes hacerlo muy bien, conoces mis gustos —hablaba mientras picaba un trozo de salmón.

—Sí, claro que puedo hacerlo… ¿Para cuándo deseas empezar? —preguntó sin poder negarse a la solicitud del joven.

—Lo más pronto posible, quiero cambiarlo todo, muebles, cuadros, esculturas, colores de las paredes, lámparas… Quiero que parezca otro lugar.

—Es un gran cambio, ¿tienes pensado algún estilo? ¿Alguna paleta de colores? —curioseaba y le dedicó una mirada a su marido, que, a su vez, también parecía bastante desconcertado.

—No, dejo todo a tu criterio, lo único que quiero es que sea completamente distinto.

—Bien… ¿Y qué piensas hacer con todos los muebles? —Era consciente de que ese apartamento no tenía ni dos años de haber sido amoblado y que todos pertenecían a exclusivos diseñadores—. Podemos poner algunos en venta.

—No es necesario, puedes donarlos.

A Aline le tomó algunos segundos asimilar todo eso, era primera vez que veía a Renato tan decidido en algo, parpadeó varias veces, en busca de las palabras adecuadas, mientras ganaba tiempo al pinchar un trozo de zanahoria. Su marido seguía en silencio, pero bien sabía que estaba tan impresionado como ella.

—Bien, si esa es tu decisión, lo haremos. Voy a reunirme con mi equipo y el viernes te enviaré un par de renders con propuestas. ¿Te parece?

—Sé que lo harás bien, muchas gracias, Aline…

Luego, Renato dirigió la conversación hacia un tema más personal, le preguntó por su hija y cómo le estaba yendo en París.

Tanto Aline como Roberto, se mostraron animados al hablar de su hija, le contaron más de una anécdota de la chica a la que Renato había tenido el placer de conocer, la cual había heredado de sus padres el encanto y la seguridad.

Como socializar no era su fuerte, no se quedó más de lo estrictamente necesario, por lo que, en cuanto terminó la cena, se despidió y partió rumbo a su apartamento, al que esperaba darle una nueva cara en poco tiempo.

Ya en la cama, esperando a que el antidepresivo le hiciera efecto, entró de forma anónima para ver a Lara, no con la intención de algún consuelo sexual, sino para ver si estaba bien, ya que lo había bloqueado de todos lados, incluso, a su usuario en la web de entretenimiento para adultos. Después de casi dos meses, volvía a verla, lucía tan hermosa y perfecta como siempre, se veía saludable y más sensual que nunca, pero no se quedó ni un minuto. Estaba bien, era lo único que importaba.

En medio de un lánguido suspiro y con los párpados ya pesados, se paseó entre las pocas fotografías que tenía con Samira, lamentaba no haber tomado la iniciativa de tomar más con su teléfono, casi siempre fueron desde el móvil de ella; solo tenía las que le había pasado. A pesar de que eran muchas, no eran las suficientes para llenar sus días de ausencia. Cuando llegó en el carrete a aquel video que le mandó por su cumpleaños, le fue imposible no sonreír, a pesar de que los ojos se le llenaron de lágrimas.

Por más que Samira estaba en otro país, viviendo en un lugar que no era solo para ella, no perdía la costumbre. Aprovechaba que llegaba al apartamento un par de horas antes que Romina y Víctor, para limpiar y organizar el lugar, ya cuando ellos llegaban, los recibía con todo limpio, café y galletas.

Mientras compartían los aperitivos, conversaban sobre cómo les había ido en el día, luego ella se iba a su habitación a las clases de inglés, la cuales todavía podía mantener, porque fue lo suficientemente responsable como para pagar por adelantado un año del curso.

Si algo le gustaba de esa habitación era que estaba acondicionada para un estudiante, Romina dijo que la habían decorado con ese propósito, ya que en poco más de un año su hermana se vendría a Madrid, para estudiar en la universidad Autónoma.

Así que tenía un mueble blanco a la medida de una de las paredes laterales que contaba con escritorio y libreros, una cama juvenil, su baño propio y una gran ventana que le daba una luz natural que irradiaba paz.

Se sentó en el escritorio y levantó la tapa de la portátil, en medio de un suspiro la encendió y esperó para poder entrar al portal del curso, irremediablemente, volvía a golpearla la nostalgia creada por la costumbre de escribirle un mensaje a Renato, solo para saludarlo; se moría por saber de él, pero también le quemaba la necesidad de contarle sobre sus cosas, decirle cómo era Madrid, preguntarle si él conocía la ciudad, aunque estaba segurísima de que sí. Hablar con él sobre su nueva estancia y de las personas que estaba conociendo, bromear con él.

—Extraño tanto hacerlo reír —suspiró nostálgica y de inmediato las lágrimas acudieron a sus ojos, pero los cerró fuertemente y se los frotó con las yemas de los dedos. Deseaba poder hacer lo mismo con el vacío en su pecho, contenerlo de alguna manera y, en un intento por un remedio rápido, tomó un gran sorbo de agua del filtro que siempre tenía en el escritorio.

Luego, en medio de una bocanada con la que llenó sus pulmones, se sacudió la tristeza e impotencia y se concentró en sus clases, en las que puso todo su empeño.

Justo la profesora se despedía de la clase cuando Samira recibió una notificación. Le fue imposible no desviar la mirada de la pantalla de la Macbook, para ver el móvil, era un mensaje de Adonay. No lo revisó enseguida, sino que esperó a que por lo menos la profesora se desconectara, lo que no le tomó ni un minuto, cerró el portal web y se hizo del teléfono.

«Hola, grillo, ¿cómo estás? ¿Llegaste a casa? Necesito mostrarte algo».

Samira leyó el mensaje y empezó a responderle que sí, que recién terminaba las clases de inglés.

Tanto a él como a su abuela les había dicho la misma mentira, que su contrato en el restaurante no se lo renovaron, por lo que, aceptó la oferta de Romina y Víctor, para venirse con ellos a España, para trabajar.

Adonay se lo creyó y estuvo de acuerdo con que en Madrid tendría mejores oportunidades, le dijo que podría ahorrar y luego volver a Río, con suficientes euros, para empezar a estudiar.

Ella no quiso decirle que en sus planes no estaba volver, no por el momento, no mientras no

sanara la herida que su relación con Renato le había dejado; estaba segura de que estando en Río, probablemente perdería la batalla contra la debilidad y terminaría buscándolo.

Por su parte, Vadoma, no se comía el cuento. Ella aseguraba que algo le había pasado y le recordó el sueño que tuvo en el que estaban involucrados unos ojos azules. Sin embargo, Samira le repetía una y otra vez que no le habían renovado el contrato, no dejaría de decírselo hasta que se lo creyera, aunque muy en el fondo, se moría por decirle que tenía toda la razón y confesarle que había metido la pata. Deseaba con todas sus ganas que su abuela pudiera aconsejarla sabiamente, pero era más fuerte su miedo a ser juzgada.

Ante los ojos de su abuela, ella era perfecta y quería seguir siendo así, siempre así. Llevaba sobre sus hombros el peso de no cometer ninguna equivocación que terminara decepcionando a la persona que más había creído en ella, a expensas de haberse ganado resentimiento de su propio hijo.

En cuanto Adonay recibió el mensaje, le respondió con una videollamada, Samira no podía negar que le hacía bien hablar con él, le ocupaba la mente en otra cosa que no fuera su mal de amor, aunque no pudiera contárselo.

—Hola —saludó agitando la mano. Adonay tenía una camisa blanca y llevaba puesto el casco verde con las iniciales EMX en amarillo, que le hacía sombra al incandescente reflector y tenía detrás varios contenedores—. ¿Todavía estás en el trabajo? —Era una pregunta tonta, porque era más que evidente.

—Sí, hoy toca hasta medianoche, están instalando una planta de hidrógeno, que debe estar lista en una semana; también siguen los trabajos en el parque eólico marino… Pero no quería llamarte para hablarte de trabajo —hablaba mientras caminaba quien sabe a dónde.

—¿No tendrás problemas porque estés hablando conmigo?

—No, no por el momento. —Le guiñó un ojo en un gesto pícaro que acompañó con una sonrisa coqueta. Abrió la puerta del contenedor que habían acondicionado como una oficina y le fue imposible no gemir aliviado, cuando el golpe de frío del aire acondicionado le refrescó la cara.

—En ese caso, ¿qué era lo que querías mostrarme? —También sonrió, apoyó el codo en el escritorio y dejó descansar el mentón en su mano mientras en la otra sostenía el móvil.

—Esto que compré hoy. —Se hizo de la caja rectangular que estaba en el escritorio y se la mostró—. Es el regalo de cumpleaños de *paruñí*, ¿crees que le guste? —preguntó, ya que el domingo era el cumpleaños sesenta y tres de Vadoma.

—Es un gran regalo, Adonay. Estoy segura de que sí —dijo emocionada ante lo que, evidentemente, era un teléfono móvil—. Ella no es fanática de la tecnología, pero sé que lo necesita… ¿Se lo mandarás o piensas viajar a Rio? —preguntó, sintiendo que un nudo de lágrimas se le atoraba en la garganta, porque era el primer cumpleaños de su abuela que no podrían celebrar juntas. El anterior, a pesar de que ya estaba planeando su huida, no asimilaba del todo la situación.

—Iré a Rio, mi padre ha hecho a un lado el orgullo y también irá para celebrar a *paruñí*, aunque no vaya a dirigirle la palabra a tío Jan.

—Todo por mi culpa —musitó Samira, bien sabía que ella había sido la causante de la enemistad entre los hermanos.

—No te preocupes por eso, sabes que papá es demasiado intransigente, lleva las costumbres marcadas a fuego en su esencia.

—Ambos, en realidad.

—Estoy de acuerdo en eso —sonrió Adonay.

A pesar de que Adonay estaba en el trabajo, no se requería mucho de sus labores, por lo que, pudo tomarse un buen tiempo para hablar con Samira. Se quitó el casco y luego se agitó los rizos con la mano, desordenándolos todavía más, en consecuencia, ella sonrió y ese gesto hizo que el corazón le diera un vuelco.

Tras casi cuarenta minutos de una conversación que le sirvió a Samira como una momentánea fuga a sus pensamientos, que la llevaban una y otra a vez a Renato, tuvo que despedirse de su primo.

Romina y Víctor no tardarían en llegar y le gustaba estar desocupada para recibirlos.

Ella quiso sorprenderlos con un menú que pensó para la cena, pero fueron ellos quienes la dejaron boquiabierta cuando le mostraron la reserva para ir al Tablao Flamenco Torres Bermejas. Su felicidad fue magnánima, eso era algo que verdaderamente la animaba y sentía que la sangre se le calentaba y le teñía las mejillas de pura emoción.

Sin perder tiempo corrió a su habitación para arreglarse, quería hacerse un peinado bonito y maquillarse como tanto le gustaba y que en los últimos dos meses no tuvo ganas de hacer. Había descuidado su apariencia y sus metas, era consciente de ello, pero por más que se instaba a superar su ruptura con Renato y rencontrase consigo misma, había fallado en cada intento, y todo lo que había hecho desde hacía un par meses no fue más que el resultado de la inercia.

En otrora se hubiese vuelto loca de felicidad cuando encontró un trabajo tan rápido o se hubiese maravillado con el paisaje madrileño, pero lo cierto era que hasta el momento había visto el vaso medio vacío.

Apenas podía creer que estaba en pleno centro de Madrid, en un establecimiento que le erizaba la piel y le aceleraba el corazón.

Romina le decía que cada detalle en ese lugar reproducía perfectamente las Torres Bermejas de la Alhambra, en Granada. Mientras Samira casi con la boca abierta se maravillaba con los muros decorados con arabescos, los mosaicos pintados y los techos de madera tallados.

Se ubicaron en una mesa cerca del escenario, en el que se presentaría el grupo conformado por los mejores cantaores, guitarristas, palmas y bailaores de la tradición flamenca. Primero disfrutaron de la cena tradicional española, que incluía el boleto de la reserva y; media hora después, fueron testigos de un espectáculo inigualable.

Samira no perdió la oportunidad para hacer algunos vídeos y fotografías, mientras intentaba atrapar con su mirada cada detalle, su corazón no ralentizaba sus latidos y la sonrisa en sus labios teñidos de rojo intenso era perenne.

A pesar de que vestía con las ropas que Renato y su prima le obsequiaron, porque lamentablemente no tenía más y no podía permitirse el lujo de gastar sus escasos ahorros en comprar nuevas prendas, había vuelto a su esencia gitana, se maquilló de la forma en que le gustaba, con sus argollas extravagantes y varios anillos en sus dedos. Sentía la necesidad de que cada vez que se mirara al espejo pudiera recordar quién era y de dónde provenía, porque haber jugado a ser una paya le dio muy malos resultados. Así no volvería a desviarse del camino, era una gitana que debía luchar fervientemente por sus sueños; no una princesa de sangre azul con un príncipe que acudiera en su ayuda cada vez que no pudiera resolver sus problemas.

Cuando el espectáculo terminó, salió de allí pletórica, hablaba sin parar mientras que Romina y Víctor la miraban sonrientes y hacían algún comentario al respecto de lo que Samira decía, les alegraba mucho verla tan entusiasmada, era lo más cercano a esa radiante chiquilla que conocieron en Rio de Janeiro y luego se reencontraron en Chile.

Ya en su cama, con su pijama puesto y con el rostro iluminado apenas por la pantalla del móvil, Samira seguía sonriendo, mientras veía fascinada los videos y fotos que había tomado,

sentía que un agradable calorcito se le esparcía por el pecho.

Fue en ese momento que tomó la decisión de crearse un perfil en una red social, uno que podría administrar desde el anonimato. Ni siquiera tuvo que pensarse ni un segundo el nombre, porque el retumbar alegre de su corazón se lo dijo a gritos: «Alma Gitana».

Estuvo segura de que no subiría una foto que expusiera su identidad, así que lo estrenó con un primer plano del vuelo rojo y negro de la cola del vestido de una de las bailaoras. Quería acompañar la imagen con bonitas palabras: «Soy alma gitana, libre y soberana».

Tras publicarla, sonrió satisfecha de conseguir algo que la animara. En medio de un profundo suspiro, decidió subir otra, esta vez, eligió una fotografía de su mano derecha, la que tenía adornada en sus dedos índice, anular y medio con varios anillos dorados entre dos y tres en cada dedo. Uno tenía una estrella, otra media luna y otro un sol, los demás eran coronados por brillantes, los que hacía resaltar sus uñas cortas pintadas de azul con brillos plateados, porque quiso que parecieran un cielo estrellado.

Le aplicó un filtro que intensificara los colores y la acompañó con otra frase que escribió en portugués, pero al considerarlo, decidió que mejor era mantener ese perfil en español: «Soy un alma gitana que, cuando llueve, levanta su cara hacia el cielo y recibe las gotas de una lluvia de esperanza, para alzar su vuelo».

CAPÍTULO 4

A pesar de que era el día libre de Renato, lo pasó en el balcón de su habitación, sin tener la mínima intención de ducharse, se quedó en pijama, despeinado y descalzo, tratando de adelantar tareas laborales. No había hecho más que tomar té, prepararse un sándwich y un par de mandarinas, que se comió gajo a gajo, durante la tarde.

Su apartamento no era el mejor lugar para estar tranquilo, debido al caos en el que se había convertido con las reformaciones; aun así, era el único sitio en el que se sentía seguro. Cuando necesitaba un descanso, simplemente, dejaba de lado la laptop, para mirar en la avenida y orilla de la playa a las personas que parecían hormigas, disfrutando del carnaval, lo que era un recordatorio constante de que esa noche debía cumplir con la promesa que le hizo a Elizabeth.

Deseaba que el tiempo pasara demasiado lento, porque en realidad no tenía las mínimas ganas de asistir, pero si no lo hacía, su prima jamás se lo perdonaría.

Esperó hasta último momento para partir al Marquês de Sapucaí. Que la escuela Mangueria fuera la última en desfilar hacía que su tortura fuese menos duradera. Odiaba todo ese ambiente, el bullicio, la gente borracha, bailando y cantando; para cualquier otra persona ese entorno festivo era perfecto, para él, era demasiado abrumador. En medio de algunos saludos de conocidos, entre los que destacaban empresarios y personas del medio artístico, llegó al palco en el que estaban algunos miembros de su familia, también Marlon Ribeiro, su hijo Thiago, su hija Ana y otras amistades.

—Buenas noches —saludó, a pesar de que ya era pasada la medianoche.

—Pensé que ya no vendrías —comentó Sophia.

—¿Y decepcionar a Elizabeth? Jamás me lo perdonaría —comentó y se acercó para darle un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás? Te esperábamos más temprano —comentó Reinhard, al tiempo que saludaba a Renato.

—Lo único que me trae aquí es la participación de Elizabeth, preferí mi tiempo libre para adelantar trabajo —respondió, antes de besarle la mejilla.

—Los días libres son para relajarse… Aunque sé que todo esto te estresa y que preferirías estar en otro lugar. —Bien sabía que Renato deseaba estar en Chile; no obstante, siempre cumplía con los compromisos familiares.

Estaba seguro de que su abuelo sabía de la magnitud de su relación con Samira, pero aún no estaba enterado de que las cosas buenas para él eran demasiado efímeras y que ella se dio cuenta de que estar con él no merecía la pena y prefirió marcharse sin darle ninguna explicación, quizá por temor a herirlo más de la cuenta, pero lo cierto es que, sin importar la manera, terminó haciéndolo mierda y seguía adelante solo por inercia.

Solo afirmó con la cabeza, sí, prefería estar en la habitación de su apartamento, flagelándose, mortificándose con lo patético que siempre había sido y contemplar la posibilidad de terminar de una vez por todas con su mal. Sabía que era una bomba de tiempo, una que estaba a tan solo un ataque de ansiedad o una crisis depresiva para explotar. Así de cerca se sentía y no sabía cómo salir, porque de momento ni siquiera deseaba ayuda.

Le esquivó la mirada a su abuelo, antes de que pudiera leer en sus ojos las emociones que lo embargaban, aprovechó para saludar a las demás personas que estaban en el palco y luego fue a sentarse junto a Ana, que al igual que Elizabeth, tenía la costumbre de abordarlo de forma tan

espontánea, le tomó la mano para poder levantarle el brazo y pasárselo por encima de los hombros.

—Necesitamos pruebas de que estuviste aquí —dijo sonriente, al tiempo que maniobraba el teléfono con la destreza de quien es adicta de hacerse fotografías.

A pesar de que no sonrió, sí se acercó, al punto de que su cabeza tocó la de Ana. La consideraba parte de su familia, era casi como una hermana, siempre habían sido muy unidos, incluso, en su inocencia de un joven de trece años, se ofreció como cupido, para que Liam tomara en cuenta la ilusión de una Aninha de once años, que juraba estar enamorada de su hermano; que, por supuesto, era mucho mayor que ella. Le tocó consolarla cuando lloraba por su rechazo, cuando su hermano le rompió su pobre corazón. Gracias al cielo, ese desamor no duró ni una semana, porque pocos días después, cuando volvieron a verse en el colegio, le dijo que había conocido a un niño mucho más guapo que Liam.

Así era Aninha, una eterna enamorada, ya había perdido la cuenta de todos los novios que le había presentado, la verdad era que a la primera cita ya ella empezaba a considerarlos novios; por lo que, sus noviazgos, comúnmente, duraban una noche o una semana.

Se dedicó a mirar el desfile de Beija-Flor, que estaba por terminar, y participaba en la conversación solo cuando era estrictamente necesario. Como cuando Marlon mencionó el tema de la desaparición de Liam, la mayoría de los miembros de la familia no sabían de su paradero, pero su madre sí que lo tenía perfectamente ubicado y, como la encubridora que era, lo secundaba.

Reinhard dejó de insistir en saber de su nieto mayor, después de todo, era un hombre que debía hacerse responsable de las consecuencias de sus acciones, las que, sin duda, tendría que enfrentar una vez apareciera.

Justo tomaba una botella de agua de la mesa cuando anunciaron la salida de la escuela Mangueira, de inmediato, todos se levantaron y se acercaron al balcón, aunque todavía faltaban como quince minutos para que Elizabeth apareciera.

—Ven, tenemos que verlo todo… —Ana lo sujetó por la mano y tiró de él, para levantarlo.

—Sí, sí, ya voy —masculló y la siguió sin soltar la botella; de camino al balcón, se bebió casi de un trago la mitad del agua. Se dio cuenta de que su abuelo miró con inútil disimulo la forma en que bebió tanta agua. Quiso inventar cualquier mentira, justificar la resequedad en su garganta, pero consideró que era mejor no decir nada, porque solo terminaría confirmando la sospecha que de inmediato titiló en los ojos celestes de su abuelo.

Solo tragó grueso y miró hacia el final, donde estaba la comparsa posicionándose para la salida. Tras casi quince minutos de desfile, en el que las carrozas demostraban la grandeza e ingenio de la escuela, pudo por fin ver a Elizabeth en el ala de las passistas. Su corazón latió de orgullo al verla derrochar seguridad, sensualidad, alegría. Se veía magnífica con apenas unas cuantas mariposas azules y verdes que bajaban como una cascada por el costado izquierdo de su cuerpo, solo tapándole estratégicamente las partes íntimas. El tocado era inmenso y verdaderamente llamativo. Cargar con eso debía significar una tortura para ella, aun así, sonreía ampliamente y sambaba con desbordante energía y maestría sobre las altísimas plataformas.

La saludó levantando la mano y sonriéndole cuando ella miró hacia el palco en que ellos estaban y se dedicó a lanzarles besos. A su abuelo se le derramaron varias lágrimas de genuina felicidad.

Una hora después, el desfile de Mangueira terminó cuando casi amanecía, en medio de ensordecedores aplausos, gritos, silbidos… El fanatismo por la escuela era evidente en el público.

Le entraron las ganas de irse y estaba mentalizando la manera de despedirse, cuando su abuelo le pidió que los acompañara a casa y se quedara con ellos. Elizabeth tenía por delante una celebración que se extendería por todo el día, estaría muy ocupada con la prensa y sus compañeros de escuela.

Empezó a sentirse nervioso y quiso negarse, pero imposible contradecir a su abuelo, así que se resignó a irse con ellos. Se despidieron de quienes los acompañaban.

Reinhard le pidió a Valerio que mandara a uno de los hombres a buscar el auto de Renato, luego subieron a la SUV y se marcharon. Durante el camino, solo hablaron del desfile y el desenvolvimiento de Elizabeth, pero una vez llegaron a casa, le fue imposible al patriarca no preguntarle a Renato cómo estaba.

Él solo se limitó a decir que estaba bien, aunque muy cansado, y que le gustaría poder ir a dormir; su abuelo no se negó ante su petición.

Se libró de una conversación en la que a la suspicacia de su abuelo no se le pasaría por alto que realmente estaba en uno de sus peores episodios. Subió a su habitación, se duchó y se fue a la cama, donde no hizo más que dar vueltas; por más que lo intentaba, no podía dormir, los pensamientos sobre su situación no le daban tregua, además, su conciencia se aprovechaba de esos momentos de vulnerabilidad, para bombardearlo con los momentos vividos junto a Samira, los cuales lo llenaban de nostalgia y dolor. Lamentó no haber llevado consigo el antidepresivo que lo ayudaba a conciliar el sueño.

Resopló, frustrado, ya había pasado más de una hora y a pesar de que estaba agotado física y mentalmente, su cerebro no paraba de hacer un inventario de todas las posibles cosas en las que falló cuando estuvo con Samira, repasaba una y otra vez sus actitudes, sus palabras, en busca de eso que hizo que Samira decidiera dejarlo.

Se frotó la cara con ambas manos, casi con desesperación, luego se metió los dedos entre los cabellos, presionando con bastante fuerza su cráneo. No iba a poder dormir, por más que lo intentara y; como estaba seguro de que su abuelo ya debía estar dormido, salió de la habitación y regresó al desastre que era su apartamento.

Hizo todo lo posible por evadir a su abuelo hasta el miércoles por la noche, cuando tuvo que volver a su casa para la cena de celebración que harían en honor a Elizabeth, ya que la escuela Mangueira resultó ganadora.

Todos en casa estaban pletóricos, excepto él, aunque hacía un gran esfuerzo por mostrar su mejor cara, quería sentirse feliz por su prima, ser tan efusivo como todos los demás, pero eso iba más allá de sus posibilidades, porque de nada había servido cambiar cada mueble de su apartamento, la tonalidad de las paredes, el recuerdo Samira seguía dominando el hipocampo de su cerebro.

Se sentía frustrado porque no lograba erradicarla ni dejar de amarla. Solo quería irse a dormir y que al despertar no tuviera conciencia de la existencia de la gitana o que el tiempo pasara lo suficientemente rápido como para que su imagen fuera haciéndose más difusa con los días, hasta que ya no quedara nada de ella, pero sucedía todo lo contrario, él, todo su sistema se había ralentizado.

Durante la cena, su familia no paraba de parlotear sobre las razones de por qué Mangueira resultó ganadora, mientras él estaba abstraído y las voces se fueron convirtiendo en un inentendible murmullo. Luchaba contra las lágrimas que ahogaban sus ojos; sobre todo, al ver la pasta carbonara, la cual no hizo más que revivirle uno de los momentos más bonitos de su vida.

Samira le había asegurado que nadie podría estar triste después de comerse un buen plato de pasta, dijo que esa era la solución a cualquier congoja, pero él sabía que, aunque se comiese

cinco platos repletos de esa pasta, no conseguiría deshacerse de la tristeza, nostalgia y dolor que desde hacía un par de meses se instalaron en su pecho.

Lo menos que deseaba era exponerse en medio de una cena familiar, y era lo que sucedería si seguía ahí, torturándose con lo que debía ser una simple cena.

—Disculpen —rogó al cielo que la voz no se le quebrara—, necesito ir al baño. —Se levantó de inmediato y se marchó.

Renato se ganó las miradas de todos, la mayoría regresó enseguida a sus conversaciones, no obstante, sus padres y abuelo lo siguieron con las miradas cargadas de preocupación, porque él no era de los que solía abandonar la mesa.

Se encerró en el primer baño, mientras agarraba bocanada de aire y con los nudillos se secó las lágrimas que le nublaban la vista. Resopló, al tiempo que se llevaba las manos al pecho.

«Cálmate, puedes hacerlo, puedes controlarlo… Tú tienes el control…, tienes el control…». Pensaba, caminando de un lado a otro, sintiendo que la respiración se le agitaba. La preocupación que le generaba tener un ataque de pánico en la casa de su abuelo, en plena reunión familiar, solo hacía que sus síntomas se intensificaran.

Con manos temblorosas buscó en el bolsillo del pantalón la cajita y sacó un comprimido que metió bajo su lengua. Con su mirada cristalizada se quedó frente al espejo, observando su aspecto; estaba sonrojado y sudoroso, el pecho le dolía, las piernas le temblaban y las ganas de quedarse en ese lugar se hacían más grande. No quería salir y ver a su familia, no quería hablar con nadie, pero si no regresaba al comedor, en pocos minutos tendría a su madre tocándole la puerta.

En cuanto el ansiolítico empezó a hacer efecto, se lavó la cara, se la secó y volvió, pero antes de llegar a la mesa, se acercó a una de las mujeres de servicio y le pidió que le retirara el plato y le sirvieran una ensalada de camarones.

—Disculpen. —Volvió a sentarse cuando ya habían retirado el plato, ante las miradas desconcertadas de casi todos—. Creo que tengo una infección estomacal, prefiero algo más ligero. —En ningún momento puso la mirada en algún miembro de su familia, se dedicó a tomar la servilleta y acomodarla devuelta en su regazo.

—Cariño, ¿deseas algún medicamento? —Le preguntó su madre, que estaba frente a él.

—No, no lo creo necesario… Ya me siento mejor, pero no quiero abusar con tantos carbohidratos —comentó al tiempo que agarraba la copa de agua.

Con un nudo en la garganta y constantes náuseas, se obligó a comer lentamente; a medida que sentía que el medicamento disipaba la niebla de su mente, esa que se volvía tan espesa y que lo arrastraba al dolor y tristeza, pudo empezar a ser más participativo en la cena. Solo esperaba que eso tranquilizara a quienes les pareció extraña su actitud.

Después del gran festín se reunieron bajo una de las pérgolas del jardín, aprovechando que eran pocas las veces al año en que la familia se reunía de esa manera; sin embargo, Renato aprovechó la libertad de estar al aire libre, para caminar sin ir muy lejos. Se sentó en una banca de madera que era un columpio que colgaba de la gruesa rama de un Palo de Brasil, el cual era iluminado con reflectores. Alzó la mirada donde destacaba la resina y el tronco rojizo, le hizo recordar ese momento cuando tenía como doce años y su abuelo le contó la historia de cómo ese árbol fue víctima de una masiva explotación europea, por lo que, luego se convirtió en un símbolo nacional; le contó que, incluso, algunos historiadores decían que gracias a este se debía el nombre del país.

Al bajar la mirada, se encontró con su abuelo, acercándose, no tenía escapatoria, debía prepararse para una conversación que, sin duda, iba a ser demasiado incómoda.

—¿Aún te sientes mal? —preguntó deteniéndose frente a su nieto. Renato negó con la cabeza y palmeó el espacio libre al lado de la banca, Reinhard aceptó la invitación a sentarse—. ¿Quieres contarme algo…?

—¿Qué podría contarte, abuelo? Las cosas están bien, sobre todo en el trabajo —comentó encogiéndose de hombros y mirando al frente.

—Sé que las cosas en el trabajo van muy bien, porque has estado trabajando más de la cuenta.

—Imagino que Drica te lo dijo…

—No, no he hablado con Drica desde año nuevo. —Frunció la frente y negó con la cabeza.

—Casi olvidaba que tienes ojos y oídos en todos lados… —No era un reproche, por lo que, sonrió sin muchas ganas.

—Algo como eso —sonrió—, pero también sé que tienes la costumbre de saturarte de ciertas cosas cuando deseas evadir otras... ¿Qué es lo que te preocupa? Y no me digas que estás bien, porque sé que no, te conozco, Renatinho, noto cuando algo se roba tu tranquilidad y estabilidad emocional. Está bien si la alteración fuese para bien, pero este no es el caso. —Trataba de ser cuidadoso con sus palabras, porque bien sabía que podrían ser malinterpretadas.

Renato suspiró ruidosamente, era muy probable que, si no estuviese medicado, empezaría a sentir calambres en el estómago y esa horrible presión en el pecho, que, aunque la había experimentado muchas veces, aún no se acostumbraba. Mientras estudiaba la posibilidad de ser sincero con su abuelo, decirle lo que le estaba pasando, pero por más que lo analizaba, no sabía por dónde empezar.

Un suspiro fue su manera de expresarse, luego, se mantuvo en silencio y con la cabeza gacha, por lo que, Reinhard le llevó una mano al hombro y se la apretó.

—¿Tiene algo que ver con tu amiga? —Ante esa pregunta, Renato se volvió a mirarlo. No parecía sorprendido, quizá ya esperaba que él estuviese al tanto de las cosas. Después de todo, Ignacio tenía la obligación de pasarle un reporte de cada movimiento de la propiedad. Seguramente, le dijo que Renato fue solo, dejó una caja y luego se marchó sin ninguna explicación.

—Lo sabes, ¿verdad? —Empezó a estrujarse las manos, pero antes de que eso empeorara la situación, se frotó las rodillas por encima de los vaqueros, para quitarse el sudor que probablemente solo era imaginario.

—No sé nada, Renato… Si lo supiera, no te estaría preguntando.

—¿Qué quieres saber, abuelo? —empezaba a ponerse a la defensiva, su connotación al hablar y sus hombros tensos lo dejaban claro.

—No sé, solo dime lo que quieras compartir, no estoy aquí para presionarte, sino para aligerar tus problemas o ayudarte a sobrellevar los pesares...

—Sí, tus sospechas son ciertas… Mi relación con Samira era mucho más que amistad. —La voz se le rompió, pero tragó las lágrimas que anidaron en su garganta—. No tengo que contarte sobre ella, porque estoy seguro de que ya sabes hasta su hora de nacimiento, de otra manera, me habrías advertido sobre la relación.

—Aún no sé su hora de nacimiento, solo sé que es gitana, sé dónde vive su familia y que, tanto en su educación básica como secundaria, fue una alumna sobresaliente… Es una chica inteligente y muy comprometida; me sorprendió saber que no faltó ni un solo día a clases y obtuvo la nota más alta en el Examen Nacional de Enseñanza Media, a pesar de sus escasos recursos, habría obtenido una buena beca para estudiar en Rio, en la mejor universidad, de haberlo querido… ¿Qué fue lo que le instó a irse a Chile? ¿Quieres contarme eso?

—Su padre no quería que siguiera estudiando, no sé; al parecer, los gitanos no le dan oportunidad de superación a las mujeres… Es una sociedad machista, Samira se reveló contra eso y prefirió irse para poder cumplir sus metas… Eso fue lo que me instó a ayudarla, como seguro debes saber… Sé que no hice bien en ocultártelo… —Era su manera de pedir disculpas por haberse aprovechado de sus influencias.

—Está bien, tienes autonomía para tomar decisiones, incluso, para favorecer a quienes queremos… ¿Qué sentido tendría todo lo que se ha logrado con el grupo, si no podemos ayudar a quienes nos importan? Porque esa chica te importa mucho, ¿verdad?

Renato se quedó en silencio, no sabía qué responder, no era que no tuviera claros sus sentimientos, solo que no quería decir algo que lo mostrara más patético de lo que ya era. En cambio, se encorvó, apoyando los antebrazos sobre las rodillas, para poner más distancia entre ambos.

—¿Lo es? —insistió Reinhard.

—Más de lo que debería, me importa más de lo que debería, abuelo, pero no la merezco.

—Renato, tú eres muy valioso. —Le apretó el hombro, para que lo mirada—. Eres un joven extraordinario…

—Solo lo dices porque eres mi abuelo y es tu deber hacerme sentir bien, pero ningún extraño me soporta…

—No es así, no te autocompadezcas. —Lo interrumpió—. Sé que eres consciente de tu grandeza, de lo especial que eres…

—No soy nada especial o…, quizá sí, soy demasiado distinto…

—¿Qué pasó con Samira? —interrogó, no le agradaba ver cómo su nieto estaba regresando a sus inseguridades.

—Nada, no pasó nada, solo se fue… —Dejó de hablar porque vio que Elizabeth y Alexandre se acercaban tomados de la mano.

—Avô, ya nos vamos, gracias por la cena, estuvo riquísima… —Se acercó y le plantó un beso en la frente, luego miró a Renato—. Espero que vayan el domingo al desfile de las ganadoras.

—Lo siento, Eli, pero no iré…, tengo algunos pendientes —intervino Renato, que empezaba a irritarse.

—Dormir y ver películas… ¿A esos pendientes te refieres? —dijo sonriente con la intención de bromear.

—¿Qué más da si eso es lo que voy a hacer? No es tu problema. —Se levantó y se marchó, dando largas y enérgicas zancadas, ante la mirada estupefacta de Elizabeth, que se quedó boquiabierta.

—¿Qué le sucede? —preguntó, mirando a su abuelo.

—Creo que no está pasando por un buen momento… Discúlpalo.

—No tengo que disculparlo, sé que él no es así… ¿Sigue con el terapeuta?

—Debería, lo llamaré para preguntar si está yendo a las consultas.

—Bueno, me avisas. —Elizabeth le dio otro beso a su abuelo—. Me preocupa su actitud, le haré una visita sorpresa el lunes en la oficina.

—Está bien, cariño, seguro que necesita apoyo emocional, aunque no lo pida.

—Hasta luego, señor Garnett, muchas gracias por la cena. —Se despidió Alexandre, a quien también lo tomó por sorpresa la actitud de Renato, ya que tenía la visión de un hombre mesurado y respetuoso. Pero empezaba a comprender que el joven también guardaba sus demonios.

CAPÍTULO 5

Los viernes, Romina y Víctor solían llegar un poco más tarde, por lo que, después de las clases de inglés, Samira se servía una gran taza de chocolate caliente, se sentaba en la butaca junto al ventanal con vistas a la calle y se cubría el regazo con una manta mientras disfrutaba de un par de horas de lectura, llevaba una semana atrapada en el maravilloso mundo de fantasía cargado de amor y acción que había creado Sarah J. Maas.

Ya estaba en el último de la saga, que recién empezó hacía un par de semanas. Tenía sentimientos encontrados, deseaba llegar al final de la historia para saber cómo terminaba, pero tampoco quería hacerlo, porque no estaba preparada para despedirse de los personajes. Aprovecharía que al día siguiente no tenía que trabajar el turno de la mañana, para darse el gusto de desvelarse.

Escuchó los pasos en el pasillo y las risas de Romina, luego la voz de Víctor, le gustaba la manera en que él se las ingeniaba siempre para hacerla reír. Dejó el libro de lado, apartó la manta y se levantó para recibirlos con chocolate caliente, como siempre solía hacer.

Corrió a la cocina y empezó a servir en las tazas, mientras escuchaba las llaves.

—Buenas tardes —saludó con bandeja en mano.

Romina, que se quitaba el abrigo para colgarlo en el perchero de la entrada, se mostró sorprendida.

—¿Por qué aún no estás lista? —preguntó al ver a Samira con unos vaqueros, camiseta y cárdigan, que solía usar para estar en casa. Además, el rodete en su cabeza no era la mejor muestra de que se estuviese preparando para asistir a su cita de esa noche.

—Es que he decidido no ir. —Puso la bandeja en el mueble blanco junto a la entrada, en el que dejaban las llaves.

—¿Cómo que no vas? —preguntaron al unísono Romina y Víctor.

—Es que la verdad, no estoy de ánimos, solo estoy esperando el momento exacto para escribirle a Lena e inventar cualquier excusa —respondió con la mirada esquiva, al tiempo que se hacía de una de las tazas para ofrecérsela a Romina.

—Samira, sabes que puedes salir a divertirte, conocer gente o fortalecer el vínculo con tu jefa y tus compañeros de trabajo, más allá del horario laboral —comentó Víctor, que también dejaba su abrigo en el perchero—. Ve, comparte con ellos y vuelve a la hora que quieras, para eso tienes llaves.

—Sí, Samira, no te cohíbas de salir solo porque te estés quedando aquí, tienes total libertad para ir y venir cuando desees —intervino Romina, recibió la taza, pero enseguida la devolvió a la bandeja.

—Lo sé, agradezco la confianza que me brindan. —Se metió las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros y se encogió de hombros—, pero no me entusiasma la idea. —Hizo una mueca con la boca que a Romina y Víctor le pareció encantadora.

La gitana decidió tomar el control, acortó la distancia, la sujetó por un brazo y se la llevó a la habitación. Sabía que era un tema para tratar mejor entre mujeres y también por la confianza que Samira puso en ella al contarle el verdadero motivo de su llegada a Madrid.

Cerró la puerta de la habitación y pudo notar que Samira estaba tensa, su intención no era hacerla sentir incómoda, sino ayudarle a que rompiera esa coraza de desamor con la que se había blindado.

—Samira, cariño…, sé que no estás pasando por el mejor momento emocional, pero ya es hora de que hagas algo para salir de ese estado. —La sujetó por los hombros y se acercó al rostro de la chica para mirarla a los ojos—. Han pasado tres meses, debes dejar de lamerte las heridas, déjalas cicatrizar, cierra ese capítulo doloroso y sigue adelante. Si sigues encerrándote en ti misma, evitando cualquier cosa que te distraiga de la desilusión que vives, no vas a superarlo; y viniste aquí con esa intención, ¿cierto? —Vio cómo los ojos de Samira se rebosaron en lágrimas y rápidamente le acunó el rostro y se las limpió, cuando apenas iniciaban el descenso por sus mejillas.

—Lo intento, voy todos los días al trabajo, camino y busco distraerme, pero nada da resultado… No creo que salir a cenar con la misma gente que comparto mis días haga alguna diferencia —sollozó, bajando la mirada, le avergonzaba mostrarse así de vulnerable por alguien que no merecía la pena—. No puedo superarlo y no es quiera alagar innecesariamente este período de sufrimiento…

—Sé que estás esforzándote. —Ella, como profesional en psicopedagogía y psicología, sabía que a Samira le llevaría tiempo encontrar la resiliencia—. Sé que en este momento es muy difícil para ti tener el control de tus actitudes, tus hábitos y te sientes totalmente incapaz de hacer otra cosa que no sea intentar resignarte… Sé que dedicaste mucha energía y sacrificaste mucho para encontrar la tranquilidad de un mar en calma; cuando te marchaste de casa quisiste predecir cómo pasarían exactamente las cosas, pero se dan situaciones que nos cambian el rumbo o destruyen no solo lo construido, sino lo que tenías cimentado; incluso, sientes haber perdido eso que te mantenía con ilusión y te motivaba a levantarte cada día. —Samira asentía mientras Romina seguía limpiándole las lágrimas—. Sé que estás preguntándote qué hacer o cómo atravesar este mal momento.

—No sé cómo hacerlo, ni siquiera sé si merece la pena que siga intentándolo o; simplemente, resignarme a seguir así, ya no luchar por olvidar o por dejar de sentir.

—Samira, la alternativa es tan simple que puede resultarte cruel, la única solución es que sigas viviendo, porque vivir también es sufrir, es avanzar sin ganas, es desconcierto, miedo, rabia... Hasta que encuentres alivio… Pregúntate qué harías en este momento si no te sintieras así. Probablemente estarías entusiasmada con ir y conocer ese lugar al que te invitaron, ¿cierto?

Samira chilló, pero asintió; en serio agradecía la mirada comprensiva y la sonrisa dulce que Romina le regalaba.

—Entonces, ve, aunque pienses que no es la mejor idea, ve y no te sientas mal por querer disfrutar del momento… Si te quedas aquí, solo estarás permitiéndole al pesimismo que te arrastre; y bajo ninguna circunstancia debes permitirlo.

—Es que no estoy segura de que vaya a sentirme cómoda.

—No lo sabrás si no vas, me has dicho que Lena y los chicos son de tu agrado, que te sientes bien trabajando con ellos… Date la oportunidad de saber si también te agradan como amigos, en un espacio que no se rigen por ninguna jerarquía.

Samira resopló y se pasó las manos por la cara.

—Está bien, lo intentaré, iré. —Asintió, más que por reafirmar su respuesta, era un mecanismo de convencimiento para sí misma.

—Este es el primer paso y el más importante. —Romina sonrió, satisfecha—. Tu temple es de acero, Samira. Estoy segura de que pronto vas a superar este bache. Ahora, no pierdas tiempo, te dejo para que empieces a vestirte, ponte muy guapa. —Le sugirió y le dio un beso en la frente.

Samira, una vez sola, volvió a llorar, deseaba con todas sus fuerzas salir de ese estado en el que estaba, no quería seguir sufriendo, pero aún no encontraba la forma, solo esperaba que

Romina tuviese razón y que este tipo de actividades le ayudaran a olvidar a Renato o; por lo menos, a no sentir rencor y dolor cada vez que pensaba él.

Los estados de ánimo de Renato estaban en un cambio constante, no era más que una marioneta de sus emociones; la mayoría del tiempo quería ahogarse en trabajo, para no pensar y, los días libres, solo se quedaba en la cama, se levantaba cuando el hambre le hacía doler el estómago e iba a la cocina a por agua, alguna fruta o yogurt, luego volvía y se dormía o; simplemente, encendía el televisor, ponía una película y no le prestaba atención.

Se sentía abrumado, sin ganas de nada, por no querer salir a respirar aire fresco; solo se quedaba ahí en ese aire viciado de la soledad y los recuerdos de sus momentos vividos junto a Samira, sobre los que no tenía control, porque por más que se obligaba a no pensarla, no podía ganarle la batalla a su mente y terminaba sintiéndose como un despojo humano.

En algún momento de la noche se quedó dormido, solo para soñarla, ahí, en su cama, desnuda, mientras leía y él se llenaba los oídos con el maravilloso sonido de su voz; la admiraba, no, en realidad, la veneraba.

Seguía el movimiento de las pupilas de los ojos de Samira recorriendo las líneas de un libro al cual no podía distinguir, disfrutaba de las espesas pestañas negras que tanta fascinación le causaban. Su dulce perfil, la exuberante boca y su nariz respingada. El corazón se le aceleró de tal manera que apenas fue capaz de seguir respirando.

Siguió con su mirada hasta los pechos coronados por los pezones rosa oscuro. Tragó saliva, queriendo ignorar la tensión en su ingle, pero que ella dejara de lado el libro y se volviera para seducirlo con su encantadora sonrisa, hizo todo más fácil; y con una mansa sonrisa se rindió ante su gitana.

Ella se subió encima de él, mientras se miraban a los ojos y la apresaba por las caderas, sintió cómo descendía consumiendo cada centímetro de su pene. Sí, la vio oscilar sobre él, con su pelo largo y abundante fluyendo sobre ellos, con la cara contraída por el placer.

Subió su caricia por los costados, escalando por las costillas e hizo que bajara el torso, le acunó la cara y con la punta de su nariz podía rozar la de ella, se bebía su aliento, disfrutaba de su olor y de sus pupilas dilatadas, mientras se aferraba con ambas manos al rostro sonrojado.

—Nunca querré a nadie más que a ti. Podría hacer esto durante toda la noche y seguir al día siguiente… y todos los días que me quedan por vivir… Te amo, Samira…, te amo. —Le susurró y la besó.

Pero el sonido de unos fuegos artificiales lo alertó, haciendo que Samira se disipara de entre sus brazos. Despertó con el pecho agitado y empalmado. Fue la primera noche que se masturbó pensando en ella, su alivio fue realmente momentáneo, porque terminó llorando, sintiendo que en casi tres meses no había avanzado una mierda, no conseguía superarla, seguía a la orilla de la oscura carretera, cuando tuvo que detenerse para poder vomitar producto de un ataque de pánico.

Tras llorar un buen rato, se levantó porque seguía en medio de las sábanas viscosas llenas de semen. Con enérgicos tirones producto de la rabia y frustración las lanzó al suelo, se quitó el pantalón del pijama que apenas había bajado para liberar su erección, también lo dejó arremolinado sobre la alfombra y volvió a acostarse.

Sentía que su pecho empezaba a llenarse de rabia en contra de Samira, esa necesidad de quererla y no tenerla lo frustraba, al punto de que esa jovencita adorable que lo enamoró hasta la médula, empezaba a desdibujarse, dándole paso a una villana que no merecía su sufrimiento.

Más juegos artificiales estallaron y con todos sus colores brillantes se reflejaban en los cristales de las puertas del balcón. Era la última noche de carnavales y eso era algo positivo, porque el bullicio y el aglutinamiento en la ciudad menguaría un poco; tomó su móvil de la

mesita de la cama, eran las diez y cinco de la noche.

Con un suspiro lánguido se dedicó a buscar otra canción con la que pudiera hacerle algún reproche a Samira. No sabía si ella algún día las escucharía, pero no le importaba, era una manera de hacer catarsis o la impotencia que anidaba en su pecho se lo terminaría consumiendo. Lo más irónico fue que encontró una que era de uno de sus cantantes favoritos, quizá, si veía en la notificación de quién se trataba, le picaría la curiosidad y la escuchara, así podría arrojar sobre ella un poco de luz sobre cómo se sentía.

Vuelves, en cada sueño que tengo caigo de nuevo en tu red
Sé que tarda un tiempo curarme de ti de una vez
Tuve tantos momentos felices, que olvido lo triste que fue
Darte de mi alma, lo que tú echaste a perder…

Tras escucharla una vez más decidió agregarla a la lista de reproducción y se quedó observando la pantalla, esperando esta vez contar con la suerte de ver que Samira la escuchaba. Los minutos pasaban y nada, ningún indicio de que la escuchara; llegó a la conclusión de que seguramente desinstaló la aplicación.

Dejó caer el móvil sobre su pecho, con la mirada en el techo; sintió las lágrimas calientes bajar por sus sienes. No obstante, la vibración de una notificación hizo que el corazón le diera un vuelco, no se dio tiempo a saber si era de emoción o miedo, porque sus manos fueron más rápidas.

La esperanza se precipitó a tierra cuando se dio cuenta de que era un mensaje de Oscar.

«Ey, primo, ¿vendrás? Recuerda el favor que te pedí».

Apretó fuertemente los párpados y resopló, a pesar de que le había dicho a Elizabeth que no iría a ver el mismo desfile de hacía ocho días, porque odiaba ese tipo de celebraciones donde todo era descontrol y aglomeraciones, cedió a la petición de Oscar, que casi le suplicó que fuera, porque quería aprovechar la oportunidad para hablar con Luana; sabía que ella no aceptaría reunirse a solas con él, entonces, la función de Renato era alejarla del grupo familiar y luego dejarla con Oscar.

No tenía idea de qué pasaba entre ellos, sobre todo, porque su primo seguía su noviazgo con Melissa, a pesar de que la chica se había vuelto bastante exigente y lo tenía algo cansado.

Quería zafarse de ese compromiso, se maldijo por haber dicho que sí.

«Creo que es mejor que hables con Melissa. Si te gusta Luana, termina a Melissa primero».

Escribió y le envió el mensaje.

Se sentó al tiempo que con la mano libre se apretaba los cabellos, los tenía bastante largos, no había ido a cortárselo desde diciembre, lo mismo pasaba con su barba, la tenía descuidada; solo se pasaba la máquina, sin importar si le quedaba prolija o no. Ya Drica había reparado en su apariencia y, aunque no le había dicho directamente que estaba como la mierda, porque sabía que le afectaban las opiniones de los demás y lo autocrítico que era, se lo hizo saber de forma sutil, cuando le dijo que, si quería, ella se encargaba de programar la visita al estilista o le haría unos minutos en su agenda, para que Fabio fuera a la oficina. Él se negó y ella no insistió.

No pasó ni un minuto para que Oscar lo llamara, chasqueó los labios, pensando en no

responderle, pero el chico lo necesitaba. Le contestó y sintió la agonía en su voz, por lo que, en contra de su voluntad, aceptó ir y secundarlo en la conquista de la hija de Alexandre.

Ya le había dicho que hacer eso era una locura, que no podía tener un noviazgo con la jovencita, porque no era cualquier chica, era la hija del marido de su hermana, además, ella ya tenía un hijo de un año. Luana necesitaba de alguien que no solo la llenara de promesas, sino de alguien con la madurez y el compromiso suficiente para aceptarla con la responsabilidad que traía a cuesta, le costaba creer que Oscar pudiera ser el indicado.

Una vez que terminó la llamada, se levantó, recogió el nudo de sábanas sucias y las llevó al cuarto de lavado, las metió a la lavadora y ahí las dejó, luego se fue a la ducha.

Después de media hora abandonaba su apartamento, el cual había sufrido un cambio drástico, apenas intentaba familiarizarse con los muebles y los colores, ya que pasó del gris y beige, que le daban un aspecto austero, a una explosiva paleta de colores verde, blanco, negro y naranja.

CAPÍTULO 6

Renato llegó cuando el desfile de Mangueira ya iba por la mitad, saludó a todos y le dio unas palmaditas en la espalda a su primo Oscar, que lo miró como si fuese la reencarnación de algún tipo de salvador.

Su abuelo y su padre le agradecieron que fuera a ver a su prima. Él se asomó al balcón, para verla avanzar sambando y sonriendo con la misma energía del domingo pasado.

Cuando ella miró hacia ellos, él alzó la mano para saludarla; pudo notar su sorpresa de verlo ahí. En cuanto se vieran en la casa, le pediría disculpas por cómo la trató el miércoles por la noche, fue grosero, era consciente de eso, pero en ese momento le fue imposible controlar su estado de ánimo.

—Gracias por venir. —Le dijo Oscar, en tono cómplice, mientras saludaba a su hermana.

—Dije que te ayudaría, pero no creo que este sea el mejor lugar para una declaración de amor —comentó mirándolo de reojo.

—No será una declaración de amor ni nada por el estilo. —El nerviosismo se sintió en su voz.

—Entonces, ¿de qué se trata? —curioseó Renato, aún no entendía a dónde quería llegar Oscar con Luana.

—Solo tengo que decirle algo…, pero tienes razón, este no es el mejor espacio. —Estaba seguro de que no había lugar para tener una conversación privada—. Lo haré en cuanto lleguemos a casa, ¿te parece mejor?

—Sin duda.

—Igual me ayudarás, ¿verdad?

—Lo haré —suspiró.

¿Acaso tenía otra opción? Sí, posiblemente, negarse, pero quería ayudarlo, aunque él no estuviese en el mejor momento para ser testigo de situaciones amorosas, porque por más que su primo le dijera que no se trataba de nada sentimental, sabía que sí lo era.

Antes de que el desfile terminara, su tío Samuel salió del apartado, lo vio bajar las escaleras y enseñando la credencial pedía acceso para ingresar a la zona de prensa, donde estaban los miembros más importantes de la comparsa, siendo entrevistados por varios canales de televisión, tanto nacionales como internacionales.

Tuvo que apoyar las manos en la baranda del balcón y sacar medio cuerpo para poder seguir con la mirada a su tío, lo vio conversando con Elizabeth y luego la abrazó. Sonrió porque, sin duda, acababan de limar asperezas. Eso era algo que toda la familia necesitaba, no podían seguir soportando el orgullo de Samuel Garnett, sobre todo, si con eso hería a su propia hija.

Se alejó del balcón y se acercó a la mesa donde había varias bebidas entres alcohólicas y refrescantes, se hizo de un Red Bull. Su abuelo estaba conversando con su padre y Marlon Ribeiro. Mientras que, su madre, su abuela y su tía Rachell, seguían junto al balcón, cotilleando sobre la reconciliación de Samuel y Elizabeth.

Luana, estaba aplicándole unas sombras brillantes a Violet, y Oscar no hacía más que mirar a la chica, aunque hacía su mejor intento por disimular; en cambio, él, se sentía como si no formara parte de ese entorno; incluso, se sentía fuera de su propio cuerpo, agotado, a pesar de que pasó todo el día en la cama.

Miraba, pero no veía, y escuchaba todo como si él estuviese bajo agua; no tenía la atención

puesta en nada, solo reaccionó cuando su madre llegó a su lado y le dio un abrazo. Lo primero de lo que fue consciente fue de su tía Rachell saliendo del salón.

—Renatinho, amor…, Renato…

Su madre hizo que se espabilara.

—¿Qué? Disculpa, no te escuché.

—Ya veo —sonrió, rodeándole el torso con uno de los brazos, él pasó uno suyo por encima de los hombros de su madre, acobijándola a su costado—. ¿Que si vas a acompañarnos a casa? —repitió la pregunta.

A pesar de que estaban en el Marquês de Sapucaí, desde las diez de la noche, tenían planeado seguir la celebración en casa, con un día de piscina y asado.

—Sí, sí, iré con ustedes —contestó, ya se lo había prometido a Oscar, pero una vez cumpliera con eso, regresaría a su apartamento.

Su madre siguió hablando y él no hizo más que seguirle la corriente, ella le preguntaba cómo iba el trabajo; él le respondía que bien y lo completaba con alguna anécdota, para hacer más interesantes sus respuestas y que su madre no empezara a hacer preguntas más personales.

Más de una vez le esquivó la mirada a su abuelo, sabía que él quería ahondar en el tema de conversación que tuvieron el miércoles, pero lo había estado evitando. Fue un error decirle por lo que estaba pasando, estaba harto de ser merecedor de lástima o de que alguien más tuviese que hacerse cargo de sus problemas.

Dominic, uno de los jefes de seguridad, se acercó a su padre, secreteó algo con él y juntos se acercaron a su abuelo; le dijeron algo y el patriarca se volvió hacia ellos, pero miraba más a Rachell.

—Bueno, nos vamos, Samuel dice que Elizabeth tiene unas entrevistas pendientes, él se quedará con ella, será mejor esperarlos en la casa.

—Yo tengo que esperar a mi papá —dijo Luana, porque su padre no le había dado permiso para que se fuera con los Garnett.

—Señorita, su padre dijo que se reunirá con usted en casa —comentó Dominic, haciendo un ademán, para que la jovencita saliera.

Luana se asomó al balcón, para mirar hacia donde había visto por última vez a su padre, sentado en una de las carrozas.

—No es que desconfíe de su palabra, señor, pero primero lo llamaré —dijo, buscando su teléfono en su cartera, le marcó, pero no le contestó; inevitablemente, empezó a sentirse nerviosa.

—Ven, Luana. —La llamó Oscar, ofreciéndole la mano—. Seguramente está ocupado, no creo que Dominic mienta.

—Está bien, pero lo intentaré una vez más —dijo y volvió a marcarle.

Renato pudo notar a la chica preocupada, comprendía que no quisiera irse con ellos, porque Samuel y Alexandre, no se llevaban bien.

—Papá, ¿sucede algo? Es que quieren que vaya a la casa del abuelo de Eli…. ¿Nos veremos allá? ¿Todo está bien? —La chica seguía hablando con la mirada en la punta de sus sandalias, quizá no deseaba sentirse juzgada por su actitud reticente—. Sí, lo haré… No tardes, papi —susurró. Su padre le dijo algo más, luego terminó la llamada y suspiró.

Oscar le sujetó un brazo y la guio fuera del palco, siguiendo a los demás, que ya se dirigían a la salida.

—Ian… —Rachell lo llamó. Él llevaba a Violet en brazos, quien se había quedado dormida —. Voy con Samuel, ¿te molestaría si te pido que cuides de Violet?

—Sabes que haces una pregunta tonta, ve con él y cualquier cosa me llamas. —Se guardó su propia opinión, también sabía que algo no andaba bien, pero por consideración a su padre, no quiso exponer sus sensaciones.

—Andando, andando, que tenemos mucho por celebrar —hablaba Hera, de muy buen ánimo, suponiendo que en pocos minutos se encontrarían todos en casa. Se colgó del brazo de Renato, para ir con él.

—Nos vemos en un rato. —Rachell le plantó un beso a Sophia en la mejilla y se miraron a los ojos, ambas parecían nerviosas.

—Sí, nos veremos.

Renato se volvió a ver a su tía Rachell, no sabía por qué, pero la notaba muy preocupada.

Él mismo empezó a sentir que un nudo de angustia se apretaba en su estómago.

Varias SUV y guardaespaldas esperaban por ellos. Renato le dijo a Dominic, que él había llegado en su vehículo, el jefe de seguridad de inmediato designó a Aureliano, para que le sirviera de chofer.

Hera, que no le había soltado el brazo a su sobrino, pidió ir con él y también se les unió Helena. Así fue cómo, de camino a casa, Renato terminó en medio de las gemelas, iba con los hombros encogidos, un poco encorvado y la mirada al frente. El silencio era interrumpido de vez en cuando por comentarios de las gemelas sobre cosas que veían en sus redes sociales, mientras él iba sumido en sus pensamientos, que solo eran interrumpidos cuando tenía que dar alguna opinión sobre las fotos que ellas publicarían.

Todos los vehículos llegaron casi de manera simultánea, por lo que, en la entrada se encontraron con casi todos los miembros de la familia que asistieron al sambódromo.

Renato supo que Oscar aún no había tenido la oportunidad de hablar con Luana, porque se trasladaron en vehículos distintos.

Ya en el salón, su padre se acercó a él, aún tenía en brazos a Violet.

—Cuida de Luana, llevaré a Violet a la cama… Tu abuelo subirá a descansar un rato. —Le pidió Ian.

—Está bien —respondió Renato, sabía que esa era la oportunidad que Oscar tanto estaba esperando.

Pero ni bien su padre se alejó unos pasos y él se acercaba a Luana, cuando sus tías la abordaron.

Sus abuelos subieron a la habitación, aunque su abuela bajó media hora después, dejando a Reinhard dormido. Por mucho que él quisiera tener energías para ese tipo de reuniones, lo cierto era que su edad le jugaba en contra.

En vista de que sus tías acapararon a Luana, él decidió subir a su habitación, tenía que ir al baño para refrescarse, sentía la piel pegajosa por todo lo que sudó al salir de aquel palco.

No supo cuánto tiempo pasó mirándose al espejo, mientras el agua se le escurría entre los dedos; intentaba reencontrarse en su reflejo, entenderse, esperaba no hallar en sus pupilas el sufrimiento que poco a poco lo socavaba, deseaba poder curarse de Samira en unos días, debía dejar de pensarla, prenderle fuego a su recuerdo y a todo lo que vivieron juntos.

Cerró los ojos y negó con la cabeza, obligándose a desviar sus pensamientos, sabía por dónde querían llevarlo y no era el mejor momento ni el lugar para dejar que lo dominaran. Inhaló profundamente, luego se llevó las manos llenas de agua a la cara, deseando mandar a la parte más recóndita de su cerebro las ganas de sabotearse.

Cuando volvió al salón, pudo ver a través de los cristales frontales a su tía Rachell, bajando de un taxi, en compañía de uno de los guardaespaldas; ella no tenía el mejor aspecto, estaba

pálida y despeinada, se le notaba que había llorado, y lo primero que hizo fue correr hacia su abuela Sophia, quien la acompañó a uno de los salones.

De inmediato, el estómago se le encogió y la maldita opresión en su pecho cobró vida, tuvo la sensación de que se le había helado todo el cuerpo, quiso gritar o llorar, pero no hizo ninguna de las dos; notó que palidecía y tuvo que sujetarse del respaldo de una butaca, para no perder el equilibrio, estaba a punto de desmayarse, con el pulso acelerado. Pensó que había perdido la fuerza en las piernas y que cayó al suelo, pero seguía de pie, frisado, sin poder reaccionar.

Los sollozos de Luana, lo sacaron del trance, por lo que, caminó hasta ella. Su padre llegó y los miró a todos, enseguida se fue al salón donde estaba Rachell y Sophia.

Cuando supo lo que había sucedido con Elizabeth, a Renato lo atrapó una densa nube de extrema ansiedad, todo a su alrededor se desdibujó y apenas era consciente de que estaba retrocediendo varios pasos, hasta que tropezó con el sofá y quedó sentado; se llevó las manos a la cabeza, para sostenérsela, porque sentía que todo le daba vueltas.

Trataba de enfocar la mirada, de ver con claridad lo que estaba pasando, pero no veía más que estelas de movimientos y colores, su respiración empezó a ser arrítmica. Sabía que debía tomar el control de sus emociones, por lo que, inhalaba fuertemente por nariz y boca, pero no conseguía llenar sus pulmones y un sonido sibilante hacía eco en sus oídos.

Cerró los ojos con fuerza y en medio de la oscuridad, puntos blancos interrumpían. Fueron los sollozos de Luana, sentada a su lado, que lo arrancaron de su estado agónico.

—Mi papá se va a morir —sollozó ruidosamente—. Si algo malo le pasa a Eli, mi papá…, mi papá no va a soportarlo. No pueden hacerle esto…, no pueden —gimoteaba.

Al abrir los ojos, Renato se percató de que su madre intentaba consolar a Rachell, mientras que Hera y Helena pretendían hacer lo mismo con Sophia, a pesar de que ellas también lloraban.

Su padre se había marchado, quizá en el momento en que Renato había perdido el sentido de todo. A su derecha, al otro lado de Luana, estaba Oscar, con la mirada fija en su madre, como en un estado catatónico.

—Tranquila, Luana, tu papá estará bien. —No supo de dónde sacó la fortaleza para expulsar esas palabras de consuelo, para la chica que lloraba casi desesperada.

—No. —Empezó a negar con la cabeza y volvió su rostro hacia él—, no lo entiendes, mi papá no soportará otra pérdida… Él ama a Elizabeth… —De sus ojos se derramaba lágrimas sin control—. A mi mamá se la arrebataron de los brazos, si algo le pasa a Eli…

—No le pasará nada, van a encontrarla, ya verás que en unos minutos la encontrarán… —Esas palabras de aliento no solo eran para ella, sino para tranquilizarse a sí mismo. No tenía idea de lo que hablaba Luana; sí, sabía que la madre de ella había fallecido, pero no conocía los pormenores, no era del tipo de persona que se interesara por hurgar en el dolor de los demás, pero al ver lo afectada que estaba, debió ser algo difícil.

—Tengo que avisarles a mis abuelos, ellos ayudarán a mi papá. —Con manos temblorosas buscaba su teléfono en la cartera—. Tienen que cuidar a mi papá…

—Sí, creo que debes avisarles, pero primero tienes que calmarte, porque así, solo vas a preocuparlos… Tranquila, tu padre está bien. —Renato le acariciaba la espalda—. Hablaste con él hace un rato y estaba bien, no tienes que tener miedo…

Luana afirmaba con la cabeza, tratando de calmarse, pero seguía hipando, no podía dejar de pensar en que su padre debía estar sufriendo, que estaría a punto de enloquecer; y ella solo quería verlo para asegurarse de que físicamente estaba bien.

Sentirse con la responsabilidad de cuidar de Luana, había adormecido sus emociones; sí, sentía un terrible nudo de acidez en el estómago y ese ahogo en su pecho que le hacía difícil

respirar, pero no colapsó.

En ese momento, Oscar pareció salir de su estado de aturdimiento, se levantó y salió por una de las puertas laterales, él también hizo el intento de levantarse, para ir tras su primo, deseaba de alguna manera ayudarle a sobrellevar el momento, pero no lo consiguió, porque llegó su madre para ocupar el puesto en el que estaba Oscar.

—Creo que es mejor que lo dejes solo. —Le aconsejó con tono tierno, aunque su voz estaba ronca por las lágrimas derramadas, había dejado a Rachell, una vez más, en brazos de Sophia.

Silvia, una de las mujeres del servicio, llegó con bandeja en mano, ofreciéndole tés. Luana no quería, pero él la instó a que tomara uno. Él se hizo de una taza, para que viera que aceptaba ese sorbo de calma, pero lo dejó en la mesa, si bebía, aunque fuera un poco, terminaría vomitando.

—Toma, cariño. —Thais le ayudó a Renato, en vista de que la chica se rehusaba.

—Muchas gracias, señora. —Recibió la taza, pero no se lo tomaría, porque estaba segura de que nada le podría pasar por la garganta, solo estaba esperando calmarse para llamar a sus abuelos.

—Anda, bebe un poco. —La instó Renato, cariñosamente, al ver que ni siquiera lo había probado.

Luana miró el líquido amarillento y se calentaba las manos con la taza, suspiró y bebió un poco, pensando que eso le ayudaría para poder lograr su cometido y mostrarse calmada.

Se tomó casi la mitad de la bebida caliente, cuando decidió que era momento para llamar a sus abuelos. Dejó la taza sobre la mesita, al lado de la de Renato, y agarró su teléfono, inhaló profundamente y soltó un suspiro trémulo; después, pulsó el botón que marcaba la llamada a la casa de sus abuelos, sabía que a esa hora debían estar despiertos. Su abuela en el jardín, teniendo su primera conversación del día con sus plantas y, su abuelo, tomándose su infaltable café y viendo las noticias en el periódico. Ella les iba a arruinar el día.

A pesar de que empezó la conversación con cierta tranquilidad, terminó chillando, estaba temblando o quizá era Renato que le apretaba el hombro, tal vez, eran los dos.

Luana acababa de dejar su teléfono sobre la mesa, cuando, Liam salió del ascensor como un vendaval, estaba despeinado, vestía unos vaqueros, una camiseta y estaba descalzo, sus ojos estaban algo hinchados y enrojecidos.

Todos se volvieron a verlo, después de tres meses, finalmente le veían la cara. Él corrió hacia Rachell, la abrazó con fuerza y le dio palabras de aliento; luego, se acercó a su madre, preguntándole como un poseso por Elizabeth, sin duda, fue ella quien lo puso al tanto.

Nadie en esa sala iba a reclamarle nada, no cuando la tensión era lo único que se vivía ahí, lo que Liam había hecho se reducía a cenizas en comparación con lo que estaba pasando en ese momento.

Su abuelo y Violet, se encontraban descansado en sus habitaciones, preferían que siguieran así por un buen rato, no querían exponerlos a la dolorosa incertidumbre de saber qué había pasado con Elizabeth. Todos estaban tan impacientes, incluso, él quería llamar a su padre, para preguntar si habían tenido algún avance en la búsqueda de su prima.

—¿Cómo estás? —preguntó Liam, al volverse hacia él y rescatarlo de sus pensamientos.

—Preocupado, angustiado, como todos… —dijo en voz baja, su mirada se escapó a los pies descalzos de su hermano.

—No voy a quedarme aquí esperando, necesito hacer algo… —comentó Liam.

—Ya tu padre y tu tío están a cargo —dijo Thais.

—Yo haré mi parte, no voy a quedarme aquí…, no voy a esperar.

Renato sabía que eso era típico de Liam, siempre arrebatado e impetuoso, haciendo las cosas

a su manera, sin detenerse a escuchar a los demás.

—Está bien —respondió Thais, consciente de que no tenía caso discutir con su hijo mayor, se volvió a mirar a Renato—. ¿Puedes prestarle unos zapatos?

Renato asintió y luego miró a Liam.

—Vamos a la habitación. —Bien pudo pedirle a Liam que fuera a buscarlos, pero lo cierto era que él también necesitaba un respiro, necesitaba dejar de estar reprimiendo sus emociones, era casi doloroso.

—Imagino que no has comido nada, pediré que te suban algo —dijo Thais.

—Lo menos que quiero es comer, estoy bien, mamá… —Liam le dio un beso en la mejilla, luego se la acarició con el pulgar.

Renato le dedicó unas palabras a Luana, lo mismo hizo su hermano, antes de salir.

De camino a la habitación, Liam posó una mano sobre el hombro de Renato, guiándolo como si fuese un niño. A este le moló ese pasivo gesto de compasión y quiso quitarlo, pero fue consciente de que quizá pasaría por grosero, cuando su hermano solo quería ser condescendiente.

—Parece una locura. —Le dijo Liam, cuando se hizo del pomo de la puerta.

—Cuesta creerlo, ni siquiera lo asimilo —respondió Renato, sintiendo que la garganta se le cerraba, aún no quería hacerse ninguna imagen mental de la situación en la que podía encontrarse su prima, porque eso lo desplomaría.

—Necesito ducharme y cambiarme de ropa —comentó, a pesar de que su hermano menor era más delgado, tenían casi la misma altura y calzaban igual, por lo que, podía arreglárselas con lo que había ahí.

—Está bien, agarra lo que necesites. —Le hizo un ademán, invitándolo a seguir al baño; él aprovechó para sentarse en la cama.

Liam se perdió de su vista, una vez solo, Renato se permitió torturarse y terribles escenarios desfilaron en su mente, esos que tanto se había obligado a repeler. Figuraba a Elizabeth sufriendo, siendo golpeada y ultrajada.

Sacudió la cabeza, deseando eliminar toda esa atrocidad, pero no lo conseguía, apoyó los codos en la rodilla y dejó que la cabeza le descansara en las manos, mientras se apretaba con fuerza los cabellos.

No, Elizabeth no merecía sufrir, ella debía estar celebrando que uno de sus más preciados sueños se hizo realidad; suponía que en ese momento todos debían estar reunidos en el salón, glorificándola por su actuación.

Tenía que controlarse, porque empezaba a sentir que la ansiedad se estaba intensificando e iba a terminar dominándolo, y no podía permitirse atraer la atención de nadie, todos debían estar enfocados en dar con el paradero de Elizabeth.

Trataba de controlar los latidos desaforados que se instalaron en su garganta e intentaba respirar, pero las manos y las sienes empezaron a sudarle, se levantó y empezó a caminar por la habitación, mientras sacudía los brazos.

«Todo está bien, Eli está bien, está bien…».

Se repetía mentalmente, abrió la puerta que daba al balcón y se quedó ahí, tratando de recuperarse en medio de bocanadas de aire, a pesar de que sentía las lágrimas al filo de los párpados y unas terribles ganas de vomitar.

Apretó fuertemente la barandilla de cristal, mientras inhalaba y exhalaba, sabía que podía controlar eso, podía hacerlo.

—Joven Renato…, joven, ¿se encuentra bien? —Lo llamó Silvia, con precaución.

—Sí, sí… —dijo, volviéndose, sintiendo que la mujer lo rescataba del infierno—. Disculpa,

no te escuché entrar. —Se metió las manos a los bolsillos, porque las tenía muy temblorosas, aunque sabía que nada podría hacer con su mirada nerviosa.

—Llamé, pero no recibí respuesta, le pido disculpas por entrar sin su consentimiento…

—No te preocupes —intervino—. No te escuché. —Le regaló una mueca demasiado forzada, que pretendía fuese una sonrisa.

—Le traje algo de comer al joven Liam —dijo señalando la bandeja que dejó en la mesa de escritorio.

—Está bien, muchas gracias.

—Si desea algo, puedo traerlo.

—No, muchas gracias, Silvia.

—Con gusto, joven. —A la mujer también se le notaba consternada, suponía que para ella también era bastante difícil, porque debía estar cumpliendo con sus deberes, a pesar de la situación.

Una vez que Silvia salió, Renato se acercó a la bandeja, vio que trajo agua, más té, jugo de naranja, fruta picada. Necesitaba agua, por lo menos, destapó la botella y se bebió casi la mitad, luego recordó que llevaba consigo la caja de pastillas; rápidamente y con manos temblorosas, sacó una y se le metió bajo la lengua.

—Estoy listo, ¿me acompañarás? —preguntó Liam, no fue su intención sorprender a Renato, al que se le cayó una caja pequeña por la impresión.

—Mierda —masculló y se acuclilló rápidamente, para agarrar la caja, esperaba haber sido lo bastante rápido como para que Liam no la notara. La guardó en el bolsillo de su pantalón y se giró—. ¿Qué tienes en mente? —comentó, tratando de desviar la atención de Liam.

—¿Qué es eso?

—¿Qué cosa? —preguntó esquivándole la mirada, sabía a lo que se refería, pero era mejor hacerse el desentendido. Así que, caminó al vestidor, con la idea de cambiarse la camisa.

—La caja que se te cayó, ¿qué estás tomando? —Lo siguió, porque, aunque no pudo detallarla, imaginaba de qué se trataba.

—Solo es un analgésico, me duele la cabeza, creo que todos estamos en la misma situación… —Corrió la puerta de cristal de uno de los compartimientos de los armarios y, sin detenerse a elegir entre todos los tonos de camisas azules que colgaban de las perchas, se hizo de una celeste —. Dime qué piensas hacer para ayudar —inquirió, sintiendo cómo, a pesar del efecto tranquilizador del ansiolítico, la preocupación primaba en sus emociones.

—Aún no lo sé. —Liam se rascó la cabeza, sabía que Renato podía mentirle todo lo que quisiera, pero sus pupilas, como dos putos faroles, exponían que lo que se estaba tomando no era un simple analgésico. Sin embargo, no era el mejor momento para acosarlo con preguntas que lo hicieran ponerse a la defensiva o que se cerrara.

Le preocupaba que tuviera a su alcance antidepresivos, ansiolíticos o cualquier mierda de esas que tomó cuando empezó el tratamiento que, aunque le ayudaron a sobrellevar y manejar de mejor manera sus emociones, también lo afectaban.

Sabía que lo de Elizabeth debía tenerlo trastocado, pero no hacía ni tres horas que se supo de su desaparición, lo que le daba a Renato un margen de tiempo muy limitado, como para que Danilo pudiera recetarle esos medicamentos. Estaba seguro de que ya los estaba consumiendo.

—Imaginé que tenías un plan… No sé, no creo que podamos hacer mucho, tampoco es prudente correr la voz… Tía Rachell, no quiere que se haga público —comentó Renato.

—Solo quiero pensar…, vamos a la biblioteca. —Se acercó y le palmeó la espalda, instándolo a caminar—. Podemos empezar por revisar las redes sociales de Elizabeth, ver si

existe algún comentario fuera de lugar, algún acosador…

—Liam, ¿alguna vez te has detenido a leer los comentarios en las fotos no solo de Elizabeth, sino también los de Hera y Helena?

—No, no mucho… En realidad, nunca.

—Tienen miles de comentarios y el setenta por ciento son de hombres morbosos…

—Bueno, revisaremos a ese setenta por ciento… Alguna pista, algo, tenemos que ser de ayuda, no podemos quedarnos a la espera… Haremos eso mientras tío Samuel se digna a responderme… —resopló, quería sentirse útil, hacer algo para no caer en la desesperación.

Renato asintió y caminaron juntos a la biblioteca, con la intención de ayudar; no obstante, solo anhelaban que su padre o tío llamaran para decir que la habían encontrado y que estaba bien, que ya venían en camino.

CAPÍTULO 7

Samira, esperó, esperó y esperó. Cada treinta segundos iluminaba la pantalla del móvil, revisó varias veces si tenía el wifi conectado; incluso, les preguntó a Javier y a Pablo, si a ellos les funcionaba el internet, a pesar de que le dijeron que sí, ella optó por usar los datos móviles.

El corazón le latía lento, su respiración era casi arrítmica, se mordía constantemente la parte interna de la mejilla izquierda o se mordisqueaba las uñas, aunque bien sabía que no debía hacerlo, mucho menos estando en el trabajo, pero no podía controlar su estado ansioso.

Cuando se cumplieron dos horas de no haber recibido ninguna notificación de la lista de reproducción, las lágrimas empezaron a agolpársele en la garganta y ya cuando se cumplió la quinta hora y se cambiaba para volver al apartamento, ya las lágrimas quemaban al filo de sus párpados.

Le era imposible no sentirse abatida, se despidió de Lena y los chicos, y emprendió su camino hacia su hogar provisional.

Caminaba por la acera, cabizbaja, intentando que sus emociones no la gobernaran, pero por más que quiso retener su desilusión, no pudo y las lágrimas terminaron fluyendo; aun así, se las limpiaba con los puños de su jersey. Así no podía llegar a casa, no en el estado en el que se encontraba. Por ser domingo, Romina y Víctor esperaban por ella, para ir por ahí a tomarse un café o quizá ir a ver alguna película, todavía no habían hecho planes. Así que, llegó a un parque y se sentó en una banca, a la espera de encontrar un poco de calma. Ahí sentada con la mirada en sus rodillas, siguió pensando que Renato olvidó dedicarle una canción o que quizá dejó de hacerlo, y eso le dio paso a la desesperanza. Una pequeña parte abrigaba la ilusión de que solo lo había olvidado y que en algún momento le llegaría la notificación, pero no era más que su parte más masoquista.

Cuando por fin llegó al apartamento, pasó directa a la ducha, ahí pudo llorar sin contenciones, no sabía por cuánto tiempo seguiría así, jamás pensó que enamorarse traería como consecuencia tanto sufrimiento; de haberlo sabido, lo habría evitado por todos los medios.

La familia Garnett, llevaba cuarenta y ocho horas viviendo un infierno, a pesar de que estaban haciendo uso de todo el poder que disponían y estaban moviendo todas las fuerzas policiales y militares en la búsqueda de Elizabeth, aún no tenían resultados; tampoco sabían si se trataba de un secuestro, porque no se habían puesto en contacto con ellos.

Por mucho que intentaron mantenerlo en secreto, no pudieron, la información se filtró y era noticia no solo nacional, sino también internacional. Porque Elizabeth era la nieta de uno de los empresarios más importantes del país y del mundo, hija del fiscal general de Nueva York, además de una modelo mundialmente reconocida, razón por la cual, una comitiva del FBI y de la Interpol se trasladó a Rio, para formar parte del proceso de investigación.

Desde que los medios empezaron a rotar la noticia, los teléfonos y redes sociales de todos no pararon de ser bombardeados, todos queriendo saber un poco más o tratando de dar consuelo, como si su prima no fuese a regresar con ellos.

Esa fue la razón por la que Renato apagó su teléfono personal y decidió dejarlo en el cajón de la mesa de noche, no sin antes dar de baja a la única red social que tenía. Ya que, debido a eso, su ansiedad se había disparado y no se permitiría colapsar.

Era poco lo que había dormido, en realidad, ninguno se había tomado un descanso; su padre

y su tío, apenas llegaron para ducharse y volver a salir.

Su tío Thor, llegó desde Nueva York esa mañana, todo era un caos; la casa estaba invadida por oficiales que no paraban de hacerles preguntas; su tía, Rachell, intentaba no desesperar, pero fallaba olímpicamente. Llegó un punto en el que él, necesitó unos minutos de desahogo, porque se sentía a punto de desplomarse.

Se fue a su apartamento, se duchó por un largo rato y, con medicamentos, se ayudó a dormir; de otra manera, la ansiedad no lo dejaría ni siquiera cerrar los ojos.

Despertó con un terrible dolor de cabeza, no sabía si era porque había dormido muy poco o fueron muchas las horas, se sentía desorientado, no estaba seguro si era de día o de noche, le tomó un par de minutos desperezarse y regresar a la realidad. Tenía la boca seca.

—No puede ser —masculló con la voz ronca y la saliva pastosa. Olvidó llevar una botella de agua a la habitación. Apartó las sábanas, se levantó y se quedó sentado al borde del colchón.

Le fue imposible que la preocupación por Elizabeth no lo embargara de golpe, como una avalancha; se llevó las manos a la cabeza e hizo el intento de peinarse.

Sacudió la cabeza para apartar los malos pensamientos, tenía que ser positivo, encontrarse con su hermano, para ver si ya había ideado un plan en concreto. Pasaron horas analizando las publicaciones de los fanáticos de Elizabeth en las redes sociales, investigaron algunos, aunque su padre dijo que ya de eso se estaba encargando el Departamento de Inteligencia Cibernética de la Policía Federal, quienes tenían los equipos tecnológicos de su prima.

En medio de un lánguido suspiro, se levantó y salió de su habitación, necesitaba agua con urgencia; en cuanto abrió la puerta, escuchó murmullos. Sabía que debía tratarse de sus padres o su hermano, pues eran los únicos que tenían acceso a su apartamento; de inmediato, se puso alerta y el corazón emprendió un latido frenético, porque la noche anterior dejó la caja de pastillas sobre la isla de la cocina.

Los nervios se le descontrolaron, el estómago empezó a dolerle y las palmas de las manos a sudarle; estudió la posibilidad de encerrarse y esperar a que se marcharan, pero sabía que no se irían hasta enfrentarlo.

Lo mejor era mentirles y decir que Danilo se las recetó por toda la situación que estaba viviendo, pero que tenía todo bajo control; aunque, lo mejor que podía pasarle era que no se hubiesen dado cuenta del medicamento.

Debía parecer casual, casi de puntillas regresó a su habitación, cerró la puerta con cuidado y se fue al baño, no se duchó, pero sí fue a lavarse la cara y a cepillarse los dientes. Tenía la garganta tan seca que no pudo controlar la sed y bebió agua de la llave, algo que jamás había hecho y que, probablemente, le haría mal, pero prefería eso a mostrarle a sus invasores los estragos de los ansiolíticos.

Con un mejor aspecto salió de la habitación; no obstante, todas sus teorías se precipitaron aparatosamente cuando vio en el salón, no a sus padres, sino a Liam, en compañía de Danilo.

¡Palideció!

El corazón se le saltó un latido, pero la necesidad de levantar las barreras y ponerse a la defensiva, se activó. De manera inevitable, su rabia se dirigió a su hermano, pero, por más que quisiera, no podía mostrarse iracundo delante de Danilo, el respeto que sentía por él, no se lo permitía.

—Bueno. —Liam se frotó las rodillas por encima de los vaqueros, soltó un sonoro suspiro y se levantó. De verdad le impresionó cuando entró y se topó con un ambiente completamente distinto—. Me voy…, un placer hablar contigo, Danilo. —Le ofreció la mano y le dio un apretón.

—Igual, espero volvamos a vernos pronto —dijo, seguro de que Liam también necesitaba un poco de orientación, pero él era un hueso duro de roer.

Liam solo ladeó la cabeza y frunció la boca en media luna, un gesto totalmente ambiguo, luego caminó hasta Renato, que se había quedado en la entrada del pasillo que conducía a las habitaciones.

—Te dejo en buena compañía —comentó, con la intención de palmearle el rostro en un gesto cariñoso, pero Renato lo esquivó, tenía las fosas nasales dilatadas y su mirada no podía esconder la ira interna. Estuvo seguro de que, si su hermano pudiera incinerarlo con una mirada, lo habría hecho.

—¿Quién mierda te crees para tomar decisiones por mí? —reclamó en susurros con el ceño fruncido. Danilo no tenía por qué enterarse de lo molesto que estaba.

—También te quiero, hermano, sé que algún día me lo agradecerás. —Afirmó con la cabeza y le sonrió ligeramente—. No puedes seguir haciendo lo que tú y yo sabemos que estás haciendo, esa mierda no es buena, no lo es… No quiero verte como un jodido adicto.

No le dejó tiempo para que siguiera protestando, lo más importante era que hablara con el terapeuta, ya después, dejaría que descargara toda esa rabia que ahora sentía.

Liam se marchó, dejando a Renato en una situación bastante incómoda. No sabía cómo actuar o qué decir, ni siquiera podía mirar a Danilo, solo quería pedirle de la manera más amable que se marchara o; en el peor de los casos, huir a su habitación y encerrarse hasta que él mismo tomara la decisión de irse.

—Buenos días, Renato —saludó Danilo y se levantó, se tomó el atrevimiento de ir a la cocina—. Sé que debes estar muy molesto con Liam, y tienes toda la razón; no obstante, ha sido prudente de su parte contactarme. —Abrió el refrigerador y sacó una botella de agua, regresó a donde estaba Renato, todavía de pie, en total tensión, y se la ofreció.

Renato tragó grueso y recibió la botella, a pesar de que tenía sed, decidió que no bebería, porque probablemente solo se trataba de una prueba. Aunque, no tenía nada que demostrarle, porque su mirada se escapó a la isla de la cocina y no vio ahí la caja de medicamentos.

Danilo no quiso decirle que después de que Liam se las mostrara y le hiciera comprobar de qué se trataba, las sacó una a una y las dejó ir por el desagüe.

Le preocupaba que Renato supiera cómo adquirir esos medicamentos sin la necesidad de que él se las prescribiera.

—No has desayunado, debes estar hambriento, ¿te parece si comemos juntos? Aquí traje un par de sándwiches, son de una máquina dispensadora, así que no aseguro están muy buenos —habló, tratando de que Renato se relajara un poco, que dejara de verlo como una amenaza, a pesar de que estaba invadiendo su espacio.

—No lo sé…, en realidad, no tengo apetito. —Se alzó de hombros y su tono fue bastante indiferente.

Danilo, que lo había estado observando atentamente, pero de manera discreta, sí se había dado cuenta de que desde hacía meses su apetito no debía ser el mejor, un evidente síntoma de depresión. Liam tenía razón, lo que sea que le estaba afectando, lo venía haciendo desde hacía un buen tiempo.

—El desayuno es el alimento más importante del día.

—Lo sé —comentó con la mirada esquiva.

—No quieres sándwich, ¿te parece si pedimos otra cosa?

—No se trata de la comida, Danilo… No tengo hambre, ahora me preparo un café, con eso será suficiente. Sé que no es un secreto para ti, por todo lo que estoy pasando…

—No lo sé, dime tú por qué estás pasando —interrogó.

—Ya sabes, lo de Elizabeth… y todo lo demás…

—Sí, imagino que no es fácil para ti ni para ninguno en tu familia… ¿Quieres decirme qué es todo lo demás? Renato, desde hace meses que estás postergando nuestras reuniones… ¿Qué sucede?

—Lo de Elizabeth, no lo estoy llevando bien. —Ya empezaba a dolerle el estómago, no quería llegar al punto que más lo lastimaba. Necesitaba como diera lugar evitar ese tema, tenía mucho encima con lo de su prima, como para también sacar a flote el abandono de Samira. Se rascó una ceja, en un gesto de nerviosismo—. ¿Sabes qué? Sí, sí voy a comer ese sándwich. —Quería como último recurso tratar de convencer a Danilo de que estaba bien y que lo que le pasaba solo se trataba de la preocupación generada por lo de Elizabeth.

—Bien, no me negaría si me ofreces un café.

—Está bien, puedes sentarte, por favor —pidió haciendo un ademán hacia el comedor, bien pudo haberle ofrecido una de las butacas de la isla, pero sabía que, al momento de él sentarse ahí, quedarían más cerca—. ¿Qué deseas? ¿Capuchino, expreso, moca?

—Capuchino.

Renato asintió, se volvió hacia la cafetera, la encendió y buscó un par de cápsulas, se hizo de un par de platos y los llevó hasta el comedor; al regresar, sirvió los cafés, sabía que Danilo, al igual que él, no consumía azúcar. Y menos mal, porque se había desecho del mínimo grano que tenía.

—Aquí tienes —dijo en cuanto le puso la taza de café al lado del plato.

—Gracias. —Danilo le hizo un gesto para que se sentara en la silla frente a él.

Renato obedeció, como era su naturaleza. Él bebió un sorbo del café, luego destapó la botella de agua y tomó lo suficiente para hidratar su garganta. Miraba el pan, pero estaba seguro de que no iba a pasar bocado, solo se quedó ahí, mirando cómo sobresalían algunas hebras de brotes de alfalfa.

Danilo tampoco se atrevía a comer, solo había dado un par de sorbos al café.

—Renato, ¿te gustaría contarme qué sucede? ¿Cómo te sientes respecto a lo que estás viviendo? —Esperó más de un minuto, podía notar la tensión en los hombros del chico que no se atrevía a levantar la cabeza.

—Creo que me siento como todos…, perdido, angustiado, preocupado… No sé cómo puede sentirse uno ante esta cruel incertidumbre, es Elizabeth… Sabes que ella es…, es de las pocas personas con las que tengo una buena relación, natural…

—Lo sé, debemos ser positivos, ella regresará a casa, ten fe en tu familia; todo el poder que poseen está enfocado en localizarla y traerla devuelta sana y salva… Sé que en un momento como este no quieres que la atención se desvíe hacia ti, nunca lo has querido, no quieres empeorar las cosas, es normal que pienses así, pero puedes buscar apoyo en alguien fuera del núcleo familiar… ¿Samira te está apoyando? —Encontró la manera de llegar al punto que intuía le dolía más al joven.

Renato volvió a quedarse en silencio, apartó el plato o vomitaría, se permitió negar con la cabeza y las lágrimas se empeñaron en nublarle la visión.

—Ya no estoy con ella…, todo se fue a la mierda, Danilo, y me gustaría ser como todos los demás, echarle la culpa alguien, culparla a ella, a ti…, a quien fuera, con tal de no asumir mis errores, pero sé que hice algo que la llevó a tomar esa decisión. —Apoyó los codos en la mesa y se llevó las manos a la cara, se atrevió a mirar al terapeuta a través del espacio entre sus dedos.

—¿Por qué no me dijiste que terminaron?

—¡Porque no terminamos, Danilo! —Se exasperó, pero no se atrevió a quitarse las manos de la cara, se sentía avergonzando—. No terminamos la relación, ella me dejó, se fue, no sé a dónde mierda lo hizo, pero… se fue, solo eso… Ya sabes la causa: yo, mi comportamiento, lo que soy… Es que no puedo gustarle a alguien, no puedo merecer más que compasión o indiferencia, todo es a extremo conmigo, no hay más… —La voz se le quebró, se descubrió la cara solo para apoyar los brazos cruzados sobre la mesa y dejar descansar la frente en el antebrazo, aprovechando eso como un refugio—. Estoy cansado, Danilo… La verdad, ya no quiero seguir con esto… No pierdas tu tiempo conmigo, porque nada de lo que hagas me ayudará, por eso no quiero seguir con las terapias y, ahora que lo sabes, no tengo que seguir posponiendo las consultas…

—Renato…

—Ya no más, Danilo, no quiero, no quiero… —sollozó, interrumpiendo al terapeuta.

—Renato, escúchame. No voy a dejarte, ¿lo entiendes? Tú no me haces perder el tiempo, sé que no estabas preparado para esto y que es doloroso, porque el desamor duele, duele mucho, pero estoy aquí para ayudarte a sobrellevarlo; por favor, confía en mí.

—No, no voy a hacerlo… —Negaba con la cabeza—. Solo quiero acabar con esto, quiero acabar con todo…

—No hagas esto, Renato… Entiendo que quieres acabar con todo, bien, déjame ayudarte, puedo ayudarte a superarlo.

—¡No, no! Ya lo intenté, intenté no pensar en ella y en la razón que tuvo para dejarme…

—Puedo ayudarte, solo déjame hacerlo. —Danilo tenía ganas de darle un apretón en la mano, para reconfortarlo, pero bien sabía que eso lo tomaría como la compasión que él tanto odiaba. Le entristecía muchísimo que las cosas salieran mal entre ellos, él era un buen chico, no merecía que perdiera de esa manera la fe en sí mismo, esa que recién estaba encontrando; sin duda, había retrocedido en el proceso.

—Todo está jodido…, ni siquiera sé… —Levantó la cabeza y por fin pudo mirar a Danilo, quien lo observaba con atención y asentía ante sus palabras—. Es difícil, ¿por dónde se supone que debo empezar cuando aún ni siquiera sé lo que está pasando? No lo asimilo.

—Tal vez fue mi error, no sé, debí prepararte por si algo como esto que estás viviendo se presentaba…

—¿Cómo preparas a alguien para esto? ¿Cómo lo preparas para que no se derrumbe cuando la ilusión de su vida se le esfuma? —cuestionó con los ojos cristalizados por las lágrimas que se empeñaba en no derramar.

—Sí, Renato, el amor acaba, las relaciones acaban, las personas cambian; eso es parte de la vida, te lo había dicho. Sé que en este momento te parece que estar sin Samira es insoportable, que quizá no puedes vivir sin ella, pero ¿sabes qué? No es así, puedes seguir adelante sin ella, puedes hacerlo.

—Me hice dependiente de ella, eso es algo que sabes, lo arruiné todo con mi extrema dependencia, me paralizó el miedo a perderla, el pensamiento constante de perderla… Y así fue, ¿quién va a querer estar con alguien como yo?… —Renato hablaba sintiendo la agonía viajar por su torrente sanguíneo.

—Renato, deja de despreciarte, entiendo que estás en una situación vulnerable y poco optimista, pero puedo asegurarte que…

—Que estoy irremediablemente jodido… —Un poco de sarcasmo se dejó escuchar en su tono de voz.

—Si sigues pensando así, podrías pasar toda tu vida sin darte cuenta de que todo por lo que

tú mismo te menosprecias, todo eso que tú tanto odias de ti, alguien más lo valora, alguien ama todas esas cualidades que tú desprecias… Alguien te amará por quién eres, te aceptará exactamente por quién eres.

—La verdad, no quiero que nadie más me ame, no quiero pasar por esto de nuevo… ¿Vas a ayudarme a olvidar a Samira?

—No, no puedo hacer eso, no tengo la capacidad para borrarte la memoria, lo que sí puedo es ayudarte a superar este desamor, a que aceptes que está bien si no funcionó; guiarte hasta que logres pensarla y que no duela… Pero es algo que tú solo debes hacer, yo solo te marcaré las pautas y te brindaré las herramientas, pero lo demás deberás hacerlo tú.

—Creo que no hay nada más patético que lo que estoy haciendo… —Se limpió los ojos con los nudillos, justo cuando las lágrimas se le escaparon.

—Sé que lo superarás, Renato, honestamente, lo creo. Puedes volver a empezar…

—No tengo interés en empezar de nuevo, no siento curiosidad ni tengo motivación… No sabes lo difícil que ha sido para mí enfrentar esto, hacer como si nada pasa…, tener que ir al trabajo…, socializar.

—Sé que dices eso por el lugar en el que estás ahora y por todo lo que está pasando…Solo confía en mí, ¿está bien?… Confía.

Renato suspiró, como si se diera por vencido.

—Está bien, quiero intentarlo, quiero terminar con mis problemas, dejar mi obsesión por Samira, no quiero volver a pensarla… Necesito concentrarme en mi familia, en Elizabeth.

CAPÍTULO 8

Lo único positivo para Samira en la última semana era que los días habían sido bastante soleados y la temperatura mejoró considerablemente, por lo que, se desviaba en su caminata a casa, para hacerla más larga.

Le agradaba mucho sentir cómo el sol picaba en su rostro, esos momentos de introspección mientras escuchaba un audiolibro, le generaba una paz que verdaderamente necesitaba, pero para poder disfrutar de ese momento, aún faltaba un par de horas; mientras, tenía que seguir trabajando.

Al tercer día de que Renato no actualizara la lista de reproducción, entendió que él ya había dejado de pretender que sentía algún tipo de remordimiento por la manera en que la engañó.

Ella, por su parte, con mucho dolor, intentaba coser sus heridas y seguir adelante, dejar a Renato en el pasado, tomar lo positivo de todo lo vivido junto a él y reforzar sus planes.

Se acercó al mostrador donde Pablo estaba poniendo el pedido de la mesa tres, se hizo de una bandeja y acomodó los platos y tazas; luego, se lo llevó a la pareja que esperaba por sus alimentos.

—Permiso —dijo, llegando con una sonrisa servicial—. Ensalada camberra, para la señorita; y, focaccia Caprese, para el señor —comentó, al tiempo que acomodaba los platos frente a ellos. Además, le puso al frente el té matcha y el cortado que pidieron.

—Muchas gracias, se ve riquísimo —comentó la joven de unos veinte años, de cabello castaño y ojos oscuros.

—Gracias —comentó el hombre, que debía estar por los treinta, era rubio de ojos azules y; por la pronunciación de su español, parecía ser de Estados Unidos.

—Espero que lo disfruten —sonrió e hizo una reverencia y se fue a limpiar la mesa que acababa de desocuparse, justo detrás de ellos.

Casi nunca ponía atención a las conversaciones de los clientes; no obstante, cuando la chica le preguntó al hombre si se sabía algo más del secuestro de la hija del fiscal general de Nueva York, a Samira se le encogió el estómago y el corazón le dio un vuelco. Bien sabía de quién estaban hablando, era la prima de Renato; si eso era verdad, él debía estar pasando por un muy mal momento.

No podía quedarse con la duda, se apresuró a limpiar, recogió todo y lo llevó a la cocina; al salir de vuelta al mostrador, se acercó a Javier.

—Necesito ir al baño, ¿podrías estar pendiente de la mesa tres? Te prometo que no tardaré.

—Sí, no te preocupes, ve… —Le dijo el chico que acomodaba algunos postres en las vitrinas exhibidoras.

Samira se fue rauda al baño, en cuanto entró, buscó su móvil en el bolsillo del delantal; enseguida, puso en el buscador: «Secuestro de Elizabeth Garnett».

Le arrojó muchísimos resultados; al parecer, era la noticia del momento, y ella no se había enterado. Abrió el primer artículo y empezó a leer, se tambaleó hacia atrás y notó que se le secaban la boca y la piel, como si hubiera perdido de repente toda la humedad del cuerpo. Se quedó en blanco y, acto seguido, sintió que la invadían unas corrientes veloces, como un torrente de emociones fuera de control.

El reportaje era encabezado por una foto de Elizabeth, en el carnaval. El texto en la pantalla

se le hacía cada vez más pequeño y le temblaban tanto las manos, que no estaba segura de poder seguir sosteniendo el teléfono.

Se sentó en el retrete, respiró hondo y trató de tranquilizarse, aunque creía que todo lo que le rodeaba giraba sin parar. Apretó los párpados fuertemente, sin poder creerlo todavía.

Elizabeth Garnett llevaba ocho días desaparecida y hasta ahora el móvil que cobraba más fuerza era el secuestro; a pesar de que los posibles secuestradores no se habían puesto en contacto con la familia.

Imaginaba cómo debía sentirse Renato, seguramente, estaba destrozado, porque sabía que le tenía especial cariño a Elizabeth. Siempre que hablaba de ella, lo hacía con un entusiasmo particular. Cayó en la cuenta de que, justamente, desde ese día dejó de actualizar la lista de reproducción; enseguida, empezó a sentirse muy mal, como la persona más mala del mundo. Lo juzgó duramente, pensando lo peor de él, cuando, en realidad, estaba pasando por una situación demasiado difícil.

«¿Y si lo he juzgado mal todo este tiempo? ¿Y si me equivoqué?» Se dijo en pensamientos, mientras el remordimiento empezaba a anidarle en el pecho; no obstante, su voz interna le recordó aquel maldito mensaje de voz que escuchó. No estaba loca, no lo imaginó, porque bastante que se torturó escuchándolo, hasta que por dignidad lo borró.

No tenía dudas de que Renato la había engañado, aun así, ni él ni nadie merecía pasar por la terrible angustia e incertidumbre de saber a un ser querido desaparecido, eso le pellizcaba el corazón y le humedecía los ojos.

Sintió la imperiosa necesidad de hacerle saber que sentía mucho todo por lo que estaba pasando y que deseaba, de todo corazón, que Elizabeth pronto pudiera regresar sana y salva.

Ni siquiera era consciente de que empezó a teclear su número, aunque lo borró e intento con todas sus ganas olvidarlo, lo cierto era que lo tenía grabado a fuego en su memoria.

Estaba a punto de marcar cuando escuchó la voz de Lena; inmediatamente, entró en tensión. Su jefa era una chica extraordinariamente comprensiva, cierto, pero todo tenía un límite de tolerancia y, por muy buena persona que fuera, no iba a aceptar que su empleada se la pasara encerrada en el baño. Lo único que podía conseguir con eso era que Lena prohibiera el uso de los teléfonos, y los que se verían más afectados serían sus compañeros de trabajo. Así que, desistió de una llamada que requería de toda su voluntad emocional y que, además, ni siquiera tenía idea de cómo empezar, aparte de que no contaba con el tiempo ni era el mejor lugar para hacerlo.

Se levantó del retrete, guardó el móvil en el bolsillo del delantal y se lavó las manos mientras se miraba al espejo; aún estaba conmocionada con la noticia del secuestro de Elizabeth, pero también sentía la adrenalina inundando sus venas ante la posibilidad de volver a escuchar la voz de Renato. Esas emociones que él despertaba en ella, eran tan intensas, que la desestabilizaban; incluso, un molesto zumbido inundaba sus oídos.

Se pasó las manos mojadas por el cabello para aplacar algunos mechones que se habían escapado de su coleta, la cual se rehízo; luego, volvió a lavarse las manos, se las secó y salió del baño, fingiendo una sonrisa entusiasta. Se acercó a la mesa donde estaba la pareja que recién había atendido y le preguntó si estaban disfrutando de los alimentos.

—Sí, todo está muy rico, gracias —dijo la chica, sonriendo ligeramente.

—Sí, todo… ¿Podría traerme otra de estas? —solicitó el hombre.

—Por supuesto, enseguida le traigo otra focaccia, ¿la desea igualmente de caprese?

—La de sabores mediterráneos es riquísima. —Le recomendó su acompañante.

—Así es —intervino Samira.

—Bueno, me convencieron, que sea de sabores mediterráneos.

—¿Desea algo más? —preguntó, al tiempo que ordenaba el pedido en la tableta, para que Pablo ya fuera trabajando en ello.

—Una botella de agua, por favor.

—Enseguida regreso. —Fue a por la bebida, pero en su camino, llegó a la caja para saludar a Lena, quien ya había recibido el puesto que Javier estuvo cubriendo.

Durante las siguientes dos horas, no pudo sacarse ni un minuto de la cabeza a Renato, imaginaba lo mal que debía sentirse y, en consecuencia, a ella le dolía. Suponía que no debía sentir nada, pero ahí estaba, sufriendo por el sufrimiento de él.

Después de pensarlo mucho, llegó a la conclusión de que no lo llamaría, no conseguiría nada más que humillarse un poco más, porque muy probablemente Lara debía estar a su lado, brindándole el consuelo que ella tanto se moría por darle. Intentar algún tipo de comunicación solo empeoraría las cosas, él sabría cómo y dónde ubicarla, y ella ya no quería sufrir más o, mejor dicho, no quería hacerse falsas ilusiones que más adelante harían polvo a los pobres pedazos de su corazón, porque si se comunicaba con Renato y él no mostraba ningún interés en ella, eso era lo que iba a pasar.

Se despidió de sus compañeros y, como cada domingo, le dejaría más tiempo a Romina y a Víctor, para que compartieran de su intimidad como pareja. Les había dicho que su horario de trabajo terminaba un par de horas más tarde, cuando en realidad, solo se dedicaba a caminar, tomaba fotos a ciertas cosas que tuvieran que ver con su cultura, las editaba lo mejor posible y las subía a su perfil: «Alma Gitana». Eso se había convertido para ella en una pequeña válvula de escape.

Por más que intentaba distraerse perdida entre las calles de Madrid, no lo conseguía, no podía simplemente ignorar que más allá de su amor por Renato, estaba su sentido de amistad y el recuerdo de cómo él estuvo para ella, en los momentos más difíciles.

Caminó y caminó hasta llegar a la Plaza de España, aún con un remolino de pensamientos caóticos, se sentó en un banco, pausó la música que estaba escuchando y volvió a buscar las noticias, pero seguían sin saber de ella.

No tenía dudas, quería hacerle saber que estaba enterada y que lo sentía muchísimo, pero temía que, al momento de iniciar la conversación, perdería el valor y querría desistir. Sabía que, una vez dado ese paso, no habría marcha atrás, Renato podría localizarla, a menos que cambiara de número.

Apoyó los codos en las rodillas y dejó descansar la cabeza entre las manos, odiaba sentirse tan mortificada, no sabía por qué no podía ser indiferente. Después de casi un minuto con los ojos cerrados, presionando a su cerebro en busca de la mejor decisión, fue que cedió a sus deseos y le marcó.

Saber que iba a escuchar su voz, hizo que algo explotara en su interior, sintió una mezcla de frío y calor, ruido y silencio, con el saludo quemándole los labios y el corazón a punto de estallar; no obstante, la llamada se fue directamente al buzón, sintió ganas de llorar, quizá de tristeza o decepción, no lo sabía; aun así, no desistió, pensó que así sería más fácil e hizo acopio de una calma en su interior que no sabía que tenía.

—Renato, intenté…, quise hablar contigo, sé que esta no es la mejor manera… No sé qué decir, no tengo palabras. —Quería ser más concisa, pero las emociones revueltas no se lo permitían, estaba temblando vergonzosamente y hasta su voz vibraba—. Solo quiero que sepas que siento mucho por lo que estás pasando, sé cuán importante es Elizabeth para ti… Deseo, de todo corazón, que puedan encontrarla… Olvidé decirte, soy Samira, aunque quizá reconozcas mi… —No pudo terminar su mensaje, el tiempo no se lo permitió, pensó en volver a llamar, pero

la sola idea de que esta vez sí le contestara, le aterraba, porque sabía que, con solo escucharlo, todas las tiritas con las que había intentado reparar su corazón se reventarían, iba a querer echar por tierra lo conseguido hasta ahora y no podía hacerlo, se prometió a sí misma enforcarse en sus metas y dejar las distracciones de lado.

También le había prometido a Romina, seguir el proceso de sanación, ella le estaba ayudando a superar la ruptura, solo le pidió tres cosas principales, la primera: cortar todo contacto con Renato o; de lo contrario, sería como estar echándole sal a la herida en su corazón y eso no la iba a dejar sanar; lo segundo: debía salir y socializar, aunque no tuviera ganas, que era necesario que volviera a conectar con personas, porque lo peor que podía hacer era aislarse y terminar consumida por la depresión; por último: que siguiera con su rutina de caminar o que hiciera deporte, algo que le ayudara a crear una distracción.

CAPÍTULO 9

Renato, poco a poco, fue saliendo del estado de inconciencia; parpadeó varias veces para aclarar la vista, se volvió de medio lado y miró el reloj en el asistente virtual, aún faltaba media hora para que sonara el despertador. Sorprendido de estar durmiendo cada vez más, sin la necesidad de ansiolíticos, se giró sobre su costado izquierdo y quedó bocarriba, se llevó las manos al pecho y fijó su mirada en la lámpara colgante.

Antes de dejarse arrastrar a su purgatorio personal, se dio a la tarea de concentrarse en su respiración, haciéndose más consciente de cada inhalación y exhalación.

Podía sentir en sus manos cómo el pecho se le inflaba, para luego desinflarse lentamente. Estaba poniendo todo de sí, para salir del deplorable estado en el que se encontraba; lo había hecho una vez, estaba seguro de que podría volver a hacerlo. Aunque esta vez estuviese siendo más difícil, ya que, la impotencia que le generaba seguir sin saber nada de Elizabeth, lo tenía bastante mal.

Cerró los ojos y siguió con la respiración, tratando de abstraerse de todo, dejar su mente en blanco, pero para eso necesitaba ser paciente; algo que, definitivamente, no era, solía desesperar bastante rápido, aunque no lo hiciera evidente, siempre estaba pensando en cosas futuras y todas las maneras de cómo iba a arruinarlo.

Muy pocas veces conseguía plantarse en el presente, vivirlo realmente; necesitaba hacerlo, hacerse cargo de lo que estaba viviendo, aunque no deseara enfrentarlo.

No obstante, admitía que Danilo le estaba ayudando, él prometió hacerlo y verdaderamente lo estaba logrando. Volvieron a sus consultas dos veces por semana y, tras cuatro visitas, tenía por lo menos unas pautas que trataba de cumplir porque le hacían bien.

Muy en el fondo, sabía que lo hacía porque no quería agudizar un sufrimiento que seguramente lo llevaría a tomar una irrevocable decisión que afectaría a toda su familia; él no podía hacer algo como eso, sobre todo, viendo lo mal que lo estaban pasando con la desaparición de Elizabeth.

Danilo, honestamente, le estaba ayudando a entender lo que pudo pasar con Samira, porque en realidad, por sí solo, jamás habría podido comprender lo que sucedió. Tuvo que mostrarle ese último mensaje que ella le envió. Se quedó esperando que Danilo le dijera algo, que explicara cada línea de lo que allí estaba, pero no dijo nada, solo le devolvió el teléfono, él volvió a apagarlo e inició con su primer ejercicio.

Le asignó eso de las respiraciones y, una vez más, a llevar un diario, a poner en palaras todas sus emociones, era algo que debía hacer justo al despertar, antes de salir de la cama… Debía escribir lo primero que se le viniera a la mente y tenía la libertad para elegir el número de páginas, aunque no menos de una y tampoco debía mostrárselas a nadie, si no quería, ni siquiera a él, como su terapeuta.

Se incorporó en la cama, abrió el primer cajón de la mesa de noche, sacó cuaderno y lápiz. Danilo le había dicho que eligiera hacerlo de la manera con la que más cómodo se sentía, empezó con la MacBook, pero sentía constantemente la necesidad de buscar en internet cosas sobre Elizabeth o Samira. El teléfono seguía apagado, al fondo de ese mismo cajón, porque no soportaba la presión de las llamadas y mensajes. Así que se decidió por hacerlo en papel.

Sonrió al abrirlo, era un alivio que no tuviera que leerle eso a nadie, porque no estaba seguro de que pudiera entender su propia letra. Había escrito mucho, ya llevaba medio cuaderno en

pocos días.

Podía escribir lo que deseara, intentando siempre ir a la raíz de sus males. Suspiró e inició su escritura.

«Ese pensamiento obsesivamente irracional y que siempre utilicé como compensación por toda la ansiedad que generaba en mí, cuando niño, el querer ser como Liam: dominante, tan seguro de sí mismo…

Esa ansiedad se posaba sobre mí como una sombra, asfixiándome. Solo trataba de complacer a todos, con todas mis ganas, de mostrarme ante ellos como mi hermano. Intenté…, intenté cumplir con esos estándares del prototipo de ser un Garnett, pero siempre fallé; por lo que, gradualmente, se desarrolló en mí esa sensación permanente de no ser lo suficientemente bueno, de ser débil o torpe.

Por otra parte, está mi madre, quien siempre me cobijó con sus propias inseguridades, haciéndome sentir que era demasiado débil como para superar todas las cosas que significaban un gran reto. Mi madre era tan sobreprotectora que, incluso, con ella ni siquiera podía ser yo mismo; ella no me acompañaba en mis adversidades o temores, pues, verme en cualquier mínima situación de peligro, le abrumaba y solo terminaba agravando la ansiedad que yo mismo ya sentía.

Terminé concluyendo que, en verdad, nadie me veía, nadie conocía mi verdadero ser, por eso nadie podía ayudarme a superar lo que estaba pasando, lo que hizo que me encerrara más y más en mí mismo, terminaba guardándome todo mi dolor y mis miedos, sin decirle a nadie. Era esa separación interna, esas dos mitades que luchaban en mi interior, las que no me dejaban estar en una relación real, porque siempre me empeñé en mantener oculta una parte de mí.

Sentí que nunca estuve verdaderamente presente para alguien, hasta que Samira llegó a mi vida; de cierta forma, ella me salvó, al reconocerme, al ver quién era en realidad. Fue con ella que, por primera vez en mi vida, sentí que podía escapar de mi inherente soledad y mis irracionales temores. Pero, ahora que se marchó, logro comprender cuánto, incluso con ella, me ocultaba; ahora me doy cuenta de cuánto estaba sin estarlo.

Para Samira debió ser muy difícil estar con alguien que siempre estuvo parcialmente atado a los demonios dentro de su propia cabeza.

Sin duda, eso debió hacerla sentir sola e incomprendida, entender esto, comprender la raíz de todo, de alguna manera, me ayuda a lidiar con su partida, ahora puedo darle un sentido, ahora puedo desengañarme de la idea de que solo fui una víctima de un repentino desastre. No fue así, ella no me dejó, fui yo que la alejé con esa parte de mí que no le muestro a nadie; la asusté e hice que se marchara…».

Terminó, dejando como siempre, puntos suspensivos, por si en algún momento encontraba algo más por escribir. Justo cerraba el cuaderno cuando la alarma sonó, tras silenciarla, guardó el cuaderno en el cajón y, entonces sí salió de la cama.

No podía explicar con palabras cómo se sentía, quizá la definición que más se le acercaba era: «liviano». Se dirigió al baño y se duchó por un largo rato, luego, se fue al vestidor y salió listo para ir al trabajo. Tanto él como sus tías, seguían al mando del grupo, a pesar de toda la presión y angustia que estaba pasando la familia, no podían darse el lujo de abandonar sus obligaciones. De cierta manera, agradecía seguir con sus labores, ya que podía desconectarse un poco de toda esa locura, de otra forma, no estaba seguro de haber podido soportar quince días.

Al abrir la puerta, se topó con Liam, que también salía de la habitación que venía ocupando desde hacía dos semanas. Esa mañana que lo dejó con Danilo, luego apareció en la noche con

equipaje y, sin permiso, se instaló; por supuesto que lo enfrentó y le reprochó por tomar decisiones que solo le competían a él, le exigió que se largara, pero Liam no acataba órdenes.

Entonces, Renato decidió simplemente ignorarlo, no sin antes pedirle que no se inmiscuyera en sus asuntos. Durante la primera semana, lo descubrió rebuscando entre sus cosas, estaba seguro de que esperaba encontrar más medicamentos; incluso, por las madrugadas, lo vio entrar varias veces a su habitación, para asegurarse de que aún respiraba.

La primera vez, lo asustó y de muy mala gana le dijo que se fuera a su habitación, luego, solo fingía estar dormido.

Todas las veces que su hermano intentó preguntarle sobre el motivo de su nuevo episodio, él evadía el tema. No estaba preparado; en realidad, jamás estaría dispuesto a contarle sobre la relación que tuvo con Samira. Debía asumir que ya formaba parte de su pasado, para poder superarlo.

Un par de veces, intentaron conversar más allá de lo de Elizabeth, pero siempre terminaban evadiendo ciertos temas; como qué hizo Liam y en dónde estuvo cuando desapareció, antes del secuestro de su prima. A pesar de que le dijo que no lo estaba juzgando, que solo quería comprender, Liam terminó por levantarse e irse a su habitación.

Algunas veces, desde su habitación, podía escucharlo discutir por teléfono; incluso, terminaba con un tono de súplica, pero hasta el momento no podía entender lo que le estaba pasando a Liam.

—Buenos días —saludó Renato.

—Buen día, tío Sam me llamó, dijo que necesita hablar contigo.

—¿Conmigo? —preguntó frunciendo el ceño, sintiendo extraña esa petición.

—Sí, dice que te espera en casa del abuelo —confirmó Liam.

—Pero tengo que ir al trabajo —dijo, rascándose la nuca.

—Supongo que es importante, si quieres, vamos juntos, igual voy para allá.

—Está bien… —Caminó a la cocina a por una botella de agua—. ¿No te dijo para qué quiere hablarme? ¿Han tenido noticias de Eli?

—No, no dijo nada, solo que necesitaba hablar contigo, que te llamó pero que tienes el teléfono apagado. Le dije que, efectivamente, no quieres saber nada del móvil… Creo que ya va siendo hora de que lo uses, no puedes estar ilocalizable…

—Si es importante y de la familia, siempre pueden llamarme a la oficina o aquí al apartamento. También tengo conmigo el móvil empresarial. —Con botella en mano, caminó a la salida y se hizo del maletín de trabajo, que había dejado en el armario del vestíbulo.

Cuando llegaron a la casa de su abuelo, pasaron por el salón principal, donde se había instalado un equipo policial, a la espera de cualquier comunicación por parte de los secuestradores.

La tensión podía sentirse en cada rincón de la casa y la impotencia era un sentimiento que se reflejaba en la mirada de todos los miembros de la familia; a pesar de que intentaban mantener la entereza, más de uno vivía momentos de quiebre, sobre todo: Rachell.

En cuanto vio a su tío bajar las escaleras, sintió compasión por él, se le notaba las pocas horas de sueño, tenía los ojos enrojecidos, estaba despeinado y ya se apreciaba bastante que llevaba más de ocho días sin afeitarse. Sin duda, no saber nada de Elizabeth estaba socavando la estabilidad emocional de todos.

—Renato, ¿puedes acompañarme a la biblioteca? Necesito hablar contigo.

Empezó a preocuparle la manera en que su tío se dirigió a él, ya que solía ser más amistoso, pero comprendía que su turbación lo llevara a actuar así.

—¿Puedo ir? —intervino Liam, que deseaba, más que nada, tener la capacidad de multiplicarse y así estar en todos lados, haciendo algo por Elizabeth.

Samuel solo le hizo un ademán, por lo que, los hermano Medeiros lo siguieron; no obstante, compartieron una mirada de desconcierto.

Samuel se ubicó en un sofá de cuero color café y les pidió que se sentaran frente a él.

—¿Cómo están? —preguntó Samuel con la mirada en sus sobrinos.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó Renato, preocupado por las intensas ojeras de su tío.

—Hace unos días interrogaron a Alexandre, en la estación de policía. —Para Samuel era preciso no andar con rodeos, eso sería perder el tiempo y lo menos que podía permitirse era eso, cuando la búsqueda de su hija era una carrera contrarreloj—, y durante el interrogatorio, contó cómo y dónde conoció a Elizabeth...

Renato tragó grueso y empezó a dolerle el estómago, sabía a dónde llegaría su tío, así que no tenía caso hacerse el desentendido.

—Se conocieron en la favela —intervino—, en Rocinha.

—Así es, pero eso es algo que ya sabíamos, lo que no sabía es que ella estaba acompañada por uno de sus primos —comentó Samuel, lo que hizo que Liam, de inmediato, se volviera a mirar a su hermano.

—Sí, lo hice, sabía que era una locura… Tío, lo siento, de verdad. —La voz se le tornó ronca y empezó a estrujarse las manos—. Siempre le dije que era una mala idea, pero es terca y estaba decidida a ir sola, por eso preferí acompañarla.

—¿Por qué carajos no dijiste nada? —interrogó Liam con el ceño fruncido.

—Es que… le-l-le prometí g-g-guardar el secreto. —Era imposible que no empezara a tartamudear, cuando se sentía acorralado y también asustado, además de que empezó a sentirse culpable, lo que iba a desencadenarle un ataque de ansiedad, podía sentirlo, conocía cuándo empezaba a perder el control—. ¿Fue por ir… f-f-fue por la f-f-favela? —Se pasó las manos por el cabello y luego por las rodillas.

—No, no…, Renato, mírame —pidió Samuel, al darse cuenta de que había alterado a su sobrino—. No te estoy culpando de nada, agradezco que tomaras la decisión de acompañarla, porque sé que Elizabeth es más terca que una mula, pero debiste decirme o decirle a alguien, a tu abuelo…

—O a mí —puntualizó Liam—. No es secreto para nadie que Elizabeth te domina, pero ante una situación como esa, no debiste quedarte callado… ¿Eres consciente del peligro que ambos corrieron?

—Sí, sí…, lo soy, pero ya no puedo cambiar eso; lo siento, tío… —Tuvo que levantarse y se aflojó la corbata, porque sentía que no podía respirar, el súbito miedo de morir en medio de ese ataque le reptaba frío por la columna vertebral.

—Ciertamente, no puedes cambiarlo, pero necesito que ahora me ayudes… Quiero que me cuentes lo que pasó ese día, lo que recuerdes, cada detalle, por mínimo que sea… ¿Crees que puedes hacerlo? —preguntó, siguiendo con su mirada el caminar ansioso de su sobrino.

—Necesito respirar…, solo un minuto, un minuto… —Se dobló, apoyando las manos en las rodillas, mientras intentaba respirar; y cerró fuertemente los ojos.

—Liam, ve a por hielo —pidió Samuel y se levantó, se acercó a su sobrino y le acarició la espalda—. Cálmate, intenta respirar… Lo siento, Renato…, lo siento… No debí enfrentarte así, sé que debes tener encima mucha carga emocional.

Liam se apresuró a buscar hielo.

—Me voy a morir… —musitó acuclillándose y cerrando fuertemente los ojos, porque era la marioneta del vértigo.

Samuel intentó levantarlo, sintiéndolo temblar y sudar frío.

—Es un ataque de pánico, puedes controlarlo… Respira, solo tienes que respirar… Todo está bien, estoy aquí contigo. —Mientras en él se intensificaban los nervios por la respiración sibilante de su sobrino.

En ese momento, entró Liam con un tazón de hielo y, tras él, los paramédicos de la ambulancia que, por orden de Ian, siempre estaba ahí, porque a él le preocupaba la salud de su padre; a pesar de que Reinhard se molestó por tal exageración y pidió que se deshiciera de tal recurso, no consiguió que el mayor de sus hijos cambiara de parecer.

Samuel logró que Renato se sentara en el sofá y le dio un par de cubos de hielo, para que apretara, eso estimularía a que su atención se desviara al dolor producido por el frío, y no a sus emociones.

El paramédico lo revisó, comprobando que solo se trataba de un ataque de ansiedad, y fue a por una bombona de oxígeno, le ayudaría a que se tranquilizara más rápido.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Samuel con un tono bastante preocupado. Quería abrazar a Renato y consolarlo, pero temía empeorar su estado, porque no era secreto que le incomodaban ese tipo de expresiones.

—Lo siento, tío… —Se sentía avergonzado de su episodio, no podía evitarlo—. Sé que estás muy preocupado por Elizabeth y yo solo empeoro todo…

—Tranquilo, ya pasó, tú tranquilo… —dijo apretándole el hombro—. No tienes que disculparte por nada, debí ser más precavido, creo que no estamos preparados para lidiar con semejante nivel de estrés.

—¿Quieres que llame a Danilo? —Preguntó Liam, que también se notaba muy preocupado. Hacía años que no había visto a Renato en una situación como esa.

—No, no hace falta. —Negó con la cabeza.

Cuando estuvo lo suficiente calmado y sin sentir la presión de su tío encima, pudo contar todo lo ocurrido ese día en la favela.

CAPÍTULO 10

Desde que Samira se enteró de la desaparición de Elizabeth, siguió la noticia en todo momento y por todos los medios. A pesar de que Renato no había respondido a su mensaje, lo excusaba al suponer que debía estar muy estresado como para dedicarse a poner su atención al móvil.

Esa tarde, en cuanto llegó del trabajo, lo primero que hizo fue encender la portátil y entrar a la página web de un canal brasileño, para seguir las noticias en vivo, porque desde hacía un par de horas se había enterado del allanamiento a una clínica en la que, se suponía, estaba Elizabeth; aunque, el sitio servía como fachada para la extracción y luego tráfico de órganos, no la encontraron allí.

Samira se desvestía con urgencia, porque dentro de poco, debía conectarse para sus clases; así que, con la mirada enfocada en la pantalla, se quitó los zapatos, el pantalón y luego la camiseta, la cual empuñó contra su pecho, que se desbocó cuando anunciaron que habían dado con el paradero de Elizabeth Garnett, en el puerto de Río de Janeiro, estaba dentro de un contenedor. Las imágenes en tiempo real, trasmitidas desde un helicóptero, mostraban a la policía abriendo algunos contenedores.

Samira sonrió, aliviada, con el pecho agitado de emoción cuando vio al fiscal, saliendo de un contenedor con su hija. Las imágenes eran tan conmovedoras, que a ella se le salieron varias lágrimas.

En ese momento, supo que no iba a poder conectarse a su clase, porque sentía la imperiosa necesidad de seguir momento a momento lo que estaba pasando en Río.

Se conmovió hasta la médula y suspiró cuando las imágenes siguieron el encuentro de la chica con su novio, Alexandre; incluso, la presentadora dijo con la voz un tanto rota que era una demostración de amor y esperanza.

Samira no podía despegarse de la pantalla, solo supo que había pasado mucho tiempo cuando escuchó que Romina llamaba a la puerta, por lo que, corrió a ponerse el pijama que esa mañana había dejado doblado sobre la silla del escritorio.

Se lo puso rápidamente y corrió a abrirle.

—No me digas que ya vas a dormir —dijo mirándola con un asombro divertido, miró su reloj de pulsera—. Apenas son las seis y diez.

—Eh, no…, no, solo que llegué y me puse a ver las noticias, ¡ya encontraron a Elizabeth! —Le comentó, porque le había contado sobre la desaparición de la joven y del vínculo que tenía con Renato. Fue en ese momento que ellos supieron la importancia y poder del hombre por el que Samira lloraba casi todos los días.

Esa misma noche, cuando ella lloraba porque a pesar de sus intentos, Renato seguía sin responderle, Romina llamó a su puerta. A pesar de que eligió las palabras más cariñosas y lo dijo con el mayor de los tactos, su mensaje fue claro: Debía olvidarse de Renato, porque, evidentemente, ese chico solo la había utilizado para aprovecharse de ella. La gente como él, no se relacionaba en serio con personas como ellos, no buscaban enamorarse de chicas que, económicamente, no estuviesen a su propio nivel.

Así que, Samira ponía todos los días su mayor empeño por olvidarlo, sin embargo, esperaba que la llamara, que hiciera polvo esa idea que los demás se hacían en cuanto decía quién era él, pero eso no pasaba y; esa idea, estaba empezando a echar raíces en ella.

—¿En serio? ¡Qué buena noticia! ¿Lo estás viendo? —preguntó al escuchar voces desde la portátil.

—Sí —respondió Samira, haciendo un ademán, para que entrara.

Cuando se acercaron, repetían la imagen de Elizabeth en los brazos de Alexandre, ella le rodeaba la cintura con las piernas y él le estrechaba el torso con un brazo; mientras que, con la otra mano, le acunaba la cara.

—Imagino que es el novio.

—Sí, su prometido… Es Alexandre, el policía que me ayudó a conseguir el pasaporte. —Solo después de decir eso cayó en la cuenta de que, Alexandre, económica y socialmente, estaba muy por debajo del estatus de los Garnett; pero ahí estaba, viviendo un amor genuino con la hermosa chica.

Esa parte de ella, que quería seguir aferrada a Renato, le dio esperanzas de que, para ellos, relacionarse exclusivamente con personas influyentes, no era la regla. Sintió cómo su corazón dio un vuelco, auspiciado por el anhelo.

—Muy emotivo. Imagino lo terrible que debió pasarlo ella y su familia, me alegra saber que está sana y salva… Bueno, vine a invitarte a salir por un café.

Samira miró dudosa a Romina y luego a la pantalla, quería seguir enterándose del rescate y esperar a que Elizabeth se reencontrara con el resto de la familia, pero sabía que su amiga solo intentaba sacarla, para seguir con el proceso de superación emocional.

—Tengo que ducharme —respondió, desviando la mirada de la pantalla.

—Perfecto, yo también… Nos encontramos en la sala —acordó, animada y salió de la habitación.

Samira no pudo simplemente cerrar la página de la trasmisión, se fue al baño y dejó la puerta abierta, para poder escuchar más sobre el fantástico rescate.

Solo cuando estuvo bajo la alcachofa, se dio cuenta de que de nada sirvió dejar la puerta abierta, igualmente, no escuchaba; así que, se duchó con rapidez, salió del baño y buscó la ropa que usaría, mientras seguía mirando la pantalla.

Se puso unos vaqueros y una blusa color guayaba, se calzó unas sandalias de tacón medio, se adornó con varios accesorios, como pendientes, anillos y pulseras.

Decidió dejarse el cabello suelto y, mientras se maquillaba, estaba con un ojo en el espejo y otro en la pantalla, porque trasmitían la llegada de Elizabeth a la mansión de su abuelo.

Los medios no podían llegar más allá de las tomas áreas, donde el helicóptero en el que trasladaron a Elizabeth, aterrizó en el helipuerto de la impresionante vivienda; o las vistas tomadas desde las rejas en la que se apreciaba la inmensa fachada, escoltada por una veintena de hombres de seguridad.

Escuchó a Romina caminando por el pasillo, por lo que, se apresuró a terminar de pintarse los labios, luego se levantó y corrió a por la bandolera de cuero marrón, sacó de la mochila del trabajo su billetera y la guardó junto con su móvil. Se aplicó perfume y con mucha renuencia cerró la página de internet. Bajó la tapa de la portátil y salió de su habitación.

—Estoy lista, ¿a dónde iremos? —preguntó en cuanto se encontró con Romina en la sala.

—Oye, ¡qué guapa! —elogió, le gustaba que Samira, poco a poco, se animara a salir de su estado de duelo.

—Gracias —dijo dando una vuelta para mostrar mejor su atuendo—. Tú también estás muy guapa. —Estaba aprovechando esos días de chicas, ya que Víctor estaba en Galicia.

Romina le regaló un pestañeo coqueto.

—¿Qué te parece Café Gijón? —propuso—. Vi en su página que a las ocho habrá un

conversatorio sobre el romance en la literatura fantástica. —Pudo ver cómo el rostro de Samira se iluminó, así supo que había elegido el lugar ideal.

—Me parece perfecto —dijo sonriente. Sin perder más tiempo, caminaron a la salida.

Romina tomó las llaves del auto y bajaron hasta el estacionado ubicado frente al edificio.

Veinte minutos después, ya estaban en el café, donde pasaron un rato verdaderamente agradable. Samira se mostró muy animada con el conversatorio y disfrutó de una gran variedad de aperitivos.

Cerca de las once de la noche, llegaron a casa, y como al día siguiente ambas lo tenían libre, Romina le propuso ponerse los pijamas y ver algo en la televisión.

Prepararon un gran tazón de palominas y se sentaron en el sofá, mientras se paseaban por el menú interactivo de la plataforma multimedia.

Se decidieron por una comedia romántica nacional. La disfrutaron mucho, no solo rieron, sino que, al final, también les sacó algunas lágrimas.

Agotadas de una tarde y noche de distracción, se fueron a sus habitaciones. Samira, se fue directa al baño, se lavó la cara una vez más, se cepilló los dientes y se aplicó crema humectante en el rostro; luego, se metió con el teléfono bajo las sábanas.

Eligió una de las tantas fotografías que tomó ese día, escribió una leyenda sobre lo que se dijo en el conversatorio y la publicó en su perfil. Ya llevaba algunos seguidores, aunque no lo hacía por eso, sino como una terapia que le ayudaba a sobrellevar esa nueva etapa de su vida; sobre todo, para calmar la ansiedad que a veces le daba, porque se sentía estancada.

Se moría por empezar a estudiar, pero con lo que ganaba era imposible que se ilusionara siquiera con algún curso. Quería otro trabajo, pero los que había visto hasta el momento, ninguno se acoplaba al que ya tenía.

El único era con una compañía que ofrecía servicios de limpieza los fines de semanas y horarios nocturnos, para oficinas o mansiones en las que los dueños no solían estar esos días. Había enviado sus documentos, pero aún no recibía respuesta, por lo que, no tenía muchas esperanzas con eso.

Una vez que respondió algunos comentarios de sus publicaciones anteriores, salió de la aplicación, buscó las noticias y se puso los auriculares, para poder escuchar sin que Romina lo notara. Sabía que ella pensaba que estaba algo obsesionada con eso y que la verdadera razón por la que lo seguía tan de cerca era porque tenía la esperanza de ver a Renato, así fueran unos segundos.

Había visto a varios miembros de su familia, siempre captados desde lejos o en una situación poco cómoda; sin embargo, los medios competían por llevarse la primicia de algún comentario directo de uno de los miembros de la familia.

El estómago se le encogió de la emoción cuando reconoció la Range Rover acercarse a la salida, sabía que ahí iría Renato; sus palpitaciones se hicieron más contundentes, mientras anhelaba que alguna cámara lograra captarlo.

Pero esa madrugada el sueño se le convirtió en pesadilla, porque logró verlo, llevaba unas gafas oscuras e interponía un brazo en la ventanilla del lado del conductor; lo peor de todo era que no iba solo, lo acompañaba una joven, rubia. Fue imposible verla bien, pues también llevaba unas grandes gafas oscuras; además, había bajado la visera parasol y de frente solo se apreciaba de la barbilla hacia abajo; no obstante, su cabello le caía sobre el pecho y los hombros.

Samira, inmediatamente, llegó a la conclusión de que se trataba de Lara.

Renato estaba con ella, eso le dejaba claro por qué no le había devuelto la llamada. No le interesó en absoluto su compasión.

Las tiritas con las que intentaba reparar su corazón se reventaron una a una, dejando en carne viva las heridas. Le dolía tanto el pecho que sentía que se ahogaba, tuvo que llevarse una mano para calmar el dolor, mientras rompía en sollozos, que empezaban a hacerse bastante fuertes. No quería que Romina la escuchara agonizar una vez más, así que terminó mordiendo la almohada y siguió llorando hasta que se quedó dormida.

Al día siguiente, la despertó la insistente vibración de una llamada, era Adonay. Aunque sentía la cabeza a punto de estallar, decidió responderle.

Él supo que la había despertado y se disculpó por molestarla, pero también le preguntó si estaba enferma, porque no había ido al trabajo. Ella respondió que era su día libre.

La llamada era para decirle que ya habían rescatado a la nieta de su jefe-jefe —como él le llamaba al señor Reinhard Garnett—, y que era todo un espectáculo mediático con el que estaban bombardeando al país.

Samira no pudo soportar por mucho tiempo la conversación con su primo, no solo tenía dolor de cabeza, también una horrible sensación de vértigo la torturaba. Le prometió que esa noche le llamaría y se despidió.

****

Por fin la pesadilla había terminado para toda la familia, en cuanto Renato vio a Elizabeth sana y salva llegar a la casa, sintió que un gran peso lo abandonaba y pudo empezar a respirar mejor. Era tanto su alivio que, por primera vez, venció sus limitaciones al contacto físico y se unió al abrazo grupal en el que Hera, Helena, Ana, Liam y él refugiaron a Elizabeth.

Todos lloraron al sentir el bajón de adrenalina, la angustia se replegaba dando paso al consuelo, aún no podían creer que por fin Elizabeth estaba con ellos, ahí, entre sus brazos, diciéndoles una y otra vez que estaba bien, que los quería y que los había extrañado.

Renato le pidió perdón por la forma tan grosera en que la trató la última vez. Eso lo hizo sentir culpable todo este tiempo, aunque se lo dijo a Danilo, quien intentó hacer que erradicara ese sentimiento, era algo con lo que no había tenido éxito.

Solo en ese momento en que Elizabeth le decía que no le diera importancia, fue que pudo liberarse de ese tormento.

Había sido un día emocionalmente agotador, todos se sentían exhaustos, después del estrés y terror vivido durante las últimas tres semanas.

Cuando Elizabeth fue a descansar, algunos se permitieron unas horas para hacerlo también, porque desde el día anterior que se tuvo noticias relativamente positivas, todos habían pernoctado en el gran salón de la casa; nadie durmió, apenas comieron alimentos ligeros; todos caminaban de un lugar a otro, a la espera de esas noticias.

—Voy al apartamento, necesito cambiarme de ropa y descansar por lo menos un par de horas. —Le dijo Renato a Liam, porque quizá él también necesitaba reponer energías.

—Me quedo, trataré de convencer a papá, para que descanse —comentó Liam, porque habían sido su padre, su tío Samuel y Alexandre, quienes no habían estado en calma ni un minuto desde que se llevaron a Elizabeth.

—Está bien, intenta que duerma un poco. —Renato estuvo de acuerdo, porque sabía lo terco que era su progenitor y; seguramente, no le haría caso a su madre—. ¿Necesitas que te traiga algo?

—No, gracias… —Le puso una mano en el hombro—. En cuanto él se quede dormido, te alcanzaré y descansaré un poco.

Renato asintió y fue a despedirse de sus padres y sus abuelos; no obstante, antes de

marcharse, Ana lo abordó.

—Renatinho, sé que estás agotado y es una desconsideración de mi parte, pero ¿podrías llevarme a casa? —pidió.

—Tranquila, puedo llevarte.

—Gracias, voy a buscar mi cartera. Enseguida te alcanzo.

Ambos caminaron hasta la cochera, subieron a la SUV y salieron, pero desde mucho antes de llegar al portón, lograron divisar la horda de periodistas. Por lo que, decidieron usar las gafas para evitar que vieran sus ojos hinchados y enrojecidos por todo lo que habían llorado.

Renato respiró profundo y se preparó para afrontar ese momento que tanta tensión le causaba.

A pesar de la concentración de periodistas, logró salir rápido, la mayoría del trayecto se hizo en silencio, incluso, algunas veces se volvió a mirar a Aninha, porque le dio la impresión de que pudo haberse quedado dormida, pero no, iba sumida en sus pensamientos.

La dejó frente al edificio donde vivía y esperó a que entrara. Luego, codujo hasta su hogar, pasó directo a la habitación y se dejó caer en la cama, con el antebrazo se cubrió los ojos, estaba tan cansado que pudo haberse quedado dormido; pero, se esforzó un poco más y se levantó, pensó en escribir en ese momento, tenía ganas de hacerlo.

Buscó el cuaderno en la mesa de noche y entonces su mirada captó el teléfono, ahora que, ya que la pesadilla había terminado, decidió encenderlo; de inmediato, las notificaciones entrantes se lo descargaron. Lo conectó a la corriente y se dispuso a escribir, pero su mirada borrosa y el ardor en sus párpados no le permitieron escribir más de cinco líneas.

En medio de un suspiro, dejó el cuaderno en la cama y fue a ducharse. Se quedó bajo el agua caliente por mucho tiempo, sintiendo cómo caía sobre su espalda y relajaba sus músculos tensos.

Apenas podía creer que todo había acabado, que Elizabeth ya estaba en casa, aunque sabía que las secuelas no tardarían mucho en aparecer, no solo en su prima, sino en todos.

Al salir del baño, se sintió con un poco más de energía, se puso solo el pantalón del pijama, no se preocupó por usar ropa interior y fue a la cocina a por algo de comer. Al abrir la nevera, se encontró con varios envases con frutas picadas; seguramente, Rosa había pasado esa mañana.

Se hizo del envase que contenía trozos de piña y se sirvió en un tazón, pudo haberse quedado sentado en uno de los taburetes de la isla, pero prefirió irse con tazón en mano a su habitación. Se sentó en la cama y mientras comía, se dispuso a revisar el teléfono.

Tenía tantas notificaciones que lo abrumaba y estaba seguro de que no respondería a todas. Decidió empezar por los mensajes de voz.

—Renato, amigo… ¿Qué ha pasado? Siento mucho lo de tu prima, ¿tienen noticias? Me preocupa mucho… —Renato reconoció la voz de Franco, no terminó de escuchar el mensaje y pasó al siguiente.

—Renato, soy Vittoria, sé que te preguntarás quién me dio tu número. —Una rabia súbita infló su pecho, ¿cómo se atrevía a mostrarse condescendiente con él? Después de todo el daño que le causó. No, no quería saber nada de ella—, eso ahora no importa, solo necesitaba decirte que puedes llamarme si quieres hablar, sé que estás pasando por un momento muy difícil... —En un estallido de molestia, eliminó ese mensaje y todos los que siguieron. No, él no quería la lástima de nadie.

Lanzó el teléfono al colchón, era mejor no atormentarse con eso, terminó de comerse la piña, dejó el envase sobre la mesa y fue a lavarse los dientes.

Al regresar, con un mandato de su voz cerró las persianas, dejando a oscura la habitación y, antes de que alguien más se le diera por escribir o llamar para interrumpir la poca paz que recién

estaba encontrando, apagó el teléfono.

Despertó después de varias horas de un sueño que fue verdaderamente reparador, miró el reloj del asistente personal sobre la mesa y se dio cuenta de que durmió por casi ocho horas.

Había olvidado la última vez que consiguió dormir por tanto tiempo sin la ayuda del medicamento.

Suspiró lánguidamente y se estiró todo cuanto pudo, ya menos estresado volvió a encender el móvil; sin duda, debía depurarlo, eliminar todo lo innecesario y responder a quienes considerara importante.

Deslizaba rápidamente el dedo entre tantos mensajes, pero se detuvo cuando vio quién trató de contactarlo, le fue imposible no sentirse rebasado por la curiosidad y abrió el mensaje.

Hola, Renato, sé que debes estar pasando por un momento muy difícil. Quiero que sepas que a pesar de la forma en que me heriste, mis sentimientos por ti siempre han sido verdaderos y me duele saber la incertidumbre por la que estás pasando.

Deseo que encuentren pronto a tu prima.

Leyó el primer mensaje de Lara. Se lamentó porque nunca quiso hacerle daño, pensó que, si hubiese tenido el poder de controlar sus sentimientos, quizá se hubiese ahorrado tanto sufrimiento, porque ella no lo habría dejado.

Se dispuso a leer el que le había mandado justamente esa tarde.

Renato, solo quiero que sepas que me hace muy feliz y me tranquiliza saber que han rescatado a Elizabeth. Seguro estarás muy aliviado.

Te envío un fuerte abrazo.

Era extraño leer mensajes de Lara, sin que le llamara: «caramelo» o «caramelito», como siempre lo hizo; inevitablemente, recordar eso le hizo sonreír, porque solo ahora se daba cuenta de lo extremadamente cursi que era eso.

Casi sin darse cuenta y con lo cómodo que se sentía hablar a través de una pantalla, empezó a responderle.

Hola, Lara.

Gracias por preocuparte, fueron días de mucha angustia, pero lo importante es que Elizabeth está de vuelta, sana y salva.

Créeme, nunca fue mi intención herirte, te pido perdón por eso.

Lo envió y se quedó mirando la foto de su perfil, lucía tan hermosa y perfecta como siempre, pero ya no sentía que le alteraba los latidos. Le tenía cariño y la respetaba, de eso no tenía dudas, pero en ese momento, era Samira todo lo que anhelaba. Después de varios días, volvía a él el recuerdo de la gitana con la fuerza de una avalancha, lo que hizo que su pecho volviera a inundarse de agonía.

No, no podía permitir que sus pensamientos volvieran a conducirlo hacia la tortura, se levantó y se fue al baño, dispuesto a ducharse una vez más, para volver a la casa de su abuelo. Se moría por volver a ver a Elizabeth y asegurarse de que verdaderamente estaba bien; por lo menos, físicamente.

CAPÍTULO 11

Después de seis duros meses entre visitas a psicólogos, algunos interrogatorios policiales y los extenuantes preparativos del matrimonio entre Alexandre y Elizabeth. La familia Garnett, estaba nuevamente reunida, pero esta vez en Trancoso, una pequeña localidad en las costas del sur bahiano, donde predominaban los acantilados y playas de aguas cristalinas, que besaban la arena blanca.

Renato, Liam, Oscar y Matt, estaban en una habitación de la posada que habían alquilado, preparándose para la boda, todos llevaban trajes color aguamarina y camisas blancas.

Era un evento muy importante para la familia, casi un milagro si se consideraba por todo lo que habían pasado en los últimos meses.

Desde entonces, para Renato, había habido días buenos, malos y terribles, días en los que podía estar muy enérgico y veía el panorama realmente positivo, pero otros, sobre todo, los fines de semana, cuando no tenía la carga laboral, en los que solía quedarse en cama, con ánimos de hacer absolutamente nada, solo se quedaba entre las sábanas llorando, sintiéndose aturdido, perdido o; simplemente, como si estuviese suspendido en el tiempo.

En esos días en los que se sentía tocar fondo, el cansancio emocional y físico de no hacer nada lo torturaba; no sabía si era cada vez que recordaba a Samira, que la nostalgia lo embargaba, o si solo se trataba de él y su caótica naturaleza.

No obstante, esos episodios se estaban haciendo cada vez más esporádicos, ponía todo su empeño para seguir las recomendaciones de Danilo; incluso, había vuelto a ir al gimnasio de lunes a lunes, para evitar tener tiempo libre y así no dejar a su mente hacer elucubraciones que lo llevaran a sufrir.

Aceptaba las invitaciones de Bruno o de su hermano, siempre y cuando fuese a un ambiente que él pudiera controlar. Quería salir del foso de sus emociones, por eso estaba haciendo un último intento.

Reían al ver a Matt descontento con su traje, no le agradaba el color, decía que lo hacía lucir muy pálido; este siempre se opuso, pero la mayoría aceptó la opción cuando Rachell la ofreció. En realidad, ellos no les daban importancia a eso, les daba igual si fuese aguamarina, celeste o negro… Confiaban en el criterio de la diseñadora de modas de la familia.

Reinhard, entró a la habitación, tras haber pasado por la de Alexandre, en la que estaba con su padre, preparándose para uno de los días más importantes de su vida; luego se tomó unos minutos para conversar con Samuel, quien estaba en otra habitación, en compañía de Ian, Thor, Diogo y Thiago.

Fue mala idea que Sophia lo ayudara a vestir tan temprano, ahora se encontraba ocioso y no quería estar sentando en la habitación, viendo televisión, a la espera de que empezara la ceremonia.

—¿Ya están listos? —preguntó, admirando a sus nietos con una gran sonrisa.

—Sí, aunque Matt no está muy contento con cómo se le ve el traje. —Se burló Oscar.

—Abuelo, ¿verdad que me veo más pálido?… —masculló Matt, frente al espejo.

—Te ves muy bien, como todo un Garnett. —Reinhard se acercó y le palmeó la espalda, mientras veía el reflejo de su nieto, que era la viva estampa de Thor, solo que con menos masa muscular.

—Es horrible. —Se negaba a los elogios de los demás. Entre más se miraba, menos

convencido se sentía.

—Se te ve bien, solo te parece extraño porque estás acostumbrado a vestir colores oscuros —argumentó Renato.

—Aunque no te guste, tienes que llevarlo… No tienes opción, así que, deja de quejarte. —intervino Liam.

—¿Por qué no van a ver si ya los demás están listos? Oscar, ¿podrías acompañar a Alexandre?… —sugirió Reinhard.

—Está bien, sí, vamos —dijo el chico de cabellos rizados, que ese día se lo había peinado hacia atrás, lo que lo hacía lucir de manera inusual.

—Salgamos de aquí, no quiero verme un segundo más o terminaré presentándome desnudo en la ceremonia —refunfuñó Matthew, alejándose del espejo.

—Sáquenlo de aquí —pidió Reinhard, señalando hacia la puerta, porque bien sabía que era perfectamente capaz de hacerlo.

—Vamos, vamos afuera. —Liam lo sacó a empujones, mientras los demás lo seguían.

—Eh, eh… Tú no. —Reinhard levantó el bastón y lo puso a la altura del pecho de Renato, evitando que se marchara—. Necesito hablar contigo.

—Está bien, pero, abuelo… No tarda en empezar la ceremonia —sonrió con algo de nervios.

—Lo sé, no nos llevará mucho tiempo.

—¿Qué hiciste, Renatinho? —Oscar lo miró por encima del hombro, mientras salía de la habitación.

El aludido solo se alzó de hombros, no tenía la menor idea de lo que su abuelo quería conversar.

Una vez solos, Reinhard le pidió que se sentara, señalándole una de las camas. Ya que esta habitación tenía un par, justo estaban en la que Liam compartía con Matthew.

Renato obedeció y se sentó, quedando frente a frente. Respiró profundo, empezaba a hacerse una idea de lo que el patriarca deseaba hablar con él, exhaló con suavidad, tratando de controlar su respiración, para no sucumbir ante los nervios que le provocaba sentirse acorralado.

—Renatinho, hijo…

—¿Qué, abuelo? —preguntó, poniéndose a la defensiva, como lo había estado haciendo todas las veces que este había intentado hablar con él.

—¿Podemos hablar? —preguntó condescendiente.

—Lo estamos haciendo.

—No, no lo estamos haciendo, sigues con la misma actitud hostil desde hace ya varios meses; muchos, para ser más enfático… La única vez que decidiste abrirte conmigo, confesaste que no estabas pasando por un buen momento y sé que has tenido meses muy difíciles, pero no puedo ayudarte si tú no me lo permites.

—Danilo me está ayudando, ya estoy bien. De verdad, abuelo —confesó y se atrevió a mirar los ojos azules ya opacos por los años.

—Sé, sé que estás mejor, puedo notarlo. —Le sonrió para darle seguridad—. Danilo es tu guía, sin duda… Me alegra saber que cuentas con él, pero me gustaría que también contaras conmigo. Sé que no quieres preocuparme o que piensas que tus problemas no son tan importantes como para decírmelos, pero me gustaría ayudarte, de alguna manera, aunque sea solo escuchándote.

—Abuelo, no es el mejor día, en unos minutos empieza la ceremonia de Elizabeth, es su día, no el mío… —Esquivó la mirada, esperaba que esa respuesta fuese suficiente para evitar escarbar en emociones que le había costado mucho enterrar.

—Deja de minimizar tu vida, de relegarte, todos tus días son tan importantes como los de todos los demás… ¿Has sabido algo de tu amiga?

—¿Samira? No…, no he sabido nada, ya no es mi amiga, ya no es nada. —Bajó la cabeza, sintiendo cómo su pecho dolía por tener que decir su nombre en voz alta.

—Entonces, no sabes a dónde se fue… —intervino Reinhard, notando cómo la tristeza se cernía como un velo sobre Renato.

—No sé a dónde ni por qué… Pero, abuelo, de verdad, eso ya no importa.

—Renato, sabes que puedo ayudarte a encontrarla, puedo averiguar dónde está. Si necesitas hablar con ella, enfrentarla, buscar algún tipo de explicación...

La oferta le resultaba demasiado tentadora, incluso, sintió como un chisporroteo en medio del pecho, quizá se trataba de la llama de la esperanza, pero el miedo a ser una vez más rechazado, a confirmar que no era suficiente para ella, le hizo que asesinara cualquier anhelo.

—Lo que me ofreces es muy razonable, lo más probable es que hace algún tiempo hubiese aceptado tu oferta, abuelo… Porque sé que usted me conoce mejor que nadie, no conseguiré nada tratando de ocultarle el hecho de que tengo ese impulso que quiere llevarme hacia ella, esas ansias en mí, que quieren buscarla y suplicarle por una oportunidad, pero tengo que resistir…, tengo que hacerlo —hablaba mientras se tronaba los dedos—. Por mi bien, ¿sí me entiende? —preguntó, levantando la mirada, mostrándole la lucha interna que estaba librando en ese momento.

—Solo quiero ayudarte, hijo mío… A veces, aunque duela, es mejor buscar una explicación…, enfrentar la raíz de los problemas…

Renato empezó a negar con la cabeza casi con desesperación y las lágrimas al filo de los párpados.

—No, abuelo, no es bueno para mí… Me tomó mucho llegar a donde estoy ahora y, no; no quiero regresar a ese maldito tormento en el que prácticamente estaba en piloto automático… Pensé que literalmente me volvería loco; incluso, hubo momentos en los que no deseaba seguir con vida…

—Renato. —El nombre de su nieto salió de su boca como un lamento, al enterarse de lo mal que estuvo y no hizo nada por ayudarlo.

—Siento tener que decirte esto, pero es verdad, es verdad… Y te lo digo porque quiero que comprendas la situación en la que estuve y por qué no me gustaría tener que volver al mismo punto; porque, sin duda, ahí regresaría si Samira me rechaza una vez más… —confesó. Pudo ver la mirada de su abuelo cargada de tristeza y su cuerpo estaba en tensión, así que le tomó las manos y se las frotó.

—Perdóname, perdón por no haberme dado cuenta, por no haberlo notado. —Reinhard no pudo seguir ocultando cuánto le afectaba y se le derramaron varias lágrimas. Entonces, Renato lo sorprendió al abalanzarse sobre él y abrazarlo fuertemente.

—Está bien, abuelo, no te sientas culpable, me esforcé mucho para que no se notara. Pero lo he superado, de verdad que sí… No fue fácil, al principio la pensaba a cada segundo y en todo momento me torturaba, pero gracias a los ejercicios que me ha puesto Danilo… y con todo mi empeño, empecé a no hacerlo a cada instante; luego, solo aparecía en mis pensamientos en algunas horas del día; después, podía pasar medio día sin pensarla y; ahora, hay días en que no lo hago. Y eso está bien…, así que no hay forma de que quiera saber dónde está ni por qué me dejó… No quiero, no quiero verla y que me diga que no me quiere, que no soy suficiente, porque eso me mataría. —Liberó un suspiro pesado—. No he estado más seguro de algo en toda mi vida. —Le dijo mientras le acariciaba la espalda. Aunque tenía muy presente que, en cinco días, ella

cumpliría diecinueve años y con eso se desataría una lluvia de recuerdos, de todo lo que vivieron en el desierto de Atacama.

—Lo importante es que estés bien, por favor, Renatinho… No te guardes nada, por favor, dime cuando no te sientas bien; estoy aquí para ti… Tú eres muy valioso, no solo para mí, sino para toda la familia… Todos te queremos, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, abuelo, lo sé; por ustedes no dejé que mis demonios me vencieran y ahora mismo los tengo controlados… —Se apartó y le dio un beso en la mejilla—. Te lo prometo.

Reinhard se apartó y le palmeó la mejilla.

—Me tranquiliza saberlo —dijo mirándolo a los ojos y descubriendo que Renato no le ocultaba nada más.

—Ahora tenemos que ir a la ceremonia, que la única que tiene permitido llegar tarde es la novia. —Renato le sonrió y le limpió con los pulgares las mejillas, tener que consolar a su abuelo hizo que cualquier sentimiento de victimización en él, se replegara.

Por extraño que pudiera parecerle, se sentía tranquilo, en paz. Solo esperaba que esa sensación durara por mucho tiempo.

—Tienes razón. —Reinhard sonrió y se levantó.

Renato también se puso de pie y juntos salieron de la habitación. En el pasillo se encontraron con Alexandre, siendo escoltado por casi todos los hombres de la familia, excepto Samuel, que había ido a buscar a Elizabeth, para llevarla al altar.

CAPÍTULO 12

Era pasada la medianoche, pero Samira apenas salía de uno de los rascacielos del Distrito Financiero CTBA. Todos los días entraba a las siete de la noche, para trabajar cinco horas en el área de limpieza, labor que complementaba con su trabajo en el café.

Llevaba un año y diez días en España, su adaptación había sido lenta, pero todos los días hacía su mejor intento, solo por ver el lado positivo de toda la situación.

Hacía un par de meses que había logrado mudarse del apartamento de Romina y Víctor, aunque compartía piso con dos chicas a las que poco veía, porque al igual que ella, trabajaban dobles turnos, y eso la hacía sentir más independiente.

A pesar de eso, hacía lo posible por visitar a sus amigos bastante seguido, sobre todo ahora que Romina, con su tercer mes de embarazo, no lo estaba pasando muy bien.

Se abrigó tan bien como pudo, para enfrentarse al inclemente frío de la madrugada, le entregó el pase a Paco, uno de los hombres de seguridad, se despidió de él con una amable sonrisa y siguió a la salida, donde también se despidió de Hugo, prometiéndole que les traería churros.

Pudo sentir el frío pinchándole las mejillas, se subió la bufanda hasta la nariz y apresuró el paso a la estación del metro; solo se sintió aliviada cuando entró al vagón en el que iban pocas personas.

Buscó en su mochila el libro que estaba leyendo, debía aprovechar esos pequeños momentos en que podía escapar de su realidad y adentrarse a vivir una linda historia de amor. Después de mucho tiempo, había vuelto a retomar el género romántico, tras meses de solo leer thriller o terror, porque no quería saber nada del amor.

Le había dicho adiós a ese sentimiento de manera definitiva, desde aquella noche en que vio a Renato junto a Lara, salir de la casa de su abuelo; desde entonces, tomó la irrevocable decisión de olvidarlo y, hasta el momento, lo hacía lo mejor que podía.

Ya pasaba días, incluso, semanas, sin pensarlo y; cuando afloraba en su memoria, lo rechazaba con rabia. Sí, estaba resentida con él, no podía evitarlo. Incluso, sentía que lo odiaba, razón por la que no había vuelto a buscar nada que tuviera que ver con él o su familia, hasta eliminó las listas de reproducciones que compartían; cuando quería escuchar música, lo hacía desde otra aplicación.

Sí, terminó cortando de raíz cualquier contacto con Renato Medeiros, justo como Romina se lo había sugerido desde un principio.

A poco para llegar a su estación, guardó el libro y se levantó, a la espera de que las puertas se abrieran. Se sorprendió cuando estuvo en la intemperie y se dio cuenta de que estaba nevando. Extendió una de sus manos y pudo ver cómo un copo de nieve caía sobre su palma, enfundada en un guante negro.

Levantó la cara al cielo para ver cómo los copos descendían y sonrió ante el hermoso espectáculo, sin pensarlo, solo dejándose llevar por esa emoción momentánea, se bajó la bufanda, dejando al descubierto la boca, y sacó la lengua, solo para sentir cómo los copos se derretían cuando caían en ella.

El frío no le permitió que se quedara por mucho más tiempo viviendo la experiencia; no obstante, antes de emprender su camino, buscó el móvil en el bolsillo de su abrigo y se hizo un pequeño video.

—Hola, buenos días… Tú en pleno verano y aquí nevando… Me muero de frío. —Soltó una

risita, tiritando. Se apresuró a guardar el móvil y a correr hacia su hogar.

Pensó que con ese vídeo saludaría a Adonay, a Julio César, a Daniela y a Ramona.

Suspiró aliviada cuando abrió la puerta del piso, se quitó el abrigo, lo colgó en el pechero y también se quitó las botas; luego, fue a la cocina, puso a preparar café y fue al baño, a por una ducha caliente que le sacara el frío del cuerpo. Todo lo hacía tratando de no hacer ruido para no despertar a Luisa, una de sus compañeras, que normalmente llegaba a las diez de la noche.

Su otra compañera, Magela, llegaba a las seis de la mañana, porque trabajaba en una discoteca de flair bartender, una rama de la coctelería en la que realizaba un espectáculo al ritmo de la música, haciendo malabarismos con botellas y copas, sin derramar una sola gota.

Ella había sido testigo de su destreza, porque cuando podían compartir un rato en el piso, solía hacerle demostraciones. También la había invitado al club en el que trabajaba, pero aún no se animaba a ir. La verdad, el poco tiempo que tenía libre, lo usaba para descansar o para limpiar el lugar en el que vivían.

Salió de la ducha y se aplicó crema, odiaba el frío porque le resecaba mucho la piel. Se puso el pijama y fue a por una taza de café. Se acurrucó en el sillón junto al ventanal y se quedó ahí, mirando a través del cristal cómo nevaba.

Como era de mañana en América, fue a buscar el móvil en el bolsillo de su abrigo, para enviarle a sus amigos el vídeo o; de lo contrario, no tendría ningún sentido mandarlo cuando ella despertara.

Con una sonrisa de nostalgia, lo envió, ya sabía que Julio César debía estar dormido, al igual que Romina. Adonay se estaría preparando para ir a trabajar, pues su oficina quedaba a poco más de dos horas de su casa, así que, era muy probable que fuese el único que le respondiera.

No obstante, quien le escribió fue Daniela.

Hola, chama, ¿cómo estás? Bueno, ya veo, estás muerta de frío… ¡Qué fino que esté nevando!

Samira sonrió al leer el mensaje, aún había palabras que Daniela le decía o escribía que ella no comprendía. Suponía que, «fino», debía ser algo como: «genial», «bueno».

Hola, amiga, estoy muy bien, extrañándote mucho.

Le escribió y mandó. Casi enseguida Daniela empezó a escribir.

Yo también te extraño… Me gustaría mucho poder contar con tu opinión, gitana; estoy en una situación muy complicada… No sé qué hacer.

Samira se preocupó, porque Daniela no solía ser alguien que viviera lamentándose; al contrato, era muy positiva.

Dani, cariño… ¿Qué sucede? ¿Quieres que hagamos una videollamada?

Ni cinco segundos pasaron cuando Daniela ya le estaba marcando. Enseguida le contestó y la preocupación aumentó en Samira al verla llorando.

—Amiga, Dani…, ¿qué pasa? ¿Has discutido con Carlos? —interrogó y le dolía verla hecha un mar de lágrimas.

Daniela solo negaba con la cabeza mientras se limpiaba las lágrimas.

—No…, no, no… Con él todo está bien, muy bien —hipaba sin poder controlar el llanto.

—Entonces, amiga, dime en qué puedo ayudarte… ¿Qué sucede? —Estaba muy angustiada por Daniela.

—Ay, Sami…, no sé qué hacer, es… es… estoy embarazada y no lo planeamos, ¿cómo planear tener un hijo cuando apenas tenemos para subsistir? No sé cómo falló el método anticonceptivo, no sé… —Lloró más fuerte y se cubrió la cara con una mano.

—Dani, entiendo que estés muy angustiada… ¿Qué dice Carlos?

—No se lo he dicho… No creo que pueda decírselo, chama… En la situación en la que estamos, no creo que pueda tener este bebé, no creo… Y lo peor es que, abortar, va en contra de todas mis creencias. Toda mi vida he criticado a quienes lo hacen, pero ahora comprendo que pueden existir razones que pesan más que nuestras convicciones… No puedo cagarle la vida a Carlos, él apenas está tratando de terminar los estudios, para buscar un mejor futuro… No sé qué hacer, ni siquiera tengo plata para regresarme a Venezuela.

—Amiga, ¿cómo puedo ayudarte? ¿Qué puedo hacer?

—Me gustaría que estuvieras aquí y pudieras abrazarme… Eso lo necesito mucho en este momento.

De manera inevitable, a Samira se le derramaron las lágrimas.

—También me gustaría poder estar contigo en este momento… —hablaba mientras pensaba cómo ayudarla—. Dani, tengo unos ahorros, sé que no es mucho…

—No, chama, de ninguna manera… —La detuvo—. No hablo contigo para que me des plata… ¡Estás loca! No es eso lo que quiero….

—Pero es lo que necesitas, Dani…, no es mucho, pero puede ayudarte en algo, no sé, para regresarte a Venezuela o para pagar el aborto… —En cuanto mencionó la palabra aborto, Daniela intensificó su llanto—. Creo que lo primordial es que lo hables con Carlos, quizá entre los dos puedan conseguir una solución menos dolorosa. No puedes ocultarle algo como eso…, no puedes, Daniela.

—Lo sé, lo sé… —asintió y se sorbía la nariz—, pero voy a arruinarle el día, la semana…, la vida.

—No digas eso, ustedes son una pareja, no es solo tu culpa y no te embarazaste a propósito.

—Sí, tienes razón… Bueno, me gustaría seguir hablando contigo, pero tengo que ducharme para ir al trabajo, lo menos que quiero es darle razones a la maldita de Maite, para que empeore mi día…

—Sí, ya sabes que aprovecha cualquier excusa para descargar sus frustraciones con el primero que se le cruce… ¿Cuándo te enteraste?

—A medianoche, estaba esperando para hacerme la prueba ahora en la mañana, pero me era imposible conciliar el sueño, así que decidí salir de dudas… —Volvió a chillar.

—¿Cuántas semanas tienes?

—De tres a cuatro…, es lo que dice la prueba, pero puede ser más; no sé nada de embarazos.

—Bueno, aún tienes varias semanas para tomar una decisión… Quiero que sepas que, sea cual sea la decisión que tomes, yo te apoyaré… ¿Entendido?

—Sí, lo sé. Sami…, no… no se lo he dicho nadie… —tanteó la petición que iba a hacerle.

—Tranquila, te guardo el secreto. Jamás contaría algo tan íntimo.

—Te quiero mucho, gitana, y te extraño.

—Yo también te quiero, chama.

Samira, con mucho pesar, terminó la videollamada. Le gustaría poder hacer algo por Daniela.

Como Adonay aún no respondía, comprendió que debía estar muy ocupado, por lo que, no se quedaría por más tiempo despierta; tenía que ir a dormir o se le haría muy difícil levantarse en

seis horas.

Llevó la taza a la cocina, la lavó, apagó las luces y se fue a su habitación, luego de lavarse los dientes, se metió a la cama; durante una hora no hizo más que dar vueltas, por más que intentaba quedarse dormida, saber la situación por la que estaba pasando Daniela, no la dejaba conciliar el sueño.

Cuando por fin logró sucumbir a la inconciencia, terminó soñando que era ella la que estaba embarazada, pero debía tener más de siete meses, porque tocaba su vientre bastante abultado; también sintió a la criatura moverse dentro.

Aunque su gran barriga no le dejaba mirarse los pies, podía sentirse descalza, llevaba el vestido con el que se había escapado de su casa, era la única pertenencia que aún conservaba de su antigua vida.

Empezó a llover tan fuerte que no conseguía ver ni a un palmo de distancia, caminaba sin rumbo, en busca de un refugio para ella y su hijo; su pecho estaba agitado producto del más crudo miedo, debido a la incertidumbre de no saber dónde estaba. De repente, la lluvia intensa cesó y dio paso a la nieve, podía ver los copos descendiendo sobre su casa.

No tenía dudas, estaba en su casa en Rio, en su comunidad gitana. Se sintió feliz de estar ahí, abrió el portón, se moría por reunirse con su familia. Emprendió su andar por el camino de tierra, franqueado por los coloridos geranios, pronto se dio cuenta de que por más que caminara, no llegaba a la entrada. Incluso, empezó a correr; no obstante, la casa permanecía a una distancia inalcanzable.

Agotada, decidió detenerse porque sentía que estaba a un respiro de vomitar el corazón, miró cómo el camino que comúnmente era de tierra, se iba cubriendo poco a poco de puntos blancos, por los copos de nieve. Lo extraño era que a pesar de estar descalza y nada abrigada, no sentía frío, era el cálido clima de Rio el que se le metía en la piel.

No quería quedarse ahí, a tan pocos metros de su casa, por lo que, levantó la mirada hacia la fachada, para intentar llegar. Esta vez apareció su padre en el porche, estaba con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido, justo debajo del quicio de la puerta.

Le emocionó verlo, a pesar de que se notaba molesto.

—¡Papá! —Lo llamó y avanzó varios pasos, pero se detuvo cuando lo vio negar con la cabeza y su gesto era de total decepción—. ¡Papá! —Volvió a llamarlo, pero solo obtuvo la misma respuesta.

Samira sintió su corazón encogerse de dolor y las lágrimas empezaron a correr abundantes por sus mejillas. Se sintió agradecida con el sonido de la alarma de su teléfono que la rescató de ese sufrimiento.

Cuando fue consciente de que solo se trató de una pesadilla, quiso llorar de puro alivio. Agarró una bocanada de aire, al tiempo que se llevaba las manos a la panza, cerciorándose de que, efectivamente, no estaba embarazada.

Respiró, respiró y respiró, hasta que consiguió calmarse y espantarse esa horrible sensación que le había dejado en el pecho ver la mirada de su padre cargada de reproche.

CAPÍTULO 13

Una hora después, Samira estuvo lista, se sirvió café en el vaso térmico y salió del piso, aún con una sensación de desconsuelo oprimiéndole el pecho.

Sabía que esa pesadilla solo fue producto de un día lleno de noticias que la impactaron y de lo que su inconsciente se valió para crear toda esa absurda historia en la que volvía a su casa, embarazada, y su padre la rechazaba.

Necesitaba despejar su mente, miró la hora en la pantalla del teléfono; contaba con tiempo para irse caminando, lo que sería muy bueno para encontrar un poco de calma.

Se puso los auriculares, puso música y se guardó el móvil en el bolsillo del abrigo, solo quería despejar la mente, que no quedara ni un resquicio de ese mal sueño, aunque seguía muy preocupada por Daniela, de verdad, quería encontrar una manera de ayudarla.

Caminaba con cuidado por la acera, porque estaba algo resbalosa, debido al deshielo, mientras tarareaba mentalmente «Blank Space», de Taylor Swift, que escuchaba en un volumen muy bajito, para no eliminar los ruidos externos.

A mitad de camino, en la entrada del Teatro Maravillas, estaba una anciana y una niña como de doce años, sentada en uno de los escalones. De manera inevitable, le hizo recordar a su abuela y a ella, cuando solían salir. Un nudo de lágrimas de añoranza se le hizo en la garganta.

—Hola, guapa…, buenos días, ¿podrías regalarme algo para comer? —Le pidió la anciana en tono bajito y algo ronco.

Samira sintió un apretón en su corazón, se volvió a mirarla y sus ojos estaban cargados de tristeza y necesidad, la niña se notaba bastante delgada y larguirucha, tanto como lo había sido ella a esa edad. Mejor que nadie sabía lo que era pasar hambre, ese dolor en la boca del estómago, la debilidad y los mareos… Sabía que tanto la anciana como la niña, en verdad, parecían que no habían comido en muchas horas. Realmente debían estar desesperadas, como para estar pidiendo a esa hora y con ese frío.

No obstante, ella sabía que solo tenía un billete de cincuenta euros, era lo que había dejado para gastar en los próximos días, hasta que cobrara.

—Lo siento, señora, es que no tengo… —Le dolía en el alma tener que decirle que no tenía y, con las lágrimas subiéndole por la garganta, siguió su camino.

Tan solo había avanzado un par de calles, el cargo de conciencia no la deja dar un paso más. Estaba segura de que no podía darle el único billete que tenía, pero sí quería ayudarle, aunque fuera con algo, por lo que, decidió buscar cambio; entró a un local de Loterías y Apuestas del Estado.

Sabía que a esa hora no iban a cambiarle el billete, por lo que, pidió un ticket de lo que fuera, después de todo, ella no tenía idea de cómo era eso de los juegos de azar.

Este le recomendó comprar un Euromillones.

—Sí, está bien, uno de esos… —hablaba mientras buscaba el billete en su cartera—. Aquí tienes. —Se lo ofreció.

—¿Me dictas los números o quieres que la máquina los elija al azar?

—Disculpa, ¿cómo es? Es que nunca lo he jugado.

—Debes elegir cinco números, que pueden ser cualesquiera del uno al cincuenta, y luego dos estrellas de la suerte, números del uno al doce.

—Vale, lo entiendo —dijo y empezó a dictar los números, pensando en fechas especiales

para ella. Cuando terminó, el chico le dio el ticket, que guardó en el bolsillo de su abrigo, luego recibió lo que verdaderamente le interesaba, que era el cambio—. Muchas gracias. —Se hizo a un lado de la taquilla, porque detrás había un señor, a la espera de ser atendido.

Guardó el cambio en la cartera y dejó por fuera un billete de diez euros, no era mucho, pero podía alcanzar para algo. Así que, con una sonrisa, se devolvió hasta la entrada del teatro y le dio el billete a la señora.

—Muchas gracias, cariño…, gracias. —La anciana se mostró conmovida.

—Sé que no es mucho, espero le sirva de algo… —dijo con las lágrimas nadando en su garganta. Juraba que era como ver un episodio antiguo de su vida.

—De mucho —dijo casi con lágrimas al filo de los párpados.

Samira asintió y se marchó, despidiéndose de ambas con un gesto de la mano y una sonrisa. Aceleró el paso, para no llegar tarde.

Al llegar al café, ya Lena había abierto; la saludó y pasó rápidamente al baño, para cambiarse; luego, dejó su abrigo, bufanda y guantes en el armario que estaba en el pasillo que conducía a la cocina.

El lugar era pequeño, así que no contaba con mucho espacio para casilleros o comedor independiente para los empleados, cuando les tocaba comer, lo hacían en una de las mesas del salón o en la misma cocina, sentados en un taburete.

—Buenos días. —Saludó de beso en la mejilla a Javier, que recién llegaba y dejaba el casco de la moto sobre el armario—. ¿Mucho tráfico?

—Una mierda, todo es un caos —comentó en medio de un suspiro de agotamiento, a pesar de que recién empezaba el día.

Casi un minuto después llegó Pablo con las mismas lamentaciones.

—Ya saqué la masa del refrigerador. —Les avisó Samira y se apuraba a preparar el chocolate.

En fechas como esas, era necesario dejar la masa para churros ya lista el día anterior o; de lo contrario, tendrían que llegar una hora antes, para tener todo listo al abrir.

Le gustaba mucho el ambiente en el café, sobre todo, la relación que llevaba con sus compañeros y su jefa, en los que las jerarquías eran prácticamente inexistentes; se trataban como un grupo de amigos que luchaban por que el negocio fuese exitoso.

En cambio, el trabajo de limpieza en las oficinas solía ser más solitario, sí, normalmente enviaban a tres, pero como se dividían las tareas por pisos, hacían el trabajo en solitario. Así que, cuando ya coordinaba lo que tenía que hacer, se ponía los auriculares y escuchaba algún libro o música, mientras se empeñaba en dejar reluciente cada rincón de esas lujosas oficinas.

Le era imposible no recordar el tiempo que estuvo trabajando en Cooper Mining, extrañaba mucho estar en ese ambiente, también echaba de menos sus charlas con Karen.

Cuando estaba por terminar el turno en el café, recibió un mensaje de Romina, la pobre estaba antojada de unas ensaimadas. Se ofreció a llevárselas, aprovecharía para visitarla, ya que Víctor no llegaba sino hasta la noche.

Le pidió a Javier prepararle las ensaimadas, mientras ella se cambiaba. Una vez lista, le agradeció por ayudarla a consentir los antojos de su amiga. Pasó por caja y pagó la media docena de bollería, se despidió de todos y se marchó.

A pesar de que hacía frío, el sol aún brillaba. No se perdería la oportunidad de disfrutar de su calidez y caminó hasta el edificio en el que vivía Romina.

—Ya llegué —canturreó, apretando el botón del piso en el que vivía Romina.

—Sube, guapa —pidió con emoción.

De inmediato, Samira escuchó el sonido electrónico del precinto de seguridad y empujó la pesada reja, subió las escaleras casi corriendo y, cuando llegó al cuarto piso, tuvo que jadear en busca de oxígeno.

Romina abrió la puerta y se la encontró con la respiración agitada y casi con la lengua afuera. A ella no le quedó más que sonreír.

—Entra. —La invitó.

Samira le tendió la caja y tragó grueso los latidos que se habían instalado en su garganta reseca.

—Tengo que hacer más ejercicio cardiovascular —jadeó, avanzando por el angosto pasillo, al tiempo que se quitaba la gabardina y la bufanda, para colgarlos en el perchero.

—Sí lo creo —respondió Romina—. Esto huele delicioso, creo que me comeré diez…

—Solo traje seis —rio Samira, al notar las ansias en su amiga. Dejó los guantes en la mesa del recibidor y buscó el móvil en el bolsillo de la gabardina, quería tenerlo a mano, por si Daniela le llamaba.

—Bueno, me comeré cinco y medio… Te dejaré medio —bromeó y dirigió la mirada al suelo —. Se te cayó algo —señaló, apuntando con sus labios el pedazo de papel.

—Ah, esto… —Samira se acuclilló para recogerlo—. Es un boleto de lotería…

—¿Y ahora crees en los juegos de azar? —ironizó.

—No —bufó sonriente—, solo lo compré porque necesitaba cambio. —Dejó el boleto en la bandeja donde ponían las llaves y siguió a Romina a la mesa del comedor.

Mientras preparaba el café, le contó la historia que la había llevado a comprar ese ticket.

Una vez sentadas a la mesa, Samira sintió la necesidad de contarle también la pesadilla que tuvo. Bien sabía que Romina no creía en esas cosas, a pesar de ser gitana, no era supersticiosa; no obstante, Samira sí creía que los sueños podrían ser interpretados; su abuela era muy buena con eso, pero no se atrevería a contarle, porque podría sacar conclusiones que la llevarían a ese secreto que tanto se había empeñado en ocultar.

******

A pesar de que era domingo, Renato se despertó muy temprano, fue al baño y regresó a la cama, con la intención de seguir durmiendo, ya que, apenas eran pasadas las seis de la mañana. Pero por más que quiso, no lo consiguió, se sentía bastante vigorizado como para quedarse tendido, mirando a la nada y permitiéndole a sus pensamientos crear situaciones que eran poco o nada probables. Se levantó hasta quedar sentado en la enorme cama y, con un mandato de su voz, pidió que se abrieran las cortinas.

Disfrutó ver la estela naranja sobre el océano, que desprendía un resplandor amarillo pálido hacia el cielo, crenado un degradado desde el azul claro hasta el más oscuro.

Suspiró ante el hermoso espectáculo, prefería verlo así, recién despierto y sintiéndose con mucha energía; no como lo había presenciado la mayoría del tiempo, desde la cama, envuelto en las sábanas, sin haber podido dormir y con las lágrimas nublándole la mirada, esas que solían acompañarlo durante toda la noche.

Casi nadie comprendía esos episodios depresivos que llegaban de la nada, desde muy temprana su adolescencia; las pocas personas que lo habían visto en ese estado, jamás pudieron hacerse una idea del porqué de un sufrimiento tan intenso, que solo él mismo se creaba. Lo que ellos no sabían era que no podía controlarlos y eso solo empeoraba su situación.

Le tenía tanto miedo a esos episodios, a sentirse tan devastado y cansado; incluso, a morir en medio de un ataque de pánico.

Aunque sabía que podía controlarlo, que no moriría, la batalla más fuerte, la que era casi imposible de vencer, era su lucha mental, porque su mente era más poderosa que cualquier cosa.

Abrió el cajón de la mesa en la que tenía algunos de los cuadernos que había rellenado desde hacía diez meses. Desde que Danilo, llevado por Liam, lo esperara sentado en el sofá de su apartamento, para volver a rescatarlo.

Imposible no tener a su terapeuta en un pedestal, no sentir que debía seguir luchando todos los días por sentirse cada vez mejor, un poco más normal.

Así que, ese día, sus líneas serían para ese héroe sin capa, por lo importante que era para él.

Le pidió al asistente que encendiera el velador y la luz cálida iluminó lo suficiente para que pudiera escribir.

Tras unas tres páginas en las que resumió el momento exacto en que conoció a Danilo y todas las consultas que recordaba, devolvió el cuaderno al cajón de la mesita de noche y salió de la cama, con la resolución de llevar a tope sus energías.

Cuarenta minutos después, estaba de camino al gimnasio, algunas veces se sentía sin ánimos de ir, pero solo le bastaba recordar cómo se sentía después de un par de horas de ejercicios, para no dejar que la apatía lo dominara.

Cuando llegó se encontró con un ambiente ideal, había muy pocas personas; se terminó la dosis de creatina que tomaba antes de entrenar y se dispuso a hacer su rutina de hombros y espalda; desde hacía un par de meses venía aumentando el peso con el que trabajaba y le gustaba sentir ese esfuerzo extra, porque era algo que podía controlar y; cuando sentía que sus músculos no podían más, mentalmente se alentaba y, comprendía, con gran regocijo, que no solo tenía control sobre sus músculos, sino también sobre sus pensamientos.

Terminó sudoroso y agotado, pero sintiéndose tranquilo, en paz, relajado. Cuando regresó al apartamento, lo primero que hizo el asistente personal fue recordarle que ese día tenía que ir a casa de sus padres. Faltaban unas tres horas para eso, lo que le daría tiempo de ir a la piscina, para refrescarse un rato.

Pasado esto, le escribió a Ayrton y este le respondió que en uno quince minutos estaría en el helipuerto.

Antes de que las puertas del ascensor se abrieran, el sonido de las hélices le hizo saber que ya el piloto esperaba por él; cuando salió, pudo verlo junto a la puerta de la nave, esperándolo listo para que pudiera subir.

Le saludó con la mano antes de llegar y le dio los buenos días una vez se acercó, pero no pudo decir mucho más, pues sus palabras se congelaron ante la sorpresa magnánima de encontrarse a su abuelo, sentado en una de las butacas, con una de esas sonrisas llenas de picardía, que dejaban en evidencia que sus acciones venían cargadas de alguna travesura.

—Abuelo, ¿cómo es posible? —preguntó riendo, al tiempo que se ubicaba en el asiento y se abrochaba la hebilla dorada del cinturón de seguridad.

—Me le escapé a Sophia —respondió—, en cuanto lleguemos a casa de tus padres, le haré saber dónde estoy.

—Sabes que te ganarás un buen regaño, ¿no? —Le era imposible no sonreír genuinamente.

—Lo sé, estoy dispuesto a asumir las consecuencias —siguió con su buen estado de ánimo.

La puerta se deslizó y Ayrton le dio la bienvenida a Renato.

Durante el trayecto, Reinhard le preguntó cómo estaba; él le comentó todo lo que había hecho esa mañana, incluso, que había escrito sobre Danilo. Desde hacía un tiempo se esforzaba por ser más abierto con algunos miembros de su familia, les contaba sobre el proceso por el que estaba pasando y lo que estaba haciendo para mantenerse sano mental y emocionalmente.

En su proceso de sanación, aprendió a no llevar como un secreto sus males; a cambio, había sido gratificado con el apoyo incondicional y la compresión de todos.

Al igual que Renato, Ian también se mostró gratamente sorprendido cuando vio llegar a su padre, por lo que, corrió a recibirlo en compañía de sus perros.

Keops, en cuando vio a Renato, expresó la felicidad que le daba verlo, llevándole las patas al pecho y lamiéndole la cara; el joven apenas podía contener al canino que, sobre sus dos patas, era casi tan alto como él.

Le daba palmaditas en los costados, para calmarlo; mientras que, Ramsés, era contenido por su padre, para que no terminara tumbando a Reinhard, quien le hacía señas a Ayrton, para que se marchara.

En cuando el helicóptero alzó el vuelo, caminaron por la hierba perfectamente podada del campo de golf que Ian tenía en su casa, hasta una de las terrazas, donde los esperaba Thais, con Susie en brazos; sin duda, ella también se mostraba exultante por la sorpresiva visita de Reinhard.

Todos rieron cuando el patriarca les contó su pequeña travesía, aunque siguió el consejo de su nuera, de comunicarse de inmediato con Sophia, antes de que la pobre sufriera un ataque de nervios, justamente al terminar con sus masajes de relajación.

Ese fue el momento propicio para que Reinhard pudiera hacer de las suyas, la dejó en la sala de masajes y se le escapó.

Para sorpresa de Reinhard, ella no se molestó, porque sabía que estaba bien protegido con ellos, pero sí le recriminó por que no le hubiera dicho que quería ir a pasar tiempo con ellos. Sin duda, ella lo habría entendido.

Durante la comida, extrañaron a Liam, pero este se encontraba en Tel Aviv, donde se celebraría el cumpleaños de uno de sus mejores amigos, que llevaba un par de años viviendo en esa ciudad.

Ian y Reinhard, se dirigieron a la terraza, con un vaso de Grand Marnier con naranja en la mano, para disfrutar el ambiente al aire libre, mientras hacían digestión. Desde ahí, podían observar a Renato, jugando con los perros.

—Esa es la razón por la que enloquecen cada vez que lo ven llegar, lo adoran —dijo Ian, seguro de que sus perros se desvivían por su hijo menor.

—Ellos también le hacen muy bien a él, con nadie más lo he visto carcajearse de esa manera —comentó Reinhard, llenándose los oídos con la risa de Renato, que intentaba quitarle un juguete a Ramsés—. Por cierto, me dijo que esta mañana escribió sobre Danilo… —hablaba mientras movía de forma circular el coñac, para que se mezclara mejor con el hielo—. También que fue al gimnasio y que luego nadó un rato.

—Sin duda, está más vigorizado. Es visible que está muy bien, más tranquilo… —Aún podía recordar cómo el terror le heló la sangre cuando Liam le comentó sobre los medicamentos que había encontrado en su apartamento.

Se sintió culpable por no haberse dado cuenta de que su hijo había estado sumido en una nueva crisis; suponía que él, como padre, debía ser el primero en enterarse, debía estar más al pendiente de Renato, sobre todo, sabiendo que sus problemas emocionales en cualquier momento podían estallar, y que el secuestro de Elizabeth iba a ser un perfecto detonante; sin embargo, Liam le dio a entender que esas pastillas no eran recientes, lo que acrecentó su culpa. Estuvo a punto de abandonar a Samuel, en la búsqueda de su sobrina y entregarse por completo al cuidado de su hijo, porque en esos episodios, Renato podría ser una bomba de tiempo.

Pero Liam le alivió un poco el peso emocional y la disyuntiva de tener que dejar solo a su

primo, en un momento tan difícil. Le dio su palabra de que él se encargaría, entre los dos, acordaron que llevara a Danilo al apartamento y fue decisión de Liam, mudarse por un tiempo con su hermano; sin duda, eso hizo mermar la angustia que lo carcomía.

Luego, cada momento que tuvo libre, cada minuto que podía pasar con sus hijos, les llegaba de sorpresa al apartamento, con comida, para compartir un rato con ellos.

La primera vez que los visitó, detalló bien sus rasgos y pudo notar su mirada opaca y cómo la tristeza, el cansancio y el dolor le marcaban las facciones; incluso, su delgadez le asustó.

Tuvo que dejar la comida de lado y se fue al baño, para poder liberar las emociones, ahí con una mano en la boca, acallaba los sollozos de rabia e impotencia que le producía saberse el peor padre del mundo.

Lo más difícil era que no podía, simplemente, llegar y abordarlo, porque terminaría abrumándolo y haciéndolo sentir peor, bien sabía cuánto odiaba la compasión. Pero esa vez, no podía reservarse sus propias emociones, se obligó a calmarse un poco, se limpió la cara con las manos, salió y se fue directo hacia su hijo, que estaba sentado en el comedor, prácticamente jugando con la comida, porque era evidente que su apetito era nulo.

Lo abrazó, al principio, Renato se mostró reacio, quizá por la sorpresa, pero en segundos, se permitió recargar la cabeza contra el pecho de su padre.

—Eres fuerte, hijo, lo eres… Tú puedes con todo —dijo mientras le daba besos en la cabeza —. Y si me lo permites, estoy aquí para ayudarte en todo, para guiarte. Te amo, te amo y eres muy importante para mí, para tu madre, para tu hermano, eres importante para muchas personas. —Podía sentir a su hijo debilitado, llorando mientras afirmaba con la cabeza—. Sé que tu lucha es más dura que la de otras personas, que cada día es mucho más complicado levantarte y seguir adelante, pero sé que puedes lograrlo.

Liam seguía ahí, al otro lado de la mesa, con la cabeza gacha, sufriendo también por su hermano, pero obligándose a ocultarlo.

Lo más difícil de todo era tener que ocultarle a Thais la situación en la que estaba su hijo, pero no era prudente; ella solo se abocaría a sobreprotegerlo, a limitarlo en todo, al punto de invadir su espacio personal; haría más difícil que Renato pudiera mejorar, si tenía a su madre cuidando hasta del agua que bebía.

Era mejor que ella siguiera brindándole apoyo moral a Rachell, que también lo estaba pasando realmente mal.

CAPÍTULO 14

Meses después, cuando aún intentaban reponerse al secuestro de Elizabeth, Ian decidió contarle a su padre sobre la crisis que Renato había sufrido; sobre todo, que el detonante había sido previo al suceso que impactó a toda la familia.

Reinhard le arrojó luz al contarle lo sucedido con Samira, pero hasta ese entonces no era mucho lo que sabía de la ruptura; no obstante, le dijo que haría lo posible por averiguarlo.

—Encontré a la chica, está en Madrid —comentó Reinhard. Contarle a Ian sobre su avance había sido la razón por la que decidió visitarlo, consideraba que era un tema que debía ser tratado personalmente y que no podía esperar.

—¿Quién está en Madrid? —preguntó Thais, de buen agrado, que llegó en ese momento y logró escuchar la última parte.

—Samira —respondió Ian.

Ya había puesto al tanto a su mujer de toda la situación, incluida la relación que Renato tuvo con la chica, ya que no podía seguirle ocultando cosas importantes. Ella también merecía estar al tanto de la evolución de su hijo y las circunstancias por las que había pasado, para que consiguiera comprenderlo mejor; incluso, ella volvió a asistir a terapia, para no volver a equivocarse en su forma de acercarse a él.

—¿Y cómo está ella? —curioseó, sentándose al lado de su marido y le puso una mano en la pierna, donde empezó a trazar pequeños círculos con las yemas de sus dedos, en un gesto de cariño.

—Bien, por el día, trabaja en un café, en Malasaña y; por las noches, limpia oficinas en el distrito financiero… Estoy pensando en una manera de hacer que Renato vaya a Madrid. Creo que es necesario un encuentro entre ellos, él merece una explicación…

Ian y Thais compartieron una mirada mientras Reinhard seguía exponiendo la información.

—Padre. —Lo interrumpió Ian—, sé que tus intenciones son las mejores y también pienso que Renato merece una explicación, conocer la razón de su abandono, pero él mismo dijo que no quería buscarla. Pienso que es mejor respetar eso…

—Estoy de acuerdo —intervino Thais—. Renato ha avanzado mucho en su proceso. —Desvió la mirada hacia su hijo, que correteaba detrás de Keops; en ese instante, se volvió a mirarla y ella lo saludó con la mano, él le sonrió, lucía adorable, sonrojado por el esfuerzo de jugar con las mascotas—. Se ve mucho más tranquilo, es más expresivo con todos e; incluso, está empezando a abrirse emocionalmente, creo que lo mejor es dejar que siga sanando…

—Estoy seguro de que, ponerlo en una situación como esa, en la que tenga que enfrentarse con la jovencita, solo lo hará retroceder… Quizá ella tuvo sus razones, tampoco considero necesario ponerla en la posición de tener que hablar con Renato, si no quiere… Porque las oportunidades las tiene, conoce el número de Renato, hasta le di mi número de teléfono; si no se ha comunicado es porque, evidentemente, no quiere hablar con mi hijo… Lo siento, padre, pero no voy a exponer a Renato a una humillación, mucho menos a una desestabilización emocional… Sí, me tranquiliza saber que ella está bien, espero que logre sus objetivos y que tenga éxito en su vida, pero prefiero que lo haga lejos de Renatinho.

—Tienes razón, no lo había visto así… —Se disculpó Reinhard—. No sé, pensé que quizá todo podría tratarse de un malentendido. Es mi afán de querer ayudar a los demás, pero ahora que lo dices, es cierto, ella cuenta con los medios para comunicarse con él, y si no lo ha hecho es

porque no desea hacerlo. Desistiré de mi papel de cupido —sonrió con tristeza—. Dejaré todo en manos del destino o a que alguno de los dos decida enfrentar la situación.

—Sí, es mejor olvidarlo, ya ha pasado mucho tiempo —dijo Thais—. Lo ideal es que Renato siga adelante, ya conocerá a alguna chica que lo aprecie por quien es, él necesita a alguien que le dé tranquilidad… Además, a pesar de que la jovencita es hermosa, muy educada y trabajadora, es gitana, no creo que su familia esté de acuerdo con que se relacione con un hombre que no sea de su cultura. A la larga, iban a ser más problemas para mi hijo. —Aunque no lo quiso, su voz se vio teñida de celos maternales.

****

Los olores y sonidos inundaban la cocina del piso de Samira, había pasado toda la mañana cocinando las viandas, para toda la semana; normalmente, eso lo hacía los domingos por la tarde, pero no pudo porque tuvo que trabajar hasta las nueve de la noche, en un evento que se llevó a cabo en el café de Lena, por lo que, esta decidió no abrir ese día, para que pudieran descansar.

Aunque algunas veces se cansaba de comer el mismo menú casi toda la semana, le resultaba más económico y también le ahorraba mucho tiempo; sin embargo, ese día decidió hacer tres tipos de comida, en una sartén salteaba finas tiras de lomo con vegetales, mientras que, en otra hornilla, se cocinaba el arroz; en el horno tenía bacalao con verduras y en la nevera había envasado tres túperes con ensalada de guisantes, tomatitos y huevo duro.

En cuanto terminó, limpió todo y se sentó a comer un poco de cada cosa, mientras pensaba en ponerse a planchar la ropa que esperaba en la cesta, desde el sábado por la noche.

Se llevaba el último bocado cuando su teléfono vibró y se iluminó la pantalla con un mensaje de Daniela.

Seguro acababa de despertar o se preparaba para ir a trabajar. Sin perder tiempo y tragando grueso, se dispuso a leer el mensaje.

Chama, ya hablé con Carlos, no fue fácil, pero lo comprendió.

Samira, de inmediato, empezó a teclear.

¿Quieres hablar? ¿Tienes tiempo para una llamada?

No quiero molestarte, sé que estás trabajando.

No, hoy me lo dieron libre.

Daniela esperó a que Carlos se fuera al instituto, enseguida le marcó a Samira, a pesar de que contaba con poco tiempo para ir al trabajo, necesitaba hablar, compartir su pena.

Samira sintió el corazón oprimido cuando la vio, sin duda, su amiga estaba pasando por un momento terrible, su semblante tan demacrado y alterado lo dejaba en total evidencia.

—Cuéntame cariño, ¿cómo fue? ¿Qué te dijo? —preguntó Samira, su tono estaba cargado de compasión, imposible no sentirse muy mal por ella.

Daniela empezó a relatarle, la reacción de Carlos, primero fue de miedo, luego de sorpresa y por último de alegría; no obstante, se mostró devastado cuando ella, muy en contra de sus verdaderos deseos, le dijo que no quería tener al bebé y le dio unas razones que no eran del todo ciertas, pero necesitaba quitar ese peso de los hombros de su prometido; no podía dejarle a él, tomar una decisión que sabía no tendría el valor de hacer.

Carlos insistió en todas las soluciones que se le ocurrieron, por supuesto, todas significaban sacrificar algo muy importante para ambos, ajustar presupuestos de los que ni siquiera disponían, pero ella estaba determinada a no seguir adelante, porque no podría brindarle calidad de vida.

A fin de cuentas, Carlos terminó apoyándola, aunque la tristeza se podía ver en sus ojos, no tuvo otra opción. Fue claro al decirle que, si era lo que ella quería, no iba a forzarla.

—Ya llamé y pedí la cita, me atenderán el viernes… Carlos me acompañará —dijo limpiándose las lágrimas que no dejaban de correr por sus mejillas.

Samira intentó brindarle palabras de consuelo, asegurándole que esa decisión no la convertía en una asesina, mucho menos una mala mujer; simplemente, estaba haciendo lo que entendía era lo mejor, tanto para ellos, como para la criatura. Le hizo saber, además, que sufría por su situación y que, si en sus manos existiera la posibilidad de ayudarle, sin dudarlo, lo haría.

Daniela le agradeció que estuviese para ella en un momento tan difícil, pero tuvo que despedirse. Samira, totalmente acongojada, se tomó algunos minutos para calmarse, luego se levantó y se dispuso a limpiar todo el lugar.

Ya no podía dilatar más el momento de planchar, amaba hacer cualquier oficio; incluso, eso la relajaba, pero lo único que verdaderamente odiaba era planchar; algunas veces, prescindía de hacerlo, solo que las camisas de sus uniformes eran necesarias quitarle las arrugas.

Como Magela aún dormía, no podía poner música en la bocina, por ello se puso los auriculares y se fue a la zona de lavado con teléfono en mano.

Llevaba un par de prendas, cuando: «Comiéndote a besos», de Rozalén, fue interrumpida por una llamada entrante; dejó de cantar y al mirar la pantalla se dio cuenta de que era Romina.

—Hola. —Le extrañaba le estuviese llamando a esa hora.

—Samira…, cariño, necesito que vengas enseguida… —Romina gimoteaba al teléfono—. Sé que debes estar traba…

—Romina, ¿qué sucede? —Los nervios de Samira se dispararon y sentía como si el corazón se le hubiese detenido o quizá era que no estaba respirando—. ¿Te sientes mal? ¿Pasó algo con el bebé?

—No, no…, pero tienes que venir, tienes que venir; pide permiso…

—Está bien, sí, sí…, enseguida voy. —Samira tenía las piernas debilitadas y temblorosas—. Pero trata de calmarte, no es bueno para el bebé que estés así… Ya voy… —Con el corazón martillándole contra el pecho, apagó la plancha, terminó la llamada y corrió a ponerse cualquier cosa, porque aún llevaba puesto el pijama.

Se puso unos vaqueros, un jersey, unas botas de media caña; cogió su mochila y corrió a la salida, no abandonó el lugar sin antes hacerse de la chaqueta de cuero que estaba en el perchero.

Al llegar a la acera, pensó si irse en metro, corriendo o en taxi; se decidió por este último, cuando vio que se acercaba uno.

Cuando le dio la dirección al chofer, pudo notar que su voz temblaba tanto como sus manos. Entretanto, por la cabeza le pasaban mil y un escenario desastroso, que no hacían más que alterar aún más sus emociones.

Para empeorar la situación, el infernal tráfico estaba en su contra, por lo que, faltando un par de calles decidió bajarse y corrió el tramo que faltaba. Sin aliento y con el corazón en un puño, apretó el botón del intercomunicador; le extrañó que fuese Víctor quien le atendiera y la invitara a pasar, ya que él debía estar en el trabajo.

Samira empujó la reja y aunque estaba casi sin aliento y con las extremidades debilitadas, corrió escaleras arriba, a punto de sufrir un ataque al corazón tocó. Al instante de tocar el timbre, Víctor le abrió.

—Romina, ¿qué pasó? —Lo que le salió fue un silbido, tragó grueso y respiró profundo.

—Cálmate, Samira, todo está bien. Siento que Romina te haya asustado, ella está muy nerviosa… —explicó mientras seguía a Samira, que avanzaba envalentonada por el pasillo, sin siquiera quitarse la chaqueta.

—Romina, ¿qué paso? ¿Está todo bien con el bebé? —preguntó, llegando hasta la gitana, que estaba sentada en la mesa del comedor, toda temblorosa.

—¡Ay, Sami! —En cuanto la vio, se levantó y la abrazo, en medio de un ataque de risa y llanto.

—Dime que estás bien —suplicó Samira, frotándole la espada, podía sentir que ambas estaban temblando—. Será mejor que te sientes, te daré agua… —Soltó el abrazo y cuando la ayudó a sentarse, vio que en la mesa ya había un vaso de agua; seguramente, Víctor se lo había acercado.

—Estoy bien, pero mira, estoy temblando… —Volvió a soltar una carcajada.

—¿Quieres contarme qué sucede? —preguntó, acuclillándose frente a ella. Ver que, aparentemente, estaba bien, la estaba tranquilizando un poco. Pensó que quizá la habían echado del trabajo, lo que no era para nada conveniente, con la hipoteca que estaban pagando.

—Cariño, necesitas calmarte, recuerda que estas emociones no le hacen bien al bebé —intervino Víctor, él también se notaba muy nervioso.

—Sí, sí, tienes razón… —inspiró y expiró, lo hizo varias veces, hasta que consiguió que sus emociones menguaran un poco—. Es que llegué del trabajo y, mientras comía, me di cuenta de que el apartamento era un desastre —empezó Romina a contar, mientras Samira asentía con toda su atención puesta en ella—. Entonces, me puse a ordenarlo un poco…

—Resume, cariño…, ¿o prefieres que se lo diga yo? —propuso Víctor.

—Ya, ya…, yo se lo digo… —insistió Romina, mientras la mirada de Samira saltaba de uno a otro, ya que Víctor se había puesto detrás de su mujer y le apretaba de manera reconfortante los hombros—. ¿Recuerdas el boleto de lotería que se te cayó el martes? ¿El que dejaste en la bandeja de las llaves? —preguntó y la emoción le cortaba la voz. Samira asintió en un par de oportunidades y Romina no pudo seguir con el suspenso—. ¡Resultó ganador!

—¿Cómo? —preguntó Samira con una sonrisa incrédula.

—¡Sí, resultó ganador! —ratificó Romina con un chillido—. Estuve a punto de echarlo a la basura, pero, de repente, un impulso me llevó a revisar los resultados… ¡Has ganado, Samira! —gritó, eufórica.

Samira elevó la mirada hacia Víctor y él le asentía, sonriente. Ella no sabía qué decir, estaba emocionada, no esperaba algo como eso.

—¿Y cuánto fue, cinco mil, diez mil? Eso me ayudará con algunos meses de alquiler.

Sobre todo, porque la semana anterior había gastado parte de sus ahorros, para pagar al abogado que le ayudaba con lo de la renovación del permiso de residencia.

Romina y Vitor rieron, enternecidos.

—¡Samira, ya no tendrás que preocuparte nunca más por pagar el alquiler! —Romina estalló emocionada y le apretaba las manos.

—¿Cuánto fue? —preguntó, intentando tragar el nudo que se le hizo en la garganta. Pensó que quizá unos cien mil euros, aunque no lo creía, era demasiado. Mejor no hacerse falsas ilusiones, mucho menos ser ambiciosa.

—¡Ciento setenta millones! —Fue Víctor quien dio la cifra.

—¿C-c-c-ciento…? —tartamudeó Samira, segura de que, si el corazón no le había estallado en su carrera mientras subía las escaleras, ahora sí. Su cuerpo se debilitó y la mirada se le nubló.

—¡Ciento setenta millones de euros! —reafirmaron los dos, al mismo tiempo.
En ese momento, a Samira se le fueron todos los colores del rostro y perdió el conocimiento.

CAPÍTULO 15

Cuando Samira volvió en sí, le tomó muchos minutos, un vaso de agua y una taza de té, asimilar la noticia; luego, tuvo que buscar la manera de cerciorarse que sus amigos no estuvieran equivocados. Así que, con las manos aún temblorosas y mil cosas dando vueltas en su cabeza, se encargó de revisar los resultados, con la ayuda de Romina y Víctor.

No había dudas, incluso, había noticias de que el ganador del premio estaba en Madrid, lo que le ayudaba a Samira a creerse un poco más todo aquello y; al igual que su amiga, no hacía más que reír y llorar.

No sabían qué hacer ni por dónde empezar, fue Víctor quien pensó que lo ideal sería buscar primero a un abogado que la asesorara, pero no conocían a ninguno que fuese especialista en eso.

Entonces, Romina dijo que fueran al banco, quizá ahí podrían recomendarles a los profesionales competentes.

—¿Ahora? ¿Ya?... Ciento setenta millones, ¿no crees que es una exageración? —preguntó mirando a Víctor—. No me alcanzará la vida para gastarlo todo.

—Sí, sí que lo es, pero estoy seguro de que sabrás cómo administrarlo… —comentó el gitano, sonriente.

—Técnicamente, no te lo acabas de ganar, te lo ganaste el martes, ya mañana sumas ocho días de ser millonaria, y tú ni enterada —rio Romina.

—Sí, tienes razón… Entonces, vamos al banco, sé que tienen que ir al trabajo, pero no me atrevo a ir sola, ¿pueden acompañarme? ¿O mejor lo dejamos para otro día? Después de todo, ahí dice que tenemos tres meses para cobrarlo.

—Te llevamos, tú tranquila —dijo Víctor, que veía a Samira tan perdida, tan nerviosa, aunque tenía la mirada demasiado brillante, titilaba de la felicidad.

De repente, Samira se llevó las manos a la cara y empezó a sollozar, era como si en ese instante se diera cuenta de la magnitud de la noticia, de que su vida había cambiado en cuestión de segundos, y aún no tenía idea de cómo manejar todo eso.

Romina se sentó a su lado y le pasó un brazo por encima de los hombros; en respuesta, Samira se volvió hacia ella y la abrazó fuertemente.

—Ahora sí podré estudiar, ahora sí —sollozó, sintiendo que estaba rozando su sueño con las yemas de los dedos.

—Sí, cariño, por supuesto, ahora podrás hacer todo lo que quieras. —La consoló, estrechando más el abrazo.

Cuando llegaron a uno de los bancos autorizados, pasaron directamente al área de grandes capitales y ahí fueron atendidos por el mismo gerente.

Las manos de Samira temblaban furiosamente cuando le entregó el boleto ganador.

—Disculpe, es que estoy nerviosa —dijo porque fue evidente para todos.

—No es para menos —sonrió el gerente, que también estaba sorprendido por lo joven que era la ganadora—. ¿Puedes darme algún documento de identificación? —solicitó y Samira le entregó el permiso de permanencia—. Sin duda, tu estatus migratorio cambiará drásticamente —dijo con una afable sonrisa.

—Eso espero, porque empezaré a estudiar… —Hasta la voz le vibraba y el corazón que no había ralentizado sus latidos, le dio un vuelco al pronunciar su sueño ya como un hecho.

—Primera persona que se gana la lotería que dice eso. La mayoría lo primero que piensa es en viajar o en pagar la hipoteca…

—Ah, bueno, sí, también vamos a pagar la hipoteca —dijo mirando a Romina, quien negó con la cabeza, pero sus ojos reflejaban su dicha.

—¿El premio se lo ganaron entre las dos? —preguntó al ver que la mujer se mostró sorprendida.

—No, solo ella —dijo Víctor—. Fue quien lo compró.

—Pero igual quiero compartirlo con ellos —aseguró la chica, mirando al gerente del banco. Era lo menos que podía hacer. Ellos que le habían dado tanto sin esperar nada cambio, ahora que ella tenía dinero de sobra, por qué no facilitarles también la vida.

—Samira…

—Romina. —La interrumpió—, si no hubiese sido por ti, jamás me habría enterado del premio, así que sí, te corresponde una parte.

—Si desean, les recomiendo que una vez cobren el premio, creen una cuenta mancomunada, a la cual puedan ingresar los porcentajes que deseen compartir; porque, si quieres darles una parte a ellos, tendrás que pagar un impuesto del veintiún por ciento por donaciones…; además del veinte por ciento que automáticamente Hacienda va a descontar del total del premio —explicó el gerente—. No es necesario que vayan al cincuenta, cincuenta, puedes estipular cuánto será para tu amiga. —Se dedicó a mirar a los ojos cristalizados de la más joven.

—Veinte millones…

—¡¿Estás loca?! —Esta vez fue Romina, quien la interrumpió, sintiendo que el corazón le estallaría.

—Samira, no estás en la obligación de darnos tanto dinero, es demasiado… —Víctor también dio su opinión.

—No es demasiado —aseguró mirándolos a ambos y luego se volvió a mirar al gerente—. Veinte millones para ellos.

El hombre asintió y entonces le solicitó las identificaciones también a ellos. Luego empezó a hacerles algunas preguntas, sobre si querían que el dinero se quedara en ese banco, en el que debían abrirles cuentas o si decidían trasladarlos a otros bancos.

Todos se miraron sin saber qué responder, por lo que, el gerente decidió intervenir, una vez más.

—No se preocupen, por ahora, no tienen que tomar la decisión, ya que por hoy solo tienen que firmar un contrato para depositar el resguardo y; nosotros, como entidad bancaria, nos encargaremos de solicitar el pago a Loterías y Apuestas del Estado. Si todo está correcto, les llamaremos una vez se haga efectivo el premio. Luego podrán decidir si ingresarán el dinero en sus cuentas o si abrirán una con nosotros, lo que, les traerá muchos beneficios.

—Sí, sí, entiendo —comentó Samira, que se sentía como acelerada, pero, al mismo tiempo, encerrada en una burbuja; por lo menos el zumbido en sus oídos había disminuido.

El hombre se levantó, para tomar el contrato que había imprimido, una vez Samira firmó, este se permitió darle otros consejos.

—Supongo que aún no son verdaderamente conscientes de la cantidad de dinero que van a cobrar; seré sincero, tener tanto dinero es muy peligroso, por lo que, les recomiendo que sean discretos, por su seguridad y la de sus seres queridos. Traten de no decirle a nadie en quien no confíen totalmente…

—Sí, tiene razón, venga, es que es mucha pasta —comentó Víctor, sonriendo aún con nervios.

El gerente sacó un par de tarjetas de un cajón de su escritorio y le tendió una a Samira.

—Este número es de uno de los mejores gestores, es un abogado especialista en materia fiscal, en gestión de patrimonio e inversiones… Lo vas a necesitar…; además, este es uno de los mejores economistas de Madrid, para que te ayude a gestionar de manera inteligente las finanzas… Es un hecho que casi todo aquel que gana la lotería, lo derrocha todo en cinco o siete años… En cambio, si lo manejan con inteligencia, en siete años podrían tener el doble de lo que se han ganado.

En ese instante, Samira tuvo que sellarse los labios, para no decir que conocía a alguien que era muy bueno con las finanzas; debía serlo, como para ser el director financiero de uno de los grupos de compañías más importante a nivel mundial… Imaginó lo que pensaría Renato, si le decía que necesitaba de su ayuda para poder administrar con inteligencia su fortuna de más de cien millones de euros. Era hasta irrisorio, por lo que, se le escapó una risita.

—Bueno, no ambiciono tener más… Con poder mantener un patrimonio y sacar mi carrera de medicina, creo que será suficiente… También quiero poder ayudar a muchas personas. Sé a lo que se refiere, no me volveré loca con el dinero, aunque estoy a punto de perder la cordura… —soltó otra risita de puro nervio—. Muchas gracias, hoy mismo me comunicaré con ellos.

—Bueno, eso es todo, por ahora. De nuevo, ¡muchas felicidades! Eres muy afortunada.

—Sí, eso vi, según las estadísticas, era más probable que me cayera un meteorito a que me ganara ese boleto. —Ese comentario hizo que todos rieran.

—Será mejor irnos, antes de que caiga un meteorito en este escritorio —comentó Víctor, que apretó la mano que el gerente le ofrecía.

En medio de más bromas se despidieron. Cuando salieron, todos seguían en las nubes, no tenían idea de qué hacer; acordaron no decirle a nadie, era mejor seguir los consejos del gerente del banco.

Para celebrarlo, Víctor les propuso ir tomar malteadas, había un lugar cerca del apartamento al que les gustaba mucho ir, así que, subieron al auto y llegaron al lugar, en el que se pidieron las bebidas y patatas fritas. De vez en cuando y en susurros, hacían planes de lo que harían con el dinero.

Como Romina y Víctor notaban a Samira tan animada con el hecho de estudiar, le instaron a que empezara a investigar a qué universidad podría ir, ver los requisitos que solicitaba cada instituto y así no perder tiempo, para que pudiera empezar con su carrera cuanto antes.

—¡Oh, por Dios! —Después de pasar mucho tiempo buscando opciones universitarias y anotando los requisitos de cada una, Samira se dio cuenta de la hora y empezó a buscar la billetera en su mochila—. Ya tengo que irme o se me hará tarde para entrar al trabajo.

—¿Y vas a trabajar? —preguntó Víctor, impresionado.

—Sí, por supuesto, aún no recibo el dinero, por ahora seguiré limpiando la importante caca de esos ricos empresarios, ya la próxima semana podré hacer inversiones con ellos. —Guiñó un ojo, pícara, mientras sonreía.

Romina y Víctor rieron ante las ocurrencias de Samira, quien en ese instante sacó un billete de diez euros y lo puso en la mesa.

—No, guarda eso, lo menos que podemos hacer es brindarte una malteada y unas patatas. —Romina casi la reprendió.

—Está bien. —Se acercó, besó en la mejilla a Víctor y luego a Romina—. Por cierto, en unos días buscaré a la señora por la que compré el boleto, será una de las primeras personas que ayudaré. —Lo dijo más como un recordatorio para ella misma.

—Sí, sin duda, te ayudaremos para que esa señora tenga una mejor vida. —Estuvo de

acuerdo Víctor—. Cuídate mucho.

—Ustedes también, los quiero. —También se despidió de ellos con la mano y salió del café, para caminar hasta la estación del metro.

Tenía que ir al piso, ducharse y prepararse para ir a trabajar hasta medianoche.

Cuando llegó, se encontró con Magela, que estaba tomándose un té, mientras veía una serie que la tenía enganchadísima y que algunas veces veían juntas, cuando sus horarios de descanso coincidían.

Le ofreció té, pero no lo aceptó porque debía apurarse o; de lo contrario, llegaría tarde. Se le hizo muy difícil no contarle a Magela, mientras pensaba en alguna forma de ayudarle, porque también quería estudiar, pero hasta el momento, no le había ido bien con sus intentos de entrar en la Autónoma.

Cuando volvió a salir de su habitación, ya lista para irse al trabajo, Magela estaba en la cocina; fue entonces que Samira recordó que había dejado a medio planchar el uniforme.

Chasqueó los labios de camino a la zona de lavado, pero se sorprendió cuando consiguió sus camisas planchadas.

—¿Lo hiciste tú? —preguntó mientras agarraba una.

—Sí, pensé que algo debió pasarte, como para que dejaras algo a medias —hablaba mientras rebuscaba en la nevera.

—Gracias, sí…, tuve que salir de emergencia, Romina me llamó… —Se detuvo antes de soltar de más la lengua.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí…, solo necesitaba mi ayuda en algo, ¿qué piensas hacer de cena?

—Aún no lo sé, en realidad, mi creatividad es nula…

—Si quieres puedes comerte una de mis viandas, la que más gustes…

—¿Y descompletar tu estricto menú? —Se rio. De las tres, Samira era la que, al parecer, sufría de algún tipo de trastorno compulsivo, que la llevaba a tener todo en orden y programado. Mientras que Magela y Luisa, se esforzaban solo por mantener ordenadas y limpias las zonas comunes, para que su compañera no entrara en histeria.

Magela aún podía recordar cómo se puso cuando entró a su habitación y se encontró con la cama desordenada, ropa y zapatos tirados en el suelo; fue como si algo la poseyera y empezó a recoger y organizar todo. Sin embargo, cada una respetaba sus espacios y sus cosas. Nadie tomaba nada sin el permiso de la otra.

—Sí, puedes hacerlo.

—¿Estás intentando pagarme porque te planché tres camisas? —Seguía con una sonrisa incrédula. No era que Samira no compartiera con ella, se trataba del significado de descompletar su menú semanal.

—No, pero si quieres verlo de esa manera, está bien, te lo mereces —dijo con ese ánimo por las nubes, que la invadía desde que se enteró de que su vida, por lo menos, económica, estaba prácticamente resuelta—. Ahora me tengo que ir o me amonestarán por llegar tarde.

—Adiós, cariño. —La despidió Magela.

—Hasta mañana, buena jornada. —Samira se despidió de Magela, que llevaba su cabello negro azulado recogido en una coleta; de esa manera se le veía mucho más el rapado que llevaba en los costados de la cabeza.

CAPÍTULO 16

Ya por la madrugada, cuando Samira estaba de vuelta en su hogar y metida en la cama, no podía dormir, su cabeza era un hervidero de ideas. Ahora se sentía más abrumada que antes, cuando solo tenía que pensar en las mejores maneras para ahorrar dinero y poder algún día inscribirse en la universidad.

No sabía qué iba a hacer con tanto dinero, no había dudas de que su vida cambiaría, aunque ella no quería que fuera mucho. No obstante, en la telaraña que eran sus ideas, surgió una que le hizo latir demasiado fuerte el corazón.

—Volveré a Brasil —murmuró con una gran sonrisa.

Sabía que a esa hora ya su abuela debía estar durmiendo, porque allá eran las diez de la noche y a Vadoma, desde siempre, le había gustado irse muy temprano a la cama.

No podía esperar para darle la noticia, sabía que podía contar con la discreción de su abuela. Los latidos se le aceleraron al pensar que en unas horas le pediría hablar con su padre, para suplicarle que la dejara volver a su hogar.

Bien sabía que si regresaba, sería él y sus hermanos quienes administrarían el dinero, pero poco importaba que lo hicieran, porque era demasiado, lo único que le pediría a cambio sería que le permitiera estudiar.

Se le salieron unas lágrimas de emoción al pensar en todo lo que podría hacer una vez regresara a su casa. Podían aprovechar que el patio era lo bastante grande, ahí podrían sus hermanos construir sus casas y así no tener que estar todos en la misma edificación donde apenas cabían.

—Ay, mamá podrá tener por fin un cuarto de costura, ya no tendrá todo en un rincón de la sala —chilló emocionada, imaginando lo lindo que le quedaría ese espacio que iba a ser solo de ella—. Y seguramente se podrá remodelar la cocina y la agrandaré, como la de la casa del abuelo de Renato; inmensa, con mucho para almacenar. Eso será un sueño para mi abuela… Y Papá no tendrá que vender nunca más un maldito reloj chino… —Sabía que no iba a poder dormir, la adrenalina fluyendo por sus venas y bombeando en su corazón era demasiado intensa como para hacerla entrar en calma, por lo que, se levantó y empezó a anotar en la agenda todas las cosas que quería hacer.

Estaba casi amaneciendo cuando sus ojos ardían de cansancio, pero ya no tendría tiempo de dormir. Se puso de pies y fue a la cocina a preparar café.

Hola, buenos días, ¿pudiste dormir? Porque nosotros no.

Recibió un mensaje de Romina, rio al ver que no era la única en esa situación.

Hola, buen día. No, nada. Tengo millones de cosas dándome vueltas en la cabeza.

Respondió y regresó con la taza de café a la habitación. En el siguiente mensaje, Romina le recordó que debía llamar al abogado que le recomendó el gerente del banco, porque consideraba que la próxima vez que fueran debían hacerlo en compañía de alguien que dominara todo ese asunto.

Samira le dijo que lo haría en cuanto empezara el horario de oficina, no quería sacar al hombre tan temprano de la cama.

Siguieron intercambiando mensajes por un buen rato, hasta que llegó el momento de ducharse, para irse a sus respectivos trabajos.

Antes de salir del apartamento, Samira se comunicó con la oficina del abogado y fue atendida por la secretaria, a la que le informó sobre quién le había dado la tarjeta y que le gustaría concertar una cita.

La secretaria la agendó para ese día a las dos de la tarde.

Samira supo que debería pedirle permiso a Lena, para salir más temprano, solo esperaba que la cita con el abogado no se cruzara en el mismo horario en que tenía que ir al banco; luego llamó a Romina, para decirle la hora en la que debían encontrarse en la oficina del abogado.

Mientras cumplió su horario en el café, una vez más, tuvo que morderse la lengua para no decir nada y trabajó con el mismo empeño de todos los días; aunque, a decir verdad, atendió a los clientes con una sonrisa mucho más grande, porque la felicidad le salía por los poros.

La tarde para Samira estuvo llena de intensas emociones que mantuvieron sus palpitaciones aceleradas, las manos temblorosas y una sonrisa bobalicona imborrable.

Romina y Víctor, estuvieron con ella en todo momento, en la reunión con el abogado y luego en el banco, donde decidieron dejar el dinero hasta que se reunieran con el economista, para idear un plan efectivo de inversión. Aunque no estaba muy segura de querer invertir en España, porque ya había tomado la decisión de volver a Brasil. Le interesaba más saber cómo trasladar la cuantiosa suma a su país, así que le dijo al abogado que pediría cita con el economista hasta la siguiente semana.

Samira abrió un par de cuentas, una para ella y la otra mancomunada con Romina; a esa cuenta se trasladaron los veinte millones que prometió darle a sus amigos.

Como Samira no quería disponer de la otra parte del dinero, por el momento, solo trasladó a su cuenta donde le depositaban la nómina, quince mil euros, porque estaba en sus planes enviarle a su abuela y también a Daniela. Le emocionaba mucho saber que ahora sí podría ofrecerle su ayuda, para que pudiera tener a su bebé.

Las lágrimas le saltaron a los ojos cuando le hicieron entrega de varios papeles y, tras un sinfín de firmas, le dejaron los originales de toda la documentación, ahí pudo ver reflejada la cantidad exacta que le había quedado tras todos los ajustes.

Víctor, que estaba en medio de Romina y Samira, tuvo que frotarles las espaldas, porque las emociones que experimentaban era la misma y, como si lo acordaran, resoplaron al mismo tiempo, provocando que los hombres sonrieran.

Romina le dijo al abogado que le gustaría pagar cuanto antes la hipoteca, pero el especialista le dijo que era mejor que se reunieran primero con el economista, porque quizá resultaba mejor seguir con la hipoteca e invertir el dinero en algo que les generara rentabilidad, y con eso podrían pagar su cuota hipotecaria.

Ya que, entre los intereses bancarios y lo que tendría que pagarle a Hacienda, iba a ser mucho más… Pero eran temas que ellos poco entendían.

Cuando regresó al piso, Magela no estaba, supuso que debió salir son Hugo, su novio, así que tenía la libertad para hablar desde el salón y no tener que encerrarse a susurrar en su habitación.

No podía esperar más, necesitaba hablar con su abuela y aprovechar que a esa hora su padre debía estar en casa, para el almuerzo. A pesar de los nervios y el miedo que le provocaba volver a hablar con su progenitor, después de casi dos años, también se sentía con el valor suficiente como para enfrentar ese momento.

Se sentó en el sofá y al tiempo que le marcaba, subió los pies en el asiento, su pobre corazón parecía tambor indio en pleno ritual, con cada repique se hacía más intenso; tuvo que empezar a

morderse las uñas, para calmar un poco su estado alterado.

Desde que Adonay le había regalado el teléfono, ahora se le hacía mucho más fácil comunicarse con ella, aunque el proceso de aprendizaje con la tecnología fue bastante lento para su pobre abuela, no descansó hasta saber manipular el aparato lo suficiente como para hacer llamadas y enviar mensajes de voz.

—Hola, mi estrella, ¿cómo estás? —La saludó en susurros, ya que tuvo que irse a la habitación, para poder hablar con ella, sin que su hijo se diera cuenta.

—Muy bien, abuela, muy bien —chilló emocionada—. Tengo que contarte algo muy importante… No sé si vas a creerlo, porque es casi absurdo…

—¿Qué pasa, cariño? Me asustas… ¿En serio estás bien? —Vadoma se llevó la mano al pecho, a pesar de que escuchaba a Samira feliz, no comprendía qué era eso tan importante que necesitaba contarle.

—¡Sí, abuela! Mejor que nunca… No voy a tenerte en suspenso, voy a devolverme a Brasil…

—¡¿Cómo?! —gritó de la impresión.

—Sí, abuela, gané un premio, uno muy bueno… —Como deseaba seguir con la recomendación del abogado, por seguridad de ellos, prefirió no decirle el monto—. Así que volveré a casa.

—Ay, mi estrella, ¿en serio? Esa es la mejor noticia que he escuchado en mucho tiempo, pero…, pero… —No sabía cómo decirle que su padre estaba muy resentido con ella, al punto de que no quería que la nombraran. Sabía que, si le decía eso, le rompería el corazón.

—Pero es suficiente para que pueda estudiar allá y también para que papá no tenga que trabajar tanto… Bueno, sé que le gusta trabajar, pero no tendrá que hacerlo más con los chinos… Podré ayudarle para que tenga un mejor negocio…, también ayudaré a mamá con su taller de costura… Si vieras, aquí he visto unas telas turcas hermosas, que pienso llevarle... —hablaba toda envalentonada, producto de su emoción—. Quiero irme cuanto antes.

—Cariño, pero es que… Sabes cómo es tu padre.

—Sí, lo sé…, sé que debe estar muy molesto conmigo, pero quiero hablar con él. ¿Puedes pasármelo? Por favor…

—Samira, pequeña… ¿Estás segura? El hecho de que tengas dinero no hará cambiar la forma de ser de Jan, es muy terco. —Quería evitarle por todos los medios la reprimenda o; en el peor de los casos, el rechazo.

—Pero, abuela, todo ha cambiado… Deja que hable con él, intentaré convencerlo. Creo que cuando le diga por qué quiero regresar a casa, no va a negarse; además, soy su hija…

—Bueno, pequeña flor, ya voy a buscarlo. —Vadoma se levantó de la cama donde se había sentado y salió de la habitación. Fue hasta el porche donde estaba Jan, fumando para hacer digestión—. Hijo, alguien quiere hablar contigo. —No se atrevió a decirle enseguida que se trataba de Samira, porque estaba segura de que no iba a querer atenderle.

—¿Quién es? —La desconfianza se notó en su voz y en el ceño fruncido.

—Alguien importante —mencionó—. Solo coge la llamada. —Lo instó Vadoma.

Al otro lado de la línea, Samira sentía que su pobre corazón estaba a un latido de explotar.

—Madre, sabes que no atiendo llamadas si no sé de quién se trata. —La resolución ardía en los ojos avellana de Jan.

—Es la niña. —No tuvo más opciones que decirlo, por lo que, tragó grueso.

Jan no podía negar que su corazón dio un vuelco de tranquilidad y felicidad, pero su orgullo era mucho más fuerte que sus otros sentimientos.

—No tengo nada que hablar con ella…

—Hijo, deberías intentarlo, tiene algo muy bueno que contarte, es que se ganó un premio y…

—¿Y cree que puede comprar mi perdón con eso? —La interrumpió y se levantó furioso, lanzando la colilla en la jardinera—. No existe dinero en el mundo que pueda comprar mi honor, ese que perdí por su culpa. Han pasado casi dos años y todavía tengo que salir con la mirada al suelo, aun la gente de la comunidad me señala… ¿De verdad ella cree que puede venir ahora como si nada? Después de que perdí a mi hermano por todas esas tonterías, fue su decisión marcharse, abandonar esta familia, que no venga ahora a buscarnos, aquí no la queremos, jamás volverá a poner un pie en esta casa…

—Pero, Jan…, es tu hija —balbuceó Vadoma.

—Sobre mi cadáver vuelve a esta casa, ya no es mi hija, decidió dejar de serlo desde el momento en que no le importó nada más que sus estúpidas ilusiones de payos.

—Jan…

—Es mi última palabra, madre…, y te prohíbo hablar con ella; toda la familia debe darle la espalda, así como ella lo hizo con nosotros. —Entró a la casa, dejando a Vadoma en el porche con el teléfono en la mano.

Vadoma tuvo ganas de seguirlo para decirle que el más afectado fue Adonay; aun así, la había perdonado y mantenían una amistad, pero sabía que eso solo empeoraría la situación, también para su nieto, porque si su hijo Bavol se enteraba, las cosas se complicarían también para Adonay.

—Mi estrella… —habló con la voz rota. Le dolía saber que Samira había escuchado todo lo que su padre dijo.

—Ne te preocupes, abuela, todo está bien. —Su voz ronca la delataba, porque se sentía todo lo contrario—. Te llamo luego —avisó mientras se limpiaba las lágrimas con los puños del jersey.

—Lo siento mucho, te prometo que hablaré con él…

—No, abuela, todo está bien… Te quiero. —Se mordió el puño, para contener un sollozo que la dejara en evidencia.

—Te adoro, mi estrella, eres una jovencita extraordinaria, no lo olvides…

Samira terminó la llamada, dejó caer el teléfono en su regazo y se llevó las manos al rostro, para dejar libre su ruidoso llanto que expresaba cuán mal se sentía. Sabía que contaba con la amistad y apoyo de Romina y Víctor, que también tenía a los amigos que hasta ahora había conseguido, pero nada de eso se comparaba con tener el cariño de su familia, ese que, evidentemente, había perdido.

De manera inevitable volvió a sentirse perdida, desorientada y con el corazón roto. No podía dejar de llorar su pena; se levantó y se fue a la habitación, para seguir sufriendo por el destierro de su familia. Lo había escuchado muy claro, su padre no quería que volviera, no quería verla de nuevo. ¿Qué caso tenía regresar a Brasil, si no era para estar con los suyos?

Lloró por un largo rato, hasta que la alarma le recordó que debía prepararse para ir al trabajo, a pesar de su estado de ánimo y de que podía quedarse ahí, sufriendo, sin el temor de poner en riesgo su trabajo; sin embargo, se levantó y fue a ducharse.

No podía seguir sintiéndose culpable por querer seguir sus sueños, por luchar incansablemente por ese destino que tanto quería, quizá era la persona más egoísta del mundo, porque siempre que se sentía derrotada o que alguien la lastimaba, recordaba que lo que más importaba era cómo ella se sentía con cada paso que daba hacia su meta.

Sí, seguiría sufriendo las consecuencias, pero sin sacrificio no había victoria, estaba dispuesta

a decir adiós a todas las personas que no se alegraran o no la apoyaran en eso que ella quería.

Esa noche, a las nueve, durante su descanso, después de haber limpiado unas cuatro oficinas y haberse secado algunas lágrimas que, caprichosas, se le escapaban cada vez que las palabras de su padre hacían eco en su cabeza, volvió a sonreír y se sintió de mejor ánimo cuando llamó a Daniela y le dio la buena noticia.

Al igual que a su abuela, no le dijo cuánto ganó, pero sí le aseguró que era lo suficiente como para poder ayudarle con todos los gastos del bebé. Su amiga gritó y lloró de la emoción, también dudó y le preguntó si se trataba de un premio de lotería o de algún *sugar daddy* europeo.

Samira le aseguró que se trataba de un premio y que le enviaría dinero para que fuera a la consulta y pudiera satisfacer los antojos, si era que ya los tenía. Aunque la conversación no fue muy larga, acordaron hacer una videollamada el próximo domingo. Le gustaría que pudiera reunirse con Julio César, Ramona y Renaud. Por el momento, solo a ellos quería darles la noticia y brindarles ayuda, porque sabía muy bien lo mucho que la merecían.

CAPÍTULO 17

El resto de la semana, para Samira fue una locura, entre seguir cumpliendo con sus trabajos y con las reuniones con el abogado y el economista.

A ambos les explicó cuál era su prioridad, por lo que, se encargaron de asesorarla lo mejor posible y buscaron a otro abogado, para que le ayudara con todo el tema de la universidad.

Para el sábado tenía claro que debía renunciar a ambos trabajos, ya que contaba con poco tiempo para postularse; las admisiones eran en marzo y debía presentar el examen de ingreso en mayo, el cual consistía en un test de química, bioquímica, matemática, física, cultura general y psicotécnico, materias con las que Samira no estaba para nada familiarizada.

Por eso, el señor Fabian Gaztambide, uno de sus abogados, le dijo que debía capacitarse primero, prepararse para la prueba. Ellos hacían casi todo por ella, la guiaban en pro de hacerle todo más fácil, incluso, se encargaron de toda la documentación que exigían; por su parte, solo tenía que tener tiempo y ganas de hacer todo lo que le recomendaban.

Con Lena habló personalmente, con mucho pesar, le dijo que no podía seguir trabajando, porque iba a empezar en la universidad; que agradecía mucho la oportunidad brindada, pero también le dijo que le gustaba mucho ese lugar y esperaba que la aceptara si iba de vez en cuando a visitarla.

—Puedes venir cuando gustes…, aquí siempre serás bienvenida. —Le dijo mientras le daba un fuerte abrazo.

Samira se despidió en medio de lágrimas, aunque tenía muy claro que en cuanto pudiera volver, aunque fuese a tomarse un café, lo haría.

Su otra renuncia fue mucho más fácil, solo enviar un correo al departamento de Recursos Humanos de la empresa, ya que el trato casi siempre fue a través de medios electrónicos; solo había estado en las oficinas para la entrevista, luego para firmar contrato y por último para buscar el uniforme. Solo tenía que pasar un reporte con sus entradas y salidas de las oficinas que por día le tocaba limpiar, nada más.

El domingo tuvo la videollamada con sus amigos en Chile, la emoción de poder compartir con ellos, aunque fuera a través de una pantalla, le levantaba el ánimo. Hablaron por más de dos horas, se contaron muchas cosas, entre ellas, el premio de Samira, aunque seguía sin decir el monto, porque los abogados siempre le recordaban que era mejor ser muy prudente con eso. Así que mintió acerca de la cantidad, todos la felicitaron y se mostraron muy felices.

En esa misma reunión, Daniela aprovechó para contarles que estaba embarazada; de inmediato, Julio César se asignó como padrino, y Samira como madrina.

Cómo le hubiese gustado a ella poder estar ahí, para ser parte de ese abrazo grupal. Aun en la distancia, podía sentir esa calidez que ellos irradiaban.

La semana siguiente, ya sin tener sus horarios comprometidos, contó con mucho más tiempo para dedicarse a la búsqueda de una universidad adecuada; el señor Gaztambide la llevó a los recorridos de tres universidades privadas; las que, a su juicio, eran las mejores.

Se sintió como en un parque de atracciones, la felicidad se le salía por los poros; era imposible contener la sonrisa y el brillo en su mirada. Ya podía verse ahí, entre esos edificios y parques, conversando con sus compañeros. Estaba segura de que iba a disfrutar muchísimo de todo ese proceso, sin importar cuán difícil pudiera ser.

Decidieron que la mejor opción era la universidad Alfonso X El Sabio, solicitaron el proceso de admisión y le asignaron a un asesor que iba a acompañarla en esa nueva experiencia.

Durante las pruebas específicas, evaluarían sus capacidades y así poder construirle un plan personalizado, que utilizarían durante toda la titulación, para potenciar el desarrollo profesional y personal de Samira. A ello, se le sumaría posteriormente un acompañamiento integral de docentes, tutores y equipo psicopedagógico.

Si todo salía según lo planeado y sacaba muy buenas notas en las pruebas que le harían el último sábado de mayo, ya en septiembre podría empezar oficialmente su carrera.

****

Renato había aprendido a disfrutar sus momentos en el gimnasio, por eso le hacía feliz cuando cumplía con su último compromiso laboral y podía apagar su ordenador, levantarse de la silla e ir al armario en el que guardaba su bolso de deporte.

Cuando por fin llegaba y podía cambiar su traje ejecutivo por la ropa deportiva, sus energías se renovaban y; ese día en especial, estaba mucho más motivado, porque esa mañana, mientras escribía en su diario, comprendió que no había sido culpa suya ninguna de las situaciones difíciles por las que había pasado; siempre otras personas influyeron en eso, primero su madre, después su hermano, luego Vittoria y, por último, Samira.

Entendió que no podía hacer nada para evitar que personas con las que se relacionaba lo lastimaran de alguna manera, quizá sin querer. Pero sí era su responsabilidad poner todo de su parte para sanar y dejar atrás a algunas personas. Se había liberado de la culpa, había sido un proceso lento y doloroso, pero finalmente comprendió que las cosas sucedieron como tenían que suceder y que las relaciones no necesitaban durar para siempre, sino lo suficiente para cumplir su propósito.

También había dejado de culpar a otros por problemas que solo surgían en su cabeza, de nada servía responsabilizar a los demás de sus conflictos, ya que nadie tenía la obligación de salvarlo; debía asumir sus limitaciones y hacerles frente a sus miedos. Por esa razón había citado a Liam en su apartamento, esa noche, quería sincerarse, expresarle cómo se había sentido toda su vida con respecto a su hermano.

Quería dejar el pasado atrás, porque no tenía sentido seguir aferrado a esas situaciones o personas que lo marcaron, su meta era vivir el presente, centrarse exclusivamente en lo que vivía día a día.

Tomó sus suplementos, cerró el casillero y salió del baño, dispuesto a hacer su rutina. Sabía que esos pequeños cambios, sumaban en la mejora de su estado de ánimo y su condición física.

Sentía cierto placer en el esfuerzo, en el dolor y el ardor de sus músculos cuando llegaban al punto del fallo, cuando no podía más y terminaba bastante debilitado. En esos meses había transformado su cuerpo de un aspecto desgarbado a uno bastante musculoso. Aunque no pudiera verlo, ese mismo cambio lo sentía en su mente, las inseguridades que le generaba la opinión que pudieran hacerse los demás sobre él, empezaban a ser mínimas.

Con los brazos temblorosos, la respiración casi contenida, el rostro enrojecido y el sudor profuso en sus sienes, consiguió levantar la barra que contenía dos discos de libras considerables y lo apoyó en el soporte; luego, se incorporó para quedar sentado y tomó la toalla con la que se secó el sudor.

En ese instante, su mirada celeste se fijó en una mujer que luchaba por levantarse con una barra, consiguió hacerlo y volvió a por otra sentadilla profunda, le fue imposible no admirar todo el peso que ella podía controlar, pero notó que esta vez se le estaba haciendo imposible

levantarla; por mucho que apretaba los dientes, en busca de fuerza, no lo conseguía.

Y antes de que terminara por hacerse daño, él sintió el impulso de ayudarla; se levantó y fue rápidamente a aligerarle un poco el peso, tomó la barra y no se la quitó, para no hacerla sentir impotente, sino que le ayudó a levantarla.

Ella, a través del espejo, le dedicó una mirada de agradecimiento mientras dejaba la barra en el soporte; una vez liberada del peso, se volvió hacia él.

—Muchas gracias, por poco no lo logro —dijo admirando el bonito contraste de las cejas oscuras con los ojos claros.

—De nada, pero lo dominas muy bien —elogió Renato.

—Eso intento —soltó una risita que intensificó el rubor en sus pómulos—. No te había visto antes… —Ella se hizo de la toalla.

—Suelo venir más temprano, solo que hoy el trabajo me retuvo por más tiempo —explicó.

Era una mujer bastante atractiva, llevaba el cabello de un negro intenso a la altura del cuello, un coqueto pirsin en la nariz y parecía estar cerca de los treinta. Tenía un cuerpo perfecto, ya lo había apreciado desde el banco en el que estuvo sentado.

—Es lo que me pasa todos los días, el trabajo no me suelta sino hasta las siete —comentó, sonriente—. Suelo terminar la rutina bastante tarde.

—Bueno, no te quito más tiempo, no se te vayan a enfriar los músculos.

—Igual, sigue con tu rutina, pero me gustaría brindarte una proteína, cuando termines. Es mi manera de agradecerte por no dejar que me lesionara.

Él quiso negarse, porque tenía el compromiso con Liam, pero no quería parecer grosero; además, sí quería compartir un rato con la mujer, no en plan de seducción, sino de amistad; deseaba conversar con alguien, más allá de su ámbito laboral o familiar.

—Está bien, acepto tu invitación. —Le sonrió ligeramente y volvió a su rutina de ejercicios, no sin antes enviarle un mensaje a Liam.

¿Puedes llegar una hora más tarde? Se extendió mi última reunión y apenas empiezo en el gimnasio.

Mintió, pues ya estaba por terminarla. Liam le respondió que no había problemas.

Le fue imposible no compartir miradas y sonrisas discretas con la mujer, mientras seguía ejercitándose.

Al terminar, fue a ducharse, odiaba subir sudado a la SUV; se puso el pantalón gris y la camisa blanca de su ropa de oficina, y se dirigió al restaurante del gimnasio.

Ahí lo esperaba la mujer que tan solo se había puesto una camiseta por encima, para cubriese el top. Le sonrió al verlo y le hizo un ademán hacia la silla que estaba a su lado.

—¿Llevas mucho rato esperando? —preguntó, dejando el bolso en la silla frente a ella; luego, se ubicó donde le señaló.

—Como tres horas —respondió, sonriente, al tiempo que se pasaba los dedos por el cabello, peinándoselo hacia atrás.

Renato sonrió por la broma.

—¿Cómo prefieres la proteína? —preguntó, mirando el menú que estaba en la mesa.

—De chocolate, solo en agua —respondió ella.

Renato prefirió una con avena y almendras, le ayudaba con el aumento de su masa muscular.

—Por cierto, me llamo Renato, mucho gusto. —Le ofreció la mano, porque hasta el momento no se habían presentado.

—Vera, es un placer…, Renato —dijo estrechando la mano del hombre de ojos encantadores.

Sin duda, era mucho más joven que ella, quizá estaba por los veinticinco, pero eso no era impedimento para relacionarse con él—. ¿Cuánto tiempo llevas entrenando?

—Desde hace unos seis años, pero comprometido de verdad, desde hace poco, como año y medio —confesó mientras pedía por la aplicación de la pantalla que estaba incorporada en la mesa—. ¿Y tú?

—Quince años, hacer ejercicio es mi gasolina, ya es un estilo de vida.

—Y se nota —expresó, sintiéndose cómodo conversando con ella.

Siguieron hablando por un buen rato, ella le dijo que formaba parte del departamento de ventas y marketing de Oracle, una compañía dedicada a software empresariales y soluciones de red.

Y él le dijo también a qué se dedicaba y dónde trabajaba; pronto se dieron cuenta de que fueron a la misma universidad, solo que en épocas distintas.

Al despedirse, intercambiaron números de teléfono y desearon volver a verse pronto.

Antes de marcharse, Renato se ofreció a llevarla, pero Vera tenía su auto en el estacionamiento.

Ella hizo amago de despedirse con un beso en la mejilla y él estuvo a punto de ofrecerle la mano, lo que les hizo sonreír y terminaron estrechándose las manos.

Renato dejó el bolso en el asiento trasero de la SUV, puso en marcha el motor y la radio; la canción «Girassóis de Van Gogh», invadió todo el espacio. Le fue imposible no recordar que ese tema estaba sonando cuando se encontró con Samira en el asiento trasero; de inmediato, su mirada la buscó a través del retrovisor, pero solo estaba su maletín deportivo, ya ni siquiera se trataba del mismo asiento, porque en diciembre había cambiado por un modelo más nuevo.

Sintió la necesidad de apagar la radio, para seguir huyendo de todo aquello que le recordaba a ella, pero decidió que esta vez no lo haría, por mucho que aún le doliera traerla a su memoria, por mucho que aún la quisiera, era momento de superarla, dejarla ir y seguir adelante.

Estaba por llegar cuando recibió un mensaje de Liam.

Voy en camino. ¿Ya estás en casa? Pide algo para cenar, estoy hambriento.

—Ya casi llego, ¿qué quieres? —respondió con un mensaje de voz.

Lo que sea.

Renato odiaba ese tipo de respuestas, lo ponían en el compromiso de adivinar lo que los demás querían y; si no elegía, surgían las críticas, aunque sabía que Liam no era exigente en ese sentido.

¿Puedes ser más específico? Lo que sea no existe.

Bien, que sea churrasco.

—Mucho mejor, ya lo pido. —Envió el mensaje y enseguida le pidió al asistente virtual algunas opciones. Ya para cuando ingresó al ascensor, había hecho el pedido.

Una vez en el último piso, bajó del auto y entró a su hogar. Las luces se encendieron, mientras se dirigía con bolso en mano al área de lavado, de ahí se fue al vestidor, donde se puso una bermuda y una camiseta. Decidió quedarse descalzo, en su hogar le gustaba estar así.

CAPÍTULO 18

Renato esperó hasta después de la cena, para abordar el tema. Aún seguían sentados en el comedor, Liam terminando su cigarrillo y la segunda copa de vino tinto, mientras que él, había preferido agua.

Hasta entonces, solo habían hablado de cosas cotidianas del trabajo o anécdotas divertidas sobre la familia. Hacía mucho tiempo que no compartían un rato así, solo ellos dos y en buenos términos; porque, durante el tiempo que Liam estuvo viviendo ahí, haciéndole compañía en lo que consideraba el momento más doloroso de su vida, él siempre estuvo a la defensiva y bastante malhumorado.

—Liam, te insistí en que vinieras porque quiero pedirte perdón.

Liam frunció el ceño con desconcierto, al tiempo que expulsaba el humo hacia la izquierda, donde estaba abierto el ventanal por el que se colaba la brisa marina.

—¿Perdón por qué?

—Por todo, por cómo he sido siempre contigo… Sé que no he sido un buen hermano.

—Renato, eres un buen hermano. —Le regaló una ligera sonrisa y se aproximó a la mesa, para apagar en el cenicero la colilla.

—No, no lo he sido, no mientas… Siempre he sido esquivo, agresivo y despectivo contigo; eres plenamente consciente de eso, por eso en algunos momentos tratas de herirme con tus comentarios sarcásticos, pero sé que lo haces como un mecanismo de defensa, por la manera en que te trato.

—No sé qué decirte, hermano, si esa es tu percepción…

—No es mi percepción es la realidad. Te pido perdón por todas las veces que he sido grosero contigo, pero debo confesarte que no era más que un reflejo de lo mucho que te envidio, casi toda mi vida he deseado tanto ser como tú, que me olvidé cómo ser yo, me desdibujé…

—No entiendo por qué querrías ser como yo. —La arruga en su entrecejo se hizo más profunda y tuvo que encender otro cigarrillo, porque se sentía desorientado—. Está claro que no soy el mejor ejemplo…

—Es lo que tú crees, eres muy bueno en todo, eres seguro de ti mismo… En el colegio, en la escuela de natación o de tenis, siempre me comparaban contigo cuando hacía las cosas mal. No era fácil caminar por los pasillos de la escuela y ver tu foto en un altar repleto de trofeos, como deportista estrella. Esperaban que fuera igual… Perdí la cuenta de todas las veces que me dijeron: «¿Por qué no eres tan rápido como Liam?»… «No pareces hermano del mejor jugador»… «Liam podía contener la respiración por más tiempo»… «Liam cubre los cien metros en pocos segundos». Y por más que me esforzaba, no lo conseguía, y eso hizo que empezara a odiarte… En serio, te odiaba —confesó y aunque los ojos se le llenaron de lágrimas, no le esquivaba la mirada.

Liam apoyó el codo en la mesa y se llevó una mano a la frente, al tiempo que suspiraba.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —preguntó, sintiendo una horrible presión en el pecho.

—Porque todas las veces que quería hacerlo, no estabas y, cuando te veía, ya no tenía el valor para hacerlo… Me daba miedo que te burlaras de mí y terminaras dándole la razón a todos los demás… Que te avergonzaras de lo patético que era tu hermano, que no hacía más que arruinar todo lo que tú habías conseguido…

—Una mierda, Renato…, una maldita mierda. Debiste decírmelo… Entonces, ¿soy el

causante de todas tus inseguridades? —preguntó, aterrado.

—No.

—Acabas de decirlo.

—No del todo, es difícil que lo entiendas, porque no se trata solo de lo mucho que quería ser como tú, son otras cosas, como: el excesivo cuidado de mamá…, mi timidez, lo que pasó con Vittoria… Fueron muchas cosas. Así que, no te sientas culpable, porque, a fin de cuentas, tú no hiciste nada para herirme, lo he comprendido… Por eso te pido perdón.

—No tengo nada que perdonarte, ¿qué carajos voy a perdonarte? Tampoco es tu culpa que esos hijos de puta nos compararan, no tenían por qué anular tu personalidad… Porque tú eres único, eres puntual, organizado, comprometido, sumamente inteligente, respetuoso… Es absurdo compararnos, cuando yo soy un caos andante —bufó mientras negaba con la cabeza y le esquivó la mirada, pero solo por pocos segundos, porque volvió a buscar los ojos azules de Renato—. Imagino que tu recaída de hace tiempo se debió a la presión que ejerció sobre ti mi escape, sé que la cagué… ¡Cómo me arrepiento! —Se lamentó y se llevó las manos a los cabellos, que peinó con los dedos, luego los dejó entrelazados en la nuca y tragó grueso.

—No, no, lo que hacías me afectó gran parte de la niñez y adolescencia —suspiró resignado a abrirse completamente con su hermano—. Ciertamente, me molestaba…; bueno, me sigue molestando ciertas cosas de ti, que estoy seguro las tienes muy claras.

—Mi falta de compromiso —comentó, entornando ligeramente los párpados—. Mi misoginia, según tú, pero te equivocas, no odio a las mujeres; por el contrario, me gustan demasiado, tanto como para no perder tiempo con una con la que no soy compatible, sigo en la eterna búsqueda de esa que me complemente…

—Pensé que la habías encontrado —intervino Renato.

—No, una vez más, me equivoqué… Ya estoy acostumbrado a las derrotas. —Solo eso iba a responder—. Entonces, si no fue mi monumental metida de pata lo que te llevó a la crisis el año pasado, ¿qué fue? Y no me digas que el secuestro de Eli, porque sabemos que sea lo que te haya afectado, fue mucho antes.

—Samira —confesó, aún le dolía decir su nombre en voz alta, pero era necesario para seguir con su proceso de superación. Se hizo del vaso de agua y bebió un poco.

—¿La niña? ¿La que se quedó aquí un tiempo?

—No tiene caso que te diga que no era una niña.

—Bien, la jovencita… Y no me digas que no lo era, porque las conozco mejor de lo que a ti te gustaría saber.

—Mejor no me lo digas, porque podría salir de aquí a denunciarte. —Renato se sonrojó, quizá era hipócrita de su parte, porque, ciertamente, Samira era mucho más joven que él, pero sus circunstancias fueron abismalmente distintas a las de su hermano; de eso estaba seguro.

—Tampoco me hagas parecer un depravado, que desde que cumplí los veinte no volví a involucrarme con ninguna menor de edad —sonrió, mostrándose más relajado por haber evitado un tema espinoso. Se acomodó en la silla y buscó en el bolsillo del pantalón una pastilla de menta, para no hacerse de otro cigarrillo—. Si se me acercan, les pido que esperen a cumplir los dieciocho…

—Ya no sigas. —Volvió a interrumpirlo Renato.

—Está bien, no voy a profanar tus inocentes oídos. ¿Qué pasó con Samira? ¿Qué te hizo para que te afectara tanto? —Su mirada y toda su atención estaba en su hermano.

—Se fue…

—Pero ya se había ido, estaba en Chile, ¿no?

—Sí, lo estaba, pero como ya sabes, seguí en contacto con ella y nuestra amistad se hizo más íntima…

—Es decir, que se hicieron novios, pareja… ¿Follaron?

—¿Por qué todo tienes que llevarlo al plano sexual?

—Solo para entender la intensidad del asunto, deja de ver el sexo como un tabú, es algo completamente natural, tanto como nacer, respirar y morir… ¿Cuál es el problema? No voy a juzgarte por eso.

—¿Con qué cara lo harías? —reprochó.

Liam rio, Renato tenía razón.

—No voy a juzgarte por tu vida sexual… Entonces, ¿follaron?

—Llevábamos una relación. —No iba a decirlo de la forma que Liam esperaba—. Bastante seria, creí que éramos una pareja y que estábamos en el mejor momento de la relación, pero ella se marchó, así, sin más… Fue en los primeros días de enero del año pasado.

—Ahora entiendo, pero ¿no te dio razones?

Renato negó con la cabeza.

—Solo me envió un mensaje que ya borré. Dijo que ella quería seguir con sus sueños, su meta era estudiar medicina. Por lo que entendí en el mensaje, no podría conseguirlo si estaba a mi lado; algo que no entiendo, porque la apoyé en todo momento, para que pudiera alcanzar esa meta, incluso, por primera vez recurrí a mis influencias, para conseguirle un trabajo…

—No entiendo. —Liam trataba de asimilar la información, no quería decirle a su hermano que algo debió haber hecho, porque eso podría hacerlo sentir muy mal. Lo cierto era que cuando una mujer terminaba con la relación de esa manera, siempre los culpaban a ellos, la causa podría ser la más estúpida, pero ellas lo veían como algo imperdonable—. ¿No le pediste explicaciones?

—Ya no tengo forma de comunicarme con ella, se encargó de eliminar todo contacto.

—Pero sabes que podemos dar con ella, buscarla… Eso será tarea fácil para el abuelo, con lo mucho que le fascina a él controlar la ubicación de todos… —hablaba, pero vio que Renato empezó a negar con la cabeza.

—Prefiero que no, si tomó esa decisión, la respeto; me costó mucho llegar a este punto y entenderlo, pero no voy a forzar ningún encuentro. Si en algún momento ella quiere verme y hablar conmigo, sabrá dónde encontrarme. De otra forma, no voy a arriesgar la poca estabilidad emocional que he conseguido… —suspiró largamente—. Estoy cansado de sentirme culpable por todo, ya no quiero pensar qué dije o hice mal… No voy a seguir juzgándome, creé hacia ella una dependencia emocional, ya sabes, eso no es extraño en mí —soltó una risa entre sarcástica y triste—. Lo pasé muy mal, me torturaba esa sensación de no ser lo suficientemente bueno para ella, vivía con un miedo obsesivo a perderla, pero ahora mismo estoy concentrado en priorizar mis necesidades y mis propios intereses… Todo este proceso me ha llevado a entender que nada es eterno, que nada permanece y que tanto las relaciones como las cosas, pueden cambiar. Ahora tengo mi atención solo en el presente y en sanar mis heridas.

—Admiro mucho que puedas hacer eso, que estés en paz contigo mismo, ponerte tú por encima de cualquier cosa… Sí que te han ayudado mucho las reuniones con Danilo. Quizá también debería visitarlo.

—Créeme, él estaría complacido de que fueras…

—Te ha hablado mierda de mí, ¿cierto? —Lo preguntó con un tono jocoso.

—No hace falta que me diga nada de ti, pero sé que le gustaría ayudarte…

—Lo pensaré; ya que, como los Medeiros no tenemos suerte en el amor, por lo menos que tengamos estabilidad emocional… —expresó con sarcasmo.

Pero Renato sabía que el problema de su hermano era todo lo contrario a lo que le pasaba a él. Liam se cubría con una especie de escudo para no sufrir, sus emociones estaban anestesiadas, ya fuese de manera consciente o inconsciente, con la única intención de que todo lo que pasara a su alrededor no le afectara; por eso rehuía de los problemas y las responsabilidades, permaneciendo indiferente o apático a las opiniones de los demás.

—¿Tú con mala suerte en el amor? —Renato por poco se le rio en la cara—. Desde hace años que perdí la cuenta de todas las mujeres con las que has salido…

—Una cosa es tener mujeres con las cuales pasar un buen rato, salir de fiestas, follar hasta la saciedad; otra muy distinta es encontrar a esa que te haga querer mandar todo a la mierda, esa por la que estés dispuesto a cometer cualquier locura, la que te lleve a cruzar tus propios límites y hacer cosas que antes de conocerla creías impensables.

A Renato le fue imposible no pensar en todas las veces que tomó la iniciativa para ir a ver a Samira, ese impulso desconocido que lo llevó hacia ella y a hacer cosas que por sus temores no creyó posibles.

Viajar en un avión comercial, exponiéndose a situaciones y lugares que no podía controlar, y sin nadie al lado que le hiciera mermar su angustia, si surgía un ataque de pánico. Esa falta de lógica en sus comunes pensamientos irracionales, esos miedos que la ilusión de ver a Samira terminaba sepultando.

Sí, comprendía a Liam, él le estaba dejando muy clara las razones de esas locuras que cometió, sin importarle perjudicar a los demás.

—¿Quieres contarme lo que pasó? ¿Cómo fue que pasaste de odiarla a amarla? —Si había soltado frente a Liam su pesada carga, esperaba que él también se sincerara.

Liam suspiró y se llevó las manos a la cabeza, despeinándose; sin duda, no era un tema fácil para él, pero intentaría compartirlo con Renato.

—¿Que cómo mierda pasó? No lo sé, no tengo ni puta idea, el reto me estalló en la cara, pero para contarlo, necesito algo más fuerte… —Alejó la copa de vino que ya se había bebido, se levantó y fue a la cocina a por algo con más grados de alcohol.

Renato sabía que no encontraría lo que buscaba, se hizo de su móvil, para pedirle algo más de su gusto.

—¡Solo tengo vinos y tónica! —Mientras entraba a la página de una licorería—. Pero dime y te pido lo que quieras.

—*Whisky*, un Talisker, pide también una caja de Marlboro, por favor —dijo de camino al baño social que estaba en el pasillo.

Quince minutos después, Liam había echado unos cuantos cubos helados de acero inoxidable en el vaso y vertió el licor, comprobaba que estaba justo como le gustaba, cuando Renato regresó, ya vistiendo un pijama de bermuda y camiseta. Volvió a ocupar el mismo asiento en el comedor.

Liam le hizo un gesto, ofreciéndole de su bebida.

—No, gracias.

En respuesta, su hermano se encogió de hombros, luego se dejó llevar por la curiosidad y le apretó el bíceps derecho, a pesar de que sabía que a Renato no le agradaba que lo tocaran.

—Está dando muy buenos resultados el gimnasio, eh. Mira lo mucho que han crecido esos músculos. —Lo elogió, sin duda no era ni la sombra del Renato de hacía un año, que rozaba una delgadez prácticamente enfermiza. Ahora podía asegurar que su contextura era más musculosa incluso que la suya.

—Estoy enfocado en hacer más pesas, he comprobado que me ayuda bastante a controlar mis

estados de ánimo —respondió sin darle mucha importancia.

Liam sonrió y asintió, le gustaba mucho más esta versión de su hermano, más comunicativo en cuanto a sus procesos y en cómo se sentía.

Sabía que Renato estaba esperando que fuese igual de expresivo con él, por ello, en busca de valor para iniciar su relato, se bebió de un solo trago lo que tenía en el vaso y; mientras se servía otro, empezó a contar cómo sus sentimientos por Maiara, habían tergiversado del odio al amor.

CAPÍTULO 19

Habían pasado ocho meses desde que la vida de Samira cambió radicalmente, desde entonces, tenía una estabilidad económica que la llenaba de mucha tranquilidad; no disponía de todo el dinero, pues por recomendación de sus asesores financieros hizo varias combinaciones de inversiones a corto y largo plazo, lo que le daría la rentabilidad suficiente para recuperar lo que invertiría en su carrera y en los bienes que hasta el momento había adquirido.

Se compró un apartamento de doscientos treinta metros cuadrados, en la calle Génova del barrio Chamberí. Tenía tres habitaciones, una cocina inmensa y un salón principal que contaba con una hermosa iluminación natural. Para Samira, eso fue una exageración, demasiado espacio y lujo para una sola persona, pero el señor Gaztambide enfatizó, una y otra vez, en que lo viera como una inversión, también le dijo que vivir ahí era seguro para ella.

En ciertos aspectos, el señor Gaztambide le hacía recordar a Renato, esa forma de querer ayudarla sin hacerla sentir tan ignorante, conseguía convencerla de hacer las cosas según lo que a su experiencia era mejor para ella.

Aunque le propuso a Ramona que se viniera a vivir con ella, su amiga no quiso porque estaba viviendo con su tía, hasta el momento había conseguido el perdón de varios miembros de su familia y no quería perderlo por aceptar venirse a Madrid. La comprendía, no podía pedir que se alejara de eso que tanto le costó recuperar; no obstante, le ayudó a poner su propio negocio, un pequeño café en Lastarria.

Al principio era atendido por ella y su tía, pero al tercer mes tuvo que buscar otro empleado. Le alegraba mucho siempre que le decía lo bien que le iba con su negocio.

A Daniela le compró el apartamento en el que vivía alquilada, ahora con lo que ella y Carlos ganaban era suficiente para mantener el hogar.

Ella cubrió los gastos del embarazo y le amobló la habitación a Viviana, que recién tenía un mes de nacida; se adelantó unas semanas, pero era una niña hermosa y saludable.

A Renaud y su familia también le compró una casa y; para que pudiera pasar más tiempo con ellos, le sugirió poner un negocio en la casa, él se decidió por una frutería.

Había intentado por varios medios ayudar a su familia, pero su padre, que ahora había tenido noticias suyas, rechazaba cada vez que enviaba dinero; no obstante, con su abuela, siempre podía conseguir que no vivieran con tantas carencias, ella se empeñaba en hacer las compras y llevarlas a la casa; aunque cada vez significara un enfrentamiento con su hijo y nietos.

Samira perdió la cuenta de todo lo que había llorado en ese tiempo, por el rechazo de gran parte de su familia; muchos de sus días eran tristes a causa de eso, pero ese día, sin duda, era el más feliz de toda su vida, el más esperado desde que se obsesionó con estudiar medicina.

Era su primer día de clases e iba en su auto camino a Villanueva de la Cañada, donde estaba la universidad.

Estaba nerviosa y pletórica, por lo menos, ya había perdido el miedo a conducir, algo que aprendió desde hacía unos cuatro meses; de lo contrario, estaría bastante acojonada.

A toda esa dicha que le salía por cada poro de su piel, se sumaba la felicidad de que ya no estaría sola en su inmenso apartamento, porque Julio César llegaba esa noche. Después de casi rogarle para que viniera y se alejara de esa relación tóxica que tenía con Eduardo, decidió dar el gran paso y alejarse para siempre de un hombre que no quería afrontar su sexualidad, un hombre egoísta que pretendía que Julio César estuviera por siempre entre las sombras y tragándose el

dolor cada vez que lo veía con su novia.

Iba atenta al camino, pero también cantaba en voz alta y se le hacía imposible no pensar en Renato. Llevaba tiempo que no era su recuerdo lo primero que llegaba a su mente al despertar, pero ese día era distinto, lo tenía muy presente, llenándola de una sensación de nostalgia que se mezclaba con todo ese júbilo que sentía. Era extraño que pudiera experimentar sentimientos tan opuestos, pero con tanta intensidad.

¡Cómo le hubiese gustado poder decirle que iba camino a su primer día de clases!

—Estaríamos juntos todo el tiempo, hasta quedarnos sin aliento… Y comernos el mundo, vaya ilusos… Y volver a casa en año nuevo, pero todo acabó y lo de menos es buscar una forma de entenderlo. Yo solía pensar que la vida es un juego, y la pura verdad es que aún lo creo… — A pesar de que cantaba, la voz empezó a vibrarle y la mirada se le nubló por las lágrimas, pero apenas iniciaron su recorrido de descenso se las limpió con los nudillos.

Resopló para calmarse, había pasado un año y diez meses de no verlo; aun así, lo seguía amando, él seguía latiendo con fuerza en su pecho, a pesar de todos los intentos que había hecho por olvidarlo, Renato Medeiros seguía incrustado muy profundo en su corazón, como una maldita estaca, también en sus nervios y en sus deseos.

Durante todo este tiempo y en cientos de oportunidades, sus recuerdos más ardientes junto a él, los revivía bajo las sábanas, cada vez que se autocomplacía, pero eso no era suficiente, su placer se esfumaba y la dejaba extrañándolo más.

En esos momentos de debilidad, volvía a entrar en ese círculo vicioso en el que buscaba información de él en internet, pero últimamente no había nada; desde que dio de baja sus redes sociales, por lo del secuestro de su prima, no había vuelto a abrirlas.

Como las lágrimas se empeñaban en salir, apagó la música que le avivaba la nostalgia y agarró unas servilletas de papel de la guantera, para limpiarse con cuidado de no arruinar su maquillaje.

Se animó mentalmente a no seguir empañando su felicidad con recuerdos dolorosos, suponía que debía estar llena de energía positiva, así que suspiró largamente para calmarse y disfrutar de ese momento tan anhelado.

Según su horario, los siguientes cuatro meses que tardaba el primer curso, tendría que, prácticamente, vivirlos en la universidad, porque sus clases serían de mañana y tarde.

Por lo que le habían dicho, el segundo curso sería igual de intenso, lo que resumía a los próximos ocho meses de su vida confinada a los recintos universitarios.

Le fue imposible no sonreír al recordar cuando le comentó a su abuela sobre lo ocupada que estaría por un tiempo, debido a sus clases. Vadoma, con un tono entre preocupado y desconfiado, le pidió que averiguara si era cierto que debía pasar tanto tiempo en la universidad o si era que tenía que esforzarse más por ser gitana.

Samira se aseguró de dejarle claro que nada tenía que ver con que fuese gitana, todos debían estudiar por igual, ya que convertirse en médico no era nada fácil.

El corazón empezó a latirle mucho más rápido cuando pudo vislumbrar los edificios marrones del campus que se alzaban imponentes sobre el valle verde, amparados por un cielo límpido y un sol intensamente brillante; quedaban pocos días de ese clima tan encantador, pues en un par de semanas entraría el otoño y con ello los días grises, aunque le gustaba mucho ver los parques de la ciudad teñidos de rojo y ocre.

Llevada por la emoción, apretó con ambas manos el volante, se irguió en el asiento y aceleró un poco más, estaba ansiosa por llegar y descubrir su mundo universitario.

Buscó una plaza de estacionamiento cerca de la facultad de medicina, apagó el motor y se

hizo de la mochila; a pesar de que sabía que su primera clase era de Historia de la Medicina, quiso comprobarlo en el horario que tenía en la aplicación en el móvil.

Estaba por devolver el móvil al bolsillo de la mochila, cuando la pantalla se iluminó con una videollamada.

Contestó sonriente al ver a Romina con David en brazos y él estaba aferrado con bastante entusiasmo al pezón izquierdo de su madre.

—¡Buenos días! ¿Ya llegaste?

—Sí, acabo de hacerlo… Alguien parece hambriento.

—Me tiene seca —comentó, echándole un vistazo a su hijo de dos meses—. Te estoy llamando para desearte suerte en tu primer día de clases, estoy segura de que lo vas a disfrutar mucho.

—Eso creo…, aunque ya tengo retortijones por los nervios… —soltó una risita.

—No estés nerviosa, todo irá muy bien, eres brillante, Samira. Sé que muchos te han dicho que es difícil, pero nada lo es para quien tanto anhela y es tan dedicado y disciplinado, como tú.

—Gracias, Romi, no sé qué haría sin tus sabios consejos.

—Seguirías adelante, sabrías qué hacer, porque a ti te guía una estrella. Ahora te dejo, no quiero que llegues tarde por mi culpa… ¿Cuándo nos vemos para celebrar?

—No podré hasta el sábado, toda la semana tengo clases de mañana y tarde.

—Bueno, el sábado iremos a un lugar especial y bonito...

—Por supuesto, ya quiero ir a comerme a besos a mi ahijado, ya que ahora no me presta atención, nada lo distrae de su comida —rio al ver al bebé succionando con gusto, con los ojos cerrados, pero levantaba las cejas.

Terminó la videollamada y salió del Audi rojo, se colgó la mochila y caminó con gran emoción y nervios; ya previamente le habían hecho un recorrido, por eso sabía dónde se encontraban los mapas del edificio. Se detuvo frente a la pantalla y cuando estuvo segura de dónde estaba el aula, continuó.

Cuando por fin entró al salón, había menos de diez compañeros, tragó grueso y se recordó que todos estaban en la misma situación que ella; para todos también era una nueva experiencia. Como era costumbre desde que empezó a estudiar, se ubicó en uno de los primeros asientos.

—Hola, buenos días —saludó sonriente.

—Buenos días. —Casi todos saludaron al unísono, algo nerviosos.

Una de las mejores cualidades de Samira era que solía ser muy sociable; así que, a pesar de sus inseguridades, se integró y; en menos de diez minutos, ya todos se habían presentado y conversaban sobre las grandes expectativas que tenían.

Poco a poco fueron llegando más estudiantes, hasta que el curso estuvo completo y llegó el profesor, el cual se presentó como Marcos González.

Cuando el profesor empezó a dictar la clase, pudo ver que todos sacaron sus portátiles; ella, en cambio, se había hecho de su cuaderno, lápiz y resaltadores.

Por un momento pensó en imitarlos, pero estaba más acostumbrada a tomar notas en sus cuadernos, sentía más conexión y disfrute de esa forma.

Le pareció que la clase terminó muy rápido y lo mismo pasó con las siguientes; ya a las doce y media, terminó el turno de la mañana. Debía volver a las tres, para las siguientes clases que serían hasta las ocho y media.

Aprovecharía esas horas para comer e ir a una librería, por los libros que necesitaría para las asignaturas de la mañana.

Guiándose por el GPS, llegó a un centro comercial que estaba a pocos minutos, decidió

comer algo ligero. Luego, camino, admirando las vitrinas de las tiendas, hasta que dio con la librería.

Como siempre, se paseaba embelesada por los pasillos y se detuvo en el área de Medicina.

Enseguida estuvo con ella un asesor.

—Hola, buenas tardes, ¿puedo ayudarte?

—Buenas tardes —dijo, guardándose el móvil en uno de los bolsillos traseros de los vaqueros—. Sí, estoy buscando, el Atlas de Anatomía, Prometheus.

—Sí, claro…, primer curso de Medicina —dijo el chico de ojos café, sonriéndole con amabilidad y se volvió al estante, lo consiguió casi enseguida—. Aquí tienes, ¿necesitas otro?

—Moore, Anatomía con Orientación Clínica —siguió leyendo. El joven se acuclilló, lo sacó de la penúltima fila y se lo entregó—. También necesito Gray, Anatomía para estudiantes… Esos serían todos los de anatomía.

El joven buscó el libro que le solicitó.

—Si me permites, te recomiendo Netter, es un cuaderno de Anatomía, para colorear; te ayudará a memorizar todos los músculos y te hará más entretenido aprenderlos.

—Gracias, sí, me gustaría llevarlo; sobre todo, poque me gusta colorear.

—Aquí tienes, ¿otros en los que te pueda ayudar?

—Sí, ahora tocan los de bioquímica —dijo con una sonrisa, tratando de sostener el peso de los tomos que ya cargaba.

Juan le buscó un carrito, luego la guio a otro pasillo.

—¿Cuáles necesitas? —preguntó.

—Principios de Bioquímica, de Lehninger.

Juan sacó un libro gigantesco y a Samira se le atascó la respiración en la garganta, al ver que debía aprenderse todo eso; no obstante, solicitó los otros dos que le faltaban y se dirigió a la caja.

Cuando le dieron el monto, estuvo segura de que con un trabajo donde le pagaban el mínimo, jamás habría podido estudiar. A ella, que ya no se preocupaba tanto por la economía, le pareció que fue bastante costoso; imaginaba el sacrificio que eso podría significar para alguien que apenas tuviera los medios justos para costearse la carrera.

Se vio tentada a llevar el libro de romance contemporáneo que estaban promocionando, pero decidió mejor no hacerlo, ya que en los próximos meses no contaría con tiempo para leer otra cosa que no estuviese relacionada con Medicina.

Le agradeció a Juan por su ayuda, se despidió y se marchó. Como todavía contaba con algo de tiempo, aprovechó para preguntarle a Adonay si podía hacerle una videollamada, quería mostrarle los libros que había comprado, necesitaba compartir con alguien su felicidad y; seguramente, él iba de camino al trabajo.

Al igual que a los pocos que le había contado sobre el premio que se ganó, no le creyó tan fácilmente y; eso, que a nadie le había dicho el monto real, más que todo, por precaución y seguridad.

Adonay también era testigo de todo lo que sufría por el rechazo de su padre; incluso, le propuso venir a Madrid, para casarse con ella y luego presentarse con su familia. Sabía que esa sería una opción segura para su perdón, pero no era así como lo quería, ella no deseaba ser perdonada por la gracia de un hombre; no era justo que para que la aceptaran de nuevo en el seno familiar tuviera que cubrirse tras su primo.

Además, tampoco podía aceptarlo, puesto que no lo amaba; lo quería como lo que era, su primo. Y tras conocer el amor y lo que conllevaba estar con la persona amada, no podía unirse a alguien que no le alterara los nervios, con alguien a quien no deseara de esa forma tan

encarnizada en que lo hizo con Renato.

Adonay le respondió y, pletórica, le mostró cada uno de los libros; al igual que ella, se asombró por el tamaño del ejemplar de Lehninger, era tan pesado que le costaba mostrarlo a la cámara.

Hablaron por menos de diez minutos, se despidieron muy animados, prometiendo volver a hablar muy pronto.

De vuelta en el campus, caminó por la calzada de ladrillos hasta el edificio, sintiendo la brisa fresca y el sol rozarle la cara; le gustaba mucho esa sensación, mientras admiraba la multitud de estudiantes.

Cuando llegó al salón, se encontró con los mismos de esa mañana. Les saludó y se ubicó en el asiento.

Tras cinco horas de absorber tanta información, empezaba a sentirse cansada y hambrienta, a pesar de que, en el receso de las seis, se comió un cruasán y un Frappuccino.

En medio de un bostezo, encendió el auto, puso música y marcó en el GPS el aeropuerto. Solo con pensar que, dentro de poco, vería y abrazaría a Julio César, le hacía muy feliz y la llenaba de energía.

.

CAPÍTULO 20

En cuanto Samira lo distinguió entre todos los pasajeros que salían de la terminal, su corazón dio un vuelco de felicidad y empezó a agitar una de sus manos, para que él la viera.

La gran sonrisa de Julio César la impulsó a avanzar con largas zancadas; se abrazaron con mucha fuerza mientras reían, aunque la sonrisa de Samira se convirtió en llanto, uno de alivio y felicidad. En ese instante, se daba cuenta de lo mucho que lo había extrañado; Julio César, era todo lo que hubiese deseado de un hermano.

—Ay, mi gitanilla, mi Sami, ¡cómo te extrañé! —dijo estrechando más el abrazo, le plantó un sonoro beso en la mejilla y se alejó para verla—. No llores, cariño. —Le pidió con la voz rota y los ojos cristalizados por las lágrimas contenidas—, que me harás lloran a mí también.

—Es que estoy muy feliz de verte, te he echado mucho de menos.

—Yo también, cariño. —Empezó a limpiarle las lágrimas—. ¡Estás tan guapa! Te han hecho muy bien estos aires europeos.

—Gracias, aunque hoy estoy destruida, mi día ha sido demasiado intenso, tanto emocional como físicamente —resopló, ayudándole con sus lágrimas.

—Lo imagino, es que no todos los días se vive el primer día en la uni… Sé que debes estar muy cansada, vamos para que descanses. —Se hizo de la manija de su maleta.

—No, de ninguna manera, primero vamos a comer; te llevaré a un restaurante buenísimo… Imagino que estarás tan muerto de hambre como yo.

—Bueno, no tanto…, comí durante el vuelo, pero sabes que jamás me niego a ninguna invitación —soltó una risita y le guiñó un ojo—. Así aprovechamos la cena para que me cuentes cómo te fue en clases… Necesito saberlo todo.

—No, no te contaré todo, porque terminaré aburriéndote, pero sí te diré lo más relevante… En cambio, tú sí tienes muchas cosas interesantes que contarme… Vamos, que se nos pasará la reserva. —Le tendió la mano, para hacerse del equipaje de mano—. Deja que te ayude.

Julio César le permitió que arrastrara la maleta de diez kilos, mientras él llevaba el equipaje más grande y la mochila. Ahí guardó todo cuanto pudo, para poder empezar su nueva vida.

Silbó, sorprendido al ver el auto de Samira.

—¡Vaya! ¡En serio es un Audi!… —dijo, sin poder cerrar la boca.

—Ya lo había dicho en el grupo, pero como te desapareces y luego no te pones al día con las conversaciones —reprochó, divertida—. En realidad, quería algo menos ostentoso, pero Carlos insistió y; eso, que quería que fuese un Ferrari…

—Bueno, ¿puedes permitírtelo? ¿No te lo has gastado todo o sí? —preguntó con cautela.

—No, por supuesto que no —respondió al tiempo que guardaba la maleta en la cajuela—. Invertí la mayoría, así me aseguro de no gastarlo en este tipo de cosas banales… —Señaló el auto.

Él guardó el equipaje y la mochila. Samira se apresuró en abrir la puerta del copiloto y poner la mochila y los libros que tenía allí, en el asiento trasero.

—Ahora sí, puedes subir. —Le dijo, haciendo un ademán—. Disculpa, es que tengo un desastre.

—¿Un desastre? Lo dudo, tu obsesión por el orden y la limpieza, jamás te permitiría tener algo fuera de lugar —dijo sonriente.

Samira le sacó la lengua y cerró la puerta; mientras bordeaba el auto, negó con la cabeza y

sonreía.

En cuanto puso en marcha el motor, el GPS le indicó el camino hacia la calle el Marqués de Casa Riera.

Había hecho una reserva en la terraza Casa Suecia, quería que Julio César pudiera apreciar las hermosas vistas de la ciudad. Aunque por experiencia sabía que las mejores eran durante las puestas de sol.

Ella le pidió que se encargara de poner música y él, de inmediato, hizo reproducir: «Born This Way», de Lady Gaga; y empezó a cantarla mientras movía el torso, las manos y la cabeza.

Samira no tardó en seguirlo, no solo cantando, sino bailando y sonriendo. Sin duda, Julio César era esa descarga de energía y alegría que tanto necesitaba.

De vez en cuando, le señalaba ciertos puntos importantes de la ciudad.

—Me encantaría conocer Parque el Retiro.

—Claro, podemos ir el domingo, es hermoso —respondió, mientras le echaba un vistazo a la pantalla del GPS.

Cuando llegaron, entraron en un ascensor que los llevó directamente al piso once, ahí fueron recibidos por el anfitrión. Samira dio su nombre y de ahí los guiaron a la terraza, que estaba ambientada con música lounge y con bombillas de luz cálida, colgando de la pérgola.

Siguieron al joven que les indicó su puesto, mientras Julio César admiraba las vistas de 360 grados, desde donde se apreciaba toda la ciudad.

—Sí que es muy bonito.

—Sí y el ambiente es bastante agradable. —Samira se ubicó en el asiento rosado, pegado a la media pared y Julio César se sentó a su lado.

Antes de pedir de comer, solicitaron unas copas de champán, para brindar por la llegada de Julio César.

—Bienvenido, gracias por estar aquí —dijo Samira, chocando con delicadeza el borde de su copa con la de Julio César. No estaba en sus planes tomar licor, sobre todo, porque tenía que levantarse muy temprano, pero la situación lo ameritaba.

—Gracias a ti por rescatarme… Te quiero, gitanilla. —Sus ojos brillaban de emoción—. Espera, tenemos que tomarnos una foto, la última que tengo contigo fue en el café La Candelaria, cuando llegaste tarde con tu enamorado. Ya sé que en ese entonces eran pare… —Se detuvo, porque sin duda había metido la pata—. Lo siento, Sami, sé que no debe ser un tema fácil para ti…

—No, no te preocupes, lo he superado —dijo, esquivándole la mirada y tragó grueso.

—En serio, lo siento, prometo no volver a nombrarlo —comentó, seguro de la tensión que le causó. Una cosa era lo que salía de su boca y otra lo que su expresión reflejaba.

—Ya, no seas tonto. —Se obligó a sonreír—. Vamos a tomarnos la foto, para que la envíes al grupo, así sabrán que ya llegaste.

—Sí, claro. —Tomó el teléfono y activó la cámara, ambos sonrieron y; con copas en manos, capturaron el momento.

Casi de inmediato empezaron a llegar los mensajes y las notas de voz, todos estaban felices de poder verlos juntos.

Por más que quisieran seguir conversando con sus amigos, el hambre que sentían era más intensa, por eso se despidieron y; luego de ver la carta por varios minutos, se decidieron por una barbacoa de mar, para dos.

—Esto está delicioso —expresó Julio César, al probar un mejillón.

—Sí, riquísimo. —Samira estuvo de acuerdo.

La comida la acompañaron con Bitter Kas, mientras Samira le contaba cómo había sido su primer día de clases, y este le dijo cómo fue su despedida con Eduardo. En su voz ya no había tristeza, solo rabia y decepción.

Casi a medianoche, abandonaron la terraza, subieron al auto y en menos de diez minutos estaban entrando al estacionamiento del edificio donde ella vivía.

Cuando entraron al apartamento, Julio César no disimuló su asombro.

—¡Vives como toda una celebridad! ¡Cuánto lujo! ¡Es precioso! —Se acercó a una de las ventanas—. Siempre he amado estos balcones estilo Julieta. Samira, de verdad que es precioso tu hogar.

—Ahora también es tuyo… —Se acercó y lo abrazó—. ¡Bienvenido! Me alegra muchísimo que estés aquí, me sentía demasiado sola en un lugar tan grande… Después de mudarme, me fue imposible dormir durante las tres primeras noches —comentó, refugiándose en los brazos de su amigo.

Jamás se imaginó vivir de esa manera, para ella no había sido fácil adaptarse, sobre todo, porque siempre vivió con alguien. Hasta hacía poco no sabía siquiera salir sola; siempre, a donde sea que fuera, lo había hecho en compañía de su abuela, luego con Renato o con sus amigos. Le había tocado mudar de piel en tan poco tiempo.

—Bueno, ahora sentirás mi presencia —bromeó—. Eso sí, mañana mismo empezaré a buscar trabajo, lo menos que quiero es ser una carga para ti.

—Creo que puedo encontrarte un lugar, pero ya es muy tarde, mañana haré una llamada…

—Te lo agradezco, ahora, enséñame dónde voy a dormir, para que vayas a descansar, sé que tienes que ir temprano a clases.

—Sí, claro, sígueme. —Lo sujetó por la mano y lo arrastró con ella.

—Aquí sí que voy a dormir muy bien… —Le dio un beso en la sien a Samira.

Se despidieron y ella se fue a su habitación. Se duchó, se puso el pijama y se metió en la cama, cerró los ojos y en poco tiempo la venció el cansancio.

Su descanso fue ininterrumpido, no despertó hasta que la alarma sonó, casi enseguida la mandó a apagar, para no despertar a su amigo, que debía estar agotado por el viaje.

Tras varios minutos de remolonear entre las sábanas, se levantó, tendió la cama y se fue a la ducha.

Cuando salió de la habitación, ya lista para prepararse el café, se sorprendió al encontrar a Julio César, sirviendo el desayuno.

—¡Buenos días!

—Buenos días, imaginé que seguías dormido —sonrió y caminó hasta la isla de la cocina, atraída por el rico aroma.

—Anoche caí como un tronco, pensé que sería víctima de la descompensación horaria, pero no… Y no podía perder la oportunidad de cocinar en esta cocina de lujo, ¡es un sueño!

—A mí sí me afectó… Esto se ve riquísimo —dijo asomada al plato que contenía huevos revueltos con setas, tocino y pimientos—. No podía esperar menos del *sous chef*.

—Estoy seguro de que vas a disfrutarlo, ve a sentarte en el comedor. —Le dijo, haciendo un ademán.

Samira obedeció y dejó que sirviera; luego, él se sentó frente a ella, también con su plato. Ella no hizo más que elogiar el desayuno, gimió encantada con cada bocado.

Después de desayunar, Samira aprovechó para llamar a Lena; hasta donde sabía, el chico que la sustituyó, renunció hacía poco; solo esperaba que todavía no tuviera el reemplazo.

Mientras hablaba con Lena, sonreía y le hacía señas positivas a Julio César, a quien

recomendaba con los ojos cerrados, porque bien sabía lo responsable y dedicado que era con el trabajo.

Se despidió de Lena, prometiéndole que pronto la visitaría.

—Sí, quiere que vayas ahora mismo, es la chica más encantadora que tendrás por jefa… Te dará esta semana de prueba.

—Entonces, voy a vestirme. —Se levantó y corrió hacia su habitación, pero a medio camino se regresó, para encontrarse con Samira, levantando los platos—. Deja eso, yo lo hago.

—No, ve a vestirte, puedo hacer esto, hombre; que no he perdido la costumbre de lavar platos —dijo, riendo, aún podía recordar cómo sus manos no se secaban cuando trabajó en el restaurante.

Samira tuvo que estacionar una calle antes del café de Lena, le indicó cómo llegar, también le envió un mensaje con la dirección de la casa, para cuando tuviera que regresar. Ya le había dado el código de acceso, antes de salir; y puso a reconocer su huella en la cerradura.

Le hubiese gustado poder acompañarlo hasta el local, pero no quería tener que conducir tan rápido, para llegar a tiempo a sus clases; aún le daba nervios conducir por la M-503, sobre todo, por los vehículos de cargas.

CAPÍTULO 21

Hacía mucho tiempo que Renato había limitado sus relaciones interpersonales solo a laborales y familiares; no obstante, desde que conoció a Vera, había vencido la barrera del temor que significaba crear lazos afectivos con extraños.

Aunque solo se habían visto pocas veces en el gimnasio, mantenían conversaciones casuales por teléfono; estaba claro que no quería ningún tipo de relación amorosa, apenas estaba reponiéndose al desastre emocional que le causó la partida de Samira, como para arriesgarse a algo meramente parecido.

Por otra parte, sentía que Vera era atractiva e inteligente, con la madurez de una mujer de poco más de treinta años, poseía buen sentido del humor y una seguridad aplastante; extrañamente, hasta el momento no lo había intimidado.

Más de una vez se recriminó cuando, estando con ella, buscó compararla con Samira, para llegar a la triste conclusión de que la gitana aún le hacía latir fuertemente el corazón, pero no por eso se privaba de vivir la experiencia de tener una amiga. Incluso, Danilo, aprobó que interactuara con ella, porque necesitaba expandir su círculo social y así tener otras perspectivas que le ayudaran a comprender lo que sentía por Samira.

Esa fue la razón por la cual invitó a Vera a almorzar, habían pasado un rato agradable, mientras conversaban de temas afines y más relacionados con sus ámbitos laborales.

—Todo estuvo riquísimo —dijo ella, volviendo a mirar la fachada negra y roja del restaurante Mr. Lam.

—Sí, sirven buena comida —estuvo de acuerdo Renato—. Me tranquiliza saber que acerté con la elección —sonrió y volvió su mirada a la derecha.

Conversaban mientras esperaba a que trajeran el auto, la llevaría al edificio principal de Oracle; luego, volvería a sus funciones en la compañía.

Su sonrisa se congeló y el corazón se le agitó violentamente cuando vio venir a Vadoma por la acera, traía algunas bolsas de lo que parecía ser alguna tienda de ropa. Ella, al verlo, se detuvo y se volvió hacia la carretera.

A Renato se le secó la garganta y sus pies protestaban de ganas por salir corriendo, pero al mismo tiempo, sus músculos estaban rígidos, imposibilitándole cualquier reacción; solo sentía su pecho doler por su respiración forzada. No estaba a punto de un ataque de pánico, solo se trataba de puro nervio, sabía identificarlo.

Antes de que pudiera ser dueño de sus impulsos, la mujer mandó a parar un taxi y subió, era evidente que lo había hecho para evitarlo; incluso, cuando el auto pasó frente a él, la gitana miró a otro lado.

Con un sabor metálico invadiéndole la boca y las palmas de las manos sudorosas, vio el taxi alejarse; de inmediato, pensó que quizá lo había evitado tan descaradamente porque Samira había vuelto con ellos y no podían permitir que él se le acercara de nuevo.

Su corazón no bajaba el intenso latido que arremetía contra su pecho y sienes, se trataba del deseo febril de querer seguirla, pero su auto aun no llegaba y; como una negativa del destino o lo que fuera, su amigo Bruno llegó justo en ese momento, para retenerlo un poco más.

A pesar del aturdimiento en el que se encontraba, atendió al saludo de su amigo.

—Hermano, qué bueno verte —dijo mientras le estrechaba una mano y con la otra le apretaba el hombro.

—También me alegra verte, ¿cuándo llegaste? —preguntó Renato, porque este llevaba un tiempo de vacaciones en Mykonos.

—Anoche, pensaba reintegrarme al trabajo mañana, pero mi padre necesita que me haga cargo de unos contratos de obras públicas.

Bruno era uno de los herederos de un conglomerado de empresas en los campos de la ingeniería y la construcción, su padre y abuelo siempre habían sido amigos de Reinhard Garnett; incluso, compartían acciones en algunos negocios.

—Obligaciones de las que no puedes escapar —comentó Renato con una ligera sonrisa y se volvió hacia su acompañante, que había permanecido en silencio—. Bruno, te presento a Vera, una amiga… Vera, este es Bruno Martinelli, mi mejor amigo.

—Hola, es un placer. —La mujer se acercó y le dio un beso en cada mejilla.

—El placer es mío —correspondió al saludo.

Le fue imposible no apreciar lo atractiva que era la acompañante de Renato, pero de inmediato alejó cualquier pensamiento que le permitiera verla como algo más que una amiga. No obstante, sintió la necesidad de saber cómo se habían conocido.

Aunque Renato quisiera seguir hablando con Bruno, de momento no podía, acababan de traer su auto y en media hora tenía una reunión.

—¿Te parece si nos vemos el viernes?

—Bien, vayamos a comer a algún lugar…

—¿Te gustaría acompañarnos? —Se volvió hacia Vera, creyó prudente extenderle la invitación, ya que estaba presente.

—Sí, me parece bien. —Ella asintió y le sonrió a Bruno.

—Entonces, nos vemos el viernes, luego acordamos el lugar. —Bruno le tendió la mano a Renato, comprendía que su amigo debía marcharse.

—Está bien, te llamo por la noche —dijo Renato, dándole un apretón de mano.

—Un placer, Vera, nos vemos pronto. —Se despidió de la chica.

—Hasta el viernes. —Asintió y también levantó la mano a modo de despedida.

Sin perder más tiempo, Renato y Vera subieron a la SUV, mientras que Bruno entró al restaurante que fungía en una suntuosa y moderna mansión con vistas a la laguna Rodrigo de Freitas, especialista en cocina china de alta calidad, que lo había hecho acreedor de un par de estrellas Michelín.

Durante el trayecto, Renato no hizo más que pensar en Vadoma. ¿Por qué lo ignoró de esa forma? A pesar de la pequeña confrontación que habían tenido la última vez que se vieron, consideraba que no fue tan grosero con ella, como para que se comportara de esa manera.

La única razón que consideraba plausible, era que Samira estuviera de vuelta en Río, con su familia; y como no quería saber nada de él, le habría dicho algo a la señora, que hizo que esa aversión que sentía por él, se intensificara.

—Renato, nos hemos pasado —anunció Vera.

—Disculpa, tienes razón… Estaba pensando en la reunión —dijo, al tiempo que activaba la luces intermitentes, para retroceder hasta la entrada del edificio.

—Lo he notado, has estado muy callado durante el camino —dijo, sonriente.

—Lo siento. —Se sonrojó de vergüenza.

—No te disculpes, te entiendo perfectamente. Cuando tengo asuntos importantes pendientes, me roban toda la atención.

—Nos vemos esta noche —comentó, al tiempo que estacionaba.

—Sí, hasta la noche. Que todo vaya bien con tu reunión.

—Gracias.

Se despidieron con un beso en la mejilla y ella bajó.

Renato volvió a poner la SUV en marcha y siguió martirizándose con las posibles razones de Vadoma.

Ese apasionamiento lo acompañó toda la tarde y parte de la noche, porque después de mucho tiempo volvió a sufrir de insomnio, lo que no era una buena señal, no podía permitirse una recaída, había avanzado mucho, creía haber superado a Samira y se sentía bien consigo mismo, lo menos que deseaba era volver al círculo vicioso del sufrimiento.

Aunque le costó mucho quedarse dormido, lo primero que hizo apenas el despertador sonó por la mañana, fue escribirle a Danilo, necesitaba que evitara que volviera a hundirse.

****

Muchas personas le habían dicho que estudiar medicina era difícil, que debía dar el ciento diez por ciento, Samira se enfrentó a eso con la mejor actitud, con todas sus energías, pero tras tres meses de asistir a clases y a punto de terminar el primer curso, sentía el cansancio hasta la médula, llevaba semanas sin poder dormir lo suficiente y; como muestra de ello, las profundas ojeras que no podía ocultar con nada.

Se pasaba todo el día en la universidad, apenas veía a Julio César, en las noches cuando llegaba, antes de irse a la ducha y a dormir.

Los fines de semanas, sus únicos días libres los pasaba encerrada en su piso, estudiando. Tan solo se permitía ver una película en compañía de su amigo o conversaban sobre sus días.

Julio César se sentía muy bien trabajando en el café de Lena, incluso, le contó sobre un chico que había conocido y con el solía salir a pasear por las tardes, aunque decía que solo eran amigos, la verdad era que se le iluminaba la mirada cada vez que hablaba de Amaury.

Le contaba tantas cosas, de todo lo que hacían y a dónde iban, que le fue imposible a Samira no sentir que la espina de la envidia se le incrustaba en el corazón.

Le parecía que estaba olvidando lo que era vivir para algo que no fuera la medicina, que sus estudios le adsorbían todo el tiempo y energías. No era que no amara todo lo que estaba aprendiendo, solo que le gustaría tener un equilibro entre su vida personal y su carrera.

Sentía que aburría a Julio César, porque sus únicos temas de conversación eran referente a anatomía, genética, bioquímica entre otras materias… Y alguna que otra anécdota sobre sus compañeros de clases. Sí, durante su tiempo en la universidad compartía con Yesenia y Esther, pero sus conversaciones, en su mayoría, se centraban en lo mismo.

—Hola, cariño, buenas noches. —Le saludó Julio César.

—Buenas noches. —Caminó casi arrastrando los pies, esta vez, no solo se sentía agotada física y mentalmente, sino que también, durante el trayecto, recibió una llamada que le ratificaba que, no importaba cuánto tiempo pasara, su corazón seguía sufriendo por Renato.

—Preparé tacos para cenar, hice de carne y de pollo…

—Gracias, seguro quedaron riquísimos. —Se acercó a él y le saludó con un beso en la mejilla —. Voy a ducharme y vengo a ayudarte a poner la mesa.

—Tranquila, amor, dúchate, que yo me encargo del resto.

—Te quiero —dijo con una leve sonrisa, pero con el cansancio y la tristeza fijada en sus pupilas.

—Yo más… Ve, ve a ducharte.

Samira asintió y se fue a su habitación, el agua caliente le ayudó con el frío terrible que le calaba los huesos, suponía que eso tendría que relajarla, pero terminó llorando, una vez más.

Hacía casi dos años que se había venido de Chile, dos años que su relación con Renato terminó y que sintió su mundo desmoronarse; incluso, algunas veces, cuando empezaba a creer que el tiempo iba borrando de su memoria el tono de su voz, llegaba a ella una noticia, una foto o lo que fuera que le hacía recordarlo, sintiendo cómo Renato aún estaba aferrado a los rincones de su alma.

Su abuela le llamó para decirle que había comprado unas hermosas telas infantiles, para confeccionar ropa de cuna para su nuevo sobrino. Su cuñada, Glenda, estaba a pocas semanas de tener a su cuarto hijo, otro varón que llenaría de orgullo a su hermano, Kavi.

Aunque no podía ayudarles de la forma en que quería, su abuela y Glenda, sí aceptaban el dinero que enviaba y lo usaban de manera discreta, para que los demás miembros de la familia no se enteraran.

Esa felicidad de saber que su sobrino iba a tener un hermoso y colorido ajuar de nacimiento, se evaporó cuando su abuela le dijo que había visto a Renato, en compañía de una mujer muy guapa, pero que como estaba algo apurada, prefirió no llegar a saludarle.

A pesar de que el corazón se le contrajo primero de felicidad y luego de dolor, decidió cambiar de tema, porque bien sabía que se trataba de Lara. No dejó que su abuela entrara en detalles, porque eso para ella era una puñalada en el nervio más sensible.

Le preguntó cómo iban los preparativos para el pedimento de Sahira, que iba a ser una semana antes de Navidad. El traje de novia, ella se lo había mandado a confeccionar con una reconocida diseñadora en Río.

Era tan hermoso como el de una princesa. Se sentía muy feliz con su hermana, porque estaba enamorada de su prometido, aunque ella tan solo tuviese diecisiete años y el veintiuno, estaban muy seguros de que querían formar una familia.

Le gustaría muchísimo poder estar ahí, compartir con ella un momento tan importante, poder darle la mano y decirle palabras de aliento, que le ayudaran a relajar durante la prueba del pañuelo. Para ella, había sido algo traumático, por esto deseaba con todo su corazón que para Sahira no lo fuera.

En cuanto se calmó, cerró el grifo y salió de la ducha. Estaba segura de que en cuanto terminara de cenar, se iría a la cama, por lo que, decidió ponerse de una vez el pijama.

Cuando se encontró con Julio César, en el comedor para diez personas y que solo usaban ellos, él se dio cuenta de que había estado llorando.

—¿Quieres contarme qué pasa? Sabes que puedes contar conmigo… Estoy aquí para ti, mi gitanilla. —Le apretó la mano con infinito cariño.

—Nada…

—Nadie llora por nada.

—Bueno, es que estoy un poco triste, mi hermana pronto se casará, tendré un nuevo sobrino…

—Ay, cariño…, te entiendo. —Se acercó a ella y la abrazó—. Se cuán difícil es perder momentos lindos de la familia. También me pasa. —Él se sentía identificado con Samira, también había sido rechazado por sus padres, en cuanto decidió salir del clóset.

Samira quería contarle de Renato, pero temía que si le confesaba que aún le dolía y que lo seguía amando, pensara que era una estúpida por seguir sufriendo por un hombre que la engañó, jugando de la forma más vil con sus sentimientos.

Le avergonzaba que la creyera débil y con tan poco amor propio como para no olvidarse de él.

CAPÍTULO 22

Fue durante la cena de fin de año, cuando Liam sorprendió a la familia, al anunciarles que, a partir de la segunda semana de enero, se iría a vivir a Singapur.

—Papá necesita un gerente en esa sucursal, así que me ofrecí —comentó mientras picaba un trozo del pernil horneado.

—¿Por qué no me habías dicho nada? —Le preguntó Reinhard a Ian, en voz baja.

—Fue mi decisión que no les dijera. —Liam levantó la mirada hacia su abuelo, luego vio a su madre, que se había quedado muda y podía notar cómo se le cristalizaban los ojos.

—No entiendo, pero si en la sede principal estás bien…, haces lo que quieres… —Thais sentía un nudo apretando su garganta, buscó la mirada de Ian y luego la de su hijo—. ¿Por qué tomar esa decisión de irte tan lejos?

—Es una decisión muy personal… —intentaba explicar Liam, pero su madre atacó de inmediato a su padre.

—¿Por qué lo permitiste? —interrogó Thais a Ian, olvidando que estaban en una cena familiar.

—Fue mi decisión, agradezco que papá la respetara y que haya puesto su confianza en mí, para llevar las riendas de una sede tan importante…

—Pero puedes hacerte cargo de otra sede más cerca…

—Madre, es mi decisión, quiero irme a Singapur, ¿puedes respetar eso?

Ian necesitaba responder a la exigencia que su mujer le hacía con la mirada.

—No pude negarme, sé que está capacitado. —Él, mejor que nadie, conocía las razones de Liam, razones más poderosas que la misma responsabilidad de gerenciar.

—Ian… —Thais se ahogó con el nombre de su marido.

—Esta vez te quedaste sin cómplice, madre, puede que le hayas convencido de que retirara los papeles de la academia militar, pero ahora me adelanté a tus manipulaciones… Tengo treinta y cinco años, hace más de dos décadas que dejé de ser un niño. —Cuando su madre intentaba involucrarse en las decisiones que él creía importante para su vida, le era imposible no recordar la forma en que sus padres movieron sus hilos de poder, para que no lo aceptaran en la academia militar, y ese era un resentimiento que no superaba.

—Sé que lo harás bien, cariño. ¿Vendrás para las vacaciones?… —intervino Sophia, intentando que la tensión mermara un poco.

—Sí, prometo venir para las ocasiones especiales.

—Bueno, anota mi cumpleaños y el de tu abuelo. —Le sonrió, aunque también sentía que las lágrimas le anidaban al filo de los párpados.

—Oh, por fin… nos libramos de ti —dijo Hera, emocionada—. Adiós al perro faldero.

—No crean que podrán hacer lo que les dé la gana —dijo, señalando a cada gemela con el cuchillo—. Dejaré gente encargada de hacer el trabajo por mí.

Helena refunfuñó y las risas no se hicieron esperar, aunque la tensión de la reciente discusión se había disipado un poco, la nostalgia se podía sentir en el ambiente.

Cuando la cena terminó, poco a poco, se fueron levantando de la mesa, mientras seguían conversando y haciendo planes para ir al Reveillon.

Liam salió a una de las terrazas, necesitaba un poco de nicotina, que le ayudara a nivelar sus emociones. Antes de que alguien más decidiera ir a hablar con él, fue Reinhard quien quiso

acompañar a su nieto.

A Renato también le sorprendió el anuncio de su hermano, no se lo había dicho y; eso, que la noche anterior se habían reunido con algunos amigos y se quedó dormir en su apartamento.

Quizá no deseaba que pusiera sobre aviso a su madre, con certeza, esta no lo tomaría de la mejor manera.

Subió las escaleras para ir a cepillarse los dientes, cuando se encontró en el pasillo a Elizabeth.

—Ey, Liam siempre busca la manera de sorprendernos —comentó ella sonriente.

—Sí, pero creo que esta vez lo está haciendo porque de verdad necesita alejarse un tiempo de Río —respondió Renato, con las manos en los bolsillo del pantalón blanco.

—¿Sabes algo que yo no? —preguntó en un tono de secretismo, al tiempo que se le acercaba.

Renato podía notar el brillo de picardía en los ojos de Elizabeth, aunque la notaba algo pálida.

—No sé nada —mintió con una ligera sonrisa.

—Sé que sabes algo, pero está bien si se trata de un secreto —afirmó con la cabeza y le apoyó las manos en los hombros.

—Soy bueno guardando secretos… Eso debes saberlo.

—Sí, por eso desistí de mi plan de torturarte, para poder sacarte un poco de información; buscaré a alguien que se rinda más fácilmente a mis peticiones.

—Papá, estoy seguro de que vas a por él… No quiero desilusionarte, pero creo que tampoco podrás sacarle nada… Mas bien, dime, ¿a dónde iremos a celebrar el fin de año?

—Tú, ¿interesado en una celebración? No me lo puedo creer —rio y con una mano le dio una palmadita en el pecho.

—Solo me he adelantado a tu petición.

—Pues, esta vez, te has equivocado, primito —suspiró largamente—. Alexandre y yo no vamos a ir a ningún lugar, nos vamos a casa, estoy agotada y no me siento muy bien.

—¿Qué tienes? —De inmediato el tono de su voz se tiñó de preocupación.

—Nada de lo que preocuparse, así que puedes estar tranquilo. —Sintió en la palma de su mano cómo el corazón de Renato se alteró.

—¿Segura? Porque te noto algo pálida… —Le acarició la mejilla—. No está de más que vayas al médico, si Alexandre está muy ocupado con el trabajo, yo puedo acompañarte.

—Eres demasiado adorable, Renatinho… Ya fui al médico y no tengo nada malo.

Renato se quedó mirándola a los ojos, que le brillaban mucho más de lo normal y, aunque pálida, la notaba sonriente. En ese momento cayó en la cuenta de que tampoco la había visto tomar vino durante la cena.

—Estás embarazada. —No era una pregunta, sabía que estaba en lo correcto. La risa nerviosa de ella fue la respuesta más clara—. ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Ya le dijiste a tío Sam y a tía Rachell? —Esta vez se le aceleró el corazón de emoción.

—Solo lo sabe Alexandre y mamá, se supone que íbamos a dar la noticia durante la cena. —Puso los ojos en blanco—. Pero tras la bomba que lanzó Liam, es mejor dejarlo para otro momento. ¿Me guardarás el secreto?

—Sí, por supuesto —rio y de inmediato la abrazó—. ¡Muchas felicidades! Imagino que Alexandre debe estar muy feliz.

—Ha llorado más que yo…; sobre todo, porque nos tomó por sorpresa, algo falló en el método anticonceptivo, no esperaba salir embarazada ahora que estoy estudiando, pero ya que sabemos que pronto seremos padres, nos ha hecho muy feliz.

—Sé que serán buenos padres, supongo que puedes con un trimestre más en la universidad y luego congelas la carrera hasta que puedas retomar.

—En mis planes está hacer un par de trimestres, si es que no me afectan los malestares, que hasta ahora han sido terribles… La doctora me ha dicho que pasarán.

—Seguro que sí, me hace muy feliz… No puedo esperar para verte con la panza grandota… —dijo, tocándole el abdomen.

—Es mi mayor miedo, que crezca mucho, las estrías y todo eso…

—Te verás hermosa. —Volvió a abrazarla y le dio un par de besos en la mejilla—. Con o sin estrías, seguirás siendo hermosa y un maravilloso ser humano…

—Pero temo que si salen, ya no le guste tanto a Alexandre, ya sabes… —hablaba aferrada al abrazo de Renato.

Él se apartó y le llevó las manos a los hombros, donde emprendió una caricia por las clavículas, ascendió por el cuello hasta acunar su rostro.

—Te amará mucho más. Entiende algo, los hombres no nos fijamos en eso que ustedes creen que son imperfecciones. —Le guiñó un ojo—. Cuando una mujer nos gusta, nos gusta todo de ella… Puedes preguntárselo a él y verás que te dirá lo mismo.

—Se lo preguntaré, no creas que no —dijo con una sonrisa pícara, mientras apoyaba un dedo índice en el pecho de su primo.

—Bueno, como no tengo la obligación de ir a Copacabana, que debe estar infernal, como siempre, me voy a la tranquilidad de mi hogar, continuaré con el libro que estoy leyendo.

—Deberías ir con los chicos, divertirte un rato con ellos.

—¿Qué te hace suponer que leer no me divierte?

—No digo lo contrario, Renatinho… Solo que es el último día del año, podrías hacer algo distinto… Ya sé, escríbele a Bruno y vas a su casa, ahí siempre las celebraciones son memorables, también aprovechas para saludar a sus padres. ¿Cuánto hace que no los ves?

—A sus padres hace mucho, a Bruno lo vi la semana pasada… —respondió, Elizabeth tenía razón, los padres de su amigo siempre habían sido incondicional con él y los visitaba muy pocas veces.

—Bueno, ya le digo que vas para allá.

—Yo mismo le aviso —dijo, sacando el móvil de uno de los bolsillos del pantalón.

Elizabeth no se movió de ahí, ni siquiera le quitó la mirada de encima, hasta que Bruno le respondió y comprobó que se reunirían en su casa en media hora.

—Entonces, me despido. —Le dio un beso en la mejilla a su primo—. ¿Quieres que nos veamos uno de estos días para almorzar?

—Está bien, que sea pronto, antes de que empiece en el trabajo.

—Bien, te estaré escribiendo, no cambies de parecer…

—No lo haré… Bueno, voy a despedirme de mamá.

—Iré por Jonas y también nos vamos —informó, ya que el niño se había quedado dormido mucho antes de la cena. Había acordado con Luana, su hijastra, que se lo llevaría, para que la chica pudiera ir a divertirse.

Elizabeth siguió hacia la habitación donde estaba el niño, mientras que él tomó el rumbo opuesto, para ir a despedirse, en especial de su madre, que sabía debía estar bastante impactada por la noticia de la partida de Liam.

En su búsqueda, fue encontrándose con algunos miembros de su familia. Cuando por fin vio a su madre, fue a través del cristal de la puerta que daba a una de las terrazas, ahí estaba con Liam, quien la tenía abrazada.

Renato supo inmediatamente que le estaba pidiendo perdón por la forma en que la trató durante la cena, así era el carácter de su hermano, estallaba con reproches cínicos, pero luego se arrepentía y buscaba la forma de encontrar la indulgencia.

A pesar de la poca paciencia que lo caracterizaba, adoraba a su madre y ella a él; en realidad, Liam era su mayor debilidad. No era el mejor momento para interferir, por lo que, decidió alejarse y fue hasta donde su abuela, para pedirle que lo despidiera de su madre.

Condujo en silencio hasta la casa de Bruno, solo lo acompañaban sus pensamientos y una sonrisa, realmente se sentía muy feliz por Alexandre y Elizabeth. Lo admitía, admiraba bastante la relación amorosa de ellos, porque se enfrentaron a muchas cosas, para poder estar juntos; fueron siempre contra viento y marea, completamente seguros de su amor.

Hacía tanto tiempo que no visitaba esa casa, que había olvidado lo largo que era el camino de entrada; cuando por fin divisó la propiedad cálidamente iluminada, sintió que el corazón se le aceleraba, pero con prontitud empezó con respiraciones profundas, que lo ayudaran a tomar el control de sus emociones.

Se le hizo imposible no revivir el recuerdo de un terrible ataque de pánico que sufrió ahí, cuando tenía quince años, pero ahora podía controlarse, sabía cómo hacerlo, tenía el poder sobre sus pensamientos.

Se acercaba a la puerta principal, cuando Bruno, en compañía de Vera, salieron a recibirlo; verlos juntos le alegró, sobre todo, porque el hecho de que ella estuviese ahí, con la familia de su amigo, dejaba claro que la relación iba bastante en serio.

Desde hacía un par de semanas que se decidieron a ser más que amigos. Renato pudo notar que la química entre ellos era casi palpable, desde que tuvo la oportunidad de presentarlos, en octubre, empezaron a verse bastante seguido.

Bruno incluía a Vera en todos los planes que hacían y le preguntaba con frecuencia, disimuladamente, sobre sus intenciones con ella.

Renato sabía que Bruno solo quería asegurarse de no involucrarse con una mujer que a él también le gustara. No pudo mentirle, le dijo que ella le parecía atractiva pero solo eso, no sentía más que cariño fraternal y admiración por Vera.

Era evidente que a Bruno sí le gustaría tener con ella más que una amistad, así que, les ayudó a que se dieran la oportunidad de amarse. Ahora, después de dos semanas, se sentía feliz por ellos; en especial, por su amigo, que pasó tanto tiempo enamorado de Elizabeth, aunque jamás se atrevió a confesarle sus sentimientos por temor a ser rechazado.

—¡Bienvenido! —Bruno lo estrechó en un fuerte abrazo—. Me alegra mucho que decidieras venir. —Siguió sonriendo, su felicidad era genuina, porque Renato se involucraba cada vez más en reuniones.

Estaba saliendo de ese caparazón de temores, aunque su timidez con desconocidos se mantenía casi intacta, por lo menos, ahora era más participativo en las conversaciones y no se ponía nervioso por tener que relacionarse con otras personas. Incluso, algunas veces, lo había sorprendido cuando tomaba la iniciativa.

—También me da gusto estar aquí. —Se apartó del abrazo de Bruno, para saludar a Vera—. Hola, ¿todo bien? —Le preguntó, mientras la abrazaba.

—Hola, sí, todo bien. Qué bueno verte… Imagino que no esperabas encontrarme en esta reunión familiar —comentó con los dientes apretados, en una risita entre tensa y divertida.

—La verdad, me han sorprendido, pero me alegra saber que la relación va en serio. —Una vez que rompió el abrazo, se llevó las manos a los bolsillos del pantalón.

—Eso intentamos —confesó ella y le dedicó una mirada encantadora a Bruno.

La forma en que él le devolvió la mirada y le sonrió, le dejó claro que se estaban llevando muy bien; inevitablemente, sintió celos y, después de muchas semanas, el recuerdo de una mirada de Samira, esa tarde en el café La Candelaria, mientras ocultaban a sus amigos su relación, volvió como un destello, rápido pero enceguecedor.

—Bueno, entremos, mamá se muere por saludarte. —Le invitó Bruno, al tiempo que tomaba la mano de Vera y entrelazaban sus dedos.

Renato tragó grueso para pasar el sabor agridulce del recuerdo, sonrió y siguió a la pareja. Dentro, se dejaban escuchar los murmullos provenientes de los pequeños grupos que habían formado los miembros de la familia.

Bruno guio a Renato hasta el grupo en el que estaba su madre, en compañía de sus tías. En cuanto ella vio los soñadores y hermosos ojos azules del nieto de Reinhard Garnett, sonrió y se disculpó con sus acompañantes, para ir al encuentro del joven.

Se sorprendió cuando él tomó la iniciativa de saludarla con un beso en la mejilla y un ligero abrazo, ya que Renato no era muy dado a las muestras de afecto y le abrumaba si lo abordaban de manera brusca, por lo que, lo trataba no tan efusivamente.

En cuanto Raoul, su marido, lo vio, también se apartó del grupo en el que estaba y fue a saludarlo, ya que el cariño que sentían por él, era como si se tratara de un hijo más.

Renato fue presentado a todos los miembros de la familia, muchos de ellos, provenientes del exterior. Celebró con ellos la llegada del Nuevo Año y ya bastante entrada la madrugada, se sentía cómodo en el grupo de los más jóvenes, que estaban reunidos en una de las terrazas.

A su lado, estaba Raissa, una de las tantas primas de Bruno, a la que no conocía. La chica debía tener unos veinte, y tuvo la habilidad para sacarle un tema de conversación que él pudo seguir tranquilamente.

Llevaban como una hora conversando, ella era parte de la familia de Bruno que vivía en España y que esta era la tercera vez en su vida que visitaba a sus tíos.

Estaban hablando sobre sus estudios, él dijo que en marzo empezaría un doctorado en Economía y Gestión, pudo notar la sorpresa en sus ojos marrones. Así que prefirió dirigir la conversación hacia ella.

—¿Tú qué estudias? —Le preguntó, mientras dejaba el vaso de agua en la mesa auxiliar.

—Medicina, en Madrid.

Su respuesta hizo que el corazón de Renato se contrajera, pero no podía permitir que una simple profesión lo llevara a pensar en Samira y en dónde estaría o qué estaría haciendo. Sabía que esas preguntas no lo llevarían a ningún lado.

—¿Y cómo lo llevas? ¿Cuánto te falta?

Ella se echó a reír y puso los ojos en blanco.

—No lo llevo muy bien, me gusta la carrera, pero me está consumiendo… Y eso que recién empiezo, apenas estoy en el primer cuatrimestre del primer curso.

—Sí, dicen que la medicina es una de las carreras más exigentes.

—Ya lo creo. —Volvió a reír.

Siguieron conversando por varios minutos más, hasta que la luz del alba empezaba a divisarse en el horizonte. Momento adecuado para él despedirse.

Le dijo a Raissa que fue un placer conocerla y que esperaba verla nuevamente, antes de que regresara a España.

Ella le dijo que en un par de días se irían, que si deseaba, podía venir a cenar esa noche y; si no, con gusto lo esperaba en Madrid.

Renato aceptó la invitación de esa noche y también le dijo que cuando fuera a Madrid,

esperaba verla. Ya que, le agradó mucho su compañía; tenía una energía encantadora, que lo incitaba a seguir conociéndola.

CAPÍTULO 23

El último miércoles de marzo, Samira presentó por la tarde su último examen de Bioestadística, había sido más difícil de lo esperado y la verdad no estaba segura de haberlo aprobado, eso le tenía los nervios alterados, por lo que, le dolía el estómago y no había conseguido dormir más de dos horas.

Ese era su primer día libre, luego de terminar el primer cuatrimestre, estaba sentada en un taburete de la isla de la cocina, aún en pijama, frente a la computadora, a la espera de que cargaran las notas. No hacía más que recargar la página y estar pendiente del grupo de mensajería que compartía con sus compañeras de clases, las que estaban igual que ella, ansiosas y desesperadas.

Estaba tan concentrada en la pantalla, que ni siquiera había probado del café ni la bollería que Julio César le había puesto en la isla, para que desayunara.

Se mordisqueaba la uña del dedo pulgar y sentía los latidos de su corazón en todo su cuerpo, sobre todo, en sus sienes; un nudo hecho de lágrimas le apretaba la garganta.

—Trata de calmarte un poco, cariño… Estoy seguro de que has aprobado. —Le dijo Julio César, parado detrás de ella. Le masajeó los hombros, sintiendo lo tensa que estaba—. Samira, respira, anda, respira. —Le animó y le dio un beso en la mejilla.

—Estoy bastante nerviosa, la verdad —resopló, llevándose las manos a la cabeza.

—Pero no pasa nada, cariño… Si no apruebas, puedes ir a recuperación…

—Es que no quiero ir a recuperación, quiero acabar con esto ya… Tengo más ganas de terminar que de otra cosa —comentó mientras pulsaba el botón para recargar la página.

—¿Por qué tienes tanto miedo? Mira, todos los demás los has aprobado y con muy buenas calificaciones.

Samira se volvió a mirarlo por encima del hombro y los ojos se le llenaron de lágrimas, que se obligaba a no derramar.

—Es que no sé qué me pasó durante el examen, no sé si fue más difícil de lo que esperaba o era que estaba demasiado agotada, no me sentía muy bien, se me hizo imposible concentrarme… Y me siento molesta y triste, porque siento que en ese examen no pude demostrar cuánto me esforcé estudiando… Respondí lo mejor que pude, pero no sé…, la verdad… —Las vibraciones del móvil en la encimera de mármol la hicieron dar un respingo y volverse a coger el aparato. El corazón se le saltó por lo menos dos latidos, cuando vio que era el grupo de la clase. Prefirió no leer nada y volver a la página.

Recargó y ahí estaban las notas, tragó grueso y aceptó la mano que Julio César le ofrecía, la cual apretó con mucha fuerza.

Sus pupilas se fueron directas a ese siete punto cuatro que hizo que su pecho se relajara en medio de un suspiro de alivio.

—¡Siete punto cuatro! ¡Aprobaste! —celebró Julio César, soltándole la mano y la abrazó con fuerza, en medio de risas y gritos de emoción—. ¡Has aprobado, gitanilla! Y con buena nota.

—No es tan buena, pero es mucho más de lo que esperaba… Estaba aterrada —confesó con una mano en el pecho, intentado calmar los latidos de su enloquecido corazón.

—Bueno, cariño, ahora sí, come un poco, necesitas alimentarte bien… Es más, debemos celebrarlo, ¿por qué no te permites un día de relajación? Ve a un Spa, para que te consientan… y por la noche podemos ir a cenar, yo invito.

—Me gustaría poder dormir por tres días seguidos —dijo agarrando una torrija, aunque los nervios apenas menguados no le harían fácil digerir ni un bocado. Sabía que Julio César tenía razón, debía alimentarse, porque últimamente no era más que ojeras, huesos y una mata de pelo.

—Sí, tienes razón…, lo mejor es que trates de reponer todas las horas de sueño que has perdido, tienes toda la Semana Santa para hacerlo, así empiezas el siguiente cuatrimestre con las energías renovadas.

—Pero por supuesto que también quiero celebrar el resultado de mis esfuerzos, si no, ¿qué caso tendría? —comentó sonriente, al notar en su amigo algo de tristeza, debido a que estaba echando por tierra los planes.

—Sí, tienes razón, mereces celebrar…

—Voy a desayunar, me comeré todo esto, luego me iré a dormir unas ocho horas, mientras estás en el trabajo y; cuando regreses, nos vamos a cenar… ¿Te parece?

—Es un buen plan, ¿te gustaría que invitara a Romina y a Víctor? —propuso, tenía planeado que todas las personas que querían a Samira y a los que ella quería, estuvieran a su lado en un momento tan especial. Si bien, no podía estar con su familia de sangre, podía compartir sus logros con su familia por elección.

—Sí, por supuesto —asintió para reafirmar su respuesta y le dio un gran mordisco a la torrija, la cual masticó bastante y la pasó con un sorbo de café.

Él se sentó a su lado a desayunar, aunque debía darse prisa porque se le haría tarde para llegar al trabajo.

Samira, mientras comía, sentía que el nudo en su garganta se aflojaba y podía disfrutar de la variedad de bollería, al tiempo que interactuaba con sus compañeras de clases, en el grupo de mensajería, las que aprobaron se volcaron a darle ánimo a las que debían ir a recuperación.

Luego de casi acabar con todo lo que había sobre la isla, Julio César se levantó para ir a su habitación, prepararse e irse al trabajo. Samira, se hizo de una botella de agua y se fue a la terraza, para disfrutar un rato del sol matutino. Se sentó en el sofá de exterior, mientras seguía mensajeándose con las chicas.

Estaban planeando hacer reserva en Graf, para ir a celebrar, pero como Samira no era de ese estilo de ambientes, declinó la invitación; además, ya había aceptado la propuesta de Julio César, para ir a cenar con los más cercanos.

No obstante, aceptó el almuerzo del día siguiente y se despidió, aprovechó para llamar a su abuela, quería darle la buena noticia. Sabía que aún faltaba mucho camino por recorrer, que un poco más de cinco años la distanciaban de su gran sueño y; aunque el proceso se estaba haciendo cuesta arriba, lo estaba disfrutando.

Vadoma se emocionó hasta las lágrimas, asegurándole que no había dudado ni por un segundo de ella y que tenía la certeza de que iba a aprobar todas las materias.

Como siempre, las conversaciones con su abuela no duraban mucho, ya que debía seguir siendo cuidadosa, porque por la hora, su padre estaba en casa para el almuerzo. Terminó la llamada con un profundo suspiro y una sonrisa.

Julio César se acercó a la terraza para despedirse y ella se levantó a darle un abrazo, le deseó una buena jornada y; una vez que su amigo se marchó, se dirigió a su habitación. Se cepilló los dientes, se lavó la cara y volvió a la cama, le quitó el internet al teléfono y lo dejó en silencio, para evitar que interrumpieran su tan anhelado descanso. En pocos minutos terminó profundamente dormida.

Después de siete horas, despertó con un ligero dolor de cabeza por haber dormido tanto, si consideraba que, últimamente, dormía entre tres y cuatro horas; se quedó en la cama,

remoloneando, permitiéndose ese pequeño placer.

Luego de estirarse todo cuando pudo, salió de la cama y se duchó, se puso unos vaqueros, una blusa y unos botines; metió en su bandolera una manzana verde y una botella de agua, luego se dirigió caminando hasta la peluquería. En el trayecto, le mandó un mensaje a Julio César, para avisarle dónde estaría.

Cuando el estilista terminó de alisar su larguísima y abundante melena, a pesar de ser algo sencillo, le pareció que había dado un cambio de la tierra al cielo; incluso, su rostro casi traslúcido, ahora lucía más brillante, por lo que, sonrió al verse un mejor semblante.

No había pensado en qué ropa se pondría, hasta que pasó frente a una vitrina y le gustó el atuendo que tenía un maniquí. A pesar de la escandalosa suma de dinero que se había ganado, no había comprado más que un par de vaqueros, algunas camisetas y unos abrigos; seguía usando la ropa que Renato le había obsequiado.

Entró a la tienda, pidió las prendas del maniquí, también se hizo de algunos accesorios y unas sandalias.

De vuelta en el apartamento, iba camino a su habitación, cuando se detuvo en la puerta de Julio César y lo llamó, este le abrió, llevando una toalla alrededor de la cintura, recién terminaba de ducharse.

—¡Qué guapa! —silbó al verla.

—Gracias, ¿crees que me dé tiempo de maquillarme?

—Tómate todo el que desees, cariño, recuerda que es tu celebración.

—Está bien. —Le guiñó un ojo y se marchó.

Unos cuarenta minutos después, Julio César la esperaba en el salón, mientras disfrutaba de un té de miel y jengibre.

—No, no, no…, pero quieres robarte más de un corazón esta noche... —dijo moviendo el dedo, instándola a que se diera la vuelta—. Gira, gira… Déjame verte mejor.

Samira llevaba puesto un pantalón amarillo de corte ancho y una blusa de tirantes con rayas verticales blancas y azules. Se dejó el cabello suelto y aprovechó para aplicarse unas cuantas gotas del aceite floral que su abuela le enseñó a preparar; por último, se maquilló con tonos tierra.

—Creo que necesitaba sentirme guapa —confesó, ya que era consciente de que había descuidado bastante su aspecto físico, por los estudios.

—Estás preciosísima… Quizá esta noche encuentres un novio.

La sonrisa de Samira perdió brillo, le esquivó la mirada a Julio César y tragó grueso. No, ella no estaba preparada para volver a amar, no quería a nadie más en su vida, no quería vivir con otra persona la maravillosa experiencia que tuvo con Renato, a pesar de todo el dolor que le causó saberse engañada, los momentos bonitos nada ni nadie podía quitárselo, ni siquiera el mismo Renato, con lo desleal que se portó con ella.

—No tengo tiempo para ningún novio, te recuerdo que solo tengo una semana libre, después, mis estudios volverán a absorberme hasta la médula —respondió, al tiempo que caminaba a la nevera y tomaba una botella de agua, para cambiar el tema—. ¿Nos vamos? —preguntó, luego de beber un par de sorbos.

—Sí, por supuesto. —Hizo un ademán, para que saliera ella primero.

—¿Sería abuso de mi parte si te pido que conduzcas?

—Lo haré con gusto —dijo, sonriente tomando la llave que Samira le ofreció.

Comprendía que ella debía estar hastiada de conducir, lo hacía todos los días por unas cuantas horas. En cambio, el trayecto de él hacia el trabajo era mucho más corto y en moto,

vehículo que eligió cuando su amiga le ofreció obsequiarle un medio de transporte, que le hiciera ahorrar tiempo.

Como era costumbre, al subir al auto, pusieron música y cantaron durante todo el camino hasta Galería Canalejas, ya que Julio César había reservado en el restaurante St. James.

En la entrada dio el nombre de Samira Marcovich, el anfitrión los guio a la mesa donde ya los esperaban, Romina, Víctor, Magela, Luisa, Lena, Pablo, Javier y Amaury, este último, por fin lo conocería en persona, ya que solo lo había visto por videollamadas.

—No esperaba que vinieran todos. —Su sonrisa se hacía más amplia, a medida que se acercaban. Tenía mucho tiempo que no veía a Magela y a Luisa—. Gracias a todos por venir. —Avanzó con los brazos abiertos y primero se abrazó a Romina.

—Muchas felicidades, Sami…, primera etapa superada, un escalón menos en la escalera que te lleva a tu más preciado sueño. —Le dijo la gitana, sintiéndose genuinamente feliz por el logro de su amiga.

—Gracias, Romi, sin todo el apoyo que me han dado, no lo habría logrado o; por lo menos, no a este ritmo. —Estaba tan feliz que sentía las lágrimas al filo de los párpados.

Luego fue abrazando uno a uno a los asistentes, Julio César se encargó de hacer la respectiva presentación entre su novio y su mejor amiga.

Recibió con total agrado las lindas palabras de cada uno, una vez tomaron asiento, buscaron un tema de conversación, mientras decidían qué comer.

Samira se pidió una paella con langosta; Romina y Víctor, se decidieron por arroz negro con sepia; los demás, se pidieron de la basta variedad.

Fue a mitad de la cena cuando Víctor le preguntó a Samira si tenía planeado hacer algo en Semana Santa. Esta pensaba quedarse en su apartamento, descansando, pero Romina le dijo que debía aprovechar para viajar.

De inmediato, pensó en su familia, pero con la misma rapidez, desistió de la idea, porque sabía que terminaría sufriendo por el rechazo de gran parte de ellos. Le aterraba llegar a su casa y que su padre o sus hermanos no le permitieran la entrada.

—La verdad, no sé a dónde podemos ir…, porque sola no voy a ningún lado —respondió mientras dejaba la copa de agua junto al plato.

—Podemos hacer un viaje doméstico, así aprovechamos más los días de descanso —propuso Amaury.

Empezaron a llover destinos y, aunque la decisión era difícil y estaba en manos de Samira, ella quiso estar de acuerdo con la mayoría, por lo que, se decidieron por Ibiza.

Tenía ganas de ver el mar, disfrutar el aroma del salitre y esperaba que esos días le sirvieran para recargar las energías que tanto necesitaba, para superar el segundo cuatrimestre.

CAPÍTULO 24

Después de un par de días de que a Elizabeth le dieran el alta, Renato decidió visitarla, comprendía que debía sentirse abrumada con tanta atención.

Cuando llegó al apartamento donde vivía, fue recibido por Alexandre, quien estaba en el salón principal, en compañía de sus padres, también estaba Jonas, su tío Samuel y su abuelo Reinhard.

Aunque el espacio era bastante amplio, con la presencia de todos ellos lo hacían lucir pequeño. Se acercó y saludó a cada uno de los presentes, incluso, se acuclilló para saludar a Jonas, que estaba sentado en las piernas de su bisabuela. Ya que el niño, con una gran sonrisa, no paraba de decirle que, su «papi Alex», como solía llamar a su abuelo, tenía un bebé.

En Samuel Garnett, se podía notar claramente el pecho hinchado de orgullo por haberse convertido en abuelo, la dicha le salía por los poros y sus ojos color mostaza brillaban intensamente.

Alexandre, que tenía marcadas unas profundas ojeras y los rizos bastante desordenados, fue el encargado de guiarlo hasta la habitación en la que estaba Elizabeth.

—Es aquí —dijo, abriendo la puerta.

—Muchas gracias, Alex… —Le sonrió y le apretó un hombro, para reconfortar al pobre hombre, que aunque se notaba inmensamente feliz, también era evidente que sus horas de sueño eran mínimas.

Sonrió, sintiéndose entre emocionado y nervioso, al ver a Elizabeth en la cama, a pesar de su ligera palidez y las ojeras, lucía radiante.

En una esquina estaban Rachell, Sophia y Megan, mientras conversaban. Las saludó con la mano y siguió hasta Elizabeth.

—Pensé que jamás vendrías a conocer a tu prima —dijo ella, sonriéndole.

—Quise estar contigo desde que Hera me avisó que habías entrado en labor de parto —comentó, avanzando hacia ella—, pero estaba seguro de que lo menos que querías era sentirte abrumada. —Con mucho cuidado se acercó, para darle un abrazo y un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes?

—Eres el primero, además de mami y tía Sophie, que pregunta cómo me siento, antes de lanzarse a ver a Alexandra —dijo palmeando en el colchón, para que se sentara.

—No es que no me importe la niña, pero imagino que ella se está robando toda la atención. —Señaló donde Elizabeth le había indicado que se sentara—. ¿Estás segura? Puedo traer la butaca.

—Siéntate, Renatinho, que no estoy tan dolorida.

Él obedeció y con mucho cuidado se sentó.

—¿A quién se parece? —preguntó echando un vistazo a Luana, que llegaba con un bultito envuelto en una manta blanca.

—A su abuela —dijo Rachell, tan orgullosa como Samuel.

Megan y Sophia rieron, mientras negaban con la cabeza.

—Ay, mami, aún es muy pronto para saber a quién se parece; solo nació tres días antes de tu cumple, no creo que eso la convierta en tu gemela —comentó divertida, mirando a Rachell y luego se volvió hacia Renato—. Creo que tendrá el cabello rizado del padre.

—Sí, una motita de pelo así tenía Jonas —dijo Luana, admirando a la niña. Se la ofreció a

Renato.

—Ay no, no sé cómo cargarla. —De inmediato, sintió una presión en el pecho, era de nervios y emoción.

—No es nada difícil, solo tienes que asegurarte de sostenerle la cabeza —dijo Elizabeth.

—Te ayudo. —Luana procedió a explicarle.

Renato sintió a su prima segunda, cálida y pequeña entre sus brazos, de verdad que era hermosa, parecía una muñeca bastante sonrojada. Sintió el corazón latirle demasiado fuerte y un gran vacío en el estómago, pero era una experiencia agradable.

Era primera vez que tenía a un recién nacido en brazos, pues siempre se había negado a cargar a sus demás primos, le daba mucha agonía hacerlo y, como nadie lo obligaba a hacer cosas que lo incomodaban, nunca le insistieron; por lo que, a los quintillizos no los cargó sino hasta que cumplieron el año.

—Hola, Alexandra… ¿Te dijo tu mami que me gusta mucho tu nombre? —Le preguntó a la pequeña que sacaba ligeramente la lengua y abría a medias los ojos, para volver a cerrarlos. Renato pudo notar que iba a tener los ojos claros, probablemente, grises como sus padres.

—Sí, a ella también le gusta mucho —dijo Elizabeth.

Cuando Elizabeth cumplió el sexto mes de embarazo, le pidió a sus padres y a los de Alexandre, que enviaran una lista de nombres y; tanto ella como su marido, se sorprendieron cuando Samuel Garnett, solo envió: Alexandra.

No lo pensaron ni un segundo, el padre se sintió feliz de que su bebé pudiera llamarse como él.

A pesar de la inicial actitud reacia de Samuel, para aceptar a Alexandre, con el tiempo, comprendió que sí la merecía, ya que le había demostrado con creces que era un buen hombre y que por Elizabeth estaba dispuesto a dar la vida, si era preciso.

Renato estaba perdido en lo hermosa que era Alexandra, cuando la puerta de la habitación volvió a abrirse, para darle paso a Luck, que acababa de llegar de París. Él hizo una pausa en su muy ocupada agenda de la semana de la moda, para venir a ver a Elizabeth y; por supuesto, conocer a su princesa.

Al verlo, Elizabeth gritó emocionada, y la bebé se estremeció en los brazos de Renato, eso lo puso más nervioso y de inmediato se la devolvió a Luana.

Samira se encontraba en el café de Lena, donde más personas de las que había imaginado estaban celebrando su cumpleaños, se habían reunido ahí, sus amigos y algunos compañeros de clases.

Un gran pastel violeta y azul estaba coronado por un par de velas, que sumaban veintitrés, aunque en realidad estuviese cumpliendo veintidós; no obstante, el secreto de su verdadera edad era algo que muy pocos sabían.

Ya le dolían los pies de todo lo que había bailado, y su estómago estaba inflamado de lo mucho que había comido, aun así, se aseguró de dejar un poco de espacio para una rebanada de su pastel.

Había sido un buen día, desde muy temprano, empezó a recibir mensajes de felicitaciones de sus amigos en Chile, también de su abuela, su cuñada Glenda y de Adonay, que a pesar de que estaba en los preparativos de su pedimento, se hizo unos minutos para hacerle una videollamada; no solo la felicitó, sino que también le pidió su opinión sobre el traje azul marino que debía usar esa noche.

Le gustó mucho verlo un poco más animado con su compromiso, ya que al principio estaba bastante renuente, porque había sido una imposición de su padre. Según su tío, Bavol,

consideraba que era hora de que Adonay formara su familia y estrechara lazos con una familia gitana tan importante, que le quitara la mancha que ella había dejado con su huida.

Lo único que sabía de la prometida de su primo era que la chica vivía en São Paulo y que hasta ahora solo se habían visto un par de veces, quizá fue en el segundo encuentro donde Adonay se sintió atraído por ella.

A pesar de que estaban en pleno otoño, se sentía acalorada, no sabía si se debía a la cantidad de presentes en un lugar tan pequeño, a todo el esfuerzo físico de haber bailado o al clericó que estaba bebiendo, por lo que, decidió salir para refrescarse.

—Necesito un poco de aire. —Le dijo a Lena, mientras que con una mano se alzaba el cabello, dejando expuesta su nuca y con la otra se abanicaba.

—Si quieres te acompaño —ofreció la peliazul.

Samira asintió y, en su camino a la salida, recibió un abrazo de Raissa, que volvía a felicitarla; se mostraba bastante emocionada, probablemente, producto de todos los mojitos que se había tomado.

—Te quiero, reina. —Le dio como media docena de besos, sin despegarle los labios de la mejilla.

—Yo también, yo también —aseguró Samira, sonriente, mientras correspondía al abrazo.

Lena intervino para liberarla de esa explosiva muestra de afecto y logró llevarla afuera.

A Samira el viento frío le pellizcó las mejillas, pero fue bastante agradable que la refrescara; respiró profundo y luego exhaló largamente.

Mientras Lena sacaba del bolsillo de su chaqueta de gamuza marrón, la cajetilla de cigarros.

—¿Te importa? —preguntó, mostrándole la caja.

—No, para nada —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —siguió, al tiempo que se llevaba un cigarro a los labios.

Samira se volvió a mirar por encima del hombro, a través de los cristales, a tantas caras conocidas, disfrutando de la música que en ese momento llegaba atenuada a sus oídos; sonrió y sus ojos se cristalizaron de genuina emoción.

—Sí, no esperaba nada como esto —confesó. Jamás se imaginó en un ambiente así, con tantos amigos y conocidos. Ella, que creció con la idea preconcebida de que siempre sería marginada por el origen de su etnia.

Sí, en algún momento fue blanco de ofensas de ciertas personas, pero estaba segura de que solo se trataba de gente que no podía entender que lo mejor de la vida era vivirla, sin las ataduras de los prejuicios.

Podía contar con los dedos de una mano esos desagradables episodios en los que tanto creía su padre. Esas ideas de discriminación hacia los gitanos, que solo existía en la mente de unos pocos.

En el ambiente donde estaba ahora no había diferencias, no existían gitanos y payos, europeos y latinos, blancos y negros; todos eran seres humanos que disfrutaban de vivir la vida sin complicaciones.

—Fue idea de Julio César, él te adora —aseguró Lena, sonreía y expulsaba el humo de su segunda calada.

—No sé qué sería de mí sin él. —Samira sonrió, nostálgica.

Conversaron por otro rato, hasta que Lena dijo algo que a Samira le encogió el estómago.

—¿Cómo que venderlo? —preguntó, parpadeando muy rápido, a causa de la sorpresa.

—Sí, quiero irme a Tailandia, tener una vida más relajada, el caos de la ciudad ya no es para mí; necesito vivir en unas eternas vacaciones…

—¿Incluso el café te tiene agotada? —preguntó Samira, ella adoraba ese lugar, tenía un encanto único.

—No, el café ha sido mi sueño materializado por más de diez años, pero Hacienda está haciendo que se convierta en una pesadilla —expuso con una risa y luego le dio una calada más al cigarro.

—Te entiendo. —Samira estaba de acuerdo, ella misma le parecía irrisorio todo lo que tenía que pagar en impuestos al año—. Supongo que te llevarás a Gatsby.

—Es mi hijo, no lo dejaré por nada del mundo —hablaba con orgullo de su adorado gato—. Lo llevaré a donde vaya.

Fue en ese momento que Samira pensó en que muy pronto Julio César, Javier y Pablo iban a quedarse sin trabajo. No sabía si quien compraría el lugar seguiría manteniendo esa esencia bohemia que tanto le gustaba.

—Sé que jamás dejarías a Gatsby, voy a extrañarlo, y a ti también, por supuesto…

—Siempre podrás visitarme una vez esté instalada. No será un problema para ti.

—Seguro que lo haré… ¿Ya tienes algún cliente?

—Aún no, el martes vendrá un agente de bienes raíces, para hacer el avalúo comercial y así poder ponerlo en el mercado.

—No lo hagas, yo te lo compraré. —Samira sabía que no era idóneo que tomara esta decisión sin antes consultar con su abogado y contador, pero le gustaba mucho el café, era un lugar en el que se sentía bien.

—¿Qué? —La reacción de Lena era de sorpresa. Sí, ella estaba al tanto de que Samira se había ganado un premio y que fácilmente podría pagar por el local, pero también era consciente de que con sus estudios, no contaba con tiempo para administrarlo—. ¿Cómo harás? ¿Y las clases?

—Siempre me ha gustado este lugar y todo lo que tenga que ver con gastronomía me fascina… Ciertamente, no dejaré de estudiar, sin embargo, ahora que solo tengo clases por las tardes, podré administrarlo por las mañanas, y estoy segura de que Julio César podrá hacerlo perfectamente por las tardes… ¿Qué dices?

—Creo que no podría dejarlo en mejores manos. —Los ojos de Lena destellaron de emoción —. Sé que lo harás más reconocido…

—Pero tendrás que darme el ingrediente secreto de la masa de los churros —comentó Samira.

Había empezado su tercer año de carrera en septiembre y con un horario menos exigente, sentía que por ahora sus estudios no acabarían con ella. Si las cosas llegaran a complicarse, bien podría recurrir a un tercero, para que le ayudara a Julio César con la administración.

—Por supuesto, necesitarás mantener la clientela…

—Te prometo que no dejaré que muera este lugar que fue tu sueño.

Lena le ofreció los brazos para estrecharla y Samira no dudó en abrazarla con fuerza. Acordaron no decir nada durante la fiesta; aunque esa noche, Samira hablaría con Julio César, para saber si estaba dispuesto a aceptar la responsabilidad de administrar el lugar.

Un par de horas después, decidieron que era momento de partir la tarta y cantarle: «feliz cumpleaños».

Samira los admiraba con un nudo de felicidad en la garganta, no quería llorar como ya lo había hecho otras veces, sobre todo, por la nostalgia que le provocaba no estar con su familia, a la que a pesar del rechazo, seguía queriendo y extrañando; desvió la mirada a las velas que flameaban intensamente y tragó el obstinado nudo.

Una vez pidió su deseo, el mismo de cada año desde que salió de su casa, que algún día sus padres la perdonaran y le permitieran ir aunque solo fuese de visita.

Sopló fuerte y las velas se apagaron, dando el paso a una lluvia de aplausos y silbidos; volvió a recibir besos, abrazos, buenos deseos y también algunos tirones de oreja, tradición que le hacía recordar lo poco que le agradaba esa parte de su cuerpo.

CAPÍTULO 25

Seis semanas después, el café de Lena cambió de dueña y de nombre. Samira, aunque decidió mantener todo el estilo bohemio del lugar, decidió llamarlo: *Saudade*. Ya que era un sentimiento que constantemente la invadía.

Esa sensación agridulce de tenerlo todo y, a la vez, no tener nada. Sí, le hacía inmensamente feliz estar cumpliendo su más grande sueño, tener nuevos y buenos amigos, no preocuparse en absoluto por su situación económica y también poder ayudar a las personas de su entorno, pero siempre le hacía falta algo, le hacía falta el ambiente familiar, su gente, estar ahí donde echó raíces.

Odiaba que la nostalgia aprovechara sus momentos de soledad u ocio, para querer devorársela viva, por eso necesitaba siempre estar ocupada, estar con alguien que la distrajera. Y sin duda, pasar sus mañanas libres en el café que ahora era suyo, le sería de mucha ayuda.

Al principio, Julio César tuvo miedo de que ese rol le quedara grande, pero después de conversarlo mucho, decidió enfrentar ese nuevo reto.

Si bien el café seguiría manteniendo el mismo estilo, era necesario que tuviera una mejora en la imagen, Samira contaba con los recursos para invertir en mobiliarios y utensilios nuevos; aunque lo quería hacer todo ella, no contaba con el tiempo, por eso decidió contratar los servicios de una diseñadora de interiores. No quería que la decisión fuese solo de ella e involucró a Julio César y a Lena. Aunque ya no era suyo, Samira le había prometido a la peliazul, que siempre la mantendría al tanto de todo lo que hiciera.

Mónica, la diseñadora de interiores, una mujer con un estilo bastante elegante y una llamativa melena rizada, se hizo presente en el lugar, con varias muestras de telas, maderas, tejidos, piedras, metales; además de un gran portafolio.

Cada uno se tomó un par de cafés, mientras duró la reunión, la mujer explicó qué hacer con cada espacio, aunque los demás no compartían su visión, les costaba visualizar el espacio con su mismo entusiasmo; terminó pidiéndoles que confiaran, que todo quedaría hermoso y que podría tenerlo listo en dos semanas.

Samira, Julio César y Lena, estuvieron de acuerdo, no dudaban de que Mónica sabía lo que hacía.

Una vez que la mujer se fue, volvieron a la mesa, para conversar los detalles.

—Me alegra que puedas pasar fin de año con tu familia —dijo Samira, para cambiar del tema de la remodelación del lugar.

—Sí, creo que después de todo, es mejor que se haya retrasado la entrega de la casa, porque mi hermano vendrá

—¿En serio? Es una excelente noticia. —Samira se mostró emocionada, sabía que el hermano vivía en Canadá y no se habían visto en cinco años—. Por fin conocerás a tu sobrina.

—¡Sí! Pero creo que ella está más interesada en conocer a Gatsby, que a su tía.

—¡Pero quién no quiere conocer a Gastby! —intervino Julio César, sonriéndole y le apretó el antebrazo—. Lo siento, cariño…, tienes un gato encantador.

—Supongo que tú lo pasarás con la familia de Amaury.

Julio César miró de soslayo a Samira.

—Aún no lo sé.

—No me digas que no te ha invitado.

—Aún no, pero si no lo hace, no importa, ya los conozco, he compartido con ellos muchas veces… Creo que mejor lo pasaré con el amor de mi vida —dijo, al tiempo que le pasaba un brazo por encima de los hombros de Samira y la acercó a él.

—Entonces, lo pasarán con Romina y Víctor.

—No, este año ellos viajarán a Andalucía —informó Samira, con una sonrisa llena de nostalgia, porque estaba segura de que esos días para ella no serían fáciles.

—Bueno, si quieren, pueden venir a mi casa… Saben que son bienvenidos —ofreció Lena, notando cómo los ojos verdes selva de Samira se cristalizaron.

—Gracias, Lena, pero es un día familiar, es mejor que se sientan en la confianza de compartir entre ustedes —alegó Samira y apoyó la cabeza en el hombro de Julio César —. Nosotros estaremos bien.

—Pero deberían hacer algo diferente, no pueden quedarse en el apartamento, solos…

—¿Y si nos vamos de viaje? Debe ser fabuloso pasar Navidad y recibir Año Nuevo en otro lugar… —propuso Julio César, sabía que quedarse a pasar solos esas fechas, mataría de nostalgia a su gitanita.

—Tenemos muchas cosas que no podemos dejar de lado…

—Estarás de vacaciones. —La interrumpió, mientras apretaba su agarre, para confortarla y convencerla—, podemos irnos el día después de que termines clases…

—Julio César, está bien si quieres ir a otro lado, puedes hacerlo. El café no puede quedar cerrado por tanto tiempo y es mi responsabilidad mantenerlo a flote…

—Bueno, bueno —intervino Lena, sujetó la mano de Samira y la sacudió ligeramente—. La idea de Julio César es muy buena; sí, deberían ir, aprovecha esta oportunidad. Sé que te preocupa el café, si deseas, puedo hacerme cargo por lo que resta de año, contrata a un par de empleados más, para que cubran a Julio César, que, a fin de cuentas, los van a necesitar.

—Lena, son tus últimos días en Madrid, es justo que los pases con tu familia.

Ante las palabras de Samira, la peliazul se carcajeó.

—Vamos, guapa…, que amo a mi familia, pero Dios sabe que si pasamos mucho tiempo juntos, terminaremos matándonos. Con que los acompañe durante las cenas, estará más que bien.

—¿Estás segura? —preguntó, apretando la mano de Lena, que aún la sujetaba.

—Completamente.

—Entonces, no hay más que discutir… Pasaremos Navidad y Fin de Año en algún rincón del mundo. ¿A dónde quieres ir? —preguntó Julio César.

—No tengo idea. —Aunque muy en el fondo, sabía que quería ir a Río, también sabía que estar en su ciudad le haría más daño que bien.

—Yo tengo un truco… —dijo Lena, levantándose; corrió al estante que estaba tras el mostrador, se hizo un globo terráqueo en colores beige y negro—. Lo dejo a la suerte. —Regresó y lo puso en la mesa.

Todos rieron emocionados.

—Elige el lugar. —Julio César instó a Samira.

—No, mejor hazlo tú —pidió la gitana.

—¿Por qué no lo hacen los dos? —alentó Lena—. Apunten los dos.

Samira y Julio César se tomaron de las manos, entrelazaron los dedos, dejando ambos estirados el índice.

—Cierren los ojos. —Les dijo Lena.

Ambos obedecieron, suspiraron y sonrieron como tontos. Lena hizo girar el globo terráqueo. Samira y Julio César lo detuvieron con las yemas de los dedos. Al abrir los ojos, se carcajearon

cuando se dieron cuenta de que habían apuntado en medio del Atlántico.

—Una vez más. —Lena giró el globo.

Samira y Julio César volvieron a cerrar los ojos y apuntaron una vez más. Esta vez, se detuvieron en el mar de Japón.

—Otra vez en el mar, será que nos toque en un crucero —comentó el peruano.

—Quedaron en medio de Japón y Corea del Sur, pueden elegir entre esos dos.

Ellos se dedicaron una mirada cómplice y asintieron.

—Corea del Sur —dijeron al unísono.

Así fue cómo el veintiuno de diciembre, Samira y Julio César estuvieron en el vestíbulo del hotel Gran Hyatt, en Seúl, donde un inmenso árbol de Navidad, en tonos dorados, atraía las miradas de los huéspedes y visitantes.

Ellos imaginaron que iba a ser una experiencia maravillosa, desde el momento en que salieron del aeropuerto y vieron la ciudad iluminada por cientos de miles de luces led, que creaban un perfecto ambiente navideño.

Fueron guiados a la recepción, donde Samira, con un inglés bastante fluido, pudo comunicarse con una de las mujeres que atendía tras el lujoso mostrador de mármol negro y dorado.

Ella les pidió los pasaporte y mientras ingresaba la información en el sistema, Julio César estaba entretenido, mirando hacia el gran vestíbulo.

—Son muy lindos los adornos en las mesas, parecen hechos de galletas de jengibre.

Samira se volvió a verlos, tenía razón, eran hermosos y el lugar demasiado elegante, pero se había prometido darse esas vacaciones por todo lo alto, porque no sabía cuándo volvería a tener tiempo para hacer algo parecido.

Justo en el momento en que uno de los ascensores que quedaba detrás del gran árbol de Navidad, abrió sus puertas y salió un grupo de ejecutivos, entre orientales y occidentales, todos vistiendo largas gabardinas negras y grises, la recepcionista llamó su atención para devolverles los documentos de identidad.

Ambos se volvieron al mismo tiempo y con amables sonrisas recibieron sus pasaportes. Luego, un anfitrión se acercó a ellos, para guiarlos a sus respectivas habitaciones.

Una vez instalados, acordaron descansar unas horas, porque el viaje había sido agotador, ya después bajarían a recorrer la ciudad y a llevar a cabo el primer plan: comer pollo.

Renato había tenido una semana bastante exhaustiva, prácticamente, dos reuniones por día; tuvo que prepararse con casi un mes de anticipación, para, una vez más, reemplazar a Helena. A pesar de que consiguió dominar el tema, seguía estudiando en todo momento la negociación de obtener una participación en la creación de un gigantesco parque eólico frente a las costas de Sinán, en el suroeste de Corea del Sur.

Se trataba de un negocio prometedor, ya que ese parque sería siete veces más grande que el mayor campo eólico en alta mar, y generará una energía comparable a seis centrales nucleares.

El país sufría escasez de recursos energéticos tradicionales, por eso se fijaría el objetivo de lograr la neutralidad en materia de carbono, para dentro de seis años.

Estaba seguro de que no le negarían la participación, porque el grupo EMX, durante décadas, fue uno de los principales en venderles petróleo y gas licuado al país, a través de Korea National Oil Corporation.

En la reunión de esa tarde, se anunció que solo dos compañías petroleras y energéticas de América habían obtenido la participación, uno fue el colosal canadiense Enbridge Inc y el otro

fue el conglomerado brasileño EMX.

Una vez que Renato firmó todos los documentos, estuvo seguro de haber conseguido el objetivo y; terminada la reunión, estrechó las manos de los canadienses e hizo reverencia ante los coreanos, mientras pronunciaba: «gamsahamnida».

Salió junto al equipo que lo había acompañado, el cual partiría rumbo al aeropuerto, mientras que él debía esperar un par de días, por la llegada de Liam, que vendría desde Singapur, para irse juntos a Río.

En el vestíbulo fue retenido por dos de los ejecutivos canadienses, quienes lo invitaron esa noche a una cena, para celebrar el acuerdo que recién habían firmado.

Renzo y Gabriel, apenas tenían tiempo para subir a sus habitaciones a por el equipaje, por lo que, esa noche él no tendría nada que hacer y, aunque le agradaba la tranquilidad que le brindaba cenar solo, aceptó la invitación, solo por corresponder a la cordialidad de sus colegas; además, le gustaría apreciar por última vez la belleza de la asistente de Mark Rodman.

La pelirroja había captado su atención desde que la vio y sus miradas se habían cruzado muchas veces, aunque él siempre terminaba esquivándola, no quería que malinterpretara su admiración.

Ya en su habitación, aprovechó para hacerle una videollamada a Helena, sabía que esperaba, ansiosa, noticias positivas. Él no era de crear suspenso, por lo que, le dijo de inmediato que se había conseguido la participación.

Su tía jadeó de júbilo, le agradeció por todo lo que había hecho y le confesó que sabía que él lo conseguiría.

—¿Tienes tiempo el viernes para hacer una videollamada con la junta directiva? —Le preguntó mientras se sentaba en el sofá y se quitaba los tacones que le estaban torturando los pies. Ella recién llegaba de una cena de negocios que se extendió hasta un poco más de medianoche.

—*Hola, amor, ¿puedo?*

Renato escuchó la voz de Lucas.

—Sí, hablo con Renato, ven aquí, necesito un masaje —pidió Helena, estirando la mano que tenía libre.

—Sí, tendré que hacerla durante el vuelo —respondió y pudo ver en la pantalla cómo Lucas aparecía detrás de Helena, vistiendo solo un pantalón de chándal gris y llevaba el cabello suelto. Le dio un beso en la mejilla y su tía gimió complacida.

—Hola, Renato, ¿todo bien? —preguntó el rubio, al tiempo que masajeaba los hombros de Helena.

—Todo bien, gracias… ¿Cómo estás?

—Complaciendo las exigencias de tu tía —sonrió y le dio otro sonoro beso en la mejilla.

—Entonces, ambos cumplimos la misma función, aunque en diferentes ámbitos —bromeó Renato.

—Muy gracioso. —Helena hizo un mohín.

—Bueno, te dejo para que descanses, se te nota agotada.

—Lo estoy, mañana le pido a Olivia que te envíe la hora de la reunión.

—Está bien, saluda a Hera; supongo que debe estar por ahí…

—Ya está durmiendo —intervino Lucas y le dedicó una mirada cómplice a Helena.

Renato comprendió el gesto, no era secreto para la familia, el tipo de relación que llevaban sus tías con Lucas; incluso, pensaron que esa sería la causa de la muerte de Reinhard Garnett, pero para sorpresa de todos, lo tomó con bastante naturalidad. La razón era que él alcahueteaba

cualquier cosa que hicieran sus princesas.

—Imagino que debe estar cansada… Ahora sí, me despido, también voy a descansar un par de horas… En un rato tengo una cena de despedida con el grupo canadiense.

—¿También los eligieron? —preguntó Helena.

—Sí, pero entraré en detalles durante la reunión, ahora ve a descansar… Lucas, asegúrate de que lo haga.

—Lo haré, nos vemos luego. —Se despidió el fortachón de más de dos metros.

—Adiós.

—Adiós, Renatinho… De nuevo, muchas gracias.

—Con gusto. —Renato terminó la llamada, dejó el móvil sobre la mesa de noche y fue a ducharse.

Después de casi una hora de estar bajo la regadera con el agua caliente, envuelto en un albornoz, regresó a la habitación; fue al salón a por una botella de agua, le dio un gran sorbo y regresó a la cama, prendió el televisor, dispuesto a ver alguna película, se decidió por una de acción, pero no llevaba ni la mitad cuando terminó dormido.

.

CAPÍTULO 26

Fue el sonido de unos disparos y una persecución en automóviles lo que lo despertó, tras un minuto en el que se sacudía los vestigios del sueño y se ubicaba en tiempo y espacio, se dio cuenta de que no se trataba de la misma película que había estado viendo antes de quedarse dormido.

Tomó el teléfono y se dio cuenta de que habían pasado cuatro horas, lo que le venía bien, después de tantos días atareados.

Se quedó en la cama, con el control remoto en la mano, saltando de un canal a otro, buscando algo entretenido que ver, sabiendo que en realidad no estaba interesado en nada. Eso lo hizo hasta que se acercaba la hora de la cena; una vez más, fue al baño y volvió a ducharse, además, se tomó el tiempo para recortarse un poco la barba que llevaba un par de meses dejándosela crecer.

Se puso un traje azul marino con un jersey negro y una bufanda marrón, del mismo tono que los zapatos. Una vez listo, agarró el móvil y bajó al restaurante, donde lo esperaban los ejecutivos; no vio a Heather ni a su compañera de la que no recordaba el nombre, pensó que quizá no le habían extendido la invitación a las asistentes o que al igual que su equipo de trabajo, regresaron enseguida a Canadá. Se sintió un tanto desilusionado, pero decidió disfrutar de la cena.

Mark pidió una botella de vino y él no pudo negarse cuando le sirvieron la copa, esa semana había consumido más alcohol de lo que lo había hecho en todo el año, pero eso le hacía más tolerables las largas charlas en las que participaba estrictamente lo necesario.

Tras el tercer sorbo, su mirada fue atraída por la pelirroja vestida de blanco que resaltaba entre las tantas prendas oscuras de los demás comensales, venía junto a su compañera, y su pecho se agitó ante la sorpresa.

Los tres caballeros se levantaron para recibirlas, mientras que el anfitrión les apartaba las sillas, para que pudieran sentarse. Ellas saludaron y se disculparon por la demora.

Cuando volvieron a sentarse, la mirada de Renato se encontró con la azul oscura de Heather, ella le sonrió amablemente, él intentó hacer lo mismo, aunque no estaba seguro de haberlo conseguido o si; por el contrario, solo se trató de alguna mueca. La mujer lo intimidaba y le atraía a partes iguales.

En ese momento, Peter, pidió las cartas, mientras conversaban sobre la participación que ambas compañías habían obtenido y las expectativas que eso creaba.

En algún momento, Mark habló de su familia, llevándolo a un tema más personal, mencionó algo sobre el delicado embarazo de su esposa y que estaba ansioso por volver a casa.

Renato no se sentía cómodo cuando se trataba de hablar de cosas personales con gente que hasta hace poco eran unos perfectos desconocidos; así que, solo seguía atento a lo que ellos decían.

No pasó por alto que Heather, en varias oportunidades, trató a su superior con una confianza bastante natural, lo que le hizo suponer a Renato, que quizá mantenían una relación más allá de la laboral y que estaban pasando la raya de la prudencia, debido a las varias copas de vino.

El hombre no se incomodaba, por el contrario, le seguía con la misma naturalidad. Entonces, Renato no tuvo dudas, debían ser amantes, por ello se obligó a no volver a mirarla.

Pero, en lo que restó de cena, falló en el intento varias veces, solo para encontrarse con que

ella también lo observaba y; en algunos casos, igual que él, intentaba disimular.

Tras dos horas de charlas, vinos y buena comida, Renato consideró prudente despedirse, ya que sus acompañantes no parecían ni de cerca interesados en querer dar por finalizada la cena.

A pesar de que el día siguiente lo tenía libre y podría trasnocharse, ya sentía los efectos del vino subiendo a su cabeza y odiaba convertirse en una marioneta del alcohol. Decidió despedirse antes de perder el control.

Estrechó las manos de sus acompañantes y sus ojos se quedaron más tiempo en los de Heather, mientras se despedía.

Salió del restaurante con destino a su habitación, aunque, en el vestíbulo, se vio tentado a salir a dar un paseo y se quedó mirando a través de los cristales el exterior, prefirió ir a descansar, puesto que no estaba vestido adecuadamente para el inclemente frío que debía hacer afuera.

Entró al ascensor y las puertas estaban por cerrarse cuando el sonido de unos tacones sobre el mármol le hizo volver la mirada al frente, la respiración se le atascó en la garganta al ver que era Heather, y sus reflejos actuaron tan rápido como para presionar el botón de mantener las puertas abiertas.

—Gracias —dijo ella en cuanto entró. A pesar de que no se había preocupado por apresurar el paso, tenía el pecho agitado.

—Con gusto —respondió Renato, con una gentil sonrisa, aunque en cuanto las puertas del ascensor se cerraron, el ambiente se llenó de tensión.

Quería decir algo que rompiera el silencio, pero nada le venía a la mente. Mientras observaba cómo ella pulsaba el botón del piso en el que estaba, un par más abajo que la de él.

—¿Te gustó la cena? —preguntó la mujer, siendo la primera en romper esa atmósfera tan densa.

—Sí, todo estuvo muy rico —respondió y sus pupilas siguieron cómo ella, de manera casi imperceptible, saboreó el labio inferior.

No era tan tonto como para no darse cuenta de que el influjo de su respiración era visible, cada vez que sus pechos subían y bajaban, así como el ligero temblor o el constante parpadeo.

La mujer debía estar más cerca de los cuarenta que de los treinta, lo que la hacía dueña de un atractivo casi intimidante. Volvieron a mirarse y no hacía falta expresar con palabras el deseo que anidaba en sus pupilas, como un fuego infinito.

Una vez más, el silencio se instaló, hasta que las puertas del ascensor se abrieron.

—Buenas noches, que descanses —expresó con la voz ronca por el deseo contenido y la impotencia de no haber sido más arriesgada.

—Igualmente, descansa —deseó Renato, sintiéndose igual de impotente; no obstante, en un arrojo de valor, antes de que ella cruzara el umbral, estiró su mano y tomó la de la mujer, reteniéndola.

Heather se volvió a mirarlo por encima del hombro, no hizo falta que él dijera nada, sus ojos suplicaban por algo que ambos anhelaban desde el momento en que se vieron. Así que, dio un paso atrás y volvió dentro del ascensor.

No se besaron, a pesar de las ganas, solo se quedaron tomados de las manos, con las respiraciones erráticas y acordando con las miradas lo que harían.

En cuanto entraron en la habitación de Renato, cualquier muro que contenía el deseo se rompió, no fue necesario un arrebato de pasión, se acercaron lentamente.

Heather se sujetó de las solapas de la chaqueta y Renato le llevó las manos a los costados del cuello, se miraron por un momento, él acercó su boca para besarla, pero ella retrocedió con una

sonrisa provocadora.

Renato volvió a intentarlo y ella repitió su juego, poniendo a prueba las ganas del hombre; y antes de que él insistiera una tercera vez, fue ella quien se encargó de hacer que sus bocas por fin se unieran.

El beso era lento pero intenso y se hacía más profundo con cada segundo, saboreando el sabor del vino en la boca del otro. Las manos de Renato empezaron a moverse por la espalda femenina, hasta llegar a sus nalgas, las que apretó y empujó, para sentirla más contra su pelvis.

Fue Heather quien empezó a desvestirlo, le quitó la bufanda, la chaqueta y metió sus manos por debajo del jersey, sintiendo la piel suave y caliente de Renato.

—¿Quieres hacerlo? —preguntó él, esperando el permiso para bajar el zíper del vestido.

Tenía muy presente la confianza entre Mark y ella, no sabía la naturaleza de esa relación, pero no quería meterse en problemas.

—Desde que te vi —respondió, bajando sus manos al cinturón y empezó a desabrocharlo.

Renato no dudó más, a tientas, busco el zíper en la espalda y lo bajó, luego llevó las manos a los hombros y tiró hacia debajo de la tela, dejando al descubierto un sostén sin tiros.

Una a una las prendas fueron cayendo al suelo y, en medio de besos y caricias, atravesaron la suite hasta llegar a la habitación.

Cuando Renato se sentó en el colchón, ya estaba desnudo, al igual que Heather. Él se tomó el tiempo para admirarla, mientras le acariciaba los costados.

Hacía mucho tiempo que no tenía frente a él a una mujer desnuda, ni sus manos mucho menos disfrutaban de una tersa piel erizada.

—¿Tienes condones? —preguntó ella, mientras lo masturbaba y le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Sí, sí…, en la mesa de noche —respondió con la garganta seca, recordaba haber visto varios paquetes.

Heather buscó en el cajón y con las manos temblorosas por la adrenalina, no perdió tiempo en ponérselo, aunque con la ayuda de Renato.

Era ella quien, sin duda, llevaba el control de la situación, se sentó ahorcajadas y guio el pene hasta su entrada, que poco a poco se acostumbró al tamaño.

Renato le tenía una mano en las caderas, mientras que, la otra, sostenía el pecho izquierdo, al que le estaba brindando placer con la boca.

Cuando ella empezó a moverse, él se alejó del pezón, para disfrutar un momento de sus expresiones de placer, pero fue un gran error, porque su mente lo traicionó con un destello de la imagen que le devolvía Samira, con su rostro transformado por el placer.

Eso le hizo doler el pecho, pero también lo llenó de rabia, porque llevaba semanas o quizá meses que no la pensaba, ahora llegaba con una viva imagen que era como una puñalada en su pecho.

No iba a permitir que su recuerdo siguiera limitando su vida, ni que jodiera un momento que estaba disfrutando, por lo que, cerró los ojos fuertemente y pegó la frente en el pecho de Heather.

Entonces, solo fue consciente de los movimientos de ella entorno a su erección y de los gemidos que no se preocupaba por contener.

Esos gemidos que empezaron a tener la misma entonación que los de Samira, se obligó a no volver a abrir los ojos, por temor a que su mente le hiciera una mala jugada. No quería ser víctima de una dolorosa visión, por eso se mantuvo igual, solo empujando dentro de la pelirroja, con los ojos cerrados, mientras a sus oídos llegaban los jadeos de Heather, combinados con los de Samira.

Terminó corriéndose mucho más rápido de lo que hubiese querido, estaba seguro de que había durado más tiempo en desvestirse que en terminar, lo que le dio paso a una frustración devoradora.

Era evidente que la pelirroja no había alcanzado el orgasmo y eso lo hizo sentir impotente; no obstante, en un intento por resolver la situación, llevó sus dedos al clítoris y empezó a frotarlo con energía, pero ella lo detuvo.

—Está bien…, estuvo muy bien…

Renato sabía que no, que no estaba bien. No sabía por qué había terminado tan rápido, si era culpa de la intervención de Samira en su mente o de que llevaba años sin tener sexo, comprendía que masturbarse a diario no contaba como una experiencia completa.

Heather guio la mano de él por su abdomen y entre sus pechos, dejando un rastro húmedo de sus propios fluidos, hasta que se llevó los dedos a la boca y los chupó con delicadeza.

Fue en ese momento que Renato se dio cuenta de algo que se le había pasado por alto, Heather tenía anillos de compromiso y matrimonio.

Ella se percató del descubrimiento que él recién había hecho.

—No es lo que crees —comentó al tiempo que se levantaba.

—Disculpa, no quise que mi mirada pareciera que te estaba juzgando —dijo, quitándose el condón, agradecía que ella no se mostrara frustrada por su patética demostración sexual; no obstante, él seguía mortificado por eso, quería saber qué era lo que pensaba.

La mujer se acomodó en la cama, acostándose bocabajo, se hizo de una almohada que puso debajo de su pecho, como apoyo. A Renato le pareció que no tenía intenciones de irse, por lo menos, no en los próximos minutos.

Él se levantó para echar el condón en la papelera y ella lo siguió con la mirada, pudo notarla satisfecha con lo que veía, entonces, regresó y se sentó, tiró de la sábana y se cubrió el pene ya flácido, no se sentía cómodo de estar tan expuesto. No con Heather.

—No estoy casada, ya no —respondió con los codos apoyados en el colchón, mientras le daba vueltas a las argollas en su dedo anular.

Renato se echó hacia atrás, apoyándose en las manos, con la cabeza girada a su derecha, para observarla mejor.

—¿Y Mark? —Le fue imposible no cuestionarla al respecto.

—¿Mark? No —Se carcajeó, relajada—. No tengo nada con Mark…, es mi cuñado, por ambas partes; mi hermana es su mujer, y su hermano era mi marido… Sé que es extraño que aún lleve los anillos, pero Mark aún no sabe que su hermano y yo nos divorciamos hace tres semanas.

—¿Temes que eso afecte tu ámbito laboral? —preguntó y no se contuvo el deseo de apartarle un mechón rojizo que le caía sobre el hombro, dejando a su vez una caricia.

—No, Steve y yo nos divorciamos en buenos términos, ambos tenemos trabajos muy exigentes y, el amor… Ya no había amor, solo cariño fraternal… Ni siquiera hijos, fuimos una pareja que decidió adoptar un perro, porque creemos que el mundo está muy jodido como para reproducirnos… Nuestra única pequeña discordia fue Bobby, pero tras discutirlo, él lo tendrá unas semanas y yo otras… Así que, asunto resuelto —suspiró y se volvió en la cama, recogió las piernas, dejándolas flexionadas y dejó descansar las manos sobre su abdomen—. Aún no se lo decimos a nadie de nuestra familia, porque sabemos que ellos van a sufrir más que nosotros con esta separación. Mi hermana tiene un embarazo de alto riesgo y no quiero darle ninguna noticia que afecte su estado.

—¿Estás segura de que ya no amas a Steve? —preguntó Renato, se acostó por completo y se

volvió de medio lado, para seguir observándola—. ¿Ya no te importa?

—Claro que me importa, lo quiero muchísimo, pero… nuestra relación, poco a poco, se fue convirtiendo prácticamente a la de unos hermanos; no había deseo ni atracción sexual… Ya no disfrutaba de la intimidad y creo que él tampoco, la química se extinguió, quizá después de dieciséis años la llama de la lujuria se apagó, porque el amor incondicional sigue… Steve es muy importante para mí, tanto como lo es mi hermana o mis padres… No sé si me entiendes.

—Eso creo —musitó Renato.

—¿Tienes pareja? —preguntó ella, al verlo tan taciturno.

—No, no estoy interesado en tener una relación… No soy bueno superando a las personas. Me gustaría tener tu madurez emocional.

Heather se acercó y buscó la boca del hombre, se besaron lentamente, reavivando la excitación en ambos.

—Es difícil cuando aún se ama —susurró ella, acariciándole el rostro, comprendiendo que el hombre estaba sufriendo un gran desamor—. Y si no existe reconciliación posible, terminarás superándola, algún día… Aún eres joven, Medeiros, muy joven… Cada amor es una vida y no hay nada mejor que vivir muchas vidas, llenarte de experiencias buenas, malas, dolorosas, excitantes… Es mejor todo eso a quedarse vacío.

Ante esas palabras, Renato la besó con más frenesí y, con un movimiento rápido, se puso sobre ella. Dispuesto a vivir ese momento, sin sus malditas ataduras, solo vivir esa vida efímera con intensidad.

Heather abrió sus piernas y se aferró a la fuerte espalda, para esta vez sí disfrutar de la energía de la juventud de su amante.

Renato se enfocó en ese momento y en esa mujer, rodó por la cama con ella, se aventuró a penetrarla desde distintas posiciones y aceptó la experiencia que ella le brindaba, atendía las peticiones que no se avergonzaba de hacer, algo que Renato agradeció, porque así sabía cómo complacerla hasta la saciedad.

No supo a qué hora de la madrugada terminó rendido, exhausto de placer, tampoco qué hora era cuando despertó.

Los débiles rayos de sol de un día, en su mayoría nublado, entraban por las rendijas de las cortinas y pudo sentir movimiento en la habitación; cuando abrió los ojos, se encontró a Heather ya vestida, recogiendo sus zapatos.

—Buenos días…

—Buenas tardes. —Le corrigió ella—. Son más de las dos.

Eso fue suficiente para que Renato se incorporara bastante desconcertado.

—No sabía que era tan tarde… Pediré algo para que comamos o prefieres ir…

—No, no hace falta, puedes seguir descansando, yo tengo que irme, nuestro avión sale en un par de horas… Seguramente, ya Mark debe estar preparándose. —Se sentó en la butaca, para ponerse los zapatos.

—¿Segura de que no te da tiempo de comer? —habló y se levantaba, tomó el albornoz que estaba en el suelo y se lo puso.

—No, gracias por tu ofrecimiento, comeré algo en el avión.

Se levantó y Renato se acercó a ella.

—¿Quieres darme tu número de teléfono? Me gustaría que pudiéramos estar en contacto.

Ella sujetó las solapas de la bata de baño, le dio un beso y sonrió.

—Gracias por la maravillosa noche que me hiciste pasar, estuvo increíble, pero es mejor si no volvemos a vernos… Soy una mujer demasiado complicada y tú eres un hombre que aún

necesita superar un desamor… Me cuesta mucho decirte esto, porque Dios sabe cuánto me gustas; eres una tentación muy grande, jovencito, pero es mejor no enredarnos. —Ella estaba segura de que debía llevarle por lo menos doce años.

Extrañamente, a Renato no le dolió ese rechazo, porque sabía que ella tenía razón.

—Fue un placer coincidir contigo y compartir una noche inolvidable… Respeto tu decisión.

—Gracias —gimió, aliviada.

Compartieron un último beso y luego la mujer se marchó.

CAPÍTULO 27

Samira estaba en la bañera con el agua caliente hasta el cuello, mientras escuchaba música, necesitaba sacarse el frío del cuerpo a como diera lugar, ya que le había calado hasta los huesos, durante todo el día que estuvo recorriendo la ciudad.

Aunque solo llevaban tres días en Seúl, habían visitado tres de los cinco palacios, un templo budista y un par de santuarios, también habían ido al barrio de las casas tradicionales y a una casa de té, lugar que le encantó por su historia.

De las cosas más bonitas que había visto hasta el momento, era el cambio de guardia en el Palacio Gyeongbokgung, el cual se trataba de guardias reales, haciendo el remplazo de los que habían ocupado el turno anterior. Todos iban vestidos de forma tradicional, con ropajes coloridos, en los que predominaba el azul y el rojo; además, llevaban estandartes y armas tradicionales, como: arcos, lanzas o grandes espadas envainadas.

No podía negarlo, esa combinación entre historia y modernidad la tenía cautivada, aunque estaba segurísima de que podría disfrutarlo mejor, si hubiesen venido en otra época del año, porque afuera hacía tanto frío, que hasta se le trababa la lengua.

Ya tenían planeado ir al día siguiente a un museo y a un centro comercial, en el que según la guía del hotel, había un gran acuario, y eso era suficiente para que ella quisiera enfrentar una vez más las inclementes temperaturas.

La canción que escuchaba se vio interrumpida por una llamada, miró la pantalla del móvil y vio que era Julio César.

—¿Ya estás durmiendo? —Le preguntó en cuanto ella respondió.

—No, estoy tomando un baño —suspiró relajada y se hundió un poco más en el agua.

—¿Te gustaría hacer algo antes de que nos vayamos a dormir? —propuso con un tono esperanzado.

—Depende… —A pesar de que estaba agotada, no quería ser aguafiestas. Solo esperaba que no quisiera salir del hotel.

—Vamos a la pista de hielo, está hermosa, parece que habrá un espectáculo…

—¿Espectáculo?

—Sí, ¿no has mirado por la ventana?

—La verdad, no. —Se sinceró y la curiosidad empezaba a picarle.

—Sami, parece que va a estar hermoso, ¿no te animas a patinar?

—No sé hacerlo.

—Yo tampoco, pero podemos intentarlo…

—No haremos más que caernos —dijo, divertida.

—¿Y quién dice que no podemos pasarlo bien, aun en las caídas?… Anímate, di que sí, di que sí… —suplicó juguetón.

Samira se lo podía imaginar haciendo pucheros.

—Está bien, dame unos minutos para vestirme.

—Sabía que no me dejarías bajar solo, eres increíble, gitanilla… ¿Me escribes cuando estés lista?

—Vale… —contestó, al tiempo que se levantaba y el agua escurría por su delgado cuerpo.

Terminó la llamada, devolvió el móvil a la tabla de apoyo en la bañera, se hizo de una toalla y fue a por la ropa más abrigadora que tenía.

Solo de pensar en el frío que debía estar haciendo afuera, se le erizaba la piel, pero quería vivir la experiencia de patinar sobre hielo.

No era buena idea dejarse el cabello suelto, por lo que, se aplicó un poco del aceite que siempre usaba y se lo trenzó; se hidrató bien la piel y labios, porque estaban demasiados resecos. Se vistió con varias capas de ropa, se puso gorro, doble bufanda y guantes.

Le marcó a su amigo, para informarle que estaba lista; acordaron verse en el pasillo y, en menos de dos minutos, ya se habían reunido e iban camino al ascensor.

Como era de esperar, el ambiente helado era tan intenso que a Samira se le hacía difícil respirar; no obstante, la belleza de la pista de hielo rodeada por árboles desnudos de follaje, pero cada rama adornada con luces, la deslumbraba.

Estaría loca si no aprovechaba para hacerse fotos y, como Julio César la secundaba en cada capricho, le hizo todas las fotografías que quiso, además de varias selfis en las que aparecían juntos.

Con los ojos brillantes como si fueran dos niños, observaban sentados en una de las mesas que franqueaban la barrera, el espéctalo en la pista. Por lo menos, una docena de chicas vistiendo con trajes de Santa, hacían una maravillosa demostración de patinaje artístico, guiadas por la música y el juego de luces que llenaba el ambiente.

Una vez terminado el espectáculo, el público rompió en aplausos y aceptaron la invitación de entrar a la pista. Ellos no perdieron tiempo y fueron a pedir los patines. A pesar de los nervios que le provocaban carcajadas, se cambiaron los zapatos y; tomados de la mano, se adentraron en la pista.

No pasó ni un minuto para que él se cayera, Samira, en medio de risas, intentaba ayudarlo a poner en pie, pero no pudo mantener el equilibro y ambos terminaron sobre el hielo.

Tras varias carcajadas y de hacer reír a quienes los veían, una jovencita rubia de unos doce años se acercó y les ayudó levantar. Ella, muy amablemente los guio para que se desplazaran por lo menos un metro, mientras les explicaba cómo mantenerse sobre los patines.

En medio de risas de puro nervio, le agradecieron y consiguieron desplazarse un poco más. Samira buscó la seguridad de estar apoyada en la valla, así pudo por lo menos dar una vuelta a la pista sin terminar en el hielo.

Un par de horas después, estaba agotada y acalorada, necesitaba salir de ahí y descansar. Julio César estuvo de acuerdo, necesitaba hidratarse, pero antes de salir, se hicieron más fotos y videos.

Luego regresaron a la mesa, Samira aprovechó para quitarse una de las bufandas, porque sentía que le ahogaba, y la dejó en el respaldo de la silla; estando más cómoda, tomó la taza de chocolate caliente repleta de malvaviscos, algo que agradeció porque hasta el momento solo le habían dado té y comidas muy picante.

—De verdad que es hermoso —suspiró, observando a su derecha, como más allá de la pista tenían unas vistas impresionantes de la ciudad.

—Sí, me gusta mucho… Hasta podría vivir aquí.

—Puedes proponérselo a Amaury.

—Solo bromeo. Me gusta más Madrid.

—También prefiero Madrid, pero sé que volveré muchas veces a Seúl…

—Y yo te acompañaré, claro, si quieres, porque quizá en algún momento quieras venir sola con tu novio.

—¿Qué novio? —resopló y puso los ojos en blanco.

—El que en algún momento encontrarás, porque no vas a quedarte sola para siempre…

Necesitas vivir nuevamente la experiencia y que esta vez sí sea extraordinaria.

—Por ahora no está en mis planes… Además, ¿quién te dijo que lo que viví con Renato no fue extraordinario? Que haya terminado mal, es otra cosa. —El tono de su voz bajó un poco, debido a la nostalgia que le provocaba nombrarlo.

—Sí, ya creo que fue extraordinario, si después de casi cuatro años no lo has superado, pero ni un poco —masculló, seguro de que Samira seguía clavada con el brasileño.

—Lo he superado. —Ni ella se creyó esa mentira—, pero no quiere decir que lo haya olvidado, estuvo conmigo en una parte muy importante de mi vida y eso no puedo borrarlo. Me ayudó y enseñó muchas cosas, por eso, a pesar de sus engaños, estoy agradecida con él.

—Aún lo amas, Samira, creo que deberías contactarlo, pedirle explicaciones. No serías la primera ni la última que perdone un engaño.

—No, no soy capaz de perdonar un engaño. Intenté contactarlo cuando su prima fue secuestrada y nunca recibí respuesta, asumo que no quiso hablar conmigo, ¿qué caso tendría insistir, después de tanto tiempo? Ahora estoy bien… Sí, lo estoy —suspiró y dio otro sorbo a su bebida caliente.

—Entonces, estarás mejor cuando te permitas volver a amar.

Samira chasqueó la lengua y luego rio con desagrado.

—No necesito de un hombre para estar mejor… Es un error buscar la felicidad en alguien más, cuando es algo que sin duda debemos encontrar en nosotros mismos.

—Cariño. —También se rio con sarcasmo—, bien sabemos que eso no es totalmente cierto…

—Me gustaría regresar a la habitación, tenemos que descansar si queremos visitar todos los sitios que acordamos —dijo levantándose, no le agradaba cuando la confrontaban de esa forma. Aunque sabía que no lo decía con la intención de lastimarla ni molestarla.

—Sí, mejor vayamos a descansar.

De regreso, él le pasó un brazo por encima de los hombros, acercándola y le besó la sien—. Sabes que te quiero muchísimo, ¿verdad?

—Sí, lo sé —sonrió.

—Lo siento, no quiero hacerte sentir mal, olvida todas las tonterías que acabo de decir. ¿Me perdonas?

—No tengo nada que perdonarte, no seas tonto… Sé que ves mi vida desde una perspectiva distinta, pero quiero que me creas cuando te digo que estoy bien.

—Te creo, vale…, te creo. —Le dio otro beso, justo cuando entraron en el ascensor.

Aún abrazados, avanzaban por el pasillo, cuando el teléfono de Samira vibró con una videollamada de Daniela, no dudó ni un segundo en responder, pero como no era educado mantener una conversación en un pasillo que daba a varias habitaciones, donde muy probablemente los huéspedes ya estarían durmiendo, entraron en a habitación de Julio César.

****

Cuando Heather se fue, Renato se quedó en la cama, sin saber qué hacer con sus emociones y recuerdos, había tenido una noche extraordinaria, no podía negarlo. La experiencia con la mujer, la sintió como una necesidad que no sabía que anhelaba tanto ser saciada, pero también todo eso lo llevó a recordar a Samira.

Era inevitable que volver a intimar con una mujer no trajera al presente a la única con la que había compartido ese grado de intimidad y, para su desgracia, descubrió que las emociones que primaron con la pelirroja, no se acercaron en absoluto a todo lo que vivió con la gitana.

Y el vacío se abrió espacio en su pecho, mientras su cabeza reavivó recuerdos que creyó

sepultados para siempre, lo que le llevó a permanecer todo el día en la habitación, incluso, pidió que le subieran las comidas.

Llegada la noche, tras su segunda ducha y al darse cuenta de que no iba a poder dormir en los próximos minutos, decidió salir a dar una vuelta por las inmediaciones del hotel, estaba seguro de que eso le ayudaría a despejar la mente.

Necesitaba un descanso que lo cuidara de sus emociones, tenía que centrarse en sí mismo, porque el recuerdo de Samira no debía volver a convertirse en una prioridad.

Se abrigó lo mejor que pudo y salió, su recorrido lo llevó a unos de los lugares más animados en ese momento, la pista de hielo, donde aún muchas personas conversaban en las mesas y otras tantas se deslizaban con los patines.

Atraído por las risas de los patinadores, se acercó a la valla y recorrió con la mirada a varias personas, hasta que se centró en una mujer con los que debían ser sus hijos, los chicos tendrían entre los nueve y quince años. De manera inevitable, la forma en la que jugaban, le hizo revivir momentos de su niñez, por lo que, sonrió.

Fue en el momento cuando apoyó una de sus manos en el respaldo de una silla, que sintió algo blando y acolchado, no se había percatado de la prenda, porque la barrera de la pista le hacía sombra; por pura curiosidad, la cogió.

Miró en derredor, al parecer, no era de ninguno de los que estaban cerca; al elevarla, creyó que la había visto antes, aunque era roja y tejida, lo que no la hacía para nada especial, fue el olor lo que hizo que el corazón disparara sus latidos.

Casi con desesperación se volvió a mirar a todos lados y le fue imposible no llevarse la prenda a la nariz, percibiendo con más intensidad el aroma de ese aceite floral que Samira usaba en el cabello y que una vez le contó, había aprendido a hacer junto a su abuela.

Su corazón iba a estallar y las manos le temblaban, mientras buscaba a la gitana entre la gente; no obstante, después de un tiempo, razonó. Era imposible que Samira estuviera en Seúl.

Ella pudo haberse ido a cualquier lugar en América, pudo ser México, Colombia, Venezuela, incluso, pudo haberse regresado a Río, pero era totalmente improbable que viniera a Seúl.

Quizá solo se trataba de su mente, jugando con sus emociones, volvió a oler la bufanda y; una vez más, el aroma le trajo la imagen de Samira, a lo mejor no era el mismo olor, solo que la había tenido tan presente ese día, que ahora estaba desesperado por hallarla en cualquier sitio.

Con renuencia, dejó la prenda donde la había conseguido y se alejó, apenas llevaba unos pasos, cuando quiso regresar y llevársela, pero lo que menos deseaba era que llamaran a la puerta de su habitación, por haberse robado una bufanda. Negó con la cabeza y siguió caminando.

****

Conversaron por mucho tiempo con Daniela, quien estaba preparando las maletas con la ayuda de Viviana, su niña, que no dejaba de pasarle cosas.

Después de casi siete años, regresaría a Venezuela, a pasar Navidad y Año Nuevo con su familia y la de Carlos. Estaban más que felices de poder reencontrarse con sus seres queridos y presentarles personalmente a su hija.

También acordaron que en abril, mes en que Samira tendría una semana libre, viajarían a Madrid, porque tenían que reencontrarse, Ramona también los acompañaría.

Terminaron la llamada, lanzando besos a la pantalla y despidiéndose con las manos. Samira no se quedó más tiempo con Julio César, necesitaba descansar o no iba a querer levantarse temprano.

—Programaré la alarma, pero de todas maneras me llamas… —Le dijo y luego le dio un

beso en la mejilla.

—Está bien, pero si despiertas primero, me llamas tú —condicionó él.

Samira asintió y se fue a su habitación, al llegar, se quitó el gorro y los guantes, dejando las prendas en una de las butacas que estaban junto a la ventana. En ese momento, se dio cuenta de que no traía la bufanda roja y sus nervios se alteraron.

Pensó que quizá la había dejado en la habitación de Julio César, por lo que, le marcó.

—Cariño, ni siquiera me he desvestido, no creo que el tiempo haya pasado tan rápido —bromeó el peruano.

—¿Dejé mi bufanda en tu habitación? —preguntó, arrebatada.

—¿Tu bufanda? No, aquí no la veo —contestó, asomándose a la cama, ya que recién había entrado en el baño.

—Ay, no puede ser, creo que la dejé en la pista —chilló, llevándose una mano a la boca.

—Bueno, no te preocupes, mañana en el centro comercial te compras otra…

—No, no…, es que me gusta mucho esa bufanda, iré a buscarla… —No podía perderla, había sido un regalo de Renato.

—Está bien, te acompaño.

—No te preocupes, iré rápido, tú vete a dormir, que siempre te cuesta más levantarte.

—Como quieras, pero me envías un mensaje cuando estés de vuelta.

—Sí, lo haré. —Terminó la llamada y de inmediato volvió a ponerse las prendas que había dejado en la butaca.

Solo esperaba que no se la hubiesen llevado o tirado a la basura.

Salió y caminó rauda hasta el ascensor, entró y apretó el botón del vestíbulo, con ansiedad, miraba en la pantalla cada piso que descendía. Cuando por fin las puertas se abrieron en la planta baja, salió corriendo hacia la pista de hielo.

En ese instante, las puertas del otro ascensor se cerraron, para subir a Renato a su habitación, solo segundos los separó de un inesperado encuentro.

CAPÍTULO 28

Samira había vuelto a su rutina, aunque ahora ya no solo se dedicaba a pasar sus días completos en la universidad. Con su nuevo horario, pasaba las mañanas y mitad de la tarde en Saudade, su café.

No se involucraba mucho con las obligaciones administrativas, de eso se encargaba Julio César; sin embargo, se quedaba en una mesa con su portátil y a un lado una pila de libros, desde donde supervisaba y estaba atenta a cualquier requerimiento, mientras estudiaba.

Los primeros días le fue bastante difícil mantener la concentración, debido al movimiento de las personas en el lugar, ya fuera porque entraban y salían o porque algunas conversaciones se volvían bastante animadas. Pero consiguió abstraerse de todo eso y enfocarse solo en sus estudios.

Estaba muy emocionada porque por fin dejaría de lado los dos primeros años de carrera, que fueron tan teóricos y exigentes; y, por primera vez, empezaría a hacer prácticas en el hospital y también podría estudiar las asignaturas clínicas; eso, de alguna manera, la hacía sentir más cerca de su meta, aunque temía que este año fuera tan difícil como le habían dicho durante los dos primeros.

Muchos le aseguraron que justo en el tercer año era cuando la mayoría decidía abandonar, porque era el peor año de toda la carrera.

Eso la tenía bastante nerviosa y estaba pensando seriamente en ir con la psicóloga, como le habían recomendado, pero por el momento, sentía que podía.

Estaba concentrada en aprenderse nombres de algunos medicamentos, además de las reacciones adversas, las indicaciones y contraindicaciones, la posología, el mecanismo de acción... Eran tantas cosas de cada fármaco y, para empeorar, los nombres eran muy parecidos. Por eso estudiaba farmacología todos los días.

Esperaba ansiosa el viernes por la mañana, que era cuando se reuniría con su grupo de estudio. Doménica y Raissa, propusieron que se vieran un día a la semana, para conversar sobre los fármacos.

Sabía que eso le ayudaría mucho, porque podría expresar lo aprendido y no solo lo mantendría en la mente. Porque estaba consciente de que lo más difícil para ella era memorizarlos e interiorizarlos, ya que, entenderlos se le daba muy bien.

En ese momento, estaba haciendo tarjetas con cada grupo de fármacos, ya llevaba varios tipos de antibióticos, los que resaltaba con distintos colores. Esperaba que esto le ayudara a complementar con los pósit que tenía pegados por todos lados. En el apartamento los tenía en cada rincón y en el auto los tenía en el tablero, le ayudaba mucho mirarlos cuando estaba atrapada en el tráfico.

—Disculpa, chica de los sharpies, se te cayó uno.

Samira se volvió a ver el sharpie fucsia que tenía apuntándole la nariz, luego miró la mano masculina que lo sostenía, siguió por el antebrazo en el que pudo notar unos tatuajes y, al seguir el recorrido, apreció que se trataba de una composición de Neptuno y el Acrópolis, o creía que se trataba de ese dios romano.

Frente a ella estaba un hombre que debía estar cerca de los treinta años, de cabello oscuro y ojos marrones, llevaba unos vaqueros y una camiseta roja de mangas cortas, por la que se asomaba el brazo enteramente tatuado.

—Gracias. —Lo recibió y le sonrió en agradecimiento—. No me di cuenta de que se me había caído.

—Siempre estás muy concentrada en estudiar… Medicina, ¿cierto? —preguntó con la intención de poder entablar una conversación, al tiempo que le echaba un vistazo a uno de los libros que ella tenía en la mesa.

—Sí. —Samira rio y se sonrojó un poco.

—Siempre que vengo estás en este mismo puesto y no haces más que estar concentrada en tus libros y anotaciones… Al parecer, te gusta mucho este café. —Él miró en derredor rápidamente, para luego volverse hacia la chica de ojos color oliva y moño desordenado.

—Eh…, sí, sí, me gusta mucho. —No supo por qué no le dijo que era la dueña, quizá para no presumir—. Pero si me has visto siempre aquí, es porque también vienes muy seguido.

—Sí, vengo casi todos los días… ¿Puedo sentarme? —Señaló la silla frente a Samira.

—Sí, por supuesto —dijo y empezó a recoger las tarjetas. Se daba cuenta de que la mesa era un caos y también se dio a la tarea de recoger los sharpies y guardarlos en el bolso, aunque lo más seguro era que los sacaría de nuevo en unos minutos—. Y qué es lo que más te gusta del café, ¿por qué vienes casi todos los días? —preguntó solo por seguir con la conversación, aunque muy en el fondo estaba impaciente por terminar, para seguir estudiando, pero no quería parecer grosera con un cliente asiduo.

—Hasta hace poco lo que más me gustaba era el capuchino…

—¿Y ahora? —Se alarmó rápidamente—. ¿Crees que ha bajado la calidad? ¿Ya no te lo preparan igual? —Alargó la mirada hacia el mostrador donde estaba Isabel, la chica que atendía la caja registradora en compañía de Guzmán, quien se encargaba de las mesas. Ellos estaban conversando y ella se los permitía, porque a esa hora el café estaba muy tranquilo, la afluencia de clientela era mínima.

—No —sonrió, elevando apenas la comisura izquierda—. El capuchino sigue siendo perfecto, pero ahora hay algo que me gusta más, por eso sigo viniendo todos los días.

—Seguramente son los churros, son muy buenos… —alegó Samira con una gran sonrisa, y su acompañante se carcajeó ligeramente, lo que hizo que sus ojos marrones se iluminaran.

El hombre era de tez clara, pero tenía pequeños lunares marcados en el rostro, que resaltaban en su piel blanca, así como sus cejas oscuras y el ligero nacimiento de la barba.

Chasqueó los labios, pensativo, pero terminó moviendo la cabeza, negando.

—Estuviste cerca, pero tampoco son los churros…

—¿Entonces?…

—Tendrás que averiguarlo —suspiró y se levantó—. Ahora te dejo, para que sigas estudiando.

Samira quiso seguir interrogándolo, le había despertado la curiosidad, pero aprovechó que él tuvo la iniciativa de marcharse. Por mucho que deseara un descanso y que el hombre era de agradable conversación, además de guapo, tenía que admitirlo, debía primar en ella seguir memorizando los fármacos.

—Bien, seguro que lo averiguaré. —Le sonrió y bajó la mirada a su libreta, que había dejado abierta. Se avergonzó porque quizá su acompañante había visto todos los garabatos ahí anotados.

—No es tan difícil. —Le guiñó un ojo—. Nos vemos mañana, chica de los sharpies.

Samira se rio por la forma en que la llamó, comprendió que debía presentarse.

—Creo que es evidente que me gustan los sharpies, pero me llamo Samira.

—Un placer conocerte, Samira… Creo que es un nombre muy bonito, va acorde a tu físico. Me llamo Ismael.

—Gracias, Ismael.

Él asintió y se volvió para marcharse.

A Samira le fue imposible no seguirlo con la mirada, tenía un estilo bastante relajado y atractivo. Quiso que la tierra se la tragara cuando él se volvió a mirarla por encima del hombro y se la pilló observándolo; así que, para tratar de disimular su embarazosa situación, le sonrió y le dijo adiós con la mano.

****

Después de varios años, Renato decidió reactivar la cuenta de la única red social que usaba, la cual había cerrado porque necesitaba descansar emocional y mentalmente. No quiso enfrentarse a miles de comentarios o mensajes, preguntando por el secuestro de Elizabeth, pero ahora se sentía preparado para volver interactuar.

Así que, inició sesión y con eso regresó al mundo virtual, antes de hacer cualquier cambio en su perfil, se tomó unos minutos para navegar en la red, antes de que su siguiente compromiso del día fuera anunciado.

Estaba sentado en el sofá de su oficina, deslizando el dedo por la pantalla, mientras miraba fotografías de las personas a las que seguía, cuando se encontró con una imagen de Bruno y Vera, que estaban de luna de miel en México. Le alegraba mucho haber sido quien los presentó, aunque todavía le impresionaba lo rápido que decidieron formalizar todo.

Le preguntó a Bruno la razón de casarse tan pronto, este le respondió que el orden de las cosas no tenía por qué afectar sus sentimientos. No le quedó más que apoyarlo y ser el padrino de la boda.

Continuó poniéndose al día en la vida de personas a las que seguía, pero con las que tenía muy poco contacto, era como si el tiempo no hubiese pasado, todos seguían publicando fotos de viajes y fiestas; no obstante, cuando miró una fotografía en el perfil de su prima Elizabeth, en la que aparecía Alexandre y ella besando las mejillas de su niña, fue consciente de todos los años que habían pasado desde el secuestro.

Alexandra era una viva estampa del padre, con sus cabellos rizados castaños pero con destellos cobrizos y ojos grises, aunque su mirada tenía ese brillo de picardía que siempre titilaba en los ojos de Elizabeth.

La siguiente foto era de su primo Oscar, en compañía de algunos compañeros de clases. Estaba sentado en la hierba de algunos de los jardines del campus, ya que detrás estaban los característicos edificios de ladrillos terracotas de Harvard.

Como un fantasma, miraba las fotografías de sus allegados y estaba por dejar de lado el teléfono, para seguir con el trabajo, cuando se detuvo ante la foto de Lara.

Estaba en compañía de un hombre que debía tener entre cuarenta y cinco y cincuenta años. Por la cercanía que mostraban, no quedaba duda de que eran pareja y tuvo la certeza cuando vio que ella mostraba un gran diamante en el dedo anular de la mano izquierda; el enunciado de esa foto era: ¡Dije que sí!

En principio, sintió un nudo en la garganta, acompañado de un apretón en la boca del estómago, no sabía si era producto de celos o nostalgia, pero con el pasar de los segundos, esa sensación fue replegada por tranquilidad y alegría.

Sí, le alegraba mucho que Lara hubiese encontrado a un hombre al que amar y que él correspondiera a ese sentimiento. Le fue imposible no buscar al tipo y averiguar un poco sobre él.

Al saciar su curiosidad, se dio cuenta de que era un importante empresario italiano, dedicado

al sector automotriz, más específicamente, a la Ferrari. Llevaba un par de años divorciado y tenía dos hijos.

Deseaba que realmente valorara a Lara, porque ella, más allá de poder ser la perfecta fantasía sexual para cualquier hombre, era una mujer extraordinaria.

Aunque desde hacía un par de años que dejaron de tener contacto, no podía olvidar que ella estuvo con él en momentos difíciles y que también fue muchas veces ese escape que tanto necesitó. Ella le permitió vivir otra vida o, mejor dicho, otra faceta de lo que solo a través de una pantalla podía ser.

Entró al perfil de Lara, para ver un poco más y pudo darse cuenta de que la relación entre ella y Pietro, ya llevaba varios meses, incluso, había fotos de las vacaciones de invierno que tuvieron en las pistas de esquí de Merano, donde se le veía a ella muy a gusto con los hijos del empresario.

Sin duda, ese hombre podía ofrecerle mucho más de lo que él algún día hubiera podido darle, entonces, comprendió que las cosas sí debieron darse de esa manera, para que ella encontrara a la persona correcta, aunque él no tuviese a Samira.

En medio de un suspiro, cerró satisfecho el capítulo de Lara, salió de la aplicación y miró la hora en la pantalla, ya casi era la reunión con la junta directiva. Estiró la mano y agarró la taza de té que estaba en la mesa de centro, se bebió de un trago lo poco que quedaba y se levantó para ir a cumplir con sus compromisos.

CAPÍTULO 29

Samira había encontrado un nuevo aliado para estudiar, aunque él no entendiera absolutamente nada de medicina, porque a los pocos días de haberlo conocido, se enteró de que era ilustrador. Ismael, al parecer, se lo pasaba muy bien ayudándole a memorizar ciertos temas.

Iba todos los días al café y se sentaba frente a ella, todo ese asunto de ayudarle empezó cuando, sin permiso, agarró una de las tarjetas de los fármacos y le preguntó sobre eso.

Pasó de solo estar con ella unos pocos minutos a quedarse casi dos horas, ayudándole. El tiempo libre que tenía de su trabajo lo compartía con ella y eso lo apreciaba muchísimo, también debía admitir que era un placer poder contar con su compañía, porque cada día le parecía más atractivo y su forma de ser la cautivaba.

Era consciente de que él estaba interesado en ella, era demasiado evidente, pero por ahora no quería meterse en ninguna relación, a pesar de la insistencia de Julio César, para que se diera la oportunidad de tener un poco de vida amorosa.

La verdad, temía volver a sentir por alguien más lo que sentía por Renato y que, al igual que lo hizo él, terminara engañándola y rompiéndole el corazón.

Estaba en un momento de su vida en el que no podía correr ningún riesgo, solo deseaba dedicarse con todo a sus estudios, nada más.

Como cada mañana, llegó a Saudade cargada de libros, libretas y el portátil. Ahí ya estaba todo el equipo de trabajo al que saludó y luego fue hasta la oficina donde estaba Julio César, trabajando en el menú que ofrecería el viernes por la noche, ya que una pequeña empresa de embutidos había solicitado el café, para hacer una reunión de empleados.

Y el martes de la próxima semana, también lo tenían reservado para una escritora que quería celebrar con sus familiares y amigos que su primer libro sería publicado por una importante editorial.

Dejó toda su carga en el escritorio y rodó una silla, para sentarse al lado de su amigo y así ayudarle en ese proceso, ya la noche anterior, como no pudo conciliar el sueño, se puso a buscar en una red social, ideas de decoración y menú para los eventos que tendrían.

Le mostró todas las imágenes que tenía, tras discutirlo por varios minutos, se decidieron por un par que iban muy bien con todo lo que él tenía en mente.

Llegaron a la conclusión de que, para esos días, iban a contratar a un par de chicos más, para poder atender a todos los invitados a esos eventos.

Samira estaba muy feliz con la adquisición del café, ciertamente, no era una mina de oro, pero la contadora decía que era bastante rentable.

Salió de la oficina y se fue a la mesa que siempre ocupaba, donde depositó todas sus cosas y apenas encendía la portátil cuando Guzmán se acercó a ella.

—¿Te traigo lo mismo de siempre? —Él sabía que Samira era amante del capuchino con mucha azúcar.

—No, hoy me provoca un té chai latte.

—Enseguida te lo traigo.

—Muchas gracias, Guzmán. —Le sonrió y volvió la mirada a la pantalla de su portátil, que tenía de fondo una imagen de Río de Janeiro; no obstante, volvió a levantar la mirada cuando sintió que alguien se acerba; sonrió, sorprendida.

—Buenos días. —Ismael se aproximó y la saludó con un beso en cada mejilla, se quedó un

par de segundos más, para inhalar el aroma floral de Samira—. ¿Cómo estás?

—B-buenos días…, estoy bien… ¿Por qué has venido tan temprano? —preguntó, siguiéndolo con la mirada cuando él apartó la silla frente a ella, para sentarse.

—Tengo que reunirme con un cliente en una hora y lo cité en mi lugar favorito —respondió con una amplia sonrisa—. ¿Y qué estudiaremos hoy? Puedes aprovecharte de mí por una hora.

Samira sonrió, entendiendo perfectamente el doble sentido en sus palabras.

—Microbiología.

—Bien, estudiaremos a esos malditos bichos que tanto nos enferman.

—Microorganismos o microbios, pero no bichos… —Le corrigió, al tiempo que abría un libro.

—Está bien, doctora… —Apoyó los codos en la mesa y se aproximó más, mirándola sin ningún reparo—. Entonces, hoy aprenderemos de los microorganismos.

—Permiso —saludó Guzmán—. El té chai latte que pediste. Espero que lo disfrutes.

—Muchas gracias, Guz. —Samira miró a Ismael—. ¿Quieres algo de tomar o comer? —ofreció, sintiéndose un poco aliviada de que Guzmán llegara a interrumpir, porque la ponía de los nervios, en el buen sentido, la forma en que la miraba el pelinegro.

—Sí, me puedes traer un capuchino con crema —solicitó apenas volviendo a ver al empleado.

—Ya te lo traigo.

Una vez que Guzmán se marchó, Samira empujó el pesado libro hacia Ismael, para que viera el tema.

—Debo aprender la transmisión, la patogénesis y el tratamiento de los siguientes microorganismos… Las bacterias patógenas: las cuales cusan enfermedades infecciosas, como: cólera, difteria, escarlatina, lepra, sífilis, tifus…

—Entiendo, podemos hacerlo con ejemplos… Puedo ser tu paciente con sífilis…

Samira se carcajeó y negó con la cabeza.

—Está bien, primero tendrás que decirme síntomas… Y muy probablemente tenga que indagar en lo que has hecho con tu vida los últimos días o meses…

—Disculpen que interrumpa su animada conversación —intervino Guzmán, al tiempo que ponía la taza frente a Ismael y le sonría—. Que lo disfrutes.

—Gracias, amigo, seguro que sí.

—Sami. —Esta vez, Guzmán, se dirigió a la gitana—. Quiero aprovechar para pedirte permiso para el jueves, por la mañana tengo que trabajar en un proyecto en equipo; si me das permiso, puedo hacer el doble turno el martes.

—Sí, Guz, no tengo problemas, pero habla con uno de los chicos de la tarde, para que intercambien el horario.

—Sí, ya lo hablé con Javier, puede cubrirme por la mañana, pero me dijo que primero hablara contigo.

—Bien, entonces, perfecto. Infórmale a Julio, para que esté al tanto y dile que hablaste conmigo.

—Sí, en cuanto salga de la oficina, se lo diré… Muchas gracias. —Hizo una pequeña reverencia de agradecimiento y se marchó.

Samira lo vio alejarse, no iba a negarse si necesitaba cumplir con sus estudios. Ella los apoyaba, quería que ellos también cumplieran sus metas de convertirse en profesionales.

Cuando volvió a mirar a Ismael, pudo notar que en sus ojos brillaba la curiosidad y la sorpresa.

Él se cruzó se brazos y soltó un largo suspiro, Samira solo pudo percibir que estaba a la espera de una aclaratoria.

—Eh... —Se preparó con una exhalación, para explicar por qué no le había dicho que era la dueña del lugar—, tengo acciones en Saudade, por eso vengo todos los días.

—Entonces, estoy frente a una joven empresaria y futura profesional de la medicina.

—Supongo. —Se encogió de hombros y se le escapó una risita.

Ismael descruzó los brazos y se dedicó a mezclar la crema con el café.

—Eres toda una caja de pandora —dijo, elevando una ceja, como un gesto de sorpresa, aunque tenía la mirada puesta en el remolino que creaba el líquido cremoso.

—Tanto como una caja de pandora, no lo creo. —Samira sonrió, incómoda.

—Disculpa, tienes razón, no hice la mejor alegoría. Sin embargo, me resulta bastante sorprendente no haberme enterado sino hasta ahora de que eres la dueña de este lugar… —rio avergonzado y se rascó la misma ceja que segundos antes había elevado—. Solo ayer critiqué negativamente la frescura de la rúcula…

—Ah, no te preocupes por eso… —Samira sonrió, completamente aliviada—. He tomado tus comentarios para ver los fallos del café… —Se apresuró a continuar, cuando lo vio cubrirse la cara con una mano—. Por favor, no dejes de hacerlo, es más, te pido que me digas, de ahora en adelante, todo en lo que estamos fallando; porque, al parecer, a nadie le interesa comentarlo en nuestras redes sociales.

Aunque contaba con un profesional responsable de construir y administrar la comunidad *online* y gestionar la identidad e imagen del café, ella dedicaba media hora cada día, para revisar todas las redes sociales y, hasta el momento, no se había encontrado ningún comentario negativo sobre su negocio, por eso agradecía que Ismael dijera los aspectos en los que estaban errando.

—La verdad, lo menos que quiero hacer es herir susceptibilidades, puede que a tu socio no le agrade que lo haga —argumentó, descubriéndose el rostro que ahora estaba un poco sonrojado por la vergüenza.

—Ay, por favor. —La sonrisa de Samira se hizo más amplia. Estiró la mano y apretó el antebrazo tatuado del chico que ese día llevaba una camiseta color ciruela, que lo hacía lucir más atractivo—. Julio es la persona más adorable que vayas a conocer…

—De verdad, lo dudo, no creo que exista alguien más adorable que tú. —Su tono se volvió más seductor y puso su mano sobre la de Samira, para retenerla en el agarre de su antebrazo.

—Tienes que conocerlo. —Se aclaró la garganta, en un gesto nervioso—. Creo que es momento de hacer las respectivas presentaciones, por supuesto, él ya te conoce, te ha visto aquí conmigo; iré a buscarlo… —Aprovechó que iba a ponerse de pie, para retirar la mano.

—Así que hablas con tu socio de mí… —sonrió, complacido.

—No, no hablamos de ti. —Se levantó y apoyó las manos en la mesa, para acercarse más a él —. Solo tuve que tranquilizarlo al asegurarle que no eras un acosador… Se preocupó bastante al verte todos los días en mi mesa —dijo en tono bajo y mirándole a los ojos oscuros, para luego erguirse.

Ismael se carcajeó y negó con la cabeza.

Samira se fue a la oficina, sabía que estaba ocupado, pero como era un cotilla, dejaría cualquier cosa que estuviera haciendo con tal de que, finalmente, le presentase a Ismael.

Minutos después, estaba de vuelta en su mesa, en compañía de su inseparable amigo, no sin antes recordarle que solo la unía una amistad con Ismael. Le suplicó que no fuera a hacer ningún comentario fuera de lugar.

—Ismael, te presento a mi socio y mejor amigo, Julio César. —Samira hizo un ademán hacia

el moreno.

—Julio, es un placer conocerte. —Ismael se levantó y lo saludó con un apretón de manos.

—Me alegra que por fin podamos presentarnos de forma oficial, ya que tus concurridas visitas no pasaban desapercibidas —respondió sonriente y miró de soslayo a Samira, que estaba en tensión, lo dejaba claro la sonrisa demasiado forzada que le dedicaba.

—Es que tienen un café con bastante encanto… —dijo, fijando la mirada en Samira.

—Sí, ya veo —carraspeó Julio César, desde hacía varias semanas que se había dado cuenta de que el hombre solo tenía ojos para la gitanilla—. Pero más allá del encanto del lugar, me agrada mucho que apoyes a Samira con sus estudios.

—Nunca está demás nutrirse con ciertos conocimientos médicos.

Samira admiraba la facilidad con la que Ismael y Julio César mantenían una conversación, era evidente que congeniaron de inmediato, tanto así, que antes de que su amigo se despidiera para volver a sus obligaciones, invitó a Ismael a su cumpleaños, que celebraría en un par de semanas, en un reconocido club de la ciudad.

****

El miércoles de la segunda semana de abril, Samira y Julio César esperaban en el Aeropuerto Internacional Adolfo Suárez, la llegada de Ramona, Daniela, Carlos y Viviana, quienes pasarían tres semanas en Madrid.

Samira estaba ansiosa, porque ya tenía algo más de cuatro años sin poder abrazar a sus amigos y, finalmente, conocería a la pequeña y traviesa Viviana.

Sintió el corazón latirle fuertemente y empezó a temblar de felicidad cuando vio, a través de las puertas de cristal, al grupo de amigos; tenía ganas traspasar la barrera de seguridad y abrazarlos cuanto antes, pero era consciente de que no podía hacerlo, por lo que, solo daba saltitos y agitaba las manos, para que la vieran.

En cuanto Daniela la vio, corrió sin importar dejar a Carlos con todo el equipaje y su hija. Se abalanzó contra la gitana y se abrazaron tan fuerte que estuvieron a muy poco de caer.

Ambas reían y lloraban de felicidad, mientras se estrechaban cada vez con más fuerza. Hizo falta la intervención de Julio César, para que se separaran, pues él también reclamaba la atención de Daniela.

Luego, Samira abrazó a Ramona, con ella también lloró de emoción mientras se decían lo mucho que se habían echado de menos.

Carlos saludó primero a Julio César y luego a Samira, aunque solo pudo darle un fugaz abrazo, pues Viviana se lanzó a los brazos de la gitana y desde ese momento no se separaron, a pesar de las peticiones de sus padres, para que se bajara y caminara, la niña no quiso que Samira la bajara.

Durante el trayecto hasta el apartamento, Viviana fue sentada en las piernas de Samira, la niña no paraba de hablar y la gitana le seguía en el parloteo, aunque también se ponía al día con los demás.

Había esperado tanto ese momento, que aún no podía creer que ellos estuvieran ahí. Cuando llegaron, las impresiones no se hicieron esperar, todos estuvieron de acuerdo en que, por fotos o videollamadas, el lugar no lucía tan grande ni lujoso.

Después de que cada uno se instaló en su habitación, decidieron descansar un par de horas y luego se fueron de tapeo. No paraban de hablar ni de reír, recordando los momentos vividos en Chile.

Al día siguiente, Samira se permitió dormir un poco más de las ocho, ya que ella se

encargaría de llevarlos a las once de la mañana al café, para que por fin lo conocieran.

Cuando llegaron, ya Ismael estaba ahí y a ella se le aceleró el corazón, más que por la presencia del hombre, por tener que hacer las respectivas presentaciones, porque no iba a ignorarlo, eso sería demasiado grosero de su parte.

Les avisó que les presentaría a Ismael, ya Ramona y Daniela sabían de quién se trataba, eran las confidentes de Samira y les había hablado sobre él.

Hizo todo lo posible para que las presentaciones fueran rápidas y bastante casual, luego se despidió de Ismael y se fue con sus amigos a la oficina, donde los esperaba Julio César, pero en el camino aprovechó para mostrarles el lugar.

—Chama, sí que es atractivo… Tiene pinta de chico malo. —Le susurró Daniela, reteniendo a Samira, para ir unos cuantos pasos por detrás del grupo.

—Te dije que es bastante lindo. —Samira se sonrojó, pero no disimuló la sonrisa cómplice —. Aunque lo que más me gusta es su amabilidad y que tiene un extraordinario sentido del humor.

—Le gustas demasiado, deberías darte la oportunidad… No lo dejes pasar, que con lo bueno que está, debe tener docenas de mujeres dejando la baba sobre sus huellas.

—Es que no sé, Dani, no tengo tiempo para una relación… Estoy enfocada en mi carrera…

—Esa es la excusa más estúpida a la que puedes recurrir, bien puedes seguir perfectamente con tu carrera y mantener una relación sentimental, una cosa no tiene que limitar a la otra. Cuando se quiere a alguien, el tiempo se saca de donde sea; además, por lo que me has dicho, compartes tus mañanas con él… Lo único que cambiaría sería el grado de intimidad… Y estoy segura de que lo necesitas; necesitas a alguien que te dé amor y placer…

—No quiero complicarme la vida, me siento cómoda como estoy… Sí, es bastante atractivo y hace que me revoloteen algunas mariposas en el estómago, pero… —Bajó un poco más la voz y la mirada—, la última vez que le hice caso a ese tipo de emociones…, no salió nada bien, lo sabes… Te confieso que todavía no lo supero del todo. Algunas veces me pregunto: ¿Qué tan difícil puede ser volver con él? Sigo pensándolo, flagelándome. Siento que soy comparable a un pez, queriendo vivir en la tierra. Muchas veces, me despierto con ganas de querer verlo, aunque sea una última vez, para borrar el doloroso recuerdo que sigue persiguiéndome… Me gustaría poder borrar todo lo que vi, todo lo que oí y todo lo que sentí junto a él, escupirle en la cara todo el resentimiento que siento por lo que me hizo, por la forma en la que me engañó… Me gustaría mirarlo y decirle lo que significa para mí, su mera existencia en el mundo... Para ver si, una vez que me saque todo lo que llevo dentro, consigo superarlo… Desde que conocí a Ismael, pienso que sí, que puedo darme una nueva oportunidad y dejarme arrastrar por una fuerza mayor hacia otra vida, esa que Ismael puede darme; y que Renato se quede atrás…, en el olvido. Pero las cosas no son así de fáciles.

Daniela la sostuvo por el brazo, evitándole que avanzara, se quedaron en un rincón, junto al almacén de provisiones.

En ese momento, Ramona se volvió a mirarlas por encima del hombro; de inmediato, supo que Samira y Daniela estaban teniendo una conversación seria y; aunque deseara formar parte, era mejor dejar todo en manos de la venezolana, para que Samira no se sintiera presionada. Ella se encargaría de entretener a los demás.

—¿Y por qué no lo haces? ¿Por qué no lo enfrentas? —interrogó Daniela, mientras le apoyaba las manos en los hombros y la miraba a los ojos—. Ramona aún conserva su número de teléfono, llámalo. —La instó, pero sintió cómo la gitana se puso rígida y sus ojos oliva se volvieron saltones, como un par de aceitunas—. Debes encontrar el valor para enfrentarlo,

sabemos que ese tipejo no merece ninguna explicación, pero tú sí; tú mereces que te diga por qué jugó con tus sentimientos…

—No, no, Daniela, enfrentarlo ahora no tiene ningún sentido… Sé que fui una cobarde, que debí exigirle una explicación, pero en ese entonces era bastante inmadura y estaba llena de miedos, no supe cómo manejar la situación. Solo tenía la voz de mi abuela, mi madre y mis cuñadas haciendo eco en mi cabeza. Ellas dicen que los payos solo utilizan a las gitanas, que solo nos usan y se aprovechan… Me negaba a creer en eso, quise ir contra la corriente y creer que me amaba, que la diferencia de clases sociales y culturales, cuando se trata de amor, no son más que un mito…, pero me equivoqué. ¿Qué sentido tiene enfrentarlo ahora? Han pasado más de cuatro años. ¿Qué ganaría? ¿Volver a ser su motivo de burla?… Solo me expondré a que, al verlo o escuchar su voz, eche por tierra lo mucho que me ha costado llegar a este punto en el que, por lo menos, paso mucho tiempo sin pensarlo. —Empezó a negar con la cabeza, mientras exponía sus miedos a su mejor amiga—. No, no pienso volver a ese punto de tortura… ¿Y si me doy cuenta de que lo sigo queriendo con la misma intensidad? —preguntó y en sus ojos se podía ver su miedo.

—Entonces, date la oportunidad de conocer el amor, a través de alguien más —aconsejó Daniela, regalándole una ligera caricia en la mejilla derecha—. Sé que esa relación te dejó muchas inseguridades y que desconfías de entregarte nuevamente a un noviazgo, pero si no te arriesgas, vivirás por siempre estancada en el pasado… Sé feliz, Samira. —Vio cómo un par de lágrimas rodaron por las mejillas de la gitana. Se acercó y le dio un beso en la frente, luego le limpió las lágrimas con los pulgares.

—Gracias, Dani… Lo intentaré, pondré de mi parte para dejar atrás los miedos y darme una nueva oportunidad… Solo no quiero sentirme presionada.

—Hazlo cuando estés preparada, cuando verdaderamente lo quieras, no accedas por nadie, porque es tu corazón el que está en juego, es tu vida y eres tú, quien debe tomar las decisiones más favorables para ti. —Le sonrió y Samira suspiró largamente—. Ismael está buenísimo y parece un buen hombre, pero solo tú puedes saber si es lo mejor para ti… Igual, yo siempre te haré porras, estoy y estaré siempre de tu lado.

—Te quiero mucho, chama —dijo Samira, antes de abrazarla con fuerza y cerró los ojos, sintiendo que las palabras de Daniela le llegaban al alma.

—Yo también, mi gitana. —Daniela hizo más fuerte el abrazo y empezó a repartirle besos en la mejilla y terminó dándole un lametazo.

—¡Daniela! —reprochó mientras se apartaba con cara de asco y se limpió con la manga de su jersey.

La venezolana solo se desternilló de la risa y a Samira le fue imposible no contagiarse de las mismas carcajadas.

CAPÍTULO 30

Julio César disfrutaba a lo grande su celebración, soñaba con celebrar un año más de vida en ese lugar y sus amigos lo hicieron posible. En medio del brindis que daba inicio a la fiesta, les agradeció por ese gesto tan extraordinario.

—Bueno, vamos a bailar, que para eso vinimos… —Dejó su copa casi vacía en la mesa y los alentó, aplaudiendo. Luego tomó la mano que Amaury le ofrecía, para llevárselo a la pista.

Daniela, Carlos, Romina y Víctor los imitaron y enseguida se pusieron en marcha detrás del cumpleañero y su pareja, quienes se dirigían escaleras abajo.

Ramona aceptó la invitación de Javier, no había dudas de que el español, desde que conoció a la gitana, en el café, quedó impresionado.

Samira se sentó en medio de Guzmán e Isabel, mientras esperaba a que llegaran los demás invitados. Ella había incluido a sus amigas de la universidad, quienes habían ido al café, a estudiar con ella, y que terminaron ganándose el cariño de Julio César.

Pero muy en el fondo, la llegada que más esperaba era la de Ismael. No estaba segura si vendría, ya que nunca le confirmó su asistencia, pero deseaba que lo hiciera, pues era la primera vez que se verían fuera del café y eso la tenía bastante ansiosa; sobre todo, después de la conversación que tuvo con Daniela.

—Anímense, vayan a bailar. —Samira invitó a sus acompañantes. Era evidente que tenían ganas de bajar y, probablemente, no lo hacían por no dejarla sola.

Isabel y Guzmán, compartieron una mirada vacilante y luego miraron a Samira.

—Tranquila, bailaremos más tarde, así descanso un poco los pies, todavía me duelen —dijo Isabel, mostrando sus altísimos tacones. El taxi la había dejado a tres calles del club, para evitar el tráfico. Ella, después de maldecirlo, bajó y se resignó a la tortura.

Guzmán solo asentía, dándole la razón a Isabel, él no se atrevería a dejar a ninguna de las dos solas.

Samira no quiso insistir, pero le incomodaba verlos ahí, perdiéndose la diversión, pensaba en algún tema de conversación para entretenerlos, cuando vio llegar a sus tres compañeras de clases.

De inmediato, se levantó y fue a recibirlas con besos en las mejillas y abrazos, en una clara demostración de euforia. Luego del animado recibimiento, les sirvió champán y se sentaron en un sofá.

—Ahora sí, pueden ir a bailar. —Le dijo a Guzmán—. Ya no tienen que fingir que no quieren divertirse, solo para no dejarme sola.

—Bien. —Guzmán se frotó las rodillas y en medio de un suspiro enérgico se levantó—. Vamos, Isabel. —Le ofreció la mano y la chica se puso de pie con una gran sonrisa.

Samira los vio alejarse, para luego seguir la conversación con sus amigas, quienes disfrutaban de la burbujeante bebida.

—Estás súper guapa —dijo Raissa, impresionada porque era primera vez que veía a la gitana vestir con algo de no fueran vaqueros y jerséis.

—Gracias, mi amiga Daniela fue quien insistió en elegirme la ropa. —Samira no era tímida, pero por su cultura, no estaba acostumbrada a mostrar tanta piel.

No supo cómo la venezolana consiguió convérsela de que se pusiera un crop top de encaje negro con forro color piel, que simulaba perfectamente la transparencia, un pantalón corto casual, negro, que dejaba al descubierto sus largas y delgadas piernas; estaba segura de que si no

fuera por el blazer sin botones, en el mismo color que las otras prendas, jamás se habría dejado convencer de usar ese atuendo.

—Tiene muy buen gusto, luces hermosa, te ves bastante sensual… Imagino que fue ella quien te maquilló —comentó Doménica.

—No, lo hice yo —respondió con una sonrisa.

—¡No te creo! Es impactante, ¿por qué nunca te maquillas así para ir a la uni? —curioseó Raissa.

—Más que todo, por falta de tiempo…, pero sí, me gusta bastante el maquillaje —reconoció mientras jugueteaba con el par de anillos que llevaba en el dedo medio de la mano derecha.

—Lo haces genial… Deberías hacer tutoriales o algo así.

—No. —Samira soltó una risita—, eso no es lo mío.

—Espero que compartas algunos trucos con nosotras, porque a mí el delineado me sale fatal.

—Seguro —siguió riendo.

—Bueno, el martes, cuando vengas a casa, trae tu maleta de maquillaje…, así aprovechamos el descanso. —Aunque estaban de vacaciones, elegían un día a la semana para juntarse y estudiar algún tema, de esa manera reforzaban sus conocimientos.

—Me parece bien —dijo, al tiempo que dejaba la copa en la mesa de centro—. Voy a ver a los chicos. —Se levantó y caminó hasta la baranda del palco.

Apoyó los antebrazos en la barra de acero inoxidable, para mirar a la pista de baile, casi enseguida se le unieron Raissa y Doménica, ofreciéndole una copa de champán.

Samira le agradeció con una sonrisa y se volvió a mirar a su grupo, pero terminó con la mirada fija en Carlos y Daniela, quienes mientras bailaban se besaban apasionadamente, lo que hizo que sus mejillas se calentaran y también sintiera algo de envidia al verlos tan enamorados, después de tantos años de relación y con una hija, parecían como si recién estuvieran empezando un noviazgo.

—Sí que se tienen ganas —intervino Doménica, al seguir la mirada de Samira.

—Te apuesto mil euros a que terminan follando en el baño. —Raissa se arriesgó, al ver que Carlos le apretaba el culo.

—Apuesto a que sí —sonrió Doménica y bebió lo que quedaba en su copa.

Samira también sonrió y, para no seguir de voyerista, desvió la mirada hacia Romina y Víctor, quienes compartían miradas cargadas de complicidad y picardía, aunque no expresaban tan abiertamente las ganas de devorarse.

Sentir que desde atrás alguien le sujetaba las caderas le hizo dar un respingo y volverse inmediatamente, escapando del agarre. El corazón se le subió a la garganta y un abismo se hizo en la boca de su estómago al toparse con Ismael.

—¿Te asusté? —preguntó, sonriente, apenas había retrocedido un paso.

—Sí… —exhaló Samira, tratando de controlar su torrente sanguíneo—, pero no importa… ¿Cómo…?

—Por tu pelo… —Ismael se adelantó. Sabía que iba a preguntarle cómo supo que era ella.

—Ah, entiendo. —En medio del nerviosismo, se acarició un mechón. Él la había reconocido a pesar de que lo llevaba suelto y algo ondulado.

—Te ves impresionante —halagó, mirándola sin disimulo, de pies a cabeza.

—Gr-gracias —titubeó, ruborizándose.

Raissa se aclaró la garganta, para romper la burbuja que Samira y el guapo desconocido habían creado.

—Chicas, les presento a Ismael, un amigo.

—Un placer, Raissa. —Le ofreció la mano y una gran sonrisa—. Soy amiga y compañera de clases de Samira.

—El placer es mío, ya Samira me ha hablado de ustedes… Tú debes ser Doménica. —Se aventuró, ofreciéndole la mano a la chica de abundantes rizos castaños.

—Así es… Bueno, no puedo decir lo mismo, porque Samira no nos ha hablado de ti. —Le dio una mirada de falsa desaprobación a su amiga—. Al parecer, eres un tesoro muy bien guardado.

Ismael hizo un gesto, como si se enterrara un puñal en el corazón, mientras miraba a Samira y le sonreía.

—Esto… No sé por qué no les había hablado de ti…, lo siento. —Odiaba sentirse estúpida, pero Ismael le alteraba los nervios, sobre todo, con lo atractivo que se veía esa noche.

—Ahora será más interesante para tus amigas que me conozcan.

—No lo dudo —intervino Raissa, sin el más mínimo interés de coquetear, porque aunque el hombre que aparentaba unos treinta años, estaba malditamente guapo, bien sabía que era del interés de Samira—. Ahora no podrás librarte de nosotras, te invitaremos a cualquier plan.

—No es necesario que lo abrumemos con todas nuestras salidas —intervino Samira, bastante sonrojada, no sabía por qué empezaba a sentir que la temperatura de su cuerpo se elevaba. Quizá se debía a la copa de champán que se tomó, tal vez a que se sentía algo incómoda porque Raissa estaba poniendo a Ismael contra la espada y la pared o; sencillamente, se debía a la cercanía del hombre que la embriagaba con su perfume—. Vamos a sentarnos, ¿qué quieres tomar? —Le preguntó, cambiando de tema y haciendo un ademán hacia el apartado que ocupaban. Fue lo único que se le ocurrió para cambiar de tema.

—De lo que haya en la mesa, estará bien —dijo, llevando una mano a la zona lumbar de Samira y la escoltaba a la mesa, pudo sentir que se tensó por pocos segundos, pero como se relajó casi enseguida, no dejó de tocarla.

Los cuatro se ubicaron en el asiento beige en forma de medialuna. Samira iba a servirle champán, pero él no lo permitió, le quitó con sutileza la copa y le regaló una sonrisa que a todas luces era de flirteo.

Raissa y Doménica sentían que sobraban, por lo que, con una mirada cómplice, se pusieron de acuerdo para dejar sola a la pareja.

—Raissa y yo vamos a bailar… Regresamos en un rato. —Se excusó la joven.

Samira boqueó, sin saber qué responder, esperaba que él la invitara a bailar, pero no se le notaba la más mínima intención.

—Diviértanse, quizá en unos minutos nos unamos a ustedes. —dijo Ismael y, para ponerse más cómodo, se cruzó de piernas y adhirió la espalda al sofá.

—Sí, chicas, diviértanse…, pero también tengan cuidado.

—Sí, mamá —bromeó Raissa, poniendo los ojos en blanco. Algunas actitudes de Samira la hacían parecer una mujer de cuarenta años. Tomó a Doménica por el brazo y la llevó a la pista de baile.

Una vez que Samira se quedó a solas con Ismael, le fue imposible contener un pesado suspiro.

—¿Estás incómoda? —preguntó ante esa expresión y también porque sus hombros estaban encogidos en total tensión.

—No…, no, para nada… ¿Por qué lo preguntas? —A pesar de los nervios, consiguió sonreír.

—Porque evidentemente estás tensa… ¿Te pongo nerviosa? —Se descruzó de piernas y dejó sobre la mesa la copa a la que apenas le había dado un par de tragos.

—No… —Samira tragó grueso los latidos que tenía en su garganta. Ante su respuesta, Ismael frunció ligeramente el ceño—. Bueno, sí…, un poquito —confesó con una risita.

—¿Te confieso algo? —Se acercó a ella y miró la cadena de tres cordones, cada una con un corazón, y sujetó el del medio. Samira siguió con su mirada los dedos de Ismael.

—¿Qué? —preguntó con voz estrangulada.

—Tú también me pones nervioso, alteras mis sentidos…

—Ismael, yo… —Se aventuró a mirarlo a los ojos y se dio cuenta de que estaba peligrosamente cerca.

—Pero esta noche decidí que voy a atreverme, no quiero seguir amurallado tras los nervios…

—¿Atreverte a qué? —La voz de Samira era un chillido.

La respuesta llegó a los labios de Samira como un beso, fue un toque lento, una presión suave y; como ella no retrocedió, se aventuró a otra presión, luego separó sus labios, para chupar con delicadeza el inferior de Samira.

Al principio, ella estaba inmóvil, asombrada por las sensaciones que despertaba el contacto de los labios de Ismael, todas agradables, todas como ya las había vivido; entonces, perdió el miedo y empezó a corresponderle.

Habían pasado muchos años desde que se permitió ese placer de sentir que todos sus vellos se erizaban, que su vientre vibraba con cada roce de una lengua contra la suya.

Ismael redujo la intensidad del beso, hasta que separó sus bocas, pero seguían unidos por la frente, mientras disfrutaba de la piel caliente de las mejillas de Samira entre sus manos.

—Tenía que hacerlo o iba a enloquecer —confesó él, dejando el cálido aliento sobre sus labios.

Le sorprendió gratamente que ella sonriera y se aventurara al segundo beso. Sin duda, había conseguido lo que anhelaba desde que la vio, así que lo disfrutó sin reservas, pegándola más a su cuerpo.

—Espero que tu reacción no sea producto del par de copas de champán, porque me romperías el corazón —dijo con la voz agitada en cuanto volvieron a separarse.

—No…, no lo creo, desde hace un tiempo siento que me gustas —declaró Samira con las mejillas furiosamente sonrojadas y los labios hinchados.

Cuando lo miró a los ojos, extrañó que no fueran azules, pero rápidamente cerró los párpados con fuerza y tragó grueso esa sensación de masoquismo. Entonces, para dar una estocada a esa tortura del pasado, que no la dejaba avanzar, volvió a besarlo.

Al terminar, se alejaron los suficiente para no sucumbir de inmediato a la debilidad del deseo. Ambos tomaron un poco de champán.

—No creo que me conforme con solo una noche de besos… Ahora lo necesitaré todos los días y en cualquier momento —dijo Ismael, rozando con las yemas de los dedos el antebrazo de Samira.

—Podemos intentarlo, pero lentamente… No soy del tipo de mujer que…

—Lo entiendo —intervino—. También me gusta que las cosas se lleven su tiempo, soy partidario de la comida a fuego lento, del vino de gran reserva…

—Me comparas con comida… —sonrió Samira y miró donde él entrelazó sus dedos con los de ella.

—Te comparo con las cosas buenas de la vida —argumentó y le besó la sien.

Samira sonrió por la respuesta y la muestra de afecto, pero se tensó al ver subir a Julio César, en compañía de Amaury. Quiso soltar la mano de Ismael y hacer como si no hubiera pasado nada entre ellos, pero era inútil, porque su amigo había puesto la mirada en ese agarre y la sonrisa que

ya traía se hizo más amplia.

Él aprobaba que ella se diera una oportunidad con Ismael, le parecía un buen hombre; sobre todo, quería que viviera la vida más allá de los estudios.

Fue Ismael, quien soltó el agarre, para ponerse de pie y felicitar al cumpleañero con un fuerte abrazo.

Julio César aprovechó el abrazo para mirar a Samira y le guiñó un ojo, al tiempo que le sonreía. Luego, no perdió tiempo en hacer la presentación entre Amaury e Ismael.

Cuando se sentaron, Julio César lo hizo al otro lado de Samira y; de inmediato, le apretó la mano.

—Relájate, cariño. —Le susurró al oído y le dio un beso en la mejilla—. Es evidente que aquí pasó algo. —Esta vez se dirigió a ambos.

—Amor, ¿puedes disimular? —intercedió Amaury, porque Samira estaba claramente incómoda.

—Bueno… —La gitana empezó y en ese momento Ismael le pasó el brazo por encima de los hombros—, queremos ser más que amigos —explicó, poniendo su mano en la rodilla masculina.

—Ya era hora, no sabían disimular… Se comían con las miradas —respondió Julio César con una amplia sonrisa.

—¡Felicidades! —dijo Amaury.

—Sí, esto hay que celebrarlo, pidamos más champán. —Se emocionó Julio César y tocó el timbre, para solicitar servicio al apartado.

Samira sonrió, un poco más relajada, pero continuaba sonrojada, lo cual pasó tras el brindis y; con cada copa de champán, se fue sintiendo mucho más tranquila, lo que hizo mucho más fácil contarles a todos los que iban llegando. Bueno, en realidad, Julio César era quien, pletórico, les decía a todos.

—¿Me acompañas al baño? —Samira le pidió a Daniela, por supuesto, no solo la venezolana se levantó para seguirla, sino que lo hicieron todas las chicas.

Cuando llegaron a los servicios, frente al espejo, todas las rodearon e hicieron un baile flamenco de celebración, guiado por Romina. Samira, ya bastante achispada por el alcohol, no hizo más que seguirles e igualmente acompañarlas en el baile, mientras eran el centro de miradas de las demás, quienes sonreían al ver el festejo.

—No vine aquí a celebrar, en serio, necesito orinar —dijo sonriente mientras se abría paso entre Ramona y Doménica.

Sentada en el retrete, se dio cuenta de que estaba algo mareada pero; sobre todo, feliz, dichosa, plena como no lo había estado en mucho tiempo. Las mariposas en su estómago aleteaban al recordar los besos compartidos con Ismael y su vientre vibró cuando se pasó los dedos por los labios, donde sentía todavía el cosquilleo del toque.

Sin proponérselo, un par de lágrimas rodaron por sus mejillas, porque por fin se sentía liberada del fantasma de Renato; sentía que, después de tantos años, había logrado superarlo y volvía a vivir su vida. Ahora se daba cuenta de que Julio César, Daniela y Romina, siempre habían tenido razón, que lo mejor que podía hacer era reemplazarlo; aun así, empezó a llorar esa despedida, le dolía el pecho y le ahogaba poner punto final a su primer amor.

Al salir, la primera en darse cuenta de que había llorado fue Daniela, por lo que, corrió hacia ella, la abrazó y le plantó varios besos en las mejillas.

—Espero que esas lágrimas sean de felicidad. —Le dijo al oído.

—Son de despedida —confesó estrechándola con fuerza—. Estoy bien, Dani. Ismael me gusta mucho y quiero que mi historia con él, sea todo lo que he soñado.

—Lo será, cariño, solo si tú te lo permites… Estoy orgullosa de ti, por ponerte en primer lugar, por elegir ser feliz. —Se apartó y le limpió las lágrimas que estaban al borde los párpados —. Ahora vamos a retocarte el maquillaje y, cuando regresemos con los chicos, quiero que lleves a tu hombre a bailar, quiero ver que te diviertes y que te entregas por completo a esta nueva experiencia.

Samira asintió con una sonrisa, aunque tenía los ojos brillantes por las lágrimas.

Las demás salieron de los cubículos, mientras no dejaban de parlotear, se unieron a Samira y Daniela, para también retocar sus maquillajes.

Con las caras iluminadas por colores más intensos, se notaban más frescas, como si recién llegaran a la fiesta. Samira tomó el consejo de Daniela y, en cuento volvieron, le ofreció la mano a Ismael, para ir a bailar.

Él no le dejó la mano tendida, enseguida se levantó y fue con ella al piso de abajo.

—Estoy seguro de que seremos el tema de conversación en este instante. —Le dijo mientras caminaba a su lado.

—No lo dudes, puedes apostar lo que sea que así será.

—Apuesto otro beso tuyo. —Ralentizó los pasos y la sostuvo por la cintura, para darle un beso en el cuello, que provocó que el cuerpo de Samira se estremeciera.

—Te lo has ganado, pero yo decido cuándo te lo doy. —Ella sonrió y siguió con su camino hacia la pista.

Tenía mucho tiempo de no bailar con alguien más que no fuera Julio César o Amaury, sabía que con ellos no había problema si se daba algún roce, pero con Ismael, iba a ser distinto.

La música no ayudaba a que mantuviera la distancia, era un ritmo de moda que llevaba a quienes lo bailaban a estar en un jugueteo sensual, en el que los cuerpos se rozaban y las manos del hombre tenían que recorrer el cuerpo de su acompañante.

Ismael bailaba muy bien, le llevaba perfectamente el ritmo, haciéndola disfrutar el momento y también que su temperatura corporal subiera.

La sujetó por las caderas y la hizo volver, fue momento propicio para darle el beso que le había prometido. Aunque su plan era que solo fuese un contacto de labios, él se encargó de hacerlo más profundo y lento, sus manos se mudaron de sus caderas a sus mejillas, para poder retenerla.

En respuesta, Samira le llevó las manos al pecho y se apartó con una sonrisa mientras seguía bailando. Estaba tan acalorada que tuvo que recogerse el cabello, improvisando un moño con sus propios mechones.

Tras haber bailado unas cinco canciones, estaban agotados y decidieron regresar con los demás. Como ya era bien entrada la madrugada, estaban ahí, conversando animados por la cantidad de alcohol que habían consumido.

Samira se sentó al lado de Ramona y dejó descansar la cabeza en su hombro, los miraba a todos y deseaba que pudieran quedarse a vivir en Madrid, sabía que los iba a extrañar mucho más que antes, una vez que se marcharan.

En ese momento, llegaron tres empleados, entre ellos, la chica que los había estado atiendo con las bebidas y los entremés. Traían un gran pastel blanco con negro, iluminado con velas de bengala.

Los aplausos no se hicieron esperar y la algarabía se desató, una vez que dejaron el pastel en la mesa, todos corearon: «cumpleaños feliz».

Tras silbidos y aplausos, Julio César sopló las velas y tenía los ojos rebosantes de lágrimas de dicha. Recibió un apasionado beso de su novio, para luego recibir abrazos y buenos deseos de

sus amigos.

Ni siquiera había empezado a picar el pastel, cuando Amaury se arrodilló frente a él y Julio César sintió que el corazón le iba a estallar; todo él empezó a temblar cuando lo vio sacar una cajita de terciopelo verde, las lágrimas se le derramaron. Se sentía mareado y escuchó la propuesta de matrimonio como un eco lejano; aun así, dio el sí.

Amaury se levantó y antes de ponerle el anillo, compartieron varios besos que fueron humedecido por las lágrimas.

Cuando la adrenalina del momento bajó un poco, ofreció su mano para recibir el anillo en el dedo anular, al tiempo que miraba entre lágrimas a todos sus amigos, quienes aplaudían, sonriendo.

Sin duda, era el cumpleaños más perfecto que había tenido.

La celebración duró una hora más, por supuesto, Julio César se fue al apartamento de Amaury, para seguir disfrutando no solo de su cumpleaños, sino también de su compromiso.

Samira se despidió de Raissa y Doménica, les agradeció que la acompañaran esa noche.

—Hasta el martes, no olvides traer los maquillajes —dijo Raissa mientras se ponía la chaqueta, ya que habían salido del club y la temperatura había bajado unos cuantos grados—. Sé que apenas estás de novia y lo menos que deseas es estar lejos de tu chico, pero debemos estudiar.

—Tranquila, ahí estaré. —Le dio un beso en la mejilla y luego se acercó a Doménica—. Nos vemos, te quiero. —También se despidió con beso—. Me compartes el viaje. —Le solicitó, ya que ambas se iban en Uber, le tranquilizaba que la italiana pudiera quedarse en casa de Raissa.

—Lo haré, igual me escribes cuando llegues a tu apartamento —pidió la chica de pelo rizado.

Samira asintió y esperó a que el auto se marchara. No se volvió hasta que sintió unas manos sobre sus hombros, de inmediato, supo que se trataba de Ismael.

—Yo también me marcho. —Le dijo al oído. Samira se giró, para poder mirarlo al rostro—. Ha sido una noche increíble, lo pasé muy bien… ¿Nos vemos esta tarde? —Más que una pregunta, era una propuesta. Deseaba pasar más tiempo con ella, ahora que podían intimar mucho más.

—No lo sé, tengo planes con los chicos, ya se regresan el lunes a Chile… —No quería imponer la presencia de Ismael, ya tenían un itinerario y quería que ellos se sintieran con la libertad de actuar sin restricciones.

—Está bien, entonces, nos veremos el lunes en mi lugar favorito.

—Sí, a esa cita no faltaré. —Se mordió ligeramente el labio, para contener las ganas de besarlo.

—Hasta el lunes. —Se acercó y le dio ese beso que ella tanto deseaba, no fue muy largo, comprendía que los demás ya deseaban marcharse—. Voy a extrañarte.

—Yo también —suspiró Samira.

—Eso espero —sonrió, pícaro, y se alejó para subirse en su moto.

Ya en su apartamento, les deseó a sus amigos que descansaran y se fue a su habitación. Estaba segura de que necesitaba una ducha, sentía el corazón latirle a mil por todas las emociones vividas esa noche; no obstante, cuando pensó en su familia, de inmediato supo que no podría decirle ni siquiera a su abuela que tenía un novio payo, porque empezaría a minarle la cabeza con todos los miedos de los que intentaba desprenderse.

CAPÍTULO 31

Renato se encontraba con un libro en las manos, mientras leía en voz alta. Estaba sentado en una butaca, junto a la cama de la clínica en la que su abuelo llevaba un par de días hospitalizado.

Hizo falta que todos intervinieran, para que Sophia permitiera que se turnaran. Desde que ella lo llevó a urgencias, no había querido apartarse de su lado ni por un segundo, ni siquiera sabía disimular su estado de desesperación, lo que no era bueno para Reinhard, pues se preocupaba al verla así.

Renato, el día anterior, con la ayuda de Drica, reacomodó todos los compromisos de su agenda, para poder acompañarlo. Después de haberles dado el susto del siglo, gracias a las atenciones del equipo médico, así como de todo el cariño y apoyo que le había dado la familia, se le notaba bastante mejoría.

—Después de dejar a Dave en el porche, y con el rostro y los ojos secos, de nuevo, Jimmy se dio la segunda ducha del día. Sentía una necesidad de llorar en lo más profundo de su ser. Le fue creciendo en el pecho, como si fuera un globo, hasta que se quedó sin aire.

»Se había ido a la ducha porque quería intimidad; temía no poder contener las lágrimas como lo hizo en el porche. Temía llegar a convertirse en un charco tembloroso, acabar llorando tal y como lo había hecho de niño en la oscuridad de su dormitorio… —Mientras leía, se le hacía imposible no sentirse identificado con el personaje, fueron muchas las veces que vivió esa misma experiencia, en que las lágrimas por poco terminaron exponiendo sus emociones y, que, la mayoría de las veces, solía ser la ducha, ese lugar donde podía liberarse. Carraspeó para aclararse la garganta, pero eso no fue suficiente, por lo que, se hizo de la botella de agua que estaba en la mesa de al lado y bebió un trago.

—Es como la primera vez, siempre disfruto de esta historia —habló Reinhard, quien aún tenía puesto un poco de oxígeno.

—Es una gran historia, abuelo —contesto Renato, dispuesto a seguir con su lectura de Río Místico, pero se vio interrumpido ante la vibración de su teléfono—. Es Bruno, está haciendo una videollamada. —Le anunció.

—Está bien, contéstale.

Ante la aprobación de su abuelo, Renato atendió la videollamada y, en la pantalla, apareció su mejor amigo con el ceño fruncido, debido a la preocupación; era evidente que apenas se enteraba del estado de salud de Reinhard Garnett.

—Hola, Renatinho. ¿Cómo estás? —saludó desde el salón principal de la casa de su tía en Madrid. Estaba en España, por trabajo, así que aprovechó la oportunidad para visitar a sus familiares.

Tan solo tenía un par de minutos de haber llegado cuando recibió un mensaje de su padre, en el que le decía que Reinhard tuvo complicaciones de salud.

—Amigo, estoy bien, gracias. Imagino que llamas por mi abuelo.

—Sí, papá me contó que está hospitalizado, ¿qué tiene? —Se podía sentir la angustia en su voz.

Reinhard le hizo señas a Renato, para que lo dejara hablar; entonces, él le acercó la pantalla.

—No pasa nada, muchacho, estoy bien…

—Es bueno saberlo, ¿qué te han dicho los médicos? ¿Te hicieron pruebas? —preguntó Bruno, más tranquilo de ver al patriarca.

—Sí, sí, ya me hicieron un montón, solo tengo un poco de deficiencia de vitamina B12 —inhaló profundamente, le molestaba las cánulas del oxígeno en las fosas nasales—. Seguiré al pie de la letra el tratamiento y en unos días estaré de nuevo en perfectas condiciones.

—Como un roble —rio Bruno, como una muestra de ánimo.

—Así es, todavía no voy a morir, puedes estar seguro de eso.

Renato lo miraba sonriente, adoraba la energía de su abuelo.

—Lo sé, eres muy testarudo… Bueno, me alegra mucho saber que estás bien.

—También me alegra verte… Hasta luego.

Renato alejó el teléfono de la cara de su abuelo y lo acercó a la suya.

—Puedes estar tranquilo, los doctores dicen que no es grave —aseveró, una vez más.

—Por favor, mantenme informado —pidió Bruno, siendo interrumpido por su prima, al asomarse a la pantalla.

—Hola, Renato, ¿cómo estás? —preguntó Raissa, con una gran sonrisa y agitando la mano.

—Bien, en la clínica, haciéndole compañía a mi abuelo —saludó y se apresuró, para que ella no se preocupara—. Ya está mucho mejor, se encuentra fuera de peligro—. ¿Cómo estás? ¿Cómo van los estudios?

—Estoy muy bien, preparándome para volver a clases, después de una semana de vacaciones. Ahora mismo estoy en la terraza con unas compañeras, estudiando… Solo vine a solicitar unos aperitivos, pero ya tengo que volver con ellas.

—Muy bien, ve con ellas… Espero que pronto puedas volver a Río.

—Mis padres quieren ir para las vacaciones, así que en unos meses nos veremos. Fue un placer poder conversar contigo.

—Igualmente, suerte en los estudios…

—Más que suerte, necesito una intervención divina, cada cuatrimestre es más difícil —rio y agitó la mano para despedirse. También disfrutó de esa ligera sonrisa del carioca.

—Amigo, termino la llamada, para que puedas compartir este momento con tu familia —dijo Renato. Era consciente de que Bruno había estado muy ocupado y esas eran sus horas de descanso.

—Bien, te llamaré más tarde. —Le anunció y Renato asintió.

—Primo, ven, te presentaré a mis amigas. —Lo llamó Raissa.

—Sí, enseguida voy —respondió y terminó la videollamada.

—Ya verás lo guapas que son, aunque Sami ya tiene novio —hablaba con entusiasmo mientras arrastraba a su primo por la mano.

—Raissa, sí sabes que estoy casado, ¿verdad? —Le preguntó, enseñándole la mano en la que tenía el anillo de matrimonio.

—Ay, claro que lo sé —respondió con un resoplido y puso los ojos en blanco—. No te estoy pidiendo que flirtees con ellas, me agrada Vera; solo te advierto que son guapas.

—Vale —suspiró y la siguió hasta la terraza donde estaban las jóvenes, con la mesa del comedor llena de libros, lápices, notas adhesivas, libretas y demás útiles de estudios.

—Bruno, te presento a mis amigas —señaló Raissa, de manera histriónica—. Ella es Samira, por cierto, también es brasileña… Sami, te presento a mi primo. ¿Recuerdas que te dije que tengo familia en Brasil?

La gitana, al reconocer al primo de Raissa, se le escapó de las manos el bolso en el que guardaba los sharpies, haciendo un reguero de colores.

Sí, Samira recordaba muy bien que su amiga le había dicho que tenía familia en Brasil, incluso, algunas veces, compartían conversaciones en portugués, pero jamás imaginó que de la

vasta población brasileña, su familia estuviese precisamente ligada a Renato.

Fueron muchas las veces que él le mostró fotos de su mejor amigo, Bruno, como para ahora no estar segura de que se trataba del mismo hombre.

De inmediato, sintió que su estómago se hacía un nudo, el corazón se le instaló en la garganta y empezó a temblar.

—L-l-lo siento —tartamudeó cuando se puso de pie y rodó con sus pantorrillas estrepitosamente la silla, mirando las docenas de resaltadores esparcidos en el suelo.

Se sintió invadida por miedo y emoción al mismo tiempo, no sabía si Renato le mostró fotos de ella, si la reconocería… Se acuclilló para recoger los sharpies, mientras trataba de esconder su rostro al mirar al suelo.

Las manos le temblaban tanto, que le era imposible coger al menos uno.

—Ay, Sami, sé que mi primo es guapo, pero tampoco para que te descontrole de esa manera —rio Raissa, acuclillándose para ayudarle.

Para mala suerte de Samira, Bruno también se sumó a ayudar.

—Disculpa… No, solo que… —Se sentía estúpida sin saber qué decir; su lengua estaba atorada entre los latidos desaforados de su corazón—. Es un placer conocerte…

—Igualmente, no fue mi intención ponerte nerviosa. —Se disculpó Bruno, entregándole unos cuantos resaltadores.

—No…, no estoy nerviosa. —Tragó grueso y se aventuró a mirarle a la cara. Entonces, se dio cuenta de que él no la reconocía o; mejor dicho, que jamás la había visto.

Fue realmente iluso de su parte pensar que Renato, en algún momento, aunque fuera por fotos, se la hubiese presentado a su mejor amigo, ya que ella siempre se trató de un desliz, un pasatiempo de algunos fines de semana. Sin duda, la novia oficial siempre fue Lara.

Descubrir eso hizo que las lágrimas empezaran a picarle en los ojos, se odiaba por sentirse así, suponía que tenía a Renato más que superado, que su relación con Ismael era perfecta, que él había conseguido desterrar a su primer amor de su corazón, pero ahí estaba, intacto y doloroso, como un puñal al que no conseguía remover.

El dolor dio paso a la rabia, no sabía si era en contra de sí misma o de Renato; por lo que, con más seguridad, le quitó los sharpies de la mano a Bruno y siguió recogiendo los demás.

Volvió a sentarse, aún con la respiración agitada, mientras Raissa le presentaba su primo a Doménica, quien aún sonreía por la nerviosa reacción de Samira, que no pasó desapercibida para nadie.

—Es un placer, Bruno… Raissa ya nos había hablado mucho de ti, de hecho, nos ha invitado a pasar vacaciones en la casa de tus padres —dijo con picardía.

—Por supuesto, cuando quieran serán bienvenidas… Samira, ¿también eres de Río? —preguntó, tratando de entablar una conversación cordial, para que la chica se relajara.

—Sí.

—Seguramente conozco a tu familia…

—Estoy segura de que no… —Ella se apresuró a interrumpirlo—. Ya Raissa y yo lo hemos comprobado —dijo con un tono un poco más agresivo, porque se sentía acorralada. Se hizo de un libro de las Bases Legales de la Medicina y puso todo su empeño en concentrarse.

Bruno se quedó conversando unos minutos, más que todo, con Raissa y Doménica, porque Samira solo respondía con monosílabos, cuando se le preguntaba algo directamente a ella.

Solo quería que el hombre se marchara, porque su pobre corazón casi no soportaba la intensidad de sus latidos, y a sus nervios se le unía una estúpida ansiedad por preguntarle por Renato, le gustaría saber aunque fuera un poco de él; no obstante, Bruno se despidió y ella no

consiguió valor.

Por supuesto, que sus amigas le recriminaron su actitud tan esquiva y no le quedó más que disculparse. Se excusó al decir que estaba avergonzada por el incidente con los sharpies y reforzó su defensa con preocupaciones poco creíbles.

Cuando recibió un mensaje de Ismael, informándole que ya estaba afuera, esperándole, fue de gran alivio. Recogió todas sus cosas y se despidió con besos en las mejillas.

Había acordado con su novio, que él pasaría a buscarla a las cinco de la tarde, para ir al cine, un plan que en principio le pareció extraordinario; sin embargo, en ese instante, se daba cuenta de que no podría disfrutar de ninguna función, solo tenía ganas de ir a su apartamento y encerrarse en su habitación.

Cuando salió, lo vio recostado contra el auto que ella había dejado estacionado a un lado de la acera, él se apresuró para ayudarle con los libros y la mochila.

Ismael había llegado en taxi y de ahí partirían en el auto de Samira, hacia Pozuelo de Alarcón, ya que ella no había aceptado subirse a la moto, porque le tenía mucho miedo, lo consideraba el medio de transporte más peligroso que pudiera existir; y lo que menos quería era tener un accidente o, en el peor de los casos, hacerle pasar un mal rato a su abuela, a la que siempre le prometía cuidarse.

—Hola, princesa gitana. —Le saludó con un beso en los labios—. ¿Cómo fue todo?

—Hola. —Samira le sonrió, aunque no de una forma tan genuina, como hubiese deseado—, todo bien.

—¿Estás lista para irnos? —Le preguntó mientras le acariciaba la mejilla y la miraba a los ojos.

—Sí, por supuesto —respondió rápido, aunque en realidad no estaba preparada, inhaló profundamente y se puso de puntillas para volver a besarle, cerró los ojos y se concentró solo en las sensaciones que los labios de Ismael provocaban en su cuerpo. Necesitaba volver a concentrarse en su presente.

—Entonces, vamos. —Le susurró contra los labios y luego le sonrió con ternura. Al apartarse, abrió la puerta del conductor para que ella subiera, pero Samira le mostró la llave.

—¿Te molestaría conducir?

—No, imagino que estás agotada.

—Un poco. —Le guiñó un ojo.

—Si quieres descansar, podemos dejar la salida para después.

Samira pensó en aprovechar esa oportunidad, lo pensó por varios segundos, sin embargo, terminó negando con la cabeza y le sonrió. Sabía que si se iba a encerrar en su habitación, no haría más que torturarse con el pasado, y ya no quería seguir sufriendo por quien no merecía la pena.

—Prefiero ir al cine, lo más que puede pasar es que me quede dormida a mitad de la película, ¿me prestarías tu hombro para apoyar mi cabeza?

—Te prestaría todo mi cuerpo. —Le dio un sonoro beso en los labios y la siguió para abrirle la puerta del copiloto.

—Regresa a tu lugar, puedo perfectamente abrir la puerta.

—Bien, como digas —sonrió y regresó sobre sus pasos, para subir al auto.

Cuando estuvieron dentro del vehículo, Ismael no tardó en tomar la mano de Samira y entrelazar sus dedos con los de ella.

No ambientaron el viaje con música, sino que se dedicaron a escuchar un pódcast sobre la historia del último Zar de Rusia.

A la semana siguiente, Samira ya había conseguido superar el sorpresivo encuentro con el amigo de Renato. En parte, gracias a que había vuelto a clases y estaba bastante concentrada en eso; también que, Ismael, durante el poco tiempo que conseguían compartir, hacía que todo fuese especial.

Por la noche, cuando llegó al apartamento, le extrañó encontrar a Julio César esperándola en el sofá del salón principal, no en el salón de televisión, viendo algún documental de asesinos seriales. No comprendía la fascinación que su amigo sentía por ese tipo de programas, quizá debió estudiar criminalística y criminología o psiquiatría forense.

Colgó la mochila en el perchero de la entrada, se quitó los zapatos y se calzó las pantuflas.

—Hola, buenas noches… —Su saludo fue interrumpido por un bostezo. Había sido un día agotador y estaba durmiendo poco, porque se quedaba hasta muy tarde, hablando con Ismael.

—Hola, cariño, parece que no fue el mejor día —dijo Julio César, dando un toquecito a su lado.

—Fue un gran día, muy productivo… Visitamos el Hospital Virtual de Simulación, para aprender a hacer punción venosa y parenteral en maniquíes humanos altamente interactivos… Lo hice muy bien —dijo sonriente, al tiempo que se recogía el cabello y se lo sujetaba con una de las ligas que siempre llevaba en la muñeca derecha.

—Te felicito, en tu otra vida debiste ser una gran doctora… Seguro que eres la encarnación de una de esas mujeres que ha hecho historia en la medicina, de las que estabas leyendo el mes pasado… Eres una Rosalind Franklin… ¿Así se llamaba?

—Sí, Rosalind es una de ellas… —Samira rio de buena gana, por la comparación de su amigo—. Ya quisiera tener un poco de la genialidad de esas mujeres.

—Eres brillante, cariño. —Le tomó la mano, entrelazando los dedos y luego le dio un beso en el dorso.

—Estás muy halagador… ¿Acaso tienes algo que contarme?

Julio César desvió la mirada al frente, donde estaba una gran pintura de lo que él interpretaba como la orilla de una playa, ya que no podía definirlo muy bien, porque era bastante difuso, solo sabía que trasmitía paz y que había sido elección de la decoradora de interiores que uno de los abogados de Samira contrató, cuando amoblaron el piso.

—Sabes que siempre te halago, porque te adoro… —Se volvió a mirarla—. Eres extraordinaria, mi gitana, y te quiero más que nada, pero sí, también tengo algo que contarte.

—Bien, adelante. —Lo instó Samira con una sonrisa, aunque se le habían disparado los latidos.

—Es que… —resopló—, no es fácil… —pensó en no dilatar más la conversación—. Es que…, Amaury me pidió que me fuera a vivir con él…, pero no quiero dejarte sola, has hecho demasiado por mí y siento que estoy siendo innegablemente desagradecido si me marcho…

—Julio, cariño… —Samira lo detuvo, apretando más sus dedos entrelazados. Sí, la noticia le había caído como un balde de agua fría, pero no podía ser tan egoísta—. No te preocupes por mí, piensa en ti, en tu vida junto a Amaury; además, tarde o temprano, tenías que irte con él… Es tu prometido, en poco tiempo se casarán y lo más natural es que vivan juntos…

—Pero no quiero dejarte sola… Ya no te veré tanto…

—Nos veremos todas las mañanas en el café…

—Pero cuando llegues aquí te sentirás muy sola… ¿Quién te hará la cena?

—Todo eso puedo solucionarlo, quizá ponga un anuncio y busque compañera de piso; aunque, con el poco tiempo que paso despierta, dudo que me sienta tan sola… Quizá busque a alguien que me ayude con la cena o cada domingo dejo lista la comida de toda la semana… Era

lo que hacía cuando trabajaba en el café y limpiaba oficinas; puedo volver a hacerlo —hablaba mirándole a los ojos, notaba que le preocupaba dejarla sola.

—¿Y si le pides a Ismael que se venga a vivir contigo? —Fue lo más razonable que se le ocurrió.

Samira se atragantó con la saliva y empezó a toser. Él se apresuró en ayudarle, al darle palmaditas en la espalda.

—¿Qué? ¡No!... Es una locura —dijo en medio del ataque de tos—. Jamás podría…

—Pero no es nada extraño, son novios…

—Exacto, solo somos novios, llevamos muy poco tiempo saliendo… No, no… Eso llevaría a más intimidad, no puedo vivir con un hombre que apenas estoy conociendo… No es mi forma de ser…

—¡No me digas que aún no tienen sexo! —exclamó casi alarmado y pudo notar la extrema palidez que se apoderó del rostro de Samira—. Cariño, si es lo más natural del mundo cuando dos personas se atraen… Porque te gusta, ¿verdad?

—No, aún no… y la verdad no quiero. Sí, me gusta, pero no soy del tipo de chica que se acuesta a la primera con un tipo…

—Ese tipo es tu novio… Ya está formalizado.

—Sí, es mi novio, pero no puedo andar por ahí acostándome con cualquiera… Ese error ya lo cometí, le di lo más valioso de mí a la persona equivocada, no puedo…, no puedo, Julio… Cuando regrese con mi familia, tengo que ser digna de ellos…

—Ay, Samira, otra vez con tu familia… Ellos son los que no son dignos de ti… Excepto tu abuela, todos te echaron e ignoraron como a una paria.

—Van a perdonarme, sé que cuando vuelva me perdonarán… Glenda ya me perdonó, sé que contaré con su ayuda e intercederá por mí, ante mi hermano…

—Cariño, siento decírtelo, pero tu cuñada es solo una aprovechada, únicamente te trata por el dinero que le envías todos los meses; es más que evidente.

—No, no es así…

—Samira, no has aprendido nada. —Se lamentó, sabía que iba a dolerle lo que le diría, pero era su amigo y debía ser sincero con ella—, puede que sepas mucho de medicina, que seas muy hábil con los idiomas y que algunos viajes hayan alimentado tu cultura, para que puedas ver más allá de las reglas gitanas, pero sigues siendo tan inocente… A pesar de que tienes veintitrés años, sigues teniendo la inocencia de esa niña de diecisiete que llegó al restaurante en Santiago; te falta malicia, para darte cuenta cuándo solo se aprovechan de ti.

Julio César era una de las pocas personas que sabía su edad real, se lo había confesado en una de sus tantas conversaciones. Lo que jamás pensó fue que usaría eso para herirla; irremediablemente, sus ojos se llenaron de lágrimas que no tardaron en desbordarse.

—Puede que tú hagas como si no tuvieras familia, que no sientas ni el más mínimo aprecio por ellos. —Al sentirse tan dolida y acorralada tuvo que ponerse a la defensiva—; que te importe una mierda ser un excluido, que te sientas un paria…, que todo te dé igual, pero yo no… Yo sí quiero a los míos, los extraño todos los días… —Se puso de pie, envalentonada—. Ellos forman parte de mi esencia, siento que sin ellos estoy incompleta…

—Lo entiendo. —A este se le quebró la voz, porque también se sintió herido por Samira—. Sé que te sientes sola, sé que los extrañas, pero no tienes que estar suplicando su perdón, porque no hiciste nada malo… Siempre te he dicho que te amo como si fueres mi hermana…

—Pero no lo soy, ¡no eres mi familia! No te pareces ni un poco a ninguno de ellos…

—Será mejor que dejemos esta discusión. —La detuvo, con los ojos llenos de lágrimas—.

Solo quiero que sepas que no le debes tu integridad a tu familia, ya basta de que los glorifiques cuando no hacen más que hacerte daño con su rechazo, con sus malditas negativas de querer comunicarse contigo… Ya para con eso de que primero es la familia y que es lo más importante, porque no es cierto, lo más importante eres tú, es uno mismo… Y después, todo lo demás. Si tienes que mandarlos a la mierda, si tienes que cortar relación definitivamente con esas personas tóxicas, lo haces, porque primero debes estar tú, y punto… —No se preocupó por limpiarse las lágrimas, pero tampoco le dio tiempo a réplica.

Se marchó a su habitación y se encerró, tenía toda la intención de empezar a hacer las maletas y largarse de una vez, pero no quería que la amistad entre ellos terminara. Sí, lo había herido, pero él también fue duro con ella. Era mejor esperar a que sus emociones se calmaran y luego tratar el tema con más calma.

CAPÍTULO 32

A la mañana siguiente, Samira despertó con un terrible dolor de cabeza y los ojos hinchados de tanto llorar, estaba segura de que no había dormido más de dos horas.

Pasó toda la noche pensando en las palabras de Julio César, bien sabía que él no quiso herirla, que si le dijo todo eso, era porque no le gustaba verla sufrir por su familia, pero era algo que ella no podía controlar, quería volver con los suyos, ser aceptada y querida por ellos; ese siempre había sido su objetivo, desde que, junto a su abuela, trazó el plan para escapar de ese destino que no quería.

No podía imaginar su vida sin volver a verlos, porque era ese deseo de reencontrarse con ellos, lo que le daba las fuerzas de seguir adelante todos los días.

Ella tampoco quiso decirle todas esas cosas feas, solo fue producto de la calentura del momento, porque lo quería mucho; aunque no era de su sangre ni de su cultura, lo quería como un pariente cercano.

No tenía tiempo para seguir pensando sobre la situación, por lo que, salió de la cama y se fue directa a la ducha. Debía ir a abrir el café, porque no estaba muy segura si Julio César iría. Aunque eran socios, era más su responsabilidad.

Cuando salió de su habitación, ya lista para partir, decidió ir primero a la cocina a prepararse un café y se sorprendió de encontrarse ahí a su amigo, ya con un par de tazas servidas.

—Lo siento…

—No quise…

Los dos hablaron al unísono, sin duda ambos querían pedir disculpas por las chipas que saltaron la noche anterior.

Julio César no habló, en cambio, avanzó hacia Samira y la abrazó fuertemente, ella correspondió el gesto.

—Por favor, no volvamos a discutir —suplicó él y luego le besó la frente.

—No, no lo hagamos más. —Samira estuvo de acuerdo—. Siento lo que te dije, no fue en serio, sabes que eres más que un hermano para mí…

—Tú eres mi única familia…

—Amaury ahora también es tu familia.

—Ni siquiera él es más importante que tú… Has estado conmigo en los peores momento, me has salvado más de una vez y de muchas formas. —Le confesó con las manos en sus mejillas.

—Tú también lo has hecho conmigo, pero igual quiero que seas feliz… No te estoy echando de mi vida, eso jamás podré hacerlo, pero estoy de acuerdo con que te vayas con Amaury… Solo con la condición de que vengas a visitarme muy seguido; es más, pueden venir y pasarse los fines de semana aquí, conmigo.

—Vale, lo hablaré con él —prometió con una tierna sonrisa—. Ahora, toma un poco de café… —Le ofreció la taza que descansaba sobre la isla.

—Sí, necesito espabilarme un poco, tengo un aspecto terrible. —Samira sopló ligeramente mientras acunaba la taza.

—Yo también, definitivamente, no nos sienta bien pelearnos.

—No, tienes razón —sonrió y dio un sorbo.

Luego de tomarse todo el café, partieron juntos al café. Pasaron casi toda la mañana en la oficina, reunidos con el contador, hasta que a mediodía, Samira fue a esperar a Ismael.

Lo recibió con un discreto beso en los labios y un abrazo.

—¿Quieres ir a comer a otro lugar? —propuso él, tomándole un mechón de cabello que le caía por la sien y se lo puso detrás de la oreja.

De inmediato, en ella se despertó esa inseguridad que sentía por sus orejas, se alejó un paso y bajó la mirada.

—¿Ya no te gusta lo que tenemos en el menú?

—Claro que sí, pero quiero llevarte a otro sitio, está por aquí cerca… Por supuesto, si tienes tiempo.

—Bien, iré por la mochila.

—No tardes. —Le sujetó la barbilla y le dio otro beso.

—Será rápido —prometió con un suspiro de satisfacción.

En un par de minutos salieron tomados de la mano y caminaron por la zona hasta llegar al restaurante que Ismael había elegido.

El lugar era bastante acogedor y contaba con un espacio subterráneo, que era bastante reservado, lo que la hizo sentir mucho más cómoda.

No era necesario que su pedido fuese recibido por un mesero, ya que había una tableta desde la que podían solicitar el menú; así que, sentados uno al lado del otro, miraban los platos que ofrecían. Una vez que hicieron su elección, se activó un cronómetro de quince minutos, tiempo en que vendría un carrito robot a entregar su orden.

—Mi hermana vendrá el viernes, me gustaría que pudieras conocerla —dijo Ismael, sujetando la mano de Samira por debajo de la mesa.

Isabel tenía su misma edad y estudiaba artes plásticas y visuales, en Londres. En teoría, al parecer, la familia Belmonte, solo se dedicaba a las artes, porque Ismael estudió diseño gráfico y había hecho tres especializaciones; no tenía dudas de que era muy bueno, por eso era tan solicitado. Su padre era un gran pintor y llevaba cinco meses en Nueva York, donde tenía una exposición de sus obras.

Su madre fue una reconocida pianista, había muerto hacía un par de años, en un accidente en Vienna, cuando se dirigía a un concierto.

—Bueno, sí… ¿Crees que le agrade? ¿O será indiferente, debido a todas las conquistas que ya le has presentado? —preguntó, removiéndose un poco en la banca, para quedar de frente a él.

—Le he hablado mucho de ti, en serio, Isabel quiere conocerte… Sé que le agradarás. Y solo para que estés tranquila, eres mi tercera relación con la que voy en serio. La primera fue una chica en la secundaria y, la segunda, mientras estudiaba en la universidad.

—¿Y qué pasó con ellas? —curioseó. Si algo se había prometido con esta relación, era hacer todas las preguntas necesarias, aunque eso le incomodara a él o a ella, pero era mejor lidiar ahora con las molestias emocionales, que luego sufrir por no haberse arriesgado a averiguar más.

—Con la primera, solo se trató de ese primer enamoramiento que terminó con los años… Se fue a estudiar a París…

—¿Se han vuelto a ver? —preguntó y se miró la mano que tenía libre, con ganas de morderse las uñas. Le daba nervios indagar más de la cuenta.

—Sí, un par de veces…, pero solo quedamos como amigos. El año pasado se casó con un francés y ahora está embarazada. Me hizo feliz saber que encontró al hombre adecuado —respondió mirando a los ojos oliva de su novia.

—¿Y… qué edad tiene?

—Treinta, igual que yo.

—¿Y tu novia de la universidad?

—Sé que no debería hablar mal de ella, pero terminó agobiándome, era demasiado insegura, me celaba hasta del aire que respiraba… Puedo decir que la amaba más de lo que pude imaginar, pero las discusiones no paraban, me seguía a todos lados, me revisaba absolutamente todo; incluso, llegó a contratar un jáquer, para poder obtener mis contraseñas. Llegó un momento en que ni siquiera podíamos salir, ya que, si alguna chica me miraba, ella me hacía un espectáculo… —Estaba siendo completamente sincero, no quería ocultar las situaciones por las que pasó con Yaiza, porque en ese punto de su vida, no estaba dispuesto a volver a experimentarlas con nadie más—. Soporté dos años, porque de verdad la quería, pero ella, con sus inseguridades, terminó asesinando cualquier sentimiento… No fue fácil terminar la relación, luego pasó un par de meses acosándome y suplicando que volviéramos, pero ya no sentía nada por ella.

Samira escuchó atentamente y empezó a preocuparse. No sabía si ella en algún momento había mostrado algún comportamiento que a él le molestara y esa confesión se trataba más de una advertencia. No, llevaban muy poco como pareja y estaba segura de que no lo había agobiado de ninguna manera. Parpadeó lentamente, pensando si la exnovia de Ismael, pudiera significar algún problema en su relación.

—¿Y la has vuelto a ver? ¿Sabes qué fue de ella? —No era su intención involucrarse en el pasado de él, pero para ella, era necesario saber a lo que estaba expuesta.

Antes de que pudiera responderle, fueron interrumpidos por el mesero robot que les trajo la comida. Muchos restaurantes estaban adoptando esa modalidad de servicio, pero a Samira poco le gustaba; ella no cambiaría la calidez de la atención humana por algo tan impersonal.

Él tomó todo y lo acomodó en la mesa.

—No, no volví a verla, supe por una prima que se fue a Málaga… Espero que esté mejor, que haya buscado una manera de aprender a sentirse más segura de sí misma.

—¿Te arrepientes de tu relación con ella? —preguntó mientras giraba el tenedor, para enrollar los tagliatelle.

—No, no lo hago… A pesar de todo, tuvimos buenos momentos… —Él bajó la mirada a sus raviolis, se llevó uno a la boca y se tomó el tiempo para masticarlo—. De lo único que me arrepiento es de lo permisivo y pasivo que fui… y por todo lo que toleré después. Fui muy terco, no quise darme cuenta de la realidad e invertí mucho de mí, para intentar cambiarla. Perdí tanto tiempo en mi afán por que la relación funcionara.

—¿Te puedo pedir un favor? —Samira, que aún no había podido probar bocado, lo miró a los ojos.

—¿Quieres probar de lo mío? —respondió con una pregunta y luego le sonrió.

—No. —Ella también sonrió, por un instante, se sintió relajada debido a su gesto.

—¿Entonces? —Él se puso algo serio y enseguida pensó que había hecho mal en contarle sobre sus relaciones.

—Si te das cuenta de que, en algún momento, lo nuestro va mal…

—Shhh… —Intentó silenciarla, pero ella negó con la cabeza, para continuar.

—Deja que te lo diga… Si en algún momento sientes que mi comportamiento te agobia, que de alguna manera te hago sentir acorralado o que…

—Samira, no te compares, no eres así… Me he dado cuenta, eres una chica muy segura de sí misma, eres muy madura…

—Pero no sé si en algún momento pueda cambiar, si empiezo a sentir celos o si…

—Que sientas un poco de celos no me vendría mal —sonrió y le pellizcó la mejilla con ternura—. Créeme, sé que no eres igual a Yaiza, ella mostró señales desde el principio, solo que

ya muy tarde logré identificarlas… Ven aquí. —La tomó por el mentón y le dio un beso en los labios—. Eres extraordinaria, ¿vale?

—Vale —concedió, aunque se esforzó por sonreír, porque aún no sabía cómo se sentía, era algo extraño que le aplastaba el pecho, así que decidió cambiar de tema y evitar seguir mortificándose—. Por cierto, Julio se irá a vivir con Amaury.

—Pensé que esperarían a después de la boda… Se nota que están impacientes por formar una familia.

—Sí, imagino que quieren aprovechar y disfrutar el uno del otro —comentó, volviendo a poner atención a su comida y se llevó un poco de pasta a la boca.

—Es que cuando se siente atracción por otra persona, es imposible no desear disfrutarla de todas las formas posibles —alegó con un tono seductor, mientras miraba el perfil de Samira y se concentró en su cuello, deseando poder besarlo.

Para ella no pasó desapercibida la connotación de sus palabras, por lo que, tragó grueso. Sabía que deseaba más que besos y caricias, pero ella no estaba preparada para volver a intimar con alguien más, no de la forma en que lo hizo con Renato. Tenía miedo de que al estar desnuda en una cama con Ismael, la asaltaran recuerdos que la hicieran desplomarse.

Le tomó casi un minuto romper el silencio.

—Esto está muy rico. —Desvió el tema hacia la comida.

—Sí, la comida de aquí es muy buena, por eso te traje… Quería que disfrutaras de un almuerzo más sustancioso.

—Gracias, aunque podría vivir toda mi vida comiendo lo que ofrecemos en el Saudade —sonrió, sintiéndose más tranquila de que siguiera el nuevo rumbo que tomó la conversación.

—No lo dudo —rio con desparpajo—. ¿A qué hora debes ir a la universidad?

—A las tres, así que debo darme prisa.

—Si quieres puedo llevarte…

—¿En tu moto? No gracias… Moriría de los nervios mucho antes de llegar. —El camino hacia el campus era largo, además de ser una autopista por la que transitaban muchos vehículos de carga pesada.

—Te llevo en tu coche, a las cinco tengo una reunión con unos clientes en Villafranca del Castillo, así que te dejo y me pido un taxi…

—Puedes ir en el coche —interrumpió Samira—. Me dejas en clases y de ahí vas a tu reunión, luego regresas… y, si quieres, solo si quieres, puedes esperar a que termine y regresamos juntos. ¿Te parece?

Ismael movió la cabeza, se acercó a ella y le dio un beso en los labios.

—Sabes que mi obsesión ahora es pasar tiempo contigo, así que sí… —Le dio otro beso.

—Bien. —Samira sonrió y fue ella, quien lo besó.

Terminaron de comer y regresaron por el auto.

Ella agradeció que él conduciera y aprovechó para estudiar, leía y resaltaba un libro de Psiquiatría.

Era una materia que estaba disfrutando mucho más de lo que había imaginado, hasta el momento, todas las clases le habían parecido bastante interesantes. Estaba estudiando los distintos tipos de trastornos, como: los psicóticos, de humor, de sueño, de alimentación. Esa asignatura la consideraba como una materia más que debía entender y no memorizar. Había tratado de buscar ejemplos en personas cercanas o ver varios documentales que le ayudaran a entender cada uno.

Tenía la tapa del sharpie en la boca, mientras resaltaba un párrafo que hablaba de la

importancia de la salud mental, cuando su atención se desvió a Ismael y se lo pilló mirándola, entonces, se sacó la tapa de la boca.

—¿Sucede algo? —preguntó sonriente.

—Nada —respondió igualmente con una sonrisa coqueta.

—No debes desviar la mirada del camino. —Le aconsejó, regresando su atención al libro.

—Es difícil hacerlo cuando estás a mi lado.

Ella se sintió fascinada con su respuesta, soltó el sharpie y sujetó la mano de su novio. Él aprovechó para darle un beso en el dorso, luego dejaron sus manos unidas. Samira decidió que podía seguir estudiando después, era consciente de que le dedicaba poco tiempo a su relación.

CAPÍTULO 33

Cada vez que a Renato le tocaba enfrentarse a ese tipo de situaciones, le significaba un nuevo reto. Estaba seguro de que desde hacía algunos años ya podía controlar la situación; no obstante, los nervios siempre hacían mella y el estómago empezaba a dolerle.

Según Danilo, solo se trataba de una emoción natural, que todo ser humano experimentaba cuando no se encontraba en su zona de confort, pero así mismo se puede tener la habilidad para controlar su sistema nervioso.

Bebió un poco de agua, se levantó de la silla y agarró el discurso que estaba en la mesa, salió del camerino y caminó por el pasillo hasta donde estaba la pesada cortina de terciopelo rojo.

En el momento en que fue llamado al podio, inhaló profundamente y luego exhaló con lentitud. La cortina se abrió y caminó hasta el atril; la luz de los reflectores lo cegaban, por lo que, casi no podía ver a los egresados de la escuela de negocios que esperaban su exposición.

Dios sabía que quiso negarse a esa invitación, pero eran graduados de las becas otorgadas por el grupo EMX y; de momento, no había mejor representante para brindar palabras de optimismo al grupo de hombres y mujeres que ese día alcanzaban una de las metas más importantes para cualquier ser humano.

Como era primera vez que tenía que preparar un discurso de ese tipo, no estaba familiarizado sobre qué tema tratar. Agradeció a su abuelo y a Drica, porque ambos se involucraron y le ayudaron, para que quedara lo mejor posible.

Lo había estudiado por dos semanas y tenía plena confianza de que lo haría bien, se lo sabía de memoria; de igual manera, lo llevaba en físico.

En el atril y frente al micrófono, esperó a que los aplausos cesaran, ya con las luces atenuadas, pudo ver el teatro lleno de hombres y mujeres vestidos con togas y birretes.

—Buenas tardes, muchísimas gracias a todos. Encantado de estar aquí —empezó con el saludo, rompiendo el hielo de los nervios—. Antes de proceder con los agradecimientos, me gustaría empezar casi por el final; les pido un fuerte aplauso para ustedes mismos… ¡Felicidades! —Empezó a aplaudir a los graduados y ellos lo imitaron—. Este es su evento… ¡Felicidades! —Luego de eso, siguió con los agradecimientos a los profesores y decanos ahí presentes, para después continuar con su discurso, a pesar de los nervios que lo tenían con el estómago en tensión—. Al preparar esta charla, he intentado hacerlo poniéndome en el lugar de ustedes —dijo extendiendo las manos hacia los graduados—. ¿Qué estaría yo esperando de un representante del Grupo EMX, que viene aquí a hablarles? Es por eso que voy a compartirles lo que para mí, son puntos indispensables para que puedan conseguir su primer empleo. Primero, formación orientada en empleabilidad, como la que ya han recibido; actitud, la actitud en la vida mueve montañas, es el factor que cambia verdaderamente a las personas; ilusión; seguridad, tener aspiraciones, no duden nunca que el mundo es de los optimistas; realmente, el optimismo puede cambiar compañías, mueve sociedades, puede transformar estructuras que parecen inamovibles… Los optimistas de verdad, cambian el mundo día a día. —Aunque miraba al público, pasó la hoja de su discurso o; mejor dicho, los consejos de su abuelo—. No menos importante, la honestidad con uno mismo, tener claro qué es lo que quiero hacer con mi carrera, hasta dónde quiero llegar. ¿Quiero ser el mejor CEO? ¿El mejor director de tecnología?… Los caminos son diferentes, cada uno debe prepararse y se tiene que formar en función de la meta que se han marcado. Para llegar a ese objetivo, los caminos se deben tener claros, saber hacia

dónde quieren llegar, qué quieren conseguir y cómo lo quieren hacer… —continuó volcando cada consejo que les pudiera ser útil; al final, dio las gracias por la invitación, en medio de aplausos, y se marchó.

Sabía que no lo había hecho perfectamente, como tantas veces lo había practicado, pero terminó satisfecho con el resultado. Su voz casi todo el tiempo fue firme y clara, consiguió controlar el temblor de las manos y cautivar al público.

Su compromiso aún no terminaba, debía asistir a la cena de celebración que se llevaría a cabo en un hotel de la zona sur. Así que, se dejó guiar por la asistente del evento, mientras se negaba al ofrecimiento de algunas bebidas que ella le hacía.

Con mucha discreción, lo llevó hasta el auditorio, en la mesa donde estaban los miembros del comité estudiantil. Desde ahí, fue testigo de toda la ceremonia que duró aproximadamente tres horas.

Tuvo la oportunidad de interactuar con los egresados, muchos se acercaban a él, solicitando algún consejo.

Tuvo que disculparse para poder atender una llamada de Liam, se fue al área de la piscina, para poder tener un poco más de privacidad.

—Hola —saludó cuando le devolvió la llamada—. Disculpa, estaba ocupado con los egresados de la escuela de negocio.

—¿Y qué tal salió? —preguntó su hermano.

Él sabía que a Renato le incomodaba ese tipo de exposición. Aún recordaba lo mal que se puso en el cumpleaños de su padre, cuando tuvo que expresar algunas palabras ante los presentes. Aunque estaba seguro que desde hacía mucho dominaba mejor la situación, no podía evitar preocuparse.

—Todo salió bien, quizá no tanto como lo había imaginado, pero estoy satisfecho —respondió, sin poder dejar en evidencia ese lado perfeccionista que no le permitía darse cuenta de su mejor versión—. Imagino que vienes a mitad de camino.

—Más o menos, estamos en Zúrich; supongo que llego antes del mediodía… Solo espero que lo que mamá y papá tengan que decirnos, sea tan importante como para que me hayan pedido semejante sacrificio.

—Imagino que debe ser importante… Me tienen bastante intrigado, ¿crees que alguno esté enfermo? —Ante esa pregunta, su corazón alteró sus latidos.

—Me aseguraron que no y les creo... —Lo tranquilizó Liam, porque la mente de Renato tenía la capacidad de darle prioridad a pensamientos catastróficos.

—Es que tanto misterio, me tiene nervioso.

—No te preocupes, estoy seguro de que es algo bueno…

—Ya mamá no puede quedar embarazada, ¿verdad? —Renato necesitaba descartar todas las conclusiones a las que podía llegar.

Liam soltó una gran carcajada y Renato se contagió un poco.

—Es imposible, definitivamente, esa no es la sorpresa… Quizá sea una compañera para Susie; pero, cuando me hayan mandado a buscar, solo por otra perra…

—Aunque sea por otra mascota, es bueno que puedas venir. Mamá te extraña mucho.

—Extraña hacerme la vida imposible, ya no tiene con quién discutir —rio Liam, su carácter no le dejaría admitir que también los extrañaba a todos, a pesar del tiempo que llevaba en Singapur, aún no había logrado acostumbrarse.

—Tú eres como esa dosis de adrenalina que necesita. —Renato estuvo de acuerdo—. Bueno, tengo que volver a la recepción, ¿harás otra parada? —preguntó.

—Sí, en Guarulhos, cuando llegue te llamo.

—Está bien, adiós.

—Nos vemos luego.

Renato terminó la llamada y con un suspiro devolvió el teléfono al bolsillo interno de su chaqueta. Sabía que debía volver enseguida al restaurante, pero su mirada se perdió en el movimiento que el agua le daba a las luces de la piscina.

—Fue un gran discurso. ¡Felicidades!

La voz femenina lo hizo volver, para encontrarse a una mujer de no más de veinticinco años, de cabello castaño rizado y un vestido rojo que resaltaba su escultural figura. A pesar de que ya no llevaba toga ni birrete, como la mayoría de los egresados, Renato supo que era una de ellos. Era muy joven, como para que fuese parte del comité universitario.

—Gracias, ha sido un gran honor para mí compartirles algunos consejos —confesó al tiempo que avanzaba un par de pasos, para regresar a la recepción; sin embargo, la mujer evitó que siguiera su camino.

—Agradezco los consejos, pero me sentiría más satisfecha si me compartieras toda tu experiencia.

El tono de voz que usó y la forma en que lo miraba, le dejaba claro que la mujer, lo menos que esperaba era que le ofreciera su experiencia académica o laboral.

Tragó grueso cuando ella le puso una mano en el pecho. No era primera vez que se veía en una situación como esa, muchas lo habían seducido, al punto de alterarle los nervios, aunque muy pocas habían conseguido despertar su interés y valor de seguirles el juego y terminar en la cama de algún hotel; no obstante, ninguna con la que pudiera volver a tener contacto, por eso prefería tener esas aventuras fuera del país, porque no estaba en sus planes sufrir por nadie. No quería volver a entregarse y que ese alguien terminara marchándose y llevándose consigo los planes, la felicidad y los mejores sentimientos.

Aunque Danilo le había dicho muchas veces que Samira jamás fue la causa de esos sentimientos tan fuertes que experimentó, que siempre fue él, quien los vivió y; que, para seguir adelante, debía separar a Samira de sentimientos que solo eran de él. También lo había alentado a que volviera a entregarse a una relación, que lo inspirara a revivir todas esas emociones, alegando que quizá Samira no había sido la persona indicada para vivir todos los sueños que él tenía. Lo cierto era que no podía, no porque siguiera sufriendo por ella, porque estaba seguro de que la había superado hacía muchos años, sino porque aún no estaba preparado para volver a compartir con nadie más, de la misma manera en que lo hizo con ella.

Así que, desvió la mirada a la mano femenina sobre su pecho, tenía las uñas ligeramente largas y con el esmalte del mismo color del vestido, luego se atrevió a mirarla al rostro; era atractiva, no podía negarlo. Le sonrió con cortesía y decidió salirse por la tangente, como si no hubiese entendido el trasfondo de aquellas palabras.

—Por supuesto, puedes conseguirla en mi perfil profesional… Está en la página web de la empresa. —Le sujetó la muñeca y, con un movimiento cuidadoso, apartó la mano de su pecho—. Discúlpame, pero debo regresar a la recepción. —Pudo notar la decepción en aquellos ojos oscuros; aun así, no iba a caer en la tentación.

—Está bien, la buscaré —respondió ella, tratando de ocultar su incomodidad, y retrocedió un paso, para que Renato Medeiros pudiera marcharse.

—Con permiso. —Asintió en un gesto de despedida y se marchó.

El resto de la celebración le pareció casi eterna, no era cómodo para él hablar con personas a las que ni siquiera conocía; buscar o mantener un tema de conversación con el que no estaba

relacionado, jamás había sido su fuerte y estaba seguro de que nunca lo sería.

Cuando por fin pudo liberarse de esa responsabilidad, sintió que la tensión en sus hombros se esfumaba. Se despidió con apretones de manos, a los que se adelantaba, para no recibir besos en las mejillas, ya que era un contacto que solo le permitía a los más cercanos.

Al llegar al apartamento, estaba tan agotado que quería irse de inmediato a la cama, pero sabía que no podría dormirse si antes no se duchaba. Fue bajo el agua de la ducha, que su memoria caprichosa le trajo el recuerdo de unos ojos y de un cuerpo maravilloso, con el que tantos encuentros sexuales compartió. Odiaba tener esos pequeños destellos de debilidad, aun después de tantos años, pero iba a ser peor si se reprimía, así que, decidió complacer su excitación.

CAPÍTULO 34

El molesto zumbido de la vibración del teléfono sobre la mesa, fue el causante de despertar a Renato, mucho antes de que sonara la alarma que la noche anterior había programado.

A tientas, buscó el aparato, abrió los ojos con mucha dificultad y, aún con la vista bastante borrosa, pudo darse cuenta de que era Liam.

—¿Ya estás en Guarulhos? —preguntó, porque habían acordado que le avisaría cuando llegara al aeropuerto.

—Sí y tú sigues dormido, supongo que llegaste tarde.

—Sí, por la madrugada —respondió con la voz bastante ronca.

—Puedes descansar un par de horas más. ¿Quieres que pase a buscarte o nos vemos en la casa?

—Supongo que debes estar agotado por el viaje, llega a dormir y le escribo a papá, para decirle que vamos por la tarde... —Con los dedos índice y pulgar se frotó los ojos, intentando aclarar la vista—. Estoy seguro de que lo comprenderá.

—Sí, porque estoy hecho mierda —concordó—. Voy a llegar a tu casa, no quiero despertarte. ¿Es la misma clave?

—La de siempre… —No pudo contener un bostezo.

—Sigue durmiendo, nos vemos luego.

—Está bien. —Terminó la llamada y devolvió el móvil a la mesa de noche. Luego giró sobre su costado izquierdo y se acostó bocabajo; casi enseguida, volvió a quedarse dormido.

Le pareció que apenas habían pasado algunos minutos, cuando la alarma volvió a sacarlo de un plácido sueño y se apresuró a silenciarla, porque estaba seguro de que Liam, ya había llegado, aunque realmente no lo escuchó.

Como no tendría que ir tan temprano a casa de sus padres, se quedó un rato en la cama y aprovechó para enviarle el mensaje a su papá.

Se quedó un rato más, perdiendo el tiempo con el móvil, solo revisando las redes sociales, algo que solo hacía cuando el ocio lo dominaba.

Le apareció una foto de Raissa, la prima de Bruno, salía de espaldas, junto a dos chicas, frente a un hermoso atardecer. De inmediato, el corazón se le saltó un latido cuando fijó la mirada en la joven de la izquierda, que tenía el cabello castaño y por la cintura; su contextura era bastante delgada, podía notarlo a pesar del vestido azul que llevaba.

Él, que se había aprendido de memoria cada recoveco de Samira, que podía señalar con los ojos cerrados sus lunares, que había contado sus pestañas, podía jurar que esa chica, a pesar de estar de espaldas, era demasiado parecida.

¡Es ella!

Gritaban sus emociones.

¡No! ¡Es imposible!

Se imponía su razón.

Aun así, con manos temblorosas y con el pecho adolorido por su errática respiración, dio sobre la etiqueta: «Alma Gitana».

Sus latidos se hicieron más contundentes cuando vio que el perfil era público, por lo que, quizá podía encontrar entre las fotos, la identidad de esa chica; no obstante, a medida que avanzaba en las imágenes, se daba cuenta de que en ninguna podía identificar a la misteriosa

mujer.

Solo había fotos de lugares, gastronomía o ligeras partes del cuerpo, como las manos o el perfil de un rostro cubierto por cabellos agitados por el viento.

Sus manos estaban temblando y sudorosas, el estómago le dolía, pero las esperanzas de que fuera Samira, empezaban a disiparse, al darse cuenta de que muchas de sus fotos, no solo retrataban varios lugares de España, sino también de otros países. Sin duda, ese perfil pertenecía a una chica que tenía los medios para viajar a países como Italia, Portugal, Londres, Suecia… No, no podía ser Samira, quizá se trataba de otra gitana; después de todo, por lo que sabía, ellas solían casi siempre llevar el cabello así de largo.

Le fue imposible no sentir que la nostalgia lo golpeaba con fuerza, volvía a vivir un sentido de pérdida, que le dejaba un hueco en el pecho, pero sin querer darse por vencido, regresó al perfil de Raissa, para ver si ella tenía otra foto con la chica detrás de «Alma Gitana».

Vio cada imagen y se encontró con dos en las que, igualmente, la nombraba; en una, solo estaban tres copas de champán con la Torre Eiffel de fonde y; la otra, estaban las chicas de espaldas, vestidas con ropa de esquiar, con la Sierra Nevada en Granada, de frente.

Sus ilusiones le hacían jurar que era Samira, la forma esbelta de su cuerpo, sus extremidades largas, el cabello… Casi no tenía opción a dudas, así que, volvió a entrar al perfil y vaciló casi un minuto en un intento por seguirla o enviarle un mensaje, pero la razón se impuso, al pensar que ella le diría a Raissa que la estaba acosando o algo por el estilo; así que, desistió y, en contra de su voluntad, salió del perfil.

Dejó de lado el teléfono y fue a ducharse, quizá solo necesitaba refrescarse, para dejar de pensar en Samira. Se odiaba, verdaderamente se odiaba cuando después de pasar meses sin pensarla, de la nada, a su caprichosa memoria se le daba por recordarla.

Al salir del baño, no quiso volver a coger el móvil, para poder alejar la tentación. Se fue al vestidor, se puso una camiseta y una bermuda, luego salió de la habitación; con mucho cuidado, abrió la puerta de la habitación de su hermano.

Liam estaba rendido, no se había cambiado, apenas se quitó los zapatos. Volvió a cerrar la puerta y en su camino hacia la cocina, vio en la sala el equipaje de su hermano.

Buscó algo para comer en el refrigerador, había varios envases de cristal, ya preparados con avena, chía y diferentes toppings de frutas o frutos secos. Rosa se los dejaba ya listos, para que siempre tuviera algo que desayunar.

Cogió uno y una cuchara, con comida en mano se fue al comedor que estaba en la terraza y empezó a comer con la mirada perdida en el océano, podía ver cómo la orilla se iba salpicando con sombrillas de personas que pensaban pasar el día en la playa.

En las siguientes horas que le permitió a su hermano descansar, se dedicó a terminar el libro que estaba leyendo, luego buscó su portátil para adelantar algo de trabajo.

Cuando Liam por fin despertó, se saludaron con un abrazo y conversaron mientras esperaban la comida que habían pedido.

Liam lo actualizó de su vida en Singapur, parecía que ahora sí se estaba acostumbrando, o eso era lo que le hacía creer a Renato.

Terminaron de comer y cada uno se fue a su habitación, para vestirse e irse a la casa de sus padres. Ya Renato le había pedido a Airton, que pasara a buscarlos, porque lo menos que quería era conducir por tantas horas.

Liam saludó con gran entusiasmo al piloto, quien también se mostró feliz de ver al hijo mayor de Ian Garnett. Luego, sin perder tiempo, subieron al helicóptero y partieron.

Fueron recibidos por sus padres y las mascotas, los dos gran danés no tardaron en echarse a

correr hacia Liam y Renato, quienes se prepararon para recibir la euforia de los perros.

—Tranquilo, tranquilo. —Renato le pedía a Keops, que amenazaba con tumbarlo, mientras apartaba la boca, para que no se la lamiera. El animal, apoyado con sus dos patas en el pecho, era tan alto como él.

Fue su padre, quien llegó para controlarlos, porque no los dejaban avanzar; así que, tras un par de órdenes de su dueño, los perros se calmaron y se limitaron a mover sus colas, alrededor de Liam y Renato.

—Hola, padre, ¿cómo estás? —saludó Liam, dándole un abrazo.

—Bien, ¿qué tal el viaje? ¿Cómo estás? —preguntó, palmeándole la espalda.

—Bien, todo bien. —Se apartó del abrazo, para ir a saludar a su madre, que lo esperaba con una gran sonrisa. Extrañamente, no tenía a Susie en los brazos.

—Hola, papá, buenas tardes. —Fue la oportunidad de Renato, para saludar a Ian.

—Bienvenido. —Luego del fuerte abrazo, le cobijó los hombros bajo su brazo derecho y lo guio hasta donde su mujer y su hijo mayor se saludaban.

—Y bien, ¿qué es eso tan importante que tienen que decirnos? —curioseó Liam, con ganas de poner fin a tanta incertidumbre.

—En un rato lo conversaremos —intervino Thais, dedicándole una mirada cómplice a su marido—. Vamos adentro… ¿No les provoca algo de comer?

—No, mamá, hace poco que comimos —dijo Renato, al tiempo que le llevó una mano a la cintura, para guiarla dentro de la casa.

Sus padres dilataron el tema un par de horas, cuando por fin decidieron dejar de lado tanto misterio, los llevaron a la oficina de su padre.

Él sacó una carpeta de uno de los cajones de escritorio y su madre se sentó en uno de los reposabrazos del sillón, apoyando uno de sus brazos en los hombros de Ian.

Liam y Renato, sentados frente al escritorio, pudieron notar cierta tensión en ellos, aunque ambos tenían los ojos brillantes por una emoción que hasta ahora desconocían.

—Su madre y yo llevamos mucho tiempo pensando en esta posibilidad… —empezó Ian, con su mirada avellana puesta en sus hijos, mientras que con una mano, apretaba una de las de su mujer—. Sin embargo, no fue sino hasta hace tres meses que decidimos tomar la decisión…

—Y creo que es la mejor que hemos tomado en mucho tiempo —intervino Thais, con una sonrisa entre emocionada y nerviosa—. Pero antes de concretar cualquier trámite, quisimos hacerlos partícipe…

—Sí, porque somos una familia… que dentro de poco se hará más grande —completó Ian.

—No entiendo, ¿pueden ir al grano? —pidió Liam y desvió la mirada a Renato.

—Por favor. —Estuvo de acuerdo su hermano.

—Ustedes, mejor que nadie, saben lo mucho que deseaba tener a su hermana… —empezó a explicar Thais—, pero por cosas del destino o de Dios…, no se pudo, él decidió que mi ángel regresara con él. —Su mirada se volvió brillante por las lágrimas que no iba a derramar, porque ese no era momento para sufrir.

—Su madre y yo, hemos decidido adoptar a una niña. —Ian dio la noticia sin más preámbulos y se quedó esperando las reacciones de sus hijos.

Renato espabiló varias veces, mientras procesaba la noticia, su mirada saltó de su padre a su madre, quienes sonreían nerviosos. No sabía qué pensar o decir al respecto, necesitaría más tiempo para poder asimilarlo.

—Pero… no sé, ¿no creen que están muy mayores para criar a una bebé?… Es mucha responsabilidad —comentó Liam, no podía ir en contra de los deseos de sus padres; sin embargo,

debía hacerles entrar en razón—. Padre, tienes tantas ocupaciones que apenas te queda tiempo para dormir… Desde hace años que no sabes lo que es descansar por más de cinco horas… Entiendo que es el mayor sueño de mi madre, pero…

—Liam, comprendo tu preocupación, pero esto no es una decisión que hemos tomado a la ligera, ya hemos hecho todo lo pertinente para poder darle tiempo de calidad a la niña… Y no, no es una bebé, Aitana, tiene siete años.

—Entonces, nada de lo que diga les hará cambiar de opinión —zanjó Liam.

—No, cariño; lamentablemente, no —respondió Thais con un tono conciliador—. Renato, amor, ¿tú qué opinas? —Desvió la mirada a su hijo menor.

Renato comprendió que nada de lo que dijera sería tomado en cuenta; así que, lo mejor era estar de acuerdo con ellos.

—Si es lo que desean y les hace feliz, no voy a oponerme. —Se dio cuenta de que su voz estaba algo ronca, debido a la sorpresa; entonces, les sonrió.

—Sí, nos hace muy felices… Además, es una niña hermosa, sé que van a amarla… El miércoles de la próxima semana nos la entregarán y nos gustaría que puedan acompañarnos a buscarla…

—¿Ya? ¿Tan rápido?… ¿Por qué tan rápido? —preguntó Liam, bastante sorprendido.

—No ha sido un proceso fácil, Liam… —dijo Ian—. Como bien hemos dicho, hace meses que empezamos todo el proceso. ¿Les gustaría conocerla antes?

—Eh, sí…, supongo que sí. —Lo alentó Renato.

Ian abrió la carpeta que tenía sobre el escritorio, sacó la fotografía que mostraba a Aitana y se la ofreció a sus hijos. Fue Renato quien la recibió, era una niña que, ciertamente, aparentaba unos siete años, afrobrasileña; llevaba su cabello trenzado, pegado a cuero cabelludo, y un vestido blanco con estampado floral verde y amarillo. La inocencia en su mirada hizo que Renato de inmediato sintiera empatía por ella.

—Los acompañaré a buscarla —dijo, ofreciéndole la foto a Liam.

—Sé que no será fácil para ustedes, porque hace mucho que dejaron de lidiar con niños pequeños —dijo con la mirada en la fotografía, mientras pensaba que sus padres podrían darle a esa niña una mejor calidad de vida—. Pero si están dispuestos a pasar de nuevo por eso, es su responsabilidad, solo espero que a ella sí le permitan que lleve la vida que quiera y no la que ustedes deseen. —Le devolvió la foto a su madre—. También los acompañaré a buscarla…

—Gracias, cariño, sé que aún estás muy resentido con nosotros —medió Thais—. Crees que nos equivocamos, pero fue algo que solo…

—Hicieron por mi bien. —La cortó Liam, al tiempo que se levantaba de la silla; necesitaba zanjar ese tema o terminaría molestándose con sus padres, y no había viajado desde tan lejos para discutir—. Bueno, vamos a celebrar que tendré una hermanita —salió de la oficina, dejando la puerta abierta.

Como cada vez que Liam expresaba su malestar por las decisiones que sus padres tomaron por él, todos se quedaban callados por unos minutos, hasta que Renato rompió el silencio.

—Sí, Liam tiene razón, es buen momento para celebrar… Imagino que ya tienen todo preparado para recibir a Aitana. —Se levantó.

—Sí, todo está listo… Solo faltan algunos detalles en su habitación, pero la decoradora los terminará mañana —comentó Ian y desvió la mirada a su mujer—. Algún día lo superará, amor. —Le susurró al ver que el ánimo de Thais se había ido al suelo, debido al reclamo de Liam. Le dio un beso en la mejilla y la instó a seguir a Renato.

CAPÍTULO 35

Samira temblaba con cada beso que Ismael dejaba en su abdomen, cerraba los ojos y se relamía los labios secos por la excitación, mientras enterraba sus dedos en los sedosos cabellos oscuros. Los labios húmedos y tibios de él, se posaban en su piel erizada y le era imposible contener los gemidos, cuando también le pasaba la lengua, trazando un camino que iba en ascenso.

Besó sus costillas, eludió sus pequeños pechos aún cubiertos por el sostén de encaje, mientras que, con cuidado, se acomodaba sobre ella y entre sus piernas.

A pesar de los vaqueros, pudo sentirlo bastante excitado y en un impulso natural de su cuerpo, levantó las caderas para rozarse contra la erección y calmar un poco la ansiedad abrasadora que la estaba haciendo perder el control.

En respuesta, Ismael también movió su pelvis con lentos empujes, sin dejar que sus labios se apartaran de la piel del valle de en medio de los pechos. Subió un poco más para besar, lamer y chuparle el cuello. Le complació darse cuenta de que Samira no se resistía y era lo más lejos que hasta el momento habían llegado. Sí, varias veces se habían comido a besos y se entregaron al placer del toqueteo, pero no había conseguido quitarle ninguna prenda. Y, poder saborear su piel sin ninguna barrera, era lo que había deseado por tanto tiempo.

—Te amo, Samira…, eres todo lo que siempre anhelé —murmuró en su oído y siguió repartiendo besos.

—Isma… —murmuró ella, presa de los temblores.

—Déjame amarte. —Se apartó del cuello, para mirarla a los ojos. Verle las pupilas tan dilatadas y sus mejillas tan sonrojadas, hizo que su polla se pusiera más dura—. ¿Quieres que lo hagamos?

Samira, perdida en los ojos marrones de Ismael, analizó esa propuesta. Estaban de aniversario, cumplía ocho meses junto a ese hombre que había demostrado ser incondicional, no tenía razones para seguir negándole ni negándose al placer de entregarse por completo. Así que asintió y levantó la cabeza, para ir a por su boca.

—Sabes que no estoy usando ningún método anticonceptivo… —Le recordó un tema sobre el que ya le había dicho; porque sí, hablar sobre sexo era algo que, en las últimas semanas, se había vuelto bastante recurrente, aunque ella siempre cambiaba el rumbo de la conversación, poniendo mil excusas sobre sus estudios y su cultura.

—Estoy preparado, cariño… —Le sonrió, sacó de uno de los bolsillos un par de condones y se los mostró—. No tienes nada de qué preocuparte, pero eso será algo que usaré en unos minutos. —Puso los paquetes sobre la almohada de al lado—. Primero me tomaré el tiempo para disfrutarte de otras maneras.

Samira se relamió los labios y le sonrió, mientras se aventuraba a desabrocharle la camisa, sin dejar de mirarle a los ojos.

Ismael le ayudó en la tarea, cuando ella deshojó el último botón, se quitó la prenda y la dejó caer sobre las sábanas que empezaban a desordenarse. Aprovechó que estaba admirando su abdomen y se aventuraba a trazarle los pectorales con dedos temblorosos, para quitarle el sostén.

La boca se le secó cuando por fin pudo ver sus pequeños pechos, coronados por unos pezones de un rosa bastante intenso. Samira se sonrojó, pero no lo detuvo cuando bajó hasta ellos y empezó a repartirle suaves besos.

—Alucinaba con este momento, deseaba tanto poder probarlos —murmuró levantando la mirada y pasó lánguidamente la lengua por el pezón derecho.

Samira gimió y luego se mordió el labio, para no hacer más ruidosas sus expresiones de placer. Hacía mucho tiempo que no se sentía de esa manera, sentir que estaba a punto de estallar y que no tenía control sobre su cuerpo.

—Se siente bien —musitó, mientras movía las caderas, porque la necesidad en su vientre se hacía más intensa con cada roce de la lengua de Ismael sobre sus pezones.

—Y tú no tienes idea de lo bien que me haces sentir —confesó, mientras seguía deleitándose en los pechos de su novia, pero quería ir más allá, así que, subió al cuello para repartir más besos y robarse su magnífico olor.

Una de sus manos seguía masajeándole uno de los pechos y, la otra, empezó a bajar; se aventuró, haciéndose espacio entre el pantalón y las bragas. Samira se arqueó y gimió, mientras él acariciaba con la yemas de sus dedos la suave piel del monte de Venus, y ella le apretó con fuerza los bíceps, cuando dos de sus dedos se abrieron paso entre los húmedos pliegues.

—Eres tan sueva, mi gitanita…

La forma en que la llamó hizo que toda excitación se le fuera de golpe, fue como si la hubiesen empapado con un balde de agua fría y; sus manos, que segundos antes se aferraban a él, ahora lo estaban apartando.

—¿Por qué me llamaste así? —cuestionó con el pecho adolorido.

—¿Gitanita?… ¿No te gusta? —preguntó, confundido.

—No…

—No sabía, olvídalo, no lo volveré a decir. —Ismael buscó la manera de seguir con lo que estaban haciendo.

—No, no…, lo siento Isma, pero no puedo… —hablaba nerviosa y sentía que las lágrimas le inundaban la garganta. Se incorporó y tiró de la sábana, para cubrirse los pechos.

—Samira, no entiendo… —Trataba de comprenderla, mientras luchaba con la respiración errática y una dolorosa erección—. ¿Fue tan malo que te llamara así?

—No…, es solo que… Será mejor que te vayas, disculpa, pero no me siento bien…

—Pero habla conmigo…, dime qué sucede.

—¿Te parece si lo hablamos después? Por favor. —Salió de la cama y se acuclilló, para recoger la camisa que había caído al suelo, cuando ella tiró de la sábana—. Necesito estudiar…, tengo prácticas a primera hora.

—No, no necesitas estudiar. —Le arrebató la camisa—. No necesitas una mierda… No te entiendo, Samira. —Se ponía la prenda con movimientos enérgicos, debido a la molestia que lo embargaba—. No haces más que inventar excusas todo el maldito tiempo…

—No son excusas, sabes que necesito estar descansada para poder rendir en las prácticas.

—Ese es el problema, siempre se trata de lo que tú necesitas; siempre tengo que estar para ti o corriendo detrás de ti, pero tú no haces ningún sacrificio por esta relación… Siempre tengo que adaptarme a tus horarios o a tus costumbres…

Samira odiada ese aire de mártir, sus ojos acusadores y sus palabras maliciosas; y le costaba tener que admitir que ese odio no provenía de la mala conducta de Ismael, sino de la suya propia.

—Sabía, sabía que en algún momento ibas a reprochar mi forma de ser… —Lo interrumpió, sintiéndose dolida por la reacción tan radical de Ismael—. Te lo advertí desde el principio, te dije que no era como las payas… Si lo que buscabas era sexo…

—No se trata de eso, Samira…

—Entonces, ¿de qué se trata? —reclamó con el rostro enrojecido por una mezcla de rabia y

decepción.

—De que eres una egoísta de mierda, eso eres… Siempre tú, tus estudios, tus costumbres… Y entiendo que quieras terminar tu carrera o que tengas limitaciones culturales, pero… ¡Joder! No te entregas, llevamos ocho meses y no confías en mí…

—Si crees que soy una egoísta de mierda por ser como soy, por priorizarme, por dedicarme a mi carrera… Entonces, sí, lo soy… —Se limpió con rabia una lágrima que le rodó por la mejilla, porque no pudo seguir conteniéndose, Ismael la había herido con esas palabras—. No tienes idea…, no tienes ni puta idea de todo lo que he tenido que pasar para estar en el punto de mi vida en el que estoy…

—Ese es el problema, que no tengo ni puta idea, porque no has querido contármelo… No, Samira, no quieres hacerme parte de tu vida y es momento de que yo lo acepte… —Se dio la vuelta y salió de la habitación.

Samira se quedó perpleja, sin poder hacer nada, por más que quiso pedirle que no se marchara, no pudo hacerlo, solo lo vio salir y se dejó caer sentada en la cama, como si su cuerpo hubiera perdido toda la fuerza; enseguida se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar, cuando escuchó el azote de la puerta principal.

Dos días pasaron desde que Ismael se marchó molesto, no le había escrito ni respondido a todos los mensajes que ella le envió, pidiéndole disculpas, aun cuando sentía que no debía justificarse por defender su más ferviente sueño.

Sabía perfectamente que el detonante, para que ella actuara de esa manera, fue ese: «gitanita», que le trajo de golpe el recuerdo de Renato; y no supo cómo gestionar las emociones que despertaron en ella esa simple palabra. Sin embargo, la reacción de Ismael, ante la negativa de tener sexo con él, fue brutal y la descolocó completamente.

Ahora se encontraba en el café, sentada en el puesto de siempre y a la espera de que su novio apareciera. Confiaba en que llegara para hablar sobre lo sucedido, perdonarse y seguir adelante con la relación.

No podía concentrarse y era más el tiempo que tenía su mirada fija en la puerta, que en la pantalla del portátil o en el libro. Después de mucho tiempo, volvía a mordisquearse las uñas, producto de la ansiedad que se la estaba devorando.

—¿Sucede algo?

La voz de Julio César la sobresaltó, se volvió a mirar cómo él se sentaba a su lado.

—No, nada… Estoy bien. —Se apresuró a responder y miró a la pantalla de la portátil. Tratando de disimular su estado.

—No te pregunté si estabas bien, pero buen intento en querer ocultar que algo te preocupa…

—Me conoces demasiado bien —masculló y frunció el ceño.

—Eres demasiado evidente, cariño… ¿Sucedió algo con Ismael? ¿Volvieron a discutir? —Le tomó la mano, para atraer la atención de Samira. Odiaba cuando ella pretendía ignorarlo con la única intención se blindarse.

Samira asintió y soltó un suspiro tembloroso. En ocho meses que llevaba de noviazgo con Ismael, habían tenido varios desacuerdos, pero ninguno tan fuerte como el de hacía dos días.

—Creo que hoy no vendrá, el martes se fue muy molesto del apartamento —confesó y su tono era apenas un lamento. Desde ese día, ella no había podido ir al café, porque por las mañanas tuvo prácticas en el hospital y; por las tardes, las clases—. Tampoco me ha escrito, no responde mis mensajes y ha estado en línea… —Se mordió el labio, porque le empezó a temblar.

—¿Tan grave fue?

—Sí —afirmó con la cabeza.

—¿Quieres contarme? —Le sujetó ambas manos y se las sacudió, para que lo mirara a los ojos.

—Creo que fui una estúpida, pero él también lo fue, fue muy hiriente con sus palabras… Me dijo que soy egoísta.

Julio César se mostró sorprendido, no podía imaginar a Ismael llamando a Samira de esa manera.

—Cariño, tú no eres estúpida…

—Sí, lo soy… y creo que Ismael tiene razón, soy una mala persona…

—Sabes bien que eres maravillosa, pero me gustaría que me contaras con más detalles, porque no estoy entendiendo nada… Todo iba bien entre ustedes, ¿acaso no estaban celebrando el octavo mes de relación?

—Sí, arruiné la celebración, arruiné todo… Solo porque me dijo: «gitanita».

—¿Y qué con eso? ¿Acaso fue despectivo? —Frunció el ceño, porque empezó a molestarse.

—¡No! ¡Nada más lejos!… Estábamos…, estábamos… en… en una situación… Bueno, yo quería intentar… ¡Ya sabes!… —hablaba esquivando la mirada mientras sus mejillas se teñían de carmín. Sí, le incomodaba hablar un poco sobre eso, porque en su familia siempre fue un tabú.

—Lo comprendo, cariño, intentaban llevar la relación a otro punto… Pero explícame cómo llegaron a este punto.

—Bueno, en un momento demasiado íntimo, me dijo: «gitanita»… Fue cuando arruiné todo.

—Entonces, ¿por qué tanto misterio con esa bendita palabra? Si hasta yo en ocasiones así te digo —resopló Julio César.

—Así me decía Renato… —musitó y bajó la mirada con vergüenza.

—Vale, vale… Ahora entiendo todo. ¿Cuándo vas a superar es hombre, Samira?

—¡Ya lo superé! —alzó más la voz, a pesar de lo tensa que se puso—. Hace mucho y lo sabes… De no ser así, no me hubiese enamorado de Ismael. Solo que me tomó por sorpresa, nadie más lo había hecho en un momento así… Eso hizo que todo mi ánimo de entregarme se evaporara.

—Y seguro empezaste con las excusas de que tenías que estudiar y bla, bla, bla…

—No son excusas, sabes que tengo mucho que estudiar.

—En ese momento fue la excusa más patética. ¡Ay, nena! Cuando se está en una situación como esa, lo menos que se piensa es en estudiar… Sabes a lo que me refiero, a ese fuego interno que no se puede contener, esa necesidad de saciar el cuerpo antes que a cualquier cosa… —La miraba con la nariz fruncida—. No hay excusas que valgan.

—Reaccioné mal, lo sé, por eso me estoy disculpando con él, pero no responde a los mensajes.

—Está molesto, pero seguro se le pasará… Sé que no debo meterme en tu vida, pero te aconsejo que hables con él. Sé sincera, cuéntale de tu relación con el carioca y el malentendido de que te dijera: «gitanita»…

—No, pensará que sigo enamorada de Renato…

La mirada que le dirigió fue más que evidente, pensaba justo lo mismo. Lo que hizo que ella misma empezara a cuestionarse. No, no podía ser, ahora amaba a Ismael. Renato no era más que parte de su pasado, esa parte que muchas veces deseaba olvidar.

—Bueno, es tu decisión. Deseo, de todo corazón, que puedan reconciliarse, porque Ismael es un buen hombre; te quiere mucho, Samira.

—Yo también lo quiero, estoy segura de eso.

—Entonces, empieza a involucrarlo más en tu vida. Puedes comenzar por contarle la verdad

sobre la situación en la que estás con tu familia… Una relación no puede sedimentarse sobre mentiras.

Ella le había dicho a casi todos que su familia la había mandado a estudiar a España y la apoyaban, porque era más fácil refugiarse en esa historia, a decir que la habían expulsado y entonces despertar lástima. No, no podría vivir siendo merecedora de compasión, tampoco quería que juzgaran mal a los suyos; pues estaba segura de que, tarde o temprano, obtendría el perdón de todos, iba a luchar con uñas y dientes hasta conseguirlo.

—Lo intentaré. —Esquivó la mirada y para no sentirse más agobiada, decidió cambiar de tema—. ¿A qué hora es la prueba del traje? Me gustaría acompañarte.

Estaba a un par de meses de casarse, los preparativos de la boda estaban bastante avanzados.

—A las siete. —Él accedió a que desviara la conversación. No quería presionarla, siempre que lo hacía, terminaban discutiendo; y ya ella tenía suficiente con lo que estaba pasando con Ismael.

CAPÍTULO 36

Renato despertó con un molesto zumbido en los oídos y el brazo izquierdo entumido; se removió en el asiento, a la vez que abría y cerraba la mano, para activar la circulación. No fue consciente de cuándo terminó rendido; sin duda, haber trabajado hasta medianoche y subir al avión a las seis de la mañana, le pasó factura.

Cuando pudo enfocar la vista, se fijó en Aitana, que estaba en el asiento del frente; ella le sonreía y tenía los ojos cargados de picardía.

—¿Estaba roncando? —preguntó de buen ánimo, esos gestos de su hermanita le divertían.

Aitana negó con la cabeza y su sonrisa se hizo más amplia, luego, le señaló con un crayón verde el móvil, que se le había caído.

—No quise agarrarlo porque papi me dijo que no me quitara el cinturón de seguridad.

Renato apartó la manta beige que tenía en el regazo y lo tomó.

—Supongo que está en la habitación con mamá —dijo al tiempo que encendía la pantalla del aparato, para verificar que no se hubiese dañado.

—Sí, dijo que descansarían un par de horas y que no te despertara, porque trabajaste hasta muy tarde… ¿Por qué trabajas tantas horas? —preguntó, llevándose el crayón al mentón e hizo un gesto pensativo.

—Son responsabilidades de adultos, muchas veces tengo que cumplir con compromisos, sin importar cuántas horas me tome hacerlos. —Se levantó y se mudó al asiento junto a la niña—. ¿Qué haces? —curioseó echando un vistazo a los dibujos a medio colorear.

—Cumplo con mis responsabilidades de niña. —La picardía titilaba en sus ojos oscuros.

Renato rio con ganas, como muy pocas veces lo hacía; ya que, ser abiertamente expresivo seguía sin ser una de sus virtudes.

—Ya veo, son muchas responsabilidades…

—Podrías ayudarme, así termino más rápido. —Le propuso mientras coloreaba un árbol de un verde intenso.

—Esta vez te ayudaré, pero no puedes evadir tus tareas, tienes que hacerlas tú misma, para que tengas autonomía, solo de esa manera podrás cultivar la autoconfianza y alcanzar las metas que te propongas…

—Sí, pero es que me queda muy feo… Mami siempre me ayuda... No quiero que quede feo.

—No hay nada de malo en que quede feo, poco a poco, con la práctica, irás mejorando y en algún momento conseguirás que te quede como tú quieres… Y lo mejor de todo es que te sentirás muy bien por saber que fuiste capaz de lograrlo. —Usó un tono de voz apacible, le sonreía y la miraba a los ojos. Quería que fuese una niña segura de sí misma e independiente, no que creciera con las misma inseguridades que él.

—Está bien, ¿y si me explicas, para que me quede bonito? Eso sí puedes hacerlo, ¿verdad?

—Por supuesto. —Le acarició los cabellos trenzados—. Sujeta el crayón un poco más arriba. —Tomó uno y le mostró cómo sostenerlo—. Ahora debes pintar siguiendo la misma dirección, siempre hacia la misma dirección —hablaba mientras llenaba de color negro una de las manchas de la vaca—. Y para que quede más prolijo, te daré un truco…

—¿Cuál? —preguntó la chiquilla con toda la atención puesta en lo que Renato hacía.

—Pasas una de las yemas de tus dedos por encima, para difuminar los trazos.

—Así queda muy bien…

—Ahora, inténtalo… —Le dio el crayón negro, para que lo hiciera ella.

Mientras observaba cómo su hermanita seguía los consejos que él le había dado, apenas podía creer que ya hubiesen pasado dos años desde que llegó a formar parte de su familia. Sin duda, sus padres habían tomado la mejor decisión al adoptarla, aunque apenas la veía una o dos veces por semana, se había ganado su cariño y el de toda la familia.

En ese momento, el piloto anunció que estaban a media hora de su destino; en eso, una de las asistentes del vuelo en el que iban a Nueva York, se les acercó para indicarles que empezarían el descenso, que debían abrocharse los cinturones y poner los asientos de manera vertical.

—Antes iré a despertar a mis padres. ¿Puedes quedarte un momento con Aitana? —Renato le pidió a la azafata, al tiempo que se quitaba el cinturón de seguridad.

—Con gusto, señor —dijo la mujer y le sonrió a la niña.

Renato caminó hasta la puerta que estaba al final del pasillo, tocó un par de veces y; como no obtuvo respuesta, abrió lo suficiente para apenas asomar la cabeza. Los vio durmiendo abrazados, su madre tenía la cabeza sobre el pecho de su padre, quien la rodeaba con sus brazos, en una postura tierna y protectora.

Le daba pena despertarlos, pero debía hacerlo. Así que abrió más la puerta y avanzó hacia ellos; con cuidado, tocó el hombro de su padre.

—Papá…, papá… —Lo llamó en susurros y lo vio abrir los ojos—. Ya vamos a descender.

—Está bien, gracias, hijo. —Su voz estaba ronca y tenía los ojos enrojecidos. Había dormido muy poco en los últimos días, para poder ausentarse una semana y estar presente en el cumpleaños número dieciséis de Violet.

Renato asintió y salió sigilosamente, dejaría que fuese su padre quien se encargara de despertar a su madre. Volvió a sentarse junto a su hermana.

—Te está quedando muy bien. —La felicitó al ver que estaba usando la técnica que le había dado para difuminar los colores.

Aitana le sonrió ampliamente, dejando en evidencia la ausencia de uno de sus molares.

—Gracias… ¿Liam también llegará hoy? —preguntó, tomando una pausa en sus dibujos.

—Mañana, recuerda que está mucho más lejos… ¿Quieres verlo?

—Sí, lo extraño… ¿Tú no lo extrañas?

—Algunas veces —respondió y frunció la nariz, en un gesto gracioso.

Aitana se rio más fuerte.

—A veces es muy molesto, ¿verdad? —preguntó la niña, alzando ambas cejas.

—Sí.

—Sobre todo, cuando me molesta por mis dientes… —Siempre que hablaban por videollamadas, su hermano solía hacer algún tipo de broma referente a la caída de sus dientes—. Por eso le digo que tiene más arrugas que papi… ¿Sabes qué me dijo el otro día?

—No, ¿qué te dijo?

—Que ya no podré decirle que está arrugado, porque se va a estirar la piel de la cara… Se verá feo, estoy segura…

—Seguro que sí —dijo Renato, riendo de buena gana. En ese momento su mirada fue captada por su padre, que salía de la habitación.

—¿De qué se ríen? —curioseó Ian, le dio un beso en la frente a la niña.

—De Liam —contestó la pequeña.

—Aprovechan que no está presente para mofarse de él.

—Es que dijo que se va a estirar la piel de la cara, seguro va a quedar como el hombre de la máscara que vimos en la película…

Ian se carcajeó, porque sabía exactamente a que hombre se refería su hija.

Haber adoptado a Aitana fue la mejor decisión que Thais y él tomaron. Sí, disfrutaron mucho del tiempo que pasaron solos en casa cuando sus hijos se independizaron, ya que tuvieron la oportunidad de vivir como pareja por mucho más tiempo, algo que no pudieron hacer al principio de su relación, porque llevaban pocos meses de casados cuando su mujer quedó embarazada de Liam, luego vino Renato… y ambos se dedicaron más a la crianza de sus hijos, que a sus propias vidas.

No obstante, siempre les hizo falta la presencia de una niña, anhelaban eso que perdieron; por suerte, se dieron cuenta de que nunca es demasiado tarde cuando se quiere dar amor y protección. Aitana era una niña encantadora, que llenaba sus días de risas y ternura. Tenía un carácter muy definido, pero era respetuosa, bastante cariñosa e ingeniosa.

En cuanto se sentó en su butaca, frente a sus hijos, llegó su mujer, que se ubicó a su lado; entonces, Aitana aprovechó para contarles cómo Renato le había explicado la manera en que debía dibujar y les mostró el paisaje campestre que ya había coloreado.

Ambos la felicitaron porque lo había hecho bastante bien y le agradecieron a Renato, que se involucrara de esa manera con su hermanita.

—Es que Renatinho será un buen papá… Claro, cuando se case y tenga hijos —comentó la niña, dedicándole una sonrisa a su hermano—. ¿Cuándo tendrás una novia?

—Cariño, recuerda que de esos temas no se habla —intervino Thais—. No podemos involucrarnos en la vida de los demás…, ni hacer cuestionamientos… Renato tendrá una pareja cuando él lo crea conveniente…

—Está bien, mamá… —medió Renato, comprendía que Aitana aún era una niña, que solo intentaba saciar su curiosidad y se volvió a mirarla—. Tendré una novia cuando encuentre a la mujer indicada.

Aitana le sonrió y asintió, tenía muchas preguntas más por hacer, pero prefirió seguir los consejos de su madre.

Cuando llegaron al Aeropuerto Internacional John F. Kennedy, ya esperaban por ellos un par de SUV negras, que los trasladarían hasta el ático tríplex con vistas al Madison Square Park, propiedad del matrimonio Garnett-Medeiros.

Durante el trayecto, Ian llamó a Reinhard, para avisarle que acababan de llegar y que en la noche se verían, como habían acordado. El patriarca había llegado hacía un par de días, junto a Sophia, y sus hermanas.

Dos días después, estaban todos reunidos en un salón de unos de los hoteles más exclusivos de la ciudad, para celebrar los dieciséis años de Violet.

Renato se reencontró con familiares y amigos, a los que no veía desde hacía un par de años, como era el caso de los hijos de Diogo, que llevaban años estudiando en Inglaterra, en donde hicieron sus estudios secundarios y; ahora, igual que su primo Oscar, estaban a un año de graduarse de la universidad.

También pudo ver a su tía materna, quien se había mudado hacía cinco años a Malta, donde tenía un resort en sociedad con su segundo marido. No fue fácil para ningún miembro de la familia recibir la noticia de que se divorciaría de Robert, ya que era un hombre querido por todos; no obstante, comprendieron que, como pareja, ya no eran felices y que era mejor que ambos tomaran caminos diferentes.

Conoció a los amigos de la secundaria de Violet y al chico con el que estaba saliendo. Apenas hacía un par de meses que se los presentó a sus padres y, para sorpresa de todos; incluso, de la misma Violet, Samuel aceptó al joven con agrado. Todos pensaron que los años lo estaban

sensibilizando o que, quizá, la experiencia vivida con Elizabeth, había servido para allanarle el camino a la consentida de Samuel.

En ese momento, el animador del evento les comunicó que en cinco minutos haría acto de presencia la festejada, por lo que, todos se ubicaron en sus puestos.

Después de un espectáculo de luces y una lluvia de pétalos rosados, desde unos pasillos que estaban al extremo de la pista, salieron Samuel y Rachell, sus pasos eran sincronizados, al tiempo que desde el techo descendía Violet, sentada en un columpio.

Todos rompieron en aplausos, observando a Rachell y a Samuel, tomar las manos de Violet, para ayudarla a bajar. Ella tenía un pomposo vestido corte princesa, con vuelos de tul, que iban en un degradado desde el violeta hasta el rosado. Su madre se había tomado más de un año en diseñarlo, sin duda, merecía la pena, porque la menor de los Garnett lucía espléndida.

La vida para ellos había cambiado muy poco, Rachell seguía posicionada como una de las diseñadoras de mayor prestigio a nivel mundial y, Samuel, estaba por terminar su segundo mandato como Fiscal General de Nueva York. Eran pocos los que sabían que, una vez que terminara su período, se postularía como gobernador.

Rachell dejó besos en las mejillas y la frente de Violet, luego ella se fue al borde de la pista, junto a Oscar y Elizabeth, dejando en los brazos de su marido a su hija menor, para dar inicio al vals.

En ese momento, Renato recordó lo que Aitana le había dicho en el avión. La verdad, no estaba seguro de si algún día llegaría a ser la mitad de los buenos padres que habían sido su abuelo Reinhard y sus tíos, incluso, su padre había sido excepcional.

Aunque, si lo analizaba lo suficiente, no; ni siquiera quería ser padre, no estaba en sus planes, no deseaba nada. No se sentía motivado si quiera a tener su propia familia. Se sentía bien como estaba, su vida era, en su mayoría, monótona; sus días transcurrían del trabajo al gimnasio y del gimnasio a su apartamento, porque ese año había decidido no seguir capacitándose, se estaba dando un descanso, quizá, más adelante retomaría sus especializaciones.

Lo único que rompía su rutina era cuando, por trabajo o por algún descanso, salía del país. Algunas veces contaba con la fortuna de conocer a mujeres a las que podía mostrarle, por una noche, esa faceta que tan celosamente mantenía oculta, cuando estaba en Río o cerca de su familia.

La celebración terminó pasada las cuatro de la mañana, ya eran pocos los invitados que quedaban, sobre todo, los familiares más cercanos. Se podía notar en las facciones de todos, una mezcla de dicha y cansancio.

Ian les anunció que era hora de partir, pues debían dejar descansar a la festejada, en la suite que fue dispuesta para ella. Se despidieron con besos, abrazos y con la promesa de volver a verse esa noche, para la cena en uno de los restaurantes de ese mismo hotel.

Renato no se dio cuenta de lo agotado que estaba, hasta que estuvo en su habitación, así que, tras una ducha rápida se fue a la cama. Al día siguiente tendría tiempo para pensar en qué haría con su mes de vacaciones.

CAPÍTULO 37

Samira estaba sentada en su cama con las piernas estiradas y el portátil en el regazo, era casi medianoche, pero en Río apenas terminaba la jornada laboral. Era el momento en el que los horarios de Adonay y el suyo se ajustaban, para poder conversar unos minutos.

Quince días atrás le había mandado la invitación, para que asistiera a su acto de grado, junto a su esposa; además, traería a su abuela. Llevaban meses ideando la mentira perfecta, para poder traerla a España y que sus demás familiares no fueran un obstáculo; incluso, le consiguió el pasaporte y eso la tenía muy feliz. Casi no podía creer que en menos de una semana se reencontraría con ellos.

Esperaba que Adonay se conectara, para elegir las fechas y comprar los boletos. La ansiedad la estaba devorando y le dolía el pecho por la contundencia de los latidos de su corazón.

Le llegó un mensaje, pero para su mala suerte, no era de Adonay, sino de Mirko, un médico que estaba cumpliendo su tercer año de residencia en cardiología, en el hospital Universitario Cruz Roja, mismo en el que ella hizo sus prácticas en medicina interna, en el mes de mayo.

Se llevaban muy bien y habían salido un par de veces de tapeo, pero lo cierto era que solo lo quería como amigo; no deseaba, por el momento, tener otra pareja. Después de haber terminado con Ismael, hacía ya más de un año, tras muchos intentos por salvar la relación, todo se fue a la mierda y empeoró a medida que su carrera exigía mucho más. A pesar de que en el ámbito sexual llegaron a llevarse muy bien, la verdad era que una relación estable iba mucho más allá de las horas compartidas de sexo.

Por lo menos, no terminaron mal; simplemente, él se cansó de estar con una persona que no tenía tiempo para algo más que no fueran sus estudios, y aceptó irse a Nueva York, donde le brindaron una extraordinaria oferta de trabajo.

No pudo pedirle que no aceptara, después de todo, ella siempre anteponía sus metas a su relación de pareja. Con la partida de Ismael, volvió a sentirse devastada; no de la manera en que quedó cuando Renato la engañó, pues estaba segura de que, esta vez, fue por su egoísmo, porque no estuvo dispuesta a ceder un poco. Y la mejor forma de superar su despecho no fue echándose a llorar por semanas, sino que se sobrecargó con más responsabilidades, razón por la que, durante el sexto año de su carrera, se inscribió en la academia CTO, para prepararse para el examen Médico Interno Residente, lo que no le dejaba tiempo ni siquiera para administrar el café; no obstante, también sabía que si lo presentaba en mayo del próximo año, se estaría ahorrando todo un año, y así empezaría su especialización mucho antes.

Hola, guapa… ¿Puedo hacerte una llamada? Seré breve.

Samira sonrió al leer el mensaje de Mirko, sabía que no era el mejor momento para ocuparse, porque esperaba con muchas ansias la videollamada de Adonay; no obstante, sabía que si ella no atendía al primer intento, él le volvería a marcar.

Sí, solo tienes un minuto…

Adjunto unos emoticones de una niña traviesa.

Casi enseguida entró la videollamada, pero antes de contestar, se acomodó un poco el cabello y el cuello de la blusa celeste que llevaba puesta.

—Es evidente que recién despiertas —dijo Samira, al ver su semblante. Tenía el cabello rubio oscuro bastante revuelto y los párpados hinchados.

—Sí, hace un par… —Se vio interrumpido por un bostezo—, de minutos. Disculpa, aún estoy algo adormecido y, eso, que dormí… —Miró su reloj de pulsera—, un poco más de doce horas.

—Eso fue casi un coma. —Samira rio—. ¿De cuánto fue la guardia?

—Treinta y seis… Pasó de todo, casi me sentí en un capítulo de la Anatomía de Grey, pero nada romantizado…

—Imagino. —Ella, a las malas, había aprendido que estudiar y ejercer medicina tenía más sombras que luces y que; incluso, en una carrera tan humanitaria, había malnacidos que aprovechaban su posición de poder para minimizar a los aprendices, humillando y maltratándolos psicológicamente; sin embargo, no estaba en absoluto arrepentida de la profesión que eligió, porque había mucho más cosas maravillosas que le fascinaban y que eran profundamente gratificantes—. ¿A qué hora te toca turno?

—Tengo el día libre, tú también, ¿cierto?

—Así es, pero tengo que ir a la penúltima prueba del vestido… —Le hacía mucha ilusión tener casi listo el atuendo que usaría debajo de la toga. Por supuesto, ya Mirko había recibido su invitación.

—¿A qué hora vas?

—A las cinco, ¿por qué lo preguntas? ¿Me acompañarás? —curioseó con una sonrisa bastante coqueta, que era más un gesto natural.

—Por supuesto, pero antes…, mucho antes; es decir, como en una hora, más o menos, podríamos vernos en la Taberna Avería, tomarnos unos vinitos y charlar un rato… Te queda cerca.

Samira gimió pensativa, porque las conversaciones con Mirko siempre eran interesantes, pero por nada del mundo dejaría para otro momento la compra de los boletos aéreos.

—Tu propuesta es casi imposible de rechazar, pero estoy esperando una videollamada de mi familia y no sé cuánto tiempo me tome hablar con ellos… ¿Te parece si mañana desayunamos juntos? —sugirió, porque no quería declinar la invitación.

—Vale, perfecto… Que te vaya bien, guapa… Te escribo por la mañana, para que escojamos el sitio.

—Está bien, a las ocho espero tu mensaje; si no me escribes, entenderé que puedes estar durmiendo, entonces, te llamaré hasta despertarte —dijo con la confianza que entre ellos se había forjado.

—A ti te permito lo que quieras…

—Adiós, Mirko. —Se despidió sonriente, antes de que él siguiera flirteando.

Se quedó mirando la pantalla por más de un minuto, a la espera de la videollamada de Adonay; inevitablemente, empezó a ser marioneta de la ansiedad, por lo que, apartó el portátil, se levantó y empezó a caminar de un lado a otro, con las manos en las caderas, mientras hacía ejercicios de respiración, para calmarse.

Sus latidos aumentaban con cada paso que daba, resopló y luego gritó de frustración, cogió la laptop y se fue a la cocina, la dejó en la isla y buscó en el refrigerador algo que llevarse a la boca; se topó con un pote de Amorino, sacó el gelato de caramelo de mantequilla salada y casi con desesperación lo destapó, hundió la cuchara y, de regreso a la barra, ya había comido un par de veces.

No pudo seguir sin hacer nada, dejó el pote al lado de la laptop y tecleó un mensaje.

Hola, primo… Espero por ti, imagino que aún no llegas a casa, quizá hay mucho tráfico.

Lo envió y soltó el aliento que ni siquiera notó que había contenido mientras escribía. Se metió otra cucharada repleta de helado a la boca, miró en derredor, sin saber qué más hacer; a pesar de que su apartamento estaba climatizado, fue a una de las ventanas y la abrió; de inmediato, la suave brisa agitó el velo de las cortinas. Apenas faltaban tres semanas para que se instalara el verano, pero el clima todavía estaba bastante fresco.

De espaldas a la ventana y de frente a la pantalla de la portátil, pudo ver la videollamada entrante, corrió los pocos metros que la separaban de esa importante comunicación y no perdió tiempo en contestar. Casi de inmediato vio a su primo muy demacrado, tenía los rizos bastante desordenados, los ojos enrojecidos y unas ojeras muy marcadas.

—Hola, ¿estás bien? Pareces muy cansado —saludó, ocupando uno de los bancos de la isla de la cocina.

—Hola, grillo, sí, estoy bastante cansado y preocupado… Tuve una tarde de terror…

—¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Es malo? —lanzó la ráfaga de preguntas, sintiendo cómo un terrible nudo se le instalaba en la boca del estómago.

—Milena entró en proceso de parto y no pudieron hacer nada para detenerlo… Tuvo el bebé esta tarde y…

—Pero, tiene muy pocas semanas, debe estar por la treinta…

Esta vez fue Adonay quien tuvo la necesidad de interrumpirla.

—Veintinueve, se adelantó demasiado…

—Dime que ambos están bien… Es bastante prematuro, pero…

—Ella está bien, pero el bebé, no tanto. —De manera inevitable, la voz se le quebró y los ojos se le llenaron de lágrimas; de inmediato, se limpió con los nudillos—. Lo médicos están haciendo todo lo posible para mantenerlo con vida…

A Samira se le rompió el corazón por verlo así. Adonay estaba muy ilusionado con su primer hijo.

—Primo, ¿qué te han dicho? ¿Cuál es su estado? Confía en los médicos… —La presión que sentía en el pecho la tenía con poco aliento.

—Su estado es crítico, me han dicho tantas cosas… Si supera las cuarenta y ocho horas, deberán llevarlo a cirugía, para cerrar un conducto arterioso… Dicen que, normalmente, ese conducto se encoge y se cierra por sí solo, durante los primeros días de vida, pero que, en Amir, será imposible… Lo tienen con transfusión de sangre por su cuadro de hipotensión…

Samira comprendió que el estado del bebé era bastante grave, sentía que el alma se le caía a los pies y no encontraba palabras de aliento para su primo. Había enmudecido y luchaba por no ponerse a llorar, porque eso solo haría que él se sintiera peor.

—Adonay, sé que es una situación muy complicada, pero confía en los médicos y, siempre que puedas, solicita información sobre su estado, no desesperes… Además, necesitas brindarle apoyo a Milena… Ambos deben estar preparados, porque se vienen días bastante difíciles, confiemos que Amir va a luchar por quedarse con ustedes, pero eso llevará su tiempo… —Mientras Samira hablaba, Adonay solo asentía y le daba la pelea a las lágrimas.

—Lo siento, grillo…

—¿Por qué? No tienes por qué hacerlo —dijo casi con un jadeo de consternación.

—Voy a fallarte en uno de los días más importantes para ti… Faltaré a mi palabra, pero…

—¿Qué dices, Adonay? No te preocupes, es algo que se escapa de toda posibilidad, no te sientas mal por eso. —Con cada palabra que salía de su boca, el remolino de lágrimas en su

garganta se hacía más grande, porque su cerebro empezaba a asimilar los efectos colaterales de la situación por la que estaba pasando su primo.

—No puedo evitarlo, sé que te hacía mucha ilusión…

—Es cierto, anhelo poder tenerlos conmigo, pero ante esta situación, mis deseos resultan banales… —respiró profundo, para no echarse a llorar—. Habrán más eventos de grado, aún falta la especialización, luego algún doctorado… Pero Amir es único, Milena y tu hijo te necesitan, así que no te sientas mal por no poder venir… Voy a estar bien, te lo prometo y también te prometo que, una vez termine aquí, iré a visitarlos…

—Pero me dijiste que te estás preparando para presentar el MIR…

—Así es, pero las clases y asesorías son en línea. Aún me queda tiempo para seguir preparándome. —La decisión estaba tomada, iría a Ceará, a ver a su primo; quizá estando allá, pudiera encontrar el valor para visitar Río, pero no quería pensar en eso.

Le aterraba un encuentro con su tío, pero si era precavida, no tendría por qué verlo; se hospedaría en un hotel cercano al hospital y haría todo lo que estuviera a su alcance, para ayudarle con la recuperación de Amir.

—¿Estás segura? —preguntó, sintiéndose dudoso, pero también Samira con esa noticia le daba un poco de felicidad.

—Completamente. —Asintió para reafirmar la decisión.

—Me hará muy feliz tenerte por aquí… Un grillo médico, casi no lo puedo creer —sonrió aunque el cansancio y agonía anidaba en sus ojos azules—. Ahora te dejo, porque sé que allá es muy tarde y también debes estar agotada.

Ella también sonrió y se cubrió los ojos con las manos, para no derramar las lágrimas, suspiró profundamente y volvió a mirar a su primo.

—Está bien, me iré a descansar, pero quiero que me mantengas informada, ante cualquier noticia, llámame o envíame un mensaje… Si no, no podré estar tranquila.

—Sí, te mantendré al tanto.

—¿Me lo prometes? Dame tu palabra. —Casi le suplicó.

—Te doy mi palabra, ahora ve a descansar.

—Todo estará bien.

Samira terminó la videollamada y enseguida se le desbordaron las lágrimas, lo que dio paso a un llanto ruidoso, que le hacía sacudir el cuerpo.

Era torturada por una mezcla de emociones que, en gran parte, la hacían sentir la peor persona del mundo; sí, estaba muy impactada y triste por el nacimiento prematuro de Amir, pero también sentía mucha rabia y desilusión, porque, una vez más, en su destino no estaba volver a verse con su familia.

Quizá haberlos abandonado era su gran maldición y estaba condenada a sufrir toda su vida por eso, y su felicidad jamás volvería a ser completa.

Siguió llorando por mucho tiempo, sola, en un apartamento tan grande y lujoso, que la hacía sentir insignificante y desdichada. Se levantó de la silla y arrastró los pies hasta el sofá, ahí se acurrucó y se cubrió con una manta, mientras siguió llorando hasta que se quedó sin fuerzas y el sueño la venció.

El insistente sonido del teléfono intercomunicador fue el que la despertó, no solo le dolía la cabeza, sino todo el cuerpo; sentía como si una aplanadora le hubiese pasado por encima.

Se lamentó con cada movimiento que le implicó llegar hasta el aparato, mientras trataba de aclarar su atontada mente.

—Buenos días, señorita Marcovich. ¿Se encuentra bien?

—Hola, Álvaro, buen día… Sí, sí, estoy bien. ¿Sucede algo?

—Es que la busca el señor Mirko, se muestra algo preocupado porque no le responde al teléfono…

—Estoy bien, disculpa, no escuché el teléfono… ¿Sigue Mirko contigo?

—Sí.

—Hazlo pasar, por favor. —La verdad no tenía ganas de ver a nadie, pero fue ella quien le pidió que desayunaran juntos.

—Está bien.

—Gracias. —Terminó la comunicación y fue a la isla, donde había dejado el portátil.

Como si su situación no fuese una mierda, empeoró al darse cuenta de que el helado se había descongelado y el agua que corrió, se acumuló debajo del aparato. Intentó prenderla, pero no sabía si estaba descargada o se había dañado.

No tenía tiempo para averiguarlo, Mirko debía estar subiendo; se fue al baño de su habitación, se lavó los dientes y la cara. Era un caos total, tenía la cara hinchada, estaba despeinada y la blusa arrugada.

Se acomodó la coleta y aun cuando escuchó el timbre, se tomó el tiempo para cambiarse la blusa por una camiseta, luego corrió a abrirle.

—Hola. —Puso su mejor sonrisa, para recibir a su amigo—. Bienvenido.

—Hola. —Su tono dejó en evidencia la sorpresa—. ¿Estás bien? —preguntó al percatarse del estado de Samira.

—Sí, sí… Lo siento, sé que dije que te llamaría, pero me quedé dormida… —Aprovechó para mirar la hora en su reloj de pulsera. Eran casi las once de la mañana—. ¡Por Dios! No imaginaba que fuese tan tarde… Dime que no pudiste esperarme para desayunar. —Le hizo un ademán, invitándolo sentarse, pero corrió para recoger la manta.

—Me tomé un café, no te preocupes por mi estómago, sabes que está acostumbrado a no seguir un horario —comentó, sonriente, pero observaba con discreción el lugar. Era primera vez que entraba al apartamento de Samira. Sí, muchas veces la acompañó a casa, pero ella nunca lo había invitado a subir.

Supuso que su familia en Brasil debía ser bastante adinerada, como para poder mantenerla en un sitio como ese, pero se reservó su opinión.

—Bueno, enseguida preparo algo. —Corrió a la cocina, se hizo del tarro con el helado derretido, lo vertió en el fregadero, ya después botaría el recipiente.

—No, no… Espera. —Se apresuró a sostenerla por el brazo.

Samira se volvió rápidamente, escapando del agarre en un intento por ocultar el desastre en el fregadero, y le sonrió.

—Puedo cocinar algo rápido.

—De ninguna manera vas a ocuparte en tu día libre; además, me provoca una de esas empanadas griegas que venden en Periplo.

—Entonces, vamos a por las empanadas —dijo, convencida de que era la mejor opción—. Espérame un minuto, buscaré mi bolso.

Mirko asintió y le hizo un ademán. En menos de un minuto Samira regresó, no solo había traído el bolso, sino que también aprovechó para aplicarse un poco de gloss. Hubiese preferido tener tiempo para darse una ducha, pero no iba a hacerlo esperar más de lo que ya lo había hecho.

—¿Lista? —preguntó con una sonrisa juguetona.

—Sí, vamos —suspiró y avanzó a la puerta.

—¿Segura? —La detuvo, al tiempo que le echaba un vistazo a los pies.

Samira, al seguir la mirada de Mirko, se dio cuenta de que aún tenía puestas las pantuflas; de inmediato, su carcajada reverberó en el salón, y él se contagió con su risa.

—Enseguida regreso. —Volvió a correr hacia su habitación—. Ahora sí —dijo, esta vez calzando unas sandalias planas.

Salieron del edificio y caminaron unas pocas calles hasta llegar al café, mientras conversaban de temas en común, como lo era la rutina en el hospital.

Después, cuando estaban a mitad de las empanadas de queso ricota y espinaca, Mirko abordó con mucha cautela el tema sobre el estado en el que la había encontrado. Ella se sintió con la confianza de contarle lo que había sucedido, siempre con medias verdades; porque, como a todos, no le decía la verdadera situación con su familia; por esa razón, muchos la consideraban alguien extremadamente reservada en cuando a su vida personal.

—Pero ¿vendrán tus amigos de Chile? —preguntó él, luego de darle un sorbo a su capuchino.

—Sí, llegarán un par de días antes del acto —comentó con una sonrisa, aunque seguía muy afligida, porque no podría ver a su abuela ni a Adonay.

—Eso es bueno, tendrás a tu lado a gente a la que quieres y que te quieren, por supuesto, me cuento entre esas personas.

—De verdad, agradezco que puedas asistir, me hace feliz saber que estaré rodeada de mis amigos más importantes… —No pudo evitar que algo de resentimiento acompañara esas palabras, porque a pesar de que había terminado su relación con Ismael en buenos términos y de que creía seguían siendo amigos, cuando ella le envió la invitación, le respondió que no podría asistir, porque tenía mucho trabajo.

Samira sabía que fue la excusa más tonta que se inventó, porque él bien podría trabajar a donde fuera y en los tiempos que quisiera; además, le dijo con un mes de anticipación, lo cual le daba tiempo para reorganizar su agenda.

Tras un par de horas de amena conversación, se despidieron en el café. Samira regresó a su apartamento y Mirko aprovecharía el día para hacer unos pendientes; antes de que volvieran a verse esa tarde, en el atelier donde Samira se haría la prueba del vestido.

CAPÍTULO 38

Samira acababa de llegar de la peluquería, aunque todavía faltaban siete días para su graduación, decidió disponer de esa mañana para realizarse el retoque de sus *babylights,* unas mechas finas y sutiles, que creaban el efecto real del sol iluminando su melena.

La primera vez que había hecho algún tipo de intervención en su cabello, fue cuando escapó de su casa y encontró refugio en el apartamento de Renato, fue él quien la puso en manos de Arlene y ella la convenció de que había muchas maneras de hacer que su cabello se viera hermoso; no solo largo, recto y oscuro.

Se adaptó a ese cambio durante un tiempo, luego, cuando se mudó a Chile, no contaba con los medios para mantener ese estilo, así que volvió a dejárselo al natural, hasta hacía un par de años cuando tomó la decisión, no solo de volver a aclararlo, sino que también se lo cortó a mitad de la espalda e hizo algunas capas, que lo hacía lucir más abundante.

En esa época, estaba bastante decidida a hacer cosas de las que jamás pensó se atrevería, ya que también se hizo la otoplastia y le puso fin al complejo de sus orejas; meses después, se tatuó detrás de la oreja izquierda la estrella dorada, en honor a esa leyenda que su abuela le contaba, que los gitanos eran descendientes de un amor entre una estrella y un hombre albino. También porque así era como cariñosamente la llamaba su abuela y sentía que esa era una manera de tenerla más cerca.

Revivir esos recuerdos, hizo que buscara su portátil; afortunadamente, después de llevar al servicio técnico, volvió a funcionar. La encendió y entró a su email, por enésima vez, fue a ese correo que llevaba en borradores desde el mismo día en que recibió las invitaciones de su acto de grado.

Solo de volver a releerlo, el corazón le saltaba frenéticamente en el pecho, aún no conseguía el valor para enviarlo, tenía miedo de llevarse una desilusión más. Lo había pospuesto tantas veces, aunque sabía que era sencillo, solo con apretar una tecla, estaría hecho; pero bien sabía que lo verdaderamente difícil eran los daños colaterales que oprimir ese botón pudiera traerle.

—No, no… ¡No! —Movía la cabeza de forma negativa con mucha energía, debido al terror que la toma de esa decisión le provocaba, apretaba los puños y los párpados. Mientras su mente la atormentaba, haciéndole recordar la promesa que había hecho—. Mañana sí, mañana lo haré. —De un golpe casi brusco, cerró la tapa de la portátil—. Mañana te enviaré el correo con la invitación, Renato… Aún hay tiempo y, si no respondes, no importa… No me va a importar e igual estaré tranquila, porque sé que cumplí mi parte de la promesa que te hice. —Con su voz, intentaba sabotear ese dolor en su pecho, esa incomodidad que siempre traía consigo el recuerdo de su primer amor.

Ahora debía ducharse, no quería llegar tarde a la celebración que tenía con sus amigas y sus familiares. Por su parte, solo asistirían como su familia; Julio César, Amaury, Romina y Víctor. Estaba tan ilusionada con llevar a Adonay, a Milena y a su abuela, pero desde hacía mucho había aprendido que los planes no siempre salían como se esperaba.

Por lo menos, estaba más tranquila, ya habían operado a Amir y los médicos lograron cerrar con éxito el conducto arterioso; aún no estaba fuera de peligro, pero ya había superado por mucho el tiempo crítico y había conseguido aumentar unos gramos de peso.

Se recogió el cabello y se puso un gorro impermeable, para no arruinar todas las horas de trabajo que le llevó a Stefan, dejar su melena tan hermosa. Se desnudó y se metió a la ducha,

dispuesta a tomarse el tiempo necesario con el fin de salir completamente relajada.

Cuarenta minutos después, salió y fue al vestidor, donde ya había elegido la ropa que usaría: un pantalón estilo palazzo, elegante, color verde menta y una blusa de seda blanca, con finos tiros.

Se puso el panti de hilo y se humectó la piel, luego se puso el pantalón y la blusa, dejándola por dentro, ya que el corte alto del pantalón definía muy bien su pequeña cintura.

Decidió maquillarse con un estilo monocromático, para un estilo bastante natural, por lo que, usó un solo producto, para sombras, mejillas y labios, aunque sí apostó por un buen delineado de ojos.

Miró la hora en su móvil y se dio cuenta de que se había llevado más tiempo del esperado, así que se apresuró con los accesorios, se quitó el gorro, con los dedos se acomodó el cabello y se aplicó un poco del aceite floral, que ella misma seguía preparando.

No tenía por qué llegar a la hora exacta, pero le gustaría hacerlo, para que sus invitados no estuviesen ahí antes que ella. Con movimientos rápidos se aplicó perfume, se calzó las sandalias y por la aplicación solicitó un taxi, porque no tenía ganas de conducir y tampoco sabía cuánto vino iba a tomar.

Mientras esperaba, agarró su cartera y una sombrilla, porque según la aplicación del clima, habría lluvias dispersas en Madrid, misma razón por la que prefirió irse en coche y no caminando, aunque el restaurante BLoved, donde se haría la celebración, estaba a menos de quince minutos caminando.

Apenas subió al asiento trasero, su móvil vibró con un mensaje de Julio César.

Cariño, ya llegamos, están también Romina y Víctor. ¿Te esperamos en el vestíbulo o subimos al restaurante?

De inmediato empezó a teclear su respuesta, sin poder evitar que la ansiedad anidara en la boca de su estómago.

Por favor, espérenme ahí, me gustaría llegar con ustedes y hacer las presentaciones.

Mandó el mensaje y vio a través de la ventanilla cómo el taxista se incorporaba a la Gran Vía. Su angustia aumentó cuando fue consciente del congestionado tráfico, aunque respiró profundo, en busca de paciencia, no le sirvió de nada porque en dos minutos el coche avanzó muy poco y sabía que si se bajaba, podía llegar mucho más rápido caminando.

—Señor, disculpe, voy a bajarme aquí. —Le avisó, aprovechando que se habían detenido ante el paso peatonal.

—Señorita, ya falta poco para llegar. —El chofer intentó retenerla, con la intención de completar su servicio.

—No se preocupe, tengo prisa… —Abrió la puerta y bajó, casi corrió para aprovechar el paso peatonal.

Llegaba al otro lado de la calle, cuando una fuerte brisa le agitó con fuerza el cabello; siguió caminando a toda prisa, a pesar de que la corriente de aire le hacía complicado avanzar. Y no era la única, todos los peatones también sentían la inclemencia del clima y enseguida empezaron a caer grandes gotas de agua.

En ese instante, mientras abría el paraguas se arrepintió de haberse bajado del taxi, debido a que las gotas de la lluvia golpeaban con fuerza la piel de sus hombros; una lluvia tan intensa era algo casi inaudito en pleno junio.

La gente empezó a correr, para ella iba a ser imposible, porque no era una opción con la sandalias de tacón y el suelo resbaloso, se aferraba al paraguas obstinadamente, pero otra fuerte ráfaga de viento hizo que este se volteara, dejándola expuesta.

—¡Mierda! —exclamó al tiempo que se volvía para tratar de enderezar el paraguas y sentía el dolor que le provocaban las grandes gotas cayéndole encima.

Otra inclemente corriente de viento la obligó a avanzar varios pasos y ya no pudo seguir luchando con el paraguas, se le escapó de las manos y terminó estrellándose con un transeúnte que también venía caminando rápido, para escapar de la tormenta.

—Lo sien… —Las palabras se le quedaron atoradas en la garganta al ver que, el hombre, llevado por sus reflejos, para evitar el golpe en su cara, apartó el paraguas de un manotazo, mandándolo a mitad de la calle y enseguida lo arrolló un auto.

No sabía si era el frío, la fuerte lluvia o los nervios lo que hacía que su cuerpo se agitara al punto de sufrir espasmos.

Ahí, frente a ella, después de tantos años, estaba Renato; tan guapo como lo recordaba, llevaba el cabello un poco más largo y sus rasgos más endurecidos. Sentía que su mirada cerúlea la atrapaba y le quitaba toda la energía; toda ella temblaba y tragó saliva, porque tenía un nudo apretando su garganta. Negó con la cabeza, incapaz de separar los labios, porque estaba segura de que iba a estallar en llanto.

Al ser plenamente consciente de que frente a ella y bajo una torrencial lluvia, estaba Renato Medeiros, con el agua escurriendo por su hermoso rostro. Quiso huir, pero no podía moverse; estaba paralizada y sin poder emitir una sola palabra. Los latidos desaforados de su corazón lo reconocían, solo por él palpitaba de esa manera.

—Samira… —Verla era como recibir un puñetazo en el pecho. ¿Realmente estaba parada frente a él? ¿No sería una alucinación tras siete años preguntándose qué demonios había sido de ella? Vio que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Renato avanzó, intentando tocarla, pero ella retrocedió un par de pasos; tenía miedo de que sus dedos fueran a calcinarla y empezó a negar frenéticamente, porque sus emociones eran un caos y respirar se le estaba haciendo casi imposible.

No sabía qué hacía Renato ahí, mirándola con una intensidad que la hacía vulnerable. Debió quedarse en el pasado, ahí con toda la confusión, la rabia y el recuerdo de un amor que la dejó marcada para siempre. Empezó a respirar aprisa, sin saber siquiera por qué, víctima de una ansiedad que la hacía sentir como si estuviese a punto de estallar en llanto, desmayarse o ambas cosas.

Un golpe en su hombro la hizo consciente del entorno, volvió a escuchar el sonido del tráfico, a sentir la lluvia que la empapaba y a ser blanco de los tropezones de la gente que, tratando de escapar del torrencial, no tenía cuidado.

Sintió el toque caliente en su brazo, ese que la hizo estremecerse, no percibió el instante en que Renato la sujetó; toda ella estaba ralentizada y él parecía ir mucho más acelerado.

—No puedes quedarte bajo la lluvia, podrías enfermar…

Ella escuchaba su voz, hablándole en portugués, como un eco lejano, pero se dejó guiar, no tenía fuerzas para resistirse, ya era suficiente la vergüenza que le provocaba saber que él, era consciente de que estaba temblando a punto de desarmarse.

Volvía a ser la chica de dieciocho años que podía morir y vivir por él, y no una mujer de casi veinticinco años. El tiempo, el tiempo transcurrido en ese momento era completamente intrascendente.

Él, prácticamente, la arrastró a un Tim Hortons, que tenían cerca. A pesar de que estaba

congestionado, encontraron una mesa junto a la puerta.

—Tengo un compromiso…, no puedo quedarme. —Por fin consiguió empujar unas palabras en español.

—Yo también, pero no creo que pueda presentarme como estoy —dijo él, en portugués.

Entonces, Samira lo miró, llevaba puesto un traje de lino verde oliva seco, con una camisa blanca; se veía guapo y elegante a morir, como siempre. No, ahora se veía mucho mejor; el recuerdo del Renato de veinticuatro años, no le hacía justicia a ese hombre de más de treinta. Tragó grueso y desvió la mirada a la vitrina que exhibía los postres.

—Es muy importante. —Su voz era un chillido que por fin se acopló al mismo idioma de su sorpresivo acompañante. En ese entonces, lo que más deseaba era huir, pero bien sabía que no importaba si lo hacía, ni cuánta distancia pusiera, el conflicto con sus emociones sería el mismo.

—Mejor iré a por algo caliente, estás temblando —dijo, aunque él también estaba realmente nervioso, se mostraba demasiado cabal, a pesar de querer perder los estribos, aunque fuese solo un poco.

Estaba conmocionado, no asimilaba que tenía a Samira en frente; estaba cambiada, no lo suficiente como para no reconocerla, pero sus formas se habían favorecidos con la madurez. La inocencia en su mirada perdió fuerza y la delicadeza de sus rasgos juveniles, dieron paso a una belleza que lo intimidaba. Era hermosa, mucho más hermosa que años antes; muy a su pesar, descubría que todavía le aceleraba los latidos y le calentaba la sangre. Justo en ese momento, se daba cuenta de que, todos los años de terapia, para superarla, se habían ido a la mierda y que hasta ese entonces solo se había anestesiado.

Ella estaba temblando, claro que lo estaba, pero no era por estar empapada, sino por su presencia. No había duda de que Renato merecía una golpiza. Le punzaron las manos nada más de imaginarse descargando toda su furia contra la cara de ese atractivo idiota, pero al mismo tiempo, pensó en que eso no le ayudaría en nada.

Bajó la cabeza y miró cómo se estrujaba las manos. Cuando volvió a levantar la mirada, ya Renato no estaba en frente, se había dirigido a la caja y hacía un pedido. Entonces, ella miró con desesperación a la puerta, era el momento perfecto para escapar, poco importaba la lluvia, sabía que cualquier enfermedad que pudiera suscitar, iba a hacerle menos daños que tener que enfrentar a Renato, pero una especie de magnetismo la tenía pegada a ese asiento.

Se volvió a mirarlo, estaba de perfil junto a la barra; entonces, se percató de que su contextura era mucho más gruesa, poco o nada quedaba del hombre casi escuálido del que se enamoró. Aun a través de ese traje de lino, se notaba fácilmente que sus brazos y sus piernas habían ganado mucha masa muscular, también su trasero. De manera brusca, volvió a apartar la mirada, no quería que la atrapara admirándolo, pues no paraba de mirar hacia donde ella estaba, quizá temiendo que se le volviera a escapar.

Resopló, soltó un chillido y cerró fuertemente los ojos. Quería desaparecer, evaporarse, diluirse, lo que fuera con tal de no tener que vivir ese momento.

—Aquí tienes —dijo Renato, poniendo frente a ella un capuchino grande, cuatro sobres de azúcar y un muffin triple chocolate.

Ella se quedó mirando los sobres de azúcar, su corazón dio un vuelco y las lágrimas empezaron a picarle al borde de los párpados, porque Renato recordaba exactamente cuánta azúcar le ponía al café.

—Gra… gracias —tartamudeó, aunque estaba segura de que nada le pasaría por la garganta.

—¿Cómo estás? ¿Qué haces aquí? —preguntó él. Durante el tiempo que le tomó hacer el pedido y esperarlo, no hizo más que pensar en cómo iniciar una conversación. Una parte en él, le

exigía que la enfrentara, que le reclamara por haberlo abandonado de una manera tan cruel, como si hubiese sido el peor de los hombres, que no merecía la mínima explicación; era esa rabia que latía en su pecho, de una manera casi. Sin embargo y muy a su pesar, estaba fascinado con este inesperado encuentro.

Le costó varias inhalaciones y exhalaciones, para que un crudo: «¿por qué me dejaste?», no fuera su primera interacción, después de tanto tiempo. Se convenció de que lo mejor era ser amigable y así no mostrarse tan patético.

Samira, que no podía mirarlo a los ojos, observó que, para él, se había pedido un capuchino. De manera inevitable, se fijó en sus manos, no llevaba ningún anillo de matrimonio, ni siquiera la marca de alguno. Y de pronto, sintió como si el tiempo no hubiese pasado, como si hubiese sido el día anterior que compartieron el último café.

—¡Tengo que ir al baño! —dijo con urgencia y se levantó intempestivamente. Debía espabilarse, no podía dejarse arrastrar por la nostalgia de los bonitos momentos, ni seguir siendo tan inmadura emocionalmente; debía tener muy presente porqué estaban en ese punto, casi siete años después.

Apenas entró en el baño, buscó en su cartera el móvil, tenía un par de mensajes de Julio César, preguntándole si aún le faltaba mucho por llegar.

Necesitaba a alguien que la socorriera y nadie mejor que su hermano del alma para que lo hiciera, así que de inmediato le marcó.

—Cariño, ¿cuánto te falta? Dijiste que estabas por lle…

—Renato está aquí… —Lo interrumpió con desesperación.

—¡¿Qué?! ¡¿Quién?! ¡¿El carioca?! ¡¿Tu ex?! —Lanzó la ráfaga de preguntas sin siquiera respirar.

—Sí, sí… Ay, no sé qué hacer… ¿Dime qué hago? —Caminó hasta el cubículo, se encerró y se sentó en la tapa del inodoro. Sin poder evitarlo, se llevó una mano al pecho, porque sentía que iba a vomitar el corazón.

—¿Está aquí en Madrid? —El peruano no podía salir de su asombro.

—Sí…, en Madrid.

—Bueno, imagino que quieres enfrentarlo y te apoyo si quieres buscarlo… Pero, cariño, ¿no puede ser en otro momento? Estamos esperando por ti…

—No, no puede ser en otro momento, está conmigo; nos tropezamos en la calle, en medio de la lluvia, y ahora estoy encerrada en el baño de Tim Hortons, sin saber qué hacer…

—En medio de la lluvia y en la calle… ¡Pero, Sami, el taxi te dejaría frente al hotel!

—Me bajé por el entaponamiento… ¡Maldita sea la hora en que decidí hacerlo! —chilló sin poder contener más el llanto—. Estaba segura de que podría llegar más rápido si caminaba… De miles y miles de personas en la Gran Vía, tuve que tropezar con él… ¿Qué se supone que hace aquí?

—Mi gitana hermosa, necesitas calmarte, te oigo y es como volver a escuchar a la jovencita de dieciocho años… Sé que te desestabiliza y es comprensible que te sientas como si hubieses dado un salto en el tiempo, pero no puedes permitir que ese malnacido despierte inseguridades ya superadas desde hace mucho…

—Soy un desastre, tanto emocionalmente como de apariencia; estoy empapada… ¿Puedes venir a buscarme? Necesito que me saques de aquí… —suplicó, limpiándose las lágrimas.

—Por supuesto que puedo ir a buscarte… —dijo con tono conciliador—, lo haré con el mayor de los placeres y te rescataré de las garras del dragón, pero si lo hago, solo vas a demostrarle que te hizo y te sigue haciendo mierda; que su sola presencia te afecta, al punto de

que necesitas de alguien más, para que te saque del foso en el que te mete… Considero que es un buen momento para enfrentarlo. No tienes que discutir, no tienes que mostrar tu dolor, solo muéstrale lo bien que estás sin él, que no te hizo falta su afecto ni sus engaños… Samira, eres una mujer que ha mandado a la mierda a tipos mil veces mejor que el carioca, no necesitas de él… No lo necesitas.

—Tienes razón. —Se sorbió la nariz—, no lo necesito, tampoco tengo que hacer ningún reclamo, porque eso solo demostraría que sigo enganchada a un sentimiento que jamás fue correspondido… Y ya no siento nada por él… —Intentaba mentirse a sí misma, porque sus palabras no comulgaban con sus emociones—. Solo que me afectó verlo así, sin estar preparada…, pero sé que puedo manejarlo, puedo hacerlo… Tendré una conversación de cinco minutos e iré a la fiesta, te aviso para que vayas a buscarme al vestíbulo.

—No te sientas en la obligación de venir, si quieres, puedo disculparte con los demás. Si me preguntas, creo que es lo mejor…, así no te sentirás presionada. Tómate el tiempo que necesites para dejar todo claro con el carioca.

Samira se quedó en silencio, analizando esa propuesta y; en pocos segundos, se dio cuenta de que tenía razón, no podía presentarse en la recepción en el estado en el que estaba. Toda ella era un caos, su maquillaje, la ropa mojada la tenía pegada al cuerpo, su pelo que había quedado tan bonito, ahora no eran más que mechones escurridos.

—Gracias, tienes razón, no estoy en las mejores condiciones para celebrar. Diles que me perdonen, que después les llamo.

—Eso haré, si me necesitas, solo llámame… Recuerda quién eres ahora, enséñale a ese canalla que ya no eres la gitanita inocente con la que jugó… Eres un mujerón.

CAPÍTULO 39

Samira regresó a la mesa, con el cabello recogido en una coleta alta, la cara lavada y con mucho más valor que con el que escapó al baño. Tenía tantas preguntas cuyas respuestas habían quedado perdidas entre silencios forzados, tantos sentimientos que confesar, pero había decidido que era mejor seguir como estaba.

Renato la siguió con la mirada, hasta que se sentó frente a él; sus ojos se fijaron en las clavículas sobresalientes y tragó grueso cuando, a través de la seda mojada, se marcaban las areolas y los pezones; la piel se le erizó al recordar lo suaves que eran sus pechos y cómo lograba ponerle duros los pezones, solo con el roce de su lengua.

—De maravilla…

—¿Disculpa? —preguntó con la voz turbada por la excitación.

—Me preguntaste que cómo estoy. Estoy bien, no puedo estar mejor… Desde hace siete años vivo aquí y me ha ido muy bien. —Le estaba costando un mundo mirarle a la cara y parecer segura, cuando por dentro era toda temblores.

—Puedo notarlo. —El tono de su voz era casi un susurro—. Entonces, viniste directo a Madrid.

—Sí, con mis amigos Romina y Víctor… Los gitanos. —Le recordó, para que supiera que aún mantenía su esencia.

Renato, en ese momento, se dio cuenta de que jamás se le pasó por la cabeza pensar en que ellos pudieron ayudarla a salir de Chile.

—Sí, recuerdo que hablabas mucho de ellos, ¿cómo están? ¿Vives con ellos?

—Están bien, tienen un hijo… y no, vivo en mi propio apartamento. Al principio sí, ellos me ofrecieron un lugar, mientras me instalaba. —Miró el capuchino ya frío, tenía ganas de hacer algo con las manos, poner su atención en algo más; porque, de lo contrario, terminaría perdiéndose en ese añil cristalino de sus ojos.

Decidió no tocar nada de lo que él había puesto en la mesa, así que, adhirió su espalda a la silla, se cruzó de piernas y apretó los reposabrazos, con la total intención de parecer relajada.

Renato seguía dándole vueltas a la pregunta, pero sabía que era un terreno espinoso que, por el momento, quería evitar.

—Me tranquiliza saber que has estado bien… ¿Cómo va tu sueño? ¿Aún luchas por ello? —Él tampoco había tocado el capuchino, los nervios no lo dejarían siquiera sujetar la taza.

—Imagino que te refieres a estudiar medicina —suspiró, miró fugazmente a través del cristal cómo seguía lloviendo—. Estoy a una semana de mi acto de grado —dijo, al tiempo que volvía a poner la mirada en él, pudo notar en sus ojos un brillo de sorpresa.

—¿En serio?… Pues, ¡muchas felicidades! —sonrió genuinamente—. Estoy sorprendido, no sé qué decir… Lo has logrado, Samira… —Su sonrisa se convirtió en una mueca melancólica.

Ella quería decirle que había pensado en él y que tenía una invitación esperando ser enviada, pero solo evidenciaría que durante este tiempo le había dado la importancia que, definitivamente, no merecía.

—Gracias, no ha sido fácil, pero puedo decir que lo he logrado; después de todo, he sido bastante afortunada, más de lo que podrías imaginarte —sonrió ampliamente al recordar el día que ese billete de lotería le dio todas las oportunidades que tanto necesitaba. Pero no se lo

contaría, él ya no era su amigo, mucho menos su confidente—. Imagino que estás aquí por trabajo o de vacaciones.

Renato seguía buscando en esa mujer deslumbrante a la Samira que conoció, ahora que llevaba el cabello recogido, pudo darse cuenta de que había hecho algo con sus orejas.

—Estoy de vacaciones, pero en Italia… Vine aquí por un compromiso y me quedaré unos días… —Se detuvo abruptamente al ser consciente de que en su destino estaba marcado que ese día se encontraría con Samira—. ¿Conoces a Raissa Saavedra? —La pregunta casi quedó ahogada en su garganta y tragó saliva.

—Sí, es mi amiga… Sé que es la prima de Bruno. —Ella no tenía por qué ocultar nada, no era como él—. A veces el mundo es un pañuelo, ¿no crees? —sonrió con amargura. No podía reaccionar para fingir o para marcharse, no podía hacer nada más que sostener la mirada de Renato, esa que, poco a poco, fue llenándose de entendimiento y de cólera, mientras su sonrisa taimada desaparecía.

Renato se sintió tembloroso de pies a cabeza y helado por dentro. Era curiosa la sensación que lo embargaba, era un vacío que se abría paso en sus entrañas, un peso que sostenía su corazón. Su única reacción fue hundir el rostro entre sus manos, para ocultar eso tan súbito como doloroso, mientras era invadido por pensamientos y sensaciones complejas, entremezcladas con la furia del momento y la desazón de lo inevitable.

No obstante, pudo tomar el control de sus emociones, no tenía por qué sentirse sorprendido, después de todo, Samira sabía perfectamente dónde estaba él, fue ella quien desapareció.

—Sí que lo es… —Y no sabía qué más decir, porque cada confesión que Samira hacía, la alejaba más de esa chica de la que se enamoró.

En un café lejos de aquella ciudad que había entrelazado sus caminos, tanto tiempo atrás, y presos de un silencio que no sabían cómo terminar, se miraron a los ojos.

—Entonces, supongo que has venido porque te invitó al acto de grado. —Fue Samira, quien después de un minuto, rompió el silencio.

—Sí, iba camino a una recepción… Bruno insistió en que los acompañara.

—Entonces, íbamos al mismo lugar…

—¿Sabías que estaría ahí? —preguntó. Le picaba la curiosidad, porque no sabía qué tanto podían conversar Raissa y Samira.

Ella negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Lo menos que esperaba era volver a verte.

—Sí, imagino que no estaba en tus planes… —dijo con cierta amargura y sintiendo un pellizco en el corazón.

—Cuéntame, ¿cómo está tu familia? Tu abuelo, tu hermano…, tus padres. —Cambió de tema, no le apetecía tener una discusión, no era el mejor momento y recordó lo que le dijo su amigo: no mostrar su dolor. Misma razón por la que no iba a preguntar por su vida amorosa.

Renato se dio cuenta de que no preguntó por él; era evidente que no le interesaba en absoluto enterarse cómo había quedado luego de que ella se esfumara, como la mayor de las cobardes.

—Bien, todos están bien… Mi hermano lleva unos años viviendo en Singapur; ahora tengo una hermana de nueve años, mis padres decidieron adoptar. —A pesar de la decepción que le provocaba el poco interés que Samira mostraba en él, sonrió al recordar a Aitana.

—Me alegra saber que ahora tienen una niña a la cual darle todo el amor que no pudieron ofrecerle a la bebé que perdieron —confesó, bajando en ese momento la guardia. No sabía si se había expuesto demasiado, al dejarle ver que aún recordaba esos detalles.

—Sí, adoran a Aitana… Es hermosa, ¿quieres verla? —preguntó, porque se emocionaba cada

vez que hablaba de su hermanita.

—Sí, por supuesto —dijo aproximándose a la mesa.

Renato buscó el movil, le tomó pocos segundos encontrar una fotografía y se la mostró; su mano temblaba y era más que evidente para ella, pero ya no podía retractarse.

—Es hermosa —dijo mientras observaba a una niña de piel oscura, con largas trenzas y un traje de baño fucsia, estampado con flores coloridas—. De verdad, es muy linda.

—Puedes pasar a la siguiente —dijo él, fascinado porque ella se había acercado más.

Samira así lo hizo, con la yema de su dedo índice, pasó a la siguiente foto y no pudo contener la risa espontánea que se le escapó al ver a la niña con el señor Garnett, ambos con máscaras de snorkel.

Renato sintió que su corazón estaba a punto de estallar y se le cortó la respiración, cuando escuchó su risa; ahí, en ese gesto, estaba su Samira. Su manera de reír y mirar la pantalla, le hacía sentir que el tiempo no había pasado, que seguía siendo esa chica con la que pasó los mejores momentos de su vida. Ella era su felicidad, su seguridad, su valentía, su magia; sí, en ese momento y en esa mesa había magia.

Samira desvió la mirada de la pantalla y se encontró con los ojos de Renato, la forma en que él la miraba, se le hizo tan familiar, esa calidez en sus iris, que le ponía el mundo del revés. Esa mirada era la misma que tuvo cuando la sorprendió a la salida del restaurante en Santiago y la recibió con un abrazo.

En ese momento, caía en la cuenta de que todos sus encuentros con él, habían sido en medio de la lluvia. No sabía si eso tendría algún significado o solo se trataba de pura casualidad.

No supo cuánto tiempo pasó perdida en esa mirada celeste, pero cuando reaccionó, se alejó y carraspeó.

—¿Te llevas bien con ella? —preguntó con un tono más serio.

—Sí. —Él también volvió a adherir la espalda a la silla y guardó su teléfono—, es una niña encantadora… Mis padres tomaron la mejor decisión cuando la adoptaron.

—¿Desde cuándo está con ustedes?

—Hace dos años…

Samira se quedó en silencio y Renato no supo qué más agregar. Sabía que la conversación había llegado a un punto muerto. Quizá, al igual que él, había temas que ella no deseaba tratar; aun así, él no quería poner fin a ese momento, así que se aventuró con otro tema referente a ella, porque quería saber todo, ponerse al día de su vida, tanto como ella se lo permitiera—. ¿Cómo está tu familia? Imagino que ya lograste hacer las paces con tus padres y hermanos…

Samira, con los antebrazos apoyados en la mesa, empezó a tronarse los dedos y bajó la mirada, era una reacción típica de nerviosismo, que él tenía muy presente.

—Están bien…, sí, todos están bien —respondió, pero con la mirada puesta en cómo se tronaba los dedos. Vio asomarse la mano de Renato, con sus dedos largos y uñas muy cuidadas. No le dio tiempo de alejarse, cuando él puso su mano sobre las de ella.

El toque hizo que la piel se le erizara y que, el corazón, que apenas ralentizaba sus latidos, volviera a dispararse.

—Sigue siendo difícil con ellos, ¿cierto? —dijo mientras le acariciaba con el pulgar los nudillos. Al igual que ella, temblaba, pero en ese momento solo quería reconfortarla, ya que Samira seguía siendo demasiado transparente y no podía ocultar las emociones tan dolorosas que le causaba abordar el tema de su familia.

—Un poco —confesó, porque sentía que, ese que estaba junto a ella, era ese confidente que tantas veces deseó tener a su lado; no obstante, no quería dar lástima y lo encaró con una débil

sonrisa—. Mi padre y hermanos siguen sin perdonarme…, pero ya tengo contacto con una de mis cuñadas y con una de mis hermanas, Sahira… Tengo un sobrino de tres años y a la espera del segundo… Ella encontró a un buen gitano.

—¿Y tu abuela?

—Muy bien, sigue siendo mi cómplice, conversamos todos los días. —Hablar de ella le hacía sentir mucho mejor, le daba ánimos y esperanza de que algún día podría volver con los suyos—. De hecho, iba a venir a mi acto de grado…

—¿Y por qué no viene? Si quieres puedo ayudarte a traerla…

—Renato, no sigas, no necesito tu ayuda. —Lo interrumpió y rompió el contacto, volvió a ponerse rígida.

—Lo siento, no era mi intención…

—Las cosas no son como antes…, no soy una jovencita desvalida, mucho menos una pobre gitana ilusa con la que jugar al buen samaritano. —Su ceño se frunció profundamente ante la molestia—. Es más, voy a pagarte todo lo que me diste… Desde hace mucho tiempo, he querido hacerlo, no quiero estar en deuda contigo… ni con nadie.

—No lo aceptaré, nada de lo que te di lo hice esperando que me lo pagaras… Disculpa si te ofendí al ofrecerte mi ayuda, para traer a tu abuela, solo que me gustaría que ella pudiera ver cómo por fin alcanzas el sueño del que ella también forma parte, porque fue quien más te alentó a luchar por tus metas —dijo, tratando de volver a izar la bandera de la paz.

—No es una cuestión de dinero, si crees que es por eso… No todo lo soluciona el dinero, no a todos puedes deslumbrar con tu poder económico… —contestó a la defensiva.

—Samira, sabes muy bien que jamás he sido una persona que alardea del dinero. —Se sintió bastante herido por la forma en que ella lo enfrentaba.

—No lo sé, la verdad, no estoy muy segura de eso —dijo cruzándose de brazos.

—No voy a discutir contigo al respecto, porque si esa es tu percepción, no creo que pueda hacer mucho para hacerte cambiar de parecer. Mejor dime por qué no puede venir ¿Está enferma?

—No, es mucho más complicado que eso. —Ya se estaba sintiendo acorralada, desvió la mirada a la calle y agradeció darse cuenta de que había dejado de llover, tan solo una suave llovizna caía sobre la ciudad—. Me tengo que ir —dijo al fin, al tiempo que agarraba su cartera, la que había dejado en el asiento de al lado—. Fue bueno volver a verte, espero que te vaya muy bien… —Se levantó ante la mirada aturdida de Renato.

Él no pudo reaccionar, se quedó ahí, inmóvil, con un obstinado nudo de lágrimas en la garganta y las manos temblorosas. No había dudas, Samira no quería saber nada más de él; al parecer, había hecho una vida en Madrid y estaba muy bien, lo que, de cierta manera, le tranquilizaba, porque su temor más grande, todos esos años, había sido que ella siguiera enfrentándose a situaciones demasiado difíciles y que no hubiese podido conseguir eso que tanto anhelaba.

Por otro lado, le dolía que ni siquiera le permitió despedirse, salió del local sin decirle adiós. Podía oír el rugido de su propia sangre en sus venas, mientras meditaba, con una lentitud agotadora, toda la situación que había vivido.

Sabía que ya no podía hacer nada, la brecha que se había creado entre Samira y él, era tan profunda, que resultaba imposible de reparar. Si en algún momento pensó que las cosas podrían volver a ser como antes, si su estúpido y vulnerable corazón aguardó alguna posibilidad, la actitud de Samira, al volver a marcharse, le dejaba totalmente claro que ya no existiría nada entre ellos, ni siquiera una amistad o un trato cordial.

Así que, era momento de despedirse y de hacerlo bien; aún con un vacío abrumador en el pecho, se levantó y fue tras ella. Miró hacia la dirección en la que se alejó y empezó a temer que se hubiese subido a un taxi; de ser así, habría perdido toda oportunidad. Porque estaba seguro de que, a la mañana siguiente, volvería a Italia, luego le pediría perdón a la prima de Bruno, por no cumplir su promesa de asistir a su acto de grado, pero no podría estar en el mismo lugar que Samira.

Ella avanzó con largas zancadas y sintió la necesidad de abrazarse a sí misma o se caería en pedazos, mientras luchaba con las lágrimas que anidaban al filo de sus párpados. Se alejó por lo menos un par de calles, mientras la suave llovizna la seguía mojando. En cuando vio al primer taxi, metió la mano, pero el auto no se detuvo, eso hacía que el dolor en su pecho se hiciera más intenso y su desesperación por marcharse fuese abrumadora.

—Ay, no…, no —chilló cuando lo vio acercarse corriendo, su mecanismo de defensa la llevó a darse media vuelta y caminar con rapidez.

No quería que siguiera poniéndola a prueba ni que su presencia le estampara en la cara sentimientos que creía superados.

—Samira, espera… —suplicó, pero dejó de correr; no obstante, caminaba a un ritmo bastante rápido, como para alcanzarla—. ¿Puedes esperar? Por favor… —La sujetó por el codo, pero ella, de un tirón, se liberó y lo encaró.

—¿Para qué? Ya hablamos, todo está bien, tú estás bien… Mírate, apenas has cambiado. —Hizo un ademán, señalándolo.

—Aparentemente, así ha sido siempre —confesó sin aliento, tragó saliva para humedecer su garganta reseca y avanzó un paso para estar más cerca, pero Samira retrocedió; era evidente que no quería su proximidad. Entonces, sería mejor dar todo por terminado—. Samira —susurró con una caída de párpados y luego suspiró, cansado—. Por favor, no hagas como si entre nosotros no existió nada, no me trates como a tu peor enemigo… —siguió con tono conciliador—. Lo que tuvimos fue muy bueno, aunque nos duró poco… No puedo evitar darme cuenta de que ya no sientes nada por mí. —Al ver que ella bajó la mirada y se llevó las manos a los bolsillos, se aventuró a dar otro paso; esta vez, ella no se alejó—. Creo que te quise más de lo que tú a mí… Tiendo a volverme dependiente de las personas con las que me siento bien, con las que me siento seguro… Y para mí, no era un problema, creí, como un imbécil, que podría llegar a ser suficiente para ti; pensé que tu cariño podría crecer y que yo llegaría a ser una prioridad en tu vida… Pero siempre quisiste algo más, y eso es completamente válido, porque tus deseos iban mucho más allá de una relación… Y no, no me engañaste, siempre fuiste clara en eso…

—Cállate —interrumpió con la voz rota—, cállate…, cállate, por favor. —Trasladó el peso de su cuerpo de un pie a otro, mientras se enterraba las uñas en las palmas de las manos. No quería explotar y lazárse sobre su pecho, para descargar con golpes, la rabia que la consumía al escucharlo.

—Antes de conocerte, estaba seguro de mi vida, tenía claro qué hacer y el camino que debía seguir… No había nada que me desviara de mi monotonía, porque algo más fuerte que yo, no me lo permitía… Siempre, siempre llevaba todo calculado, programado —siguió, no estaba dispuesto a callar—. Jamás corrí riesgos, pero cuando te conocí, empecé a hacer cosas de las que jamás me creí capaz…, como: correr detrás de alguien que me robara la billetera o mudar a una extraña en mi casa… Mi vida se hizo un caos por ti… —Su voz era un susurro trémulo, pero lleno de convicción. La decisión en ese momento lo sorprendió y la abrazó.

Samira se tensó, al punto de estar tan rígida como una tabla, pero no rompió el contacto. Sus sentidos se alteraron al reconocer el aroma del aceite floral de su cabello.

»Amarte me enseñó que estaba demasiado lleno de incertidumbres, no soy bueno expresando mis sentimientos, nunca lo he sido. No quería cambios en mi vida, pero tú me pusiste el mundo de cabeza, me di cuenta de muchas cosas por ti, aprendí mucho, cambiaste mi vida... —En ese momento, se sintió sorprendido porque ella también lo abrazó—. No importa lo que suceda de aquí en adelante, lo nuestro fue maravilloso y te lo agradezco, Samira. Sé que no nos volveremos a ver, pero quiero que nuestro adiós sea agradable…

La lluvia, una vez más, se hizo intensa, aun así, no consiguió que ellos rompieran el abrazo; ella apoyó la barbilla en el hueco entre su cuello y el hombro, inhaló fuertemente el delicioso perfume que en todos esos años no había cambiado. Su cuerpo lo reconocía porque se acoplaba al suyo a la perfección, era cálido, fuerte como un puerto seguro.

Estar en sus brazos era sentir que podía una vez más caer a sus pies, sabía que se le iba a ser muy difícil encontrar el valor para volver a alejarse.

Sentía que sus palabras le tocaban el alma, pero no eran lo suficientemente convincentes, como para borrar de su memoria la manera en que la engañó. Ya no tenía fuerzas ni razones para discutir, lo mejor era dejar todo eso en el pasado y aceptar que jamás fue el centro de atención de Renato, nunca fue más que una buena amiga, con la que tuvo algunos encuentros sexuales.

—Al parecer, solo éramos buenas ideas en la mente del otro, nos idealizamos demasiado y las fantasías se convirtieron en pesadillas, cuando llegaron al mundo real —murmuró Samira, con los ojos cerrados—. No fue buena idea traspasar la barrera de la amistad, terminamos arruinándolo; pero, en honor al amigo que conocí en ti, hoy quiero despedirme en buenos términos… A ese amigo le hice una promesa hace muchos años, le prometí que lo invitaría a mi acto de grado, quiero cumplir con eso.

—No sé si sea… —No pudo terminar la frase, porque el auto que pasó junto a ellos los empapó con agua sucia, como si no fuera suficiente con el torrencial que les estaba cayendo encima.

Rompieron el abrazo, solo para darse cuenta de que ambos estaban hechos un desastre, con el agua escurriendo por sus rostros. Al menos, así podían camuflar las lágrimas que anidaban en sus ojos.

—Creo que mejor me voy, no quiero enfermar… —Samira supo que era el momento perfecto para alejarse de él.

—Sí, es mejor… —Renato estuvo de acuerdo, aunque sentía el corazón hecho trizas. No había palabras que pudieran expresar lo mucho que la había echado de menos, era un sentimiento incontenible y demasiado fuerte, que lo obligaba a querer estar a su lado—. Me quedaré contigo hasta que puedas subirte a un taxi… ¿Vives muy lejos de aquí? —Vio venir uno y lo mandó a parar, pero el coche siguió de largo. En silencio, agradeció que los ignorara y le regalara unos minutos más junto a ella.

Samira negó con la cabeza y miró a otro lado, porque no pudo seguir reteniendo varias lágrimas; fingiendo limpiarse el agua de la lluvia que le escurría, se deshizo de la debilidad que Renato aún provocaba en ella y exhaló. Vio venir otro y, con desesperación, extendió su mano; estaba casi dispuesta a atravesársele al coche.

—Deténgase, por favor, deténgase —suplicó, mirando atormentada cómo el maldito hombre no la tomaba en cuenta y seguía de largo.

Ambos intentaron con tres vehículos, pero ninguno se detuvo; era evidente que no iban a subir a nadie en esas condiciones, y él empezaba a preocuparse, porque la veía temblando.

—Si quieres, podemos ir a mi hotel, está en la otra calle… Ahí puedes ducharte con agua caliente y ponerte un albornoz. Mandaré a secar tu ropa y luego el chofer puede llevarte a casa —

propuso con los latidos ahogándole la garganta. Sentía el miedo del rechazo fijado en cada molécula de su ser.

La alerta se reflejó en los ojos de Samira, pensó inmediatamente en negarse, lo que más deseaba era huir de Renato, romper ese magnetismo maligno que la aferraba a él, pero creyó que debía mostrar algo de madurez y responsabilidad afectiva. Ya habían conversado y decidieron decirse adiós sin más rencores; entonces, asintió, quizá una ducha de agua caliente era justo lo que necesitaba para encontrar entereza.

CAPÍTULO 40

El corazón de Samira golpeaba demasiado fuerte contra su esternón y sus costillas, tanto era su tormento, que se le hacía difícil respirar, y el influjo de sus inhalaciones era realmente notable.

En la entrada del hotel, los recibieron con toallas y quiso decirle a Renato que con eso era suficiente, se secaría el exceso de agua y podría solicitar un taxi en la recepción; no obstante, no consiguió despegar la lengua del paladar y en silencio lo siguió con la mirada atenta a cualquier cosa que no fuera él.

Los recibió una suite que tenía una sala de estar y una terraza, estaba decorada en tonos beige y marrón. Era tan sobria y ordenada como el huésped que la ocupaba.

—Adelante, por favor. —Renato hizo un ademán hacia donde había una puerta corrediza abierta, que llevaba a la habitación, porque desde ahí podía ver la cama con un edredón blanco y un gran cabecero beige capitoneado—. Ahí está el baño —dijo al ver que ella estaba dubitativa —. Me quedaré aquí, si quieres, cerramos esta puerta, para que tengas más privacidad. —Corrió la puerta un poco, para que viera que podían quedar en habitaciones separadas.

—Gracias, no voy a demorar… Le pediré a Julio que me traiga ropa, así no tengo que esperar a que se seque, no quiero incomodarte.

—¿Julio? —Esa pregunta fue la rápida reacción a esa punzada que sintió en la boca del estómago. Esperar la respuesta hizo que se le cubriera la nuca de un sudor frío.

—Julio César…, mi amigo… —Se sintió algo estúpida por dar explicaciones, mientras seguía aferrada a la toalla sobre sus hombros—. Quizá no lo recuerdes…

—Sí, por supuesto que lo recuerdo. —La tensión se disipó inmediatamente—. Solo que no pensé que también estaría aquí… Me alegra saber que siguen en contacto.

—Es mi mejor amigo, nadie podrá igualarlo… Es como mi otra mitad.

—Bueno, no es necesario que lo molestes, sé que te incomoda mi proximidad y quieres estar aquí el menor tiempo posible, pediré ropa de la boutique…

—Sí, es mejor idea… —Sabía que Julio César debía seguir en el restaurante, en plena celebración, no era prudente molestarlo; además, la bombardearía a preguntas de cómo y por qué había terminado en la misma habitación de hotel que Renato. Abrió su cartera y sacó de la billetera su tarjeta de crédito—. Toma…, también unos tenis, por favor. —Vio cómo Renato se quedó mirando la tarjeta que ella le extendía, quizá le sorprendía la forma en la que temblaba su mano.

—Está bien —respondió después de dudarlo por varios segundos. Estaba seguro de que la tarjeta que Samira le entregaba, una visa negra infinite, contaba con una línea de crédito ilimitada. De inmediato, la curiosidad de por qué ella tenía algo como eso, empezó a atosigarlo, pero era demasiado prudente como para cuestionarla.

Ella notó la sorpresa en los ojos de Renato, evidentemente, no era por su estado alterado, sino por la tarjeta; pero ella no quería darle más detalles de su vida, era mejor que él se hiciera las ideas que le diera la gana.

—Que sea ropa deportiva, si es posible…

—No creo que haya problema… ¿Qué talla? —preguntó bajando la mirada a sus pies, se le hizo un nudo en la garganta al ver que todavía solía pintarse las uñas de rojo; siempre le pareció que tenía unos pies hermosos.

—Cuarenta —contestó, al tiempo que dejó la cartera sobre la mesa auxiliar que estaba junto al sofá.

—Bien, me encargaré de eso, puedes ducharte tranquila. —Caminó hasta el otro lado de la sala de estar, donde estaba el teléfono y miró la tarjeta, tenía el nombre de Samira, no había dudas de que era de ella.

—Gracias —suspiró, aliviada. Sentía que estaba a pocos minutos de superar todo eso y que pronto estaría en la seguridad de su apartamento, con la certeza de que por fin había cerrado, ahora sí, de manera definitiva, su círculo con Renato. Estaba segura de que iba a estar en paz.

Renato levantó el teléfono, al tiempo que Samira atravesaba el umbral de la puerta que dividía el espacio, perdiéndose de su vista. Él bien podría cargar las prendas a su habitación, pero si lo hacía, era muy probable que ella se molestara aún más; al parecer, el tema del dinero era algo que la indignaba y no quería seguir haciendo más grande la brecha entre ellos.

Samira entró al baño y cerró la puerta detrás de sí, enseguida le puso seguro. Sabía que con Renato no corría peligro, era respetuoso y jamás invadiría su privacidad; no obstante, necesitaba hacerlo para estar tranquila.

Había una gran tina blanca, un lavabo doble, pisos y paredes de mármol blanco con betas grises. A pesar de que la bañera la tentó, decidió dirigirse directamente a la ducha. Cerró la cortina de las puertas de cristal que daban acceso a la terraza, luego se quitó las sandalias y se desnudó, dejó las prendas en el suelo. El pantalón se había manchado bastante, pero estaba segura de que tenía solución.

Abrió la alcachofa y el agua caliente empezó a mojar su piel, era como un bálsamo que relajaba su cuerpo, aunque su mente y su corazón eran un tren a todo vapor; sus manos temblaban, le dolía el pecho debido a sus emociones reprimidas. Se animaba mentalmente a no llorar, pero las lágrimas traicionaron su voluntad y corrieron libremente, hasta convertirse en un llanto que tuvo que cubrir con su mano, no iba a perdonarse nunca si Renato escuchaba su sufrimiento.

Fuera, en la sala de estar, ya Renato había hecho el pedido de la ropa, había encendido la tetera para poder ofrecerle un té. Se había paseado por el salón varias veces, se deshizo de la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de la silla, también se asomó a la ventana y seguía lloviendo.

Sabía que estaba ansioso, no podía simplemente quedarse tranquilo, por lo que, se hizo un duro llamado de atención y se sentó en el sofá, pero con las uñas de su mano izquierda rasgaba el reposabrazos.

No podía ignorar que Samira estaba tan cerca de él, en la otra habitación, desnuda… Saber eso lo torturaba, podía sentirla en cada uno de sus latidos, no podía decirle no a todo eso que llevaba dentro, porque era un torbellino que lo atrapaba y lo dejaba sin voluntad.

Él se había entregado por completo a ella, puso sus esperanzas en una historia de amor que no funcionó, al menos, no para Samira. Le dolía darse cuenta de que seguía anclado a ese sentimiento, solo bastaron pocos segundos frente a ella, para darse cuenta de que no la había superado en absoluto y que después de ese encuentro, su mundo volvería a ponerse de cabeza.

El sonido del timbre lo rescató de esas emociones que lo llevaban de un lado a otro. Se levantó y fue a abrir, el mayordomo le hizo entrega de la caja de zapatos y las bolsas, una con la ropa y otra de lencería. Samira no se lo había pedido, pero sabía que la necesitaría.

Le agradeció, lo despidió y con las compras se dirigió a la habitación, las dejó sobre la cama y se acercó a la puerta del baño; ya no se escuchaba la regadera, era muy probable que ya hubiese terminado de ducharse; se alejó rápidamente, caminó hasta la ventana y corrió las cortinas, para que ella tuviese más privacidad al momento de cambiarse.

No sabía qué hacer, si salir de la habitación o esperar a que ella lo hiciera, para decirle que ya había llegado lo que necesitaba. No le dio tiempo de tomar la decisión, porque en ese momento se abrió la puerta del baño y apareció Samira, llevando un albornoz y el cabello húmedo.

—Ya llegó la ropa. —Le anunció, al tiempo que avanzaba algunos pasos.

Samira dirigió la mirada a la cama, donde había un par de bolsas y una caja.

—Gracias, enseguida me cambio —contestó y regresó la mirada a Renato. Se había quitado la chaqueta—. Es tu turno de ducharte, no puedes quedarte con esa ropa mojada, prometo ya no estar cuando salgas.

—Sí, está bien… Creo que también… —hablaba mientras avanzaba hacia ella e intentaba hacerse a la idea de cómo sería el momento en que Samira ya no estuviera en ese lugar. No, él no quería perderse ni un segundo de su presencia, habían pasado siete años de no verla, no podía ahora solo renunciar a eso; así que, decidió jugar su última carta y arriesgarlo todo.

En un rápido movimiento acortó la poca distancia entre ellos, le llevó las manos al cuello y estampó su boca contra la de ella; necesitaba volver a sentir sus labios, besar su piel, amarla sin reservas. Había sido una acción desesperada, jamás pensó actuar de esa manera, pero solo ella le sacaba ese lado irracional.

El beso no era desesperado, era un beso lento, se tomaba el tiempo para disfrutar de cada roce de sus labios. Ella accedió a la petición de su lengua por entrar en su boca, y su estómago se encogió cuando pudo sentir la lengua de Samira contra la suya; le succionó los labios y todo su cuerpo reaccionaba a ese intercambio de roces y saliva, era más que excitación, era emoción, nostalgia, amor, pasión, tristeza; lo era todo.

Fue Samira, quien se apartó del beso. Ella, al igual que él, tenía la respiración agitada y los ojos ahogados en lágrimas.

Renato no se alejó, no le quitó las manos de la nuca, porque no quería dejar de sentir su aliento; pegó su frente a la de ella y rozaba la punta de su nariz contra la de su gitana.

—Samira…, quiero que vuelvas a ser mía, te lo suplico… —murmuró con la voz temblorosa, en el estado más puro de vulnerabilidad. No quería sentir esa agitación de su corazón bombeando como un caballo desbocado. El deseo era algo sencillo, lo que sentía por ella era mucho más complicado.

A Samira, aquellas palabras, la conmocionaron; incluso, notaba el anhelo en su voz, algo que hacía tambalear su determinación. Pasar la noche abrazada a Renato, sintiendo sus besos, el duro empuje de su miembro, despertar en sus brazos... Tragó saliva, intentando amortiguar el impacto que le produjo esa petición. Allí estaba él, justo delante de ella. La tentación al alcance de su mano y; las ganas de ceder, casi anularon su sentido común.

—No. —Con los ojos cerrados y un nudo en la garganta negó con la cabeza. Se había jurado no volver a enloquecer por Renato, ni siquiera estaba en sus planes volver a verlo; entonces, no tenía sentido acceder a algo como eso, porque bien sabía que sería su perdición, solo bastó ese beso que le había dado, para hacerle estremecer todo el cuerpo. Si se permitía ir más allá, no iba a haber vuelta atrás, regresaría al maldito punto de partida que tanto la había hecho sufrir.

En un arranque de fortaleza, apretó las muñecas de Renato y se apartó, luego lo soltó y retrocedió un par de pasos.

—Lo entiendo…, disculpa. —Él se pasó las manos por el cabello y sentía que no podía respirar, inhaló y exhaló—. Lo tengo claro, muy claro. —Su voz se rompió y se limpió con rabia las lágrimas que se le derramaron.

—¿Puedes dejar que me vaya? Por favor… No me hace bien estar aquí —musitó Samira—. Tú no me haces bien, Renato…

Que ella le dijera eso, hizo que su corazón se contrajera dolorosamente, lo devastaba porque seguía pensando que ella lo era todo para él. Sin embargo, no podía retenerla, si quería irse, él no sería un obstáculo.

—Entonces, te dejaré para que puedas cambiarte… Si tienes que irte, es mejor que lo hagas cuanto antes. —Caminó a la sala de estar, pero antes de salir, se volvió para recriminarle el por qué lo había abandonado, abrió la boca, pero no habló, volvió a quedarse con todas esas palabras atoradas en la garganta. Ella solo lo miraba con los ojos rebosantes de lágrimas y luego giró la cara; así que, Renato decidió salir.

En sus planes estaba abandonar la habitación, pero caminó hasta donde estaba la tetera, la apagó y regresó al sofá, donde se sentó con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos; entonces, las lágrimas empezaron a caer en la alfombra. Se sentía tan patético, tan lleno de inseguridades como cuando ella lo dejó. Siete años, siete malditos años tratando de sacarla de su cabeza y de su corazón, y todo había sido en vano.

Samira se quedó inmóvil con el corazón a punto de explotar y las lágrimas corriendo por sus mejillas, se sentía tan débil que temió caer de rodillas, por lo que, se obligó a caminar. Su razón le gritaba que se vistiera y se diera prisa en marcharse, pero sus emociones eran un caos que la obligaron a sentarse al borde de la cama, porque le robaban todas las fuerzas.

En ese instante, para ella, el simple hecho de respirar era un esfuerzo sobrehumano; se llevó una mano al pecho, esperando con eso poder calmarse un poco. No podía dejar de amarlo, había intentado olvidarlo, lo intentó muchas miserables veces y cada una fue en vano. No había podido gobernar su corazón; sí, había amado a Ismael, pero no en la misma medida, no con la misma intensidad con que lo hacía con Renato, porque él se había apoderado de todas sus emociones. El tiempo, sin duda, había atenuado su dolor, pero nunca eliminó realmente su amor.

Las lágrimas seguían saliendo como un torrente imparable e inútilmente se las limpiaba. Lo amaba tanto que no poder soltar las riendas a sus sentimientos dolía y estaba segura de que jamás podría amar a alguien igual. ¿Y si solo se dejaba llevar por ese momento? ¿Qué tan malo podría ser aliviar ese dolor que le provocaba saber a Renato tan cerca y no tocarlo? ¿Y si aprovechaba esa noche para sentirse como no lo había hecho en mucho tiempo? ¿Podría tener esa indulgencia consigo misma?

Renato tenía la mirada nublada por las lágrimas que ya no derramaba, se había obligado a que Samira no lo viera tan devastado cuando se marchara. Quería mostrar, por lo menos, un poco de dignidad, aunque seguía con la cabeza entre las manos, apretándose las sienes y el cabello, mientras intentaba controlar su respiración, para calmar los latidos adoloridos de su corazón.

Sin embargo, sus palpitaciones volvieron a descontrolarse, cuando ante su mirada fija en la alfombra, se asomaron los pies descalzos con las uñas pintadas de rojo, y su respiración se cortó al sentir la mano femenina en su cabeza.

Su única manera de reaccionar fue buscar la mano que se enterraba en sus cabellos, la tomó y, al ver que Samira no ponía ninguna renuencia, se la llevó a los labios y empezó a darle besos en el dorso y luego la giró para besarle la palma.

Todas sus emociones se descontrolaron al alzar la mirada y verla aún con el albornoz. Tenía miedo de asegurar que iba a quedarse, pero era lo que parecía; y esa pequeña esperanza le hinchó el pecho de dicha.

Los ojos de Samira, al igual que los de él, estaban rebosantes de lágrimas. Necesitaba sentirla, saber que estaba ahí y que no era una fantasía, no era un sueño que lo dejaría hecho mierda una vez despertara; así que, aún sin soltarle la mano, se la llevó a su mejilla y la dejó descansar sobre el toque, suplicándole en silencio que lo acunara.

Samira así lo hizo y se aventuró a acariciarle el pómulo con el pulgar, cada roce era para ella una descarga de paz, pero también de tormento, porque no sabía hasta dónde la llevaría eso. Mientras, solo se estaba dejando arrastrar por los deseos más puros de su corazón.

Renato llevó su otra mano a las caderas de Samira, la apretó, halándola un poco más hacia él, y la dejó entre sus piernas. Con cautela, porque podía sentir el miedo de que ella lo volviera a rechazar, viajando por su torrente sanguíneo, acercó su rostro a su vientre y empezó a besarlo.

Como respuesta, Samira usó sus dos manos para sostenerle la cabeza y; entonces, él, con ambas manos libres, se aferró a las caderas, mientras seguía repartiendo besos con cuidado por su abdomen, aunque fuese por encima de la tela del albornoz, sus labios reconocían el cuerpo que tocaban y se le erizaba la piel.

Samira era toda temblores, suspiros contenidos y respiración errática, apretaba los cabellos aun húmedos de Renato, manteniendo los ojos cerrados. No era necesario tener que mirarlo, para que le hiciera sentir al borde de un abismo, sus manos, su piel y su olfato lo reconocían.

Renato apoyó el mentón en el abdomen de Samira y levantó la mirada, se sintió en la gloria ante la visión de ella con los ojos cerrados y los labios separados.

—Samira… —susurró su nombre. Ella abrió los ojos y lo miró—, todos estos años han sido los peores de mi vida. Has sido lo único en lo que pensé en todo este tiempo… No importa cómo te lo diga, no hay palabras que expresen lo mucho que te he echado de menos… —Se detuvo para tragar saliva, cuando ella movió una de sus piernas y apoyó la rodilla en el sofá, luego lo hizo con la otra y se sentó ahorcajadas sobre él.

—También te he extrañado —confesó mientras le acariciaba el rostro.

Sus ojos se quedaron en los de Renato, cada vez más cercanos, y su mano titubeante se acercó a la de él, que estaba en su cadera. Lo había necesitado tanto, como nunca, y tenerlo frente a ella le recordaba todo lo que deseaba con tanta pasión. Entrelazó los dedos con los de él y se acercó con lentitud, recargando su frente en la de Renato; suspiró cuando la apretó delicadamente contra él y pudo sentir contra sus pechos el latido apresurado del hombre que le volvía el mundo de cabeza. Entonces, dejó de contenerse.

Renato le acunó la cara entre sus manos, al tiempo que le miraba los labios. Presionó todo su cuerpo contra el de ella y la esponjosa tela del albornoz no pudo protegerla del abrasador calor que desprendía.

En su centro pudo sentir las palpitaciones de lo que sería una inminente erección, lo que hizo que su corazón comenzara a latir descontrolado. Durante un momento, él se quedó inmóvil, con los labios a un suspiro de los de ella, mirándola fijamente a los ojos, como no lo había hecho nunca; entonces, descubrió a un Renato más decidido. Él bajó la boca, cada vez más cerca.

Ella cerró los ojos, para no suplicarle todo aquello que él podía darle; seguridad, tranquilidad, un febril deseo, un inusitado placer.

Renato suspiró sobre su boca con los labios separados y eso a ella la dejó casi sin respiración. Lo deseaba con todas sus fuerzas; su corazón estaba a punto de estallar y el ardor que sentía en su vientre la estaba matando. Pero sabía que, si él la besaba, todo eso se multiplicaría por diez.

—Me siento desarmado cuando estoy contigo, porque eres la única persona en el mundo que me hace sentir… —susurró y luego empezó a repartirle suaves besos en el cuello, haciendo que, a Samira, un veloz estremecimiento la recorriera de pies a cabeza.

Ella no consiguió recuperar el aliento antes de que los labios de Renato se apoderaran de los suyos. Hambrientos pero tiernos; parecía que quisiera deleitarse con su boca.

Para Samira, el pasado, la dolorosa separación y los motivos que le rompieron el corazón, todo eso pasó en un instante a un segundo plano, arrastrado por el estrecho abrazo de Renato.

La sensación de familiaridad que la invadió era casi dolorosa.

El beso la seducía, le robaba la razón y estaba segura de que no iba a poder detener el cálido burbujeo que nació en su interior, ni aunque lo intentara. Sus labios se ablandaron, anhelantes, entregados al ritmo que marcaban los de Renato.

Un instante después, él gimió y comenzó a hacer el beso mucho más demandante, más abrasador, más delirante.

El ardor que le provocó la inundó desde dentro, formando una hoguera en el interior de su vientre, que se expandió en su sexo; sus caderas cobraron vida y empezaron a moverse en un vaivén, en busca de una perfecta fricción contra el miembro ya erecto.

El calor del aliento de Renato en sus labios consiguió que también abriera la boca, para corresponder a su pasión con la misma intensidad.

Le rodeó el cuello con los brazos y comenzó a friccionarse contra los tensos músculos masculinos, contra el duro miembro que bien podía sentir aun a través de la tela del pantalón. Se quedó sin aliento y empezó a temblar, sintiendo cómo las contracciones sucedieron una tras otra, en un orgasmo rápido e inesperado, que no pasó inadvertido para Renato.

Él se volvió todavía más ávido y deslizó la mano por la abertura del albornoz, marcando a fuego la piel de su pecho, justo en medio de sus senos. Mientras que, con la otra, le rodeaba la cintura, acercándola más contra su cuerpo, sin que se interpusiera entre ellos ni una brizna de aire.

Samira abrió la boca del todo, para igualar el ardor de su beso. Necesitaba eso y más, y Renato se lo dio al apoderarse de uno de sus pechos. Todo lo que ella sentía era demasiado intenso. Parecía que hacía toda una vida que no sentía ese anhelo, esa incontenible atracción, ese atormentador deseo que la impulsaba a entregarse a ese hombre.

CAPÍTULO 41

Renato empezó a impulsarse contra ella en lentos y suaves movimientos, uno tras otro, en busca de un poco de consuelo para su dolorida erección, mientras seguía besándola como si no hubiera un mañana.

Las sensaciones en Samira revivieron, su libido estaba en el punto más alto y, una vez más, estaba preparada para lo que fuera.

—Samira…, Sami… —murmuró Renato, con la voz casi irreconocible por la excitación, al tiempo que le acunaba uno de los senos y, con el pulgar, estimulaba el pezón; le chupó el mentón y luego le dejó un beso en la comisura—, mírame. —Le pidió, porque ella seguía con los ojos cerrados, deshecha entre suspiros y gemidos. Cuando atendió a su petición, se dio cuenta de que las pupilas, prácticamente, se habían robado el color oliva de sus ojos, se habían expandido de una manera que parecían casi negros, pero un negro brillante, fascinante—. ¿Hacemos el amor? ¿Quieres hacerlo? —Más que preguntas eran propuestas, quería que ella confirmara con palabras las señales que su cuerpo dejaba claras.

—Hagámoslo. —Ya no tenía sentido negarse a lo que deseaba más que a cualquier cosa.

Renato le rodeó la cintura con un brazo y la acercó a su cuerpo, le besó el cuello y el hombro, al tiempo que se levantaba, llevándola con él.

Samira se aferró con las piernas a su cintura y con los brazos a su cuello, mientras su boca volvía en busca de la de Renato, no sin antes mirarse en esos ojos color cielo que tanto había extrañado y que inútilmente buscó en otro. Con una mano apartó el cabello que caía sobre su frente, le gustaba mucho cómo se le veía ahora un poco más largo y desordenado, también delineó con su pulgar una de sus rectas y gruesas cejas, luego bajó su caricia por el ceño relajado, siguió por el tabique, hasta sus labios, confirmando que era demasiado guapo. Mientras él la admiraba casi con devoción y con pasos lentos la llevaba a la habitación.

—Siempre has sido muy guapa, pero ahora lo eres mucho más; te has convertido es una mujer hermosísima… —Le dejó saber, justo en el momento en que apoyó una rodilla en la cama, para no perder el equilibrio, al momento de dejarla sobre el colchón.

Ella no lo liberó de la prisión que había creado con sus piernas; por el contrario, se aferró más a él, subiéndolas hasta la cintura. Fue inevitable que un gruñido de placer no se le escapara, al sentir el movimiento de la pelvis femenina.

Renato quería tomarse el tiempo para amar cada centímetro de su cuerpo; venerarla se había convertido en una necesidad, pero también latía desbocada en él, la ansiedad por introducirse en la cálida humedad entre sus piernas. Ya había saboreado su boca, su cuello y seguía teniendo ese mismo sabor que lo hacía adicto, por lo que, fue a por más.

Su boca bajó por su pecho, empezó a besar, lamer y succionar con delicadeza el valle entre sus senos, mientras sus manos desataban el nudo del albornoz.

Una vez vencida esa barrera, abrió las solapas de la bata y se alejó apenas el espacio suficiente para poder admirarla. Su pecho se agitó y su pene palpitó al ver que llevaba una cadena alrededor de su pequeña cintura. Su cuerpo seguía siendo delgado, pero se había favorecido con algunos músculos, lo que le dejaba claro que, Samira, llevaba varios años haciendo ejercicios de fuerza.

Su abdomen marcado subía y bajaba en medio de ligeros temblores. No le quedaba dudas de que ambos estaban demasiado ansiosos por llegar a la cumbre del placer, pero antes, deseaba

disfrutar de ese viaje, anhelaba vivir a plenitud el proceso de hacerle el amor.

Suspiró para drenar la presión que los latidos acelerados acumularon en su pecho, cuando sus pupilas engrandecidas se fijaron en el triángulo que formaba el monte de Venus. Ella había juntado las piernas y las tenía flexionadas, quizá en un pequeño ataque de pudor, debido a todos los años que no se exponía de esa manera a Renato.

Samira podía sentir la mirada de él, recorriéndola, juraba que era como llamas que le calentaban la piel y le provocaban pequeños espasmos en todo el cuerpo. Sonrió y los ojos se le nublaron por las lágrimas cuando vio que Renato empezó a desabotonarse la camisa. El simple movimiento de sus dedos sobre los botones y ojales la excitaban, al punto de que querer llevarse sus propios dedos a su clítoris y estimularse. Solo él, provocaba ese grado de frenesí en ella.

Se le escapó un jadeo que fue mitad clamor, mitad sorpresa, cuando él se deshizo de la prenda y su torso perfectamente marcado la desestabilizó. Ya no quedaba nada de ese hombre delgado con musculatura apenas visible, ahora cada contorno de su cuerpo era más que evidente.

Renato apoyó ambas manos sobre las rodillas de Samira y, con un delicado movimiento, la invitó a abrir las piernas, ambos sonrieron producto de los nervios. Esa misma sonrisa de antaño que siempre los acompañó en los momentos en que fueron más cómplices que cualquier otra cosa.

Una vez que los muslos temblorosos de Samira estuvieron separados, a Renato lo atacó la indecisión de por dónde empezar a probarla, si por los senos o su sexo, ambos lo atraían con la misma intensidad; de lo único que estaba seguro era de que no quería perder tiempo, por lo que, se acuclilló y empezó a repartir besos en la parte interior del muslo derecho; delicados toques, que despertaban en ella estremecimientos y suspiros.

Siguió en ascenso con sus labios y lengua, mientras que al otro muslo lo atendía con caricias de las yemas de sus dedos. Cuando sus labios se posaron sobre el monte de Venus, Samira se aferró con fuerza de las sábanas y tiró de ellas, al punto de hacer que la bolsa que contenía la lencería terminara cayendo al suelo.

Renato repartía besos, al tiempo que con sus dedos abría los pliegues, para descubrir ese pequeño lugar que haría brotar con el movimiento de su lengua. Cuando por fin pudo saborearlo, descubrió que había cambiado ligeramente su sabor, era un poco más intenso, más alcalino; más adictivo para él. Bajó con sus labios hasta sus pliegues empapados y luego ascendió con su lengua y le dio un toquecito al clítoris.

La sensación que le provocó Renato con su toque, la atravesó como un sorpresivo relámpago, se sintió viva y consciente de todo, era tan abrasador el deseo que la recorría, que temía empezar a arder.

El aliento de Renato era caliente, jadeante, húmedo y la devoraba con evidentes ganas, lamiendo cada gota de lubricación que salía. Toda ella empezó a temblar, podía sentir el orgasmo aproximándose con rapidez y sus pensamientos empezaron a nublarse a medida que el placer se desbocaba. Contuvo el aliento y empuñó aún más fuerte las sábanas.

—Déjate ir…, puedes correrte, Samira —susurró, dejando su cálido aliento en la humedad de sus pliegues inflamados. Luego le lamió le clítoris y volvió a sumergir la lengua en su interior.

El contraste de sensaciones estimuló de inmediato todas las terminaciones nerviosas de Samira y gimió sin contenerse. Las piernas se le tensaron, la respiración se le disparó y jadeó ruidosamente con su sexo latiendo de pura necesidad.

En ese momento, Renato capturó su clítoris y lo succionó con avaricia. Eso era justo lo que necesitaba para liberarse con un grito, porque los espasmos de placer fueron feroces e intensos. Un goce inconmensurable la atravesó.

Sus lloriqueos de excitación resonaron en la habitación y quedó jadeante. El orgasmo fue devastador, la dejó sin respirar; le detuvo el corazón, antes de desbocárselo intensamente.

Cuando por fin los latidos se hicieron más lentos, permitiéndole recobrar el aliento; pudo, poco a poco, recuperar el sentido del tiempo y del espacio. Renato seguía repartiendo besos, ahora en su vientre o trazando una línea que iba de uno de sus oblicuos al otro.

Él no descansaba en su afán de besar cada uno de sus poros.

Ella, por su parte, se sentía débil, agotada, pero aún quería más y estaba lejos de estar completamente satisfecha.

Renato veneró cada una de las costillas y se detuvo un buen rato en los pechos, lamiendo y succionado los pezones, hasta ponerlos duros y dejarlos sensibles.

Samira, que volvía a notar la ansiedad sexual anidar en su vientre, lo sujetó por los tríceps, invitándolo a que se posicionara sobre ella. Volvieron a besarse con una confianza más apasionada, recorriéndose el cuerpo con caricias renovadas.

—Dime que tienes preservativos —susurró Samira con la urgencia del deseo tiñendo su voz y, como si fuera una adicta, alzó un poco la cabeza, para ir en busca de su boca y le succionó el labio inferior.

—Sí, eso creo —respondió, le besó la punta de la nariz y la frente, luego se levantó y corrió al baño, buscó en el mueble del lavabo, donde comúnmente dejaban esas dotaciones. La excitación lo tenía tembloroso y el miedo a que Samira volviera a desaparecer, le alteraba los nervios.

Abrió uno de los cajones y encontró en una cesta al lado de varias toallas dobladas, lo que estaba buscando. Agarró una tira de tres paquetes y regresó a la cama.

Samira había quitado la bolsa y la caja de zapatos del colchón, también se había deshecho del albornoz y estaba tan solo con su perfecta desnudez sentada al borde de la cama, con las piernas cruzadas y las manos también apoyadas al filo del colchón.

Esa visión lo dejó sin aliento y le daba la certeza de que solo Samira lo hacía sentir de esa forma, era sentirse seguro, confiado y al mismo tiempo aterrado. Ella le daba familiaridad, estar a su lado lo hacía sentir infinito y el mundo se le hacía pequeño, porque todo se reducía a esa maravillosa gitana de ojos hechiceros.

—Eres magia, Samira… Desnuda eres pura magia. —Avanzó con lentitud, al tiempo que se desabrochaba el pantalón. Esta vez, no quería reservarse sus pensamientos, ya que muchas veces pensó que quizá ella lo había abandonado por no ser lo suficientemente expresivo.

De manera inevitable y repentina, lo invadió una sensación que jamás pensó experimentar, eran unos celos que crepitaban en el centro de su pecho, al imaginar a Samira desnuda, delante de otro hombre. Estalló en él, la necesidad por preguntarle si había alguien más en su vida o si lo hubo, si otro besó sus labios, si recorrió con sus manos su hermoso cuerpo, si tuvo la extraordinaria oportunidad de ver su rostro transformado por el placer de un orgasmo, si llenó extraños oídos con el sonido de sus gemidos y jadeos.

Acortó en un par de zancadas todo el espacio que los separaba, dejó caer a su lado los paquetes de preservativos y con rapidez se bajó los pantalones, arrastrando la ropa interior y los zapatos. A ella no le dio tiempo que mirar la erección en todo su esplendor, porque él le enredó los dedos en los mechones de pelo que le rodeaban la cara e inclinó su boca sobre la de ella, poseyéndola por completo, sumergiendo su lengua hasta el fondo, volvió a saborearse a sí misma en sus labios, junto con un frenético deseo.

Se aferró a los antebrazos de él, mientras correspondía a la urgencia de ese beso. Algo que parecía un nuevo y avivado deseo hizo palpitar su clítoris.

—Si no quieres que avancemos, este es el momento justo para que me pidas que me detenga —avisó Renato contra los labios de Samira y mirándola directamente a los ojos.

La necesidad que vio en sus ojos azules, consiguió que su corazón se acelerara y, su anhelo por sentirlo por fin dentro, provocó que su sexo empezara a contraerse.

—De ninguna manera quiero que nos detengamos. —Su voz tembló suplicante—. Quiero sentirte dentro de mí, por favor.

Renato se acercó a su oreja, le apartó el cabello y empezó a besarle el cuello, mientras bajó con sus manos por los costados y la sujetó por la cintura; al cargarla, ella enredó las piernas en su cintura, él se volvió para sentarse en la cama y la dejó sobre su regazo.

—No necesitas pedírmelo, en este momento, solo existo para complacerte; dejaré mi vida en ello, si es lo que deseas… —El placer era evidente en su voz.

La erección quedó en medio de ambos, Samira la sentía rozando su monte de Venus; fue ella quien buscó la tira de preservativos, desprendió uno, lo sacó y se lo puso.

La necesidad en los dos se desbordaba y no querían perder tiempo; en cuanto Samira se elevó un poco y sostuvo el pene, Renato le llevó una mano a la cadera y la otra a la nalga derecha, ayudándola en la tarea de la tan ansiada penetración.

Ella le clavó los dedos en los hombros, sin dejar de emitir tiernos quejidos de placer, al sentirlo abriéndose paso entre sus carnes. Mientras Renato se mordía el labio, la miraba a los ojos y empujaba.

Samira sentía temor, ya no de seguir enamorada de Renato, porque de eso estaba segura, sino de volver a caer por un abismo, porque no sabía cuán duro sería el golpe; ni siquiera sabía si debajo habría suelo. No obstante, por el momento, él, con sus besos, sus caricias y sus empujes, despejaba cualquier duda que intentara hacerla desistir de seguir ahí, así, con él.

Ella movía la pelvis en busca del culmen de su placer y también marcaba el ritmo que él le indicaba, porque quería hacer todo lo posible por darle a Renato el mismo placer.

Los segundos se alargaron antes de que el goce se concentrara en un punto en su vientre y otro orgasmo comenzara a recorrer sus venas. Antes de que la ardiente presión se convirtiera en un éxtasis absoluto, Renato se detuvo.

—¡No! ¡No! ¡No pares!… —protestó ella, no quería quedarse con la oportunidad de explotar líquida sobre él.

Renato le envolvió la cintura con un brazo y con la otra mano buscó apoyo en el colchón y rodó un poco más al centro del lecho, sin salir de ella, quedando en una posición más cómoda.

Samira retomó el constante movimiento de sus caderas, en una sincronía perfecta de vaivén o subiendo y bajando; aferrada con sus brazos al cuello de Renato, buscó apoyo para su frente en el hombro de él, mientras que, con los ojos cerrados y los jadeos contantes, se volvía más sensitiva.

—Mírame. —Le suplicó Renato—, necesito que me mires, Samira, quiero ver tu cara, quiero estar completamente seguro de que estoy contigo y que no eres una alucinación… Mírame… —Su voz estaba cargada de excitación, pero también tenía una nota de frustración.

Sin poder evitarlo, Samira lo miró a los ojos y notó que eran como llamas ardientes, aunque también estaban nublados por lágrimas contenidas.

Renato quería que ella se sintiera bien, estaba sorprendido por la extraordinaria química sexual que los unía, y necesitaba verla no solo saciada, sino feliz. Le puso un mechón de pelo detrás de la oreja y la besó con ansias.

Un anhelo eléctrico sacudió todo su cuerpo, debido a aquella minúscula fracción de tiempo que era de ellos dos, de sus sentimientos más puros y donde el tiempo parecía no haber pasado.

Samira se entregó a él por completo, cerró los ojos y le rodeó el cuello con los brazos, confiando en que él la abrazaría con fuerza, porque necesitaba sentirse segura. Renato así lo hizo mientras embestía profundamente en su interior, sin abandonar su boca.

No solo estaba dentro de ella, se había convertido en parte de su ser. Sentía el cálido aliento de Renato contra sus labios, su lengua invadiendo cada recoveco en su boca. Sus pieles calientes y húmedas en sudor se rozaban constantemente y sus corazones palpitaban alocadamente en perfecta sincronía.

Él le sujetaba las nalgas para acercarla todavía más… No existía otra cosa, solo ellos dos y la creciente marea de placer que amenazaba con ahogarlos.

—Te quiero encima de mí, quiero que me aprisiones con tu cuerpo —pidió Samira, haciendo una pausa en su carrera hacia el nirvana.

Renato afirmó con la cabeza y en un movimiento que le significó el mínimo esfuerzo, le envolvió con un brazo aún más la cintura y con la otra mano se aferró a su muslo izquierdo y la puso sobre la cama, y él entre sus piernas. La complació al acostarse sobre su delgado, tembloroso y sudado cuerpo, pero se apoyó con uno de los antebrazos en el colchón, para no sofocarla con su peso.

Se quedaron en silencio, solo mirándose a los ojos y con las respiraciones contenidas con tantas cosas por decir, pero por temor a romper el hechizo, preferían amarse sin palabras.

Él llevó las manos a ambos lados de su cabeza y con los pulgares le acariciaba las sienes, había extrañado tanto la suavidad de esa zona, donde nacía su cabello. Había extrañado todo de ella, inevitablemente, lo azotó una necesidad abrumadora de querer recuperar tantos años perdidos, apresó con fuerza los cabellos y le elevó la cabeza hasta que sus labios se amoldaron perfectamente. Entonces, la besó de una manera ardiente y urgente, al tiempo que empezó a embestir profundamente dentro de ella.

Samira se aferró a él y contuvo el aliento con la lengua dentro de su boca, mientras se movía y se contraía para recibirlo, al tiempo que le clavaba las uñas en la espalda.

—Mi gitana…, extrañé tanto sentirte así, tan pegada a mí, tu suave piel, tus temblores, tu sonrisa…, tus ojos. ¡Oh, Dios!… Tus ojos brillantes por el placer. —La voz de Renato era casi frenética. Su aliento jadeante y rápido, exponía la excitación que sentía—. ¿Te sientes igual? ¿Sientes lo mucho que te he necesitado…?

—Sí, lo siento…, también te necesito… Te necesito, no pares…, no te detengas, Renato —lloriqueó al sentir el éxtasis invadiendo su torrente sanguíneo. Por increíble que pareciera, pudo sentir una palpitación del pene, que se endureció todavía más. De manera inevitable, su corazón dio una voltereta al tener la certeza de lo mucho que la anhelaba.

—¡Dios! Necesito estar todavía más adentro. Sentirte más, mucho más… —Se incorporó, sentándose sobre sus talones, la sujetó por los muslos y la haló más hacia él—. ¿Te gusta así? —preguntó.

Samira asintió frenéticamente con la cabeza, al tiempo que elevaba la pelvis, para sentirlo mucho más adentro.

—Así, sí…, más rápido… Sí… —gemía Samira, moviendo sus caderas, buscando una fricción mucho más estimulante—. Dámelo todo —suplicó, enterrando sus uñas ahora en los muslos de Renato y lo miraba con el torso, pecho y hombros perlados por el sudor. Su piel seguía siendo algo pálida, no como el común bronceado de los cariocas, pero mucho más formado. Los años lo habían convertido en un hombre más poderoso físicamente.

—Córrete conmigo —pidió agitado por el persistente empuje de sus caderas—. Podemos hacerlo, podemos compartir nuestros orgasmos…, como antes, ¿lo recuerdas?

Samira volvió a asentir, tenía los labios apretados, para evitar que sus ruidosos jadeos atravesaran los muros de esa habitación. Renato hizo más rápidas y contundentes sus arremetidas, le soltó uno de los muslos y le llevó la mano al seno izquierdo, sintiendo en su toque la turgencia y el veloz latido de su corazón.

Sus empujes eran controlados, pero constantes. Al cabo de un rato, colocó las manos sobre el monte de Venus y con su dedo pulgar empezó a estimularle el clítoris. Samira contuvo el aliento y su vientre se volvió visiblemente tembloroso, sus costillas subían y bajaban, debido a su respiración jadeante.

Renato acarició su cuerpo hasta llegar de nuevo a sus pechos, donde se dedicó a incitar los pezones. Se recostó sobre ella, como si no solo quisiera unir sus cuerpos, sino también sus jadeantes alientos, sus almas. Cerró los ojos y siguió moviéndose rítmicamente, provocando la máxima alteración en Samira, porque cada vez que se introducía en ella, avivaba más el fuego que la inundaba y la acercaba a ese orgasmo que le haría estallar los sentidos.

Él volvió a abrir sus ojos, para observar sus pezones enhiestos y duros, y sintió que la sangre que recorría sus venas se convertía en lava, magnificando sus sensaciones. En ese momento, lo único que le importaba era ella y lo que le hacía sentir.

—Te siento en todas partes —gimió—. Renato, estás en todo mi cuerpo, en cada poro —lloriqueó de placer—, en cada terminación nerviosa… No pares, no pares, te lo suplico… —dijo con la voz rota por las emociones que la recorrían.

Él la besó en los hombros y el cuello, dejando en su piel la humedad de la saliva y su jadeante respiración.

—Yo también te siento, estás en mí… No solo ahora, en todo momento, todo el tiempo, Samira… Formas parte de mí.

Samira sentía como si su cuerpo estuviera conectado con el de Renato, como si supiera exactamente dónde tocar, besar o cuándo empujar; era como si cada contacto entre ellos fuera mágico.

—Somos buenos juntos. Siempre ha sido así. —Él le llenó el rostro de besos—. No pude escapar de ti, Samira… No se puede escapar de alguien que te detiene el tiempo y te acelera los latidos… Y eso eres tú, para mí…

A pesar de la excitación y de su ascenso a la gloria, una emoción arrasadora estalló en el pecho de Samira y las lágrimas empezaron a desbordarse a borbotones; buscó de nuevo la boca de Renato. El placer surgió, creció y subió vertiginosamente. No podía respirar, no podía pensar, no podía dejar de moverse.

Comenzó a correrse entre sus brazos, hasta que ya no pudo asimilar más. Él la sostuvo, la cubrió con su cuerpo mientras gruñía lo mucho que la necesitaba.

—Yo tampoco pude escapar de ti, y lo intenté…, Dios sabe lo mucho que lo intenté… —confesó Samira.

Cada una de sus emociones pareció traspasarla, por lo que, con sus manos se aferró a la espalda y con las piernas lo aprisionó por las caderas, como si no quisiera alejarse jamás mientras surcaba la ola de placer. De pronto, los gemidos se convirtieron en sollozos y se tensó hasta casi romperse, debajo de él, pero también se movía de una manera errática.

No había nada más que ellos y sus alientos compartidos, la pasión, los latidos, la emoción y la promesa de una intensa satisfacción.

Renato sintió a Samira estremecerse y agarrarse a él con más fuerza, también sus músculos internos se cerraban entorno a su erección, provocándole mucho más placer; entonces, él no pudo hacer otra cosa que dejarse llevar por el rugido de su corazón y sus deseos. Se permitió liberarse,

su vista se nubló en medio de la rigidez de su cuerpo; milisegundos después, se corría con intensidad, vaciando toda su pasión, todo lo que era, en ella.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que por fin recordó cómo se respiraba. Su mente volvió a la realidad y se encontró a Samira sollozando y con espasmos bajo él; se retiró con cuidado y se deshizo del condón. Luego la estrechó contra su cuerpo, abrazándola con todas sus fuerzas; todavía con la respiración jadeante, buscó sus labios y se permitió dar rienda suelta a todas las emociones que le inundaban: el cansancio, el amor y la determinación de no volver a dejarla marchar nunca más.

CAPÍTULO 42

Renato dejó de besarle la boca, para repartir tiernos besos en su frente y sienes, mientras seguía sosteniéndola entre sus brazos. Todo su cuerpo la reconocía, porque con nadie más se sentía como con ella, ese estado de paz absoluta solo se lo otorgaba Samira, pero pudo sentir cómo ella se tensaba y casi enseguida se apartó.

—Ahora sí, es tiempo de marcharme —dijo, tirando de un pedazo de sábana, con la intención de cubrirse.

En el momento de remanso, entre los brazos de Renato, fue inevitable que su mente no fuese bombardeada por los amargos recuerdos que le rompieron el corazón. Y no, no podía simplemente hacer como que eso nunca pasó, el tiempo no podía borrar la traición.

Quedarse en esa cama con él, solo demostraría que no tendría ni un poco de amor propio; ella debía ser más fuerte que sus propias debilidades.

Le fue imposible sacar de debajo del cuerpo de Renato, la sábana; por tanto, desnuda, se levantó, agarró del suelo la bolsa de la lencería, buscó el panti y sin siquiera quitarle la etiqueta, se la puso. Lo más sensato sería ducharse, pero si se permitía un poco más de tiempo, podría volver a caer en el juego macabro de sus emociones.

—Samira, espera… No quiero que te vayas… —Renato se levantó desnudo y con la mirada aturdida.

—No se trata de lo que tú quieras, Renato… No pienso decirte que lo que acaba de pasar fue un error, porque fui muy consciente de lo que quería… Sí, fue un momento de debilidad, me dejé llevar por la necesidad de la pasión, pero nada ha cambiado. —Desistió de ponerse el sostén, buscó la camiseta en la otra bolsa.

Sus movimientos eran enérgicos y rápidos, sobre todo, al ver que Renato bordeaba la cama.

—Ese es el problema, que no tengo la mínima idea de qué fue lo que cambió… ¿Qué mierda pasó, Samira? —Se plantó frente a ella, porque no estaba dispuesto a seguir lleno de dudas; era momento de hacerle frente y poco importaba si dejaba explotar la frustración que llevaba siete años creciendo en su pecho—. ¿Por qué carajos decidiste abandonarme? ¿Por qué huiste como una cobarde? ¿Crees que dejarme una nota confusa, sobre tu amor propio y metas, era lo correcto? Llevo siete años, siete malditos años preguntándome por qué… ¿Por qué, Samira? —Temblaba de rabia y miedo, sus ojos estaban llenos de lágrimas por la impotencia, y el pecho agitado por esa explosión de emociones.

Samira, que aún no se había puesto la camiseta, en un arranque de ira, se la lanzó a la cara, porque odiaba que fuese tan descarado.

—Porque me engañaste, imbécil…, estúpido…, maldito infeliz —estalló la histeria que por tanto tiempo se mantuvo en reposo en ella—. ¿Por qué lo hiciste? Está bien, sé que era una jovencita estúpida, ingenua…, una miserable gitana, que no merecía ser más que un pasatiempo… —Las lágrimas empezaron a salir a borbotones y su rostro se puso furiosamente rojo—; pero no tenías que mentirme, ni dejar que me hiciera ilusiones, porque estaba tan estúpidamente enamorada de ti, que solo Dios sabe que hubiese cedido a ser solo un pasatiempo, pero saberlo habría hecho que todo fuese distinto…

—No…, no entiendo de qué hablas… —dijo, empuñando la camiseta que ella le había arrojado a la cara. Esa reacción lo dejó atónito, porque no conocía ese carácter de Samira—. No

haces más que dar rodeos…

Samira avanzó, amenazante, y levantó las manos, para golpearlo, pero las dejó caer antes de tocarlo; se volvió y gritó con furia.

»Estás molesta y no sé por qué… En cambio, yo, estoy frustrado, herido… Solo te pido que me digas qué pasó, jamás te engañé, fui tan sincero contigo, como jamás lo he sido con nadie… Confiaba en ti… ¡Confío en ti! —Se aventuró a tocarle el hombro, pero ella se alejó, como si la hubiese quemado.

—¿Que no me engañaste, Renato? —Se volvió y quiso asesinarlo con su mirada—. ¿Estás seguro de que nunca lo hiciste? ¿De verdad me crees tan estúpida?

—Jamás he pensado que seas estúpida, para mí, eres la persona más brillante y valiente que conozco; desde que te conocí, no hacía más que admirarte…

—¡Lara! —Ella lo interrumpió, ese nombre brotó con odio de sus labios.

—¿Lara? ¿Qué pasó con Lara?

—¡Eres muy estúpido o demasiado descarado! —ironizó con rabia; estiró la mano, le arrancó la camiseta y se la puso. Necesitaba largarse, no debía seguir humillándose—. Me dijiste que habías terminado con ella, que cuando se vieron en República Dominicana, las cosas no salieron bien y terminaron… Dijiste que te habías enamorado de mí, que esa había sido la causa del rompimiento, pero fue tu mejor actuación… Fue un maldito engaño, para que yo, estúpidamente, creyera que realmente te habías fijado en mí… Engañarme fue tu manera de cobrarme la ayuda que me brindaste. ¿Y sabes qué es lo peor?… —La voz se le rompió con un sollozo y se limpió la cara con las manos—. Que me lo advirtieron, mi madre, mi abuela, mis cuñadas… —hipó en medio del llanto— ¡Todas me lo advirtieron! Me dijeron que los payos solo nos engañan y nos usan…, y… y…

—No es así, Samira… No fue así y lo sabes… Sé que, muy en el fondo, sabes que jamás te engañé. Y me indigna que lo digas solo para hacerme sentir culpable por situaciones que siempre se escaparon de mis manos…

—Entonces, ¿Lara siempre fue una situación que se te salió de las manos?… No seas tan descarado. Creí que eras un buen hombre, que eras íntegro…, admirable.

—¡Un estúpido! Eso es lo que era… Lara nunca fue mi novia… —Sabía que había llegado el momento de sincerarse.

—¡Ay, por favor! —soltó una risa amarga, que también estuvo teñida de llanto—. Nunca fue tu novia, aún así, te enviaba fotos desnuda, videos masturbándose… ¿Sabes qué fue lo peor? La forma en la que me engañaste, de verdad me creíste estúpida… Bueno, en realidad, lo era, te creí cuando me dijiste que no podrías ir a verme para Navidad, porque debías estar con tu familia, cuando en realidad, ibas a verte con ella… Y no solo eso, también querías restregármelo en la cara, querías hacerme mierda el corazón, porque, como no contesté a tu llamada, decidiste dejarme un mensaje de voz, cuando ibas con ella en el auto y te ofrecía una mamada… De verdad, Renato, no merecía eso…, no lo merecía, porque siempre fui buena contigo, nunca hubo segundas intenciones de mi parte…

Renato se encontró atrapado entre los barrotes invisibles de sus propios pecados, con la vergüenza mordiéndole el corazón y volviéndose loco de desesperación; pues, se había dado cuenta, más allá de toda duda razonable, de que, Samira, nunca le perdonaría, y con esa débil esperanza se había desvanecido cualquier posibilidad de encontrar un poco de paz y felicidad en su vida. Aún así, ella merecía la verdad, se preparó para desnudar también su alma.

—¿Por qué no me lo dijiste? Debiste decírmelo, enfrentarme y yo te habría explicado…

—¿Acaso existía una explicación para semejante mierda? ¿Esperabas que me humillara aún

más? —Empezó a negar con la cabeza—. Lo mejor que pude hacer fue recoger los pedazos que quedaron de mi dignidad, largarme y no darte el placer de joderme más de lo que ya lo habías hecho.

Renato se dejó caer sentado en la cama y se cubrió la cara con las manos, para contener las ganas de correr y lanzarse por la ventana.

—Todo fue un malentendido… —Sus palabras salieron sofocadas por sus manos, pero enseguida se las llevó a la cabeza y cruzó los dedos tras la nuca—. Y sí, fue mi culpa, fue mi maldita culpa, porque debí ser sincero contigo; no debí dejar que mis miedos fueran más fuertes que yo…, pero, en ese entonces, me dominaban… Aún hoy día, hay veces que me dominan y me bloqueo… Samira, hago mi mejor intento, todos los días sigue siendo una lucha con mis emociones… —suspiró, sintiéndose demasiado cansado.

—Sí, fue tu culpa… Yo te di lo mejor de mí y me rompiste el corazón —lloró abiertamente —. Y ya no volví a ser la misma, no volví a confiar en nadie más, como lo hice contigo... ¿Ahora entiendes por qué no podemos volver a ser los mismos? Hace un rato me dijiste que yo había sido algo bueno en tu vida, pero tú has sido mi pesadilla en todos estos años… —Se dobló, para buscar en la bolsa los leggins. Aunque se había desahogado después de tantos años, seguía latiendo en ella, las ganas de marcharse. No quería verlo, porque su presencia le dolía y mucho. A pesar del engaño, no logró decepcionarse, no había dejado de amarlo ni un poquito, se lo dejaban claro todas esas sensaciones que la azotaban.

—Samira, ven, siéntate un momento. —Le pidió, tocando el espacio del colchón a su lado.

—No, ¿para qué? Ya no tiene caso, solo quiero irme y olvidarme de tu existencia, quizá esta vez sí lo consiga —hablaba, tratando de meter una de sus piernas en los leggins, sin atreverse a mirarlo.

—Por favor —insistió con tono suplicante—, quiero decirte la verdad, si luego de escucharme, decides que no tengo perdón, lo entenderé y te juro que jamás volverás a verme…

—Eso pensé, creí que nunca más volvería a verte.

—Pero el destino quiso que nos encontráramos. Quizá lo ha hecho para que podamos tener la conversación que no pudimos… Ay, Samira, si tan solo me hubieses enfrentado, si hubieses tenido el valor de reclamarme por lo que viste y escuchaste, las cosas hubieran terminado tan diferentes.

—¡Ahora me dices cobarde! ¡Qué descarado! —resopló, molesta—. Intentas lavar tus culpas, culpándome.

Renato se daba cuenta de que Samira tenía una actitud mucho más retadora, incluso, era más arrogante. Suponía que ese cambio se lo debía a las situaciones difíciles por las que había tenido que pasar.

—No, aquí el único cobarde soy yo, siempre lo he sido… Tú eres una chica demasiado valiente, en nuestra relación, siempre has sido mi escudo.

—No hay «nuestra relación». Ya no somos nada, Renato, dejamos de serlo hace siete años; aunque si lo pienso bien, creo que jamás fuimos nada. —Intentó hablar con la voz tranquila, pero sus ojos brillaban llenos de reproches.

—No puedo permitir que digas eso, porque tú, para mí, lo has sido todo; desde el día en que te conocí, te metiste como un torbellino en mi cabeza… Y sí, al principio no fue con un interés amoroso, pero sí como amiga, sí como alguien que se ganó mi admiración…, mi respeto… Y ni siquiera tú, tienes el derecho de cuestionar lo que significas para mí.

Samira se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar ruidosamente, con el pecho agitado y los hombros temblorosos. Sentía que se estaba rompiendo y se acuclilló, por temor a

desmoronarse, caerse a pedazos como un castillo de naipes.

—Entonces, ¿por qué me arruinaste la vida? ¿Por qué jugar de esa manera con mis sentimientos? ¿Por qué burlarte de una manera tan cruel, cuando yo me había entregado a ti por completo? —cuestionó en medio del llanto.

Renato se levantó y la sujetó por los brazos, ayudándola a ponerse en pie, aunque estaba bastante rígida.

—Jamás fue mi intención dañarte. Lo siento mucho, Samira, no sabes cuánto lo siento —consoló, consiguiendo por fin levantarla.

Samira se rindió, muy en el fondo de su corazón, deseaba que las excusas de Renato fueran lo suficientemente convincentes, como para hacerle creer que jamás quiso engañarla y que todo el sufrimiento durante tantos años, había sido en vano.

Dejó que Renato la sentara en la cama y luego él se ubicó a su lado, tiró de la sábana con la que anteriormente ella intentó cubrirse, y se la puso en el regazo, para tapar su desnudez. Samira, por su parte, no consiguió ponerse los leggins, apenas había metido una pierna y así lo dejó; porque, de repente, empezó a sentirse demasiado cansada.

Renato se pasó la lengua por los labios, con un movimiento lento y preciso. Intentó tragar saliva, pero tenía un nudo en la garganta, porque no sabía por dónde empezar. Si algo odiaba, era generar lástima y; lamentablemente, siempre que contaba sus problemas, todos terminaban mirándolo como si fuese un enfermo terminal o un cachorro abandonado.

—Una vez me preguntaste que quién era Danilo. —Renato comenzó con el labio inferior trémulo y con un movimiento nervioso en una de sus piernas—. Incluso, llegaste a la conclusión de que era médico, pero yo evadí el tema, porque me dio terror responderte.

—Lo recuerdo —musitó Samira, aun tenía la voz rota por el llanto. Giró la cabeza, para mirar a Renato, y descubrió en su mirada azul una angustia descarnada. Sus ojos estaban llenos de miseria y brillantes por las lágrimas contenidas—. Llegué a la conclusión de que era médico, porque el día que estuve en la clínica, después de que me caí en el baño, te escuché hablando con él, conversaban acerca de una consulta, pero no fue mucho lo que entendí.

—Es mi terapeuta, mi psicólogo desde mi adolescencia… Todo empezó desde que era niño… Siempre fui muy inseguro, tímido, pero era más que solo timidez, era ansiedad y depresión, que fue empeorando con los años, al punto de que mi ansiedad afectó mi vida social y no podía salir de casa, mucho menos, interactuar con desconocidos…

—Renato… —Samira quiso interrumpirlo, aunque no sabía ni qué decir.

—No te lo cuento para que me tengas lástima, odio que sientan pesar por mí; lo odio, de verdad… No soy un hombre débil, que necesite la compasión de los demás. —Se atrevió a mirarla a los ojos y ella correspondió. Quizá quería asegurarse de que, él, no le estuviera mintiendo.

—No podría, nunca te he visto como alguien débil, porque tú me salvaste de muchas maneras. Puede sonar como un cliché, pero muchas veces fuiste mi héroe, cuando me encontraba acorralada en un callejón sin salidas. Me ayudaste a soltar lazos que me ataban a mi cultura, con los que tampoco estaba de acuerdo, pero por temor, me aferraba a eso… Siempre voy a estar agradecida contigo por enseñarme tantas cosas que por mi cuenta no hubiera podido. —Eso no podía negarlo. Sí, estaba muy dolida con él, por la forma en que la engañó, pero no iba a borrar todas las cosas buenas que hizo por ella, y ahora que le confesaba que sufría de timidez, depresión y ansiedad, conseguía darles sentido a algunas de sus actitudes en el pasado y que confundió con arrogancia o altivez; aun así, eso no justificaba que no fuese claro en cuanto a su relación con Lara, y que jugara con ambas.

—Te admiraba, Samira… Aún te admiro, porque te atreviste a hacer tantas cosas, a dar la pelea aun cuando tenías todas las de perder. Puedo decir que también sentía un poco de envidia de tu valentía… o de tu locura, porque dime, ¿quién en su sano juicio decide atravesar una de las fronteras más peligrosas de América, sin nada en los bolsillos? —Elevó apenas perceptiblemente una de sus comisuras.

—Era una medida desesperada, lo admito. —Samira también sonrió—; aunque, también me salvaste de que cometiera esa locura… Dime, ¿ahora estás bien? —preguntó, refiriéndose a sus trastornos.

—Por ahora sí. —Asintió con la cabeza, apoyó los codos sobre sus piernas y entrelazó los dedos—. Llevo un tiempo controlándolo, aunque no te miento…, a veces, regresan los episodios, pero tengo la fortuna de tener a Danilo.

—Es bueno saberlo… ¿Cómo lo conociste?

—Mi abuelo me llevó con él… De no haberlo hecho, lo más probable es que ni siquiera hubiese existido la oportunidad de que tú y yo nos conociéramos, porque, la solución menos favorable a mis trastornos, me sedujo en muchas oportunidades… Pero eso ahora no tiene importancia, sé que lo que necesitas saber es sobre mi relación con Lara.

—Me tranquiliza saber que lo tienes controlado y que lograste superar esa etapa tan complicada para ti y toda tu familia… Eso solo demuestra que eres más fuerte que el común de las personas, porque llevas a cuesta un peso que no cualquiera puede cargar. Sin embargo, eso no justifica que nos utilizaras a las dos, porque supongo que ella no sabía de mi existencia, así como tampoco lo sabían tus amigos.

—De ti sí sabían, las personas más importantes: mis padres, mi hermano, mi abuelo y Danilo. Estoy seguro de que ellos tenían la certeza de lo especial que eras para mí… Incluso, Liam, se dio cuenta mucho antes que yo, de que estaba enamorado de ti.

—Qué bonita forma de querer blanquear que era ese secreto del que te avergonzabas —sonrió irónica.

—Jamás me sentí avergonzado de ti…

—Por favor… —carraspeó, sin dejar de lado el tono mordaz.

—No lo hagas, Samira —interrumpió—, no digas cosas que solo están bajo tu percepción y que nos llevarán a discutir, porque realmente es lo menos que quiero hacer.

Ella puso los ojos en blanco, su llanto había dado paso a una ironía desencarnada. Como no dijo nada más, él comprendió que solo le estaba dando la oportunidad de que siguiera con sus explicaciones.

—Seguro la historia se hará un poco tediosa, pero quiero contarte desde el principio… —Se giró un poco en el colchón, para quedar frente a ella; en cambio, Samira, se cruzó de brazos, como si pretendiera con eso crear un escudo. Él se moría por tocarla, por poner su mano sobre su rodilla, pero sabía que eso solo aumentaría su tensión—. Mi ansiedad y depresión no anulaban mi sexualidad y pasaba mucho tiempo encerrado en mi habitación. Por supuesto, deseaba conocer a alguien, enamorarme y obtener experiencia sexual. Pero me aterraba acercarme a alguna chica que me gustara y, cuando lo hacía…, todo se hacía más intenso, la transpiración, los latidos, el dolor de estómago… Así que, mi contacto con chicas, era nulo.

»Pasar mucho tiempo sin nada interesante que hacer, solo me dedicaba a estudiar y siempre se me dieron muy bien las matemáticas, por lo que, no era extraño que sacara buenas notas… Siempre fui uno de los mejores de la escuela y, cuando estaba en secundaria, había una chica que me gustaba muchísimo… La veía como la más linda de todas y, para mi buena suerte, sus padres eran muy amigos de los míos… Entre ellos acordaron que podía ayudarle a mejorar las

calificaciones, pero que yo aceptara, no fue fácil; porque, mientras más me gustaba, más estúpido me volvía… Sin embargo, mi padre me dio la seguridad, para que empezara a interactuar con ella… Así que, en pocas semanas, empezamos a pasar mucho tiempo a solas en mi habitación y fuimos creando un vínculo único, nos hicimos muy amigos; con ella podía ser yo mismo y sentía que también le gustaba… Fue por ello que, en algún punto, después de meses de estudios, nos dimos un primer beso e; incluso, estuvimos a punto de tener nuestro primer encuentro sexual, pero mis nervios me hicieron la peor de las jugadas, a pesar de mis deseos por querer seguir, no pude avanzar, mis miedos eran más fuertes que mi excitación… La decepcioné, como venía haciéndolo con todo el mundo; ella se marchó y yo me quedé sintiéndome como una mierda inservible… Eso me atormentó todo ese fin de semana, ni siquiera reuní el valor para llamarla y pedirle perdón… Solo me recordaba, una y otra vez, lo patético que era, aunque lo peor vino después, cuando tuve que ir a la escuela y; durante el descanso, supe que ella le había contado a todos sobre mi impotencia sexual… A esa edad, no es bueno que algo como eso se haga público…

—Que haya hecho eso, solo dejó claro que no era tu amiga, era una idiota… —gruñó Samira.

Por la forma en que Renato narraba la historia, los nervios palpables en su voz, el temblor de sus manos y su mirada atormentada, Samira supo que se trataba de algo verídico; que, ciertamente, vivió esa traición por parte de la persona a la que más quería; pues, ella había pasado por lo mismo, irónicamente, de parte de quien ahora exponía su pesar.

—Lo peor no fue que esa chica me exhibiera, sino que, los matones de la escuela, se creyeran con el derecho de hacerme vivir un infierno. Fui la burla de todos… y, de cierta manera, esos hijos de puta, abusaron de mí, al tocarme…, para comprobar si mi cuerpo reaccionaba o no… —En ese momento, se interrumpió, cuando Samira sujetó con ambas manos una de las de él y la apretó con fuerza, entonces, correspondió al gesto.

—Siento que hayas tenido que pasar por eso, siendo tan joven.

—Eso solo hizo que mis problemas se maximizaran, a partir de ese momento, mi ansiedad social se disparó. No salía de casa y; cuando mis padres me obligaban a acompañarlos, para mí, era un infierno, porque todo lo que estaba más allá de las paredes de mi habitación, me aterraba. Los ataques de ansiedad eran tan fuertes que, en tres oportunidades, tuvieron que llevarme a la clínica, porque sentía que iba a morir, que me daría un ataque al corazón… Ellos comprendieron mi sufrimiento y dejaron de obligarme a hacer cosas que no quería. Luego aprendí a cómo manipularlos, para que ni siquiera lo intentaran.

Samira le dedicó una mirada de reproche, pero no le soltó la mano, y eso le daba ánimos para ser completamente sincero con ella.

»Mis emociones me dominaban y hacía lo que fuera para no salir de mi zona segura…; sobre todo, mentir se me daba muy bien. Logré que me dejaran pasar la mayor parte del tiempo solo, en mi habitación, pero tenía tantas dudas, que mi única forma de aclararlas fue a través de la pornografía, así empecé a experimentar… En esas páginas, encontré refugio y desahogo. —A pesar de sentirse avergonzado por tener que confesar algo tan íntimo, la miraba a los ojos oliva y se dio cuenta de que las mejillas se le habían teñido de carmín, pero no se atrevió a interrumpirlo —. Descubrí que nada estaba mal en cuanto a mi desempeño sexual, pero con el tiempo, solo ver videos y masturbarme se volvió demasiado rutinario, la excitación iba en picada… Necesitaba algo menos impersonal y me dediqué a buscar en la red, hasta que di con una página de modelos sexuales, en la que podía interactuar con ellas. Yo podía solicitar que hicieran las cosas que deseaba, me complacían en todo, siempre y cuando pagara… Y, como el dinero no era un problema, empecé a sentirme bien, a dejar fluir esa personalidad que siempre deseé pero que, por

mis trastornos, en la realidad no podía. A través de la pantalla, era un chico seguro, decidido, podía crear otra realidad… —soltó un suspiro, no quería seguir dilatando el tema y, por la forma en cómo lo miraba Samira, parecía no juzgarlo, pero había una luz en sus pupilas que delataban que imaginaba lo que él diría a continuación—. Fue en una de esas páginas que conocí a «Desire», el nombre artístico de Lara.

CAPÍTULO 43

Samira parpadeó lentamente, para asimilar la información que Renato acababa de escupirle a la cara; sí, en algún momento de su relato, llegó a la conclusión de que algo tenía que ver Lara con todo eso, pero le fue imposible no sentir que su autoestima se iba al quinto infierno, tanto la de la Samira adolescente, como la de la mujer de ahora.

Jamás estuvo ni estaría a la altura de la experiencia sexual y de seducción de esa mujer, sin querer recordar siquiera lo hermosa que era. Le soltó la mano y se recogió el cabello, sujetándolo en un moño alto, con los mismos mechones.

—Bien —suspiró y se dobló para meter la pierna que aún faltaba en los leggins—, entiendo las circunstancias en las que la conociste, pero eso no cambia nada, tenían una relación, eso es lo que importa… Será mejor que me vaya, mañana tengo que levantarme temprano y…

—Aún no termino, Samira. —La sujetó por la mano e intentó entrelazar sus dedos con los de ella, pero no lo permitió y la alejó sin brusquedad.

—Ya no quiero seguir escuchando… ¿Puedes respetar eso?

—No, no puedo hacerlo, porque aún estamos en el mismo punto… Sé que quizá no quieres escuchar, porque no quieres sufrir, pero estoy dispuesto a contarte todo.

—Ya nada de lo digas podrá herirme más de lo que ya lo hiciste hace siete años… Mi piel se ha vuelto más gruesa y puedo soportar muchas más decepciones. —Por fin consiguió ponerse los leggins.

—Nunca tuve contacto físico con ella. —Se apresuró a decirle.

Samira soltó una carcajada cargada de amargura e ironía. Entonces, Renato se levantó, dejando que cayera la sábana a sus pies y la sujetó por los hombros, para encararla.

—No te estoy mintiendo, nunca tuve contacto físico con ella… Y no es que no lo deseara, era que no podía, Lara solo conocía al personaje que me había inventado. Cuando te conocí, ya ella estaba en mi vida, era mi fantasía, el tipo de mujer que anhelaba o, eso creía. —Sentía cómo Samira se ponía rígida bajo su agarre y estaba seguro de que su intención era escapar, pero la sujetó un poco más fuerte—. Pero llegaste tú y me hiciste ver que, el Renato que anhelaba a Desire, no era quien realmente yo quería ser… Me gustaba más el Renato que era cuando estaba a tu lado, el que disfrutaba y se relajaba pasando tiempo contigo; el Renato que realmente soy… Tú, sin saberlo, lograste que me diera cuenta de que, ser yo, después de todo, no era tan malo… Hiciste que me sintiera bien en mi propia piel y empecé a sentir que solo podía ser así contigo… —hablaba, mirándola a los ojos y con el corazón golpeando fuertemente contra su pecho.

—No esperarás a que me crea que, cuando se vieron en Punta Cana, no pasó nada… —Le reprochó, aunque las palabras de Renato despertaban sus más débiles emociones y avivaban las ilusiones de esa parte que aún lo seguía amando, no convencían del todo a su orgullo. Ya no era tan tonta como para creer que, un hombre que tiene en frente a una mujer como Lara, se quedaría de brazos cruzados. Sobre todo, cuando ella era su fantasía hecha realidad.

—No pasó nada trascendental… —confesó, si quería derribar las barreras que Samira había creado para protegerse emocionalmente, lo mejor era ser sincero. La vio parpadear, antes de sostenerle la mirada con una expresión inquisitiva.

Samira suspiró, intentando ahogar la decepción que le roía las entrañas, y él le dio el espacio que pedía sin palabras, le soltó los hombros y pudo retroceder un par de pasos.

»Solo fueron algunos besos… —Su voz salió bastante aguda por los nervios—. Samira, es

necesario que entiendas que, en ese entonces, estaba muy confundido con mis sentimientos… Desde hacía mucho tiempo anhelaba estar con Lara, pero no había tenido el valor para concretar una cita, por temor a que descubriera cómo soy realmente… Y ahora puedo entender que, cuando encontré la valentía para decirle que sí, a vernos, fue por un arranque de celos… Ya estaba enamorado de ti y me enfurecí cuando el día de tu cumpleaños me enteré de que seguías en contacto con Adonay... Temí que regresaras con él, por eso quise formalizar mi relación con ella… Estúpidamente, también quería darte celos, dejar de sentir esas emociones que me carcomían cuando estaba contigo o con solo pensarte, porque se suponía que eras mi amiga. Me asustaba perder lo más bonito que me había pasado hasta ese entonces, me aterraba perderte. Sin embargo, haber concretado ese encuentro, fue lo que me hizo abrir los ojos y darme cuenta de que estaba loco por ti y que no podía seguir conteniéndome… Mientras intentaba estar con ella en un plano más íntimo, no conseguía dejar de pensar en ti, por eso no pude seguir ese fin de semana en Punta Cana y fui a buscarte… Mi error más grande fue no tener el coraje de decirle la verdad, que ya no quería nada con ella, que había alguien más que se había convertido en el centro de mi vida, porque, aunque no quieras creerme, Samira…, te habías convertido en eso, en la parte más esencial de mis días.

—¿Y por qué no se lo dijiste después? —cuestionó y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas, ya los párpados le dolían de lo mucho que había llorado esa tarde—. ¿Por qué engañarme? ¿Por qué no ser sincero conmigo? Al menos, conmigo…

—Intenté hacerlo muchas veces, pero temía que me juzgaras…, que me rechazaras por la forma en que la conocí; de haberlo hecho, tendría que haberte confesado mis trastornos… Y nunca ha sido fácil para mí, contar lo que padezco, porque nadie lo comprende y creen que lo único que hago es dramatizar todo o victimizarme. En ese entonces, estaba cansado de los juicios de los demás y no sabía cómo sobrellevarlos… Y, con Lara, todo se complicó, no quería herirla, porque fue buena conmigo, ella estuvo en los momentos más difíciles; haber creado esa personalidad, para interactuar con ella, me distraía de mi realidad… Y sí, nos vimos en diciembre, una sola vez… Danilo me aconsejó que la mejor forma de sincerarme con ella y terminar esa relación era en persona… No sé cómo es que se marcó el teléfono y terminó dejándote un mensaje, pero te juro, Samira…, te lo juro por mi vida que no pasó nada. Sí, ella intentó seducirme en el auto, pero la detuve y, justo en ese instante, pude confesarle que me había enamorado de ti.

—No sé si creerte, Renato… Todo es tan increíble, es tan conveniente para ti… Y si terminaste con ella, ¿cómo es que, tiempo después, cuando secuestraron a Elizabeth, estabas con ella?

—No, eso es imposible… —dijo con el ceño fruncido por la confusión—. Samira, luego de que terminé con Lara, ella regresó a su país y no volví a verla, mucho menos durante el secuestro de Elizabeth… La familia fue muy reservada con todo ese proceso, nadie que no fuera de la familia…

—Los vi saliendo de la casa de tu abuelo…, en una fotografía… Seguía muy de cerca la noticia, a pesar de que te dejé un mensaje y no tuviste la cortesía de responderme, pero ya ves…, aún era demasiado tonta, era mínima mi dignidad.

—No, no era Lara, de eso estoy seguro… Quizá se trató de Aninha…, pero no lo recuerdo. En ese momento, mi mente y mis sentimientos estaban destruidos, no tenía cabeza para nada —contestó, después de pensar en cómo habían sido esos terribles días, para todos ellos—. ¡¿Me dejaste un mensaje?! —cayó en la cuenta, lo que lo alteró y en sus ojos se reflejó un gran tormento.

—Eso ya no importa… —respondió Samira, con desgano. No sabía si creer en toda esa sorpresa que Renato mostraba.

—¡Claro que importa! ¡Qué imbécil!... Fui tan imbécil. —Se lamentó, llevándose las manos a la cabeza. Se arrepintió por no haber revisado los mensajes y haber borrado todo, solo porque se sintió acosado con toda la situación del secuestro—. Llegó un momento en el me sentí superado, abrumado con tantos mensajes y llamadas, preguntando por Eli… Y decidí no responder y los eliminé sin quiera leer o escuchar.

—Eso puedo entenderlo —exhaló y miró en derredor—. ¿Puedo irme?

—Samira… —suplicó, juntando las manos—, tienes que creerme, te digo la verdad.

—No, no tengo que creerte, no me vas a imponer tus palabras; yo decido si te creo o no… —Fue contundente y lo miró con dureza.

—Lo siento, no fue mi intención… Tienes razón, puedes sacar tus conclusiones, pero te he dicho toda la verdad… Aun te quiero, mi gitana; en todo este tiempo, no he podido desterrarte de mi alma, no he dejado de amarte y sé que tú también sientes algo por mí, sé que no te soy indiferente… Pude sentir tus temblores, tus miradas; todas esas sensaciones que nos recorren, me hacen saber que lo nuestro no está perdido… Haré lo que tenga que hacer para recuperarte… —hablaba con la voz temblorosa, pero más decidido que nunca. Era una seguridad que lo impulsaba a expresarse de esa manera.

Samira luchaba fieramente para no echarse a llorar, le esquivó la mirada y se puso los zapatos deportivos con rapidez.

—Solo quiero irme y lo haré aunque tenga que apartarte de mi camino. —Con rabia tiró de la etiqueta de la ropa interior que le salía por un lado de las caderas.

Renato solo se hizo a un lado, seguido de un ademán, permitiendo que se marchara.

Samira caminó rauda, ni siquiera recordó buscar en el baño la ropa que se había quitado, porque estaba desesperada por alejarse de Renato.

—No me iré de tu vida. —Él le avisó, justo cuando ella abría la puerta—, dajaré mi pellejo en el intento, pero juro que voy a reconquistarte, Samira.

De haber podido, ella habría dado un portazo, pero la puerta tenía un sistema de cierre lento, que le impedía descargar su furia. Ya en el ascensor, soltó el aliento contenido y empezó a sentirse tan débil, que tuvo que apoyarse en una de las paredes del elevador, o hubiese terminado ahí, desmayada.

La cabeza le daba vueltas, las palabras de Renato giraban atormentándola y se llevó una mano a la boca, para sofocar un gran sollozo.

En la entrada del hotel, un botones le ayudó a conseguir un taxi; si no fuera porque aún seguía cayendo una ligera llovizna, habría caminado, necesitaba algo que despejara su mente. Y sentada en el asiento trasero del coche, buscó su móvil, como era de esperar, tenía un par de llamadas perdidas de Julio César, además de cinco mensajes. En todos preguntaba si estaba bien y le expresaba su preocupación.

No dudó en responder, no hacerlo sería una gran desconsideración.

Hola, cariño, estoy bien… Solo que ahora no estoy emocionalmente preparada para contarte todo. Quizá más tarde.

Te quiero.

No pasó ni un minuto para que le respondiera.

Si quieres, puedo ir a acompañarte, ¿quieres que pase la noche contigo? No tienes que

contarme nada, si no estás preparada, pero puedo abrazarte y estar en silencio.

Se le escaparon unas lágrimas silenciosas, pero enseguida se limpió con disimulo, para que el taxista no la viera. Sabía que estar sola en su apartamento solo acrecentaría su tormento.

Está bien, solo si Amaury no se molesta porque te quedes conmigo.

No seas tonta, sabes muy bien que mi bebé jamás se molestaría por eso. En una hora estoy contigo.

Samira sonrió a través de las lágrimas, la conmovía lo incondicional que siempre había sido con ella.

Al llegar a su apartamento, se fue directa a la ducha, mientras se debatía entre querer seguir manteniendo el olor de Renato en su piel o usar el agua lo suficientemente caliente, como para que no quedaran rastros de sus besos y caricias.

Terminó ganando la conciencia y no las emociones, aunque bajo la alcachofa, revivió los momentos vividos en la habitación de ese hotel. El estómago se le encogía y la piel se le erizaba con la imagen de Renato en su cabeza, le dolió tener la certeza de que todos esos años le habían servido para tener un mejor desempeño sexual, la forma en que le hizo el amor no tenía comparación con ese hombre de veintitrés años al que se entregó por primera vez. Era evidente que, al igual que ella, desahogó las ganas en otros cuerpos.

Terminó de ducharse y se puso un pijama, se secó un poco el cabello y se fue a la cocina; se vio tentada a hacerse de un tarro de helado, pero no podía atascarse con eso, cada vez que se sintiera emocionalmente inestable.

Se preparó un capuchino vainilla extragrande, estuvo a punto de ponerle crema chantillí, pero también desistió de eso. Se fue con el café a la sala y se acurrucó en el sofá. Intentaba dejar de pensar en las palabras de Renato, pero no hacían más que resonar en su cabeza y; entonces, los latidos de su corazón se hacían contundentes.

Quería creerle, pero no podía; algo en ella no le permitía caer tan fácil ante explicaciones que no la convencieron. Sí, se sorprendió al saber que él padecía de ansiedad y depresión, era un tema muy delicado y; por ciertas actitudes que él había tenido cuando estuvieron juntos, sabía que era cierto; aún así, que no le hubiese confiado lo de Lara, no tenía justificación alguna; no, no la tenía.

Antes de que se pusiera a llorar, una vez más, escuchó el sonido electrónico de la puerta. Sabía que era Julio César, entonces, una mezcla de alivio y nostalgia la invadió. No quería que él la viera sufrir, por eso inhaló y exhaló, para calmarse; se levantó para ir a recibirlo y, en cuanto lo vio, se echó a sus brazos. Le rodeó el cuello y él la cintura.

—Gracias por venir, sé que debes estar agotado por la cena… ¿Qué dijeron las chicas? —preguntó, al tiempo que se alejaba y lo miraba a los ojos, pudo notar en su mirada café, que se compadecía de ella, por las evidentes huellas de sufrimiento en sus facciones.

—No, no estoy para nada cansado, la pasamos muy bien… No te preocupes por las chicas, dijeron que te escribirían al grupo… Hicieron planes para ir mañana a la casa de Doménica. —Extendió ante ella una bolsa de papel—. Te traje postre —dijo con una gran sonrisa.

—¿Qué es? —De manera automática, el ánimo de Samira mejoró un poco. Es que las penas se llevaban mejor con un poco de dulce.

—Crema catalana —respondió con una sonrisa.

A pesar de que había tenido un poco de fuerza de voluntad, para no atiborrarse de helado,

ante una crema catalana, no podía resistirse.

—¡Gracias! Me encanta.

—Lo sé —asintió con énfasis.

Samira fue a la cocina, por una cuchara y; cuando regresó, ya Julio César estaba sentado en el sofá.

—¿Dejó de llover? —preguntó Samira, sentándose con las piernas cruzadas, en forma de meditación, al lado de su amigo.

—Sí… —Él quería abordar el tema de Renato, pero le había prometido que le haría compañía, sin hacer preguntas. Lo menos que deseaba era agobiarla—. Hace un rato.

—Esto está muy rico —gimió Samira, tras haber comido un par de cucharadas—. De verdad, muy rico… ¿Fueron todos? —preguntó, refiriéndose a los invitados.

—Sí, no pensé que iría tanta gente... Por cierto, Romina y Víctor, te mandaron saludos, que esperan verte el sábado.

—Por nada del mundo faltaré al cumpleaños de Romina… ¿Me puedes acompañar por la mañana, a comprar el vestido que usaré?

—Pero tiene que ser temprano, porque recuerda que a las dos tenemos reunión con el contador.

—Ay sí, lo había olvidado. —Se relamió los labios, saboreando el último bocado del postre. Dejó sobre la mesa de centro el envase y la cuchara—. Perdóname por no darte suficiente apoyo en Saudade… Prometo que, en cuanto termine con todos los compromisos del acto de grado, estaré más atenta y podrás tomarte unos días de descanso.

—Tienes muchas ocupaciones, Samira, creo que va siendo hora de que busques a alguien que te ayude con tu parte de la administración… Sé que después del acto de grado, debes dedicarle más tiempo al MIR, sabes que eso es más importante que cualquier otra cosa.

—Pero las clases son en línea, no tengo problemas con hacerlas en el café.

—Sé que puedes hacerlo, pero sería bueno que, después del acto de grado, te tomes un descanso… ¿No crees que te mereces unas vacaciones, después de seis años de tanto estudio? Vete a Santorini, pasa un mes en la costa Amalfitana, también puede ser la Riviera francesa; incluso, Ibiza es una buena opción… Aprovecha el verano.

—Lo dices como si hubiese vivido esclavizada, siempre aprovecho el verano… Ya hemos ido a todos esos lugares. —Le recordó, mostrando una sonrisa condescendiente.

—Un fin de semana…, cuando mucho, una semana, eso no son vacaciones, solo hemos ido por conocer, pero bien sabes que nunca ha sido suficiente. Necesitas quedarte más tiempo y relajarte, desconectarte de tantas preocupaciones; creo que es la mejor manera de recompensarte por tanto esfuerzo.

—No sé, lo pensaré, pero después, ahora solo quiero concentrarme en el acto de grado y en la reunión con el contador… —soltó un gran suspiro y luego se quedó en silencio.

Este estiró los brazos y la refugió contra su pecho. Samira le rodeó la cintura y cerró fuertemente los ojos, para contener las lágrimas; el beso que su amigo le dejó en el pelo, fue como un bálsamo, pero también derribó sus barreras.

»Aun lo amo… —chilló con la voz ahogada por las lágrimas que hacían remolinos en su garganta—. Creo que, incluso, mucho más…, mucho más. —Apretó más los brazos entorno a su cintura—. Me siento tan estúpida… y es porque lo soy…, lo soy…

—No, cariño, no lo eres… Es normal que, al verlo, renacieran todas esas emociones. Es lo que pasa cuando una relación termina cuando todavía se ama, ese amor queda suspendido en el tiempo.

CAPÍTULO 44

Samira movió la cabeza afirmativamente, pues ahora tenía la certeza de que así era, porque se sentía como si los años no hubiesen pasado. Estaba demasiado vulnerable, sus sentimientos eran un caos que aniquilaban toda su fuerza de voluntad y solo querían empujarla hacia Renato.

—No sé qué hacer… Mi corazón quiere perdonarlo, pero mi orgullo me pide que no me doblegue…

—Hay un dicho que dice: «Nos rompemos como el cristal o nos forjamos como el hierro» —citó, conteniendo a su amiga, que sabía estaba dando todo de sí, para no echarse a llorar—. Y es porque no es tan fácil elegir, la mente nos pide no rendirnos, no ceder a nuestras debilidades emocionales, pero el corazón quiere seguir latiendo… Quiere sentir esas palpitaciones furiosas, que solo nos despierta esa persona especial… Y, por lo que dices, el carioca sigue siendo ese que te vuelve el mundo de cabeza.

—Es más que eso, me lo destruye…, no deja para nadie. ¡Ay, no sé qué hacer, Julio!… Lo quiero tanto y ahora está mucho más guapo, muchísimo más.

—No sé si decirte que hagas lo que dicta tu corazón, porque quizá no sea lo más conveniente.

—Tampoco lo creo, porque mi corazón me grita en cada latido que corra hacia Renato Medeiros.

—Pero dime que, por lo menos, aclararon las cosas, porque tuvieron tiempo suficiente, como para no quedarse con dudas… ¿Le exigiste todas las explicaciones que en su tiempo no pudiste?

Samira sentía que debía ser sincera y no contarle las cosas parcialmente, o él no podría aconsejarla de la forma correcta. Así que, se apartó del abrazo, para poder mirarlo a la cara.

—Sí, conversamos… Me dijo que Lara nunca fue en realidad su novia, solo era una modelo que ofrecía entretenimiento para adultos, en una página web… —Mientras hablaba, la boca y los ojos de Julio César se abrieron de manera desmesurada.

—¿Y le creíste?

—¿Por qué tendría que mentir? En realidad, no hace mucha diferencia…

—Entonces, es de ese tipo obsesivo con el porno… Y a mí que me pareció bastante tímido… —soltó una risita incrédula.

—Lo es, no solo tímido, también sufre de ansiedad, depresión y fobia social; por eso empezó a interactuar con las modelos en la web, porque, personalmente, es bastante introvertido. —Samira pudo notar en su expresión, que sabía que Renato era un coctel bastante peligroso para sí mismo, pero ella, que había pasado el tiempo suficiente en su compañía, estaba segura de que era el hombre más adorable que pudiera existir; así que se apresuró a calmar sus miedos—. Lo tiene controlado, desde hace muchos años ve a un terapeuta…

—¿Y es cierto? —dudaba, no quería que Samira creyera en excusas que la llevaran a perdonarlo y después terminara sufriendo mucho más.

—Sí, noté algunas señales… Después de haber estudiado lo más básico de la psicología, puedo asegurarte que sí… Por lo menos, tengo claro que sufre de ansiedad. También, en algún momento, lo escuché hablando con su terapeuta y lo conocí por fotos, solo que él nunca me lo confirmó, le avergonzaba confesarme sobre sus trastornos…

—Debió ser sincero contigo, pero entiendo que es un tema bastante delicado. —Julio César suspiró. Estaba claro que, en los ojos oliva de Samira, brillaba el autoconvencimiento.

—Sí que lo es, la mayoría no lo dice por temor a ser minimizados o considerados

dramáticos…

—Entonces, lo sigues amando, sabes que padece esos trastornos, que son suficientes para justificar su engaño; además de que la rusa solo era una dama de compañía… ¿Quiere decir que volverás con él? —Se aventuró a preguntar con cautela.

—No lo sé… —Volvió a esconder la cara en el pecho de Julio César—. Es que no es tan sencillo, ha pasado tanto tiempo. Quizá ha cambiado y ya no es ese hombre del que me enamoré, y me aterroriza descubrir que no sea el mismo Renato que me rescató de ser atrapada por mi padre, que me obligaba a cumplir con mi deber gitano… Además, no es tan fácil perdonarlo… ¡Me mintió! ¡Me ocultó cosas demasiado importantes! Jamás podré volver a confiar ciegamente en él… La confianza es uno de los eslabones más importantes con los que se construye una relación y él lo destruyó.

—Samira, entiendo que esperes de una relación total sinceridad y que no haya secretos, pero, cariño, eso no es así… En toda relación, tanto de pareja como familiar, existen secretos; por supuesto, unos más graves que otros…

—Pero yo fui transparente con él, le conté todo de mí… —protestó, sonrojada.

—Samira, si no recuerdo mal, me contaste que le ocultaste que seguías en contacto con Adonay…

—Pero…, pero eso es distinto.

—¿Por qué lo piensas?

—Porque lo es, Adonay no solo era mi prometido, también es mi primo, es mi familia… ¿Acaso esperaba que no le hablara nunca más?

—No se trata de eso, quizá debiste decirle, sobre todo, cuando aún no tenían una relación amorosa… ¿Qué fue lo que te llevó a no querer contarle? —La enfrentó, quería que se diera cuenta de que ella también había cometido errores.

Samira se quedó pensativa, no sabía si ser sincera, pero justo estaban hablando de la confianza; entonces, era mejor no mentir.

—Por miedo, no le dije nada por miedo… Temía que se molestara o que pensara que sentía algo por Adonay, algo más allá del cariño fraternal; sobre todo, porque anhelaba con todas mis fuerzas que se diera cuenta de que estaba locamente enamorada de él —suspiró, debilitada.

—Y eso no ha cambiado, según tus propias palabras, «aún lo amas»; entonces, ¿por qué no darte o darle una oportunidad?… Tal vez, es lo que necesites, ya sea para quedarte con él o para terminar dándote cuenta de que ya no lo amas… Haz tenido otras experiencias, han pasado siete años… ¡Vamos! Que quizá ya no sean tan compatibles, a lo mejor, ya ni el sexo sea tan extraordinario con él, como te lo parecía cuando tenías dieciocho… Quizá así se te haga más fácil desenamorarte…

—¡Es aún más extraordinario!… —La voz le salió más aguda de lo que hubiese deseado. Todavía por su cuerpo recorría el cosquilleo de la excitación que despertaba recordar lo vívido hacía unas horas—. Toqué el fuego, sin siquiera preguntarme si la llama terminaría incinerándome.

La perspicacia formaba parte de su esencia, Julio César la sujetó por los hombros y la alejó, para mirarla a los ojos. Ver el rostro furiosamente sonrojado de Samira, le dio la certeza que buscaba.

—Ya veo que no solo hablaron. —La picardía vibraba en su voz. Ella negó con la cabeza y se apartó, para mirarlo a los ojos—. ¿Tan bueno fue? —curioseó con media sonrisa.

Ella asintió y sus mejillas se tiñeron ligeramente de carmín.

—No sé si es que mis sentimientos me traicionan y hacen que todo lo referente a él, parezca

magnífico, pero ¡Dios! Cuando me mira o me toca, pierdo el control, y sé que no es propio de mí…

—¡¿Qué no es propio de ti?! —intervino Julio César, con ternura—. Chica, que ese hombre te alborote las hormonas, al punto de aniquilar tu parte racional, es normal. Renato Medeiros te gusta demasiado, significó demasiado para ti, como para ignorar todo lo que te hace sentir… Es imposible caer, cuando se está frente a quien de verdad te gusta… ¿Lo pasaste bien?

—Sí, muy bien, pero…

—Pero nada, lo disfrutaste, eso es lo que importa… ¿Estás arrepentida?

—No, estoy aterrada, no quiero volver a sufrir. Lo pasé muy mal cuando nos separamos, de verdad, muy mal. Por eso no estoy segura de volver con él, aunque el corazón me lo pida a gritos…

—¿Y saber que sufre de esos trastornos no te asusta un poco? He escuchado que siempre pueden recaer… —habló con la mayor cautela posible. No quería que Samira pensara que lo juzgaba, solo que le preocupaba que eso terminara arrastrándola a una vida de sufrimiento.

—La verdad, es lo que menos me importa. Lo conozco, sé que puede sobrellevarlo… Y si pierdo mi miedo y regreso con él, estaré siempre para apoyarlo… Jamás lo rechazaría por su ansiedad o depresión, a fin de cuentas, lo que necesita es alguien que le dé amor y seguridad…

—Bueno, cariño, la vida es una y muy cortita; creo que no tiene sentido sufrir por miedo a lo que pueda pasar. Está claro que todo se debió a un malentendido, por eso es tan importante la comunicación entre las parejas… —Le dio un suave pellizco en el brazo, a modo de reproche—. Debiste enfrentarlo en el momento exacto en que viste aquellos mensajes, no dejarle a tu cabeza que ideara mil y una historia con la rusa, mucho menos permitir que los temores que te inculcaron las mujeres de tu familia, tomaran tanta fuerza, porque tú misma estabas restándote valor al pensar que, un hombre no gitano, solo podría quererte para tener sexo y nada más…

—Lo sé, lo sé… Pero siempre he sido un poco cobarde, puede que muchas veces demuestre que soy fuerte, que no le tengo miedo a los retos y que luche con uñas y dientes por lo que quiero; pero, en su mayoría, solo se trata de una máscara, porque de verdad estoy muerta de miedo, solo que avanzo por inercia, es como si fuese el mismo miedo el que me empuja…

—Pues, entonces, deja que el miedo te arraste, una vez más, a los perfectos brazos de tu dios carioca —interrumpió con una risita.

—¡Ay, Julio!…

—Es lo que quieres, Samira. Y si te vuelve a hacer daño, lo mato con mis propias manos… —dijo muy serio, pero luego sonrió—. Bueno, contrato a un profesional, ya sabes que para la violencia soy muy cobarde.

Samira sonrió ampliamente y lo abrazó.

—Gracias, sé que cuento contigo… Pero no es una decisión que pueda tomar en este momento, ahora mis emociones están demasiado alteradas; necesito pensar y pensar mucho. Porque no se trata de solo perdonarlo y ya…, son muchas cosas, él tiene su vida en Río y yo…

—Tú ya terminaste la carrera, puedes volver a Río…

—Julio, te recuerdo que estoy preparándome para presentar el MIR, necesito la especialidad… Sí, lo que más deseo es volver a Río, pero mi vida por ahora está aquí, en Madrid.

—Y por los próximos cinco años que dure la especialidad.

Samira se encogió de hombros y bajó la mirada, porque no tenía opciones.

—Es mi vocación, mi compromiso, por lo que me despierto todos los días. Y estoy segura de que ni Renato ni nadie, hará que desista de eso…

—Lo sé, solo que pensé que podrías hacer la especialidad en Brasil, después de todo, tu

sueño siempre ha sido ayudar, a través de la salud, a los niños de tu comunidad.

—Y lo sigue siendo, pero en este momento, regresar a Brasil, para la especialidad, es perder tiempo…

—¿Por lo menos has investigado cómo es el proceso allá?

—¡No! Julio, hasta hace unas horas, mi vida estaba milimétricamente planeada… No estimaba regresar, hasta tener mi especialidad, y ahora tengo que pensar si existe la posibilidad de desviar el rumbo… ¿Ves? Renato me desestabiliza todo… ¿Por qué tendría que renunciar a mis sueños, solo por estar con él? —resopló y se frotó la cara con las manos, en un movimiento enérgico.

—Porque estar con él, también es uno de tus sueños… No te hagas la tonta.

—Me conoces demasiado bien —gimió—, ¿por qué todo tiene que ser tan difícil? No quiero desistir de mi carrera, solo por el amor de un hombre.

—Ese hombre es al que amas… Estoy más que seguro, porque con Ismael, jamás surgió siquiera la duda. Además, no tienes que desistir, solo reajustar los tiempos y el lugar. No creo que Renato quiera que renuncies a tu vocación; por lo menos, es lo que me has dado a entender, las veces que hemos hablado de él y de cómo te apoyó, para que pudieras estudiar.

—No, él jamás permitiría que haga a un lado mi carrera, no el Renato que recuerdo; aunque, esta tarde, cuando le dije que estaba a pocos días de mi acto de grado, pude notar que genuinamente se había emocionado, sus felicitaciones fueron sinceras.

—Y, cuéntame, ¿cómo fue ese encuentro? —Se interesó, al tiempo que se levantaba—. Pero primero déjame ir a la despensa, necesito algo para escuchar todo. —Salió corriendo hacia la cocina.

Samira sonreía, hablar con su amigo siempre era bálsamo para el alma, a pesar de que seguía un tanto asustada por las decisiones que tendría que enfrentar.

Julio César regresó con un tazón lleno de Cheetos y Doritos, se sentó en el sofá y fue Samira la primera en comerse un Cheeto, preparándose para contarle todo sobre ese recuentro con Renato, que la dejó hecha cenizas.

.

CAPÍTULO 45

Samira ya se sentía bastante mal por no haber asistido a la cena de celebración con sus amigos y familiares. Por lo que, no pudo rechazar la invitación a la casa de Doménica; además, necesitaba distraerse y reforzar lazos con sus dos amigas que habían sido tan incondicional con ella.

Durante el tiempo que llevaba estudiando, había conocido a incontables personas, muchos compañeros de clases, pero Doménica y Raissa eran las únicas que habían estado a su lado y con las que creó un lazo de responsabilidad y complicidad inigualable.

Sabía que en la casa de Doménica no corría el riesgo de volver a encontrarse con Renato, ese era un miedo que latía constante ella; algo muy distinto, si la reunión hubiese sido en la casa de Raissa, donde sí existía la posibilidad de que se cruzara con él, una vez más.

Solo esperaba que Renato se hubiese marchado y que no fuese tan obstinado, como para quedarse y hacer lo que le advirtió, antes de salir de la habitación del hotel.

Después de pensarlo mucho, sabía que lo mejor era olvidar el pasado y seguir adelante, por mucho que le doliera.

Aunque no podía mentirse a sí misma, una pequeña parte de su ser, deseaba que Renato cumpliera esa promesa, que demostrara si de verdad estaba dispuesto a reconquistarla. Bueno, volver a enamorarla sería una falacia, puesto que estaba enamorada de él hasta la médula, solo que su orgullo gitano no la abandonaba del todo.

Fue recibida en medio de esa calidez que caracterizaba a la familia italiana. Doménica era la segunda hija de cinco hermanos, su hermano mayor, vivía en Milán, donde administraba la famosa galería comercial Vittorio Emanuele II.

Después de ella, estaba Carlotta, una adolescente de catorce años, con la que discutía todo el tiempo, porque tomaba sin su permiso su maquillaje y algunas de sus prendas de vestir. Le seguían, Guido y Nadine, de once y ocho años.

El olor a salsa de tomate y albahaca fresca podía sentirse mucho antes de llegar a la cocina, a donde la conducía Doménica, para que saludara a su nonna.

Ahí estaba la anciana, amasando la harina de la pasta que haría. A pesar de contar con tres cocineras, la mujer no dejaba en manos de nadie más la creación de ciertas comidas; sin importar que su hijo, en muchas oportunidades, le había pedido que no lo hiciera, era demasiado terca.

Recibió a Samira con un fuerte abrazo y un sonoro beso en cada mejilla, luego se explayó al explicarle la receta que estaba preparando. Cada vez que Samira tenía la oportunidad de hablar con Greta, se le hacía un nudo en la garganta y los ojos se le llenaban de lágrimas, porque le recordaba demasiado a su abuela.

—Nonna, Samira no vino a aprenderse tus recetas… —La interrumpió Doménica, pues llevaba media hora reteniendo a Samira—. Tenemos que ir a cambiarnos…

—No importa, puedo escuchar un poco más —dijo Samira, observando cómo Greta amasaba con sus vetustas manos.

—No, no… Regresamos al rato, nonna. —Doménica le dio un beso en el pómulo derecho. Sabía que, su amiga, por vergüenza, no rechazaría las conversas de su parlanchina abuela.

—Sí, ve tranquila, piccola… Ya pido que les lleven a la piscina Aperol Spritz.

—Gracias, Greta —dijo Samira y también le dio un beso en la mejilla.

Doménica y ella se encaminaron hacia el área de la piscina y entraron a la cabaña de

invitados, donde ambas podrían cambiarse.

Samira se quitó el vestido blanco estampado con limones sicilianos y se puso un bikini rojo. Cuando salieron a las tumbonas, ya tenían en una de las mesas de centro un par de copas con la refrescante bebida colorada, decoradas con rodajas de toronja.

Doménica se decidió por un traje de baño blanco, que hacía un contraste hermoso con su piel bronceada y su abundante cabello castaño rizado.

Conversaban de cosas triviales mientras se aplicaban el bloqueador solar.

—Nos toca hacer el primer brindis sin Raissa —dijo Doménica, una vez que dejó el bloqueador en la mesa y sujetó su copa.

—¿No te parece mejor esperarla? —preguntó Samira, ya ubicada en la tumbona. El sol estaba bastante fuerte, por lo que, flexionó las piernas, para refugiarlas bajo el parasol.

—No, cuando por fin llegue, hacemos otro brindis —dijo con una risita, al tiempo que levantaba la copa.

—Pero ¿te respondió al mensaje?

—Sí, dijo que llegaría en unos quince minutos, pero ya sabemos que, los quince minutos de ella, es mínimo una hora.

—Sí, tienes razón, no podemos confiarnos de la reina de la impuntualidad —sonrió Samira y se giró en la tumbona, para sentarse de medio lado, y tomó su copa.

—¿Por qué brindamos?

—Porque falta menos para recibir nuestros títulos. —Los ojos de Samira brillaron con intensidad y el pecho le latió fuerte de pura dicha.

—¡Por un día menos! —exclamó Doménica, al tiempo que chocaba su copa con la de su compañera. Luego de dar el primer trago, su mirada captó una mancha violácea en la parte interna del muslo de Samira, estaba justo un poco debajo de la ingle—. ¿Y eso? ¿Te golpeaste con algo? —preguntó, señalando el moretón.

Samira casi escupió el trago de aperol, pero logró pasarlo, no sin las secuelas de un poco de tos. Luego miró donde señalaba su amiga; sin duda, Doménica tenía vista de águila, porque ella no se había percatado de ese chupón que Renato le dejó.

—Sí, fue ayer… —pensó inventar algún incidente, pero no se le ocurrió nada.

—Ponte un poco de hielo. —Sacó un cubo de su bebida y se lo pasó.

—Gr-gracias —tartamudeó Samira, pero en cuanto recibió el cubito, se le escapó de los dedos.

Doménica soltó una carcajada y sacó otro.

—No lo dejes caer…

Samira apenas tuvo tiempo se sujetarlo, cuando su amiga chilló emocionada y corrió a recibir a su novio, que acababa de llegar.

Se dieron un apasionado beso, luego regresaron cogidos de la mano hasta donde estaba Samira.

Levi, con su español que apenas estaba intentando dominar, saludó a Samira. Él llevaba poco más de cinco meses de noviazgo con Doménica, llegó a España desde Suiza, por un intercambio laboral, solo por un año, pero había decidido que no regresaría a su país, porque había encontrado una razón demasiado poderosa para quedarse.

Se habían conocido en el hospital donde Doménica hacía sus prácticas, él llegó con una infección estomacal, que le causó una gran deshidratación. A ella le tocó ponerle el catéter, para poder hidratarlo con sueros intravenosos, pero eran tantos sus nervios que, a pesar de las visibles venas del suizo, tuvo que pincharlo unas cuatro veces. Él le pidió el número de teléfono y desde

la primera cita se hicieron novios.

Se sentó en la misma tumbona que su novia, quien se sentó entre sus piernas y pegó la espalda su pecho; él le envolvió la cintura con los brazos. Mientras conversaban, Samira cruzó las piernas, para que Levi, no viera el moretón.

Desde ahí pudieron escuchar la algarabía con la que Raissa saludaba a todos. Sabían que, si por ella fuera, se quedaba en la cocina, parloteando y haciéndole bromas a Greta.

—Iré a buscarla —dijo Samira, poniéndose de pies, con la intención de darle un momento de privacidad a los enamorados. Aunque a ellos poco les importaba darse muestras de afecto delante de los demás.

—Por favor o se ganará una colleja de la nonna —dijo Doménica.

Samira sonrió y caminó bordeando la piscina, para llegar al otro lado, donde estaba la puerta doble que daba a la cocina. Sabía que Doménica tenía razón, si no intervenía, Raissa terminaría ganándose un buen derechazo de Greta. Sin embargo, la sonrisa se le congeló y el corazón se le saltó un latido al toparse de frente con Renato.

Verlo era como si le apretara el estómago con un puño y, con la otra mano, la sujetara por el cuello, porque le costaba un mundo respirar. Pero él no hacía más que dedicarle una sonrisa taimada y una mirada de pupilas dilatadas. A pesar de su turbación, no pasó desapercibido para ella, la forma en que la miró desde los pies a la cabeza, ese gesto le calentó la piel y; entonces, se sintió desnuda, a pesar de llevar el bikini.

—¿Q-q-qué haces aquí? —preguntó con la voz estrangulada y el pecho agitado.

Renato estaba fascinado de verla con algo tan diminuto; eso definitivamente, no lo habría hecho cuando tenía dieciocho años, porque estaba demasiado arraigada a las reglas de su cultura. Le sorprendía gratamente ver que se había desprendido de algunos prejuicios sobre sí misma y que se mostraba sin pudor, como debía ser, porque era hermosa; ahora mucho más. Si hubiera tenido la oportunidad de conocerla en ese instante, no tenía dudas, lo habría flechado.

No le dio tiempo de responder, porque en ese instante, tras él, apareció Raissa, junto a su novio Osvaldo, su primo Bruno y Vera.

—¡Sami! —Raissa corrió hacia la gitana, atrapándola en un abrazo y le dio un sonoro beso en la mejilla, característico de ese explosivo carácter que tenía—. Me alegra tanto verte, ¿ya estás mejor? —Le preguntó, apartándose para mirarla a los ojos.

—Sí, mucho mejor… Un Allegra, té y varias horas de sueño, era todo lo que necesitaba —dijo, obligándose a sonreír y a desviar la mirada de Renato.

Julio César les había dicho que; al parecer, había tenido un brote alérgico.

—No sabes de lo que te perdiste, la pasamos muy bien…

—Lo siento —respondió con la mirada esquiva—. Sabes que no me perdonaré no haber asistido.

—Bueno, no te preocupes, ya tendremos la oportunidad de hacer muchas más celebraciones... —Su sonrisa se hizo más amplia, al tiempo que se hacía a un lado y señalaba al hombre a su lado—. Por cierto, te presento a Renato Medeiros, es el mejor amigo de Bruno, mi primo… Vino desde Brasil, pensé que ayer podrían conocerse, pero resulta que él tampoco pudo asistir; así que, lo invité hoy, para que te conozca a ti y a Do.

—Hola, es un placer… —Renato se acercó y le plantó un beso en una mejilla, pero antes de que pudiera darle el otro, ella se alejó.

—No voy a fingir, Renato, odio las mentiras —deglutió con fuerza, por la crudeza de sus palabras, mientras lo miraba a los ojos—. Ya nos conocemos.

Ante esas palabras, se escuchó una exclamación colectiva.

Bruno buscó la mirada de Renato, pero él estaba con los ojos fijos en Samira.

—¿Se conocen…? —Raissa sonrió, confundida.

—Nos conocimos hace unos ocho años, pero hacía mucho tiempo que no nos veíamos...

—Bueno, podemos empezar de cero, como si en realidad apenas nos estuviésemos conociendo —alegó Renato, bastante nervioso. No esperaba que Samira lo expusiera de esa manera.

—¿Olvidar el pasado? No, no soy buena con eso… —Desvió su atención al otro brasileño—. Hola, Bruno.

—Hola, Samira… —titubeó con su mirada confundida, yendo de la gitana a su amigo—. Un placer volver a verte, te presento a mi esposa.

—Un placer, Vera —saludó acercándose y le plantó un beso en cada mejilla.

—Encantada de conocerte, Vera —correspondió al saludo de la carioca.

La tensión en el ambiente era palpable y las miradas de desconcierto no paraban de intercambiarse entre los presentes, quienes no conocían la historia entre Renato y Samira; aunque, era evidente que las cosas no habían terminado bien entre ellos o era lo que demostraba la gitana.

—Vamos a pasarlo bien… —intervino Raissa, al tiempo que le cogía la mano a Osvaldo—. Renato, ven, tienes que conocer a Doménica y a su novio, Levi. —Ella estaba emocionada con presentarlo, ya que había hecho una pausa en sus vacaciones, para poder estar presente en su acto de grado.

Al principio, Osvaldo se mostró un tanto celoso, pues no comprendía la amistad entre ellos, tuvo que explicarle que era una relación antigua, porque su familia materna era muy amiga de la de Renato, y a él lo consideraba un primo más.

Doménica se levantó, para recibirlos, pero fue directa hasta el desconocido.

—¡Hola! Tú debes ser Renato —adivinó con una afable sonrisa. Al resto los vio el día anterior.

—Así es, es un placer, gracias por recibirme en tu casa —dijo, ofreciéndole la mano. Que invadieran su espacio personal, seguía siendo bastante incómodo, todo le molestaba, excepto la proximidad de Samira.

—Gracias por venir, ayer esperamos por ti y por Sami. —Desvió la mirada hacia la gitana—. Fueron los únicos que no llegaron… ¿Ya se conocieron?

—Sí, ya —masculló Samira y fue a sentarse en la tumbona.

—Seguro se llevarán muy bien… También eres de Río…, ¿cierto? —inquirió, mirando a Renato y luego a su amiga.

—De hecho, ya nos conocíamos. —Esta vez fue Renato, quien decidió dejar en evidencia su pasado con Samira—. Aunque, lo menos que esperaba era volver a verla en Madrid...

—¡Vaya! Entonces, ha sido un reencuentro fortuito. ¿Eran amigos o solo conocidos? —interrogó, picada por la curiosidad.

—Amigos —intervino Samira, aunque la pregunta no había sido para ella.

—Fuimos novios —aclaró Renato, mirando a los ojos de Samira, en los que se vio reflejada la sorpresa. No era hombre de exponer su vida privada ante extraños, pero no iba a dejar que ella siguiera minimizando lo que hubo entre ellos, porque era lo mejor que hasta el momento a él le había pasado.

—Por muy poco tiempo —dijo Samira con voz chillona, por el nudo que se le formó en la garganta.

—Lamentablemente.

—¿Y por qué terminaron? Si se puede saber…

—No, no se puede —interrumpió Raissa, que, aunque también estaba sorprendida por la bomba que Renato acababa de lanzar, debía respetar su intimidad y la de su amiga. Era evidente que no habían terminado en buenos términos; ya después podría interrogar a Samira, pero, por el momento, era mejor no contribuir con la creciente tensión—. No seas entrometida —dijo y se volvió hacia Renato—. Te presento a Levi, novio de Doménica.

Renato y Levi se dieron un apretón de manos, Doménica los invitó a ubicarse en el lugar que desearan y; segundos después, llegaron un par de sirvientes, para ofrecerles bebidas alcohólicas y refrescantes.

Renato eligió una de las sillas del comedor, algo alejado de Samira, pero no fuera de su alcance visual; en la misma mesa, se sentaron Bruno y Vera.

Su amigo lo miraba muy seguido, con la curiosidad fijada en sus pupilas. No era necesario que le diera explicaciones; aun así, pensaba hacerlo en el momento indicado.

—Gracias. —Le dijo al joven que dejó frente a él, una limonada.

En los siguientes minutos, varias veces, su mirada se encontró con la de Samira, quien de inmediato la esquivaba y trataba de mantener la atención en Raissa y Doménica.

—¿Aún no sabes qué fue lo que te hizo mal? —preguntó Raissa, ahondando en la razón por la cual Samira no asistió.

—No, la verdad no tengo ni idea.

—Seguro fue algo que comiste… ¿Fuiste a desayunar con Mirko? —Se interesó Doménica, en voz baja; pues, tenía muy presente que, a menos de dos metros, estaba el ex de Samira. Y aunque se moría porque le contara toda la historia, debía ser prudente.

—No, por la mañana fui al gimnasio y luego fui a la peluquería, creo que solo me excedí con el café. —Trataba de mantener la mentira que inventó Julio César, para poder justificar su ausencia.

—Sami, tienes muy buenos gustos —susurró Doménica, cómplice, echándole un vistazo a Renato—. Primero Ismael, que se partía de bueno, Mirko… Oh, Mirko, con su bronceado mediterráneo… Y ahora nos enteramos del brasileño…

—¡Do! No hablemos de eso, por favor… —intervino Raissa, al notar la incomodidad en Samira—. Además, es muy maleducado de nuestra parte, hablar en murmullos y no hacer partícipe a los demás. —Se giró hacia los presentes—. Chicos, ¿les parece si esta noche vamos a cenar en Saudade? ¿Qué dices, Sami? ¿La casa invita?

Raissa había puesto a Samira en un gran aprieto, pero lo hizo de una forma tan encantadora, incluyendo un guiño, que no pudo negarse. Aunque eso siguiera obligándola a tener que compartir con Renato, algo que le tenía los nervios destrozados.

—¿Qué es Saudade? —curioseó Renato, porque estaba seguro de que algo tenía que ver con Samira, quizá era el lugar donde trabajaba.

—Es nuestro lugar favorito en toda la ciudad… —exageró Doménica, con sus ademanes italianos. Poco le importó que su amiga se sonrojara hasta el pelo—. Es el café de Samira y Julio César… Imagino que conoces a Julio.

Renato asintió, pero con la mirada en Samira. Estaba bastante confundido, había claras señales de que la vida de la chica que amaba dio un gran cambio. No era en absoluto la jovencita en apuros que luchaba por poder ahorrar para sus estudios; era evidente que ahora llevaba una vida mucho más ostentosa, incluso, su apariencia era un reflejo de eso, pero cómo había sucedido, era algo que lo tenía exageradamente intrigado.

—¿Tu amigo? —aprovechó esa pregunta, para poder dirigirse a ella.

—Sí, también es mi socio. —Samira pudo notar cómo a Renato lo atormentaban miles de interrogantes, pero no era momento para saciar su curiosidad.

—Hacen unos churros que te mueres, tanto, que la gente hace unas filas kilométricas —habló Doménica—. Pero como tenemos el privilegio de ser amigos de la dueña, nos dejará una mesa para esta noche. —Se acercó a Samira y le plantó un beso en la sien.

—Primero tengo que escribirle a Julio, para que nos la aparte… —dijo, sonriente, al tiempo que tomaba su móvil de la mesa.

Renato adoraba cada vez que sonreía, porque ese gesto la acercaba mucho más a la jovencita que le robó el corazón. No era que no le gustara la mujer en la que se había convertido, porque lo tenía aún más fascinado, solo que extrañaba tanto a su gitanita y se odiaba por haberse perdido los años en que poco a poco fue haciendo su metamorfosis.

Mientras ella hablaba por teléfono con Julio César, se obligó a mirar a otro lado, porque todos ahí se estaban dando cuenta de que seguía loco por ella. Fue entonces cuando se topó con la mirada de Bruno.

—Tendrás que contarme —murmuró, cómplice.

—En algún momento —deglutió y juraba que se había sonrojado.

Vera también le sonrió, entre cómplice y condescendiente, eso no hacía más que incomodarlo.

—Listo, tenemos una mesa para esta noche —dijo Samira, sin atreverse a mirar a Renato, aunque se moría por hacerlo, pero cada vez que se topaba con sus ojos cerúleos, despertaba cosquillas calientes en su piel, que tanto añoraba el roce de su barba.

Devolvió el móvil a la mesa, se hizo de la copa y le dio un sorbo al aperol, aprovechó para mirar por encima del borde de cristal, al único objeto de sus deseos y se complació con ese perfil que tantas veces admiró en silencio; como en ese entonces, su pobre corazón quería deshacerse en latidos.

—La piscina nos espera y vinimos aquí por ella —comentó Levi, al tiempo que se levantó y sorprendió a su novia al cargarla y correr con ella al borde de la piscina.

Doménica gritó emocionada y sorprendida, antes de que terminara sumergida en las cálidas aguas. Les siguieron Osvaldo y Raissa, quienes, tomados de las manos, se dieron un chapuzón.

—Sami, ven… ¡Chicos, vayan a cambiarse! —alentó Raissa a los demás.

—En un rato —respondió la gitana.

Sin embargo, en respuesta, sus amigas empezaron a salpicarla con agua, desde la piscina.

Samira gritó, asombrada; en venganza, se levantó y corrió hacia ellas, se lanzó hasta la parte más profunda, sumergiéndose; luego, emergió y se apoyó en los hombros de Doménica, para hundirla. Las risotadas de las tres no se hicieron esperar, contagiando a los demás.

A Renato le complacía ver a Samira feliz, relajada, realizada; por un momento, el antiguo miedo de pensar si era suficiente para ella, volvió a latir en su pecho. ¿Podría darle seguridad? ¿Podría complacerla de todas las maneras posibles? ¿Podría ser lo que ella necesitaba? Porque todo eso y más era Samira para él.

Era su chica perfecta.

La única que lo hacía sentir seguro.

La que le quitaba los miedos.

Ella era su armadura.

CAPÍTULO 46

Media hora después, todos estaban en la piscina, disfrutando del agua fresca y los juegos, excepto Renato; quien, a pesar de las invitaciones, prefirió seguir sentado, observando desde lejos todos los matices que en ese momento Samira podía ofrecerle; solo para darse cuenta de que, aunque casi no se creía estar ahí, adorándola con la mirada, seguía enamorado, tontamente enamorado.

Contuvo la respiración y los latidos se le detuvieron cuando la vio salir, su piel mojada y bronceada, su cuerpo esbelto y ahora más favorecido, gracias a los años y ejercicios, eran para él, la mayor tentación.

Se removió incómodo en la silla, al ser bombardeado por los recuerdos de lo vivido hacía menos de veinticuatro horas, cuando tuvo su cuerpo encima y debajo de él, tembloroso y transpirado, ese cuerpo agitado por la necesidad y tensado por el placer que él tuvo la fortuna de poder ofrecerle.

Las súplicas, los gemidos y jadeos de Samira, regresaron en forma de eco a sus oídos y despertaron en él, las ganas de repetir cada instante junto a ella.

La siguió con la mirada, incluso, hasta que se apoyó en la tumbona y se hizo de su móvil; no sabía si lo ignoraba para herirlo o porque, igual que él, evitaba dejarse arrastrar por la tentación.

Renato no pudo seguir sentado, odiaba actuar como un acosador, pero limar asperezas con ella, se había convertido en una necesidad; así que, se levantó y, sin pedir permiso, se sentó al borde de la misma tumbona, pudo sentir que se tensaba, después de todo, no podía esperar menos.

—Ahora nadas muy bien, ya no solo como perrito. —Decidió traer al presente esas cosas que antes los unieron tanto, quería que Samira recordara eso y que supiera que en todo ese tiempo no había olvidado absolutamente nada de ella.

—Tuve un buen instructor, debo admitirlo —respondió, desviando la mirada de la pantalla del móvil, para mirarlo a la cara, mientras intentaba controlar el temblor en su voz y sus latidos azorados.

La forma en que Renato la descontrolaba, hizo que se arrepintiera de haber salido de la piscina, antes que todos los demás. Alargó la mirada hasta donde estaban sus amigos y estaban cuchicheando y mirando hacia ellos, pero de inmediato intentaron inútilmente disimular. Era evidente que Renato y ella eran el tema de la conversación.

—Fue un placer poder enseñarte, pero me complace aún más ver que te has perfeccionado —dijo con una sonrisa taimada, mientras sus pupilas se fijaban en las gotas de agua que vibraban sobre la piel de su abdomen.

—No me mires así, por favor —suplicó Samira con la voz rota por las emociones que la atravesaban. Quiso hacerse de una toalla, pero estaban algo alejadas, además, sentía que su cuerpo pesaba una tonelada y no podía moverse.

—¿Cómo te estoy mirando? —peguntó, regresando su mirada a los ojos oliva que brillaban como si en ellos se estuviese forjando el más poderoso de los hechizos.

—Como si me desearas… —Su mandíbula estaba tensa y su pecho agitado.

—Es que lo hago, te deseo, Samira… Y no solo eso, también tienes que saber que te amo —declaró con firme pasión—. Y no hace falta que me digas nada, me basta con tu mirada.

Samira negó con la cabeza, se relamió los labios, mientras le esquivaba la mirada.

—¿Por qué lo niegas? —preguntó él, ante su negativa—. ¿Qué te sucede, Samira? —Se moría por alzarle la barbilla, para que lo mirara a los ojos, pero no quería incomodarla—. Cuéntame, ¿qué es lo que pasa por tu cabeza?

Samira inhaló con fuerza, en busca de valor, para poder mirarlo a la cara y no terminar derretida.

—Nada —dijo con firmeza.

—¿Nada? —frunció el ceño, ahondando en las pupilas de ella. Tenía la boca seca y el alma demasiado agitada como para articular una respuesta ingeniosa, aun así, fue de frente y directo con lo que él pensaba—. La verdad, me cuesta creerlo. No te entiendo, antes me decías todo, era tu amigo, tu confidente…, con quien te desahogabas. ¿Tanto has cambiado? ¿Ya no queda nada de esa jovencita adorable?

—Será porque gracias a tantos engaños perdí la confianza en ti —masculló, mirándolo con dureza—. No puedes aparecerte de la nada, después de tantos años y mentiras, pretendiendo que todo sea como antes.

—Lo siento, te pido perdón, aunque sé que no lo merezco. Cometí muchos errores, Samira, te fallé… Soy consciente de ello, tienes razón, pero he cambiado. He puesto todo de mí, para ser mejor persona, para tener el valor de enfrentar situaciones que antes me doblegaban… He trabajado muy duro en ello y lo seguiré haciendo, para ser digno de ti…

—Cállate —odiaba escuchar que se desvalorizaba de esa manera, cuando ella siempre lo tuvo en un pedestal—. Lo hecho, hecho está. No tiene sentido seguir recriminándonos por cosas que pertenecen al pasado, nada vamos a cambiar con eso… Disculpa que aproveche cada instante, para mostrarte las heridas que, lamentablemente, aún supuran… —Recogió las piernas y se abrazó a ellas, aprovechando para apoyar la barbilla en sus rodillas.

Renato se volvió de frente a ella y de espaldas a la piscina. Sabía que eran el centro de atención de los demás, pero por primera vez, estaba totalmente convencido de que no le importaba en absoluto la opinión de los demás, porque en ese momento y espacio, solo le importaba Samira. Ella era su todo.

Le miró los dedos de los pies y, con cautela, le sujetó el primer dedo; ella no dijo nada, solo vio cómo él, con el pulgar, le acariciaba la uña; entonces, le sonrió débilmente, al mismo tiempo que intentaba tragarse las lágrimas que le subían a la garganta.

—Echaba de menos hacer esto —murmuró él, buscando la mirada de ella—. Cariño, ¿puedes decirme que es lo que piensas? Por favor, no sigamos sufriendo…

—Ese es el problema, contigo me pasa de todo y con tanta intensidad…, que no quiero arriesgar la poca estabilidad emocional que he conseguido. No te haces una idea de todo lo que he vivido, de la profundidad de las emociones que he tenido que superar desde que nos separamos… Todo hasta llegar a este momento de mi vida. ¿Puedes entenderlo? No solo me haces sentir en el cielo, también me haces vivir un infierno… Son tantas cosas girando en mi mente, que terminaré volviéndome loca… —Se llevó las manos a ambos lados de la cabeza.

Verla así le mortificaba, ojalá pudiera consolarla con un abrazo, pero al parecer, no era lo que ella quería.

—No tengo que convencerte para que me ames, no quiero ser tu duda, solo tu certeza. No quiero significar un tormento, cuando solo anhelo ser tu calma… Si no puedo ser algo bueno para ti, entonces será mejor que me dé por vencido y, sí, puede que parezca que me estoy rindiendo demasiado pronto, pero si con mi empeño te hago daño, prefiero aceptar la derrota y sufrir yo en tu lugar… Pero si crees que aún existe una pequeña brecha, una mínima posibilidad entre nosotros, tienes que darme una señal y seguiré a tu lado, sin importar cuánto tiempo me

tome volver a ganarme tu confianza. —Le soltó el dedo y buscó en el bolsillo de su pantalón—. Solo vine porque supe que estarías aquí y necesitaba entregarte esto. —Le dio la tarjeta de crédito que se había quedado en su habitación la noche anterior—. No sabes lo mucho que me tranquiliza saber que estás bien. No sé cómo conseguiste que el aspecto económico ya no sea un obstáculo para cumplir tus sueños, pero me enorgulleces, Samira.

Esta vez le apretó el pie, sabía que sus ojos estaban rebosantes de lágrimas, pero no iba a ocultar que por dentro se estaba derrumbando, buscó en lo más profundo de su ser el valor para sonreírle; luego, se levantó y se marchó. Ya tendría la oportunidad de disculparse con sus amigos y la amiga de Samira.

—¡Renato! —Lo llamó, él se volvió con el corazón a punto de estallar—. Ven esta noche a Saudade, quiero que conozcas el lugar.

¿Esa era la señal? No lo sabía, pero no iba a desperdiciar la mínima posibilidad.

—Ahí estaré. —Levantó una de las comisuras de la boca, en una débil sonrisa.

Samira asintió y también le sonrió, luego, en cuanto él se volvió para seguir con su camino, ella se levantó y se fue rauda a la cabaña. Se sentó en uno de los escalones de las escaleras que llevaban al segundo piso, se cubrió la cara con las manos, apoyó los codos en las rodillas y empezó a llorar.

No supo cuánto tiempo después sintió que unos brazos la envolvían y que repartían besos de consuelo en su sien derecha. Eso hizo que soltara un chillido y también se aferrara a quien la abrazaba.

Ahí estaban Raissa y Doménica, a pesar de toda la confianza que les tenía, se sentía avergonzada por mostrarse de esa manera. Sí, también habían estado a su lado y sido tabla de salvación cuando su relación con Ismael terminó, pero jamás se sintió tan vulnerable y expuesta como en ese momento.

—Todo estará bien, solete —musitó Doménica.

Samira movió la cabeza afirmando, pero luego negó y se echó a llorar más fuerte. Sabía que nada iba a estar bien si seguía nadando contra la corriente de sus sentimientos.

—Aún lo quieres, ¿cierto? —preguntó Raissa, quien aún no podía creer que Samira y Renato tenían historia.

—Demasiado…, es mi debilidad, ya no tengo dudas. —Sorbió y se limpió con el dorso debajo de la nariz, donde se habían acumulado, lágrimas y sudor.

—¿Te hizo mucho daño? —Doménica trataba de sacarle información a cuentagotas, porque no quería que Samira se sintiera presionada.

—No lo sé, no sé si la manera en que me lastimó fue intencional… Pero sí, sufrí mucho… Siete años después, me entero de que, al parecer, fueron malentendidos —hipó—. Y quiere que volvamos a intentarlo…

—¿Tú qué quieres? —Raissa le limpió las mejillas con los pulgares, mientras la miraba a los ojos—. ¿Quieres intentarlo?

—No lo sé… —Volvió a chillar e hipar—. Mis emociones son un caos.

—Pero acabas de decir que lo sigues queriendo. —Le recordó Doménica, que se había arrodillado al lado de Samira.

—Así es…, pero no puedo decidirlo a ligera, porque existe el riesgo de sufrir daños colaterales… Retomar nuestra relación me volverá el mundo de cabeza y no quiero terminar arrepentida.

—Entonces, será mejor que te lo pienses muy bien, solete… No hay prisas, ¿cierto?

—Siempre puedes estar en contacto con él… Me tienes a mí de intermediaria… —Raissa le

puso un mechón de cabello mojado detrás de la oreja—. Si te quiere, esperará por ti… No sé lo que pasó entre ustedes, pero lo conozco y sé que es un buen hombre. No conozco a toda su familia, pero a los pocos que conozco, son personas muy correctas y amigables, pero ¡qué digo! —sonrió, sintiéndose tonta—. Imagino que debes conocerlos a todos…

—No, no a todos… —Eso le hizo recordar que, para Renato, ella siempre fue un secreto del que, probablemente, se avergonzaba, pero incluso admitirlo ante sus amigas, la hacía sentir estúpida—. Ya ves, ni siquiera Bruno, que es su mejor amigo, me conocía… Nuestro noviazgo duró muy poco, además, ni siquiera pasó en Río, sino durante el tiempo que estuve en Chile. —Volvió a limpiarse debajo de la nariz.

—¿Renato vivió un tiempo en Chile? —preguntó confundida—. Sé que iban a vacacionar algunas veces, pero no más de quince días… ¿Su relación duró quince días? —hablaba llevada por la curiosidad y la turbación.

—Fue un poco más… —Samira exhaló—. Nos conocimos en Río, pero allí solo éramos amigos… En ocasiones, él viajaba a Chile, a visitarme y, con el tiempo, se dio la relación… Entonces, siguió viajando casi todos los fines de semana…

—¡Ay, solete! Ese hombre está loco por ti desde Río, ningún amigo se sube todos los fines de semana a un avión, para ir a visitarte, si no quiere algo más que una amistad —intervino Doménica—. Y está claro que hoy vino solo por ti.

—Y no fue nada discreto... Ya se había excusado para no venir, hasta que le dije que tenía que conocerlas y dije sus nombres. Sus bonitos ojos azules se iluminaron cuando escuchó el tuyo, ahora entiendo el porqué. —Raissa le sonrió enternecida.

Samira también quiso sonreír, pero en cambio se le derramaron más lágrimas.

—Ya, cariño, no te mortifiques ni te presiones. Lo mejor que puedes hacer es pensar muy bien las cosas, no tienes ningún cronómetro descontando el tiempo, para intentarlo una vez más con el brasileño. —Doménica le apretaba los hombros, intentando confortarla.

—Si las cosas tienen que ser, será… Como él mismo lo dijo, pueden empezar desde cero, como amigos…

—Como si fuera tan fácil. —Samira no pudo contener la ironía en su tono, ante la propuesta de su amiga—. Tenemos historia, Raissa… Historia marcada a fuego, no puedo olvidar el pasado y mucho menos si aún me hace temblar todo por dentro.

Doménica le dedicó una mirada de reproche a Raissa. Era evidente que había metido la pata, quizá porque no podía ser objetiva ante semejante situación, ya que era amiga de ambos.

—Bueno, ya no te atormentes más. Esta noche, en la tranquilidad de tu hogar y con la cabeza en la almohada, piensa muy bien lo que quieres, pon en una balanza los pros y los contras… Eres una chica bastante racional y sé que sabrás elegir lo que mejor te convenga. Sea cual sea la decisión, nosotras vamos a estar contigo.

Las dos abrazaron a Samira y empezaron a besarle las mejillas aun mojadas en lágrimas.

—Venga, vamos a seguir disfrutando… Arriba ese ánimo, mi gitana —invitó Doménica.

Samira sonrió, al tiempo que se pasaba las manos por la cara, se sentía más tranquila, aunque sí le avergonzaba un poco tener que salir a enfrentar a los demás; sobre todo, a Bruno, porque quizá le contaría a Renato el deplorable estado en el que la había dejado.

.

CAPÍTULO 47

Renato estaba frente al espejo del lavabo doble del baño de la suite que ocupaba, llevaba puesto unos vaqueros y una camisa gris, pero no estaba seguro si dejarse esa prenda o cambiarla por una más clara, quizá blanca o beige. No iba a decidirse si no se las probaba, justo estaba abriendo las puertas del clóset, cuando sonó el teléfono.

Debía ser Bruno que había llegado a buscarlo, para llevarlo al café de Samira. De inmediato, sintió la ansiedad reptarle por la columna vertebral y sus nervios se triplicaron, haciéndole doler la boca del estómago; aun así, era más la exaltación de saber que volvería a ver a la mujer que amaba.

Con el par de camisas en una mano, caminó raudo hasta el teléfono y descolgó con la otra.

—Buenas tardes, señor Medeiros…, le busca el señor Bruno Martinelli.

—Sí, dígale que puede subir, por favor.

—Enseguida, señor.

Renato colgó y con camisas regresó frente al espejo, primero se las probó por encima, pero no terminaba de convencerse. Había empezado a desabrocharse los botones, cuando escuchó el timbre de su habitación, así que, volvió a abotonarse y se encaminó a la puerta. No quería mostrarse tan indeciso ni a medio vestir delante de Vera.

—Bienvenidos… —dijo al abrir la puerta, pero solo vio a Bruno—. ¿Y Vera? No me digas que la dejaste esperando en la recepción. —Miró a su amigo entrar en el salón.

—No, no vino…, se irá con Raissa. Por lo que veo, ya estás listo. —Se giró hacia Renato con una sonrisa y las manos en los bolsillos.

—Sí, aunque no sé si me queda bien esta camisa…

—Se te ve bien —dijo de buen ánimo y algo sorprendido, porque Renato jamás había caído en ese tipo de vanidades. No era un hombre de poner reparos a su forma de vestir, más allá de lo formal de siempre.

—Pero tengo una blanca y una beige… Bueno, también tengo una celeste. —Sin esperar respuesta, fue al baño, donde había dejado las prendas y regresó con ellas. Como había hecho anteriormente, se las probó por encima—. ¿Cuál crees que me va mejor?

—La que llevas puesta…

—¿Me dejo los vaqueros o uso un pantalón? —interrumpió a Bruno, porque la ansiedad lo llevaba a ir más rápido que su amigo.

—Lo que tienes puesto considero que es perfecto para la ocasión, es solo un café.

—Ya sabes que es más que eso, Bruno —exhaló, porque sabía que debía calmarse.

—Sí, es Samira…, ¿cierto? —Se sentó en el sofá.

—No tiene sentido negarlo, es Samira —asintió, al tiempo que dejaba sobre el respaldo del sillón las perchas con las camisas—. Sé que esperas que te cuente sobre mi relación con ella.

—No me debes ninguna explicación, es tu vida y solo tú sabrás por qué no decidiste contarme. Así que lo respeto.

—Quiero contártelo, si lo hubiese hecho, quizá no habría tardado tanto tiempo para volver a verla… —Se sentó al borde del sillón frente a su amigo—. Porque la conoces desde hace algún tiempo, lo sé…

—Hace como dos o tres años, ya sabes que Raissa es inseparable de sus amigas. —Bruno

hizo un gesto pensativo—. Recuerdo que cuando me vio la primera vez, se puso muy nerviosa… Se sorprendió mucho al verme, pero jamás supe la razón, hasta ahora. Era evidente que ya ella me conocía.

—Sí —inhaló, inflando al máximo su pecho y luego exhaló para liberar la presión que significaba tener que decirle a su amigo todo o casi todo lo referente a Samira—. Te vio en algunas fotografías, le dije que eras mi mejor amigo.

—¿Por qué nunca me enteré de ella? En las pocas veces que hemos hablado, he intentado saber de su familia, pero la flaquita es un misterio. —Bruno sonrió—. Juro que siempre he pensado que no soy de su agrado o ella es demasiado pretenciosa. Y la trataba cordialmente solo por Raissa.

—¿Sabes que es gitana? —preguntó Renato, con una leve sonrisa bailando en sus labios, por la percepción que Bruno tenía de Samira, cuando era la chica más encantadora que pudiera existir.

—Sí, eso me dijo Raissa… Pero no conozco a la familia Marcovich. No te miento, sentí curiosidad cuando me dijo que también es carioca y quise saber más de su procedencia, pero las familias gitanas con influencias están en Sao Paulo y Brasilia, ninguna de apellido Marcovich… Por eso te digo que es un misterio.

—De su familia es poco lo que sé, de hecho, al único miembro que conozco es a su abuela paterna. No son una familia influyente, por eso no la conoces… Sé que son gitanos muy arraigados… Cómo la conocí, es algo que no voy a decirte. —Estaba muy seguro de que lo menos que deseaba era que juzgaran a Samira y no cualquiera iba a entenderlo.

—¡Ay, amigo! —exclamó Bruno, sonriente—. No puedes dejarme con la curiosidad.

Renato rio de forma jocosa, como lo hacía pocas veces.

—La forma en que nos conocimos es lo que menos importa… Lo verdaderamente importante es cómo entró en mi vida…

—Disculpa que te interrumpa. —Bruno levantó la mano en señal de alto—. ¿Eso fue hace cuánto tiempo?

—Casi ocho años… o quizá un poco más.

—¿Por qué no me enteré?

—Ya te dije, solo muy pocos supieron de nuestra relación… Samira llegó a mi vida, huyendo de la suya. Tan solo tenía diecisiete años e iban a casarla con un primo; como te dije, tiene una familia gitana muy tradicional… Su sueño era seguir con sus estudios, hacer su carrera de medicina… —sonrió como un tonto. El pecho se le infló de orgullo, al ser consciente de la perseverancia de Samira—. Los gitanos, a las mujeres, no le permiten estudiar más allá de la secundaria… Sin embargo, Samira siempre ha contado con el apoyo de su abuela, que sueña con verla cumplir sus metas… Fue durante su infructuosa huida que nos topamos y decidí ayudarla. Era muy joven e inexperta y en sus planes eran irracionales… Samira me dio un motivo para hacer algo bueno.

—Pero te gustaba, tenías segundas intenciones… —Bruno se rio, emocionado con la historia.

—No, mis intenciones siempre fueron las mejores. Encontré en ella a una buena amiga, no me he sentido mejor con nadie en toda mi vida, que como me sentía con ella… Con el tiempo, sí empecé a sentir más que amistad y fue difícil aceptarlo, porque no quería echar a perder esa complicidad que teníamos, pero nos dejamos llevar… y eso arruinó todo… El miedo a perdernos fue haciendo que la confianza de decirnos las cosas disminuyera… Yo le oculté cosas…, ella las descubrió y no me enfrentó, lo que provocó que los malentendidos hicieran una brecha demasiado grande y profunda en nuestra relación. Ella terminó hullendo a Madrid…, me dejó sin

ninguna explicación y no la volví a ver ni a saber nada de ella hasta ayer…

—¿Ayer? ¿No fue hoy, en casa de Doménica? —Bruno se mostró bastante sorprendido. Renato negó con la cabeza—. ¿Por eso ninguno de los dos fue a la reunión de anoche?

—Así es —contestó Renato—, nos topamos en el camino… —No iba a darle detalles de ese reencuentro—. Emocionalmente, ninguno de los dos estaba preparado para presentarnos en esa celebración.

—Es comprensible…, pero cuáles fueron esas cosas que le ocultaste… ¿Fue por la depresión, la ansiedad? —preguntó Bruno con cautela.

Si Samira lo había dejado por eso, solo le daría la razón de que era una joven antipática y banal, que no lo merecía. Sí, con Renato había episodios que no eran fáciles de lidiar. Recordaba haber vivido algunos de cerca y, solo quienes lo querían mucho, lograban soportar sus peores momentos, comprenderlo y apoyarlo.

—No, fue algo mucho más complejo, te lo contaré en otra ocasión —exhaló vigorosamente, se frotó las rodillas con las manos y se levantó—, porque no quiero llegar tarde. —Fue al baño y se aplicó perfume, era lo único que le faltaba.

—Es evidente que siguen enamorados… ¿Van a volver? —Bruno lo siguió a la salida, sintiéndose entusiasmado por su amigo, al que nunca había visto en plan amoroso.

—Yo quiero, pero ella no está muy convencida.

—Pues, convéncela, hermano. —Le palmeó la espalda.

—Es lo que estoy intentado hacer.

—Tienes que ir a por todas, es mejor fallar en el intento, que luego arrepentirse… Si en algo puedo ayudar, aquí estoy para ti. Así podré pagarte que me hayas presentado al amor de mi vida.

Renato sonrió y asintió, haberle contado lo hacía sentir muy aliviado. Estaba seguro de que, si llegaba a necesitar esa ayuda, no la iba a desestimar.

Subieron al auto del hotel y Bruno le dio la dirección que Raissa le había compartido.

Pocos minutos después, pudo notar en Renato la ansiedad, pero no la ansiedad que lo acorralaba, no esa que lo inutilizaba y lo mostraba como si estuviese a punto de morir. Era ese tipo de ansiedad que se despertaba por las expectativas, esas ligadas a los nervios y la felicidad de saber que en pocos minutos vería a la mujer que le aceleraba de la mejor manera los latidos.

—¿Tus padres o Liam la conocen? Saben de esta historia —decidió preguntar con la intención de distraerlo.

Renato movió la cabeza asintiendo.

—La conocen —reafirmó—. Papá y Liam, personalmente; mamá, solo por videollamada, pero la conocieron como mi amiga. Aunque sé que sospechaban que éramos algo más… Todos fueron muy discretos, excepto Liam —chasqueó lo lengua—. Ya sabes cómo es.

—Bueno, es que Liam piensa que no se puede ser amigo de una mujer, sin terminar llevándosela a la cama.

—Me molestaba todo el tiempo con eso… Él tenía la certeza, pero siempre se lo negué.

—¿Por qué no le dijiste? No creo que te hubiese juzgado por salir con una gitana.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Ya sabes, soy poco comunicativo y, en ese entonces, no quería que me agobiaran con preguntas.

—¿Te estoy agobiando? —sonrió—. Puedes decírmelo, sabes que no me molesta que seas sincero conmigo.

—No, por el momento, no lo haces —confesó Renato—. He aprendido que, si no me siento cómodo con algo, tengo el derecho a decirlo… ¿Falta mucho por llegar? —preguntó, sintiendo como si hubiese pasado una eternidad, cuando realmente habían transcurrido pocos minutos.

—No, señor, estamos a pocas calles —anunció el chófer, que le echó un vistazo a través del retrovisor.

—Gracias —contestó. Comprendía que debía calmarse un poco; sí, estaba deseoso por volver a verla, pero no podía dejarse llevar por las emociones, tenía que ser más racional.

Empezó a tararear una canción en su mente, con la intención de encontrar la calma que tanto necesitaba, pero su cerebro traicionero lo llevó a una de las tantas canciones que formaban parte de la lista de reproducción que había creado junto a ella; por lo que, de inmediato, se preguntó si ella recordaba esa lista.

Por su parte, él la mantenía en su cuenta, pero desde hacía muchos años había dejado de escucharla y, mucho tiempo más, que no la actualizaba. La razón fue que se dio por vencido al ver que era el único que mantenía esa costumbre que, suponía, debía ser de los dos.

Era extraño y al mismo tiempo extraordinario darse cuenta de que se sentía como si el tiempo no hubiese pasado, vibraban en él las mismas emociones, los mismos pensamientos, los mismos miedos. Sentía haber retrocedido en el tiempo y deseaba tanto que Samira se sintiera igual.

Cuando el auto se detuvo, pudo ver, mucho antes de bajarse, el aviso luminoso con una caligrafía elegante en un color turquesa, que le recordaba al color de las costas de Río de Janeiro, la palabra: «Saudade».

Palabra que solo en portugués tenía un significado tan importante, hermoso, nostálgico, doloroso. De inmediato, el corazón empezó a golpearle contundente contra el pecho.

Bajó Bruno y luego lo hizo él, que recorrió con la mirada la fachada dominada por una terraza con mesas y sillas, que a esa hora estaba atestada, desde donde se podían escuchar a los comensales conversando. Al lado derecho de la entrada, unas puertas dobles de madera y cristal, una fila de unas quince personas esperaba por una mesa.

El pecho se le hinchó de orgullo, al recordar que ese café y restaurante era de Samira. Desde la primera vez que probó su comida, supo que cualquiera se podría hacer adicto a todo lo que hicieran sus manos.

No podía evitar que la curiosidad latiera en él, porque quería saber cómo había conseguido tener un negocio como ese. Quería saber todo lo que había sucedido con ella en esos años, pero no podía presionarla. Tampoco quería que le escupiera en la cara que no tenía el derecho de saber absolutamente nada, eso le rompería el corazón y las ilusiones.

Se acomodó el cuello de la camisa y se aseguró de que las mangas estuvieran a la misma altura en sus antebrazos, también deglutió y siguió a Bruno. Ya en la entrada, había una chica morena con un espeso afro, vistiendo un pantalón beige, una camisa blanca y un delantal vinotinto.

—Buenas noches, somos invitados de Samira. —Se anunció Bruno.

—Sí, ¿sus nombres? Por favor —indagó la chica, al tiempo que cogía una tableta electrónica que tenía sobre el atril.

—Bruno Martinelli y Renato Medeiros. —Señaló con el pulgar al amigo a su lado.

—Bienvenidos, pasen, por favor. —Regresó la tableta al atril y luego retiró el cordón negro, para darles entrada—. Al fondo del salón, a la derecha. —Señaló al final del local.

—Gracias —dijeron al unísono.

Renato avanzó al lado de Bruno, mientras buscaba con la mirada a Samira, su atención solo la buscaba a ella; pues, a pesar de que el lugar estaba lleno, para él no existía nadie más.

CAPÍTULO 48

La vio sentada en medio de sus amigas, reía abiertamente con ellas y él se moría por saber qué era eso que la tenía de tan buen ánimo. Llevaba el cabello recogido en una coleta alta y los hombros al descubierto; eso hacía lucir su cuello más largo y se notaba más elegante.

Para él, Samira era la mujer más sexi del mundo. A ratos, le parecía independiente y sofisticada; aunque, en otros momentos, le seguía pareciendo demasiado inocente, decidida, valiente y testaruda. Sí, iba a tener que derribar las barreras que ella había creado a su alrededor, si quería desempeñar en su vida el papel que tanto deseaba.

Cuando sus miradas por fin se cruzaron, la sonrisa en ella fue menguando y un extraordinario rubor se extendió por su rostro, a él se le detuvo el corazón por un segundo, para luego empezar a latir desbocado. Avanzó con la mayor seguridad posible, aunque sus rodillas temblaban.

—Buenas noches —saludó cuando llegó a la mesa y fue recibido con besos en las mejillas por parte de todas, excepto por Samira, a quien solo saludó con un escueto: «hola».

Como si todos se hubiesen puesto de acuerdo, se ubicaron de forma que él quedara al lado de ella, y se obligó a despegar sus pupilas de los labios pintados de rojo, para apreciar el lugar.

—Me gusta mucho, tiene todo tu estilo —dijo, admirando el estilo bohemio, pero con bastante carácter, que se lo daban algunos cuadros llenos de trazos coloridos.

Las grandes lámparas, las plantas trepadoras y la madera clara del mobiliario, daban una sensación de tranquilidad; sin duda, invitaba a querer permanecer en el lugar.

—Gracias, aunque también tiene mucho de Julio… Recuerda, es mi socio.

—¿Él está aquí? —preguntó con un repentino nudo en su garganta.

—En la oficina —dijo, asintiendo—. ¿Quieres saludarlo? —Más que una pregunta, era una proposición.

Ante la posibilidad de enfrentar al amigo de Samira, sus nervios estallaron. Con certeza, Julio César conocía la razón por la que ella lo había abandonado hacía siete años, y la percepción que tenía sobre él, no era la mejor. Pero cómo negarse a cualquier petición de la mujer que amaba, cuando lo único que deseaba era ganarse su total confianza, una vez más.

—Sí, me gustaría —respondió, encontrando el valor para mirarla a los ojos y no titubear, porque sabía cuán importante era ese chico para ella.

—Vamos. —Lo invitó con un movimiento de su cabeza.

En ese momento, Renato pudo ver el tatuaje de una pequeña estrella dorada, detrás de su oreja. La sorpresa lo llevó a sonreír y sintió cómo un calor agradable se esparció por su pecho, porque sabía perfectamente el significado de ese tatuaje: ella era su gitana descendiente de las estrellas.

—Ya regresamos —dijo Samira a los demás.

—Por nosotros no se apuren, pueden tardarse todo lo que quieran —comentó Doménica con gran picardía, lo que hizo que se ganara una mirada de reproche de Samira—. Te quiero, solete. —Le lanzó un beso y, en respuesta, su amiga le sacó la lengua.

A Renato le agradaba ver la relación tan cómplice que tenía Samira con sus amigas, le gustaba verla vivir la vida, sin miedos, sin restricciones, sin algunas de las ideas represoras de su cultura, pero siendo ella, con su esencia gitana más pura.

Cuando ella se levantó, sus ojos azules la siguieron embobados, al verla con una falda plisada

ancha, que le llegaba por debajo de las rodillas, y un top que se cruzaba en sus pechos y dejaba al descubierto su abdomen, al igual que sus hombros; el aliento se le atascó en el pecho y le tomó varios segundos reaccionar, para también levantarse.

Bordearon la mesa y él la siguió, hasta que ella ralentizó el paso, para caminar uno al lado del otro. Aunque apenas empezaban el trayecto hasta la oficina, se toparon con un par de empleados, a los que Samira les brindó un trato bastante amable y ellos se mostraban evidentemente agradecidos.

Renato quería entablar una conversación, pero temía incomodarla; aun así, se aventuró a saciar en parte la curiosidad que le estaba comiendo la cabeza.

—¿El nombre de este lugar es por tu familia? —preguntó y sus ojos se escaparon por segundos a los pies femeninos. Calzaba unas sandalias de tacón medio y solo una cinta fina se ajustaba a los dedos, otra se aferraba a su tobillo.

—Por todo lo que he tenido que dejar atrás —respondió con un poco de melancolía tiñendo su voz.

—¿También por mí? —Ni quisiera pensó en esa pregunta, solo brotó como una imparable necesidad que nació en su pecho.

—Sí, también.

Renato no estaba preparado para ese golpe de sinceridad, por lo que, una mezcla de emociones lo arrasó como una avalancha y tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol, para no besarla ahí mismo y luego suplicarle perdón de rodillas. Porque sí, él había cometido muchos errores y no podía seguir escudándose tras sus miedos e inseguridades. La había lastimado, eso no podía cambiarlo.

Como el instinto más primario, incontrolable e impensable, la sujetó por la muñeca, reteniéndola. Samira se volvió hacia él, tensa como la cuerda de un violín, pero no rompió el contacto, por lo que, Renato se acercó tanto como para que sus pechos estuvieran a muy poco de tocarse.

—Samira, tú también, en todo este tiempo, has sido para mí, la más dolorosa añoranza… Sí, quise olvidarte, intenté darle un nuevo sentido a mi vida, pero por más que lo deseé, fue inútil… Siempre volvía a ti, a tu recuerdo, a los momentos que viví a tu lado, porque uno siempre regresa a donde fue feliz… Y toda mi felicidad solo me la has dado tú…

—Renato…

—No te pido que me creas, no tienes que obligarte a hacerlo, pero yo sí necesito decírtelo, tienes que saberlo… —hablaba mirando a esos ojos color esperanza.

—Renato, no… —suplicó casi sin voz, al ver que se estaba acercando demasiado y pudo sentir el aliento tibio sobre sus labios—. Detente. —Usó la mano que tenía libre, para apoyarla en su pecho y apartarlo, pero antes, pudo sentir el latido contundente de su corazón.

Fue él, quien se retiró ante la negativa y le soltó la muñeca.

—Perdona, no quiero incomodarte, este es el lugar menos apropiado para tener esta conversación. —Retrocedió un par de pasos y se pasó las manos por el pelo—. Sé que estoy siendo acosador, no es mi intención… Solo es la reacción natural, producto de mi desesperación.

—¿Aún quieres saludar a Julio o prefieres regresar a la mesa? —preguntó ella, tratando de cambiar de tema, porque vio que la culpa consumía esos hermosos ojos azules.

—No voy a negarte que saludarlo me pone nervioso, pero quiero hacerlo…

—Nada cambará si lo haces o no, así que, no tiene sentido que te obligues a ponerte en una situación incómoda.

Renato no dio respuesta, solo empezó a caminar en dirección a la puerta que estaba al final

del pasillo y que llevaba el rotulo de: «Gerencia».

Samira lo siguió y en pocos pasos logró alcanzarlo, llegaron al mismo tiempo a la puerta y ella inhaló profundamente, antes de tocar.

Se pudo escuchar la voz de Julio César al otro lado, entonces, Samira tomó el pomo, para abrir, pero antes de que lo hiciera, Renato volvió a detenerla.

—Samira, estoy demasiado intrigado… ¿Cómo es que has obtenido todo esto? Estoy siendo imprudente, pero no hago más que darle vueltas en mi cabeza a miles de posibilidades… ¿Segura de que estás bien? ¿No te han obligado a hacer cosas…?

—Ilegales… —completó la pregunta que Renato le hizo y se le escapó una risa incrédula—. No, puedes estar tranquilo… —Lo miró de soslayo y podía notar que se relajaba; aun así, la incertidumbre estaba fija en sus facciones—. En algún momento te lo diré.

Renato asintió, confiaba en la palabra de Samira, por ello se sintió más tranquilo, pero no menos intrigado. Ella abrió la puerta y entró; él la siguió con el corazón instalado en la garganta y podía sentir los latidos hasta en las sienes.

Julio César se levantó del sillón blanco detrás del escritorio. Sus ojos se abrieron más de lo normal, debido a la sorpresa, pero rápidamente retomó el control de sus emociones y desvió la mirada hacia Samira.

—Hola, me da gusto volver a verte… —Renato se adelantó, poniendo todo de sí, para parecer seguro y le ofreció la mano—. ¿Cómo has estado? —preguntó, al tiempo que observaba con disimulo los cambios físicos en el peruano. A pesar de que no lo había visto en tanto tiempo, seguía casi igual, de no ser porque llevaba el cabello un poco más largo, un arete en el lóbulo derecho y bastante más masa muscular.

—Bien, gracias… —correspondió al apretón de manos—. Aún no sé si deba sentir el mismo gusto. —Desvió la mirada a su amiga—. Samira, ¿debería? —preguntó y pudo ver cómo ella se sonrojaba hasta las orejas y le dedicaba esa característica mirada de ceño fruncido, que gritaba que desaprobaba su comentario.

—No tienes que actuar en consecuencia de nuestra amistad… Conoces a Renato y, tu relación con él, no tiene por qué verse afectada por situaciones que solo nos conciernen a los dos.

Renato se volvió a ver a Samira, por la respuesta que había dado, sin duda, era una mujer mucho más madura, sin temor a decir lo que pensaba.

—Bueno, quizá mi sentido de la lealtad me lleva a estar de tu lado, sin importar nada más… —dijo Julio César, con cierta mordacidad, pero enseguida sus ojos se iluminaron ante la sonrisa que compartió—. Pero como ya, al parecer, ustedes han limado las asperezas del pasado, puedo decir que sí…, es un placer volver a verte… Solo no vayas a hacerla sufrir otra vez, porque esta vez, voy a defenderla…

—Julio —intervino Samira, ya no sonrojada, sino morada por las imprudencias de su amigo —. ¿Qué dices? No…, las cosas no son como las estás imaginando… Renato y yo no hemos vuelto, solo estamos tratando de llevarnos bien, en honor a la amistad que tuvimos… Solo eso.

—Por mi parte, sí quiero retomar nuestra relación —comentó Renato, exponiendo sus sentimientos e intenciones, como no lo había hecho nunca delante de alguien a quien muy poco conocía. Los nervios le hacían doler el estómago y juraba que la sensación de vértigo era solo imaginaria, pero no iba a dejar que sus trastornos lo dominaran, no esta vez—. Sé que le hice daño, pero te doy mi palabra de que no fue intencional. Y haré todo lo que esté a mi alcance, para no hacerla sufrir… Prefiero morir, antes que volver a hacerla llorar.

—Pero yo no —declaró Samira.

Julio César le dedicó una mirada de incredulidad y luego se volvió hacia Renato.

—Digamos que decido creer en tu palabra…

—¡Julio! ¡No! —Samira volvió a intervenir de manera contundente. Le molestaba que su amigo la pusiera en una situación como esa y apenas podía contener el temblor de su cuerpo. No sabía si era de rabia o provocado por las promesas de Renato—. No digas tonterías —dijo, señalándolo, completamente arrepentida de haber llevado a Renato—. Vámonos, Renato.

—Solo es cuestión de tiempo —susurró Julio César, mirando a Renato.

Samira se adelantó, para escapar de la oficina, no podía seguir ahí, probablemente, no tardaría en exponerla. Eso le pasaba por confiar tanto en él y contarle todo, como si se tratara de su segunda consciencia.

—Si de verdad la quieres, no desistas… —Le aconsejó Julio César, antes de que Renato saliera—. Se ha vuelto más testaruda, pero sigue siendo la gitana que conociste.

—Lo sé. —Renato asintió con la cabeza, para darle la razón al peruano y fue tras Samira.

Julio César, al verlos, estuvo seguro de que ambos seguían amándose como la primera vez que los vio llegar juntos a aquel café en Santiago. Entonces, consideraba estúpido que siguieran sufriendo por no estar juntos, cuando ya habían aclarado las razones que los llevaron a separarse y que todo fue producto de malentendidos.

Renato la alcanzó y se acopló a su paso raudo, aunque el de ella era más enérgico, debido a la molestia, podía notarlo en el balanceo de su coleta y en sus pisadas contundentes; mientras él se moría por anclar las palmas de sus manos en la piel desnuda entre el top y el borde de la falda, trazar con las yemas de sus dedos las pelotitas doradas de la cadena que rodeaba su cintura.

—No hagas caso a lo que dijo Julio. —La rabia se podía sentir en su voz turbada—. Solo es un entrometido, no sabe lo que dice…

—No te preocupes por eso.

—Sí, sí me preocupo, porque no quiero que te hagas falsas ilusiones o que termines sacando conclusiones erróneas de todo esto… —La voz se le cortó, pero empuñó las manos para calmarse o terminaría tristemente expuesta—. Fue estúpido de mi parte, llevarte a saludarlo…

—Samira. —La interrumpió y no pudo contener su mano, que se posó sobre el hombro desnudo de ella, lo que hizo que una corriente reptara por su espalda—, de verdad, no te preocupes por eso. Tengo muy claro lo que en este momento significo para ti… No me haré falsas ilusiones, puedes estar tranquila. —Le dijo con la voz en remanso.

Sí, sabía que en ese momento, para ella, no era más que un maldito caos, que la tenía en constante confrontación con sus emociones.

—Gracias. —Se alejó con cautela del toque caliente que hizo que su corazón diera una voltereta y suspiró, aliviada—. Regresemos a la mesa, por favor. —No quería que siguiera deteniéndola, mucho menos quería estar lejos de los ojos de otras personas; porque, estar a solas con él, era como estar caminando en una pendiente muy profunda, sobre una cuerda floja.

Con la mano que segundos antes se aferró a ese suave hombro, le hizo un ademán para que avanzara. Samira le regaló una caída de párpados, en señal de agradecimiento, y caminó hasta la mesa y la seguridad que le ofrecían sus amigas, esta vez, sin demoras ni interrupciones.

Volvió a ubicarse en medio de Raissa y Doménica. La mesa estaba llena de cosas para picar, había: aceitunas, alcaparras, pan con tomate, jamón serrano y cervezas rubias.

Quizá, llevada por la ansiedad del momento, se comió una aceituna tras otra, hasta devorar casi una docena, o eso fue lo que le hizo saber Raissa, en medio de un susurro.

Tras ese llamado de atención, le dio un gran trago a su cerveza y se concentró en la conversación que dominaba en la mesa, estaban elogiando el lugar y los alimentos.

—¿Hace cuánto que tienes este negocio? —preguntó Renato, porque sabía que esa era la

única manera de enterarse de cómo Samira había vivido la vida hasta el momento. En medio de esa charla, no podía seguir dejándolo en la incertidumbre.

—Como cuatro años, ¿cierto? —respondió Doménica, dándole un codazo a Samira, en el costado, porque ella solo estaba tragándose las aceitunas.

—Sí, sí… —contestó, luego del gran trago de cerveza—. Cuatro años y dos meses…

—Cuéntale la historia. —La instó Raissa, con una sonrisa y un aplauso que causó expectación en quienes no sabían cómo ella se hizo del negocio.

Samira carraspeó, preparándose para contar la historia de cómo le compró el café a Lena. No podía mentir o contar a medias la historia, ya que sus amigas la conocían y no iba a quedar como mentirosa delante de ellas.

Relató que no solo adquirió el local, sino que le hizo unas remodelaciones, para ampliarlo y así ofrecer un menú y servicio más completo, ya que no solo quería un lugar de desayunos o tardeos, sino un sitio al que pudieran visitar a cualquier hora.

Doménica aprovechó para compartir algunas de las anécdotas ahí vividas durante sus tardes de estudios y Renato estaba fascinado con saber más de Samira, a través de lo que sus amigas contaban. Por ellas supo que Samira era uno de los mejores promedios de la clase; realmente, eso no le extrañó, bien sabía él lo inteligente y astuta que era.

A Raissa se le escapó en algún momento que el perfil de la red social de Samira era: «Alma Gitana».

Se recriminó no haber seguido sus presentimientos en el momento en que vio cada una de las fotos de ese perfil, y el corazón le latió fuerte, cuando reconoció ciertas partes de ese cuerpo que tantas veces adoró. Odiaba haberle dado más cabida a la razón que a sus pasiones.

Se volvió a mirarla, estaba sentada en frente de él y sus ojos se cruzaron con los de ella; esta vez, no le desvió la mirada, como lo había hecho esa mañana en la piscina. Se quedó perdido en esa luz que sus ojos desprendían, comprobando que estaba locamente enamorado.

Fue Bruno, quien reclamó su atención, para preguntarle si quería otra cerveza.

—No, así estoy bien —respondió, mostrándole el vaso, aún lo tenía por la mitad y, para disimular su descarado intereses en Samira, decidió hacerse de un puñado de cacahuates.

Bruno y Osvaldo sí pidieron otra cerveza, mientras que, Vera, prefirió una copa de vino y; Doménica, solicitó más ibéricos y queso.

Samira, que tenía el móvil sobre la mesa, vio cómo se le iluminaba la pantalla, seguido de la vibración de una notificación. Era un mensaje de Julio César, aunque estaba molesta con él, decidió revisarlo.

Está muchísimo más guapo. Ahora lo entiendo todo.

Leyó el mensaje que tenía adjuntado una serie de emoticones que iban desde corazones, estrellas, berenjenas hasta brazos musculosos y muñecos babeando. Ni siquiera lo pensó cuando ya le estaba respondiendo.

Te odio.

Le escribió y lo acompañó con un dedo medio y un muñeco enojado. Enseguida, dejó el teléfono sobre la mesa, pero a los pocos segundos llegó la respuesta, y ella no pudo esperar para leerla.

Ya lo sé, pero eso no hará que dejes de amarlo. Deja el orgullo, Samira… y vive. ¡Vive,

maldita sea!

Ante ese mensaje, ella empezó a teclear enérgica. Sabía que era de mala educación estar con el móvil en medio de la reunión, pero era que, Julio César, le hacía perder los papeles.

¿Acaso he estado muerta todos estos años?

No, pero eras casi un zombi…, apenas sobrevivías.

Con cada mensaje, su amigo la hacía molestar aún más, por lo que, se estaba sonrojando y dejándose en evidencia delante de los demás.

Qué patético que pienses que, vivir mi vida, tiene que depender de un hombre… De verdad, no me gusta este tema tan recurrente.

Envió ese mensaje y volvió a dejar el móvil sobre la mesa con un movimiento brusco, pero, entonces, su mirada se desvió hacia Vera y se obligó a sonreírle, para disimular su arrebato.

—Disculpen, son cosas de trabajo —argumentó, sin poder contener el sonrojo de vergüenza.

Un nuevo mensaje entró y pudo ver en el visor, parte de lo que decía.

No, no depende de un hombre… Depende de cómo te sientes cuando estás con Renato…, esa intensidad, es vivir al máximo…

Suspiró y cerró los ojos, no iba a seguir respondiéndole o terminarían pelándose de verdad, por lo que, volvió el móvil de cara a la mesa, pero sus ojos buscaron a Renato; entonces, le enfurecía darse cuenta de que Julio César tenía razón, porque sí, justo en ese instante sentía esa intensidad de la que él hablaba, latiendo en cada rincón de su cuerpo.

CAPÍTULO 49

Samira se daba cuenta de que Renato seguía manteniendo la misma esencia. Era poco participativo en las conversaciones, pero se notaba que ponía atención a todos; tal como lo recordaba, casi no consumía alcohol, todavía tenía un poco de la única cerveza que había pedido, mientras que ella ya iba por la tercera.

Lo miraba cada vez que podía, solo para asegurarse de que era real y que estaba ahí, después de siete años. Notaba los cambios físicos que, aunque eran pocos, a ella le fascinaban, sobre todo, esa madurez en sus facciones.

Se quedaron casi hasta que el local tuvo que cerrar, aunque ella se empeñó en decir que la casa invitaba, Renato y Bruno se opusieron y pagaron la cuenta.

Cuando se dio el momento de la despedida, resolvieron que Bruno acompañaría a Renato al hotel, como lo habían hecho al llegar.

—Yo puedo llevarlo —intervino Samira—. Así te vas con Vera y los chicos. —No era que quisiera estar a solas con Renato, porque su estabilidad emocional dependía de un hilo, solo que imaginaba que Bruno prefería ir con su esposa, a tener que cumplir con su amigo.

—¿En serio? ¿No es un problema? —preguntó Bruno, aliviado, no por librarse de acompañar a Renato, sino porque la gitana estaba dando un gran paso en la dirección que su amigo tanto quería.

—No tienes que hacerlo, puedo irme en taxi —intervino Renato. Lo menos que quería era poner a Samira en un compromiso que le incomodara cumplir.

—No, me queda de camino a casa… —De inmediato, las miradas de Doménica y Raissa, se clavaron en ella. En ese instante, quiso que la tierra se abriera y se la tragara, había cometido la peor de las imprudencias; que, por supuesto, no les pasó por alto a sus amigas—. Es que… —titubeó nerviosa, con los ojos saltones.

—Cuando me llevó a saludar a Julio, este me preguntó en qué hotel me hospedo. —Renato salió en su rescate.

Todos creyeron esa mentira piadosa, menos Bruno, que sí estaba al tanto del encuentro el día anterior, pero supo ser buen cómplice para su amigo.

—Bueno, entonces, lo dejo a tu cuidado —bromeó Bruno, al tiempo que palmeaba la espalda de Renato—. Me escribes cuando llegues.

—Lo haré. —Renato le siguió el juego con media sonrisa relajada.

Se despidieron de todos con besos en las mejillas y apretones de manos. Y se fueron por otro camino, ya que habían dejado los coches estacionados en direcciones opuestas.

—¿No te incomodan? —preguntó Renato, para romper el silencio, mirando las sandalias de Samira, mientras caminaban por una calle ligeramente empinada.

—No, estoy acostumbrada… Es un recorrido que hago todos los días, aunque la mayoría del tiempo con un calzado más cómodo; por las clases o las prácticas, son pocas las veces que puedo permitirme vestir de esta manera… —respondió, al tiempo que un grupo de chicos que estaban en la calzada le hacían espacio, para que pudieran pasar. Aunque eran pasada las diez, la calle estaba bastante animada, ya que algunos locales de comida y bebidas seguían abiertos y abarrotados de turistas.

—Hoy te ves hermosa, pero estoy seguro de que, con la bata médica, te ves aún mejor…

Samira no pudo contener una risa, de esas que a él lo contagiaban.

—Tendrás que decirlo justo cuando termine una guardia y veas que tengo más ojeras que un mapache y el pelo hecho una terrible maraña.

—Me encantaría poder hacerlo, no te haces la mínima idea de lo mucho que lo he imaginado —confesó y su brazo rozó el de ella—, pero sé que ninguna de mis fantasías te hace justicia.

Samira negó con la cabeza, sin dejar de sonreír. No sabía qué responder, así que, se quedó callada, hasta que vio su auto.

—Es ese de allí —dijo, al tiempo que desactivaba la alarma y las luces del coche parpadearon.

—¿Es tuyo? —preguntó, admirando el auto rojo.

—Así es —respondió sonriente.

—Es muy acorde a tu personalidad… Es rojo.

—Rojo, sí…, ya sabes que es mi color favorito. —Le guiñó un ojo en un gesto entre pícaro e inocente. Justo en ese momento, se le cayó la llave—. Oh, mierda… —farfulló y se acuclilló, para recogerlas.

—¿Prefieres que yo conduzca? —Le tendió la mano, para que le diera la llave.

—¿Crees que estoy ebria?… Solo me tomé tres cervezas —bufó con suficiencia.

—Hace unos cuantos años solo te bastó con un «terremoto» —sonrió de esa manera en que los hoyuelos en sus mejillas se hacían más pronunciados y podían notarse aún a través de los vellos de la barba.

Una carcajada reverberó en el pecho de Samira y estalló sonora, rompiendo el silencio de la noche. Que Renato recordara aquel episodio en Chile, despertaba en ella la esperanza de que, igualmente, él atesoraba cada momento que vivieron juntos. Llevada por la confianza de aquella época, le dio un suave puñetazo en el brazo, luego le entregó la llave.

—Dejo que conduzcas solo porque estoy algo cansada, no ebria. —Le dijo en cuanto subió al coche y empezó a ajustarse el cinturón de seguridad—. No mires al asiento de atrás. —Le sugirió.

Pero eso solo hizo que los ojos de Renato volaran al espejo retrovisor. Había un maletín deportivo, una botella de agua de dos litros, varios libros y unas bolsas de papel, de lo que parecían ser compras del supermercado.

—Es un desastre, ¿qué pasó con la señorita obsesiva por el orden? —preguntó y puso en marcha el motor.

—Sigo siendo muy ordenada, en la medida de lo posible, pero te dije que no miraras —reprochó y se enamoró un poco más de la sonrisa de medio lado que él le dedicó. Su manera de espabilarse de esas emociones que le encogían el estómago fue ponerse a programar la dirección del hotel en el GPS.

—¿Recuerdas la canción que estaba cantando el hombre cuando salimos del restaurante? Ese día del «terremoto». —Después de pensarlo por casi un minuto, decidió arriesgarse con esa pregunta, porque quería saber qué había hecho ella con la lista de reproducción.

—Sí, «la quiero a morir» —apenas dijo el nombre, la buscó para ponerla a reproducir—. Para que veas que no estaba tan ebria.

—Sí, esa… —Renato hablaba con la mirada en el camino—. Recuerdo que también la agregamos a nuestra lista de reproducción. —Aprovechó un semáforo en rojo y se volvió a mirarla, porque quería estar atento a su reacción, cuando formulara la siguiente pregunta—. ¿Por qué no la volviste a actualizar?

Samira sintió una terrible presión en el pecho y le esquivó la mirada, porque unas súbitas

ganas de llorar le subieron a la garganta.

—La eliminé de mi cuenta —confesó con la voz ahogada—. Porque se convirtió en un método de tortura y… cuando decidí no seguir haciéndome más daño, la eliminé… Admito que no fue fácil hacerlo.

—Yo aún la tengo y seguí actualizándola por varios años, a pesar de que, Danilo, me recomendó que también la eliminara… Él quería que practicara el «contacto cero», pero siempre había algo que me llevaba a tu recuerdo… Hasta que solo me quedé extrañando lo que vivimos y así pude estar en paz… Dejé de agrandar esa lista y poco a poco dejé de escucharla… Creo que hace como tres años no la escucho —suspiró ruidosamente—. En su momento, fue de gran ayuda para ti, ¿cierto?

—Sí, lo fue… Mi español mejoró mucho, gracias a esas canciones —comentó con gran nostalgia. Aunque había tenido buenos momentos durante sus estudios y conoció a personas extraordinarias, debía admitir que a pesar de todo lo difícil de esa época en que recién escapó de su casa, vivió los momentos más bonitos de su vida hasta ahora, también conoció a la mejor persona del mundo.

—¿Te gustaría escucharla de nuevo? —Le preguntó y volvió la mirada atenta al camino, porque no quería mirar a sus ojos cuando se negara, eso sería como un disparo directo a su corazón. Era masoquista y lo sabía, pero él ya había normalizado el sufrimiento.

—Bueno, está bien —chilló, sintiendo desde ya su pobre corazón apretado en un puño, por todo lo que esas canciones despertarían en ella; no obstante, no quería ser intransigente con todo lo relacionado a lo que habían vivido; después de todo, había sido hermoso.

Renato buscó su móvil en el bolsillo del pantalón y se lo ofreció, mientras mantenía el volante firme con la otra mano.

—Hace años que no la escucho, pero sigue en la aplicación…

Samira miró el teléfono y, tras una mirada dubitativa, lo agarró.

—Está bloqueado… —dijo e iba a acercárselo al rostro, para desbloquearlo, pero él se adelantó.

—Es la misma clave.

Samira, como si el tiempo no hubiese pasado y casi por inercia, marcó los números. Era la clave que él usaba para muchas cosas, como la puerta de su apartamento, el móvil, la portátil…; incluso, la de su oficina. Era el cumpleaños de su madre.

Se llenó de ternura al ver la foto de fondo de pantalla, donde él estaba sonriendo mientras abrazaba a Keops. El perro ya se notaba mucho más viejo, tenía la cara ajada y los ojos dorados más apagados.

Renato la miró de soslayo y sonrió, le emocionaba ver que ella aún recordaba la clave, lo que le dejaba claro que, ciertamente, no lo había olvidado en todo este tiempo, jamás le fue indiferente.

Samira cerró los ojos y se mordió los labios, debido a la impotencia que le provocó la manera en que se había expuesto. Debió preguntar cuál era la clave, pero ya era demasiado tarde, no le quedó más opción que seguir y buscar la aplicación.

La última vez que Renato la había escuchado, la dejó en el modo aleatorio, por lo que, la primera canción en reproducirse fue: «Hijo de la luna», del grupo Mecano.

Eso, inevitablemente, la llevó a uno de los tantos momentos vividos con Renato, cuando aún eran amigos y ella estaba bastante confundida en cuanto a sus sentimientos. Sabía que él le atraía, pero pensaba que solo se trataba de una tonta ilusión, que con el tiempo se le pasaría.

Volvió a su memoria ese camino que los llevaba al restaurante Don Pascual, en la cima de la

montaña y en medio de la naturaleza.

No pudo detener el ataque de risa que brotó y, aunque se llevó la mano a la boca, no consiguió retener sus carcajadas.

Renato se volvió a mirarla, estaba desconcertado y, al mismo tiempo, le divertía.

—¿Qué sucede? —preguntó, contagiado por su risa. Sabía que esa actitud tan risueña se debía a las cervezas que se había tomado, aunque le dijera que no estaba ebria, lo cierto era que, el alcohol, aunque poco, causaba ese efecto en ella.

—Es que…, es que… —Trataba de hablar entre risas e inhaló profundamente, para calmarse —. Recuerdo tu cara el día que escuchamos esta canción. —Se llevó la mano al abdomen, para acallar las carcajadas—. Todo serio… «Eso es un feminicidio» —intentó imitar la voz de él, pero se cortó con otra carcajada.

—Y lo es —dijo, también riendo, mientras la admiraba, porque justo era la chica que amaba, esa actitud tan llena de vida, tan divertida. Esa chica que le alegraba la vida, esa que lo llevaba a un estado incomparable de plenitud. Quería poner sus manos sobre sus mejillas y comérsela a besos, pero no podía. Debía respetar también la decisión de ella; por ahora, deseaba estar en su vida como ese amigo que la apoyó de la mejor manera.

—Lo es… —dijo casi sin aliento, cansada de tanto reír—. Tienes razón, solo que estabas tan serio…, que me hiciste sentir culpable de que me gustara la canción…

—No era mi intención —suspiró, para tener el valor de revelar lo que hubo detrás de ese comentario—. Es que nunca he sido bueno iniciando conversaciones y, cuando lo hago…, después de pensarlo mucho, salgo con cosas como esas —sonrió con cierta tristeza—. Luego llega la culpa por haber dicho cosas tan fuera de lugar… y me siento estúpido…

—Renato… —Lo interrumpió, poniéndose seria—, no eres para nada estúpido, lo que dices es cierto… Analizas las letras y reprochas el crimen que ahí se comete… ¿Qué tiene eso de estúpido?

Él no dijo nada, solo se encogió de hombros.

—Supongo que nada.

—No, nada —dijo con firmeza y la mirada atenta en él.

—¿Aún te gusta cantar? —preguntó, cambiando de tema, pero reviviendo esas memorias tan especiales para él.

—En el baño. —Volvió a reír y él la acompañó.

—El lugar perfecto para inspirarte… Ojalá algún día pueda tener la oportunidad de volver a escucharte. —Giró la cabeza para mirarla, pero Samira decidió mirar al frente. Pudo notar que sus ojos de cristalizaron y el movimiento de su garganta al deglutir. Ella se quedó callada y eso era lo peor que le podía suceder; así que, pensó en alguna manera de solucionarlo—. No tiene que ser en el baño, me gustaría que fuéramos a un karaoke… —De inmediato, Samira regresó sus ojos a él—. ¿Quieres? —propuso con una sonrisa relajada, aunque tenía el corazón a punto de estallar.

Samira hizo a un lado todas esas sensaciones que la ponían entre la espada y la pared, producto de los recuerdos más bonitos; y decidió calmarse un poco.

—Conozco uno muy bueno —dijo, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

—Entonces, vamos mañana. —Se animó, puesto que cada posibilidad de compartir con ella, lo llevaba al nirvana.

—Quizá —apenas dijo esa palabra, vio cómo los ojos de Renato se vieron opacados por la aflicción—. Es que estoy con los preparativos del acto de grado… y mañana llegan mis amigos desde Chile, y prometí ir a recibirlos al aeropuerto.

—¿Los que trabajaron contigo en el restaurante?

—Sí, viene Ramona, Daniela y Carlos… ¿Los recuerdas?

—Sí, los venezolanos… ¿Cómo han estado? ¿Daniela sigue trabajando en el restaurante?

—Ellos están bien, se casaron y tienen una niña de cinco años… Soy la madrina. —Su sonrisa fue mitad orgullo y mitad ternura—. Ya Dani no trabaja en el restaurante, tiene su propio negocio, una librería café.

—Me alegra saber que les ha ido bien y que formaron una familia… Y Ramona, ¿consiguió hacer las paces con su familia? —preguntó con cautela, porque sabía que, ese tema, para Samira, era bastante espinoso; ya que, de alguna manera, ella era un reflejo de la misma situación.

—No con todos, aún su padre no la perdona, pero conoció a un gitano que no es tan estricto con las leyes y llevan unos meses saliendo… —Se mordisqueó la parte interna de la mejilla, debido a los nervios, pero fue eso lo que le dio el valor para seguir—. Sé que quieres saber también sobre mi familia y por qué no viene mi abuela —exhaló, prefirió mirar al frente y empezó a retorcerse los dedos—. ¿Puedes detener el coche en el arcén? —Le suplicó.

Renato la miró desconcertado y pudo darse cuenta de que estaba a una calle de llegar al hotel. Avanzó unos pocos metros más, hasta que orilló el coche, dejó las luces intermitentes y se volvió a mirarla, mientras se reproducía la canción de Vanesa Martin: «Porque queramos vernos».

—¿Ella está bien de salud? —preguntó con la mirada alarmada. Él era propenso a formar eventos catastróficos en su cabeza, no pudo evitar pensar que, Vadoma, podría estar enferma.

Samira asintió en varias oportunidades y como ya no era suficiente retorcerse los dedos, volvió al mal hábito de mordisquearse las uñas. Temía que Renato, al igual que Julio César, pensaran que era una tonta por seguir esperando un perdón de la mayoría de los miembros de su familia; un perdón que, probablemente, jamás llegaría.

—Está bien, no podrá venir porque Adonay la traería… —hablaba con las pupilas moviéndose rápido y las ganas de llorar cortándole la voz.

—¿Y no quiso? —preguntó y no frenó la necesidad de tomar su mano y alejársela de la boca, para que no se destrozara las uñas y las cutículas.

—No, él sí quería…, de verdad; había inventado todo un plan de que se había ganado un viaje para Turquía, porque si mi papá se enteraba de que vendría a España, no le permitiría viajar…

—¿Tu padre sabe que estás aquí? ¿Ya no te escondes de él ni de tus hermanos?

—Sí, todos saben dónde estoy, que logré entrar a la universidad…

—¿Y qué te dijo tu padre? Imagino que doblegó un poco su propio orgullo, para sentirse orgulloso por ti —hablaba, mientras le acariciaba los nudillos con la yema del pulgar.

Samira bajó la cabeza, tratando de esconder su dolor, pero le fue imposible, porque cuando la volvió a subir y sus ojos se encontraron con el azul más hermoso que pudiera existir, se le derramaron unos lagrimones y negó en la cabeza; entonces, se mordió el labio ante la impotencia.

La mano de Renato voló a la barbilla temblorosa y, con el pulgar que no estaba acariciándole los nudillos, le liberó el labio prisionero entre los dientes.

—No te lastimes, por favor. —Le suplicó con un dulce susurro.

—Mis padres ni mis hermanos han querido hablar conmigo. He intentado comunicarme con ellos en varias oportunidades… Sus negativas han sido como puñales en mi corazón —confesó, llevándose una mano al pecho—. He escuchado cuando, sin remordimientos, dicen que no quieren saber nada de mí… ¿He sido tan mala? Soy muy egoísta, ¿cierto? —preguntó con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—No, sabes que no es así, eres el ser humano más hermoso que puede existir. No dudes de eso, Samira…, nunca lo hagas. —Quería decirle que los egoístas eran sus padres, pero sabía que, aunque le estuviese confesando lo mal que se habían comportado con ella, no podía juzgarlos, porque eso la molestaría—. ¿Por qué no podrán venir? ¿No le dieron permiso a Adonay en el trabajo? —Se moría por darle una solución a los pesares de Samira, y si bien los celos entraban en juego, al saber que ella seguía tan apegada al que fue su prometido, comprendía que era uno de los pocos familiares que le daba aliento y la apoyaba para seguir adelante.

—A su esposa se le adelantó el parto… Su hijo nació demasiado prematuro, demasiado… Han tenido que hacerle varias operaciones y apenas nació la semana pasada.

Renato sintió cierto alivio al enterarse de que, Adonay, ya no era una amenaza para él, porque se había casado; aunque sí le afligía un poco saber que estaba pasando por una situación tan difícil. Él, que vivió de cerca perder a su hermana, que era un ser tan esperado, sabía cuánto eso podía impactar en la vida de una pareja.

—Imagino que no ha sido nada fácil para él y su esposa…

Samira asentía ante las palabras de Renato.

—Me siento tan mal, porque cuando me lo dijo, me sentí más triste porque mi abuela no podría venir, que por la situación tan complicada que ha tenido que enfrentar.

Antes de que ella volviera a reprocharse por priorizarse en situaciones como esas, le acunó la cara y con toda la dulzura que ella le despertaba, le dio un suave y lento beso en la frente; luego, apoyó su barbilla en la mollera de Samira.

—No sientas culpa, es natural que primero tus emociones afectaran tus deseos… Tenías planes, llevas muchos años sin verla, anhelas el momento de poder abrazarla y tenerla cerca… Y que de pronto todo se arruine, es comprensible que la frustración te invadiera.

CAPÍTULO 50

Samira se quitó el cinturón de seguridad, como ya lo había hecho Renato, para poder estar cerca de ella. Sintiéndose con más libertad, estiró los brazos, envolviéndolos alrededor del cálido torso masculino, y apoyó la cabeza en su hombro.

Solo con él podía abrirse de esa manera, con Renato tenía una conexión y una complicidad que ni siquiera había conseguido con Julio César. A él podía contarle sin miedos todos sus pesares y se sentía comprendida.

—Lamento mucho que no puedas tener a tu abuela contigo en un día tan especial, pero me tranquiliza saber que tendrás la compañía de personas que también te quieren mucho, como Julio, Daniela, Ramona… De verdad, me alegra que ellos puedan compartir contigo un evento tan especial —hablaba mientras le acariciaba la espalda—. Y si aún sigue en pie tu ofrecimiento de que te acompañe, lo haré… Quiero verte alcanzar la meta por la que tanto has luchado.

—Sí, más allá de la promesa que te hice, quiero que estés conmigo ese día. Además de mi abuela, has sido quien más me ha brindado su apoyo, lo sabes, aun siendo una completa desconocida… Y te lo dije varias veces, pero vuelvo y lo repito, sería una malagradecida si no acepto que he alcanzado mis sueños, gran parte, gracias a ti… Creíste en mí y me ayudaste, me impulsaste a crecer, no solo de manera económica —suspiró pesadamente y apretó un poco más su amarre, dispuesta a abrir su corazón—. Te quiero tanto, Renato, de verdad te quiero; y nada me gustaría más que volver a intentarlo, dejar los miedos atrás y darnos una segunda oportunidad, pero no puedo…, no puedo sacrificar todo lo que he logrado hasta ahora, por volver contigo. —Empezó a llorar, lo sentía tenso y con el corazón a punto de estallar—. Sigo estudiando, me estoy preparando para presentar la prueba de la especialización. Tengo que quedarme en Madrid, por lo menos, cinco años más. Y por experiencia, sé que las relaciones a distancia no funcionan, ya nos pasó… La distancia crea malentendidos, es cruel… No quiero volver a vivir sumida en la nostalgia, porque extrañarte duele demasiado; creo que, si no nos hacemos ilusiones, no terminaremos dañándonos una vez más… No quiero odiarte, mucho menos que tú me odies… —Se apartó para mirarlo a los ojos—. ¿Está bien si quedamos como estamos ahora? Sin resentimientos de por medio, solo deseándonos lo mejor… —preguntó sin parar de llorar y odiaba ser tan débil.

—Está bien —suspiró Renato. Se acercó y le besó el pómulo derecho, mientras le acunaba la cara—. Aunque duela, prefiero esto, a no tener nada…; porque, si no tengo nada de ti…, estaré perdido.

Samira asintió y sorbió por la nariz.

—No quiero que te resientas conmigo…

—No, cariño, no lo estoy; te comprendo… Jamás tendrás de mí, la misma actitud que tus padres. Sé que tienes planes y debes cumplirlos… Lo apoyo totalmente. —Vio que, en el tablero, en medio de los asientos, había una caja de pañuelos de papel, sacó un par—. Toma, ya no llores ni te sientas mal por elegir lo que es correcto para ti.

—Gracias —dijo, recibiéndolo y sacudiéndose la nariz—. Te quiero, Renato, más de lo que te puedo explicar, pero no podemos tener un noviazgo, no es el momento…, no lo es.

—Lo entiendo, sé que no quieres tener que elegir… y nunca te pondría en una situación como esa, no voy a hacerte las cosas más difíciles de lo que ya son. —Sabía que no tenía opción, lo mejor era renunciar a Samira, dejarla para que pudiera seguir adelante con sus sueños, aunque

eso a él le destrozara el corazón—. Seguiré siendo tu amigo, en la medida de lo posible… Solo te pido una cosa.

—¿Qué? —preguntó con un chillido, no esperaba que él estuviera de acuerdo, esperaba que por lo menos insistiera un poco, pero entendía que no quería hacer las cosas más difíciles para los dos.

—Que respetes si en algún momento decido alejarme; por ahora, intentaré seguir siendo tu amigo, pero no sé por cuánto tiempo pueda soportarlo… Porque, no solo te quiero, te amo profundamente, Samira; nunca he dejado de hacerlo, de eso estoy completamente seguro. Mi corazón quiere estar contigo, mi deseo constante es querer hacerte el amor, querer tocarte, abrazarte, sentirte. Y no sé si la razón pueda imponerse a eso, en el transcurso del tiempo.

Samira tardó casi un minuto en asimilar su petición, no estaba segura si en algún momento se arrepentiría de eso, pero al igual que ella, él estaba dando sus razones de por qué las cosas no eran fáciles para ninguno de los dos. Así que, movió la cabeza, asintiendo con lentitud.

—Lo respetaré —confirmó y se sacudió una vez más la nariz, sin hacerle caso a ese terrible pellizco que sentía en el corazón.

—Bien. —Renato estuvo de acuerdo—. ¿Crees que estás en condiciones de conducir? Si prefieres, puedo llevarte a casa y regreso en taxi al hotel.

—Puedo conducir —aseguró, sabía que llevar a Renato hasta su hogar, era jugar con fuego y su fuerza de voluntad era muy poca; siempre, cuando se trataba de Renato, terminaba quemándose.

—Está bien, entonces, puedo estar tranquilo. —Se acercó al rostro de Samira. Vendería su alma al diablo con tal de poder perderse en su boca, pero eso solo contradeciría todo lo que acababan de hablar; así que, volvió a besarle la frente—. ¿Puedes avisarme cuando llegues a casa?

—Lo haré, pero no tengo tu número. —Entonces, desbloqueó su teléfono y se lo extendió—, agrégalo.

Renato, que aun contenía un tornado de emociones que hacía estragos en su pecho, recibió el móvil e ingresó su número, asignándole su nombre y apellido. Necesitaba afrontar eso con la mayor madurez emocional posible, porque se estaba enfrentando a la mayor prueba de fuego de su vida.

Le fue imposible no hacer visible el ligero temblor de su mano cuando le devolvió el móvil, pero para disimular su estado, se obligó a sonreírle.

—Voy a bajarme aquí, caminaré hasta el hotel.

—Puedo dejarte en frente... —Le interrumpió, urgida.

—Necesito caminar. —Era cierto, tenía que despejar su cabeza y la mejor manera era perderse en las calles de Madrid.

—Bien, lo entiendo. —Abrió la puerta del coche, bajó y caminó hasta el lado del conductor, ya Renato estaba esperando fuera. Fue ella quien lo abrazó con fuerza, odiaba sentirse tan bien entre sus brazos. ¿Por qué no podía quedarse ahí para siempre?

—Recuerda avisarme cuando llegues a casa. —Le dijo en el momento que rompió el abrazo.

—Prometo que lo haré. —Le sonrió.

Renato asintió y esperó hasta que ella subió al coche y se puso en marcha, luego se dedicó a caminar, pasó por el frente del hotel y continuó hasta la Gran Vía.

Iba ensimismado en una ardua batalla con sus emociones, quería encontrar una solución en la que él no tuviera que sufrir ni ella tuviera que sacrificar su carrera ni sus sentimientos; porque, sin duda, ella estaba eligiendo dejar de lado su vida personal, para dedicarse solo al ámbito

profesional. Para ella, por el momento, no había cabida para las dos.

Deambuló por más de quince minutos, hasta que abandonó la Gran Vía y cruzó a la derecha, fue entonces cuando vio un aviso luminoso que anunciaba una presentación especial de medianoche, de un espectáculo de flamenco. Sin pensarlo, entró al local.

—¿Es necesaria una reserva? —Le preguntó al anfitrión.

—No, aún tenemos lugares disponibles, solo tiene que pagar el ingreso —respondió amablemente el hombre vestido con un traje negro y una corbata roja.

Luego de pagar, Renato fue guiado a una de las mesas frente a la tarima, aprovechó para mirar su celular y encontró que Samira le había escrito hacía unos diez minutos. Estaba tan perdido en sus pensamientos, que no sintió cuando vibró por la notificación.

En su respuesta breve, le deseó que descansara y se dedicó a mirar el lugar, con sus ornamentos muy al estilo arquitectónico de Alhambra. Tenía la sensación de que ya había visto antes ese sitio, pero estaba seguro de que nunca había estado ahí.

Un mesero se acercó a ofrecerle la carta de vinos, pero no la recibió, solicitó un agua con gas, y una rodaja de limón.

En cuanto el hombre se marchó, creyó recordar de dónde se le hacía familiar; tomó su móvil y fue al perfil de: «Alma Gitana».

Revisó las fotografías, no había una sola imagen de la cara de Samira, en todas la ocultaba. Había una que le gustaba mucho, en la que sostenía un estetoscopio y de fondo estaba el largo pasillo de un hospital, aunque enfocaba el instrumento, podía distinguir el lugar donde había tomado esa foto.

Y muchas, muchas de paisajes. Sin duda, había tenido la oportunidad de viajar a varios lugares de Europa, y eso a él le hacía feliz. Aun recordaba esa vez, cuando, sentados en la arena frente a la ensenada de Botafogo, le confesó que recién a sus diecisiete años conocía el mar. Algo que para él era casi insólito, pues vivían en una ciudad costera. En ese entonces, sintió una mezcla de tristeza e impotencia por la forma de vida tan limitada que había llevado; sobre todo, porque se trataba de barreras invisibles que sus familiares le habían impuesto.

Siguió buscando en el perfil, hasta que consiguió esa que le recordaba aquel lugar y confirmó que era Torres Bermejas.

Le agradó darse cuenta de que estaba en un sitio al que ella había ido y que estaba muy conectado a sus raíces gitanas. Por lo que, en cuanto empezó el espectáculo ofrecido por dos hombres y una mujer con un vestido negro, por más que quiso enfocarse en la mujer de enérgico taconeo, en sus expresiones dramáticas y el movimiento hipnótico del movimiento de sus manos, solo podía ver a Samira, en aquella presentación privada que le brindo para su cumpleaños. Sentía su corazón latiendo al ritmo del fuerte taconeo y la necesidad por su gitana se hacía aún más grande.

Estaba seguro de que ya no quería pasar sus noches sin ella, retomar su vida en el punto en el que estaba hacía un par de días iba a ser imposible, no podría volver a romper su alma; por el contrario, una fuerte resolución se abría posado en su pecho.

Al salir, regresó caminando al hotel, en cuanto entró a su habitación se fue directo al baño, de ahí salió con un albornoz y se fue a la cama. Apagó las luces y dejó el móvil sobre la mesita de noche, pero una sola idea daba vueltas en su cabeza y no lo dejaba dormir, tras una hora en la misma situación, dejó de resistirse y cogió el móvil, porque no podía perder tiempo. De inmediato, le marcó a Bruno, tras varios tonos, la llamada se le fue al buzón de mensajes, colgó y volvió a marcarle.

Fue en el tercer intento cuando escuchó la voz adormecida y también preocupada de su

amigo.

—Renato, ¿qué sucede? ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien… Te estoy llamando porque necesito un favor.

—¿Un favor a las tres de la madrugada? —preguntó con un gruñido.

—Lo siento, no me he dado cuenta de la hora…

—¿Ansiedad? —interrogó con cautela.

—No, no…; bueno, sí, pero solo un poco. —Después de toda una vida viviendo con ese trastorno, sabía identificar todos los matices de la ansiedad—. Bruno, amigo… ¿Puedes llamar a Raissa y preguntarle por el número telefónico de Julio César? No se lo quiero pedir directamente porque se lo dirá a Samira y esta no debe enterarse de que quiero ponerme en contacto con Julio… Te pido que seas prudente.

—Bien, bien, puedo hacerlo, pero a una hora normal. ¿Te parece?

—Sí, sí. Te lo agradezco —exhaló aliviado y pudo escuchar los murmullos de Vera, que le preguntaba si estaba bien. Bruno le dijo que sí—. Haz lo posible para que Raissa no sospeche nada.

—Está bien, ya me inventaré algo.

—Gracias, vuelve a dormir y discúlpame con Vera por haberles interrumpido el sueño.

—No te preocupes, tú también trata de dormir.

—Lo intentaré —dijo con toda sinceridad y terminó la llamada.

CAPÍTULO 51

Samira despertó mucho antes de la hora que había puesto en el despertador. Ese día lo tenía sumamente ocupado, ya que debía ir a abrir el café; luego, a mediodía, iría a hacer las compras al Mercadona, para abastecer el apartamento, pues sus invitados llegarían esa tarde. Además, tendría que pasar por la tintorería a buscar varias prendas y también pasar por la toga, el birrete y la estola, para las fotografías que le harían al día siguiente.

Se permitió la indulgencia de quedarse remoloneando unos minutos en la cama, una vez que se le aclaró la vista, tomó el móvil; vio las pocas notificaciones que le habían llegado y después saltó a la galería, para ver las fotos que hizo la noche anterior.

Sus ojos, de manera irremediable, se fueron hacia Renato y lo acercó, solo para fijarse detenidamente en él.

Su corazón se aceleró al mirar sus labios, sentía la necesidad de que la besaran, que calentara su piel con el roce de su lengua y su barba.

No solo se daba cuenta de que lo amaba, también lo deseaba de una forma antinatural, quería sentir sus manos apretando sus carnes, el calor de su aliento… Sabía que en ese momento podía dejar de lado su orgullo, solo por despertarse con él a su lado; tenerlo ahí, al alcance de la mano y a su disposición, para insinuarle las ganas que se estaban formando en su vientre.

Resopló llena de frustración, apagó la pantalla del teléfono y lo dejó a un lado, entre las sábanas revueltas. Inhaló y exhaló en varias oportunidades; luego, volvió a tomar el móvil, buscaba en el aparato algo con que distraerse, pero solo terminó entrando a la aplicación de música y ahí buscó la lista de reproducción que hacía muchos años había eliminado y volvió a agregarla; entonces, la puso a reproducir. Dejó el móvil sobre su pecho y cerró los ojos, dejándose arrastrar a los recuerdos que cada canción le traía, mientras cantaba bajito todas las letras.

Pero tras unas cuatro canciones, empezó a sonar: «Mi marciana», de Alejandro Sanz, y con la potencia de un trueno, recordó y revivió el momento en que Renato se la cantó bajito, al día siguiente de haber hecho el amor por primera vez… Esa mañana, él iba a darle sexo oral por primera vez, pero fue interrumpido por el sonido de sus tripas.

Sonrió y se sonrojó ante el recuerdo, al tiempo que sus pezones se volvieron más duros. No tenía caso resistirse, sabía que todo ese descontrol se debía a sus días de ovulación y la excitación la dominaba.

Apartó el móvil, una vez más; luego, para estar más cómoda se quitó el pijama y las bragas; sin perder tiempo, empezó a tocarse, porque anhelaba ese desahogo con la imagen de Renato tras sus párpados caídos.

Quería tenerlo ahí, que se la comiera a besos, que su roce y su aroma fueran lo que despertara sus hormonas. Sentía que el trabajo que hacía con dedos, que la intensidad que le ponía, por primera vez en mucho tiempo no era suficiente, a pesar de que no abandonaba la tarea de darse placer, no lo conseguía, aunque lo quería con todo su ser. Estaba sobre una cuerda floja, entre placer y frustración.

Así que, llevada por la irracionalidad de la más ardiente excitación, dejó quieto sus dedos sobre su clítoris, esperó unos segundos y retomó el movimiento circular; incluso, se daba golpecitos, estimulándolo para llegar al punto más alto, pero era imposible, no lo conseguía. No importaba lo que hiciera, seguía a punto, pero no llegaba.

Ahora, completamente frustrada y sin la mínima intención de quedarse con las ganas, buscó el teléfono entre las sábanas y se fue directa a los mensajes que había intercambiado la noche anterior con Renato, y empezó a teclear.

Por favor, olvida todo lo que te dije anoche… No quiero pensar en las cosas que están por venir, solo quiero el aquí y ahora, y justo en este instante te necesito conmigo… ¿Podrías venir a hacerme el amor?

—No, no… —Se detuvo cuando estaba por enviarlo, junto a su ubicación—. Samira, ¿estás loca? No puedes permitir que un momento de excitación defina el resto de tu vida —farfulló mientras borraba el mensaje. Luego volvió a tirar el móvil en la cama y con sus partes íntimas todavía latiendo de pura frustración, se levantó y se fue al baño.

Luego de unos treinta minutos bajo la ducha, consiguió despejar su mente y sus ganas, cuando regresó a la habitación, ya la alarma estaba sonando y con un anuncio de su voz la detuvo. De inmediato, el asistente le dio los buenos días, dijo el tiempo, le recordó sus tareas y, por último, resumió las noticias sobre medicina. Todo eso lo escuchó mientras se cambiaba.

Como su día era bastante agitado, optó por unos vaqueros, una camisa blanca y unos mocasines. Y solo por si el clima cumplía con lo previsto, se hizo de un jersey que se pondría sobre los hombros.

Luego de aplicarse su rutina de cuidado del cutis, se maquilló bastante natural y se hizo una coleta. Cogió una mochila pequeña y guardó en ella todo lo que usaría ese día.

Salió de su apartamento y subió a su coche, rumbo a Saudades.

Aprovechó un semáforo en rojo, para informarle a Julio César que ya iba en camino. Aunque él no fuera esa mañana, siempre cumplían con la responsabilidad de ponerse al tanto de todo; razón por la cual, además de su amistad, el negocio había funcionado con bastante éxito.

De hecho, solían tener más desacuerdos como amigos que como socios. Le extrañó que casi enseguida le respondiera, deseándole un buen día y que estaba atento por si necesitaba algo. Él no era de los que solían levantarse antes de las once de la mañana, a menos que tuviera algún compromiso; bueno, quizá tendría que acompañar a Amaury a algún lugar.

Le envió una nota de voz, sabía que la noche anterior, las cosas entre ellos se tensaron un poco, pero ese tema siempre era mejor tratarlo en persona. Terminando la nota, se iluminó la pantalla, anunciando una llamada de Mirko, su estómago se encogió entre los nervios y un inusitado miedo. No por miedo a Mirko, sino porque la imagen de Renato, apareció nítida en sus pensamientos.

Sacudió la cabeza, rechazando la idea de anteponer a Renato, a cualquier otro interés amoroso; aunque, ciertamente, su interés por Mirko era solo amistoso, bien sabía que así no lo era para él.

Atendió mientras seguía conduciendo.

—Hola, *bambolotta*, ¿cómo estás? —saludó con un ánimo de quien estaba bastante descansado.

—Hola, Mirko —saludó, sonriente, al tiempo que cruzaba a la derecha y echaba un vistazo por el retrovisor—. Muy bien, de camino a Saudade, ¿y tú?

—Bien, bien…, con muchas ganas de compartir un desayuno contigo en Saudade.

Samira rio ante la espontaneidad de Mirko y porque le era imposible negarse a esa invitación.

—Acepto, te espero… ¿En cuánto tiempo?

—Dime tú y ahí estaré.

—En una hora, primero tengo que cumplir con unos pendientes. —Tenía una reunión por

videollamada con el Administrador de las Redes Sociales del negocio, y debía recibir a algunos proveedores.

—Perfecto, no quiero entorpecer tus compromisos… Y luego, ¿qué harás? ¿Hasta qué hora estarás en Saudade?

—Al parecer, tienes el día libre —comentó mientras buscaba una plaza en el arcén, para aparcar.

—Aprovéchame, estaré disponible hasta las cinco de la tarde.

—A mediodía tengo que ir al Mercadona, pero sé que lo que menos quieres es ir al supermercado…

—*Bambolotta*, si es contigo, voy al infierno…

—Ya, no seas tan zalamero —intervino, divertida, al tiempo que aparcaba el coche.

—En serio, Samira. No tengo problemas en acompañarte al súper…

—Bien, cuando estés aquí lo decidimos. —Abrió la puerta y bajó—. Nos vemos en un rato.

—Nos vemos, colega.

Pudo imaginarlo sonriendo ladino. Cortó la llamada y tras guardar el móvil, caminó rauda hacia su negocio, estaba loca por un capuchino extragrande con bastante crema y caramelo.

Mirko tuvo que esperar unos diez minutos a que ella terminara de atender al último proveedor. Cuando salió de su oficina, se fue directa a la terraza y, en cuanto lo vio con los brazos cruzados, sonriéndole taimadamente, reafirmó que era bastante guapo, en verdad, muy guapo; pero no la emocionaba de la manera en que lo hacía Renato.

Estaba segura de que, si hubiese sido el carioca el que estuviera ahí sentado, con apenas una sonrisa dócil y esa aura tímida que siempre lo acompañaba, le habría hecho temblar hasta el suelo, le aceleraría los latidos y; en su estómago, cientos de mariposas alzarían el vuelo.

Apretó los puños y se recriminó mentalmente por las tontas comparaciones; no tenía sentido siquiera hacerlas, porque Renato siempre saldría vencedor, ya que él tenía entre sus dedos los hilos de su pobre corazón y solo en sus ojos podía perderse y encontrarse.

Saludó a Mirko con un beso en cada mejilla y, una vez que se sentó, empezó a contarle lo que había estado haciendo. Él le pidió que no se disculpara por hacer su trabajo y se hizo del menú para elegir su desayuno.

—¿Qué me recomiendas? —Aunque ya había probado varios, quería su recomendación.

Aprovechado que él estaba concentrado en el menú, para mirar el teléfono; levantó la mirada, tratando de ocultar la decepción que la invadía, porque Renato no le había escrito. Era cierto que no tenía que hacerlo, pues no habían acordado saludarse; no obstante, creyó que la noche anterior terminaron en buenos términos y que llevarían una relación, por lo menos, amistosa; y los amigos solían saludar o eso era lo que esperaba.

—Mira —dijo, señalando uno de los platillos—, este es muy bueno, pan de chapata con beicon y queso fundido… Aunque, si prefieres algo más tradicional, puedes pedirlo con lomo adobado y rulo de cabra.

—¿Qué pedirás tú?

—Pan con tomate… y un capuchino —sonrió—. El segundo del día.

—Bien, entonces, seguiré tu consejo y pediré el de queso fundido y beicon…, también quiero un café vienés.

Durante la comida, Mirko la instó a conversar sobre los preparativos del acto de grado. Samira se animó a contarle en detalle todo lo que aún le faltaba y lo ansiosa que estaba por la llegada de sus amigos. En más de una oportunidad, se vio tentada a contarle sobre su reencuentro con Renato, pero eso le llevaría a tener que decirle toda la historia o gran parte de ella, y no

quería incomodar a su amigo.

Fue en un momento en que miró su teléfono, para ver si había recibido ese mensaje que tanto deseaba, que se dio cuenta de la hora y se sobresaltó; se había pasado por quince minutos el tiempo de ir al Mercadona. Si no se iba enseguida, no alcanzaría a hacer todos los pendientes del día.

Hacer las compras con Mirko, fue de gran alivio, porque le ayudó a seleccionar los productos y eso hizo que todo fuese más rápido; además, le acompañó al apartamento y apoyó en organizar las cosas. No obstante, en cierto momento, la situación se tornó algo incómoda, cuando, mientras guardaban algunos lácteos en el refrigerador, tropezaron y las disculpas casi terminaron en un beso por parte de él.

—Lo siento —dijo sonriendo y algo sonrojado, al ver el evidente rechazo por parte de ella.

—No pasa nada… —Se volvió hacia la isla, donde estaban algunos vegetales. En medio de los nervios, se puso un mechón detrás de la oreja y, sin pensarlo, se volvió con unos pepinos en las manos—. Mirko…, lo siento, hace un par de días volví a ver a un ex, del que sigo enamorada. Creo que es justo que lo sepas, porque quizá lo verás el día de la graduación…

—Vale, no pasa nada —soltó una risita algo incómoda, ni él mismo se creía que saber eso lo tenía sin cuidado—. ¿Piensas regresar con él? Digo, si es que él también sigue enamorado de ti… Me gustas mucho, Samira. Eso es más que evidente, pero…

—No. —Lo interrumpió—, no quiero volver con él; en realidad, por ahora, no quiero tener una relación con nadie… Quiero enfocarme en presentar el MIR, ya sabes que eso requiere de toda mi atención. —Evadió tener que mirarlo a los ojos, al momento de caminar al refrigerador, para guardar los pepinos.

—Pero acabas de decir que aún lo amas. Por experiencia, sé que es difícil ir en contra de los sentimientos. Estar enamorado es como una adicción y, estar cerca de la persona que te desestabiliza los sentidos, es como estar frente a la droga favorita, por mucha fuerza de voluntad que tengas, terminarás cediendo… Y tus planes de hacer otras cosas, se van a la mierda.

—No, no lo entiendes, Mirko, no lo tendré en frente, él no vive en Madrid. Tiene su vida en Brasil, su trabajo, su familia… Solo estará aquí por unos días. Sé que puedo abstenerme hasta el día de mi graduación, luego se irá… y todo volverá a ser como antes. Estaré enfocada en mis cosas, en mi vida. Si te digo todo esto es porque confío en ti… y quiero que sigamos siendo amigos.

—Pensé que me hablabas de Ismael, creí que había regresado —expresó su desconcierto.

Había conocido a Samira cuando aún era novia del diseñador gráfico o; mejor dicho, al final ya de esa relación, porque ese día que ella se lo presentó, fue tras el episodio incómodo de haberlos visto discutiendo.

En secreto, le hizo feliz saber que la relación estaba bastante deteriorada y que solo era cuestión de tiempo para que ella quedara libre. No obstante, los meses pasaban y ellos no daban por terminada la relación; por lo que, él se permitió tener a otra mujer, para que le hiciera desviar su atención del imposible que Samira se había vuelto.

Aun cuando ella terminó con Ismael, él siguió en su relación con Aurora, pero no por mucho tiempo. No pudo seguir engañándose ni engañando a la enfermera, porque a quien quería era a la gitana.

Ahora, cuando por fin creyó estar ganándose la atención de Samira, aparecía otro sujeto del que no sabía ni mierda y del que ella seguía enamorada. Era imposible no sentir que la frustración le subía desde los pies y le calentaba las orejas, pero no tenía más opción que disimular.

—No, no es Ismael, llevo mucho tiempo sin hablar con él… —Samira chasqueó la lengua, para cambiar de tema—. Pero, como ya te dije, no tiene importancia, él se irá…

—*Bambolotta*, respira —intervino, al verla nerviosa—. No pasa nada, seguiré siendo tu amigo. Sí, me gustas y soy demasiado malo para ocultarlo, pero no quiero que por eso arruinemos la relación que ahora tenemos. Disfruto estando contigo y con lo que me das… —Le aseguró, pasándole las fresas—. Me conformo con tu compañía. —Aprovechó que lo miraba a la cara, para sonreírle.

Samira exhaló, aliviada. Exactamente esa madurez era lo que le gustaba tanto de Mirko.

—Sabes que yo también disfruto mucho de tu compañía. —Le dijo y se volvió al refrigerador, para guardar las fresas que él le entregó.

Cuando Renato logró obtener el número de teléfono de Julio César, de inmediato se comunicó con él; en realidad, pensó que no accedería a que se vieran en persona, pero, para su sorpresa, aceptó y le indicó dónde podrían verse. Estuvo ahí a la hora pautada y trató de ocultar su ansiedad en todo momento.

La reunión duró casi una hora, sobre todo, porque él quiso saber cómo Samira había llevado la vida hasta ahora, pero con eso, Julio César fue bastante reservado; lo cortó diciendo que, decírselo, le competía a la misma Samira, que no ventilaría nada sobre su amiga.

Como era de esperar, el peruano se mostró bastante reacio y su actitud no fue la mejor; aun así, en algún momento, no supo qué dijo o qué hizo, pero consiguió que le confesara ciertas cosas que lo hicieron reaccionar.

Ahora tenía la mirada fija en el paisaje borroso que dejaba atrás, iba de camino al aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas. Ya que, luego de esa seria y muy larga conversación con Julio César, tuvo realmente claro lo que debía hacer.

CAPÍTULO 52

El gran día que Samira tanto había anhelado y por el que tanto había luchado por fin llegó. Suponía que debía estar descansada, pero le fue imposible dormir plácidamente, tuvo varios sueños en los que su acto de grado terminaba arruinado antes de que pudiera recibir el título.

Incluso, en algún momento despertó con la sensación de que no había aprobado un par de asignaturas. Fue tan real, que al darse cuenta de que solo se trataba de un sueño, se le escaparon lágrimas de alivio y le costó mucho volver a dormir.

No pudo conciliar el sueño sino hasta entrada la mañana, por lo que, despertó casi a las once y, aun así, se sentía agotada. Se quedó unos minutos más en la cama, tomó el móvil y empezó a revisar todas las felicitaciones que le habían dejado sus amigos y algunos conocidos.

También había un video de Adonay, en compañía de su esposa y su bebé, que aún seguía en la incubadora. El mensaje era claro, le decía que estaba muy orgulloso de ella y le pedía perdón por las veces que no le apoyó en sus sueños. La verdad era que tenía miedo de que saliera al mundo de los payos y le hicieran tanto daño como para que dejara de creer en sí misma.

Con lágrimas en su garganta, le agradeció con una nota de voz y le expresó que estaba muy ansiosa y mucho más asustada.

Buscó y buscó, con la esperanza de tener algo de Renato, pero nada; sintió la decepción y el dolor cubrirla como una segunda piel. Había desaparecido desde hacía cuatro días, quizá le estaba pagando con la misma moneda al dejarla sin avisar.

Su parte racional le decía que, simplemente, decidió alejarse como se lo dijo la última noche que conversaron, a lo mejor no podía lidiar con llevar solo una relación amistosa. Le había prometido respetar si él tomaba esa decisión, pero eso no significaba que todos los días, al no tener noticias de él, no se le hiciera trizas el corazón.

Le había escrito mil mensajes, pero también los había borrado antes de enviarlos. Hacía un par de noches perdió toda esperanza y lloró desconsolada en su almohada, cuando se aventuró a llamar al hotel y al preguntar por él, le dijeron que el señor Medeiros ya no estaba hospedado ahí.

El día anterior confirmó que se había marchado, cuando se vio con sus amigas para retirar sus vestidos y Raissa le dijo que tampoco estaba en su casa. En ese instante, ella intentó llamarlo para preguntarle dónde estaba y si estaría presente en el acto de grado, pero Samira no se lo permitió, no quería seguir torturándose, solo asumió que después de todo, no tomó tan bien esa última conversación que tuvieron. En ese instante, se dio cuenta de que la actitud de Renato fue muy clara, porque no permitió que lo dejara en el hotel y le dijo que necesitaba caminar; seguramente, solo quería pensar y llegó a la conclusión de que lo mejor sería dar todo por perdido y marcharse.

Le prometió que respetaría si esa era su decisión y eso haría, aunque ahora estaba arrepentida.

Dejó el móvil de lado, se sentó al borde del colchón, con los pies bien plantados en la alfombra y desvió la mirada hacia su vestido colgado del perchero junto a la ventana. Era un Versace, amarillo crema, estilo romano, de un solo hombro; tenía una larga cola y una abertura en la pierna derecha, que le encantaba.

Se obligó a dejar de pensar en Renato y se permitió vivir la emoción de ese momento, su corazón se aceleró y sonrió de solo imaginar que estaba a pocas horas de hacer su más grande sueño realidad. Ya lo había conseguido desde el momento en que aprobó todos los créditos y

requisitos universitarios, pero poder recibir el título en la ceremonia, iba a ser la recompensa por tanto esfuerzo.

Pudo escuchar la risa de Daniela, al otro lado de la puerta, lo que le hizo saber que sus amigos ya estaban despiertos. Se levantó y fue al baño, se lavó la cara y los dientes; se cambió el pijama por unos vaqueros y camiseta cortos, y se calzó unas sandalias. Luego se recogió el cabello en una coleta alta y salió.

Los encontró a todos sentados en el comedor, la mesa estaba repleta de alimentos, pudo ver arepas; estaba segura de que las había hecho Daniela, también había huevos revueltos, aguacate, queso, carne mechada, café, leche, jugo de naranja y más, como para darle de comer a un batallón.

—Buenos días —saludó, para hacerse notar en medio de la algarabía. Prefería eso mil veces al silencio ensordecedor con el que se encontraba todos los días al despertar y que solo amortiguaba con música.

—Buenos días —respondieron al unísono.

Todos le sonreían.

—¿Te hemos despertado? —preguntó Daniela, mientras untaba con mantequilla una arepa.

—Con tu risa tan discreta, ya lo creo —comentó Ramona y se apresuró en preparar un capuchino para Samira.

—Es cierto que te ríes como hiena, pero ya estaba despierta —dijo Samira, avanzando hacia sus amigos—. Gracias —dijo al recibir el café que le tendía Ramona y le dio un beso en la mejilla.

Luego se acercó a Daniela, también le dio un beso en la mejilla y lo mismo hizo con Carlos. Esta vez, no habían traído a su ahijada, porque era mucho más fácil viajar sin la niña; la dejaron al cuidado de su abuela paterna, quien terminó por mudarse a Chile, con ellos.

—Todo se ve tan rico —dijo, ubicándose entre Daniela y Ramona, sin dejar de mirar la mesa —. No sé por dónde empezar… Quiero comer de todo y lo peor es que no puedo, temo que después el vestido no me quede.

—Sabemos que puedes comerte veinte arepas y no vas a engordar ni un gramo —dijo Daniela, poniéndole queso y aguacate a la arepa que se iba a comer—. Bendito metabolismo… ¡Cómo te envidio, chama!

—Sí, lo más probable es que no aumente mi un gramo, pero sí se me sale la panza —dijo agarrando una arepa—. Solo me comeré una, no permitan que me haga de otra… Aléjala. —Le entregó la cesta a Carlos.

Él la recibió y la puso al otro extremo de la mesa.

—Haré lo posible —dijo riendo—, pero sé que, aunque las lleve a la cocina, si quieres otra, nada te lo impedirá.

—Carlos, deberías darme ánimos. —Samira también reía. Le hacía tanto bien estar con ellos, olvidaba cualquier preocupación y replegaban sus nervios.

Empezaron a parlotear y perdieron la noción del tiempo, se dieron cuenta de que había pasado más de una hora cuando sonó el intercomunicador. Samira se levantó y corrió a la pantalla a contestar. El estómago se le encogió de un nervio súbito al ver a Andrea y a Santiago, su estilista y maquillista. Eso solo quería decir que acababa de empezar la cuenta regresiva para su acto de grado.

Los invitó a pasar y esperó en la puerta hasta que llegaran. En cuanto entraron, los presentó a sus amigos, quienes ya habían empezado a recoger la mesa, para también empezar a prepararse.

Samira los hizo pasar a su habitación y se avergonzó porque encontraron la cama

desordenada, por lo que, rápidamente, empezó a estirar las sábanas. Agarró el móvil, que había dejado en el colchón y lo puso sobre la mesa de noche.

—Voy a ducharme, pueden ir organizando todo, si llega Daniela o Ramona, pueden empezar con ellas. —Les dijo con toda la confianza, pues ya ellos habían ido a arreglarla, cuando tuvo que asistir a un par de eventos importantes.

Mientras se duchaba, los nervios se le intensificaban, las manos le temblaban y el corazón le palpitaba fuerte contra el esternón, pero también estaba feliz y se le escapaban risitas de pura dicha.

Empezó a tararear una canción para entrar en calma, por eso, en cuanto salió del baño, ya con las bragas puestas y el albornoz, se fue directa a la mesa de noche, donde había dejado el móvil, para conectarlo al sistema integrado de sonido que tenía por todo el apartamento. Quería poner música que animara el ambiente e hiciera que el trabajo de su estilista y maquillista fuese más ameno.

Su corazón dio un vuelco y la respiración se le atascó en la garganta cuando vio que tenía una notificación que anunciaba que Renato había agregado una nueva canción a la lista de reproducción. Después de cuatro días de haber desaparecido y sin dignarse siquiera a mostrar alguna señal, se hacía presente de esa manera… ¿Acaso se trataba de una broma? Qué manera tan bizarra de hacerse notar.

¿Qué pretendía con eso?

Justo ese era el mensaje que quería enviarle, pero no sabía si estaba molesta, resentida o esperanzada.

La puerta de su habitación se abrió, dando paso a Daniela.

—Aquí estoy para ayudar en lo que necesiten —dijo acercándose a Samira.

Ya Andrea y Santiago esperaban por ella. Sabía que no tenía tiempo que perder, por lo que, se giró hacia la silla que estaba frente al gran espejo que iba de piso a techo y se sentó con una sonrisa forzada y las manos temblorosas.

—Santiago, si quieres, puedes empezar con Daniela, mientras Andrea me hace el pelo —dijo Samira y bajó la mirada a la pantalla de su teléfono. Entró a la aplicación y buscó la canción.

«Yo no quiero suerte», de Alejandro Sanz.

Leyó mentalmente.

Su dedo pulgar derecho fue más rápido que su racionamiento y de inmediato la puso a reproducir; automáticamente, las mariposas en su estómago aletearon con tanta fuerza que crearon un infinito en su interior.

Ella conocía la canción, pero jamás había prestado mucha atención, por lo que, mientras se reproducía buscó las letras.

Hay quien la ve venir, hay quien la espera
Y quien se juega el porvenir
Se quedan como inertes, creyendo que está
Bien fiarse de la suerte.
Yo creo en el valor de atreverse a vivir
Y no decirle no a ir quemando rueda
Lo bueno de sentir es hacerlo hasta que pueda…

Samira levantó la vista de la pantalla para buscar la mirada de Daniela, pero ella estaba más que concentrada en su parloteo con Santiago; así que, regresó a las letras, aunque sus latidos iban a destrozarle el pecho y respirar le estaba costando un mundo.

Y cuando al despertar te quiero poseer
Loca forma de amar, me dices que me quieres
Y yo vuelvo a creer, me gusta como hieres…

Ella no entendía nada, qué era lo que quería decirle con esa canción, ¿acaso lo hirió al confesarle que lo seguía amando pero que no podían estar juntos?

Los ojos empezaron a picarle por las lágrimas que querían salir. Ni siquiera sentía que le estaban desenredando el cabello, porque estaba como fuera de su cuerpo y nada de lo que le rodeaba tenía sentido.

Y fue casualidad, teníamos que ser
No creo en el azar, los corazones fuertes
Se tienen que encontrar, no me hables de la suerte.

Y yo no quiero suerte, yo te tengo a ti.
Yo no quiero suerte, yo te tengo a ti.
Y yo no quiero suerte, yo te tengo a ti.
Yo no quiero suerte, yo te tengo a ti.

Siguió atenta a la canción, hasta que terminó y puso pausa a la siguiente, entonces, volvió a levantar la cabeza y su mirada se cruzó con la de Andrea, a través del espejo.

—¿Esto qué significa? ¿Qué demonios significa? —expresó las preguntas que la tenían contra la espada y la pared.

Andrea la miraba confundida, no entendía lo que Samira quería decirle, se volvió a mirar a su compañero, que tenía la misma expresión.

—¿Qué sucede? —preguntó Daniela, de inmediato se levantó y se acuclilló frente a Samira. Vio que las manos le temblaban, entonces, le quitó el móvil y lo dejó en el suelo, para sujetarle con fuerza las manos, descubriendo que las tenía heladas.

Daniela pensó que quizá estaba teniendo algún ataque de nervios o ansiedad por lo del acto de grado.

—Me va a volver loca…, está de remate y quiere arrastrarme a su mismo estado mental. —Tenía los ojos ahogados en lágrimas—. Dani, ¿qué es lo que quiere? —chilló desesperada. Odiaba las ganas insoportables de llorar que tenía, porque su maquillaje quedaría horrible. Debía calmarse, respiró profundo y luego exhaló.

—A ver, muñeca… cuéntame qué es lo que sucede, porque no estoy entendiendo nada. —Daniela, apoyó las rodillas en el suelo y hacía más fuerte su agarre en las manos de la gitana.

—Renato…, acaba de actualizar la lista de reproducción con esa canción que acaba de sonar... ¿Qué es lo que pretende? ¿Cómo es que desaparece y ahora hace esto?

Ya le había contado todo a Daniela, cómo no hacerlo si era su confidente. Además, era mejor que se enterara por ella misma a que lo hiciera por Julio César o cualquier otra persona.

—Lo siento, no le paré bolas —dijo haciendo una mueca de disculpas—. Pero no tienes que volver a escucharla si te altera de esta manera… Y, evidentemente, también te desconcierta —masculló—. ¿Por qué no le escribes y le preguntas qué es lo que quiere o por qué se marchó sin siquiera despedirse? Debe existir alguna explicación y quizá esté esperando una reacción de tu parte.

—¿Por qué tenía que hacerlo hoy? Precisamente hoy, cuando tengo que estar concentrada en el acto de grado —resopló y su rostro se tornó rojo, por la molestia.

—Si quieres, yo lo llamo —propuso Daniela, tendiéndole la mano para que le diera el móvil.

Samira temió que ella pudiera decir cosas que terminaran complicando todo, por lo que, negó con la cabeza.

—Mejor no darle importancia, si quiere comunicarse conmigo, que lo haga como la gente normal, que me llame o me envíe un mensaje… —Miró por encima de su hombro a la estilista —. Andrea, continuemos, por favor. —Le pidió, al tiempo que reproducía otra lista y dejó el móvil en la mesa de al lado, donde también estaban los implementos y productos de belleza.

No podía mentirse, aunque intentaba concentrarse en el peinado que le estaban haciendo, no podía sacarse a Renato de la cabeza, esa había sido su manera tan potente de hacerse presente, aunque estuviese faltando a su palabra de acompañarla el día más importante de su vida. Ser consciente de eso, hizo que un intenso calor se concentrara en su estómago.

Pocos minutos después, entró Ramona con té helado para todos.

—Gracias, amiga —dijo al recibir su vaso con bastante hielo. La bebida refrescó sus emociones y solo entonces se daba cuenta del gran trabajo que estaba haciendo Andrea con su cabello.

Dos horas después, ya estaba casi lista para salir hacia la universidad, ya que el acto se haría en el anfiteatro de sus instalaciones. Se echaba un último vistazo frente al espejo y estaba más que satisfecha, porque lucía hermosa, mucho más de lo que alguna vez imaginó. Junto a ella estaban Ramona y Daniela, ratificando que se veía deslumbrante; no obstante, fueron interrumpidas por un llamado a la puerta.

—Estamos tardando más de la cuenta —dijo Samira, de camino a la puerta, no solo para abrir, sino para salir de la habitación.

—Debe ser Carlos —comentó Daniela, al tiempo que se hacía de su cartera.

—Sami, llegaron un par de arreglos florales —avisó Carlos, sonriente—. ¡Vaya! Ustedes sí que están preciosas —pregonó al verlas ya listas.

De manera inevitable, a Samira se le aceleraron los latidos y la dicha invadió su torrente sanguíneo. No pudo evitar que Renato fuese quien primero llegara a su mente.

—Gracias, Carlos… —Casi corrió fuera, para ir a ver las flores.

—¡Qué guapo te ves, mi amor! —elogió Daniela y se acercó a darle un casto beso en los labios.

Samira se encontró dos grandes arreglos en el salón principal, uno era de por lo menos sesenta rosas amarillas, con un oso de peluche alegórico a un graduado, con birrete y título. El otro era de rosas rojas y girasoles, estaban en una base negra y con un birrete encima. Sin duda, ambos eran obsequios por su graduación, pero se moría de curiosidad por saber quiénes eran los remitentes.

Sus manos temblaban cuando sacó del sobre la tarjeta del arreglo de rosas amarillas. Sonrió y sus ojos se llenaron de lágrimas al darse cuenta de que se trataba de Ismael.

La nota era hermosísima, le decía que estaba muy orgulloso de ella, de todos sus logros y de que nunca dudó de que lo conseguiría, también le agradecía por haberle permitido formar parte de su vida, aunque hubiese sido por poco tiempo.

Reafirmaba que la seguía queriendo y le deseaba todo el éxito del mundo.

Al terminar de leer, parpadeó varias veces para espantar las lágrimas, no podía llorar; no por el momento. Ya no estaba muy segura de leer la otra tarjeta, porque si era de Renato, terminaría llorando, más que de emoción, por rabia y dolor; pero su curiosidad era más fuerte que su autocontrol. Así que la tomó y, antes de abrirla y sacar la nota, acarició con ternura un pétalo de uno de los girasoles.

Solo le bastó con leer el encabezado que decía «Grillo» para saber de quien se trataba y se le escapó una risa temblorosa por las lágrimas.

Su corazón se sintió consolado, porque su primo, a pesar de la situación tan dura que estaba atravesando, se tomó el tiempo para tener ese extraordinario detalle con ella.

Decía que ese obsequio era en nombre de su familia, porque tanto él como su abuela, eran la representación de toda su gente. Que ella se estaba convirtiendo en un gran orgullo para toda la comunidad gitana y que se sintiera más gitana que nunca, que levantara ese título por todos lo que no han podido llegar tan lejos.

Ahora sí que no pudo contener las lágrimas y varias se le derramaron. Daniela y Ramona la abrazaron.

—Romina, Víctor y yo, también avalamos tu esfuerzo y, como parte de la *ratí callí*, nos sentimos muy felices por ti… —Ramona le besó el hombro descubierto—. *Que bujiro y camelo satsoró man garlochín*.

—Ay, ya están otra vez hablando en caló, eso es mala educación —protestó Daniela—. ¿Qué le has dicho? —Le preguntó a Ramona.

—Que me quiere y me adora con todo su corazón —tradujo Samira, sin dejar de sonreír. Se volvió y le dio un fuertísimo abrazo a su amiga. Luego apartó un brazo—. Ven aquí, no te pongas celosa. —Le dijo a Daniela y también la abrazó.

—Sé que están muy emocionales y con justa razón —intervino Carlos—, pero tengo que recordarles que contamos con el tiempo justo para llegar.

—Sí, sí…, tienes razón. —Samira rompió el abrazo, se volvió hacia los arreglos florares y acarició una rosa y un girasol.

Sin perder más tiempo salieron del apartamento y bajaron hasta el estacionamiento. Carlos ya era el conductor designado, Daniela fue de copiloto, mientras que Samira y Ramona se ubicaron en el asiento de atrás.

Samira aprovechó el trayecto para enviarles mensajes de agradecimiento a Adonay y a Ismael.

Se vio tentada a marcarle a su abuela, pero allá aún era temprano y seguro que su padre todavía no salía para el mercado, solo esperaba que cuando ella tuviera la oportunidad de llamarle, ya haya terminado la ceremonia.

Sus compañeros estaban más que activos en el grupo que tenían en el teléfono, le habían entrado más de doscientos mensajes, aunque sabía que no tendría tiempo de leerlos todos. Sobre todo, porque en ese momento prefería estar más atenta a sus acompañantes; así que, apagó la pantalla para guardar el móvil, pero en ese momento vibró con una nueva notificación y por curiosidad tenía que verla.

Renato había agregado otra canción a la lista de reproducción, y como siempre le pasaba cuando se trataba de él, su tonto corazón se aceleró frenéticamente. No sabía qué pretendía con todo eso, si quería ser o hacer algo especial, no era lo mejor, porque destrozaba sus nervios.

La canción era: «Contigo siempre», de El Arrebato. No podía escucharla en ese momento porque no sabía cuánto iba a afectarla y su prioridad era estar calmada y concentrada.

—¿Qué sucede? —Le preguntó Daniela, acercándose a su oído.

Seguramente se dio cuenta de que palideció, de inmediato, apagó la pantalla del móvil, negó con la cabeza y fingió una sonrisa, tratando estúpidamente de disimular su turbación.

No iba a dejar que nada más le robara la atención, por lo que, enseguida guardó el aparato en la cartera y se dedicó a seguir la conversación de sus amigos.

CAPÍTULO 53

Ya todos los graduandos estaban en el salón contiguo al anfiteatro, con los nervios *in crescendo*, a la espera de que fuera el momento para poder entrar al aulario y así iniciar la ceremonia que llevaban tanto tiempo anhelando.

Ellos ocuparían las primeras cinco filas, mientras que los familiares y amigos ya los esperaban, ocupando las butacas desde la sexta fila hacia arriba.

Samira y sus amigas estaban junto a un grupo, hablaban sobre la fiesta de esa noche y sobre los planes que tenían para disfrutar de los siguientes días libres. Por el momento, nadie hablaba del siguiente peldaño académico, preferían disfrutar al máximo la cumbre de esa etapa, darle la importancia que merecían tantos años de esfuerzos, tanto mentales como físicos. No en vano consiguieron terminar con éxito una de las carreras académicas más exigentes.

Los interrumpió la coordinadora, para informar que era momento de salir; de inmediato, todos empezaron a formar filas, como previamente lo habían practicado.

A Samira el corazón se le instaló en la garganta y las palmas empezaron a sudarles. A pesar de todo lo que había vivido y de lo mucho que pasó para llegar a ese instante, le costaba creerlo, lo vivía como si fuera un sueño y tenía mucho miedo de despertar. Quería pedirle a Doménica, que estaba delante, que la pellizcara.

—Vamos, vamos, muchachos, no podemos perder tiempo. —Los alentaba la mujer frente a las filas que conformaban los graduandos—. En dos minutos tenemos que salir.

—¡Estoy tan emocionada! —Raissa le puso las manos sobre los hombros a Samira—. Solo espero que los nervios no me hagan doler el estómago… ¿Te imaginas que me den ganas de ir al baño en plena ceremonia?

—No digas tonterías, eso no pasará. —La alentó Samira, apretándole la mano que tenía sobre su hombro derecho. Aunque ella misma no sabía si terminaría en la misma situación.

—Listo, ¡vamos, chicos! —La voz de la coordinadora los alentó. Ella se volvió hacia la salía y caminó.

La siguieron hasta la entrada, donde sus dos asistentes la esperaban y las filas se ramificaron para seguirlas y bajar los escalones hasta las primeras líneas de las butacas.

Los reflectores del lugar estaban encendidos y los pasos eran amortiguados por las alfombras de color granate.

A medida que Samira bajaba los escalones, se sentía como al borde de un precipicio; con miedo a caer, pero también con la paz de recibir el roce fresco de la brisa en la cara.

Se dedicó a mirar a los invitados, buscó a su derecha las caras conocidas de sus amigos, pudo ver a Romina y a Víctor; alzó la mano para saludarlos, y ellos también agitaron sus manos en respuesta, y sus sonrisas la emocionaron al punto de que sus ojos se llenaron de lágrimas.

Después, le fue imposible no ver los gestos animados de Daniela, Ramona, Julio César y Amaury. Les saludó, lanzándole besos mientras trataba de seguir el ritmo de los demás, para no retrasar la marcha; sin embargo, se sorprendió gratamente al ver a sus excompañeras de piso y a los chicos de Saudade.

Pero nada, absolutamente nada la preparó para el vuelco que dieron sus emociones cuando, en la última fila, vio a su abuela. Su grito de emoción sobresalió por la algarabía de todos y sus lágrimas se desbordaron. Tuvo que llevarse una mano al pecho porque sintió que su corazón se le saldría.

No, no podía correr a sus brazos para confirmar que sí estaba ahí y que no era producto de la imaginación. Aun así, se detuvo y le sujetó la mano, era real, ahí estaba su abuela y era la mayor sorpresa que había recibido en su vida.

Los ojos de Vadoma no solo estaban llenos de lágrimas, sino de un infinito orgullo y el amor más puro del universo. Se llevó la mano de su pequeña estrella a los labios y el dio varios besos, todos los que pudo, antes de que ella tuviera que seguir avanzando.

—Te quiero, abuela, te quiero —dijo con la voz rota, mirándola por encima del hombro, mientras bajaba los escalones que la llevaban a las primeras filas, donde tenía que ubicarse.

Con furtivas miradas hacia atrás, seguía mirando a la señora, pero también buscaba a Adonay, quizá él hizo todo lo posible para poder cumplirle, pero no, no vio a su primo; en cambio, se encontró con los ojos azules más bonitos que pudieran existir. Entonces, comprendió por qué había desaparecido por cuatro días. Solo pudo gesticular: «!Gracias! ¡Te odio!»

Sonrió, agradecida, y más lágrimas se le derramaron.

Renato solo afirmó con la cabeza, mientras seguía aplaudiendo y le sonreía. En ese momento, lamentó terriblemente no poder correr hacia él y comérselo a besos.

Fue en otra mirada, por encima de su hombro, que se dio cuenta de que no solo estaban su abuela y Renato; sino que, al lado del hombre de sus sueños, también estaban sus padres. Entonces, su estómago se le encogió y un súbito mareo casi la hace caer, tuvo que apoyarse en los hombros de Doménica.

No paraba de preguntarse qué hacían ellos ahí y cómo demonios había hecho Renato para traer a su abuela, cómo había conseguido convencerla para que viniera con él.

Cuando se sentó, miró a Raissa, ella estaba sonriéndole y le guiñó un ojo, luego le tomó la mano y entrelazó sus dedos con los de ella, apretándolos fuertemente. Samira volvió a mirar hacia atrás, no podía dejar de fijarse en lo hermosa que estaba su abuela, pero también le dolió en el alma darse cuenta de que se notaba muy mayor. De golpe, comprendió que se estaba perdiendo momentos invaluables junto a ella.

Doménica le tendió un pañuelo, porque apenas se daba cuenta de que estaba llorando abiertamente. Ya poco le importaba si el maquillaje se le arruinaba, solo quería poder ir con su abuela y empezó a desear que la ceremonia terminara cuanto antes.

—Gracias —susurró a Doménica y empezó a secarse las lágrimas con toquecitos. Luego miró a Raissa—. ¿Lo sabías?

—Empecé a sospecharlo cuando Bruno me pidió conseguir cuatro invitaciones, y Renato desapareció —dijo, sonriente—, pero jamás imaginé que vendría con sus padres… ¿Sabes cuán importante es el señor Garnett? —soltó una risita—. ¡Qué tonta! Por supuesto, tienes que saberlo, si fue tu suegro… Y, por lo visto, te sigue apreciando mucho…

—Creo que están a esto —intervino Doménica, mostrando una separación mínima entre sus dedos índice y pulgar—, de volver a ser novios… No tengo dudas de que es lo que el carioca quiere. Está dispuesto a reconquistarte y vino con la artillería pesada.

Samira tuvo que mirar, una vez más, por encima de su hombro, ya todos se habían sentado; aun así, consiguió ver dónde estaba Renato, junto a sus padres. El señor Garnett, le estaba diciendo algo al oído, mientras él sonreía muy ligeramente y asentía. En cambio, su mirada se cruzó con la verde de la madre de Renato, y esta le saludó con una mano y una sonrisa demasiado maternal, que provocó en ella una sensación de paz, aunque también la alteraba.

Esa señora era demasiado hermosa, una digna representación de pura distinción y elegancia.

En respuesta, le sonrió y, justo en ese momento, el comité académico hizo acto de presencia, con sus togas negras y estolas amarillas, por lo que, todos se levantaron y los recibieron con

aplausos. Ellos subieron los escalones hasta el escenario.

No dejaron de aplaudir hasta que el comité tomó asiento y el orador de la ceremonia también invitó a los graduandos y demás presentes a sentarse.

Tras el saludo, le dio la bienvenida al comité, a los maestros, al personal administrativo y de servicio, a los alumnos y todos los presentes. Luego, presentó a quienes lo acompañaban en la mesa; empezando desde la izquierda con la directora de continuidad asistencial; la subdirectora, gerente del hospital Severo Ochoa; director médico del hospital Universitario Infanta Leonor; el vicerrector; la gerente de la facultad; entre otros.

—Esta ceremonia reviste una gran importancia, porque se hace acto público de su comienzo como médicos, espero que sea entrañable y que sea una ceremonia agradable para todos y todas. —Se hizo de un par de hojas y empezó a leer—. Dentro del programa previsto, está el discurso preparado por los alumnos Francisco Hoguera y Samira Marcovich.

El aulario rompió en aplausos y algunos silbidos.

Samira se levantó, pero las piernas le temblaban tanto que no estaba segura de poder llegar al atril sin antes caerse. La boca se le había secado y le dolía el pecho; desde que fue seleccionada junto a Francisco, para dar el discurso, la atacaron los nervios; no obstante, lo había practicado tanto, que poco a poco se llenó de seguridad y durante semanas se imaginó ese momento, mirando a su abuela, a Adonay y a sus amigos, pero nunca, ni en sus más locos sueños, pensó tener que hacerlo frente a Renato y a sus padres. Inevitablemente, empezó a sentir el peso del mundo sobre sus hombros.

—Lo harás muy bien. —Le dijo Doménica y le dio un abrazo.

Samira sabía que el tiempo durante la ceremonia estaba perfectamente cronometrado, por lo que, inhaló profundo en busca de valor y caminó hacia las escaleras, donde ya Francisco la esperaba.

Él notó sus nervios y la tomó de la mano; ella, en agradecimiento, le sonrió y apretó más sus dedos entorno a la mano masculina.

Cuando llegaron al atril, Samira miró a sus seres queridos, pero, aunque los adoraba a todos; en ese momento, había dos que destacaban, dos a los que no podía dejar de mirar, por lo que, sus ojos iban de su abuela a Renato, y viceversa.

Las primeras palabras estaban a cargo de Francisco. Luego de saludar a la mesa de honor, a sus maestros, padrinos, compañeros y demás invitados, continuó.

—Es un honor poder darles la bienvenida a un día tan importante para nosotros. ¿Qué tendrá este día que consigue reunir a tanta gente con una sonrisa? ¿Qué tendrá de especial que reúne tanto orgullo entre estas cuatro paredes? La respuesta es que, hoy, conmemoraremos seis años de estudios, de sacrificios, desvelos…; seis años de dedicación, de superación y metas conseguidas… Seis años en los que, además de crecer como personas, hemos crecido como profesionales de la medicina; aunque sea feo que lo diga yo, no se me ocurre nada más bonito. —Se volvió a mirar a Samira, quien sonreía nerviosa, pero embargada de una felicidad que no podía describir, sabía que era su turno de seguir.

Tragó grueso y ajustó un poco el micrófono a su altura. No quería mirar a los asistentes, porque su miedo escénico se haría más intenso; sin embargo, al levantar las pupilas, encontró en la sonrisa de orgullo de su abuela, la serenidad que necesitaba para poder empezar.

Los ojos se Renato se iluminaron y su sonrisa se amplió como nunca mientras aplaudía, al darse cuenta de que era el turno de Samira. Su corazón estaba demasiado hinchado de orgullo y admiración; era primera vez que la veía como tantas veces anheló hacerlo. En ese instante, se daba cuenta de que el mayor sueño de Samira, también se había convertido en el suyo propio,

que ella pudiera alcanzar su más anhelada meta.

Él, que nunca había añorado nada más que un poco de estabilidad emocional, tener un poco más de control sobre sus miedos o tener más seguridad, pasó muchos años soñando con algo que ni siquiera era propio; y solo entonces se daba cuenta.

—Crecer como médicos, significa crecer con la humildad de toda una vida dedicada a aprender, con la generosidad de todo un tiempo ofrecido —dijo con una exhalación—, con el compromiso de permanecer en los momentos de máxima fragilidad; crecer como médicos significa crecer en equipo —dijo con la mirada en Doménica y Raissa, quienes ya tenían los ojos brillantes por las lágrimas contenidas—; sabiendo que, sin nuestros compañeros de profesión, nunca hubiésemos terminado de formarnos. Significa crecer auténticos, sabiendo que las buenas y malas noticias que nos encontremos en nuestro camino, marcarán nuestras vidas; significa crecer convencidos de que algún día, en algún momento, merecerá la pena el deber cumplido. Y es que, la medicina, es mucho más que una carrera, es amor al prójimo, es servicio, responsabilidad, respeto… Hoy confirmamos nuestro sí a todo esto y decimos, orgullosos, que estamos listos para empezar. —Samira hizo una pausa, para darle paso a las siguientes palabras de Francisco, pero antes de que él pudiera hablar, el público aplaudió su participación.

Ella tenía las lágrimas contenidas al ver cómo su abuela lloraba con tanta emoción. En ese momento, el señor Garnett le puso la mano en el hombro y le ofreció un pañuelo. A pesar de mostrarse un tanto recelosa, aceptó la prenda para secarse las lágrimas.

Para no echarse a llorar también, se volvió a mirar a su compañero, que continuaría con el discurso.

—Ciento veintidós personas nos graduamos hoy, cada uno con su historia… Unos reconocen su vocación desde que tenían uso de razón; otros, en cambio, tomaron la decisión al terminar selectividad, cada uno con sus motivaciones y sus cruces, sus años mejores y sus peores; muchos se fueron quedando a mitad de camino, pero los que hemos resistido y alcanzado el éxito, celebramos juntos esta tarde con orgullo, y compartimos el regocijo de este logro. A todos nos unió esta facultad, tan impresionante como imponente, desde aquel primer día, hace ya seis años; y fuimos partícipes de esos rápidos lazos de amistad que forjamos. —Tanto Francisco como Samira, sonrieron al ver a sus compañeros, quienes aplaudían con las manos en alto.

»Gracias a nuestros profesores de la facultad y del hospital Severo Ochoa, por formarnos y trasmitirnos todos sus valores, pasiones y vivencias. Gracias, por supuesto, a nuestros padrinos; al doctor Fuentes, por esas magistrales clases sobre la humanización de la medicina… Con muchos más nombres en la cabeza, pero sin tiempo para nombrarlos a todos, no queríamos dejar de dar las gracias a cada uno de los médicos que nos han regalado su tiempo, han sido nuestra inspiración para descubrir qué tipo de médicos queremos ser. Es algo que siempre vamos a recordar —concluyó para darle paso a Samira.

—Gracias infinitas a nuestros familiares —continuó esta, con total atención en su abuela—. Gracias por cultivar nuestros sueños desde pequeños, por animarnos en cada fracaso y celebrar nuestras victorias; gracias a todos los que nos ayudaron a cumplir este gran proyecto de vida… —Ya no pudo seguir ocultando sus emociones, la voz se le rompió por el llanto contenido; aun así, siguió—, el sueño más bonito del mundo. —Con rapidez, se limpió una lágrima que corrió por su mejilla izquierda y se emocionó aún más, al ver que, Renato, al igual que su abuela, se limpiaba las lágrimas. Ellos eran los principales testigos de cuán importante era ese momento para ella—. Hoy, este acto tiene también sus nombres… A ustedes, amigos y compañeros, gracias por compartir tantas emociones, tantos apuntes, tantas horas de bibliotecas, por las largas guardias nocturnas y los momentos inolvidables que guardamos en nuestras memorias. Esta

carrera nos ha regalado amistades para toda la vida, amores y multitud de compañeros a los que pedir favores en el futuro; sin ustedes, no tendríamos historias que contar y; han sido, sin dudas, la mayor suerte en todos estos años.

Ya un poco más calmada, aunque igual de sensibilizada, Samira continuó

—Quiero puntualizar, como me enseñó un gran maestro, que existen dos tipos de personas, las que ven el día de hoy como el final de una etapa; y las que, como yo, lo vemos como el primer día del resto de nuestras vidas. Nunca olvidemos de dónde venimos ni por qué empezamos.

—¡Muchas gracias y feliz promoción a todos! —dijeron al unísono Francisco y Samira, dando por finalizado el discurso.

Todos se pusieron de pie, para aplaudirlos, acompañados de silbidos y gritos de júbilo. Mientras ellos sonreían por la felicidad del momento, hasta que Samira tuvo que intervenir, una vez más.

—¡Muchas gracias a todos! Ahora, en representación de toda la facultad y esta promoción, nuestras compañeras, Enmanuela Gracia y Erika Marquina, van a entregar unos ramos de flores a nuestros padrinos y a nuestro delegado. —Al anunciar la entrega de las flores, tanto ella como Francisco, se retiraron del atril.

CAPÍTULO 54

Samira estaba de vuelta en su puesto, en medio de sus dos grandes amigas. Les ofreció sus manos y ellas entrelazaron sus dedos, apretándoles fuertemente; luego, como si lo hubiesen planeado, cada una le plantó un beso en cada mejilla.

—Estaba muy nerviosa —susurró con la voz aún temblorosa.

—Lo hiciste maravilloso —dijo Raissa.

—Estuviste de lujo, chiquilla. —La felicitó Doménica.

Intentaba no volverse, pero por mucho que lo pretendió, no consiguió contenerse por más de tres minutos. Su abuela se besó las manos y le echó a volar varios besos, aún seguía llorando de orgullo.

Sus ojos no pudieron permanecer quietos sobre su abuela, buscaron a Renato, le sonrió totalmente agradecida y enamorada. La opresión en su pecho se hizo más intensa cuando él le guiñó un ojo, en un gesto bastante ligero, pero que hacía que el mundo de ella diera vueltas.

También le respondió con un guiño y una sonrisa. Enseguida volvió su mirada al frente, porque el padrino de la promoción empezaba con su discurso.

Cuando terminó, todos se pusieron de pie para aplaudirle, mientras todavía reían por la forma tan bromista en que dio por finalizada su ponencia.

Una vez que este se sentó, el orador tomó la palabra.

—Ahora llega el tan esperado momento de la entrega de becas y diplomas.

Fueron nombrándolos uno a uno y, al hacerlo, proyectaban una fotografía de ellos cuando niños y otra con su atuendo de grado.

Finalmente, llegó el turno para los de la fila de Samira. Se levantaron y encaminaron a la tarima. Con cada alumno que llamaban, a ella le latía más fuerte el corazón y, al mismo tiempo, tenía una sonrisa perenne, producto de los nervios y la emoción que la gobernaban.

Cuando ya estaban por decir su nombre, empezó a estrujarse las manos, pero recordó que no era apropiado; entonces, las dejó quietas e inspiró profundamente.

—Samira Marcovich Valenti. —Ella sentía que daba los últimos pasos hacia su meta—. Impone la beca, la doctora Esther Aparicio Martínez.

Saludó con un beso en cada mejilla a su madrina, le puso la banda y, en medio de los nervios, se cayó la parte de su hombro derecho, pero su madrina, bastante atenta y menos alterada, se la acomodó, mientras le sonreía.

—¡Felicidades, Samira! —Le dijo con una sonrisa llena de ternura y sabiduría. Le dio un fuerte abrazo, al que ella correspondió con bastante efusividad.

—Gracias, gracias —dijo con la voz vibrante por los nervios y las más bonitas emociones.

—¡Olé, guapa! —gritó Romina.

Samira, rápidamente, se volvió a mirarla y vio que todos estaban de pie, aplaudiendo. Celebró alzando los brazos en señal de victoria, un festejo que hizo muy rápido, ya que tuvo que volverse para estrechar la mano de los miembros masculinos del comité académico, y con besos en cada mejilla a las mujeres.

—Samira, Samira…, tu título. —Le dijo el decano, con una gran sonrisa.

—¡Lo olvidé! —contestó sonrojada y sonriente. Retrocedió hasta donde le tendían el diploma que la titulaba como médico.

Con el título en la mano, caminó junto a su madrina hasta el extremo donde podía hacerse las fotografías.

Luego de las fotos, la madrina le tomó la mano y la ayudó a bajar, se despidieron con un par de besos y Samira regresó a su puesto; sin sentarse, se quedó mirando el título con los ojos titilante de dicha, luego acarició el bordado de su beca, donde estaba el escudo de la universidad.

Tras ese momento que fue solo de ella, en el que intentaba asimilar su logro, se volvió hacia sus familiares. Fue entonces que vio a Mirko, estaba al lado derecho de Julio César, justo detrás de Renato, y sintió un pellizco de angustia en el corazón.

Les sonrió y alzó el diploma para enseñárselos, todos le aplaudieron, aunque Daniela, Romina y Ramona, le lanzaban besos. Tenía tantas ganas de poder correr y abrazar a su abuela, pero debía esperar a que terminara la ceremonia.

Se volvió hacia la tarima, donde más compañeros seguían subiendo para recibir su beca y su título. Cuando llamaron a Raissa, tanto ella como Doménica, lo celebraron con gritos de júbilo, saltitos y aplausos.

Una vez que las tres estuvieron juntas, pudieron darse un abrazo grupal y celebrar, ahora sí, la meta completada.

La fotografía del último alumno en ser graduado, fue sustituida por el anuncio: ¡Muchas gracias!

El comité académico volvió a sus puestos tras la mesa y el orador fue hasta el atril.

—Hemos llegado al final, enhorabuena a todos y todas. Lo primero que quiero hacer es agradecer a todas las personas que han contribuido con su consejo, con su ejemplo.

Concluyó a la mayor brevedad, agradeciendo a todos y brindándoles sabios consejos a los nuevos profesionales. Los instó a ponerse de pie, descansar la mano derecha sobre el corazón y repetir el juramento.

—Prometo solemnemente consagrar mi vida al servicio de la humanidad, otorgar a mis maestros los respetos, gratitud y consideraciones que merecen; ejercer mi profesión dignamente y a conciencia. Velar solícitamente y, ante todo, por la salud de mi paciente.

»Guardar y respetar los secretos a mí confiados, aún después de fallecido mi paciente, mantener incólumes por todos los conceptos y medios, mi alcance, el honor y las nobles tradiciones de la profesión médica. Considerar como hermanos a mis colegas, no permitir que consideraciones de credo político o religioso, nacionalidad, raza, partido político, oposición social se interpongan entre mis deberes profesionales y mi paciente; juro velar con el máximo respeto por la vida humana desde su comienzo, aún bajo amenaza y no emplear mis conocimientos médicos para contravenir las leyes humanas.

»Solemne y libremente bajo mi palabra de honor. —Todos hacían el juramento al unísono—, prometo cumplir lo antes dicho. —Terminaron aplaudiendo.

Después del juramento, cantaron el «Gaudeamus igitur», que era el himno clásico del júbilo universitario. El cual siguieron en el tríptico que les habían entregado con toda la programación del acto de grado.

Y así terminó el tan soñado acto de grado; aunque, aún no podían abandonar sus asientos, hasta que no saliera toda la comitiva.

Siguieron de pie, acompañando con aplausos la salida del comité, al tiempo que empezaba a sonar el instrumental de «Dancing Queen», por lo que, no perdieron tiempo para bailar y así celebrar que ahora sí tenían en mano el título que los avalaba como médicos.

Se abrazaban y se tomaban fotos, con la intención de inmortalizar el momento más importante de sus vidas.

Poco a poco, el aulario se fue vaciando, los coordinadores invitaron a los familiares a salir por unas puertas, mientras que los festejados salieron por la misma puerta por la que salió el comité. Ya podrían reunirse en los jardines de la facultad, donde ya estaban dispuestas carpas y escenarios para las fotografías.

.

CAPÍTULO 55

En cuanto Samira salió, corrió en busca de su abuela, esquivando a más de un compañero que quería celebrar. Buscaba desesperadamente con la mirada y pedía permiso, haciéndose espacio entre los grupos de familiares que se aglomeraban para felicitar a los festejados.

Al primero que vio fue al señor Garnett, le era imposible no resaltar, debido a su altura, estaba segura de que su abuela debía estar con ellos; así que, apresuró el paso, tanto como sus sandalias de tacón se lo permitieron.

—¡Abuela! —La llamó casi sin aliento en cuanto la vio, estaba de espalda, también buscándola con la mirada.

Vadoma se giró con rapidez y corrió hacia ella.

—Mi estrella, mi hermosa estrella. —Su voz estaba rota por las lágrimas de orgullo y felicidad que seguía derramando.

Se abrazaron con tanta fuerza y se entregaron tanto a ese momento, que el resto del mundo dejó de existir para ellas.

—Abuela —gimoteaba Samira, ya no le importaba en absoluto el maquillaje—. Te he echado mucho de menos… Todos los días, en todo momento.

—Yo también…, muchísimo, pero me alegra verte tan hermosa… Eres la estrella más hermosa —dijo alejándose y le acunó la cara—. Mi estrella, mi Samira… —hablaba sin poder creer que por fin estuviera frente a su adorada nieta.

Se limpiaban las lágrimas mutuamente y no paraban de llorar. A Samira le dio mucha tristeza ver que se notaba mucho más ajada; le dolía haberse perdido tanto. Ocho años era demasiado tiempo.

—Ay, abuela…, te quiero tanto, tanto… —Volvió a abrazarla, porque solo entre sus brazos volvía a sentirse en casa—. ¿Cómo conseguiste que *dadá* te dejara venir? —Se separó para poder verla a la cara y le tomó las manos, apretándoselas con fuerza, porque quería asegurarse de que sí estaba ahí con ella.

Vadoma miró a Renato, que estaba a su derecha; los ojos de Samira siguieron su mirada, pero rápidamente volvió a mirar a su abuela.

—Él no sabe que estoy aquí. El payo… —susurró la manera en que se dirigió a Renato—, fue a buscarme; al principio no quise hablar con él, pero me convenció de que podría venir a verte… Lo siento, mi estrella, tuve que decirle a Adonay… No sabía qué hacer, pero él ideó el plan, para que pudiera venir. Le dijo a Jan, que me llevaría a pasar unos días con él, que necesitaba de mi ayuda.

—Y *dadá* se lo creyó?

—Primero se mostró algo reacio, pero le dije que Adonay también es mi nieto y me necesitaba; así que, tu padre piensa que estaré unos días en São Paulo —terminó con una sonrisa pícara.

Samira también sonrió, quería preguntarle qué le había dicho Renato para convencerla, porque sabía cuán desconfiada era, pero no era el mejor momento; no con los padres de Renato mirándola con algo muy parecido al cariño.

Vio a Renato avanzar un par de pasos y ella le dio un vuelco el corazón.

—Samira, te presento a mi madre.

—Hola, preciosa, es un placer conocerte, finalmente. Thais Medeiros. —Se acercó y le dio

un beso en cada mejilla, luego la estrechó en un cálido abrazo.

La rubia era tan alta como ella y tenía un perfume exquisito. Tanta cortesía solo hizo que se apretara aun más el nudo de nervios que tenía en la boca del estómago.

—Igualmente, señora —sonrió algo tímida, aunque esa no era una de sus características, pero la mujer la intimidaba, por lo hermosa y elegante que era. Recordó que Renato le había contado lo mal que lo pasó cuando perdió a su hija. Y le pareció bastante triste que tuviera que sufrir esa pérdida.

—Por favor, dime Thais… —Al apartarse, le sujetó una mano—. Sí que eres hermosa, con razón tu abuela es tan suspicaz; de verdad, eres un tesoro.

—Gracias, Thais. —Sentía que se había sonrojado hasta las orejas.

—Muchas felicidades, me alegra mucho que hayas terminado tu carrera.

—Gracias. —Samira no sabía qué otra cosa podría decirle. No se había preparado para tantos halagos proveniente de la madre de Renato.

—¡Muchas felicidades! —intervino Ian Garnett, haciéndole entrega de un colorido ramo de flores variadas—. Me alegra volver a verte, por supuesto, en mejores condiciones. —Recordaba muy bien que la había conocido en la cama de una clínica. Y, por supuesto, no había podido olvidar su melodiosa voz, ni la forma en que Renato y ella se miraban.

Fue la primera vez que supo a su hijo enamorado; al parecer, después de tantos años, ambos seguían albergando el mismo sentimiento, pero por alguna razón, seguían pretendiendo ser solo amigos. Fue eso lo que Renato les dijo antes de pedirle que los acompañara, algo que verdaderamente les sorprendió, pero a lo que por nada del mundo se negarían.

—Gracias, señor Garnett. También me alegra mucho verle de nuevo. Espero que haya estado muy bien.

—Lo he estado, ahora tengo una hija pequeña que cuidar, ¿te dijo Renato? —Le fue imposible no expresar lo feliz que estaba con su hija. Sin duda, ella le había alegrado más de lo que esperaba los últimos años y lo tenía comiendo de sus manitas.

—Sí, ya tuve la fortuna de conocer a Aitana, por fotos —dijo sonriente—. Es muy linda, espero en algún momento conocerla.

—Cuando quieras, las puertas de mi casa están abiertas para ti.

En ese momento, su abuela le sujetó la mano, en un gesto del más puro celo maternal y un poco de desconfianza. Samira se volvió a mirarla y le sonrió, con la intención de tranquilizarla.

La reunión fue interrumpida por su grupo de amigos, que llegó con una gran algarabía; todos se fueron contra Samira, para abrumarla a besos y abrazos, en medio de sentidas felicitaciones.

Ella no alcanzaba a corresponder a tantas muestras de cariño e intentaba complacerlos con abrazos y agradecimientos. En algún momento, Renato le ofreció su ayuda, al recibirle el ramo de flores, para que pudiera estrecharlos a todos.

Romina, Ramona y Víctor, no perdieron la oportunidad para saludar a Vadoma, pues no la habían vuelto a ver desde que estuvieron en Río y tuvieron la fortuna de conocerla a ella y a Samira.

Luego, Samira aprovechó el momento para presentarle a su abuela a Julio César; sabía que, a pesar de todo, la señora seguía manteniendo intacta, en ciertos aspectos, la cultura gitana y que, para ella, era difícil aceptar la naturaleza de Julio César; aun así, Samira había hablado tanto de él y habían compartido tantos años juntos, que Vadoma lo respetaba por haber sido de apoyo y compañía para su niña.

Julio César la abrazó con fuerza, se sentía muy feliz de poder conocerla en persona. Ya muchas veces se habían visto y conversado a través de videollamadas. Era tanto el amor que

Samira sentía por su abuela y lo mucho que la idolatraba, que a él le fue imposible no empezar a sentir lo mismo.

La anciana era más alta y delgada de lo que imaginaba, tenía el cabello totalmente blanco, pero con un brillo que lo hacía lucir lleno de vida. Era como ver una proyección de Samira en unas cuatro décadas.

Renato estaba atento a todo, aunque se sentía ansioso, no se dejaba llevar por sus emociones, solo estaba esperando el momento adecuado para poder felicitar a Samira. Deseaba como nada su oportunidad de poder abrazarla y robarse su aroma. El vestido amarillo pastel que llevaba puesto, se ajustaba a su esbelta figura y en las caderas de ampliaba en una falda que tenía una abertura que dejaba al descubierto la pierna izquierda y, con cada paso que daba, se abría hasta el muslo; le robaba el aliento y atentaba contra su cordura.

Él saludó a los amigos de Samira, los que ya había tenido la oportunidad de conocer en Chile, fueron cordiales, pero un poco distantes. Era evidente que apostaban más por Samira, que por él, lo veían como el malvado de la historia. Comprendió que no iba a ser fácil volver a ganarse la confianza de ellos.

Justo hablaba con Daniela, cuando sus ojos, que no podían apartarse por mucho tiempo de Samira, captaron el momento en el que un hombre, más alto y delgado que él, de piel bronceada, ojos azules y cabello castaño ondulado, que le daban un aspecto italiano, la abrazó y la miraba de la misma forma en que él lo hacía.

Le rodeó la cintura con los brazos y la estrechó contra su cuerpo, como si su gitana le perteneciera. Eso provocó que en su estómago una hoguera cobrara vida y la inseguridad recorriera toda su espina dorsal.

Enseguida, en su cabeza un millón de escenarios, en los que ese hombre y Samira eran pareja, empezaron a tomar forma. Sentía que el mundo se le desboronaba bajo los pies y la bilis le subió a la garganta, tragó grueso para pasar ese amargo sabor y se obligó a desviar la mirada, pero su mandíbula tensa y la vena que sobresalía en su frente fue suficiente para exponer ante Daniela, el estado en el que se encontraba.

La venezolana miró por encima de su hombro, para ver a Samira en los brazos de Mirko, con razón el brasileño estaba a punto de convulsionar. Incluso, podía darse cuenta de que estaba estudiando la posibilidad de largarse de ahí.

—No tienes nada de qué preocuparte. —Le dijo a Renato, al tiempo que le quitaba el ramo de flores, porque estaba apretando tanto los tallos que podía escuchar cómo crujía el papel seda amarillo que lo envolvía.

Si bien, aún no sabía a ciencia cierta todo lo que pasó entre su amiga y él, o si en realidad merecía una segunda oportunidad con la gitana, lo cierto era que Samira nunca dejó de amarlo y había sufrido mucho por la separación que tuvieron. Creía que no era el mejor momento para más malentendidos entre ellos.

—¿Quién es? —Fue su ansiedad que lo empujó a hacer esa pregunta y a llevarse las manos a los bolsillos del pantalón índigo.

—Se llama Mirko. Debería ser Samira quien te lo diga, pero conociéndola, sé que no lo hará… Ustedes no son el mejor ejemplo de una buena comunicación, así que les haré el favor… Solo espero que esto no me cueste la amistad.

—Te prometo que no le diré nada. —Volvió a mirar a Samira, que ahora conversaba con el tal Mirko. Los ojos de ella se encontraron con los suyos, pero inmediatamente esquivó la mirada y siguió con su atención puesta en ese tipo, que ahora que lo miraba bien, parecía bastante arrogante o; quizá, era demasiado seguro de sí mismo, lo que hacía que la inseguridad innata en

él, empezara a invadirle el torrente sanguíneo, por lo que, se rascó la nuca, debido al incomodidad—. ¿Mirko es…? —dejó la pregunta a medias, para que Daniela le respondiera.

—Un médico residente que conoció en el hospital donde hizo las prácticas… —Daniela volvió a mirar por encima del hombro, pero casi enseguida se volvió hacia Renato—. Y es evidente que está más que interesado en Samira, ha sido bastante insistente, pero a ella no le interesa más que como amigo. Si Samira te ha dicho que está enfocada en su carrera, es porque así es… De hecho, lleva tiempo estudiando para presentar el examen, para la especialización… Aun sin terminar la cerrera, pero ella es así.

—Lo sé, siempre quiere ir unos cuantos pasos por delante… Y esa es una de las cualidades que más admiro de ella —comentó, sintiéndose un tanto aliviado al enterarse de que Mirko no era del interés de Samira. Eso solo le daba más valor para enfrentar la decisión que había tomado hacía cuatro días.

Se volvió a mirar a sus padres, ellos estaban hablando con Romina y Víctor, parecían bastante entretenidos con la conversación. No tenía idea de cuál era el tema, pero tampoco le importaba mucho, solo quería que ellos se sintieran cómodos, después de que accedieron a su solicitud de acompañarlo.

Sí, fue un arranque de su parte hacer tal petición, pero era más fuerte su deseo de ver a su gitana bien acompañada, el día más importante de su vida.

—Así es… ¿Qué quieres con ella? —preguntó a quemarropa y se cruzó de brazos.

—Lo quiero todo… —Su respuesta fue interrumpida por la llegada de Carlos y Amaury.

—¿Nos hacemos unas fotos? —propuso Carlos, sujetando por las caderas a su mujer y luego le dio un beso en el cuello.

—Está bien, vamos —contestó, replegando con una sonrisa la actitud inquisitiva que segundos antes tuvo con Renato.

—Con permiso —dijo Carlos, dirigiéndose a Amaury y a Renato, al tiempo que sujetaba la mano de Daniela.

Ellos asintieron, de acuerdo con que se retirasen. No tuvieron tiempo de quedar solos, porque se les acercaron Romina, Víctor, Ian y Thais.

A pesar de que Daniela había hecho su mejor intento por tranquilizarlo, lo cierto era que, verla absorbida por Mirko, lo tenía bastante nervioso. Él no dejaba de tocarla, aunque ella no lo consentía; cada vez que el tipo le ponía la mano en el hombro, su estómago se encogía de la manera más desagradable que podía experimentar.

No conseguía centrarse en lo que decían las personas a su alrededor. Era su madre la que solía llamar su atención y él solo respondía con monosílabos, porque todo su interés estaba enfocado en Samira. En algunas oportunidades sus miradas se cruzaban, pero Mirko, con ciertos gestos, la reclamaba.

Él no podía seguir desaprovechando su oportunidad de felicitarla. Necesitaba acercarse a ella, poder abrazarla, compartir ese momento con ella y; ver que Raissa y Doménica se unían a Samira y a Mirko, le dio el impulso para también acercarse.

—Disculpen —dijo a sus acompañantes y cuando pasó al lado de su padre, este le palmeó el hombro. No le hizo falta mirarlo para saber que le estaba dando ánimos.

Los nervios, producto de tener que intervenir en una situación bastante incómoda para él, lo llevaron a meterse las manos en los bolsillos del pantalón, a respirar profundo y exhalar lento. Estaba decido y no iba a dar marcha atrás, por mucho que sus miedos estuviesen provocando una terrible sensación de ahogo. Ese era el momento de vencerlos o; por lo menos, ignorarlos. No permitiría que le arruinaran algo que tanto había planeado.

CAPÍTULO 56

A Samira se le quedó la lengua pegada al paladar cuando vio a Renato acercarse, proyectando una seguridad y decisión que nunca le había visto. Quizá había conseguido esa cualidad a través de los años.

Recordaba que antes solía caminar un poco encorvado, con los hombros hacia adelante; ahora su espalda estaba recta, sus hombros se mostraban más anchos y su mirada estaba enfocada en ella y no en la punta de sus zapatos; incluso, sus zancadas eran más largas. Admitía que lucía devastador con ese traje azul índigo y la corbata amarilla, se moría por saber si la había elegido en honor al color de su profesión o si solo se trató de una casualidad.

La oscuridad de la barba perfectamente recortada intensificaba el color de sus ojos y sus labios, además, endurecía sus rasgos. Antes, como ahora, Renato Medeiros seguía siendo la mayor debilidad para ella.

Mirko seguía hablando de lo extraordinaria que estuvo la ceremonia y de lo bien que ella expuso su discurso. Doménica y Raissa, le seguían la conversación.

—Buenas tardes —saludó Renato, aun seguía con las manos en los bolsillos y con la mirada en los ojos oliva de Samira.

—Hola, Renato. —Samira carraspeó y luego soltó una risita, para disimular lo embarazoso del momento—. Te presento a Mirko, un amigo —dijo, haciendo un ademán hacia el médico.

—Un placer, Renato Medeiros —saludó, al tiempo que se sacaba la mano del bolsillo y luego se la ofreció al hombre, a pesar de que no era de su agrado. No obstante, sabía que tenía que ser cortés.

—Mirko Castelli. —Atendió la mano que Renato le ofrecía y le dio un apretón. Pudo notar que al igual que él, también estaba bastante tenso.

Desde que lo vio en el aulario, supo que se trataba de ese ex, del que Samira le había hablado y del que seguía enamorada. Y, maldita sea, confirmaba que él también seguía botando la baba por ella. No sabía cómo sentirse al respecto, quería confiar en la palabra de Samira y creer que no volvería con él, porque estaba enfocada en estudiar para aprobar el MIR, pero como se lo había dicho, cuando se trata de amor, este siempre se convierte en una prioridad.

—Samira. —La llamó Renato, dirigiendo su mirada a ella. Podía sentir el golpeteo de su corazón haciendo eco en sus oídos y su sangre caliente bombeaba rauda por sus venas, podía ser consciente de ello porque sus orejas estaban por incinerarse. Aún así, no iba a permitir que todos esos síntomas le impidieran seguir adelante—. ¿Podemos hablar un momento? —pidió con su mirada suplicante en los ojos oliva.

—Eh… —Ella dudó y desvió su mirada nerviosa hacia sus amigas, quienes la miraban sonriendo como tontas y pudo percibir el ligero asentimiento de Raissa—. Sí, está bien —respondió y se volvió a mirarlo.

Renato le ofreció la mano y Samira correspondió, dejándose guiar. No sabía por qué una sensación de culpa atenazó su pecho y se volvió a mirar por encima del hombro a Mirko; por lo menos, Doménica y Raissa, consiguieron captar su atención.

—No puedo alejarme mucho, tengo que compartir con los demás… —comentó al ver que Renato la llevaba a un sitio apartado y volvió a mirar por encima de su hombro, en busca de su abuela; esta seguía acaparada por Julio César.

—No iremos muy lejos, solo quiero que nos apartemos del bullicio, porque es necesario que

me escuches bien. —Le apretaba la mano con fuerza y su palma sudaba, probablemente, era desagradable para Samira, pero no iba a soltarla.

—Bueno, creo que aquí está bien. —Ella también estaba nerviosa, sobre todo, porque sabía que a su abuela no iba a gustarle que le diera tanta atención a Renato; así que, se detuvo.

Renato, que llevaba un par de pasos por delante, se volvió hacia ella, sin soltarle la mano, por lo que, quedaron frente a frente. Él se obligó a no mirar nada de lo que les rodeaba, solo se enfocó en la hermosa mirada en la que se perdía, pero donde también se encontraba.

—Quiero felicitarte —expresó Renato, tratando de ignorar la terrible presión en su pecho—. ¡Ya eres médico! Además, me gustó mucho tu discurso, lograste expresar cuán importante es para ti la medicina…

—Gracias —interrumpió Samira, con una ligera sonrisa y la sangre concentrándose en sus mejillas. No era vergüenza, se trataba de la más genuina felicidad—. Sé que quizá dejé fluir demasiado mis emociones y me extendí más de lo debido…

—No, no…, estuvo perfecto —alegó Renato—. Por otra parte, sé que me debes estar odiando por lo que he hecho, pero si ganarme tu odio es necesario para hacerte feliz, aunque sea un minuto, estoy dispuesto a soportarlo. —La seriedad de su mirada le daba una intensidad que hizo que Samira parpadeara varias veces.

—No debiste hacerlo…

—Debía… —Volvió a interrumpirla y afirmaba con la cabeza—. No podía permitir que la única persona que más merecía verte alcanzar este sueño, se lo perdiera.

—Tienes razón —concedió con una sonrisa y se volvió a mirar a su abuela, que ahora estaba junto a los padres de Renato. Solo esperaba que no fuera a hacer comentarios que los hicieran sentir mal—. No tenías que traer a tus padres, sé que tienen muchas ocupaciones… —Se volvió a mirarlo.

—Samira… —Renato inhaló profundamente, inflando su pecho de valor. Sabía que era el momento, así que le sujetó la otra mano y avanzó un paso para estar más cerca de ella; tanto, que pudo sentir cómo se le aceleró la respiración—. Traje a mis padres porque me gustaría que los aceptes como tu familia. —Tragó grueso y ella frunció las cejas, los ojos se le llenaron de confusión.

—¿Qué dices, Renato? —preguntó, tratando de esbozar una sonrisa de consternación, pero no le salió.

—Yo quiero ser tu familia, estar para ti y contigo, para siempre. Quiero ser el lugar y la persona a la que siempre puedas recurrir. Sé…, sé perfectamente que no puedo reemplazar a los tuyos, a tu gente, pero si me lo permites, quiero darte nuevos miembros a los que puedas amar… No digo que tiene que ser ahora, porque sé que tienes metas; pero, más adelante, quiero ser el padre de tus hijos, me gustaría que fueran muchos, todos con tu increíble sonrisa…

—Renato… —Por más que quería, las palabras no le salían, solo las lágrimas acumuladas en sus ojos le nublaban la vista.

—Samira, quiero darte una familia numerosa a la que amar. Le daremos todo el amor, tolerancia y apoyo posible… Vamos a romper el círculo, los dejaremos ser quienes deseen, que cumplan sus sueños, que experimenten sin temores todo lo que quieran, sin juzgarlos ni limitarlos…

—No entiendo lo que intentas decir… —Casi no podía respirar. Por supuesto que sí lo entendía, solo que era demasiado para poder procesarlo y tuvo que soltarle las manos, para llevárselas al pecho, porque sentía que su corazón se iba a salir y se iría con gusto a las manos de Renato, para que hiciera lo que quisiera con este.

—Lo que intento decirte es que no me importa compartirte con tu pasión y no quiero que tengas que renunciar a nada para que puedas estar conmigo… Cuando me marché, hace cuatro días, lo hice con la firme convicción de que quiero estar en tu vida… Samira, has sido la única certeza que he tenido, por eso me mudaré a Madrid.

—¡¿Estás loco?! —Retrocedió y tenía los ojos a punto de saltar de sus órbitas—. Así no puede ser…, no permitiré que renuncies a todo, solo por mí…

—Tú lo eres todo para mí…, lo eres todo, entiéndelo. —Su voz tembló por la desesperación que empezaba a invadirlo, al ver que ella estaba poniendo un muro entre los dos.

—No, no puedo serlo todo para ti… Tienes tu trabajo, tu familia, tus amigos… —De manera inevitable, las lágrimas se le derramaron.

—Ya hablé con mi abuelo…, te he dicho que cuando me marché, lo hice con la clara convicción de poder volver, para estar a tu lado de forma definitiva. Así que, he pedido traslado para Madrid, puedo hacer mi trabajo de forma remota… Quizá en algún momento tenga que ir a Río o a cualquier otro país, pero no por más de una semana… —Aunque sus manos temblaban, buscó en el bolsillo interno de su chaqueta, el estuche que había llevado.

—¿Qué…? ¿Qué haces…? —chilló Samira, cubriéndose la boca con una mano, porque estaba que empezaba a sollozar y no podía creer que Renato tenía en su mano un estuche de terciopelo rojo.

—Lo que más anhelo, quiero hacer mi sueño realidad… y solo tú tienes el poder para que pueda cumplirlo… —Abrió el estuche y sacó la tobillera que hacía muchos años ella olvidó en su apartamento.

—Esa es…, es… —No alcanzaba a hilar una frase completa por los hipidos y porque veía cómo Renato se inclinaba y apoyaba una rodilla en el suelo.

—Sí, es tu tobillera, la que te regaló tu abuela… Quiero ser tu chico albino, mi estrella… ¿Quieres casarte conmigo? —Estaba de rodillas, en su estado más vulnerable y proponiéndole matrimonio a la mujer de su vida, sin importar en ese momento ser el centro de atención; porque, por primera vez, no le preocupaba la opinión de los demás, el único veredicto que lo tenía con el corazón en la mano era el de Samira.

A ella todo empezó a darle vueltas, inhalaba profundamente pero no conseguía llevar suficiente oxígeno a sus pulmones, porque jadeaba en medio de las lágrimas que bajaban a borbotones por sus mejillas. Esperaba cualquier cosa, menos eso, y empezaba a creer que esa propuesta era producto de su imaginación o quizá solo estaba soñando.

Aunque fue difícil, consiguió apartar la mirada de los ojos cerúleos y se volvió a mirar a quienes estaban a pocos metros de ellos. Veía a muchas personas aplaudir y reír, pero no podía escucharlos porque su cabeza estaba demasiado aturdida; entonces, buscó con desesperación a su abuela, porque seguramente debía estar muy molesta, pero para su magnánima sorpresa, no parecía estarlo; por el contrario, le sonreía y asentía, dando su consentimiento.

Los que sí parecían bastante sorprendidos eran los padres de Renato, aún así, no se veían molestos o con la intención de interponerse en la decisión que su hijo había tomado. La señora Thais, abrazaba la cintura de su marido y le tenía la mejilla pegada al pecho; él tenía una sonrisa dócil, que dejaba en evidencia cierta complacencia.

Julio César, sonreía y asentía; descubrió en su mirada que tampoco estaba sorprendido. Es que lo conocía tan bien, que podía jurar que tuvo previamente una conversación con Renato. Ya después arreglaría cuentas con él.

Volvió a mirar a su abuela, porque era la única persona de la que necesitaba aprobación; ella le seguía sonriendo y tenía los dedos entrelazados con los nudillos, apoyados en la barbilla, en un

claro gesto de expectación.

Luego miró al cielo, que se mostraba con algunas nubes grises, solo esperaba que no lloviera. Sabía que Renato seguía ahí, hincado ante ella, a la espera de una respuesta y con el alma desnuda, exponiéndose de una manera que muy pocos harían. Imaginaba cuán difícil debía estar siendo para él ese momento, sobre todo, porque odiaba llamar la atención.

Buscó en sus sentimientos, en lo más profundo de su corazón, qué era lo que quería. No tenía dudas, ella seguía amando a Renato, lo amaba con cada partícula de su ser, sentía que estaban destinados y que, de alguna manera, sus almas tenían que encontrarse. Así que, se volvió a mirarlo, se perdió en sus ojos y cualquier duda se desintegró. Le puso las manos en las mejillas.

—Repítelo —suplicó con la voz ronca, porque quería estar segura de que él tampoco tenía dudas. Después de todo, estaba en juego la decisión más importante de su vida.

Hasta entonces, siempre creyó que su decisión más arriesgada fue huir de su casa, ahora estaba segura de que era aceptar casarse con un payo; ya que, definitivamente, sería el rompimiento de los lazos con casi toda su familia. A pesar de que hizo varios intentos por ganarse su perdón y todos fueron en vano, no había perdido la esperanza.

—Samira Marcovich, mi gitana, mi estrella, mi mejor y única amiga… ¿Quieres ser mi esposa? Prometo que estaré contigo siempre, estaré donde tú estés e iré a donde tú vayas —dio su palabra sin apartar la mirada de la de ella, con el temor de ser rechazado atenazando su pecho.

—¡Sí! —asintió con las lágrimas rodando por sus mejillas y sonriendo—. Te acepto… — soltó un grito de sorpresa, porque Renato la abrazó por la cintura, atrayéndola hacia él y empezó a repartirle besos en el vientre y abdomen.

Ella se sintió feliz y expuesta en la misma medida, lo sujetó por la cabeza y lo alejó, para poder mirarlo a la cara, luego se inclinó para besarlo en los labios. Compartieron una lluvia de besos casi desesperados, mientras olvidaban el mundo y hacían como si nadie más supiera que ellos estaban ahí, viviendo ese mágico momento.

—Deja que te ponga la tobillera —dijo Renato entre besos.

Samira se rio y asintió, se incorporó y expuso su pierna, a través de la abertura del vestido.

—De verdad, jamás pensé que la recuperaría.

—Lo siento, no pude devolvértela; necesitaba tener algo tuyo… Pero te prometo que haré las cosas bien y te daré el anillo que te mereces —dijo mientras le abrochaba la prenda.

—Esto vale más que cualquier anillo —dijo y sentía todo su cuerpo tembloroso, presentía que podía terminar desmayándose. No tenía dudas, ese acababa de convertirse en el mejor día de su vida.

Renato le dio un beso en la rodilla y otro en el muslo, luego se levantó y la abrazó con tanta pertenencia, que deseó no la soltara nunca más.

—Con tu sí, has cambiado mi suerte para siempre. —Le dijo en el oído, luego le dejó un beso en el lóbulo, otro en el cuello y uno más en el hombro. Entonces, tuvo que esconder su rostro en el hueco del cuello de la mujer que amaba y se permitió dejar fluir lágrimas de alivio—. ¡Dios! Te amo, Samira.

—Te amo, Renato… Te amo mucho con demasiado, mi payo —respondió colgada a su cuello.

Tras un tiempo que no pudieron contar en ese abrazo que era como un bálsamo para el alma, luego de tantos años de sufrimiento, decidieron apartarse y; entonces, fueron conscientes de los aplausos y silbidos, no solo de sus familiares y amigos, sino de todos los presentes.

Samira volvió a buscar con la mirada a su abuela, la vio emocionada hasta las lágrimas y no pudo evitarlo, le abrió los brazos para recibirla.

Vadoma corrió hasta Samira y la estrechó con fuerza.

—Has hecho bien, cariño. —Le susurró, para tranquilizarla—. He comprendido que el payo te quiere bonito y bien… Sé que a su lado siempre estarás protegida. Ha hecho cosas por ti, que jamás haría un gitano; así que, puedes tener tu conciencia y corazón tranquilos.

—¿Qué te dijo para convencerte? —preguntó en medio del llanto y estrechándola con fuerza.

—Es un cuento largo, ya te contaré en otro momento. —Se apartó y le acunó la cara, luego le limpió las lágrimas con los pulgares y le dio un beso en la frente—. ¡Felicidades, mi estrella!

—Gracias, abuela. —Tomó una de las manos vetustas que reposaban sobre sus mejillas y le dio un beso en la palma.

Vadoma le sonrió y se fue con Renato, se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Ya sabes cuál es tu única misión. —Le recordó—. Espero, por tu bien, que jampas faltes a tu palabra, es la primera y será la única vez que le doy un voto de confianza a un payo, no dejes en mal a tu gente.

—No lo haré, cada día de mi vida lo emplearé en hacerla feliz y protegerla —respondió Renato, mirándola a los ojos. Aunque no podía mentirse a sí mismo, estaba aterrado, porque la felicidad de una pareja dependía de dos. Por su parte, él haría todo lo que estuviese a su alcance para complacer a Samira, de todas las formas posibles.

—Sí que nos has sorprendido —dijo Ian, acercándose a Renato, en compañía de Thais—. Imaginé cualquier cosa, menos esto… ¿Por qué no nos dijiste? —cuestionó en un susurro. No podía salir del asombro y no sabía si en algún momento su turbación podría ser malinterpretada.

—¿Qué imaginaste? —preguntó con una sonrisa un tanto nerviosa, a pesar de que estaba seguro de que su padre no se opondría a sus decisiones.

—No sé, que ibas a presentárnosla como tu novia… Que todo lo que has hecho no se hace solo por una amiga, pero pedir matrimonio…

—Papá —murmuró con demasiada cautela—, amo a Samira y no voy a cambiar de opinión, la quiero en mi vida y voy a quedarme aquí con ella.

—No, no cariño… —intervino Thais, que a pesar de la impresión, estaba demasiado emocionada, porque era primera vez que veía a su hijo tan seguro de algo y tan feliz; además, se estaba haciendo vieja y quería disfrutar de sus nietos. Lo que menos había imaginado era que Renato se decidiría a formar una familia antes que Liam—, no queremos en absoluto que cambies de opinión; por el contrario, estamos muy felices por ti y por Samira… Hacen una hermosa pareja y se merecen todo el amor del mundo… Mereces ser amado, mi pequeño.

—Mamá —intervino Renato, con el sonrojo apoderándose de sus mejillas y orejas—. Ya tengo treinta y uno… ¡Por Dios! —reprochó, le molestaba e incomodaba que ella siguiera teniendo esos adjetivos hacia él.

—Supongo que tu abuelo estaba al tanto de tus decisiones —comentó Ian.

—Tuve que decirle, de otra forma, no iba a entender el motivo de por qué necesitaba con carácter de urgencia mi traslado a Madrid… No tuve que comentarle mucho, aceptó sin ningún tipo de objeciones; luego, hizo un par de llamadas y todo quedó arreglado, para cuando termine mis vacaciones, empezaré a operar desde aquí.

Ian sintió que la culpa lo invadía, porque recordaba que su padre había dado con el paradero de la chica y, cuando le comentó que estaba en Madrid y quiso decírselo a Renato, fue él, quien se opuso. Pues, en ese entonces, no quería que su hijo sufriera más de la cuenta, no quería exponerlo a un rechazo que lo destruyera… Quizá debió confiar en su padre y permitir que se lo dijera a Renato, pero ya era demasiado tarde para eso y ahora no tenía sentido. Ya solo le quedaba bendecir esa unión y aceptar a la joven como parte de su familia.

En ese momento, Samira estaba siendo acaparada por sus amigos, no paraban de abrazarla y besarla. Renato la buscó con la mirada y ella le dedicaba la sonrisa más hermosa. Entonces, fue con sus padres hasta donde ella estaba, los demás le hicieron espacio, porque comprendían que era un momento bastante familiar.

—Bienvenida a la familia, hija —dijo Ian, sonriéndole y abriéndole los brazos. Samira lo abrazó y se mordió el labio, para no echarse a llorar—. Espero que me aceptes en tu vida como a un padre. —La estrechó con ternura y pudo sentirla temblar, casi enseguida a sus oídos llegaron los sollozos de ella, por lo que, no la soltó.

—Gracias —respondió Samira, sintiendo en el abrazo del hombre, la calidez que esperaba de su propio padre. Soñaba algún día que le permitiera volver a abrazarlo; pero, por el momento, sentía un poco de paz contar con el cariño del señor Garnett—. Cuidaré muy bien de su hijo, lo prometo.

—Sé que lo harás.

—Perdóneme por alejarlo de ustedes, no era mi intención…

—Puedes estar tranquila, sé que estará en buenas manos; además, vendremos a visitarlos cada vez que podamos.

—Siempre serán bienvenidos. —Se alejó y ella misma se limpiaba las lágrimas. Estaba segura de que su rostro ya debía estar hinchado y sonrojado de tanto llorar.

—Cariño, eres tan preciosa, comprendo perfectamente que mi hijo esté rendido ante ti… —dijo Thais y la abrazó—. Sé que lo cuidarás… Solo te pido que le tengas un poco de paciencia. —Le dijo muy bajito, porque era algo que solo Samira debía escuchar—. Es mi culpa todo por lo que ha pasado, pero Renatinho es el mejor hombre del mundo, tiene un corazón demasiado bondadoso… Y no lo digo porque sea mi hijo, sé que tú misma lo descubrirás. Solo ámalo mucho.

—Ya lo hago, señora… Su hijo es el amor de mi vida, de eso estoy segura —dijo en el mismo tono de voz usado por su suegra.

Cuando se apartaron del abrazo, Thais le dio un beso en cada mejilla y le sonrió con ternura, sin poder apartar su vista de los bonitos ojos de Samira.

En realidad, le hubiese gustado muchísimo conocerla mejor, antes de que Renato tomara una decisión tan importante, pero ya nada podía hacer, confiaba en la sensatez de su hijo y en las palabras de la chica.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —gritó Doménica, sorprendiendo a Samira al abrazarla por detrás—. Parezco más gitana que tú… Sabía que iban a volver, es que el amor se les sale por los poros —hablaba mientras parpadeaba con rapidez, en un gesto de ternura.

Thais sonreía al ver la complicidad entre las chicas, lo que le hizo recordar a esa época que tanto disfrutó junto a sus amigas, las que aún conservaba. Esperaba que ellas también mantuvieran por siempre esos lazos de amistad.

A Raissa, por supuesto, ya la conocía, aunque solo la había visto unas tres veces; pues, viviendo en países distintos era muy difícil coincidir en las mismas reuniones.

Samira aprovechó el momento para presentarle a Doménica, también les hizo señas a Ramona y a Daniela, para que se acercaran, y también se las presentó. Tras mucho buscar con la mirada, se dio cuenta de que Mirko se había marchado. Sabía que debían tener una conversación, porque hacía poco que le aseguró que no pensaba volver con Renato, y justo acababa de aceptar ser su esposa.

Después de todas las presentaciones y unos cuantos besos disimulados entre Renato y Samira, se dedicaron a hacerse las fotografías, no solo alusivas al acto de grado, sino también por

el compromiso.

CAPÍTULO 57

El día fue agotador tanto física como emocionalmente, y aunque Samira sentía que todavía estaba dentro de una maravillosa burbuja. Era embargada por una sensación extraordinaria, esa paz que le daba tener la cabeza sobre el pecho de su abuela mientras ella le acariciaba los cabellos.

Inhalaba profundamente para llenarse los pulmones con ese olor que tanto había echado de menos, hacía más de ocho años que no estaba así, acostada junto a su abuela, escuchando los latidos de ese corazón que tanto la amaba.

Después de la ceremonia, fueron todos a cenar, ella se sentó al lado de Renato y estuvieron agarrados de manos por debajo de la mesa, excepto cuando tenían que usarlas para comer.

Le hubiese gustado mucho irse con él al hotel, solo ella sabía cuánto lo deseaba, pero era más grande la ilusión de poder quedarse con su abuela y vivir ese momento. En sus brazos volvía a sentirse niña, volvía a su hogar.

Cerró los ojos y la estrechó fuertemente, porque sabía cuán difícil iba a ser el momento en que tuvieran que despedirse. Y, no, no quería dejarla ir.

—¿Abuela? —susurró, solo para saber si aún seguía despierta.

—Sí, mi estrella —soltó un suspiro, mientras deslizaba los dedos sobre su sedoso cabello.

—¿Vas a contarme cómo fue que Renato se ganó tu bendición? Me mata la curiosidad… Bueno, es que quiero estar segura de que verdaderamente estás de acuerdo con que me case con él… —Se incorporó para mirarla a los ojos—. Porque aun puedo cambiar de parecer, si tú me lo pides.

—Cariño. —Le regaló una sonrisa condescendiente—. ¿Tú lo amas? ¿Son suyos tus latidos? —preguntó, llevándole una mano al pecho, para sentir el latir del corazón de su nieta.

—Sí, sí lo quiero —sonrió y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Desde siempre, abuela…; desde siempre. No sé si es porque ha sido tan bueno conmigo o porque me cautivó su forma de ser...

—Entonces, no debes cambiar de parecer por nadie… Ni, aunque yo te lo pida, porque la que pones en riesgo es tu felicidad, no la mía… Yo ya viví… —Sus ojos también se llenaron de lágrimas—. Aunque no experimenté el amor, pues nunca me enamoré de tu abuelo… —chasqueó la lengua—. Sí aprendí a respetarlo, lo acepté como el padre de mis hijos y me resigné a pasar mi vida con él, pero amor…, amor nunca sentí… Y no quiero que tú vivas mi vida. Ayudarte a ti, ha sido, de alguna manera, honrar el espíritu de la jovencita que vivió en mí, ese que terminó bajo el yugo de un hombre que nunca hizo que mis emociones se desbordaran, como lo hacen las tuyas por ese payo. Mi sueño siempre fue conocer a un gitano que me llevara a conocer el mundo, quería a un aventurero, tener una vida nómada… Tu abuelo, en cambio, era un sedentario, prefirió echar raíces en un solo lugar; y sentí que ahí me marchité… No quiero que me malinterpretes, mi niña; amo a mis hijos, a mis nietos, los amo…

—Abuela —chilló Samira—. No, no te disculpes, no trates de justificarte por confesarme tus deseos de juventud… Antes que esposa, madre y abuela, fuiste mujer… y anhelabas una vida distinta. No te sientas mal, porque solo fuiste una víctima de las circunstancias que te tocaron vivir… ¡Ay! Si yo pudiera hacer algo para cambiar tu pasado, no lo dudaría ni un segundo…

—No, cariño… Jamás me permitiría cambiar mi pasado, porque entonces no te tendría a ti como regalo; y todo lo vivido merece la pena si te tengo a ti. —Le dio un beso en la frente—.

Pero bueno, me pediste que te dijera qué fue lo que hizo el payo, para convencerme…

—Abuela, puedes llamarlo Renato —pidió Samira, con una sonrisa cargada de persuasión, aunque sus ojos aún acumulaban lágrimas, porque le causaba mucha tristeza enterarse de esa parte del pasado de su abuela.

—Está bien —masculló, no muy convencida de llamarlo por su nombre, pero por Samira haría cualquier cosa—. ¿Prefieres la versión resumida o la larga?

—Quiero todos los detalles. —Emocionada, se incorporó más, hasta quedar sentada sobre sus piernas cruzadas.

Vadoma también se levantó, quedando recta contra el respaldo de la cama. Mientras se preparaba para hablar, miró en derredor; aun no asimilaba que ese apartamento tan lujoso fuese de Samira. Por supuesto, estaba al tanto de que su niña se había ganado un buen premio, pero jamás supo de cuánto fue; sin embargo, ella tampoco se lo preguntó, porque no era de su incumbencia, ya recibía mucho más de lo que necesitaba cada mes, por lo que, había conseguido tener unos ahorros a escondidas de sus hijos y nietos. Fue con parte de ese dinero que pudo comprarse ese vestido tan bonito para la graduación.

—No sé cómo demonios consiguió mi número de teléfono. —Frunció las cejas ante el secreto que seguía rondando ese detalle—. Cuando me llamó, no recordaba su nombre, es que había pasado tanto tiempo desde la última vez que lo vi o que tú lo nombraras, que lo saqué de mi cabeza, pero él se encargó de refrescarme la memoria. Solo tuvo que decirme que te había dado alojo en su apartamento en São Conrado… De inmediato, supe de quién se trataba; no es que conozca a muchas personas que vivan en uno de los barrios más lujosos de la ciudad y que te haya brindado apoyo. —Su comentario fue dicho con bastante ironía y Samira soltó una risita que la contagió; así que, después de reírse por casi un minuto, Vadoma continuó—: Quise terminar la llamada enseguida, porque no sé, siempre lo había visto como la amenaza que quería robarme a mi pequeña estrella, pero pensé que si se había tomado la molestia de comunicarse después de tanto tiempo, era porque quizá se trataba de una emergencia o algo verdaderamente muy importante. Me dijo que te volvió a ver después de siete años y que, dentro de poco, era tu acto de grado… También me dijo que se enteró de mis planes de venir a verte y de cómo se habían echado a perder… Ya en ese punto no quería seguir escuchándole, así que le dije que eso no era de su incumbencia. Lo siento, mi estrella, ya sabes cómo es mi temperamento cuando desconfío de algo o de alguien…

—Sí, te conozco muy bien, por eso quiero saber cómo es que consiguió que te subieras a un avión con él… —Samira sonreía, estaba pletórica por escuchar todo. Quería saber todas las adversidades a las que tuvo que enfrentarse.

—Le terminé la llamada, diciéndole que no se acercara a ti y que me dejara en paz o… Bueno, admito que pude haber soltado un par de amenazas, algo como que le diría a mis hijos y a mis nietos… —Apretó los dientes en una sonrisa entre forzada y avergonzada.

—¡Abuela! ¿Cómo pudiste? Sabes que pueden hacerle daño, daño de verdad —regañó Samira, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—En verdad, no se lo diría a Jan, solo lo usé como táctica para alejarlo. —Se excusó avergonzada—. Pero no se acobardó, esa fue la primera señal de que estaba decidido a convencerme; volvió a llamarme varias veces y siempre le colgaba en cuanto escuchaba su voz. —Vadoma soltó una carcajada que le humedeció los ojos.

—¿Y qué más pasó, abuela? —suplicó Samira, casi desesperada, picada por la curiosidad. Estaba a punto de hacer un berrinche, como los que le hacía de niña.

—Ya sabes que esa gente con dinero tiene el poder de dar con la aguja en el pajar… Así que,

el payo…, Renato. —Se corrigió con rapidez—. Dio conmigo, fue hasta el barrio. Me esperó cerca de la casa...

—¡¿Sabe dónde vivimos?! —Samira se llevó ambas manos para cubrirse la boca. Nunca se había avergonzado de sus raíces, pero justo en ese momento, le preocupaba mucho lo que Renato pudiera pensar de las carencias con las que creció. El barrio donde vivía aun tenía calles que no habían sido pavimentadas y las viviendas, en su mayoría, eran bastante humildes; o así era como lo recordaba.

—Indudablemente, pero tuvo la prudencia de no ir a tocar a la puerta, esperó hasta que salí y me abordó en medio de la calle. Estaba en una SUV lujosa, en compañía de dos hombres, que más tarde me enteré, son guardaespaldas de su abuelo… Accedí a subir porque no quería que me vieran con él… Imagínate lo que pensarían de mí los vecinos, si me veían con un *gachó*. Por supuesto, la SUV no pasó desapercibida y vi a más de uno asomado por las ventanas.

—Ya imagino, con lo que le gustan las habladurías. —Samira sonreía nerviosamente. Tenía un nudo en el estómago, porque sabe lo mucho que Renato se arriesgó. Sobre todo, conociendo a sus vecinos—. Pero ¿qué te dijo? Dime qué hablaron —insistió.

—Bueno, ese muchacho tiene el don de la palabra y un gran poder de convencimiento… Me dijo que se habían reencontrado después de muchos años y que, tanto él como yo, tenemos el mismo objetivo: verte feliz —sonrió y le llevó una mano a la mejilla, para acariciarle con el pulgar el pómulo; entonces, Samira sonrió enternecida ante el gesto—. Estuve de acuerdo con él, pero cuando me dijo que no podía faltar a tu acto de grado, porque era muy importante para ti y que él había ido a buscarme…, no sabía qué decirle; creo que el deseo en mi mirada me delató. Le dije que tenía que pensarlo… A todas estas, me llevó a un restaurante. Así que, le pedí unos minutos, tenía que ir al baño… No confía mucho en mí, porque uno de los guardaespaldas me acompañó hasta la puerta de los servicios…

—Pensó que te escaparías. —Samira rio.

—Lo habría hecho de haber tenido la mínima oportunidad —confesó Vadoma, también sonriendo—. Pero solo se me ocurrió llamar a Adonay, sé que él no sabe que un payo nos ayudó, pero le conté un poco la situación; por supuesto, cambiando muchas cosas… Entonces, él tuvo la idea, estuvo de acuerdo en que aprovechara la oportunidad para venir a verte y me dijo que él se encargaría de convencer a Jan, para que yo, «supuestamente», me fuera a cuidar de su hogar unos días… Y aquí estoy. —Abrazó a Samira y la recargó de nuevo contra su pecho, mientras le repartía besos en la coronilla—. Fue durante el vuelo que me dijo que ha estado enamorado de ti, durante mucho tiempo y que iba a pedirte matrimonio; al principio, me irrité, pero me cortó toda posibilidad de objetar… Dijo que se casaría contigo, que sabía que nosotros nos regimos por otras leyes y que, si lo aceptaba, estaba dispuesto a casarse contigo por todas las leyes posibles… Que estaría muy agradecido si yo les diera mi bendición. Yo lo pensé muy bien, mi estrella… No fue fácil acceder, pero necesitas a alguien que te apoye, que te cuida y, sobre todo, que te quiera y no te limite en nada. Sé que eso no lo encontrarás al lado de un gitano, lo sé. Y no es justo que después de lo mucho que has luchado y de lo lejos que has llegado, tengas que unirte a alguien que quiera cortarte las alas, solo para volver a ser aceptada por tus padres. Es como si todos estos años hubiesen sido en vano… Muy en contra de mis deseos de verte formando una familia con un gitano, prefiero verte al lado de un payo, pero feliz… ¿Serás feliz con él?

—Sí, sé que seré muy feliz a su lado… En todo el tiempo que estuvimos juntos, siempre me hizo sentir especial, protegida.

—¡Ay, mi chiquita!… Desde el principio supe que estaban enamorados, por eso no quería que siguieras en contacto con él. Lo siento, en ese entonces, no veía las cosas como ahora. Solo

espero que él sepa valorar tu virtud, es un gran regalo que solo debes ofrecerle el día de tu boda.

Samira apretó con fuerza los párpados y el corazón se le aceleró. Le gustaría mucho poder confesarle que hacía muchos años se la había entregado y que fue maravilloso, pero estaba segura de que, si le decía que había tenido intimidad, no solo con Renato, sino también con Ismael, terminaría decepcionándola; y era lo que menos quería. Porque su abuela podía pensar distinto en muchas cosas, pero la virginidad, para ella, seguía siendo muy importante.

No quiso mentirle, prefirió guardar silencio y estrechó aún más la cintura de su abuela.

—Parece que ya tienes mucho sueño —dijo Vadoma, ante el silencio de Samira.

—Sí, un poco —musitó—. Aunque tú debes tener mucho más sueño que yo, seguro que estás agotada por tantas horas de vuelo.

—Solo estoy un poco fatigada por las emociones, pero no por el viaje; si ese avión en el que vinimos tiene más comodidades que la casa. Sí que tiene mucho dinero esa gente…

—Sí, ¿sabías que el abuelo de Renato es el jefe de Adonay? Y Renato trabaja en la misma empresa…

—¿En serio? —Su tono reflejó la sorpresa. Ella jamás se había interesado por el trabajo de Adonay, no era que no le importara su nieto, solo que a las mujeres, en su cultura, no se le comunicaba sobre eso. Solo sabía que trabajaba para los payos y en una gran empresa, nada más.

—Sí, lo supe hace mucho tiempo, pero tampoco le he dicho a Adonay que conozco al nieto de su jefe… Creo que pronto tendré que contárselo.

—Sí, ya tendrás tiempo para eso… Solo espero que él no tome tan mal la noticia de que vas a casarte con un payo. De tu padre, tu tío y tus hermanos ni hablemos…

—Sé que jamás me lo van a perdonar —soltó un suspiro tembloroso, porque le dolía el corazón de solo pensarlo. Pero ya iba siendo hora de que se hiciera a la idea de manera definitiva.

—A veces el orgullo puede ser el peor enemigo del hombre, mi estrella. Ellos se arrepentirán, sé que sí.

—*Te camelo, paruñí* —dijo Samira.

—Yo también, soñé tanto con este momento… Anhelaba mucho volver a tenerte en mis brazos. —La mecía con ternura.

—Necesité tanto tus abrazos y tu pecho… Hubo muchos días en los que me dormí llorando y solo tenía esta almohada para abrazar… —Tenía ganas de suplicarle que se quedara con ella, que no volviera a Río, pero bien sabía que la pondría en una situación demasiado difícil, porque su abuela también estaba muy apegada a sus hermanas y hermanos. No era justo que perdiera el amor de todos ellos, solo por el de ella.

—Ahora estoy aquí. —Vadoma se acostó.

Samira también lo hizo y volvió a acomodarse sobre el pecho de su abuela, y tiró de las sábanas para arroparlas a las dos.

—Duérmete, mi amor… —susurró Vadoma, sin dejar de acariciarle el pelo y empezó a tararear una canción de cuna en caló.

CAPÍTULO 58

Samira podía sentir la respiración profunda y tranquila de su abuela, se había quedado dormida hacía más de media hora. No quería moverse, para no despertarla, pero si no lo hacía, iba a amanecer adolorida.

Respiró profundo y con mucho cuidado se alejó de su pecho y se acomodó en el otro extremo de la cama. Ella estaba agotada y quería dormirse, pero todas las emociones vividas durante el día no le dejaban pegar ojo.

No hacía más que sonreír, cada vez que las mariposas en su estómago hacían fiesta, porque jamás se había sentido tan bien, tan plena, tan realizada. Alcanzó su más soñada meta e iba a casarse con el hombre del que siempre estuvo enamorada, su primer y más bonito amor. Además, después de tantos años, volvía a tener a su abuela durmiendo en la misma cama que ella.

Seguía en estado de vigilia, cuando escuchó su teléfono vibrar, enseguida lo cogió y su pobre corazón dio un vuelco cuando vio que Renato acababa de agregar una nueva canción a la lista de reproducción.

Miró la hora y pasaban las tres de la mañana.

Era imposible para ella ignorar esa canción, necesitaba escucharla en ese instante, por lo que, con cuidado, se levantó, agarró los auriculares y salió de puntillas de la habitación.

Caminó hasta el salón principal y se sentó en el sofá, subió los pies, con las rodillas pegadas al pecho. Se puso los audífonos y le dio a reproducir. Solo entonces caía en la cuenta de que las canciones que había estado agregando eran pistas de su propuesta de matrimonio. Se lamentó no haberse emocionado con las primeras, como lo estaba con esta última.

Tú me sabes desnudar sin quitarme la ropa
Tú haces dudar al que acierta y al que se equivoca
Eres la chica perfecta, ¿qué más te puedo decir?
Eres la chica perfecta para mí, para mí…

Su sonrisa se fue haciendo más amplia y las cosquillas en su estómago se volvieron incontrolables, a medida que escuchaba la canción.

Y vamos a olvidarnos de los miedos
Y vamos a olvidarnos de las dudas
Yo voy tocando el cielo con los dedos
Mientras que poco a poco te desnudas…

La reproducción fue ligeramente interrumpida con la llegada de un mensaje y; de inmediato, lo leyó:

Renato: ¿Tampoco puedes dormir?

Sin dejar de escuchar la canción, empezó a responderle.

Samira: No, han sido demasiadas emociones, para un solo día. Me gusta mucho esta canción… Y las demás también, aunque admito que quise ahorcarte. ¡Cómo desapareces

por cuatro días y de pronto empiezas a dedicarme canciones, sin ningún contexto!

Renato: Lo siento, supuse que estaba haciendo algo especial.

Samira: Has sido bastante especial… Demasiado, tanto, como para haberme quitado el sueño.

Renato: También me has quitado el sueño con tu respuesta. ¿Podemos casarnos ya? Es que me aterra que puedas cambiar de opinión.

Samira: No, no voy a cambiar de opinión. Pero no me opongo si tu deseo es que nos casemos cuanto antes.

Renato: Quiero casarme ahora mismo, pero sé que es imposible. No vamos a encontrar abiertos el Registro Civil o la Notaría.

Samira: No es así de fácil… Primero tenemos que buscar los documentos.

Le adjuntó un emoticón de una niña riendo.

Renato: Estoy preparado, antes de venir investigué cuáles eran los requisitos y he traído todos los que he podido. Drica se encargará de enviarme el resto.

Samira tuvo que llevarse una mano a la boca, para sofocar su grito de felicidad. Lo menos que quería era despertar a todos.

Samira: Estabas muy convencido de que diría que sí.

Luego de escribir el mensaje, se llevó la mano a la tobillera y empezó a tocar los dijes. Fue entonces que se dio cuenta de que tenía uno nuevo: el bastón de Esculapio.

Su felicidad se hizo aún más fuerte, adoraba esos detalles de Renato, que eran totalmente fuera de lo común; otro, quizá, habría puesto un infinito o un corazón.

Renato: La verdad, no. No estaba para nada convencido, no tienes idea de lo aterrado que estaba; aun así, una pequeña parte de mí, albergaba la esperanza de que dijeras que sí… ¿Quieres que hagamos vigilia juntos? Puedes venir al hotel.

Al corazón de Samira le nacieron alas, ante su propuesta. Nada más querría ella, que estar entre sus brazos, pero no podía irse y dejar a su abuela e invitados solos; sería una gran descortesía. No obstante, tuvo una mejor idea.

Samira: No puedo dejar a mis invitados, pero si quieres, puedes venir a mi apartamento. Está a unos siete minutos en coche de tu hotel.

Renato: Yo encantado, pásame la ubicación.

Samira: Ya mismo te la envío.

Renato: En diez minutos estoy contigo. Te amo, mi suerte.

Samira se llevó la mano al pecho, mientras sonreía, viendo el mensaje. Sabía que jamás podría recuperar el tiempo que vivieron separados, pero tenía la certeza de que este era su tiempo. Era el momento perfecto para vivir sin miedos ni dudas su historia de amor.

Luego de soltar un largo suspiro, se levantó y fue a verse en el espejo del recibidor. Llevaba puesto un pijama de seda en un color rosa pastel, era de pantalón y blusa mangas largas. Quizá se vería mejor con algo más sensual, pero su intención no era provocarlo, por respeto a su abuela, que estaba durmiendo en su habitación y que esperaba que aún siguiera siendo virgen.

Tenía el cabello suelto, aún en las raíces estaba algo húmedo, ya que se lo había lavado para sacarse el fijador que le aplicaron por el peinado. Empezó a trenzárselo de medio lado, mientras se observaba en el espejo. Sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos brillaban como solo lo hacían cuando pensaba en Renato.

Cuando terminó, se dio un paseo por el apartamento, encendiendo algunas luces y miraba la pantalla del teléfono cada cinco segundos. Estaba ansiosa por verlo y el tiempo no ayudaba en absoluto.

Renato: Llegué, no puedo esperar para verte.

Samira no le respondió con mensaje, sino que le llamó y él le respondió al primer repique.

—Ya te abro. —Le dijo, al tiempo que pulsaba el botón en la pantalla, para darle acceso—. Último piso. —Terminó la llamada y abrió la puerta, para esperarlo en el vestíbulo.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron y sus miradas se encontraron, ambos sonrieron. Renato caminó raudo hacia ella, que lo esperaba con los brazos abiertos.

Él le envolvió la cintura con los brazos y ella le sujetó la cara, al tiempo que sus bocas se chocaron en un beso cargado de emoción y que fue haciéndose más profundo, al dejarse llevar por esas ganas que tanto tuvieron que reprimir durante el día.

En medio de su emoción, no solo su saliva y aliento se volvieron uno, sus lenguas buscaron envolverse la una a la otra y sus dientes chocaron en un par de oportunidades, haciéndoles separarse para reír, pero volvían a comerse a besos, hasta que una de las manos de Renato se apoderó de las nalgas de Samira y la llevó contra la pared.

Un resquicio de cordura atravesó la espesa telaraña del deseo que recorría con lenguas de fuego el cuerpo femenino.

—Será mejor que entremos —dijo con el pecho agitado y una sonrisa que agitaba aún más las ganas en Renato—. Y tenemos que calmarnos un poco, porque mi abuela está en mi habitación y todas las demás están ocupadas con los invitados… —Había olvidado que la principal razón para no tener sexo con Renato, era que le martirizaba ocultarle a su abuela que ya no era virgen y creía que, si no volvía a entregarse a él, hasta después del matrimonio; podría, de alguna manera, quitarle peso a esa culpa. La verdad, no estaba muy segura de conseguir esperar hasta la noche de bodas, porque cuando él la besaba, perdía total voluntad.

—Está bien, intentaré portarme bien. —Dejó de apretarle las nalgas y subió la mano hasta la cintura.

Samira le sujetó la mano y lo guio dentro del apartamento.

—Bienvenido a mi hogar —dijo con una gran sonrisa.

—Gracias. —Renato admiró el gran salón, podía reconocer muebles de diseñador y acabados de lujo; aunque también había parte de la decoración en la que reconocía los gustos de Samira.

—¿Quieres un té? —Le ofreció, sin soltarle la mano.

—Sí, me gustaría —aceptó e intentó disimular su sorpresa, al ver una cocina de alta gama. Poco sabía de diseño, pero sí de materiales—. ¿Cómo haces para pagar el alquiler? —Ya no

pudo seguir tragándose la curiosidad—. Estoy seguro de que no es para cualquier presupuesto.

Samira, que ya estaba encendiendo la tetera, para poner a hervir el agua, se volvió hacia él, que se quedó en la isla de mármol.

—No pago alquiler —contestó con una sonrisa y caminó hasta la alacena donde tenía las latas con los tés.

—¿No pagas alquiler? —siguió picado por la curiosidad.

Samira negó con la cabeza, al tiempo que buscaba en otro cajón el infusor de té. Se volvió hacia él y en la isla puso un par de tasas.

—Es mío, solo pago los impuestos.

—¿Tuyo? —Los ojos de Renato reflejaban su consternación—. ¿Me dirás cómo es posible…?

—Me gané la lotería, el euromillones. —Lo interrumpió, por fin confesando con una gran sonrisa y los ojos brillantes.

—No. —Se mostró sorprendido y solo pudo esbozar una sonrisa incrédula.

—Sí. —Samira reafirmó con la cabeza—. ¿Cuál quieres? —Le preguntó, mostrándole las opciones de infusión que tenía. Él le señaló el té blanco. Enseguida llenó el infusor con las hojas del té, lo puso en la taza y luego vertió el agua caliente—. Ciento setenta millones de euros —confesó mientras observaba cómo el agua iba poco a poco tiñéndose con el color ligeramente amarillo del té; sonrió por la alegría que aún le provocaba revivir ese momento—. Una locura, ¿cierto? —Levantó la mirada, para encontrarse a Renato todavía pasmado.

Él espabiló varias veces y luego silbó.

—Sí, una total locura… Sabes cuál es la probabilidad de que alguien se gane un premio como ese…

Samira asintió, al tiempo que empujaba la taza de té hacia él.

—Era más probable que me cayera un rayo encima, pero por fortuna, me tocó lo más favorable.

—Son mínimas, Samira… ¡Es increíble! —Seguía con una sonrisa tonta de asombro. Solo así podía darle sentido a todas esas interrogantes que invadieron su cabeza desde que volvió a verla, como la tarjeta de crédito, estudiar en una universidad privada, el restaurante, el auto y ahora ese apartamento—. Quiero saberlo todo, ¿cómo pasó? ¿Cómo te sentiste al darte cuenta? Porque es mucho dinero, es una fortuna…

Samira se rio, al tiempo que echaba unos terrones de azúcar en su té.

—La verdad, aún me cuesta asimilarlo…

—¿Fue hace mucho? —soltó una risita al sentirse tonto.

—Tenía poco más de un año de haber llegado.

—No sabía que te gustaban los juegos de azar.

—No me gustan, fue la primera y única vez que lo jugué… Y no lo hice con la intención de ganar, solo necesitaba cambiar un billete. Era lo único que tenía, pero iba caminando y me topé con una señora y una niña pidiendo dinero en pleno invierno… Eso me hizo recordar las veces que mi abuela y yo, recurrimos a la buena voluntad de los demás, para poder llevar comida a la casa. Actué como muchas veces deseé que otros lo hicieran con nosotras; así que, compré el boleto solo para obtener unas monedas y así ayudarles.

—Las buenas acciones siempre son recompensadas —dijo Renato, sus ojos brillaban de admiración por la chica que tenía en frente—. ¿Cómo te sentiste cuando supiste que habías ganado? —preguntó con la intriga gobernándolo.

—Vamos a ponernos cómodos, porque creo que me pedirás todos los detalles.

—¡Por supuesto! —pidió, emocionado.

Cada uno se hizo de su taza de té y Samira lo guio hasta la terraza, que tenía unas vistas hermosas de Madrid. Ella corrió la puerta, al sentir la necesidad de estar a solas con él; así, si alguien despertaba e iba a la cocina o al salón, no se darían cuenta de que ellos estaban ahí.

—¿Te gusta? —Le preguntó, cuando lo vio admirando las vistas.

—Sí. —Bebió de la taza de té.

—No son tan lindas como las de tu apartamento, que hacen que uno se pierda en la grandeza del océano Atlántico y que termines levitando en paz… Pero estas me han reconfortado en muchas oportunidades. —Le dio un sorbo a su té.

—Todo depende, Samira… Créeme, hubo momentos en los que, por mucho que pasara horas y horas mirando al océano, no encontraba ni un poco de paz… Porque mi paz solo podía encontrarla en unos ojos hechiceros…, unos hermosos, que se esfumaron de repente y se llevaron mi total estabilidad, mi serenidad…

—No hablemos de eso… No quiero seguir sufriendo por el tiempo que no pasamos juntos. Ahora solo debemos dedicarnos a recuperarlo, solo eso. —Le dijo ella, sujetándolo de la mano, para llevarlo a un sofá.

Se sentaron uno al lado del otro, pero Renato puso la taza de té en la mesa de centro y se acomodó de medio lado.

—Ven aquí, quiero tenerte entre mis brazos. Eché de menos tanto hacerlo, que no quiero perder la oportunidad ahora que te tengo. —Él quedó sentado con la espalda apoyada en el reposabrazos del sofá. Estiró la pierna izquierda y la otra la dejó apoyada en el suelo, dejando espacio para que Samira se ubicara en medio de sus piernas.

Ella, con una sonrisa dócil, se acomodó, dejando su espalda contra el tibio pecho de Renato; y encogió las piernas, para estar más a gusto.

—Estar así, se siente demasiado bien. —Samira soltó un suspiro, al tiempo que se acurrucaba más contra él, que la envolvió con sus brazos y le daba el calor que justamente necesitaba en esa madrugada fresca.

—Creo que terminaré abrumándote y me dejarás…

—No digas eso, no lo haré. Te amo mucho, Renato…; tanto, que estoy segura de que esto que siento por ti, jamás se extinguirá. —Giró la cabeza, para poder buscar su boca y besarlo, porque quería no solo demostrarle con palabras, sino también con hechos, que sus sentimientos por él, eran genuinos.

Renato le acunó la cara para corresponder al beso, aceptó la invitación cuando ella separó los labios y avanzó con su lengua, lento y suave…; saboreando ese momento en que sus respiraciones se hacían lentas, sus latidos se desbocaban y poco a poco la temperatura de la sangre aumentaba.

Ella terminó el beso mordisqueándole el labio inferior, en respuesta, él le sonrió, mientras sus narices se rozaban y; al abrir los ojos, las pupilas de ambos se encontraron.

—¿Me amas a pesar de todas mis debilidades? —susurró él, pegando su frente a la de ella.

—Te amo —contestó con total certeza—. Me desmayé…

—¿Qué? —preguntó Renato, al no encontrar conexión entre lo que Samira acababa de decirle.

—Me preguntaste que cómo me sentí cuando me enteré de que me gané la lotería… Pues, me desmayé y recuerdo que lo primero que dije o que pensé es que, en ese instante, estaba demasiado aturdida… Creo que dije: «ahora sí podré estudiar» … Y lo peor de todos fue que me enteré ocho días después; de no ser por Romina, jamás habría sabido que mi vida había

cambiado. Dejé el boleto en su casa porque no le di importancia, para mí, solo se trató de un medio para cambiar un billete… Ese mismo día, fuimos al banco y luego me fui a trabajar…

—¿Te fuiste a trabajar? —preguntó Renato con una sonrisa. Él seguía con una mano sobre la mejilla izquierda de Samira, la movió hasta atraparle le lóbulo y, entre sus dedos pulgar e índice, lo acariciaba.

Samira asintió, ahora, después de tanto tiempo, ni ella entendía por qué actuó de esa manera, quizá se debió a la adrenalina de ese momento.

—Tenía dos trabajos, por las mañanas era mesera en Saudade, que en ese entonces tenía otro nombre y su dueña era una chica llamada Lena… Y, por las noches, limpiaba oficinas en el distrito financiero.

Renato se acercó y le dio un beso en la frente.

—Lo siento mucho, porque fui quien te orilló a hacer todo eso… Digo, a tener que trabajar de nuevo en dos horarios…

—Bueno, tuve una millonaria recompensa… Ciertamente, el dinero no da la felicidad, pero sí ayuda mucho a que las cosas sean más fáciles —alegó Samira.

—Tienes razón… Veo que lo has administrado bien, tener propiedades ayudan a que tu patrimonio crezca. ¿Tienes a alguien que te asesore?

—Sí, tengo un gran equipo de abogados, contadores y economistas que me ayudan… El gerente del banco me recomendó que la mejor manera de no derrochar el dinero era hacer inversiones; así que, me dio el contacto de un buen hombre que se encargó de no solo hacer que no terminara gastando en poco tiempo todo el dinero, sino que ha hecho que obtenga ganancias… Creo que tengo un poco más de lo que gané y, eso, que doné mucho a mis familiares y amigos… Como comprenderás, era demasiado para mí… ¿Te gustaría tener una reunión con mi equipo financiero? Siempre confío en lo que ellos me dicen y en los documentos que me muestran, pero sé que tú eres excepcional en tu trabajo; no en vano eres el Director Financiero de un importantísimo conglomerado.

—Si quieres que lo haga, lo haré… Me tranquiliza saber que has llevado tus finanzas de manera inteligente y estoy seguro de que tienes un buen equipo que te respalda… —Renato silbó, todavía estaba sorprendido.

Samira soltó una risita.

—Es difícil de creer, ¿cierto?

—Sí que lo es, pero ¿sabes qué es lo que más me impresiona? —ante ese comentario, Samira negó con la cabeza—. Que sigues manteniendo tu esencia, sigues siendo la Samira que conocí… Aunque ahora más mujer.

Ella sonrió y él supo que jamás la había visto más hermosa. Fue como un puñetazo en el estómago. A cada momento que pasaba, estaba más seguro de que estaban hechos uno para el otro.

Samira volvió a recostarse contra el pecho de Renato, dejó descansar la cabeza en su hombro y con sus manos acariciaba los brazos de Renato, que la abrazaban por la cintura.

—Pues, ya tengo veinticinco, algo he crecido —dijo sonriendo, al sentir que Renato le plantaba un beso en la mejilla.

—Y lo has hecho hermosa, más sensual… —Bajó con sus besos al cuello de Samira y pudo sentirla estremecerse entre sus brazos—. Te deseo, mi gitana… Te deseo tanto —dijo con la respiración agitada, mientras su mano derecha se escabullía debajo de la tela de seda de la blusa del pijama, para acariciarle el torso.

CAPÍTULO 59

Samira jadeó bajo el cálido apretón de la mano de Renato en su seno izquierdo y se quedó paralizada ante el significado de las palabras que le había dicho, pero en el interior de su pecho, el corazón le vibraba a punto de explotar y estaba segura de que él podía sentirlo.

—Quiero más y creo que tú también —susurró, bajando su otra mano por el vientre y con sus dedos se abría espacio entre la tela del pantalón del pijama, para tropezar con las bragas—. ¿Lo quieres, Samira? —preguntó, haciendo ligeros círculos con las yemas de sus dedos sobre el monte de Venus y por encima de la tela de las bragas.

Ella tragó saliva. No tenía réplicas para eso. Suponía que se había prometido que no volvería a tener sexo con Renato, sino hasta su noche de bodas. Sin embargo, en ese instante, estaba mojada y anhelante. Solo escuchaba sus respiraciones y el latido de su corazón retumbaba en sus oídos.

—Renato —musitó temblorosa, al tiempo que él le pellizcaba con firmeza el pezón, avivando la imparable necesidad que crecía en su interior. Entonces, jadeó y arqueó las caderas hacia sus dedos.

Renato bajó un poco más su mano, dejando que sus dedos índice y medio, descendieran por sus labios vaginales, aun por encima de la tela, pudo sentir la humedad.

Samira contuvo el aliento y separó las piernas, para darle la bienvenida a los dedos que, en ese momento, se abrían espacio entre la tela del costado.

—Eso es… Sí… —suspiró pesadamente Renato, cuando sus dedos resbalaron por la piel suave, caliente y mojada. Estaba preparándose para establecer un ritmo implacable, lento y profundo con sus dedos, cuando escucharon un ruido proveniente del salón.

Samira saltó del sofá, con un movimiento brusco se apartó de Renato, se le tensó cada músculo del cuerpo y apenas podía respirar.

—Seguro es mi abuela… —dijo, casi sin aliento, presa del terror.

—Bueno, está bien, tranquila… No estamos haciendo nada malo.

—Para ella, sí… Esto es malo, muy malo…

—Entiendo, pero ya no estamos haciendo nada… Cálmate un poco. —Estiró la mano—. Ven, siéntate a mi lado, porque si entras y te muestras nerviosa, solo despertarás sospechas.

Samira comprendió que Renato tenía razón, así que, exhaló y volvió a sentarse a su lado, apoyando la cabeza en el hombro de él, quien le pasó el brazo por encima de los hombros.

—Perdóname por actuar así. —Se relamió los labios resecos, debido a la mezcla de excitación y terror—. Es que mi abuela piensa y espera que aún sea virgen. Ya sabes, en mi cultura la virtud es demasiado importante… Es más, creo que es lo más importante, y justo anoche mi abuela me lo recordó…

—Y eso te ha puesto bastante nerviosa —completó Renato.

Samira asintió.

—No quiero decepcionarla, ya me ha permitido tantas cosas, me ha dado toda su confianza… Sé que si se entera de que me caso sin ser virgen, le romperé el corazón.

Renato buscó su mano y entrelazó sus dedos a los de ella.

—Sabes que la única persona a la que le concierne tu vida sexual es a ti y que las decisiones sobre tu cuerpo solo las puedes tomar tú; sin embargo, entiendo que para tu cultura es muy importante y que tu abuela cree firmemente en esos dogmas… Vamos a respetar eso hasta la

noche de nuestra boda, porque creo que así estarás más tranquila, ¿te parece?

—También lo pensé… Quise proponértelo, pero es que, cuando estoy contigo, todo se sale de control —comentó con una sonrisa algo tímida.

Renato adoró ese rastro de inocencia en ella, esa manera tan sutil de decirle que también lo deseaba.

—Solo por si por esta cabecita aún quedan rastros de pensamientos ortodoxos. —Inclinó su cabeza, para apoyarla sobre la de Samira—. No debes dejar que nada te atormente, porque tu primera vez fue conmigo, fue con el que se convertirá en tu esposo… Y, el orden de los factores, no afecta el resultado.

—Eso lo entiendo —Ella se alejó, lo miró a los ojos y le regaló una sonrisa, luego se acercó, suplicándole con la mirada un beso. Él, que sabía leerla con mucha facilidad, acercó su boca y la besó con infinita ternura. Dejó caer un beso sobre otro, en sus labios que temblaban de anhelo por los de él—. Ahora tengo mucha más prisa por casarme —suspiró—. ¿Será que podremos sobornar al Juez de Paz, para que nos case, aunque nos falten algunos documentos?…

Renato soltó una carcajada, como lo hacía pocas veces e hizo que Samira se contagiara.

—Aún podemos irnos a Las Vegas y casarnos allí, sería legal… Podemos viajar. Nos tomaría tres días llegar, casarnos y volver.

—¿Podemos hacer eso? —preguntó incrédula y emocionada a partes iguales.

—Claro que podemos hacerlo. Es tan legal y oficial como casarnos en cualquier otro lado. Solo tendríamos que recoger la licencia de matrimonio en la oficina del Condado de Clark. Después, la traemos al Registro Civil, la registramos y nuestro matrimonio sería oficial.

—¿Cómo sabes todo eso? No es que estemos hablando de tema de cultura general —cuestionó Samira con picardía.

—Bruno y Vera se casaron en Las Vegas, yo fui uno de los testigos, ya luego lo hicieron por la iglesia en Río.

—Ah, entiendo —dijo, mientras estudiaba seriamente la posibilidad de hacerlo, pero rápidamente sus ilusiones se precipitaron a tierra—. Pero me gustaría que mi abuela esté presente y ella no tiene visa americana. —Su tono de tristeza fue evidente.

—Tienes razón, bueno, no nos queda más que intentar sobornar al Juez… —concluyó de forma bromista.

Samira se echó a reír, justo en el momento en que la puerta del balcón era abierta por Daniela.

—¡Vaya, vaya! No esperaba encontrar a los tórtolos aquí —dijo con una taza de capuchino en la mano y aún con el pijama puesto.

Samira se sintió bastante aliviada al saber que era su amiga y no su abuela.

—Buenos días, Daniela —saludó Renato, que aún no había tenido la oportunidad de agradecerle por disipar cualquier duda que tuviera acerca de la relación entre Samira y Mirko. Bien sabía que, si dejaba que su cabeza sacara conclusiones, lo más probable es que no hubiese tenido el valor de pedirle matrimonio.

—Buenos días —canturreó mientras se acercaba a ellos—. Ustedes sí que han madrugado.

—Así parece —comentó Samira, por supuesto, no iba a decirle que ninguno de los dos había dormido, porque no quería entrar en detalles.

Daniela se sentó en el sillón frente a ellos y subió los pies.

—¿Y qué hacen? Imagino que hablando sobre la boda. —Miró a Samira—. No importa dónde ni cuándo sea, yo seré tu madrina. —Sin duda, era una imposición.

—Sí, estábamos hablando de la boda, pero aún no llegamos a la parte de los padrinos y

madrinas —alegó Samira—. Pero ahora que lo dices, sí, serás la madrina y Julio el padrino… No podría pensar en nadie más.

Daniela soltó un grito de emoción, dejó el café sobre la mesa de centro y corrió a abrazar a Samira.

—Gracias. —Le plantó un beso en la mejilla—. Gracias, gracias —dijo, dejándole caer varios besos—. Seré la mejor madrina, ya verás.

—Sé que lo serás, lo sé. —Samira le daba palmaditas en el brazo que le rodeaba el cuello, porque estaba a punto de dislocárselo.

—Te quiero, chama. —Se apartó y regresó al sillón, sentándose en la misma posición—. ¿Y ya tienen la fecha? En seis meses, un año…, dos…

—Cuanto antes —intervino Renato—. Queremos casarnos lo más pronto posible.

—¿Y eso? —preguntó con suspicacia y se volvió a mirar a su amiga—. No me digan que viene con pasajero a bordo… Ah, no…, qué tonta soy; verdad, que es imposible saberlo, si apenas hace una semana que se reencontraron…

Ese comentario de Daniela hizo nacer la duda en Samira, porque ella no estaba usando ningún método anticonceptivo; aunque le tranquilizaba saber que Renato usó preservativo.

—No, eso no es posible —intervino él, imaginaba que Samira no querría que nadie se enterara de que había tenido sexo. Sobre todo, por la conversación que recién acababan de tener —. Solo que no encontramos motivos para dilatar algo que ambos queremos.

—En eso estoy de acuerdo, si quieren hacerlo, es mejor que sea cuanto antes… Como madrina de la boda, les ofrezco mi ayuda para lo que necesiten.

—Gracias, Dani. —Samira le sonrió.

—No tienes que agradecer, sabes que lo hago con mucho placer… Por cierto, sé que ahora mismo están concentrados en la boda, pero recuerda que mañana es la fiesta de Romina y me gustaría ir a comprar ropa, ¿me acompañas?

—Vale, vale… Sí —respondió Samira y se volvió a mirar a Renato—. ¿Te gustaría acompañarnos?

—Sí. —Apreciaba cada minuto que pudiera estar al lado de Samira.

—¿Y a la fiesta? Romina cumple años y hará una fiesta gitana.

—Está bien, recuerdo que me prometiste algún día llevarme a una. —Trajo al presente una de las tantas promesas que ella le había hecho.

—¿Lo dije? —preguntó, un tanto sorprendida y sonreía, incrédula. Renato asintió con su mirada en los ojos de ella—. Bueno, entonces, es mi momento para cumplir esa promesa.

—Lo es. —Elevó la comisura derecha, en una sutil sonrisa.

—Creo que es momento de empezar a preparar el desayuno, ya no deben tardar en despertar los demás —dijo Daniela.

—No, hoy no vamos a cocinar… Mejor bajemos al café de la esquina —propuso Samira.

—Está bien, voy a despertar a Carlos y a ducharnos. —Se levantó y se marchó.

—¿Me esperas? También voy a cambiarme —dijo Samira.

—De acuerdo, pero después del desayuno, regresaré al hotel, para descansar un par de horas. Y me gustaría que tú hicieras lo mismo.

—Lo haré y regresas a las cinco, para que nos vayamos de compras con Dani… ¿Te gustaría que esta noche cenemos todos, incluidos tus padres?

—Ellos estarán de acuerdo, les avisaré temprano, para que no hagan planes.

—Perfecto —asintió y se acercó a darle un beso, que terminó convirtiéndose en varios, impulsados por aquel amor que seguía creciendo entre ellos, hora a hora, minuto a minuto.

Tiempo después, cuando Vadoma y Samira entraron al salón principal, supuso que Renato recién llegaba, invitado por su nieta, y no que se presentó en la madrugada, como un ladrón; eso le hubiese molestado bastante, en cambio, lo saludó con cordialidad.

Se sorprendió un poco porque era primera vez que lo veía vistiendo de manera tan informal. Llevaba puestos unos vaqueros y un jersey azul marino, no uno de esos carísimos trajes, a los que parecía que nunca se le hacía la mínima arruga.

Con disimulo, miró cómo su nieta se acercaba a él y aceptaba con agrado un beso en los labios; aún eso le incomodaba, pero trataba de aceptar que, en la cultura de los payos, darse muestras de amor sin aún estar casados era normal; cosa que, definitivamente, no era permitida en la suya.

—Vamos —alentó Samira a todos, al tiempo que entrelazaba sus dedos a los de Renato.

—¿Qué pedirás? —preguntó Daniela.

—No sé, quizá una tortilla de patatas…

—Mejor hubiésemos hecho unas arepas.

—Ay, Dani. Sí, sé que las arepas son riquísimas, pero hay más en el menú.

—Samira tiene razón, amor —intervino Carlos—. Ya hemos comido arepas toda la semana, necesito probar otra cosa, por favor.

—Pero Renato no ha comido arepas —dijo, sonriente.

—Ya las he probado… —intentaba responder, pero Daniela se apresuró.

—Pero no hechas por mí, hago las mejores —objetó la venezolana, con suficiencia.

—Seguro que tendré oportunidad de comer las tuyas.

—Seguro que sí, no desistiré hasta que las pruebes… y Vadoma también —dijo, colgándose del brazo de la anciana.

Salieron del apartamento y caminaron un par de calles, Samira estaba segura de que les encantaría ese lugar.

Se pidieron una gran variedad de alimentos, sobre todo, por petición de Daniela, que quería que Vadoma probara todo lo que no había podido. A pesar de que la anciana no iba a poder comerse todo, aceptó la manera en que la chica quería atenderla.

Tras dos horas en el lugar, ya estaban esperando la cuenta, cuando a Vadoma le entró una videollamada. Ella se emocionó como una niña y no dudó en contestar, porque era de su nieto, Adonay.

—Hola, *paruñí* —saludó el gitano con gran entusiasmo—. ¿Cómo estás? ¿Adaptada al horario?

—Adonay, bien, estoy bien… Mira quién está a mi lado. —Mostró en la cámara a Samira.

—¡Holaaaa! —Samira le saludó con una gran sonrisa, agitando la mano—. Primo, gracias por las flores, están hermosas…

—Qué bueno que te gustaron, grillo, ¿cómo estuvo la ceremonia? ¿Y te gustó la sorpresa? ¡Ey, ya eres médico! —Su tono era de dicha y orgullo.

—¿Que si me gustó la sorpresa?… ¡Me encantó! Casi me da un infarto de la dicha —comentó Samira, llevándose una mano al pecho y con la otra le acarició la cabeza a su abuela, luego le plantó un beso en la mejilla—. Gracias, primo. No me lo esperaba… No tienes una idea de lo feliz que me ha hecho volver a ver a esta señora gruñona…

—Gruñona, me dice… Te hubiese tocado otra abuela —refunfuñó Vadoma.

—No lo digo en serio —sonrió Samira y le dio otro beso—. El acto estuvo muy lindo —retomó las respuestas—. Fue bastante emotivo… ¡Y, sí, por fin ya tengo el título!

—¿Y cuándo regresas a Brasil? —preguntó Adonay.

Samira aún no le había dicho a su abuela ni a su primo, que ya había empezado la preparación para presentar la prueba de la especialización, en Madrid. Sabía que ese iba a ser un tema bastante difícil, pero no quería desaprovechar la oportunidad de seguir avanzando en su profesión.

—Aún no lo sé, tengo unos asuntos que atender aquí. —Prefirió no entrar en detalles y pudo notar la tristeza en los ojos de su abuela, por lo que, estiró el brazo para abrazarla—. ¿Vas camino al trabajo? —Le preguntó, porque no sabía que había retomado su rutina laboral, ya que hasta donde sabía, le dieron una semana libre por el nacimiento de su hijo.

—Sí, ya debo volver —Cierta impotencia tiñó su voz.

—¿Y cómo sigue Amir?

—Los doctores han dado noticias alentadoras, dicen que está mejorando, ya subió cien gramos y está reaccionando favorablemente al tratamiento… Aun así, no descartan una recaída, y eso nos tiene algo preocupados.

—Sé positivo, verás que todo saldrá bien, Amir es fuerte… Y Milena, ¿cómo está? —Samira se mostraba bastante preocupada por la situación de su primo. En ese momento, desvió la mirada hacia Renato.

Él estaba serio y trataba de no mostrarse interesado en la conversación, pero estaba atento a cada gesto de Samira e intentaba ignorar el malestar que tenía en el pecho; esa incomodidad ya la tenía identificada y sabía que se trataba de celos. Sí, era un sentimiento estúpido, pero no podía evitarlo.

No obstante, al enterarse de la situación por la que estaba pasando Adonay, lo invadió la compasión, porque no debía ser fácil tener que dejar a un hijo recién nacido y en estado crítico, para tener que ir a cumplir con el trabajo.

—Ella está bien, no quiere dejar el hospital, pasa día y noche ahí… Me preocupa que tanta angustia termine afectándola. Por ahora, su hermana va a hacerle compañía, ya luego que salga del trabajo, iré yo.

—Todo pasará, Adonay… —intervino Vadoma.

—Lo sé, paruñí. Ya quiero tener a Amir en casa, que toda esta angustia termine… Sé que solo es cuestión de tiempo —comentó con una ligera sonrisa de esperanza y decidió cambiar el tema—. ¿Y qué hacen ahora?

—Recién terminamos de desayunar, vinimos con unos amigos —dijo Samira.

Vadoma enfocó a quienes les acompañaban.

—Esa es Daniela —dijo, señalándola.

—Hola, Adonay, es un placer. Soy la amiga venezolana de Samira… Espero, por su bien, que te haya contado de mí —saludó, poniendo en práctica el portugués.

—Un gusto, Daniela. Sí, me ha hablado de ti, de tu hija y también de tu marido.

—Está aquí, a mi lado… Carlos, saluda. —Daniela le pidió y Carlos se asomó también a la cámara.

—Hola. —Fue lo único que dijo, porque no sabía portugués, a pesar de que Daniela le había insistido constantemente para que lo aprendiera, así como lo hizo ella.

No le había interesado el idioma y ahora pasaba la mayor parte de la conversación sin entender nada, porque Vadoma no hablaba español; así que, la mayoría de la plática la llevaban en portugués.

—Hola, es un placer. —Le saludó Adonay, en español, ya que él sí había tenido que aprender español e inglés, para poder desempeñarse en su trabajo. Ya que, comúnmente, debía interactuar con personas de otros países.

Luego, Vadoma creyó prudente también mostrar al futuro marido de su nieta, a pesar de que aún no dirían nada.

—Y este es Renato, el joven amigo de Samira, que me trajo —dijo Vadoma.

—Hola, Adonay, es un placer. Espero que tu hijo mejore pronto —deseó Renato y su mirada se desvió hacia Samira, la vio deglutir y luego le sonrió nerviosa. Sí, él ya reconocía cuando alguna situación le incomodaba.

—Gracias por tus buenos deseos —respondió con el ceño ligeramente fruncido, porque el hombre le parecía conocido, pero no sabía de dónde—. Y por llevar a mi abuela con Samira.

—Un gusto, sé que tu abuela ha poyado a Samira con sus estudios desde el principio, era justo que pudiera estar en el acto de grado.

—Bueno, hijo, te dejo. No es bueno que estés hablando mientras conduces… Ten cuidado. —Vadoma empezó a despedirse.

—Gracias, paruñí, dile a Samira que te saque a pasear.

—Lo haré, le mostraré Madrid y la llevaré a conocer Andalucía… Adiós, hablamos luego.

—Adiós, grillo… Pórtate bien.

Samira le sacó la lengua y frunció la nariz, como le hacía cuando era niña. Adonay la imitó y luego terminó la videollamada.

A pesar de que Samira quiso pagar la cuenta, Renato no lo permitió, al apresurarse a poner su teléfono sobre el terminal del punto de venta.

Al salir del café, Renato mandó a parar un taxi, se despidió de ella con un ligero beso en los labios y de los demás con un gesto de la mano.

CAPÍTULO 60

En cuanto Renato llegó al hotel, se fue directo al baño, se dio una ducha, luego se puso el pijama y, antes de irse a dormir, le hizo una videollamada a su padre, para informarle que descansaría algunas horas. Sabía que quizá querrían almorzar con él, ya que, durante la mañana, su madre le envió un mensaje, para que bajara a desayunar con ellos y le respondió que estaba con Samira.

Estaba sintiendo los estragos de no haber pegado ojo en toda la noche, por lo que, aprovechó el momento para invitarlos a la cena, como ya Samira le había ofrecido.

Su padre le dijo que no se preocupara, que irían a almorzar con unos amigos, pero le pidió que cuando despertara comiera algo.

Renato le agradeció su genuina preocupación con una sonrisa y le prometió que, en cuanto despertara, se pediría servicio a la habitación. Tras despedirse de su padre, programó una alarma, para despertar en tres horas; luego, dejó el teléfono en la mesa, apagó las luces y se metió bajo las sábanas. Sin duda, lo que más le gustaba en ese momento de la suite, era que, a pesar de ser mediodía, quedaba en total oscuridad.

Cuando la alarma lo despertó, le pareció que tan solo habían pasado cinco minutos, quiso seguir durmiendo, aunque fuera media hora más, pero al recordar que tenía una cita con Samira, todo indicio de sueño se esfumó.

Como le prometió a su padre, solicitó salmón al grill, espárragos y puré de patatas. Al terminar de comer, le envió un mensaje de voz a su abuelo, para saber si podía hacerle una videollamada.

Cuando estuvo en Río, le contó toda su historia con Samira, le habló de sus orígenes, de lo mucho que ella había luchado y a todo lo que había tenido que renunciar, con tal de lograr sus sueños de ser médico; al final, terminó diciéndole sus planes de proponerle matrimonio.

Recibió respuesta enseguida y le fue imposible no sonreír, al suponer que su abuelo estaba impaciente. Algo, definitivamente, inhabitual en él.

No lo haría esperar, salió a la terraza, para disfrutar del aire libre y del paisaje madrileño; se sentó y le marcó.

—Por lo que más quieras, hijo, dime que dijo que sí —pidió Reinhard, en cuanto vio a su nieto aparecer en la pantalla.

Renato sonrió y asintió con la cabeza.

—Sí, abuelo —reafirmó sonriendo y con los ojos brillantes por la felicidad que no podía disimular.

—Entonces, es un hecho, te casarás.

—Es lo que más quiero, me gustaría poder hacerlo cuanto antes… No creo regresar pronto a Río, me quedaré a vivir con ella.

—¿Cómo que no? Tienes que traerla a casa, quiero conocerla… O iré hasta allá.

—Hablaré con ella, para que vayamos, aunque sea un fin de semana… ¿De acuerdo? —Lo que menos quería era que su abuelo, a su edad, tuviera que hacer un viaje tan largo.

—Bien, lo importante es que la familia la conozca, me encargaré de hacerle saber que ahora tiene una familia que va a respaldarla… Que será su apoyo en todo lo que necesite —hablaba Reinhard, ya que le pareció muy injusta la historia que Renato le contó sobre cómo la familia de ella, a excepción de un par de miembros, no querían volver a verla, solo por haber ido tras su

sueño de convertirse en médico.

—Gracias, abuelo, sé que Samira lo apreciará mucho. —Se sentía emocionado, porque su abuelo había aceptado su amor por Samira. Bueno, él ya sabía de la relación que tuvieron y se mostró feliz que de pudieran darse una segunda oportunidad.

Su abuelo también le confesó que hacía algunos años había dado con el paradero de la gitana. Nadie que estuviera relacionado con ellos, escaparía de una exhaustiva investigación, que sabía lo suficiente de la «muchachita», como para permitir que pudiera estar en contacto con él.

En ese momento, Renato se sintió aturdido, quizá un poco molesto con su abuelo por tal osadía, pero tras analizarlo unos cuantos minutos, terminó sintiéndose tonto, porque era de suponer que, Reinhard Garnett, haría eso desde el segundo en que Samira apareció en el campo visual del sistema de seguridad de la casa en Chile. Además, todos los empleados eran fieles a él y le dirían lo mínimo que pasara en esa casa.

Lo que sí le dolió bastante fue enterarse de que, durante todo el tiempo que estuvo separado de Samira, su abuelo sabía dónde estaba y no se lo dijo.

Reinhard prefirió no involucrar a Ian y se tomó las palabras que su hijo dijo en ese momento.

Renato terminó entendiendo que su abuelo tenía la razón, después de todo, Samira lo había dejado y ella siempre tuvo todos los medios para poder contactarlo, pero nunca quiso; claro, ahora sabía que tenía sus razones para querer estar lo más lejos posible de él.

—Entonces, ¿procedemos al siguiente objetivo? —preguntó Reinhard.

—Sí, hablaré con Drica, para que contacte a alguien aquí, necesito que me consiga un apartamento en el que pueda acondicionar una oficina… ¿Te parece si le propongo que venga a Madrid conmigo?

—Será mejor que no la pongas en la situación de tener que elegir… Ella es incondicional contigo, te quiere tanto como a sus hijos. A los que podría dejar por ir a ayudarte —comentó Reinhard—. No es justo que tenga que abandonar su vida aquí, para que siga siendo tu asistente. Pensé en dejarla como tu auxiliar en el grupo, darle tu oficina y ya le pediré a Recursos Humanos que busquen a un par de asistentes residentes en Madrid.

—La extrañaré mucho, sé que me volveré un caos mientras me adapto, porque ella conoce mi forma de trabajar, pero tienes razón, abuelo… Te agradezco que me ayudes con lo de las asistentes.

—La última palabra la tendrás tú, en cuanto las consigan, te informo, para que puedas hacerles la entrevista. Sé que no es parte de tus funciones, pero será tu equipo de trabajo y es mejor que las conozcas antes de hacer cualquier contratación.

—De acuerdo, gracias por todo, abuelo. Sé que, de cierta manera, estoy siendo irresponsable con el grupo…

—No digas tonterías, bien puedes llevar a cabo tus funciones en cualquier parte.

—Te prometo que me esforzaré aún más en mis deberes.

—Ya haces lo necesario. Me hace feliz el que estés anteponiendo tu vida personal, ya era hora.

—Gracias, haré todo lo posible para ir a visitarte antes de instalarme definitivamente aquí —dijo con cierta nostalgia, porque empezaba a asimilar que estaría lejos de los suyos por bastante tiempo.

—Eso espero, muchacho, eso espero… Te quiero mucho, Renatinho, sé que lo sabes…

—Lo sé y también lo saben todos los demás… Oscar y Matt siempre se quejan, dicen que soy tu favorito.

—¿Tan evidente soy? —preguntó con una sonrisa. Era cierto, sentía cierta predilección por

Renato, quizá se debía a que, de sus nietos, era con el que pasaba más tiempo y también fue el único que aceptó con orgullo la responsabilidad de formar parte activa de la empresa que tanto le había costado mantener.

—Eso parece. —Renato también río—. También te quiero, abuelo, eres mi persona favorita.

—Creo que tu persona favorita es tu futura esposa. —Le guiñó un ojo—. Y está bien que lo sea, no voy a competir con eso.

—Entonces, eres mi segunda persona favorita.

—Lo acepto. —Estuvo de acuerdo con humildad.

—Abuelo —empezó Renato con tono moderado, para poder solicitarle eso que no había podido sacarse de la cabeza—. Sé que ya te he pedido muchas cosas… y que esto es bastante abusivo de mi parte, pero no te lo pediría si no creyera que es importante…

—Renato, solo pídelo, no des tantas vueltas al asunto —intervino Reinhard, porque su nieto solía siempre dilatar las situaciones que creía estaban fuera de su alcance.

—Un primo de Samira trabaja para el grupo, en la sede de São Paulo, fue trasladado desde Ceará… Se llama Adonay, es ingeniero ambiental. Acaba de ser padre, pero su hijo nació demasiado prematuro y su estado es crítico. Tiene pocos días de nacido y ya ha sido sometido a varias operaciones. Le dieron una semana de licencia, pero hoy tuvo que regresar al trabajo… Verdaderamente, creo que no está en condiciones para reintegrarse, es muy importante que pase tiempo en el hospital con su esposa e hijo… Quiero pedirte que, si puedes hacer algunas llamadas, para que le den un par de semanas más… Por supuesto, yo me hago responsable por los gastos que eso genere.

—Sabes que para mí es imposible estar al tanto de estas situaciones; pero, por lo que me dices, es un asunto bastante delicado, sobre todo, cuando se trata de un hijo… ¿Sabes su apellido?

—No, la verdad no. Sé que es primo de Samira por parte paterna, pero lo averiguaré.

—Bien, cuando lo tengas me lo envías por mensaje y veré qué puedo hacer. Y no tienes que hacerte responsable por nada.

—Gracias, abuelo. Bueno, te dejo, debo prepararme porque en un rato me voy a encontrar con Samira.

—Está bien, Renatinho. Salúdala de mi parte.

—Lo haré, dile a la abuela que le mando un beso.

—Eso haré.

Poco más de una hora después, estaba listo para ir al apartamento de Samira, bajó al vestíbulo y prefirió mandar a parar un taxi, que irse en el auto que habían dispuesto para él.

De camino a Chamberí, le envió un mensaje a su madre, para saber dónde estaban y a qué hora se verían para la cena; ella le envió una foto, en la que aparecía junto a su padre, cada uno con una copa de sangría en la mano, y de fondo la ciudad. No cabía duda de que estaban muy a gusto en alguna azotea de Madrid, en compañía de sus amigos.

Puedes avisarnos media hora antes, nos envías la ubicación y ahí estaremos.
Te quiero, corazón.

Renato sonrió, le agradaba saber que sus padres se lo estaban pasando bien y que ese viaje imprevisto al que los sometió, les estaba sirviendo también para distraerse. Eso disipaba la culpa que lo había acompañado por apartarlos de sus obligaciones.

Bien, les avisaré con tiempo. Disfruten.

Mamá, te ves hermosa.

Gracias, cariño.
Nos vemos más tarde. Saluda a Sami de nuestra parte.

Eso haré.

Renato suspiró y se dedicó a mirar a la calle, mientras el coche avanzaba, se concentró en mirar la fuente de Neptuno. Tener la certeza de que se vería con Samira, le daba una paz inigualable, una tranquilidad que solo había sentido con ella hacía tanto tiempo. No podía entender qué era eso que su gitana tenía, que podía equilibrar sus emociones.

Buscó de nuevo su móvil, para pedir una cita virtual con Danilo, porque sentía la necesidad de contarle todo lo bueno que le estaba pasando. No quería arruinarlo, como la última vez; por ello, implementaría adecuadamente las herramientas y siempre sería completamente sincero con Samira. No volvería a tener ningún secreto con ella.

Al llegar, le envió un mensaje, para que le concediera el acceso.

Samira: Espera, iré a buscarte.

Esperó en el arcén, frente al edificio. Aprovechó para renombrarla en sus contactos y le puso: «Mi gitana».

En cuanto la vio venir, sonriéndole, el corazón le dio un vuelco y las cosquillas en su estómago se hicieron sentir. Le gustaba mucho experimentar esas sensaciones que solo ella le provocaba, y deseaba que nunca desaparecieran.

Ella se lanzó contra él, llevó sus brazos por encima de los hombros y le envolvió el cuello. Renato la sujetó por la cintura y recibió con avidez la boca femenina.

A Renato, la razón le decía que debía parar, pero su corazón se agitaba mientras las lenguas de ambos se rozaban con furor y sus cuerpos se restregaban con necesidad, lo que provocó que una erección despertara a una velocidad casi dolorosa.

—Lo siento —dijo casi sin aliento y apartándose lo suficiente como para que sus cuerpos dejaran de rozarse. Evidentemente, Samira había notado su dureza—. Es que tienes una habilidad admirable de volverme todo deseo y egoísmo. —Sonrió, reconociendo el efecto casi hipnótico que el roce de sus labios tenía en él. Para disculparse por el resultado descarado de su cuerpo, la miró a los ojos y le acarició su hermosa cabellera.

—Discúlpame, no quería ponerte en esta complicada situación —respondió, contenta, pues le encantaba saber que despertaba esa reacción en él, pero más le gustaba la forma tan tierna en la que le acariciaba el pelo—. Pero necesitaba un beso tuyo, uno como el que acabas de darme y que, por nada del mundo, puedes hacerlo delante de mi abuela. —Pegó su frente a la de Renato y soltó una risita extasiada.

—Quiero casarme ya, necesito tenerte de todas las maneras posibles, pasar mis días y noches a tu lado y que nadie pueda reprocharnos por eso —susurró y luego se pasó la lengua por los labios, para humectarlos.

—Yo también quiero. —Samira se acercó y le dio un beso, solo un toque de labios.

—No me tortures —suplicó con una sonrisa—, necesito una tregua, para que mis ánimos se calmen —dijo echándose un vistazo a la protuberancia en sus pantalones.

—Está bien. —Samira se apartó, sonriente—. Toma el tiempo que necesites.

Él exhaló y miró al cielo, mientras hacía su respiración más lenta y profunda. Renato sabía que lo mejor sería distraerse o alejarse de Samira, que era la causa de su excitación, pero no

podía dejarla.

—Mi abuelo quiere conocerte. —Buscó un tema de conversación, para ver si eso le ayudaba —. Pero, a su edad, le es muy difícil hacer un viaje tan largo.

—También me gustaría mucho conocerlo. —Samira controlaba sus ganas de tocarle el pecho.

—Si tienes unos días libres, podríamos ir…

—¿A Río? —Fueron los nervios que despertaron súbitamente, los que la llevaron a hacer esa pregunta tan tonta.

—Sí…, solo si tienes tiempo, porque sé que estás estudiando; además, tienes la ocupación del café.

—Sí, tengo unos días libres… Aunque igual puedo seguir estudiando, porque la preparación para el MIR, por ahora, es virtual. —Aunque le gustaba la idea de ir a su país, también le aterraba.

—Podemos ir después de nuestra boda —propuso, porque quería presentarla como su mujer.

—¿Y eso no tomará mucho tiempo?

—No lo sé, ¿te parece si vamos el martes al Registro Civil o a la Notaría? Así podremos saber con certeza en cuánto tiempo nos casaremos.

Samira asintió con bastante entusiasmo y una gran sonrisa, le fue imposible no abrazarse a él.

—Si te parece que es muy apresurado, puedo perfectamente adaptarme a tus tiempos. Imagino que deseas buscar un bonito vestido de novia.

—Ya te he esperado por siete años, no quiero esperar más; si es por casarme contigo, puedo hacerlo hasta con una sábana.

—Bueno, es más fácil de quitar —dijo riendo y la mecía en el abrazo.

—Y tú solo con una toalla atada a tus caderas… Es que te queda tan bien… —gimió Samira, siguiendo su juego.

—Y que el notario vaya hasta nuestra habitación… ¿Será posible que nos casen en la habitación?

—El martes preguntamos. —Se alejó y levantó su mirada hacia él, luego se mordió el labio, en un gesto pícaro.

En respuesta, Renato le guiñó un ojo y le sonrió; luego, le sujetó la mano y la llevó con él, para entrar al edificio.

Ya en el salón, los esperaban una impaciente Daniela, Vadoma y Carlos.

—¿Podemos irnos? —preguntó Daniela, cogiendo su cartera.

—Sí, voy por la cartera —dijo, de camino a su habitación, y Daniela la siguió.

—Estaban comiéndose a besos —declaró la venezolana con complicidad.

—Sí, un poco de eso, pero también estábamos haciendo planes sobre la boda —respondió Samira, sin vergüenza.

—¿En serio piensan casarse cuanto antes?

—Sí, ¿para qué esperar más?… De verdad quiero hacerlo.

—Ay, chama… Estás muy enamorada. En verdad, no lo superaste ni por un minuto.

—No, la verdad no. Todo este tiempo no hice más que mentirme a mí misma —dijo Samira, buscando en su vestidor la cartera—. Intenté convencerme, de todas las maneras posibles, que podría dejar de amarlo, pero ya ves que fallé…

—Chama, es muy imprudente de mi parte —intervino, sujetándola por el codo—, pero ahora me pregunto, ¿llegaste a querer a Ismael?

—Sí, por supuesto, no de la misma manera en que amo a Renato… pero sí quise y quiero muchísimo a Ismael. Creo que, si él no hubiese llegado a mi vida, para mostrarme otra

perspectiva del amor, ahora mismo no tendría la certeza de que quiero pasar mis días con Renato; sin embargo, el tiempo que pasé junto a Ismael, fue maravilloso. Me dejó muchas enseñanzas.

Daniela la abrazó.

—Lo único que importa es que seas feliz… Si tú lo eres, yo también lo soy.

—Gracias, amiga. —Samira estrechó más el abrazo, pero casi enseguida la soltó—. Será mejor que nos demos prisa, recuerda que tenemos que volver a tiempo de ir a la cena con los padres de Renato.

—Sí, imagino que quieres estar en bien con tus suegros. —Luego de romper el abrazo, entrelazó sus dedos a los de Samira y salieron tomadas de las manos.

—Por supuesto que quiero estar en bien con ellos, son buenas personas. Además, me criaron para ser complaciente con los padres de mi futuro marido… Aunque me haya revelado en contra de muchas leyes gitanas; lo cierto es que la crianza, de cierta manera, nos forja como personas.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de mi suegra —masculló con desagrado.

Samira rio, bien sabía que Daniela no se llevaba en absoluto con su suegra, solo trataba de tolerarla por Carlos.

CAPÍTULO 61

Le tomó por lo menos cuatro horas que Daniela se decidiera por algo, en una de las tiendas de la calle Serrano; no obstante, Samira sí compró varias cosas para su abuela, porque a ella no le hacía falta nada.

Era una sensación indescriptiblemente agradable volver a caminar por las calles, tomada de la mano de Renato; era esa energía que él desprendía que influía en su estado de ánimo y la hacía sentir como si levitara.

Aprovechaba los momentos en que su abuela entraba en los probadores de las tiendas, para abrazarlo y hundir la nariz en su cuello, porque justo ahí encontraba la mezcla del perfume que usaba y las sustancias segregadas de su propio cuerpo, lo que generaba esa identidad personal que sabía jamás encontraría en nadie más. El olor de Renato, para ella, era familiaridad, paz, excitación, bonitos recuerdos y muchas cosas más.

Cuando por fin estuvieron de regreso en el apartamento, Vadoma se fue a la habitación, porque se sentía bastante cansada. Samira la acompañó, pero le pidió a Renato que la esperara.

—Abuela, este vestido se te ve hermoso —dijo Samira, mientras sacaba de una bolsa una de las tantas prendas que le había comprado. Le hacía inmensamente feliz poder retribuirle un poco de todo lo que su abuela le había dado.

Tenía muy presente todas las veces que prefirió descoser su ropa, para luego confeccionarle algo a ella o a sus hermanas, porque no tenían qué ponerse para las fiestas que hacían sus vecinos. O las veces que dejó de comer, para que sus nietos pudieran llevarse algo a la boca. Así que, todo lo que pudiera darle ahora, no se comparaba mínimamente a todos los sacrificios que su abuela hizo por ella.

Su madre, en cambio, siempre se desvivió más por atender a su padre y hermanos mayores; quizá por esa razón era que su referente de madre lo había visto en su abuela, y no en la mujer que la trajo al mundo; no obstante, la respetaba y la amaba.

—No era necesario que compraras todo eso. Recuerda que tienes que guardar tus ahorros.

—Ya te he dicho que tengo suficiente como para darte lo que quieras y aún así mantener mis ahorros… —Se sentó en la cama y sacó un pantalón, lo tendió frente a ella—. Ese color verde esmeralda es tu color, sin dudas. Puedes usarlo con… —Rebuscó en las bolsas—, esta blusa blanca, para la cena de esta noche. ¿Te gusta?

—Sí, es muy bonito, se me verá bien —dijo con los ojos brillantes y una ligera sonrisa.

—Por supuesto que se te verá muy bien —dijo sonriente, le gustaba la idea de poder verla llevando pantalón y usando colores vivos, no solo el negro.

Esa era otra de las costumbres que no le gustaba de su cultura. No entendía por qué su abuela, desde que murió su abuelo, debía permanecer enlutada durante el resto de su vida, si ella seguía viva y tenía derecho a usar los colores que le diera la gana; incluso, dejar de lado el pañuelo negro con el que siempre debía estar.

Tuvo que, con la ayuda Daniela, convencerla para que aceptara prendas de colores con las que combinar; aunque, bien sabía que debería dejarlas ahí, no podía llegar a Río, usando esas prendas delante de su familia; no se lo permitirán.

No obstante, nadie podría borrar de su memoria la felicidad reflejada en los ojos de su abuela, cuando salió del mostrador.

«No parezco yo».

Fue lo primero que dijo con un hilo de voz.

Por supuesto, después de dieciocho años, solo vistiendo de negro, había olvidado cómo se veía con colores. Incluso, no solía mirarse al espejo, porque bien sabía que todos los días lucía exactamente igual.

—Voy a llamar a mi estilista, para que venga a hacerte el pelo.

—¡No! ¡No! Mi estrella, con el pelo no…

—Abuela, no te asustes —dijo Samira, sonriente—. Te prometo que no hará gran cambio, solo es para que te peine… Tenemos que dejar ver ese hermoso pelo blanco que tienes, hoy no llevarás el pañuelo… Estás conmigo y eres libre…, puedes mostrarte como quieras, como no lo haces desde hace dieciocho años. Aquí nadie te juzgará por mostrar que sigues viva.

—No sé si me atreva. —Una sonrisa nerviosa se asomaba en sus labios.

—No lo sabrás si no lo intentas. —Samira le tomó una mano y le besó el dorso—. Abuela, te verás hermosa. Bueno, te dejo, para que descanses un par de horas.

Sabía que su abuela necesitaba dormir, porque se le notaba agotada y estaba segura de que se debía a la descompensación horaria.

—Gracias, mi estrella —dijo con una sonrisa de un cariño infinito.

Samira se hizo de las bolsas y las llevó hasta el vestidor, dejó algunas sobre la butaca y otras en el suelo; al regresar, ya su abuela se había quitado los zapatos y acomodado en la cama; entonces, se acercó y la cubrió con las sábanas, se acuclilló y le dio un beso en la frente.

—Descansa, abuela… Te quiero mucho. —Le recordó, al tiempo que le acariciaba la mejilla.

—Yo también, mi pequeña.

Samira le sonrió, se levantó y apretó el botón para cerrar las cortinas. Cuando llegó al salón, no vio a Renato donde lo había dejado. Caminó, buscándolo, pero sin llamarlo, hasta que llegó a la cocina y lo vio de espalda a ella, pero frente a la isla y con las manos apoyadas en el mármol.

Se acercó con cautela y lo abrazó, rodeando con sus brazos la cintura; apoyó su barbilla contra el omóplato izquierdo, para volver a robarse el aroma de su cuello; entonces, él gimió y apretó donde las manos de ella se cerraban como un candado sobre su abdomen.

—¿Se durmió Vadoma? —Bien sabía que la intención de Samira era que su abuela descansara.

—Sí, aunque lo negara, estaba agotada.

—Es tan terca como la nieta, ya sé a quién saliste… —dijo con una ligera sonrisa y echó la cabeza un poco atrás, para estar en contacto con Samira.

Ella le dejó un delicado beso en el cuello, lo que hizo que la piel de Renato se erizara.

—Es la sangre gitana, no solo somos tercos, también persistentes —respondió y quiso provocarlo un poco más, por lo que, atrapó entre sus dientes el lóbulo de la oreja y lo presionó un poco.

Renato se rio, pero esa expresión se convirtió en un jadeo, debido a la mezcla de placer y dolor.

—Te estás acercando demasiado al fuego, Samira —advirtió y se volvió para quedar de frente; ella no lo soltó, solo aflojó el agarre, para que él pudiera girar—. ¿Quieres quemarte? —preguntó, acunándole la cara y se quedó perdido en esa mirada.

—Quiero, pero no puedo —chilló impotente.

—Bueno, entonces, debería irme; así puedes descansar, al menos un par de horas —concedió, al tiempo que pegaba su frente a la de ella—. Sé que no has podido dormir.

—Estoy acostumbrada, he hecho guardia hasta de setenta y dos horas —alegó y llevó una mano sobre el corazón de Renato.

—Pero no es sano, tienes que tomar un descanso, lo necesitas.

—Te prometo que lo haré esta noche.

—¿Esta noche sí dormirás?

—Sí, seguro que dormiré bien, porque lo haré junto a mi abuela.

—¿Y conmigo no dormirías bien? —preguntó, provocador.

—Contigo no dormiría —soltó una risita.

—Yo tampoco lo haría. —También sonrió—. Y estoy seguro de que no lo haré y tampoco te dejaré la noche de nuestra boda.

—No dormiremos como en una semana…

—Me gusta muchísimo esa idea, pero por ahora, será mejor que dejemos el tema, porque solo estamos torturándonos… ¿Qué propones que hagamos? Porque no me iré, si no vas a descansar.

—¿Quieres ver una película? —propuso, apartándose un poco, para estar más alejada de la tentación.

—Sí —suspiró—, solo si tú eliges qué ver.

—Está bien. —Le dio un beso, apenas un toque de labios y se apartó para ir a la alacena. Buscó un paquete de patatas, otro de doritos, también buscó en el refrigerador un par de botellas de agua saborizadas—. Sígueme.

Renato le ayudó con unas de las bolsas y una botella de agua, asegurándose de dejar una de sus manos libres, para poder sujetar la mano de Samira y entrelazar sus dedos.

Ella lo guio a la sala de entretenimiento, le pidió al asistente virtual que encendiera el televisor y le pidió que pusiera una de las tantas plataformas de transmisión que tenía suscrita.

—El apartamento es más grande de lo que imaginé —comentó Renato, en cuanto se sentó en el sofá.

—No te he hecho un recorrido, pero no hay mucho más de lo que ya has visto… En cuanto termine la película, te llevaré a mi lugar favorito.

—Ya me dio curiosidad.

—Bueno, tienes que esperar hasta que termine la película. —Se acomodó en el sofá, sentándose sobre sus piernas cruzadas.

Renato se desplazó más en el sofá, apoyando la espalda en el respaldo y poniéndose bastante cómodo. Él sospechó que ella pondría una comedia romántica y no se equivocó, pero nada conseguía negándolo, también las disfrutaba.

A medida que la película avanzaba, picoteaban un poco de las patatas y los doritos, pero rápidamente los dejaron sobre la mesa y Samira decidió relajarse aún más, por lo que, se acostó en el sofá y usó las piernas de Renato de almohada.

Él se entregaba al remanso de paz que significaba acariciarle el pelo, aunque su mirada estuviera fija en la pantalla y de vez en cuando ambos reían ante las escenas divertidas.

Ambos se sentían transportados a esos momentos tan especiales que vivieron en la casa en Chile y redescubrían que seguían disfrutando como nada esa simpleza de solo ver una película.

—Me gusta mucho cómo actúa esa actriz —comentó Renato, en una de las escenas finales, pero no recibió respuesta; entonces, se incorporó un poco para adelante y se dio cuenta de que Samira se había quedado dormida. Sonrió enternecido y estiró la mano, para hacerse de la manta que estaba en el reposabrazos, la arropó y luego le bajó el volumen al televisor.

Siguió con su suave caricia sobre el cabello castaño y reflejos dorados, sintiendo cómo ese toque renovaba sus emociones. La película terminó y empezó otra, que ya había visto y no le gustó, por lo que, tomó el control y buscó otra que no hubiese visto, pero tras un par de minutos, se decidió por un documental sobre el caso de una niña desaparecida en el año dos mil siete.

Su pierna izquierda estaba entumida, pero prefería esa incomodidad a tener que despertar a Samira. Era más lo que la miraba a ella entregada a los brazos de Morfeo, que, al documental; pero sentía que habían perdido tanto tiempo separados, que ahora no quería desperdiciar ni un segundo.

Perdió el sentido del tiempo con ella dormida en su regazo y no se dio cuenta de que transcurrieron tres episodios del documental, hasta que ella despertó.

—Me dormí, me hubieses despertado —dijo, tallándose los ojos.

—Me gusta verte dormida. —Se acercó y le dejó un beso en los cabellos.

Samira sonrió complacida y estiró los brazos, para atraparlo por el cuello y no lo dejó apartarse, buscó su boca y le dio varios besos.

—A mí me gusta tenerte cerquita cuando duermo —dijo con una dócil sonrisa—. ¿Qué hora es? Tengo que reservar mesa en un restaurante, todavía no sé a cuál iremos.

—Puedes dejar que yo me encargue de eso. —Se ofreció Renato y le dio un beso en la frente —. Ya has hecho demasiado estos días.

—Está bien, dejaré que mi prometido busque un lugar para la cena familiar. —Le sonrió y frotó su nariz contra la de él—. ¿Tengo que levantarme? —suspiró, derrotada.

—No quisiera que lo hicieras, pero cuento con el tiempo suficiente para hacer la reserva e ir al hotel a cambiarme.

—Entonces, te dejaré ir, solo porque en unas horas volveremos a vernos. —Se levantó y le ofreció ambas manos, para ayudarlo a poner en pie.

Renato las sujetó y se levantó, luego tiró de ella, haciendo que sus pechos chocaran; en respuesta, ella se carcajeó.

—Nos vemos en unas horas. —Le prometió al oído—. Aunque estoy tan a gusto aquí contigo, que no quiero alejarme ni un milímetro; me encantaría poder congelar el tiempo… en este abrazo…, en tus brazos. Aún tengo miedo de parpadear y que ya no estés…

Samira se apartó y le acunó el rostro, para mirarlo directamente a los ojos.

—Te juro que nunca más me iré de tu lado, te lo juro… Te prometo que jamás me quedaré callada si tengo alguna duda, no dejaré que mis temores e inseguridades afecten nuestra relación ni me vuelvan a apartar de ti.

—Haré todo lo posible para que nunca te sientas insegura… La misión de mi vida será hacerte feliz todos los días.

Ambos asintieron al mismo tiempo, como si con eso estuvieran sellando un pacto, luego compartieron un beso lento, en el que sus lenguas se encontraron y se saborearon con bastantes ganas.

Durante el trayecto al hotel, se dedicó a buscar el lugar adecuado para que todos fueran a cenar. Cuando confirmara, le mandaría la ubicación, para que se encontraran allí.

Para cuando llegó a su habitación, ya tenía reserva en el restaurante A'Barra. Se lo envió a Samira, junto con un mensaje diciéndole que ya la extrañaba.

Ella le respondió con un video.

—Yo también te extraño —dijo y le lanzó un beso.

Renato sonrió, lanzó el teléfono sobre la cama y caminó al baño, mientras se quitaba la camisa, porque necesitaba ducharse.

Media hora después, regresó ya con el albornoz puesto, se sentó en la cama y volvió a coger el teléfono. Le marcó a su padre, quien le contestó al tercer repique.

—Hola, papá. ¿Ya están en el hotel?

—Sí, llegamos hace quince minutos… ¿Ya sabes dónde vamos a cenar?

—Sí, hice la reserva, me iré con ustedes. Estoy en mi habitación, ¿podemos vernos en hora y media en el vestíbulo? —preguntó y pudo escuchar cómo su padre le consultaba a su madre.

—Perfecto, es tiempo suficiente.

Renato terminó la llamada y se quedó mirando a la pantalla de su móvil. Cayó en la cuenta de que los únicos que sabían que se casaría eran sus padres y sus abuelos, ya que Reinhard no le ocultaba nada a Sophia, era casi como su consciencia.

Miró la hora y calculó el tiempo que lo diferenciaba de Singapur, allá era de madrugada. Sabía que Liam debía estar dormido, pero la ansiedad seguía siendo parte de su naturaleza; no pudo evitar intentar comunicarse con su hermano, le envió un mensaje.

Renato: ***Ey, hermano, sé que no es la hora más adecuada para contactarte y que no verás este mensaje hasta que despiertes, pero tengo algo importante que decirte. Así que, sin importar la hora en que lo veas, llámame, estaré esperando.***

Dejó el móvil en la cama y fue a buscar una botella de agua; cuando regresó, vio la pantalla iluminada con una videollamada de Liam.

—Hola, pensé que estarías dormido —dijo sintiéndose aliviado de que no lo había despertado, porque se notaba bien despierto y fumando.

—No, por ahora, solo disfruto de un cigarrillo post follada… —explicó, sentado con la espalda apoyada en el respaldo de la cama.

—Liam, ¿por qué tienes que decir eso? No es necesario que expongas lo que debe ser tu intimidad… De verdad, con treinta y ocho años, ya no creo que madurez.

—Hermanito, tan moralista como siempre, no tiene nada de escandaloso un simple polvo, igual te vas a enterar de que acabo de follar; no existe otra manera por la que esté despierto a esta hora… —Le dio una calada al cigarro, expulsó el humo y rio—. ¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme? ¿Pasó algo grave? —preguntó, enseriándose.

—No, nada grave —suspiró, ignorando el descaro de su hermano—, pero sí es importante; al menos, para mí.

—Bueno, cuéntame qué es… —Se hizo el desentendido, aunque ya su madre le había dicho que Renato tenía algo muy serio que decirle, solo que no podía contárselo ella; así que, ya estaba preparado para lo que fuera.

—Seré breve, porque no quiero incomodarte, es evidente que estás ocupado… —masculló—. No sea que tu acompañante se moleste.

—No te preocupes, mi acompañante se está duchando y ya se va para su casa; es lo que me gusta de las asiáticas, no esperan el desayuno en la cama y mucho menos se ilusionan con que luego les llames. —Desvió la mirada hacia donde su amante de turno salía del baño y le hizo un ademán para que se acerca a la cama—. Cariño, ven… —Se dirigió a ella en inglés—, acércate para que conozcas a mi hermano.

Renato pudo ver a una chica que, probablemente, no pasaba de los veinticinco años; ella le sonrió, le dijo: «Hi» y saludó con la mano. Por lo menos, ya estaba vestida.

—*Hello, it's a pleasure* —saludó con una sonrisa tensa, debido a la incomodidad que esa situación le causaba.

Liam le pidió un beso de despedida, no solo fue un beso casto, sino que casi le comió la boca, y Renato pudo verlo en primer plano; se sintió sobrepasado y tuvo que mirar para otro lado.

—Bien, dime qué es eso tan importante. —Liam volvió a captar la atención de su hermano menor, una vez que la chica se marchó.

—Parece agradable, ¿cuánto tiempo llevas con ella? —preguntó Renato. De cierta manera,

quería enterarse un poco de cómo llevaba la vida su hermano, ya que, si no fuera por esos pequeños episodios en que lo sorprendía, no sabría nada de él.

—Como cinco horas, pero ya eso fue todo… No volveré a verle.

—Pensé que era importante, como me la presentaste…

—Ah, eso… —Volvió a darle una calada al cigarrillo—. Mientras duró, fue importante; ahora, si te refieres a que debo tener una relación seria con ella, para poder presentártela, ya sabes que no soy de ese tipo de hombre.

—Le dijiste cariño, algo bastante íntimo, solo para un encuentro casual. —De pronto, Renato quería ahondar más en la relación de Liam con esa chica.

—Es porque no recuerdo su nombre —sonrió y se rascó la nuca.

—No tienes solución, Liam. No vas a cambiar… —Negó con la cabeza y le fue imposible no sonreír.

—Lo sé y tampoco quiero hacerlo, pero si tuvieras que relacionarte a diario con nombres asiáticos, me entenderías. —Exhaló el humo de la última calada y apagó la colilla en el cenicero sobre la mesa de noche.

—Ya lo creo —sonrió, al tiempo que se sentaba en la cama e imitó la postura de su hermano.

—Bueno, ¿vas a decirme de qué se trata? ¿Es cierto que estás en Madrid con mamá y papá?

—¿Cómo sabes que estamos en Madrid?

—Mamá no deja de subir fotos en sus redes sociales. Al parecer, lo ha estado pasando muy bien con papá y esos amigos suyos, con los que estoy seguro hacen intercambio…

—Liam, ¡por favor! —interrumpió Renato, casi escandalizado; no de la situación en sí, sino de imaginar a sus padres en algo como eso—. Nuestros padres son fieles y se aman.

—La fidelidad no tiene que ver con el sexo, y el amor tampoco es exclusivo de la sexualidad, es mucho más que eso, pero sé que no lo vas a comprender, tienes muy romantizado el control y la prohibición como sinónimo de amor.

—Solo intentas justificar tu libertinaje y falta de compromiso.

—Precisamente de eso se trata el amor, de libertad, de ser libres aun estando en parejas…; de ser y no de pertenecer. Y es lo que he visto en nuestros padres, aunque nunca nos lo hayan confesado.

—No voy a comprenderlo, no importa cómo lo expliques —refunfuñó, rechazando con todo fervor esa idea que Liam intentaba plantar en su cabeza.

—No perderé mi tiempo tratando de darte un lavado de cerebro… Solo dime qué es eso tan importante, porque si no sacias mi curiosidad, voy a tomar el primer puto vuelo a Madrid y haré que me lo digas.

Renato no quería incomodarlo con su noticia de querer conformar una familia, cuando Liam es como un leopardo, que vive muy bien en solitario y que solo busca a una hembra cuando necesita aparearse, para luego regresar a su acostumbrado ritmo de vida. No obstante, no podía evadir el motivo de su llamada y era mejor decirlo en ese instante, a seguir dándole largas; después de todo, en algún momento iba a enterarse.

—Voy a casarme —confesó sin más dilaciones.

—¡¿Qué?! Oh, mierda… —Se cubrió la cara con una mano y rio incrédulo.

—Con Samira.

—¿Samira? —Ya ni recordaba ese nombre, mucho menos a la mujer en cuestión.

—La chica que una vez le di hospedaje en el apartamento y luego se fue a Chile… —Le recordó. Liam tenía que saber de quién se trataba, no era como que él presentara a toda mujer con la que tratara, justo como su hermano acababa de hacer.

—¡Ay, sí!… Sí, la gitanita, la jovencita… Pero ¿no te mandó a la mierda, hace como diez años?

—Siete años, y no me mandó a la mierda, solo me dejó, sin explicaciones… —Trataba de explicar, pero Liam se adelantó.

—Es lo mismo, Renatinho… ¿Te dio explicaciones? Imagino que se las exigiste, como para perdonarla y tomar una decisión tan trascendental…

—Sí, me dijo por qué me dejó y fue mi culpa, la cagué… Mi peor error fue no ser sincero con ella y le oculté cosas realmente importantes. —No quería entrar en detalles.

—Renatinho. —Liam se carcajeó—. Lo imaginé, pero no quise meterte el dedo en la llaga, porque era peor si te hacía sentir culpable… Pero, cuéntame, ¿qué te hizo tomar esa decisión?

—Que la quiero, estoy seguro de que es la mujer que quiero tener a mi lado por siempre, aunque no creas en el amor… Para mí, Samira es la mujer de mi vida.

—En ese caso, te felicito… De verdad, me alegra mucho que seas feliz, te lo mereces. Y, por supuesto que creo en el amor, solo que no en la misma forma en que lo hace la gente convencional, creo que uno no está hecho para amar a una sola persona, podemos amar a varias al mismo tiempo. El día que la sociedad acepte eso, créeme, habrá menos divorcios y más parejas felices… —Hizo una pausa para hacerse de otro cigarro de la cajetilla que tenía sobre la mesa de noche—. ¿Para cuándo tienes pensado casarte? —preguntó con el cigarrillo ligeramente presionado por sus labios.

—Lo antes posible.

—¿En serio? —Debido a la incredulidad, tuvo que sacarse el cigarrillo—. ¿Estás seguro? Es una decisión demasiado importante, como para apresurar las cosas… Ni siquiera sabes si eres compatible con ella.

—No, no es una decisión precipitada, llevo siete años esperando estar con ella, volver a verla y recuperar lo que tuvimos. En el pasado, permití que mis inseguridades me gobernaran y lo arruiné, ahora no estoy dispuesto a arriesgar la oportunidad de estar con la única mujer con la que me he sentido yo mismo. La amo, porque supo ver en mí, cosas que ni yo mismo pude ver. Ella no es compatible conmigo, es más que eso, es mi complemento.

Liam, con un gesto de sus dedos sobre los labios, se selló la boca y negó con la cabeza.

—Entonces, no he dicho nada.

—No me molesta que tengas tus reservas y dudas; es comprensible, porque nunca les di la oportunidad de que conocerla a profundidad y que vieran lo especial que es.

—Debe serlo, estoy seguro…

—¿Vendrás a la boda?

—¿Ya tienes fecha?

—Aún no, espero pronto fijar fecha... Si es posible, en menos de quince días.

Liam silbó, sorprendido, porque su hermano sí que tenía prisa.

—Haré todo lo posible, lo hablaré con mis asistentes, para que vayan despejando un poco la agenda.

—Te lo agradezco, sé que tienes muchas ocupaciones.

—El lema de los Garnett: «Para la familia, siempre hay tiempo» —citó y volvió a llevarse el cigarrillo a los labios, esta vez, sí lo encendió—. ¿Mamá y papá se quedarán hasta la fecha de la boda?

—No lo sé, creo que todo depende del tiempo que nos lleve poder hacer los preparativos, pero sé que sí estarán el día de la boda, que por supuesto, será algo sencillo.

—¿Le preguntaste a la novia si quiere algo sencillo?

—Sí, ambos estamos de acuerdo en que sea algo íntimo.

—¿Y Thais Medeiros lo sabe? Porque dudo mucho que no quiera que su consentido se case en una ceremonia sin precedentes.

—Pues, no hay tiempo para los caprichos de mamá. Ahora solo importa lo que Samira y yo queremos. Quizás, más adelante, le conceda la oportunidad de involucrarse en los preparativos de la boda, si decidimos casarnos por la iglesia.

—Tendrás que hacerlo, para que pueda morir en paz…

—Porque imagino que tú no le darás esa dicha —ironizó Renato.

—Definitivamente, no. Si es por mí, la pobre terminará vagando por el purgatorio durante la eternidad.

Renato negó con la cabeza y no pudo contener la risa.

—Pobre mamá, tuvo a los peores hijos. Aunque todavía tiene esperanza con Aitana, creo que por eso decidió adoptar, sabía que tú y yo somos un caso perdido.

—Espero que Aitana dé la cara por nosotros, pero cuando sea el momento adecuando; aún es muy niña.

—En eso estoy de acuerdo contigo… No quiero que crezca tan rápido —dijo con un tono de ternura, esa que le provocaba su hermana—. Bueno, te dejo para que descanses, sé que ya es bastante tarde.

—Está bien, mantenme al tanto, para poder organizar mis tiempos, porque quiero ver cómo le ponen los grilletes a mi hermanito… ¡Y gitana! Son jodidas, bien jodidas… —Se puso una mano en la frente con pesar—. Si te arrepientes, me haces una seña y te saco del Registro Civil…

—Ya sé, eres experto en eso. —Se mofó Renato, pero a Liam pareció no causarle la misma gracia. Entonces, prefirió dar por zanjada la conversación—. Te estaré informando. Descansa.

—Vale, dale un beso a mamá y otro a papá de mi parte.

Renato asintió y levantó la mano para despedirse con un gesto. Liam correspondió de la misma manera y luego terminó la videollamada.

CAPÍTULO 62

Renato llegó en compañía de sus padres, diez minutos antes de lo acordado; sin embargo, el anfitrión del restaurante los guio a la mesa ya dispuesta para el grupo.

Agradeció al hombre que les indicó que en un momento les atenderían el sumiller y el mesero. Una vez ubicados en sus sillas, su madre siguió contando con mucho entusiasmo cómo lo había pasado junto a su padre en la reunión con sus amigos esa tarde. Mismo tema que no había dejado desde que salieron del hotel.

En más de una oportunidad tuvo que sacudir de sus pensamientos esa idea que perversamente Liam implantó en su cabeza; estaba seguro de que sus padres llevaban una relación monógama. No, no había terceros en juego, no podía haberlos.

—¿Tienes pensando para cuándo será la boda? —preguntó Ian, dejando sobre la mesa la copa del cava al que acababa de darle su primer trago.

Renato apartó la mirada de su copa de agua con gas y una rodaja de limón, para ponerle atención a su padre.

—Queremos que sea lo antes posible, el martes iremos al Registro Civil, buscaremos los requisitos y veremos si podemos reservar una fecha, que no tome más de un mes.

Ian y Thais compartieron una mirada cargada de sorpresa. Sí, sabían que Renato quería formalizar su relación con Samira, pero no pensaban que lo vieran como una carrera a contrarreloj.

—Hijo, sabemos que Samira y tú se quieren, pero ¿no te parece algo precipitada la decisión…? —empezó Ian con cautela—. Apoyamos que quieras trasladarte a Madrid, sin embargo, casarte en tan poco tiempo… No sé, creo que es algo que debe pensarse muy bien y no solo dejarse llevar por las emociones. Después no habrá tiempo para arrepentimientos…

—Papá, te aseguro que no voy a arrepentirme. Estoy completamente convencido de lo que siento por Samira, sé que quiero compartir mi vida con ella y que nadie entiende la fuerza que nos une. Pero, por otra parte, no podremos vivir juntos sin estar casados, su abuela no lo permitirá. —Bebió un poco de agua y devolvió la copa a la mesa—. Son sus costumbres y le prometí que las respetaría. Quiero que Vadoma regrese tranquila a su casa y con la certeza de que dejó a su nieta en las mejores manos. Sé que es una tontería, porque Samira es la mujer más independiente y segura que conozco, no necesita de nadie que la cuide…, pero su abuela no piensa igual y lo respeto.

—Eres extraordinario —elogió Thais, con los ojos brillantes de orgullo—. Es una bendición que seas mi hijo. Eres tan íntegro, tan especial… Samira es una chica muy afortunada. —Estiró la mano por encima de la mesa, pidiendo la de Renato. Él miró la mano de su madre por varios segundos, hasta que cedió y se dejó tomar la suya—. Cariño, entiendo perfectamente que necesiten casarse. Pero, por favor, se merecen una bonita ceremonia, es una unión que van a recordar toda la vida y no es justo para ella, que sea en la oficina de un Registro Civil…

—Mamá… —La interrumpió, pero antes de que pudiera decir algo, le apretó aún más la mano y se la sacudió ligeramente, ante la evidente negativa de él.

—No pienso decirte que retrases la boda, deja de estar a la defensiva —camufló tras una sonrisa el regaño—. Solo te pido que me informes lo que les digan el martes, estoy segura de que, aunque sea en poco tiempo, algo especial se puede organizar. Algo bonito…, ambos se lo merecen.

—No sé, primero tengo que hablarlo con Samira, ¿de acuerdo? —Renato debió suponer que su madre no se quedaría de brazos cruzados. Tal como Liam lo vaticinó.

Sin embargo, no quería que ella se sintiera mal por no permitirle inmiscuirse en algo que era tan importante, se lo debía, después de que aceptara acompañarlo.

—Tu madre tiene razón —intervino Ian.

—Sí, háblalo con Samira —sonrió, esperanzada.

—Ella tendrá la última palabra, lo menos que quiero es que se sienta incómoda el día de la boda —condicionó.

—Tampoco es mi intención que se sientan incómodos, porque ese debe ser el día más feliz de sus vidas… —Thais alargó la mirada y le soltó la mano a su hijo—. Ahora, levántate para que la recibas, ya llegó.

Renato giró la cabeza hacia la derecha y sintió mil emociones al verla, se levantó sin poder contener una tonta sonrisa; sin embargo, su atención fue atraída por Vadoma. Le impresionó gratamente verla vistiendo de colores y con el cabello al descubierto.

Estaba lejos de parecerse a la gitana siempre vistiendo con ropas y un velo negro. Samira le había comprado algunas prendas esa tarde, pero jamás imaginó que la anciana permitiera dejar de lado el luto. Y debía admitir que se veía bastante bien, incluso, mucho más joven.

—Bienvenidos —saludó a todos, pero luego se dirigió a Vadoma—. Señora, se ve muy bien —elogió y a pesar de sus nervios le sonrió y le ofreció la mano, para guiarla a la silla que su padre había apartado para la anciana.

—Gracias, es muy caballeroso de tu parte —dijo Vadoma con una levísima sonrisa. Sabía que debía ser cordial, pero aun tenía ciertas reservas hacia los payos, de las cuales no podía desprenderse a pesar de que habían demostrado ser buenas personas.

También se sentía bastante cohibida, porque ella no sabía cómo comportarse en esos lugares tan lujosos. A pesar de su carácter fuerte, en ese momento, estaba intimidada y no podía solo actuar con naturalidad, como se lo pidió su nieta; porque, sin el pañuelo cubriendo su cabeza y sus ropas negras, se sentía como otra persona. Había olvidado lo que se sentía llevar pantalones o usar colorete en los pómulos.

Exhaló disimuladamente cuando se sentó y buscó con la mirada a Samira, que le sonreía complacida, ella intentó responderle de la misma manera, pero se sentía bastante torpe.

Una vez que Vadoma se sentó, Renato le ofreció la mano a Samira; y, con discreción, buscó sus labios, para darle un casto, suave y breve beso. No obstante, la calidez del toque de su mano y de sus labios era inigualable.

—¿Han esperado mucho? —preguntó Samira, al ver las copas de agua y de vino.

—No, menos de cinco minutos —mintió Ian, en realidad, llevaban unos quince minutos en la mesa, pero ese tiempo sirvió para que Renato los pusiera al tanto de sus planes y que no siguiera tomándolos por sorpresa, porque no estaba seguro de seguir pareciendo inalterable con tantos imprevistos.

—Es un alivio, se nos hizo un poco tarde —intervino Daniela con una tenue sonrisa. Les costó mucho que Vadoma se decidiera a salir, sin por lo menos el velo.

Samira quedó sentada en medio de su abuela y Renato. Seguían con los dedos entrelazados por debajo de la mesa, él guio las manos de ambos hasta su muslo, luego dejó que la mano de ella descansara sobre su fuerte pierna.

En ese momento, llegó el mesero para ofrecer las cartas, se tomaron el tiempo para leer las opciones y pedir los entrantes.

—Nos comentó Renato que el martes irán al Registro Civil —comentó Thais con una sonrisa

indulgente, una vez que el mesero se retiró con el pedido.

—Así es —reafirmó Samira, aunque sonreía, el corazón le latía desbocado, le aterraba que sus suegros terminaran arrepintiéndose y no la aceptaran como parte de la familia.

—Ojalá no sea tanto el papeleo y que puedan fijar la fecha tan pronto como anhelan —prosiguió Thais.

—Pero que, por lo menos, puedan contar con tiempo para organizar una celebración —intervino Daniela. Le emocionaba la idea de poner manos a la obra, como madrina de la boda.

—Nos gustaría algo sencillo… —comentó Samira.

—Una gitana no se casa sencilla —interrumpió Vadoma—. Sabes muy bien que una boda es la celebración más importante y, aunque no vayas a casarte dentro de la comunidad, debes respetar la tradición.

—Abuela, no quiero una celebración de tres días —masculló Samira, sintiéndose un tanto avergonzada por la imposición de Vadoma.

—Lo que tú quieras. —Le susurró Renato, apretando su mano.

—Creo que lo importante es lo que quieran los novios —carraspeó Ian, pues notó la tensión en Samira y no pudo evitar sentir cierta molestia calentándole el pecho; así que, bebió otro poco del vino espumante.

—Seguro que podemos encontrar un equilibrio —intervino Thais—, para que sea una linda celebración, sé que has estado bajo mucha presión con lo del acto de grado y que es muy ponto para embarcarte en otro compromiso, pero aquí estamos para ayudarte. —Le sonrió con ternura.

Guardaron silencio mientras el mesero, en compañía de una asistente, ponía los entrantes frente a cada comensal, que variaba entre ensaladas, sopas frías y ceviche.

—Sí, tienes todo mi tiempo a tu disposición —comentó Daniela, antes de empezar a comer.

—Gracias. —Samira sonrió, aunque el gesto no llegó a su mirada, aún le incomodaba la situación en la que la puso su abuela; así que, se dirigió a ella—. ¿Aceptas ayudar a Daniela y a Thais? Ellas no tienen conocimiento de las costumbres gitanas —concedió, al tiempo que acomodaba la servilleta sobre su regazo.

—No tienes que seguir a rajatabla las costumbres, solo me gustaría que fuese una bonita celebración —cedió Vadoma, al darse cuenta de que estaba siendo intransigente y no quería hacer sentir mal a su nieta, solo que algunas veces su esencia más ortodoxa se imponía—. Y que no dejes pasar desapercibido un día tan especial, porque no habrá otro, solo se une en matrimonio una vez. —Le recordó que las gitanas también solo se casaban una vez.

—Entonces, haremos que sea inolvidable —dijo Thais, tras masticar el primer bocado de la ensalada de manzana verde y apio—. Ambos se lo merecen.

Le agradó ver que los novios asintieron y sonrieron, aunque algo cohibidos.

—Gracias, mamá —comentó Renato—. Aunque para mí, cada momento junto a Samira es memorable. —Acarició con su pulgar el de Samira y ella se volvió a mirarlo, ahora sí, con una sonrisa genuina.

—Voy a quedarme para ayudarles en todo lo que necesiten —comunicó Thais.

—Mamá, sé que tienes muchos compromisos en el club…; además, no puedes dejar a Aitana por tanto tiempo. —A Renato le incomodaba poner a su madre en esa situación.

—Puedo cumplir con mis compromisos desde aquí. Paola, Carol y Graciele atenderán todo lo que sea presencial —dijo refiriéndose a sus asistentes.

—Yo regreso a Río en un par de días y cuidaré de tu hermana. Volveré para la boda y la traeré —anunció Ian, que por más que quisiera quedarse a apoyar a su hijo, no podía. Tenía compromisos inaplazables.

—Sí, tengo muchas ganas de conocerla —intervino Samira con más entusiasmo, mientras pinchaba con el tenedor el rollito de verduras.

—Yo también puedo quedarme, solo espero que no sea por más de un mes o mes y medio —intervino Daniela y miró a su marido con un parpadeo suplicante.

—Yo cuidaré de la niña —cedió con tono de resignación. No tenía opción, debía volver solo a Chile y encargarse de su hija y del negocio de ambos—. No te preocupes por nada —sonrió ampliamente. ¿Cómo no acceder? Si Samira les había dado tanto; por ella contaban con vivienda propia y un negocio próspero.

—Gracias, muchas gracias. —Samira sonrió de verdadera gratitud y estaba sonrojada por la emoción. Ahora empezaba a animarse con una bonita ceremonia. Puso una mano en el hombro de su abuela, para captar su atención—. Hablaré con Adonay, para que nos apoye y así puedas quedarte hasta después de la boda.

Vadoma quiso advertirle que no creía prudente que le dijera que se casaría con un payo, porque estaba completamente segura de que no estaría de acuerdo e iba a complicar todo, debido a que la peor vergüenza que podían experimentar los gitanos era que las mujeres de su comunidad se enamoraran de un gaché y no respetaran sus tradiciones. Pero era un tema que debían tratar en privado; así que, solo sonrió discretamente y asintió.

—¿Ya tienen pensado dónde vivirán? —preguntó Ian, interesado en el futuro de su hijo.

—Ya contacté a un agente de bienes raíces, para que nos busque un lugar adecuado —respondió Renato, mientras devolvía la servilleta a su regazo, luego de limpiarse las comisuras.

—No. —Samira tragó grueso un bocado y se apresuró a hablar—, no hace falta, podemos vivir en mi apartamento, es lo suficientemente grande. —Miró a Renato con intensidad, para que supiera que no tenía opción a réplica.

Ya una vez ella aceptó vivir en su apartamento, ahora debía ser él, quien cediera a vivir en su espacio. Un espacio que, sin duda, iban a llenar de mucho amor, compresión, pasión y, seguramente, en unos años, de niños traviesos y hermosos como su padre. Porque sí, ella quería varios hijos con ese hombre y los deseaba todos con el color de sus ojos y la nobleza de su corazón.

Renato, al soltar la servilleta sobre su regazó, llevó la mano izquierda a la rodilla de Samira y la apretó.

—Me parece la mejor opción, me quedaré en tu apartamento y entre los dos vamos a mantenerlo, ¿te parece?

—Sí —sonrió satisfecha—, será nuestro hogar.

—Tiene habitaciones suficientes como para unos seis niños —comentó Vadoma—. Dos por habitación.

—¡Abuela! —Samira sonrió al ver que Renato palideció ligeramente—. Sé que esperas que empecemos a tener hijos tan pronto nos casemos, pero recuerda que debo estudiar la especialización… Así que, los miniRenatinhos, tendrán que esperar. —No quiso decirle que tampoco quería tantos.

—Aún son bastante jóvenes —aceptó Thais—. Aunque me muero por consentir a mis nietos, sé que tienen otras prioridades y los niños deben ser una decisión consciente. —Estiró la mano y la puso sobre la mejilla de su hijo, otorgándole una caricia maternal.

Renato sentía una mezcla de emociones estallar en su pecho; sí, él anhelaba más que nada formar una familia con Samira, tener hijos con ella, pero sabía que no estaba capacitado para tener tantos. Siempre vivía latente el temor de recaer en sus trastornos y que eso afectara, como siempre, a los que más quería.

Ante tal perspectiva, la respiración empezó a hacérsele superficial y el corazón se le aceleró, inevitablemente, empezó a esforzarse por disimular su estado ansioso, pero por experiencia sabía que eso solo empeoraría todo.

—Disculpen, necesito ir a los servicios. —Se levantó y se apresuró en abandonar la mesa.

Caminaba raudo por el pasillo que llevaba a los baños, con los latidos haciendo eco en sus oídos y la mirada algo borrosa, cuando sintió que alguien lo retuvo por la mano.

Antes de volver a mirar por encima del hombro, sus pupilas se fijaron en la mano que retenía la suya, reconocía ese toque y, sobre todo, sabía a quién pertenecía. Se enfocó en ese agarre que servía como ancla a la estabilidad de sus emociones. Las uñas, ligeramente largas, limadas de forma redonda y pintadas de rojo, eran de unos dedos que apretaban su mano con una pertenencia que gritaba que jamás volvería a estar solo.

Ella tiró del agarre, haciéndolo retroceder un paso, luego caminó y se puso delante de él, sin soltarle la mano; lo abrazó por la cintura con su brazo libre y dejó descansar la cabeza en el hombro.

Renato pasó su brazo por detrás del cuello de Samira y correspondió al abrazo, mientras intentaba regular su errática respiración.

—No dejes que las opiniones o sugerencias de los demás te afecte a ti o a nuestra relación… —susurró Samira, sintiendo contra su pecho los latidos acelerados de Renato y el intenso influjo de su respiración—. No podemos impedir que hagan comentarios, porque sienten la necesidad de involucrarse, pensando que lo hacen por nuestro bien, pero nadie más que nosotros mismos conocemos lo que nos conviene; aún si erramos, eso nos servirá como aprendizaje.

—Solo me sentí algo agobiado —confesó con la voz temblorosa, producto de su estado ansioso.

—Está bien, es normal que te sientas así, son muchas decisiones importantes en tan poco tiempo… Todo va muy rápido, pero quiero que sepas que puedo esperar. No quiero que te sientas comprometido a hacer todo esto por temor a perderme, porque eso no pasará.

—Quiero ser el hombre de tu vida y quiero serlo ahora.

—Eres el hombre de mi vida…, lo eres y siempre lo has sido. —Se apartó y pudo ver el tormento en sus ojos azules.

—Me quiero casar contigo. —Le acunó la cara y rozó su nariz contra la de Samira, sintiendo que eso funcionaba mejor que cualquiera de los ansiolíticos que había probado.

—Lo harás —sonrió—. Nos casaremos.

Renato asintió.

—Luego, solo quiero que seamos tú y yo, como en Chile, solos los dos… No es que no quiera a nuestras familias cerca, solo que puedo sentir que la presión que ejercen me sofoca… No soy bueno cumpliendo con las expectativas de los demás y me aterra terminar fallándoles.

—Seremos solo tú y yo…, sin expectativas que cumplir, solo viviremos cada momento como mejor podamos hacerlo, ¿te parece?

Él volvió a asentir y Samira buscó sus labios, para darle un beso, que fue correspondido con lentitud y pasión, aceptó con gusto cuando la lengua de Renato hurgó en su boca, despertando cosquillas que estallaban en todo su cuerpo y creaban una necesidad que anhelaba más que nada poder saciar, pero sabía que para obtener ese placer debía esperar.

—¿Aún vas al baño? Porque yo sí que debo hacerlo —inquirió ella, con la voz entrecortada, una vez que se apartó de ese beso que hizo surgir la humedad entre sus piernas.

—Sí, debo hacerlo. —Le dio un beso en la punta de la nariz y luego se tomaron de la mano, para seguir a los servicios.

Cada uno entró por la puerta que le correspondía.

Renato, tras orinar, aprovechó para lavarse también la cara, aunque Samira había conseguido apaciguar el rugido de sus temerosas emociones; aún en el fondo de su pecho estaba latente esa preocupación que sabía no desaparecería con la misma facilidad.

Al salir, esperó junto a la puerta de los servicios femeninos; ella lo hizo un par de minutos después, era evidente que se había retocado le maquillaje, a pesar de que solía usar un pintalabios intransferible, los besos que se daban, siempre dejaban algunas huellas.

Al verlo, sonrió y le ofreció la mano, así regresaron a la mesa.

CAPÍTULO 63

Era primera vez que Renato estaba en un ambiente como ese, rodeado de tantos gitanos. Cuando llegó, pensó que la incomodidad lo cubriría como una segunda piel y que a los minutos iba a querer largarse de ahí.

Sin embargo, a Daniela, a Carlos y a él, que eran los únicos «gachós», como les llamaban, los habían recibido amistosamente y no paraban de mostrarles cómo era su cultura, a cada momento les ofrecían comida y bebidas, también les presentaban a los miembros, según el orden de importancia dentro del clan, como lo eran los ancianos, a los que, más que respeto, le mostraban idolatría.

La algarabía en el ambiente lo tenía un tanto desorientado, no estaba preparado para que lo recibieran de esa manera; se había imaginado que estaría rodeado de un ambiente tenso, y este era todo lo contrario. Quizá se debía a que no eran gitanos ultraortodoxos, como era la familia de Samira.

Había demasiados niños corriendo entre los grupos de adultos, sin duda, los gitanos no perdían tiempo para procrear; entonces, comprendió que algo como eso era lo que esperaba Vadoma. Agradecía al cielo que Samira tuviera un pensamiento distinto al de su gente, aunque justo en ese momento, ella estaba completamente en su elemento y él la miraba embelesado; estaba bajo un potente hechizo y no quería despertar jamás.

Vestía una falda larga marrón, que se entallaba desde sus caderas hasta debajo de sus pechos, como si fuese un corsé, una camisa negra con volantes al frente, un sombrero cordobés negro, ligeramente inclinado hacia el lado izquierdo, lado contrario del que caía la coleta que se había hecho y unos aretes verdes, bastante grandes.

Cuando fue a buscarla al apartamento y la vio, se quedó sin aliento, porque lucía hermosa e imponente, pero ahora lo tenía más que fascinado, al verla bailar flamenco en compañía de Romina y otros miembros femeninos de la familia de la festejada, en medio de un círculo creado por los hombres que le seguían mientras cantaban, tocaban palmas y algunos entraban al centro a bailar con ellas, pero regresaban a formar la barrera.

Se sentía mucha energía en esa fiesta y él deseaba hacer algo más que solo quedarse mirando cómo Samira le aceleraba los latidos y lo enamoraba cada vez más, pero su timidez no lo dejaría siquiera intentar hacer algo que jamás había hecho y mucho menos delante de un gran grupo de desconocidos.

Lamentablemente, sus prejuicios mentales seguían siendo su peor enemigo y, a pesar de que había trabajado mucho, aún no lograba vencerlos. Aunque con Samira era distinto, no podía explicar lo que veía en ella, solo era esa forma en que lo llevaba a un lugar donde nadie más podía.

Miraba con detenimiento cada movimiento de su baile, cada gesto de su cara y cómo se transformaba con pasión, era evidente que sentía la música y el baile recorriendo como la sangre en sus venas.

Te miré a los ojos y quise quedarme allí
Como una escultura en tu mirada
Lejos de sentirme preso, tengo que decir
Vivo libre y muero por tu cara tan gitana…

El coro de la canción que cantaban al son de las palmas, la guitarra y los golpes de caja, expresaba su sentir.

—Válgame Dios —expresó un gitano, ante la energía que Samira desprendía mientras se dejaba llevar por el flamenco.

—¡Bendita tu estrella! —dijo una anciana, llena de orgullo.

Sonrió emocionado cuando Samira le guiñó un ojo, mientras seguía taconeando y agitando con energía la falda. Deseaba tanto poder hacerle el amor, saborear cada poro de su cuerpo, saciar la sed en todas sus zonas húmedas y desfallecer en sus labios, que no veía la hora de unirse en matrimonio a esa mujer.

—Madre mía, que chulilla… —dijo el hombre al lado de Renato, otro gitano de unos treinta años, que miraba con más que admiración a Samira.

No quiso sentir ese pinchazo de celos, pero era consciente de que la mujer que amaba despertaba interés en otros. Solo le quedaba confiar en las emociones que ella juraba sentir por él y con eso llenarse de seguridad, para no fracasar ante sus incertidumbres.

Terminó sonrojada, sudada y sonriente. Lo primero que hizo fue buscarlo, lo abrazó por el cuello, se le notaba en la mirada las fieras ganas de comerle la boca, pero no podía hacerlo. En respuesta, Renato apoyó sus manos en las caderas de ella y le plantó un casto beso en la mejilla.

—¿Te está gustando la fiesta? —preguntó Samira, con la voz aun agitada por el baile.

—Mucho más de lo que imaginé. —Le susurró—. Aunque confieso que no puedo apartar la mirada de ti, robas toda mi atención.

—Me molestaría si no —dijo sonriente, al tiempo que se apartaba, luego lo tomó por la mano y lo llevó hasta la mesa donde estaba el banquete—. Estoy hambrienta.

—Y supongo que sedienta también. —Se detuvo y usó su mano libre para retirar con el pulgar el hilillo de sudor que le bajaba por la sien.

—Sin duda. —Lo miró fascinada por la forma en que él estaba en todos los detalles. Se quitó el sombrero y empezó a abanicarse, aún faltaba casi un mes para que el verano se instalara, pero la sensación térmica era cada día más alta.

Aún no sería servida la cena y se le hizo agua la boca al ver todos los pasabocas que estaban dispuestos. Había gran variedad de frutas de sartén, como: buñuelos y pestiños; también, había tocino de cielo, tortillas de camarones y algunas bebidas entre gaseosas, alcohólicas y té helado.

Ella necesitaba llevarse algo a la boca, por lo que, agarró un platito y se sirvió un tocino del cielo y unos cuantos pestiños.

—¿Qué quieres de tomar? —Le preguntó Renato.

—Té, con mucho hielo, por favor —suplicó y se comió un pestiño, disfrutó del dulce crocante.

Él tomó la jarra y sirvió uno ella y otro para él.

—¿Qué quieres picotear? —ofreció Samira.

—¿Esto qué es? —Renato señaló las tortitas fritas.

—Son tortillitas de camarones…, muy ricas. ¿Quieres probarlas?

—Bueno, está bien. —Se encogió de hombros.

Samira echó varias en un plato, además de otros entremeses.

Se fueron a la mesa donde estaban Daniela y Amaury; los demás andaban por ahí, disfrutando de la fiesta… Carlos estaba en el patio, jugando a pulsear con algunos gitanos, y Vadoma conversaba con la madre y abuela de Romina.

—¿Quieres probar? —Samira le ofreció a Renato—. Es tocino del cielo.

Renato aceptó un poco avergonzado, no por el gesto de darle en la boca, sino porque los

demás tuvieran que verlo.

—Es como el flan… —dijo una vez que saboreó el suave postre.

—Sí, es como el flan brasileño. —Ella estuvo de acuerdo.

—¿Sabes cómo le llamamos en Venezuela?… —intervino Daniela—. Quesillo.

—¿Lleva queso? —curioseó Renato, ya que por la forma en que le llamaban, imaginó que debía ser algo más como el cheesecake.

—¡No! —Daniela se echó a reír—. En teoría es solo, huevo, leche condensada, leche, vainilla y ron… ese es el tradicional, pero puedes hacerlo de otros sabores, como calabaza o maíz.

—Y supongo que este tampoco lleva tocino. —Renato señaló el dulce en el plato de Samira.

—No, solo es yema de huevo, azúcar y agua… —respondió sonriente.

—Entonces, es mejor cómo le llamamos en Brasil.

—Estoy de acuerdo, pero…, pero —intervino Daniela—. El flan no lleva ron, así que eso hace la diferencia…

—¿Cómo para llamarlo «quesillo»? —ironizó Renato.

Daniela se desternilló de risa, por la manera en la que el carioca lo dijo, tenía razón y solo hasta ahora ella caía en la cuenta de que no era el mejor nombre para el postre.

—¿De qué te ríes tanto? —preguntó Julio César, llegando a la mesa. Minutos atrás, había sido arrastrado por Romina a la cocina.

—De los raros nombres de algunos postres —respondió, mudándose a otra silla, para que Julio César se pusiera al lado de Amaury, quien también sonreía.

—¿Cómo llaman a esto en Perú? —Le preguntó Amaury, mostrando menos de la mitad del postre.

—Crema volteada… —comentó, aún confundido con la conversación.

—Tiene un poco más de sentido —dijo Renato.

—¿Por qué?

Samira le explicó cómo y por qué había surgido esa conversación; al final, Julio César también estuvo de acuerdo con Renato.

Siguieron conversando sobre diferentes temas, hasta que anunciaron el momento del baile de la cumpleañera, por lo que, todos se acercaron a la pista, para hacer una rueda mientras vitoreaban en caló: «Baxtaló to dives, thaj śel bersa te dyives»…

Samira se detuvo delante de Renato y buscó sus manos, para que la abrazara. Él enseguida le envolvió la cintura con los brazos y pegó su pecho a la espalda de ella.

—¿Qué dicen? —preguntó en voz baja al oído de Samira.

Ella, sonriente, se volvió a mirarlo por encima del hombro.

—Que tengas un día feliz y que cumplas cien años de vida —tradujo y no pudo contener sus ganas de besarlo, ya que sus ojos se fueron directos a sus labios sonrojados.

Aunque fue solo un simple contacto de labios, fue suficiente para que todas sus terminaciones nerviosas se alteraran. Deseaba tanto a Renato y la verdad no se creía con tanta fuerza de voluntad como para esperar hasta la noche de bodas; si por ella fuera, en ese instante se escaparía con él, porque sabía que también la deseaba, podía sentirlo en la dureza que estaba cobrando vida contra sus nalgas, pero lamentablemente todo el tiempo estaban bajo la mirada de halcón de su abuela.

Se volvió a mirar a Romina y a Víctor bailando, mientras todos le hacían rueda, cantaban y aplaudían.

Renato, aunque disfrutaba del roce del culo de Samira contra su erección, también era una

tortura, porque le preocupaba terminar manchando los pantalones. No obstante, no la soltaba, seguía sujetándola por la cintura y embriagándose con su aroma.

Cuando terminó el baile, se anunció la gran comilona. Samira se apartó, solo lo suficiente como para ponerse de frente a Renato.

—Toma, para que ocultes tu gran problema. —Le dijo Samira, entregándole el sombrero, mientras le sonreía con pillería y le dedicó una discreta mirada a la protuberancia en la cremallera.

—Gracias. —Recibió el sombrero con una sonrisa circunspecta y lo puso contra su pelvis—. Aunque, más que ocultarla, me gustaría aliviarla.

—Y a mí me gustaría poder ayudarte con eso, pero no puedo hacer más que prestarte el sombrero.

Renato negó sonriente y no le quedó más que caminar de vuelta a la mesa, donde se sentó y dejó el sombrero sobre su regazo.

Dos horas después, sintiéndose todavía satisfechos por todo lo que comieron, decidieron marcharse; la celebración no tenía pinta de acabarse pronto y Vadoma mostraba evidentes signos de cansancio.

Samira dejó a Renato frente al hotel, casi entradas las cinco de la mañana; luego, condujo hasta su apartamento, con la promesa de que ese día volverían a verse por la noche, en Saudade, donde cenarían y compartirían con sus familiares.

CAPÍTULO 64

Por fin había llegado el tan deseado martes, para Renato y Samira. Se encontraban sentados y cogidos de la mano, en una de las salas del Registro Civil, esperando a ser llamados.

Sabía que no existían impedimentos para contraer matrimonio; aun así, estaban nerviosos, más que todo, por el tiempo que podría tomarles llevar a cabo la tan anhelada alianza.

—Renato Medeiros y Samira Marcovich —llamó la secretaria del juez municipal que los atendería.

Se levantaron y caminaron, tratando de disimular las ansias.

El juez se presentó como David González, mientras estrechaba la mano de cada uno; los invitó a sentarse con un ademán, al tiempo que él también lo hacía.

Se ubicaron en las sillas tras ellos y volvieron a tomarse de las manos. Ella mantenía una sonrisita producto de los nervios, mientras que él apoyaba la mano libre sobre su rodilla y se la frotaba con disimulo.

—Entonces, vienen porque tienen intenciones de casarse.

—Así es, señor —dijo Samira con un asentimiento—. No somos españoles, pero llevo siete años residenciada en Madrid.

—¿De dónde eres?

—Brasil…

—Carnaval, samba —dijo el juez con una jocosa sonrisa.

—Así es. —Samira también sonrió.

—¿Y el novio? —preguntó, dirigiendo la mirada hacia Renato.

—También soy de Brasil, señor… Vivo allá, pero voy a mudarme a Madrid, para vivir juntos… —dijo volviéndose a mirar a Samira.

El juez afirmó con la cabeza y frunció los labios en un gesto de comprensión. Luego hizo algunas preguntas sobre sus ocupaciones y la relación. Solicitó los documentos de ambos, además de pedirles que llenaran unos formularios.

—Bien —dijo devolviendo los documentos—. Pueden elegir el Registro Civil o también hacerlo en una notaría, aunque tramitar el expediente matrimonial en una notaría no es un trámite gratuito —cumplió con informar, a pesar de que sabía que el dinero no debía ser problema para la pareja. Sacó unas hojas de papel y le entregó una a cada uno—. Esta es la documentación para boda civil, que necesitan aportar. Para casarse por el juzgado, en el Registro Civil, en el ayuntamiento o en una notaría, ya eso es decisión de ustedes… —empezó a enumerar—. DNI original y una fotocopia; aunque, en tu caso. —Miró a Renato—, en calidad de extranjero, tendrá que ser el pasaporte y debe ser de todas las hojas, no solo de la primera.

Renato asintió mientras repasaba con la yema de los dedos los bordes del pasaporte que recién le habían devuelto.

Samira leyó cada uno de los requisitos con bastante detenimiento, pero cuando se topó con uno que iba a ser imposible de cumplir, levantó la cabeza y miró al juez.

—Disculpe, ¿el certificado de empadronamiento o de convivencia es en pareja? Porque no vivimos juntos, es por mi cultura, soy gitana.

—No, no, solo uno de los dos debe demostrar que lleva más de dos años viviendo en España; en este caso, puedes solicitarlo sin inconveniente en el ayuntamiento. En el caso de Renato, necesita el **certificado del consulado o embajada brasileña,** acreditando su inscripción. Es

preciso que te informes si es necesario presentar un certificado de capacidad matrimonial.

—¿Cuánto tiempo cree que pueda tomarnos agendar el enlace? —preguntó Renato, porque era consciente de que Vadoma no podía quedarse más de dos meses y él quería que se fuera con la certeza de que su nieta ya estaba casada con él.

—Todo depende del tiempo que les tome conseguir los documentos. Una vez obtenidos, deberán solicitar hora en el Registro Civil o en la notaría que elijan para su presentación, fecha en la que se deberán comparecer junto con un testigo mayor de edad, cuya función es certificar que no se casan en contra de su voluntad, sino que lo hacen libremente. Dicha comparecencia da lugar al inicio del expediente matrimonial y la resolución favorable del expediente permite la celebración del matrimonio. Una vez tengan listos los papeles necesarios para casarse... ¡ya podrán empezar con la cuenta atrás! —Notó que no había resuelto las dudas de la pareja, por lo que, prefirió ser más específico—. Les tomará como un mes o mes y medio, siempre y cuando empiecen a solicitar los documentos ya mismo, ¿vale?

Renato y Samira se miraron y sonrieron, debido a la emoción que les provocaba saber que, después de todo, no era tanto lo que debían esperar. Sin duda, enseguida empezarían a recabar todos los papeles que necesitaban.

Con sonrisas de agradecimiento y apretones de mano, se despidieron del juez. Salieron del edificio con los dedos entrelazados y caminaron hasta donde Samira había aparcado, un par de calles más abajo.

Era primera vez, desde que se rencontraron el día de la graduación, que consiguieron salir sin Vadoma haciéndoles sombra, pues Thais consiguió convencerla de que la acompañara a ver decoración para la boda.

Renato le agradeció grandemente a su madre que le ayudara con la chaperona, ella se ofreció a hacerlo cuando lo vio tratando de idear mil y una forma para poder pasar el día a solas con Samira, porque le tenía preparado algo especial. Y jamás había dudado del poder de convencimiento de Thais Medeiros.

—¿Puedo conducir? —Le preguntó en cuanto estuvieron frente al coche.

Ella le dedicó una mirada dudosa, que contrastaba con la sonrisa que estiraba sus labios; sin embargo, le entregó la llave. Renato tiró de la muñeca, atrayéndola a su cuerpo y buscó su boca, aunque fue un beso rápido, también lo fue apasionado.

Soltó una risita extasiada y le dio palmaditas en el pecho, en un gesto apaciguador, luego se chupó el labio, saboreando aún la saliva de Renato.

—Vamos. —Lo alentó con un suspiro que era como un catalizador para sus propias ganas—. Estoy segura de que mi abuela le debe estar haciendo la vida imposible a tu mamá.

Caminó hasta la puerta del copiloto y subió. Renato sonrió antes de subir, porque para Samira, ellos irían al encuentro de Vadoma y su madre, en alguna tienda de la ciudad.

—Listo —dijo él en cuanto se ajustó el cinturón de seguridad.

—¿Ya te dijo tu mamá en dónde están? —preguntó ella, al tiempo que bajaba el espejo frente a su asiento, para cerciorarse de que su pintalabios había pasado la prueba de ese ardiente beso que Renato acababa de darle.

—Eh… —dijo, al tiempo que cogía su móvil, en busca de la dirección—. Sí, aquí está…, ajustaré el GPS y nos vamos.

El tiempo de llegada eran veinte minutos. Dejó el móvil entre sus muslos, para limitarle la visión a Samira, sobre el destino que emprenderían; le ofreció la mano, para volver a entrelazar sus dedos. Le satisfacía sobremanera mantener ese contacto con ella.

—¿Estás feliz? —Renato le preguntó, sonriente, cuando se volvió a verla antes de cruzar

hacia la calle de Ayala.

—Mucho, sabes que me haces feliz —asintió y se giró un poco en el asiento y puso su otra mano sobre la de ambos—. Y tú, ¿estás seguro de querer casarte conmigo? No quiero cortar tu libertad… Creo que estás sacrificando mucho por mí, estarás alejado de tu familia, de la gente que conoces, de tu espacio de trabajo…

Renato se quedó en silencio, se detuvo debido a la fila de coches que esperaban el cambio de luces de un semáforo, soltó el volante y se volvió hacia ella, le sujetó la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—Samira Marcovich —dijo muy serio—, quiero que tengas muy claro que mi libertad consiste en entregarte más, siempre y en todos los sentidos. Contigo soy libre, como con nadie más, solo quiero estar a tu lado por el resto de nuestras vidas. ¿Entendido?

Samira sonrió fascinada, sintiendo su corazón latiendo con fuerza; aun así, se llevó la mano a la frente, en un saludo militar.

—¡Sí, señor! —Se abalanzó sobre él y le dejó caer una lluvia de besos en los labios, hasta que el coche de atrás pitó.

Ella volvió a pegar la espalda en su asiento y Renato le echó una mirada a la pantalla del móvil entre sus muslos, para seguir su camino.

—Me preocupa el tráfico —dijo Samira con un mohín—. Mi abuela debe llevarnos cronometrado el tiempo.

—Espero que mi madre y Daniela la tengan bien entretenida… Quizá se le olvide que andamos sin compañía.

—No la conoces, nada le sacara de la cabeza que ya llevamos más de dos horas por nuestra cuenta.

—Puede que no deje de pensar en eso, pero mi madre se encargará de que no nos moleste, relájate. —Le pidió, apretándole el muslo.

Renato estacionó en el arcén bastante cerca de su destino, se bajaron al mismo tiempo y fue en busca de Samira, le sujetó la mano y la guio. Ella le dedicó una mirada de bastante desconcierto, cuando atravesaron la entrada del ateneo de Madrid.

—¿Nos están esperando aquí? —masculló la pregunta, mientras miraba los altos techos del ateneo.

—No, pero era necesario hacer primero esta parada.

—¿Para qué? —Estaba picada por la curiosidad.

—Ya lo verás —dijo con una sonrisa, mientras la invitaba a subir el primer peldaño de las escaleras centrales.

Samira quería recordarle que no podían tardar, pero no quería arruinar los planes de Renato, confiaba en él y estaba segura de que no la metería en problemas con su abuela. Sabía que, con veinticinco años, debía ser más decidida en cuanto a su autonomía como mujer, pero respetaba mucho a su abuela y llevaban muchos años separadas, como para revelarse contra ella.

En el segundo piso, después de una galería, caminaron por un pasillo, luego bajaron más escaleras y los esperaba otro pasillo bastante amplio con altos ventanales. Hasta que llegaron a unas puertas dobles pintadas de blanco y dorado, ahí parado estaba un hombre de unos cincuenta años, vistiendo de traje y corbata.

—Buenas tardes, señor Medeiros. Bienvenidos. —Los recibió con una afable sonrisa.

—Gracias —dijo Renato.

Enseguida el hombre abrió uno de los paneles de la puerta y Samira miró dentro, estaba bastante oscuro, solo una débil luz cálida parecía iluminar el recinto.

—Vamos. —La invitó Renato con un ligero movimiento de su cabeza.

—¿Esto qué es? —preguntó con una sonrisa inquieta.

Renato no respondió, solo avanzó por un pasillo alfombrado. La puerta se cerró y Samira miró por encima del hombro, para cerciorarse de que todo había quedado más oscuro; entonces, la vista se aguzó más y se percató del pasillo franqueado por hileras de velas.

—¿Es algo especial? —preguntó ya con el pecho latiendo fuerte.

—Lo es… o espero que a ti te lo parezca, he tratado de hacer mi mejor esfuerzo para agradar a mi adorada novia —alegó, apretando aún más la mano de Samira.

El pasillo terminó abriéndose paso a un gran salón, todo lleno de velas encendidas. La boca de Samira se abrió de puro asombro. Miró hacia arriba, había palco y era un teatro con por lo menos dos mil butacas y los pasillos entre butacas estaban repletos de velas.

Luego, su mirada fue atraída por el gran escenario, en el cual había un piano negro de cola, en medio de cientos de velas que le daban el ambiente más romántico que ella pudiera imaginar.

—Hace siete años, me hicieron el mejor regalo de cumpleaños, fue una presentación extraordinaria de flamenco, bajo la luz de las velas —dijo Renato, atrayéndola para abrazarla—. Eso hizo que ese recuerdo se marcara a fuego en mi memoria.

—En la mía también —dijo Samira—. Tú me inspiraste para hacer algo como eso… ¡Uao! Pero esto es impresionante, es un teatro… ¡un teatro! —exclamó sin poder creerlo y lo sujetó por las majillas, para hacer que la boca de él se estampara contra sus labios—. Es muy romántico.

—Me alegra que te lo parezca —comentó sonriente.

En ese momento, salió un hombre al escenario y se sentó en el piano.

Renato la hizo volver, para ponerla de frente al escenario y la abrazó por detrás, envolviéndole la cintura con total pertenencia y le dio un suave beso en el cuello; en respuesta, Samira dejó descansar la cabeza contra el hombro y se abrazó a los brazos que la rodeaban.

Los dedos del pianista sobre las teclas empezaron a darle vida a la melodía: «Mi Marciana», de Alejandro Sanz.

Samira giró la cabeza, para mirar a Renato, sus pupilas se perdieron en ese maravilloso cielo que eran los ojos del hombre que le había robado el corazón, le sonrió y él la besó, lo hizo como si no hubiera un mañana, mientras se balanceaban suavemente con la melodía.

—Me hubiese gustado mucho tener la certeza de que te amaba, desde el momento en que escuché esa canción y solo podía pensar en ti.

—Comprendí que no me enamoré de ti cuando vi tus hermosos ojos por primera vez, ni tampoco cuando no me podía sacar de la cabeza la primera vez que me sonreíste. No, no me enamoré de ti a primera vista; aunque sí…, oh, sí… me pareciste demasiado guapo —dijo sonriente y a un roce de los labios de Renato—. Pero no fue tu belleza lo que me enamoró… Me enamoré de ti cuando decidiste abrirte y hablarme desde tu corazón, cuando me mostraste los pedazos de tu alma, esos que no le habías mostrado a nadie más…; cuando, sin darte cuenta, me dejaste entrar y supe que eras un hombre extraordinario pero solitario… Deseé con todas mis fuerzas que jamás volvieras a sentirte solo…

—Samira, fue el verde de tus ojos como una luz que me llenó de calma… Rompiste mis barreras, esos miedos e incertidumbres que limitaban mi vida… Y sé, sé que habrá momentos en los que no será fácil; mi mayor temor siempre es recaer, pero tú, como nadie más, me das la fuerza para no dejarme vencer…

El pianista iniciaba la siguiente melodía: «Yo no quiero suerte», también de Alejandro Sanz.

Sabía que contaban con poco tiempo, hubiese querido hacer ese momento eterno, pero solo consiguió el espacio por quince minutos, porque esa noche se presentaría ahí el concierto

Candlelight, en tributo a Coldplay. Además, no sabía por cuánto tiempo su madre conseguiría mantener calmada a Vadoma.

—Así que —continuó Renato—, yo no quiero suerte, porque yo te tengo a ti —dijo, al tiempo que puso frente a ella, un estuche crema, mostrando un anillo de platino y diamantes, de la casa Piaget—. ¿Te casas conmigo? ¿Quieres cambiar mi suerte para siempre? Sé que ya te lo he preguntado muchas veces, es uno de mis problemas…, soy repetitivo en todo, soy un… —No pudo decir lo siguiente, porque Samira lo enmudeció con un beso.

—Sí —sollozó—, sí, claro que quiero… Y te lo puedo decir todas las veces que necesites escucharlo, me quiero casar contigo, Renato; eres mi hombre perfecto, siempre… Desde que te conocí, has tenido mi corazón en tus manos y siempre lo tendrás. —Estaba llorando de la emoción.

—Estoy seguro de que te quedará, tomé prestado uno de tus anillos… —Sentía que estaba hablando producto de los nervios y la felicidad.

—Solo pónmelo…, es muy hermoso. —Samira le extendió la mano temblorosa.

—Me hubiese gustado algo personalizado, pero el tiempo…

—Es perfecto, es perfecto… Todo esto es perfecto, tú eres perfecto. —Una vez que le puso el anillo, se lanzó hacia él y le rodeó el cuello con los brazos, y volvió a besarlo arrebatadoramente —. Y todo sería más perfecto si pudiéramos sellar este momento haciendo el amor, pero…

—Hagámoslo…, vamos a mi hotel un par de horas, solo un par de horas; después lidiamos con las consecuencias. —Le propuso y se guardó el estuche en el bolsillo del pantalón.

—¡A la mierda esa regla gitana!… Total, mi padre no se sentirá orgulloso de mí, ya da igual… Prefiero sentirme orgullosa de disfrutar a plenitud de mis propios deseos, de la sensación tan maravillosa que es que volvamos a estar juntos y poder amarnos —dijo Samira en un arrojo de valor y excitación. Sujetó la mano de Renato y miró al pianista—. Señor, gracias por todo, excelentísima presentación, pero aquí hemos terminado.

Renato se dejó arrastrar por ella; sin embargo, él iba camino al coche, pero Samira lo retuvo.

—Estamos cerca, será más rápido caminando que en coche… Son como siete minutos andando.

—Mucho menos si lo hacemos corriendo —dijo Renato, sintiéndose como el niño travieso que jamás había sido.

Así que, tomados de la mano empezaron a correr, mientras reían y esquivaban a las personas.

—¡Lo siento! ¡Disculpe! —gritó Renato, cuando tropezó con un hombre.

CAPÍTULO 65

En cuatro minutos llegaron al vestíbulo del hotel y, en medio de la adrenalina, no pensaron en usar el ascensor, sino que se fueron directos a las escaleras, las cuales empezaron a subir corriendo. Les fue imposible no recordar cuando, siendo mucho más jóvenes, hicieron lo mismo en el Museo de Arte Moderno de Río, donde estuvieron a punto de darse el primer beso.

Llegaron al cuarto piso exhaustos, sin aliento y ya sudorosos.

—No, será mejor que subamos por el ascensor, no podré subir dieciocho pisos corriendo… —exhaló Renato con la garganta seca y el corazón latiendo a mil—. Además, no quiero malgastar mis energías ni perder tiempo.

Samira no pudo estar más de acuerdo y tiró de él hacia los ascensores, aprovecharon que en ese instante iban saliendo dos hombres y, en su prisa, Samira tropezó con uno.

—Disculpe, señor —dijo riendo y le hizo una pequeña reverencia.

Entraron al elevador y Renato tocó el número de su piso. No perdió tiempo en aferrarse a las caderas femeninas y atraerla hacia su cuerpo.

Poco le importó no haber recuperado todavía el aliento que gastó en la carrera y empezó a dejar caer besos sobre esos labios que tanto deseaba, se animó más cuando la sintió estremecer.

No dejaron de besarse hasta que sonó el pitido de las puertas al abrirse. Cogidos de la mano caminaron hasta la suite. Renato buscó en el bolsillo interno de la chaqueta la tarjeta y abrió.

Si por ellos fuera, empezarían a comerse en cuanto entraron, pero sabían que era mejor evitar cualquier interrupción.

—Llamaré a mi madre, tú cierra las cortinas —dijo Renato en cuanto entraron. Dejó sobre la mesa del recibidor la tarjeta y buscó su móvil.

Samira corrió a la habitación y tomó el mando que estaba sobre la mesa de noche, para cerrar las cortinas, la habitación quedó bastante oscura y ella no quería perderse la gloria que significaba ver a Renato desnudo, por lo que, encendió los veladores, luego fue en busca de los preservativos. Sabía que estaban en el baño, porque ahí fue donde Renato los buscó la última vez que habían estado juntos. De uno de los cajones sacó una tira de papel metalizado dorado con tres condones y los dejó sobre la mesa de noche.

Renato exhaló un suspiro de alivio cuando su madre le atendió al tercer tono.

—Mamá, necesito que entretengas a Vadoma, por un par de horas más… Hubo un retraso con la sorpresa… —Su madre estaba al tanto de que ese día le entregaría el anillo de compromiso a Samira y por eso se había hecho la mejor cómplice.

—Cariño, no te preocupes, todo está bajo control. Por ratos menciona que están tardando mucho, pero le digo que ese tipo de tramites suele ser demorado… Aquí lo importante es que todo te salga bien. ¿Es seguro que te tendrán listo el teatro?

—Sí, sí…, solo me dijeron… —hablaba mientras avanzaba a la habitación y carraspeó al ver a Samira sentada al borde de la cama, solo con las bragas puestas—, que surgió un pequeño inconveniente, pero que en los próximos minutos van a solucionarlo. —Retuvo el móvil entre el hombro y la oreja, para poder sacarse los zapatos.

—Si no te resuelven rápido, le digo a tu padre que haga la reserva en Totó, aún pueden crear un ambiente como el que quieres… —Aunque esa misma mañana habían despedido a Ian y a Carlos, bien sabía que el dueño de Ardent, podía mover sus hilos y conseguir cosas en poco tiempo, tan solo con un par de llamadas.

—No te preocupes, mamá, aquí todo irá bien, muy bien. No es necesario molestar a papá —sonrió, quitándose los calcetines, pero con los ojos fijos en Samira, que lo miraba con los de ella brillando en lujuria y le sonreía con picardía. Era mucho más que cualquier fantasía que alguna vez pudo imaginar.

—Bueno, cariño, espero que todo salga bien. No estés nervioso, sé que Samira te dirá que sí, una vez más.

—Gracias, mamá, sé que sí; ya debo cerrar. —Terminó la llamada y dejó caer el teléfono en la alfombra, enseguida se quitó la chaqueta. Se le escapó un gruñido cuando Samira lo tentó al repasarse con la yema del dedo medio la areola de su seno izquierdo.

Renato se acercó con un par de zancadas y se apoderó de sus suaves mejillas e inclinó los labios de ella bajo los suyos, dándole un beso en la boca flexible, húmeda, aterciopelada. No había manera de que estuviera satisfecho con un solo beso. Por lo que, se lanzó, tomando posesión de sus labios y exigiendo más.

En sus brazos, Samira se estremeció y gimió. Mierda, tenía que reducir la urgencia y el impulso de hacerle el amor, porque quería alargar los minutos y disfrutarla todo lo que anhelaba. Podía besarla durante los próximos días y no tendría bastante, de eso estaba seguro.

Samira separó las piernas y él apoyó una rodilla en medio, ayudándole en la tarea de desabotonarle la camisa, mientras sus bocas seguían dándose un festín.

—¿Qué te dijo tu madre? —peguntó soltando la hebilla del cinturón y dejando su aliento sobre los labios de Renato.

—Todo está bajo control —respondió, sacándose la camisa y admiraba cómo el rubor de la excitación se deslizaba por las mejillas y pecho de Samira.

—¿Dos horas? —Metió su mano entre el pantalón y la ropa interior, haciéndose de la semierección y empezó a masturbarlo, para despertarlo aún más rápido, porque era mucho lo que lo necesitaba.

—No serán suficientes, pero es lo que tenemos —gruñó y luego suspiró extasiado ante el toque de Samira.

A la mierda, no podía seguir conteniéndose, de un tirón se quitó los pantalones, arrastrando también la ropa interior.

Luego sujetó a Samira por la cintura y la movió en el colchón, para ponerla más al centro de la cama, donde quedó acostada, pero con las rodillas flexionadas.

Samira soltó un gritito de impresión, pero su estómago se apretó y su sexo latió de pura necesidad, entonces, miró hacia sus bragas, pidiéndole con ese gesto que se las quitara. Él, prácticamente, se las arrancó.

Ella se le quedó mirando desnudo y erecto. Se había resignado a que harían el amor en todas sus formas, una vez estuvieran casados…, pero no se había imaginado ese día, ese momento. Se retorció y juntó las rodillas, buscando alivio para la dulce presión que se estaba creando entre sus piernas.

Renato se acostó de medio lado junto a ella y con una mano empezó a trazar una suave caricia, utilizando apenas las yemas de los dedos, que fue desde el centro de su pecho, descendió por su tembloroso abdomen, hizo círculos sobre el monte de Venus y terminó hundiendo el dedo medio entre sus pliegues.

Samira se relamió los labios y gimió al sentir cómo Renato hacía pequeños círculos sobre su clítoris. Él aprovechó sus labios ligeramente separados, para arrasar con su boca, introdujo su lengua, moviéndola con la misma cadencia con que enterraba el dedo en su vagina.

Samira se volvió toda temblores y gemidos que él se tragaba. Quería darle placer en la misma

medida en que se lo estaba dando, por lo que, se hizo de la erección, con el pulgar arrastró la gota de líquido preseminal que coronaba el glande y la usó para lubricar el movimiento de su mano que subía y bajaba, recorriendo la longitud, podía sentir su calor y el latido de las venas contra la palma de la mano, mientras correspondía a la lengua entrando en su boca.

Deliraba con la forma en que Renato se apoderaba de su boca, merodeando por cada recoveco, saboreando y atrayéndola más cerca, solo para retroceder, mordisquear sus labios, parar y observarla con una intensidad que acrecentaba sus latidos y, después, volver a besarla como si no pudiera soportar un momento de separación.

—Quiero devorarte entera, pero no puedo dejar de besarte… —murmuró contra los labios húmedos e hinchados de Samira.

—Entonces, no dejes de hacerlo —dijo con un estremecimiento de orgullo femenino llenándola.

Samira se acercó aún más, moviendo su pelvis, para ayudarle con el movimiento de sus dedos dentro de ella y, con cada beso intenso, sus labios se encontraban con más urgencia. La vertiginosa excitación nadaba poderosamente a través de sus venas, como una droga que él utilizaba para mantener sus labios cautivos.

Renato pudo sentir la urgencia en Samira, la forma en que movía sus caderas, al tiempo que con una mano lo masturbaba y con la otra se apretaba el seno derecho. Percibió en la premura de esa autocomplacencia las ganas que tenía de ser atendida, por lo que, no dudó en ser él quien lo hiciera.

—Deja que me encargue, quiero darte todo el placer que necesitas.

Samira apenas tuvo tiempo de procesar lo que esas palabras dignas de temblores significaban, antes de que Renato bajara por su cuerpo. Su boca apenas osciló sobre sus pezones, su cálido aliento los acarició, entonces, la sangre tensó las duras puntas hasta que se sintieron apretadas y ardientes.

Renato solo aprisionó los labios alrededor del pezón izquierdo. Suave, lento, tranquilo; el toque era parte exploración, parte tormento. Samira se arqueó contra su boca con un pequeño grito ahogado de necesidad.

—¿Te gusta? —preguntó él, sin dejar de mover con lentitud un par de dedos dentro de ella, para su propio placer, estaba jodidamente mojada y caliente.

—Sí…, sí, mucho —lloriqueó y se retorció de placer.

Sus caderas se movían inquietas, al tiempo que pasaba los dedos a través de los oscuros cabellos de Renato, deleitándose con su suavidad y terminó agarrándolos en un puño, para hacer que él volviera a saborear de nuevo su pezón.

Él lamió la punta, mordisqueó, jugueteó, atormentó. Cada lametón y chupada se volvía su propia forma de tortura. Éxtasis, agonía. Una necesidad que irrumpió a través de ella, haciéndole arder la sangre.

Renato retrocedió un momento y contempló los pezones descaradamente. Bajo su escrutinio, parecieron llenarse y tensarse incluso más, como si estuvieran ansiosos por mostrarse ellos mismos ante él.

—Eres tan hermosa, tan perfecta… —susurró sobre la punta hinchada, tocando el otro—. Tan exquisita, ardiente… Hechizante.

Sus palabras hicieron aumentar el deseo en Samira. El fuerte ritmo de necesidad bajo su clítoris se convirtió en un incesante latido.

—¡Deprisa! —jadeó, con las ganas de llegar al clímax.

Pero Renato se tomó su tiempo, rodeando la dulce aureola con la lengua; después, acarició

con los dedos la carne húmeda. Él se acercó más y más a las doloridas puntas, hasta que finalmente las chupó en profundidad.

La sensación se precipitó directamente entre sus piernas, una y otra vez, como un cable de alta tensión y se estremeció con una sacudida de deseo y con sus músculos vaginales contrayéndose en torno a los dedos que seguían moviéndose con la cadencia perfecta.

Conteniendo un gemido, Samira le miró, parpadeando, jadeante, cautivada por las fuertes facciones de Renato; su pecho brillaba por el sudor, las venas en sus brazos eran visibles; incluso, su mirada ahora era más intensa, más azul, más segura y arrebatadora.

Aún no podía creer que estaba ahí, en esa cama, a merced del hombre que le enseñó un mundo más allá de su comunidad gitana, el hombre que le dio otro sentido a su vida; ese que la enseñó a amar. El destino y sus errores hicieron que se separaran por mucho tiempo y vivieron otras experiencias que los hicieron madurar, solo para que sus caminos se reencontraran y tuvieran la certeza de que sus corazones debían estar juntos, latiendo a un mismo ritmo, entregándose en cuerpo y alma.

Las manos de Renato la agarraron de las caderas con pasión posesiva y su carne ardió. Ella suspiró entrecortadamente y cerró los ojos, disfrutando de las sensaciones que se amontonaban en su pecho, una tras otra, hasta que juró que una vez más estaba a punto de la combustión o de rogar. Tanto placer estaba más allá de su experiencia o comprensión y ni por un momento creyó que había manejado todo lo que Renato podía proporcionarle.

Él se acomodó entre sus piernas y un sofoco rodó por su cuerpo, inhaló el almizclado aroma de su piel y no pudo apartar la mirada de su sonrisa. Le clavó los dedos en los hombros y elevó las caderas hacia él, deseando que aliviara el vacío de dolor que se enroscaba entre sus inquietas piernas, estiró una mano y se hizo de los preservativos en la mesa, pero él la retuvo por la muñeca.

—Aún no. —Inhaló sobre sus pezones, todavía jugando, excitándolos, poseyéndolos—. Quiero tomarme mi tiempo para adorar cada espacio de tu cuerpo. —Merodeó hacia abajo por el cuerpo tembloroso de Samira, sus labios le rozaron el abdomen y pasó su lengua por las caderas, antes de que se situara entre sus piernas. Con sus manos empujó las rodillas, para abrirlas ampliamente; entonces, inspiró fuerte y sus ojos se cerraron para disfrutar del aroma.

Luego, su intensa mirada azul subió por la piel brillante de Samira y se apoderó de la mirada oliva. El arco eléctrico entre ellos fue como un cortocircuito en su pecho.

Con impaciencia, Renato bajó la cabeza hacia sus empapados pliegues y cayó ávido sobre el hinchado y dolorido sexo, lamiéndole el clítoris.

—¡Oh, santo cielos! —chilló Samira, no podía decidir si retorcerse o simplemente fundirse.

Él la chupó, le acarició con la punta de su lengua el clítoris y después lo estimuló con sus dientes. Mientras ella se revolcaba en la cama, se liberó con un grito atrapado en el fondo de su garganta y resonó en las paredes. Los músculos de sus piernas se tensaron. El resto de su cuerpo le siguió, haciéndola sentir al precipicio del placer.

Renato cogió uno de los preservativos, rompió el envoltorio con los dientes y no perdió el tiempo para enrollarlo sobre erección. Sin avisar, levantó las piernas de Samira colocándolas sobre sus hombros y bajó la boca de nuevo hacia su clítoris.

La intensa succión y el casi castigador mordisqueo la hicieron gritar, y su cuerpo se sacudió en una carrera de sangre ardiente dirigida a la satisfacción. Mientras ella volaba incluso más cerca que antes de una maravillosa explosión, un sudor húmedo cubrió su cuerpo. Se esforzó por acercarse, elevándose hacia el celestial toque de la lengua de Renato. Su respiración se atascó y de sus labios salió un grito entrecortado. La sangre voló en grandes cantidades a la parte inferior,

llenando la pequeña protuberancia sensible con la que él jugaba.

Samira sintió que se hinchaba, la presión crecía, el calor la abrasaba. Solo otro segundo o dos, pero Renato apartó los labios y, antes de que tuviera tiempo de protestar, él atrapó su cuerpo bajo el suyo con un gruñido. La lujuria en ese sonido salvaje casi la deshizo.

Él se alienó contra su resbaladiza y vulnerable entrada, probando, estimulándola tan solo con el glande y la penetraba con movimientos poco profundos, antes de retroceder para rozarle el clítoris con su erección.

La necesidad de que la penetrara más profundamente y de sentirle golpeando contra sus paredes, la tenía sacudiendo la cabeza y respirando con dificultad.

—Renato… —Se le escapó un grito desesperado.

—¿Lo quieres ahora? —preguntó, recorriéndole con las manos los muslos y disfrutaba de la divina visión que era su diosa.

—Sí, por favor, lo quiero… ahora. —Su súplica ni siquiera había terminado de salir de sus labios, cuando él empujó profundamente en su interior. Ella jadeó largamente, como la más real expresión de satisfacción.

Renato empujaba dentro y fuera de ella, alcanzando ese lugar tan profundo e impactándolo con cada embestida. Samira cerró los ojos, esforzándose por respirar y se aferraba con todas sus fuerzas a las sábanas.

—Mírame, cariño…

Samira cerró los ojos aún más, centrándose en las sensaciones que se esparcían por todo su cuerpo. Su clítoris latía, sus labios vaginales los tenía cada vez más inflamados y él sacudía el final de su viaje con cada contundente empuje.

—Sami…, mírame —suplicó con voz agitada. Bajó las piernas de sus hombros, las separó un poco más y las dejó sobre el colchón, para posarse sobre ella, porque quería sentirla piel contra piel.

Cuando Samira abrió los ojos, pudo ver su cara cerniéndose justo encima de la suya; entonces, fusionaron sus miradas. Una sacudida, una chispa, la encendieron. Las fuerzas en su cuerpo se arremolinaron girando más y más rápido, llevándola con ellas como un torbellino que absorbía su capacidad de respirar, de no preocuparse de nada más que del éxtasis a punto de arder a través de su alma.

—Renato —susurró casi sin voz, sin aliento; aferrada a las musculosas nalgas.

—Samira —murmuró con su mirada fija en las pupilas dilatadas de su amor, al tiempo que hacía sus acometidas más lentas pero profundas.

—Te amo —jadeó y luego se mordió el labio, debido al placer que nacía en su centro, ahí donde Renato golpeaba con su erección y se ramificaba por cada parte de su cuerpo.

—También te amo —reafirmó él, con otro empuje lento y profundo.

Se sonrieron el uno al otro, compartiendo ese momento de complicidad y amor.

Él buscó las manos de ella, entrelazó los dedos y llevó el agarre por encima de la cabeza de Samira, sin romper la conexión entre sus miradas; remontó con rapidez sus embestidas.

Eso hizo que en Samira se despertara un tumulto de hormigueos y dolores palpitantes de deseo, que se mezclaron para saturarla, pero no eran nada comparados con la pasión repentina que se apoderó de su corazón. Todas las sensaciones en su interior se combinaron, se juntaron y se elevaron peligrosamente. Entonces, su cuerpo ardió, su sexo se comprimió y su vientre se apretó mientras el placer se derramaba sobre una exuberante fusión de asombro, éxtasis y emoción.

Sobre ella, Renato golpeaba en su interior, tenía la mandíbula tensada, los ojos fijos en los

suyos y la respiración saliendo entrecortadamente de su pecho, con excitación.

Él llevó su boca hasta la de ella, para darle un beso voraz. Entonces, todo su cuerpo se tensó mientras se enterraba completamente en su interior, desencadenando otra tormenta de sorprendente placer. Mientras juntos se liberaban, gritaban y se aferraban como si les fuera la vida en ello.

—Te amo, mi hermosa gitana —dijo sin aliento y le dio un besito en la punta de la nariz.

—Te amo, mi precioso payo —concordó ella, sonriéndole, todavía con el pecho agitado.

Renato salió del cálido y mojado interior de Samira, pero no se apartó, se quedó acostado sobre el delgado cuerpo, mientras ella lo abrazaba con pertenencia, sin importar el ligero sofoco que le provoca el peso de su cuerpo.

CAPÍTULO 66

Minutos después, ya Renato se había deshecho del condón, y Samira estaba acostada sobre su pecho, mientras se prodigaban caricias, miradas y sonrisas cómplices.

—De verdad que es hermoso —dijo Samira admirando una vez más el anillo.

Renato le tomó la mano y le dejó caer varios besos en la palma de la mano y en el dorso, mientras que con la otra recorría la espina dorsal femenina.

—Solo se ve hermoso porque está en tu mano.

Samira sonrió y con la yema de los dedos rozó los labios de Renato, aún hinchados y sonrojados por todos los besos compartidos.

—Pero que tú lo hayas escogido lo hace perfecto —dijo y se impulsó un poco más arriba, para darle un beso.

Renato correspondió como si fuera el primero que se dieran en mucho tiempo, mientras apretaba con firmeza el muslo de la pierna flexionada de Samira, que descansaba sobre su pelvis.

—¿Cansada? —preguntó cuando se separaron, le dio un beso en la nariz y otro en la frente.

—No, aún no —suspiró y trazaba una caricia por el costado izquierdo de Renato. No había nada que le diera más paz que estar entre sus brazos.

—¿Tienes hambre o sed? —En ese momento solo existía para complacerla y no habían comido nada desde el desayuno, hacía ya más de cinco horas.

Samira negó con la cabeza y sus ojos se iluminaron con un destello de picardía.

—Pregúntame si quiero hacerlo otra vez.

Renato vaciló y luego con una sonrisa traviesa acunó uno de sus pechos; con el pulgar, frotó el pezón ya duro.

—No creo que necesite preguntar —sonrió y se mordió el labio.

—¿Y tú estás preparado? —preguntó ella—. Porque puedo ser condescendiente y darte unos minutos más.

Renato quería que Samira se diera cuenta de lo que había provocado, por lo que, le sujetó la mano y se la llevó hasta su erección, para asegurarse de que no se perdiera ni un centímetro de su pene latiendo por ella.

—Te deseo —confesó con voz ronca y gruñó cuando Samira no necesitó de su ayuda. Sufrió un pequeño estremecimiento cuando ella lo rodeó con sus dedos y acarició suavemente, hacia arriba y hacia abajo; luego, rozó el glande, haciéndole sentir un maravilloso hormigueo.

Samira se inclinó para besarle el hombro, el pecho; lo que hizo que otro temblor devastara su cuerpo.

—Yo también te deseo… —Ella bajó la mirada y tragó, observando sus dedos moverse lentamente sobre la erección coronada por el glande sonrojado y brillante—. ¿Puedo probarte?

Renato se quedó sin aliento ante la proposición, pero quería estar completamente seguro de que no estaba haciendo suposiciones.

—¿Qué quieres?

—Darte sexo oral…, chupártela —reafirmó con la voz temblorosa y pudo sentir en su mano cómo el pene latió deseoso—. Solo espero que no te rías de mí, porque no sé cómo.

—No existe forma correcta o incorrecta…, solo hazlo de la manera en que lo sientas, como desees —dijo mientras le acariciaba la nuca.

—Bien, pero necesito que me guíes… —Samira se puso a gatas sobre el colchón, dejando las piernas de Renato entre sus muslos y gateó lentamente en retroceso—. Debes decirme si te gusta o te incomoda, no te calles nada…, instrúyeme.

—Sí, lo haré —prometió sin aliento. Ella se veía adorablemente nerviosa, y él amaba la idea de que sería el primero entre sus labios llenos y rosados; así como también fue el primer hombre con el que experimentó su primer encuentro sexual, y ella también lo fue para él.

Samira no vaciló o estudió la situación. Ella tenía mucho coraje cuando quería, entonces, sus labios se acercaron al glande y Renato ya no pudo pensar en nada más.

Ella tuvo que abrir la boca grande, para acomodar sus labios en torno al glande inflamado, y la visión de eso envió una ráfaga de sangre a su erección, agrandándola aún más. Había disfrutado de algunas mamadas en los últimos años, pero esta era diferente.

—Mejor así —dijo Renato, separando las piernas, para que ella quedara de rodillas y sentada sobre los talones, en medio de sus muslos.

Renato puso los ojos en blanco, cuando Samira suspiró, volviendo a succionar su pene con cautela y luego pasó con cierta pericia la lengua por toda su extensión, hasta llegar a la punta; entonces, se abrió en torno a su circunferencia, para tomarlo incluso más profundamente.

Samira no era grandiosa en el arte de una felación, pero saber que estaba tratando, que estaba confiando en él, que le estaba dando algo que nunca le había dado a nadie…; todo eso lo excitaba como nunca.

De repente, ella encontró un ritmo coordinado, un constante subir y bajar, que abarcaba la mayoría de su pene, prestando especial atención a la punta, luego ella le acunó las pelotas.

—Lo haces bien, vas bien —dijo con los dientes apretados, con una mano empuñaba las sábanas y con la otra le acariciaba los cabellos.

Si Samira hacía eso durante mucho tiempo, estaría completamente acabado.

—Samira, cariño… —Él deslizó los dedos más profundamente en su cabello y los cerró, formando puños, tironeando suavemente de su pelo—. Amor, lentamente, más lento, más lento… No quieres… —Él siseó con una larga inspiración, entonces, se tensó y se estremeció.

Ella podría ser una novata, pero rápidamente había superado lo de inexperta.

—¿Lo estoy haciendo bien? —susurró ella, luego lamió la punta con parsimonia y levantó su mirada oliva hacia él. Renato tenía el rostro crispado por el placer. Eso la hizo sentir orgullosa.

—Oh, sí —jadeó él—, muy bien…, excelente, amor.

Ella soltó una risita.

—Parece que te estoy haciendo sufrir. —Ella bien sabía que no, pero necesitaba confirmar que su mejor intento estaba dando buenos resultados.

—Es placer…

Samira esbozó una tímida sonrisa, claramente feliz consigo misma, antes de volver a retomar su tarea.

Renato cerró los ojos y dejó que el lento calor de la boca femenina lo cubriera. Después, llegó una succión intensa que le hizo estremecer. Él se sacudió con el pausado movimiento arriba y abajo de su cabeza. Cuando su lengua lamió alrededor de la sensible punta y después siguió un tierno arrastre de dientes, gimió en voz alta y casi tocó el cielo. Se quedó sin fuerzas, su visión se nubló y tuvo que cerrar los ojos.

Tragándose otro gemido de placer que arañaba desde su pecho, trató de apartarla. Por supuesto, sus caderas tenían otras ideas, porque empujaban hacia la dulce y carnosa boca.

—Samira, cariño…, tienes que parar —pidió, deslizando su dedo pulgar por la mandíbula, en una lánguida caricia.

—¿Estás seguro? —preguntó y se pasó la lengua por los labios, más que por saborearlos, por sentirlos, ya que los tenía adormecidos.

Renato quiso fijar sus pupilas en la brillante mirada, pero fueron los hinchados labios los que lo cautivaron.

—Sí.

—¿Hice algo mal? ¿Te lastimé? —preguntó preocupada, ya de rodillas, había puesto la distancia suficiente entre la erección y su boca.

—No, no…, lo has hecho muy bien, es solo que estoy a punto de correrme y no quiero hacerlo en tu boca —explicó al tiempo que se incorporaba para quedar sentado. Tomó otro de los preservativos y se lo puso con urgencia—. Ven aquí.

Samira, sin perder tiempo, se acomodó encima de él, quien quizo comprobar primero si ella estaba lista; usó un par de dedos, y la abundante humedad no le dejó dudas, entonces, la besó con arrebatadora pasión, encontrando en ese intercambio su propio sabor.

Fue ella, quien se adueñó de la erección y la condujo hasta su entrada. Renato se quedó quieto por un momento, con su mirada fija en la de ella, sintiendo cómo le engullían sus apretadas paredes. Él se estremeció, su columna vertebral se tensó, su cuerpo se adueñó de la necesidad de hacerla suya, de cada forma posible.

La primera vez había estado bien; sin embargo, podía afirmar que la segunda iba a estar incluso mucho mejor. Con un brazo la estrechó contra su pecho y con la otra mano se aferró con vehemencia a su nalga. Ella se sentía caliente a su alrededor, incitándolo mientras jadeaba, sacudiéndole con otro golpe de necesidad al mover las caderas intensamente.

Sus alientos se mezclaban en medio de constantes jadeos, mientras se mantenían con las frentes unidas, las narices rozándose y los párpados apretados, solo concentrados en las sensaciones que estallaban con cada oscilación de sus cuerpos.

—Te deseo, te deseo cada vez más… —gimió Samira y pegó sus labios a los de él, en los que ahogó otro gemido.

—Me tienes, haz conmigo lo que quieras. Te doy todo lo que soy… —Le acunó las mejillas y volvió a besarle, no solo la boca, sino toda la cara.

Samira envolvió sus piernas alrededor de las fuertes caderas y se meció con él, empujando a su ritmo, sus pequeños gritos le llevaron más y más alto.

Frenéticamente, ella le besó desde el hombro hasta la mandíbula. Entonces, él reclamó su boca, su lengua hundiéndose tan profundamente como su pene. Lo quería todo de ella, de cualquier modo que pudiera tenerla.

Las uñas de Samira se clavaron en su espalda y se volvió salvaje contra él, instándole en silencio a darle cada maldita cosa.

Sus caderas se movieron como si tuvieran vida propia, rápido y contundente. La sujetó con más fuerza y de alguna manera se las arregló para hundirse incluso más en el interior de su cuerpo. La sangre se aceleró y su corazón iba a trompicones.

—Te quiero mía…, mía para siempre —gruñó.

Ella, seguramente cuestionaría después esa declaración. Él también debería, pues no era del tipo de hombre que pensaba en la mujer como una posesión, pero en ese momento era puro instinto animal.

El segundo orgasmo generalmente no sucedía en un buen rato y en realidad habría podido darle placer a Samira mientras se tomaba su tiempo buscando el suyo propio; no obstante, esto era completamente diferente e intentaba asegurarse de que ella llegara al clímax, antes de que la creciente necesidad estallara en él.

Mientras el placer aumentaba, los latidos de su corazón rugían, mezclándose con los sonidos ensordecedores de los lloriqueos de placer de ella.

Cuando Samira gritó, pegándose más él, pudo sentir el calor cegador abrasándolo. La vagina se apretó, latió, acarició la longitud de su pene y aniquiló su control. Cuando ella se estremeció a través de su orgasmo, él eyaculó, detonando todo en su interior. Mostrando la fragilidad de esa ascensión momentánea que lo trasladaba al cuerpo de Samira, donde moría, otra vez, en vida, donde vivía ese instante en muerte.

Samira se veía tan maravillosa, toda sonrojada, sudada, con las pupilas aún dilatadas y ligeros temblores sacudiendo su cuerpo.

Le puso la palma de la mano en el pecho, ahí donde su latido seguía acelerado y el influjo de su respiración era evidente, la dejó a la espera de que volviera en calma, mientras ella le acariciaba el rostro. Se miraban a los ojos, explorándose, descubriéndose y llenándose de la certeza de que se amaban más que nunca.

Renato subió la caricia de su mano por el pecho y cuello, hasta llegar a la nuca, donde intercaló sus dedos entre los cabellos húmedos por el sudor. Acercó su boca a la oreja de Samira.

—¿Tenemos que irnos? —preguntó y luego le dio un beso en el cuello, justo debajo del lóbulo.

—Debemos hacerlo, por nuestro bien —respondió, abrazándolo por el cuello—. No quieres ver a mi abuela molesta, lo digo en serio.

—Está bien —suspiró, alejándose—. No quiero hacer enojar a una gitana.

Samira sonrió.

—Chico inteligente. —Le dio otro beso.

Se apartaron, Renato se quitó el condón y, al igual que el anterior, lo arrojó a la basura. Mientras Samira se recogía el cabello y se hizo un moño, sujetándolo con sus propios mechones.

Ella se levantó para ir al baño, pero Renato la sorprendió al cargarla; soltó un grito que mutó en carcajada.

—Nos daremos una ducha rápida —dijo él, llevándola al baño.

—No creo que nos dé tiempo, solo iba a asearme un poco.

—Créeme, será mejor que nos duchemos. —Enterró la nariz en el cuello de ella—. Olemos a sexo, mi olor te impregna y no es que me moleste, pero estoy muy seguro de que tu abuela podrá percibirlo.

—Bueno, pero tenemos que ser rápidos.

—Lo seremos… —dijo al tiempo que la ponía de pie, debajo de la alcachofa.

—No puedo mojarme el pelo —dijo haciéndose de la regadera de mano.

—Te ayudo. —Le dio un beso en el hombro y luego le aplicó jabón líquido.

No tardaron más de diez minutos duchándose, luego ambos usaron el mismo cepillo de dientes para lavarse la boca y se vistieron. Samira decidió hacerse una coleta alta, porque su cabello dejaba en evidencia que había sido sometido a sudor, a constantes apretones y hasta a algunos tirones.

Cuando salieron al vestíbulo, comprendieron que había sido mala idea dejar el coche en el Ateneo.

En cuanto subieron al coche, Renato le marcó a su madre, para decirle que ya iban camino a su encuentro y que le enviara la ubicación. Samira aprovechó para empezar a maquillarse.

Veinte minutos después, llegaron al café en el que los esperaban Thais, Daniela y Vadoma. Los recibieron con besos y abrazos. Samira se sintió aliviada al notar que su abuela parecía no estar molesta ni incómoda; por el contrario, se le veía bastante animada, y fue la primera en pedir

el informe de lo que les habían dicho en el Registro Civil, pero antes de que Samira y Renato pudiesen decir algo, la anciana se llevó la mano a la boca, producto de la emoción que le provocó ver el anillo en la mano de su nieta.

—¡Ya es oficial! —dijo Samira con una gran sonrisa y los ojos rebosantes de lágrimas, por la felicidad que la embargaba.

—Es hermoso, mi niña… ¿Cuándo te lo pidió? ¿Fue en el Registro Civil? —hablaba bastante eufórica.

Renato sonreía, sintiéndose orgulloso de haber impresionado a Vadoma, pensó que esa mujer de hielo ni nervios tenía.

Daniela soltó un gritito bastante agudo, con la mirada en el impresionante anillo. Mientras Thais sonreía, era la única que estaba al tanto de lo que su hijo haría y también ya había visto el anillo, pues ella lo acompañó a elegirlo y agradecía infinitamente que su hijo la tomara en cuenta para cosas tan importantes.

Samira les contó que Renato la había sorprendido y, que al salir del Registro Civil, la llevó al Ateneo, donde le pidió matrimonio, una vez más, en medio de un concierto de piano en un salón lleno de velas. Por supuesto, al pensar en lo que sucedió después, esquivó la mirada de los ojos de su abuela y se sonrojó, pero no sintió esa culpa encarnizada que la hacía sentirse miserable.

Cuando su abuela le pidió fotos, se dio cuenta de que la emoción le había hecho olvidar inmortalizar ese momento en una imagen o un video. Le fue imposible no lamentarse.

—Había un fotógrafo —intervino Renato.

—No lo vi —dijo Samira con una emoción renovada.

—La idea era que no lo notáramos… No quería que nos incomodara o nos hiciera sentir cohibidos. —Él quiso que ese momento fuera lo más natural posible y solo de ellos, por eso decidió que fuera bastante íntimo.

Vadoma perdonó que la engañaran y le dijo a Thais que hubiese entendido si se lo hubiera confiado.

—Gracias por querer bonito a mi estrella. —Le dijo la anciana a Renato—. Solo espero que nunca le rompas el corazón. —Su tono se tiñó de cierta amenaza.

—Jamás lo haré, ya le di mi palabra y voy a demostrarle que la palabra de un payo puede ser tan digna como la de un gitano —dijo, al tiempo que sujetaba la mano de Samira.

—Más vale —asintió con contundencia—. Pero solo el tiempo lo dirá.

—Abuela —medió Samira, sonriéndole. Solo quería que por fin se relajara con Renato. Le avergonzaba que se mostrara tan desconfiada delante de su suegra, sobre todo, con lo bien que se estaba portando Thais.

—Bueno, ¿estamos listos para pedir? —dijo la madre de Renato, con su imborrable sonrisa, para aligerar el ambiente denso.

—Sí, por supuesto —respondió Samira, tomando su teléfono, para escanear el código del menú.

—Entonces, ¿qué les dijeron? —preguntó Daniela, quería meterse de lleno en su papel de madrina.

Esa mañana, Thais las había llevado a un par de floristerías y también a una repostería francesa, en busca de inspiración para la boda; solo que les pidió no comentarles nada, porque no quería que se sintieran abrumados con los preparativos.

Además, había hecho varias llamadas, a sus asistentes en Río y una a Rachell, que se encontraba en ese momento en Londres, por trabajo, en compañía de Violet. Tuvo que pedirle que guardara el secreto sobre el matrimonio de Renato, ya que esperaba que fuera él, quien le

diera la noticia a la familia.

Thais había anotado algunas de las exigencias de Vadoma, que tenían que ver con su cultura, como que el novio también debía ir vestido de blanco y que la ceremonia debía ser por la mañana.

No veía problema en que la unión se celebrara por la mañana, siempre y cuando encontraran el lugar apropiado; en cuanto a lo que el novio debía ir vestido de blanco, solo le concernía a Renato. Era decisión exclusiva de su hijo, aunque ella estaba segura de que se vería realmente guapo con lo que se pusiera.

—Estos son los requisitos, tengo que solicitar algunos documentos en la embajada y deben ser traducidos a español… —dijo Renato entregándole a su madre el par de hojas que le dio el juez.

Vio a su madre dejar sobre la mesa los documentos y coger su móvil, sin perder tiempo, buscó en sus contactos.

—Enseguida le escribo a Rafaela. Ella me ayudará a que Murilo pueda atenderte cuanto antes —hablaba mientras tecleaba.

—Mamá, es un trámite que puedo hacer como cualquier ciudadano.

—Cariño, hacer el trámite como cualquier ciudadano te llevará varios meses. —Le dijo, poniendo una mano sobre la pierna de su hijo y sonrió al sentir que, en la otra pierna, por debajo de la mesa, reposaba la de Samira—. Rafaela estará encantada de poder ayudarnos.

—¿Quién es Rafaela? —Le preguntó Samira, en un susurro.

—Es la esposa del embajador brasileño en Madrid —explicó en el mismo tono que usó su prometida—. Fue a la misma secundaria que mi mamá y desde entonces son amigas.

—Muy buenas amigas —enfatizó Thais—. Hace un par de días almorzamos con ellos.

—Entonces, eso es bueno, ayudarán a que todo el trámite se haga más rápido —dijo con los labios plegados en una ligera sonrisa. Renato asintió—. ¿Por qué no me dijiste que tus padres conocen al embajador?

—Porque no creí que terminaríamos involucrando directamente al embajador.

—Bueno, en este caso, lo más conveniente es involucrarlo —sonrió con picardía.

Renato, en ese instante, quiso comerle la boca, pero sus deseos fueron interrumpidos por el mesero que se acercó a la mesa a por el pedido. Se sintió agradecido, porque no era el mejor momento ni el lugar, para dejarse llevar por sus pasiones.

CAPÍTULO 67

Esa noche, al llegar al apartamento de Samira, ella los invitó a que se quedaran a cenar, ya que deseaba preparar la comida para agradar a su suegra. En vano fueron los intentos de Renato y Thais por negarse; incluso, propusieron pedir en algún restaurante, para que les llevara a domicilio, pero ella no cedió.

Daniela apoyó a Samira y le ayudó a preparar los alimentos, alegando que necesitaba comida casera, Vadoma también se abocó a cocinar. Mientras que Thais y Renato se ofrecieron a poner la mesa, porque en la cocina solo estorbarían.

Una vez que Samira metió las milanesas de pollo en el horno, dejó a su abuela terminando el puré de patata y a Daniela con la ensalada; entonces, decidió mostrarle el apartamento a su suegra. Quería que conociera el lugar en el que viviría su hijo.

—Es muy lindo y espacioso.

—Sí, siempre me pareció demasiado grande solo para mí, pero mis asesores dicen que está en un buen lugar… Ellos todo lo ven como inversión —comentó Samira.

—Es mejor escuchar la voz de la experiencia —convino Thais, mientras observaba el estudio.

Ya su hijo y su nuera la habían puesto al tanto de dónde Samira había obtenido su fortuna, y todavía no lograba asimilarlo; sin duda, la chica tenía muy buena suerte, pero era mucho más inteligente, ya que, siendo tan joven, supo perfectamente dejarse asesorar y no derrochar el dinero. Y es que entre más conversaba o compartía tiempo con ella, más se daba cuenta de por qué su hijo la amaba.

Es una chica sensible, amable, muy inteligente; incluso, sagaz. Renato supo elegir a una buena compañera de vida, y eso la tranquilizaba muchísimo.

Después del recorrido por el apartamento, regresaron a la cocina. Samira revisó las milanesas y ya estaban listas, por lo que, invitó a los demás a pasar al comedor. Sin embargo, Daniela se quedó con ella para ayudarle.

En el transcurso de la comida, las tres recibieron más de un halago por parte de Thais y Renato.

Un par de horas después, Samira bajó para acompañar a su suegra y prometido a que cogieran un taxi. Renato esperó a que su madre subiera al coche, para poder despedirse de su novia como tanto deseaba. Le acunó las mejillas y se tomó su tiempo para darle un beso lento y apasionado.

—Hoy fue un día extraordinario, gracias. —La besó en la punta de la nariz y luego le dio otro en los labios.

—Un día del resto de nuestras vidas, porque estoy completamente segura de que todos mis días a tu lado serán maravillosos —respondió jugueteando con el tercer botón de la camisa y la mirada fija en los ojos cerúleos.

—Sé que sí… —asintió—. Te quiero.

—Te quiero. —Samira le sonrió—. Me muero porque te quedes un poco más, pero tu mamá debe estar agotada. Así que no le hagas esperar más.

Renato asintió, le acarició los pómulos con los pulgares, le dio el último beso de la noche y se apartó.

—Avísame cuando lleguen —pidió Samira cuando él sujetó la puerta del coche.

—Lo haré, descansa.

—Igual tú —deseó con esa tonta sonrisa que Renato le provocaba. En ese momento, su suegra se volvió a mirarla por encima del hombro y se despidió con un gesto de la mano, al que ella correspondió de la misma manera y con una sonrisa.

Se quedó en la acera hasta que el coche arrancó.

—Samira es tan encantadora que hasta a mí me tiene enamorada —suspiró Thais en cuanto el coche se puso en marcha—. Has elegido a una chica extraordinaria.

—Gracias, mamá. Me tranquiliza saber que es de tu agrado —dijo Renato, sujetándole la mano.

—Verdaderamente lo es. —Dejó descansar la cabeza en el hombro de su hijo—. Es una pena que no se hayan hecho novios antes.

—Lo fuimos —confesó. De inmediato, como si él se hubiese convertido en un cable de alta tensión, su madre se apartó, para mirarlo a los ojos—. Aunque por muy poco tiempo.

—¿Y como es que no me enteré?

—Lo mantuvimos en secreto, el único que lo supo fue *avô* … Papá también tuvo fuertes sospechas, creo que, ante él, fui muy evidente.

—Estos hombres Garnett, siempre cubriéndose las espaldas —masculló y volvió a posar la cabeza sobre el hombro de Renato, se quedó en silencio por varios minutos, hasta que la curiosidad la venció—. ¿Qué pasó? ¿Por qué se separaron?

—Lo arruiné —murmuró—. Ya sabes, mi tendencia de echarlo todo a perder. Pero pondré todo de mi parte, para no volverlo a hacer, porque Samira es la mujer de mi vida.

—Pensé que la mujer de tu vida era yo —dijo, sonriente; tratando de aligerar el ambiente, no quería que su hijo pensara que sentía lástima por una situación que pasó hace tanto tiempo.

—También lo eres.

—En este momento, no me importa si el centro de tu universo es Samira, lo que en verdad importa es que tú seas feliz, y he visto que ella te hace mucho más de lo que yo lo he hecho en toda tu vida.

—Mamá, sabes que eres una parte esencial… Contigo también he sido feliz… Has hecho cosas extraordinarias por mí, me has protegido con toda tus garras, eso lo sé.

—Me hubiese gustado poder ser una mejor madre. —Se lamentó.

—Has dado lo mejor, madre; ya no te aflijas por cosas que no pueden cambiarse.

—Gracias, cariño. —Le palmeó la pierna—. Por cierto, ¿cuándo le dirás al resto de la familia que vas a casarte?

—No sé, no he pensado en eso.

—¿Te cuesta mucho enviar un mensaje a los grupos familiares?

—Es que no van a parar de hacer preguntas —masculló.

—No estás en la obligación de responderlas. Si quieres, solo puedes notificar, es que no me parece justo que les ocultes algo tan importante.

Renato se quedó en silencio, pensando en las palabras de su madre.

—Está bien, tienes razón —dijo buscando el móvil en el bolsillo interno de la chaqueta—. Mandaré un texto —comentó al tiempo que entraba en el grupo familiar de los Garnett y empezó a teclear.

Decidió ser conciso, no sería un mensaje demasiado largo ni muy explicativo. Solo que pronto se casaría en España, con una chica de la que se había enamorado hacía ya varios años, pero que no fue hasta ahora que se formalizó la relación. En unos días, cuando estuviera fijada la fecha de la boda, su madre se encargaría de enviarles invitación.

Releyó el mensaje, pero no se detuvo a ponerle mucha atención o terminaría desistiendo. Sin pensar más, lo envió; luego, lo copió y envió al grupo de la familia Medeiros.

Al segundo, el teléfono empezó a vibrarle sin parar, mientras que, el de Thais, le hacía coro con los pitidos.

Él se volvió a mirar a su madre con una ceja levantada.

—Sabíamos que así iban a reaccionar, era algo que jamás esperaban de ti. —Ella no pudo evitar reír—. Ahora, dejémoslos con la intriga hasta mañana —propuso pícara.

Renato negó con la cabeza y luego sonrió, tratando de relajarse, aunque la llegada de tantos mensajes podría despertar su ansiedad.

—Será mejor que los silenciemos hasta mañana —dijo entrando en la conversación e hizo eso que le daría tranquilidad.

Un par de días después, Renato tuvo que afrontar el tsunami de mensajes que su familia había enviado a los grupos, en su mayoría, eran preguntas sobre «la afortunada», según ellos.

Su madre le ayudó con muchas respuestas, no sin antes consultarle a él si estaba de acuerdo. Ella fue la encargada de decirles que era brasileña y no española, como todos habían concluido; y que la boda se haría una vez que ambos dispusieran de todos los requisitos exigidos por la ley.

Por su parte, él envió un resumen sobre su prometida, como nombre, edad y a que se dedicaba; además, les adjuntó un par de fotografías, para que la conocieran. También les dijo que era gitana, por supuesto, en el grupo no dijeron nada sobre eso, pero estaba completamente seguro de que algunos sí tendrían sus conversaciones por fuera, pero lo tenía sin cuidado, porque por primera vez no le interesaba la opinión de sus familiares.

Además, su madre no hacía más que elogiar a Samira delante de todos, su padre también había hecho un par de comentarios sobre ella, en los que decía que la conocía y que era una jovencita adorable.

Samuel pidió que, por favor, informaran con tiempo la fecha de la ceremonia, para poder organizar su agenda, porque en sus planes no estaba perderse un evento tan importante. Renato comprendía que él, como gobernador de Nueva York, no tendría tiempo libre hasta el próximo año; aun así, le prometió que les anunciaría.

Su tío Thor, preguntó sobre la urgencia del matrimonio. Dejó entredicho si se trataba de un embarazo, pero también dijo que no era razón para apresurar las cosas.

Solo porque quería mucho a su tío, le explicó que según la ley gitana no podrían vivir juntos sin estar casados y que él aceptó a Samira con sus tradiciones; así que, cumpliría todas las que estuvieran a su alcance.

Mientras que en el grupo familiar Medeiros, fue el esposo de su tía Paula, quien hizo un comentario poco agradable sobre la inestabilidad que podía provocar una relación tan prematura. Renato no lo esperaba, pero tampoco le sorprendió que Liam saliera en su defensa. Él, que poco interactuaba en esas conversaciones, les dejó claro que no tenían por qué opinar sobre las decisiones de su hermano.

Entonces, Renato agradeció a todos por sus felicitaciones, volvió a silenciar los grupos y se levantó del sofá, para salir de la suite e ir a encontrarse con Samira, ya que esa mañana tenían una reunión con los abogados y el economista de ella. A pesar de que él le había dicho que no era necesario, ella insistió en que lo pusieran al tanto de sus inversiones y finanzas.

Cuando llegó al bufete de abogados, ubicado en la calle del General Oráa, ya Samira lo esperaba en el vestíbulo, llevaba un traje sastre veraniego de lino en color beige y el cabello recogido en una apretada coleta alta, lo que la hacía lucir imponente, poderosa y hermosa. Eso hizo que su corazón diera un vuelco y el estómago se le encogiera.

—Hola, gitana —saludó llegando hasta ella. Le sujetó la cintura y le dio un beso.

—Hola, payo —correspondió, abrazándolo por el cuello y se mostró sonriente, después de ese par de toques de labios que le sacudieron el suelo.

—Te ves hermosa —elogió mirándola a los ojos.

—Tú también te ves muy guapo, tanto, que me tienes temblando las piernas —confesó.

—Entonces, te sostendré más fuerte. —Cerró sus brazos entorno a la pequeña cintura.

Un fuerte carraspeo los hizo separarse.

—No hagas esperar a gente tan importante —dijo Vadoma, al regresar del baño.

—Sí, abuela. Tienes razón —comentó Samira y enseguida se apartó de Renato; no obstante, le sonrió condescendiente y entrelazó sus dedos a los de él.

—Buen día, Vadoma. —Le saludó con una sonrisa afable.

—Buen día. —Asintió con la cabeza.

Atravesaron el vestíbulo y subieron al ascensor, para ir hasta el piso veinte, donde quedaba la oficina del abogado.

Fueron recibidos por la asistente principal, que los condujo hasta la oficina del abogado. Mientras Samira le saludaba y preguntaba a la mujer cómo se encontraba.

—Adelante. —Los invitó a pasar con un ademán.

—Buen día, Samira, bienvenida. —La recibió de pie y con una sonrisa bonachona.

—Buen día, señor Gaztambide, le presento a mi abuela, Vadoma, y a mi prometido, Renato Medeiros —señaló con una sonrisa de orgullo.

Ambos saludaron al abogado con un firme apretón de manos.

—Es un placer, Fabian Gaztambide… Por favor, síganme, los demás ya están esperando.

Pasaron a una amplia sala de reuniones, ya esperaban tres hombres más, a los que Samira saludó con bastante familiaridad, y ellos mostraban un cariño genuino por ella.

De igual manera, les presentó a su abuela y a Renato; se mostró orgullosa cuando dijo que era el director financiero del grupo EMX, la empresa de su abuelo.

Renato sintió que las orejas se le calentaban, ya que era primera vez que Samira lo presentaba con tanto orgullo y como su prometido.

—En las carpetas que están frente a ustedes, encontrarán un balance general, cuentas de resultados, balance de situación… —explicaba el contador.

Renato, acostumbrado a este tipo de situaciones y documentos, revisó todos los datos, mientras escuchaba las explicaciones del contador. Las finanzas e inversiones de Samira, no solo se mostraban estables, sino que contaba con buenos ingresos, bastante razonables para el tiempo que llevaba en el negocio.

Vadoma solo se limitaba a mirar y escuchar, aunque no entendía nada de lo que ahí se estaba hablando. Miraba a Renato asentir de vez en cuanto, lo que le hacía suponer que las cosas estaban bien.

Después de más de una hora, se tomaron un descanso para un pequeño refrigerio, que fue servido en la misma sala de juntas.

—¿Y para cuándo será la boda? —preguntó Gaztambide.

—Estamos reuniendo los requisitos para presentarlos, mientras, estamos con algunos preparativos —comentó Samira, bastante animada.

—Entonces, sería prudente ir redactando el acuerdo prenupcial.

Samira de inmediato se tensó, en sus planes no estaba hacer algo como eso.

—No, la verdad no lo creo necesario, confío en Renato —dijo, al tiempo que por debajo de la mesa le tomaba la mano.

—Deben confiar el uno en el otro, tanto como para tomar la importantísima decisión de casarse—dijo con la mirada en la de Samira—; aún así, en estos casos lo más prudente es hacer un acuerdo. Todos lo hacen —recomendó Gaztambide.

—Pero… —Samira iba a protestar, sin embargo, Renato intervino.

—Es cierto, todos lo hacen —dijo él, más para ella que para cualquier otra persona en esa sala—. No hay nada de malo en un acuerdo prenupcial, eso no tiene que ver con nuestros sentimientos. Tu abogado tiene razón.

Samira prefirió no decir que realmente no estaba de acuerdo con ese pacto, porque ella no iba a casarse ya pensando en un divorcio, quería pasar el resto de su vida junto a Renato; así que, ese documento era inútil.

—Está bien —cedió con una exhalación.

—Esto no será problema, porque no vamos a romper nuestro matrimonio. —Le dijo Renato y le dio un beso en la mano.

Ella sonrió sintiéndose más tranquila, porque Renato tenía el mismo pensamiento.

Para él, solo se trataba de una formalidad que había normalizado desde hacía mucho, pues todos en su familia y las familias de sus más allegados no se casaban sin un acuerdo prenupcial de por medio. Así que, no le afectaba en absoluto la recomendación de los asesores de Samira, aunque también comprendía que para ella seguía siendo un tema tabú.

Se despidieron de los abogados y contador, no sin antes acordar que en unos días tendrían listo el acuerdo, para que lo revisaran antes de firmarlo y legalizarlo.

Una vez que subieron al coche, Vadoma decidió abrir la boca, ya que durante la reunión no entendió nada.

Renato se encargó de explicarle con palabras sencillas y algunos ejemplos, todo lo que se había conversado en la reunión, incluso, el acuerdo que debían firmar.

Ella no estuvo de acuerdo, porque no se podía empezar una relación pensando en futuras desavenencias, pero comprendía que a la gente de la alta sociedad le importaba más el dinero que el amor y el compromiso de una pareja, y que justo por eso es por lo que eran millonarios.

También dijo que solo se trataba de una treta de los abogados, para obtener más ganancias.

Renato sonreía y compartía ciertas miradas con Samira, ante el desahogo de la anciana, que durante el trayecto no hizo más que mascullar, inconforme con cómo esa gente hacía las cosas.

CAPÍTULO 68

Renato supuso cualquier cosa cuando su madre lo invitó a desayunar esa mañana en la terraza de su suite, desde mostrarle algún diseño para las invitaciones a la boda que todavía no tenía fecha o hasta informarle que debía volver a Río, porque sus asistentes no podrían hacerse cargo de todo el trabajo en el club deportivo, pero jamás imaginó que, al entrar, sería impactado por un huracán de cabello oscuro, ojos color violeta y la cara salpicada de pecas.

—¡Violet! ¿Qué haces aquí? —preguntó, verdaderamente sorprendido, tratando de respirar, porque su prima iba a asfixiarlo. Es que aún no sabía de dónde las hijas de Samuel y Rachell habían heredado tanta euforia, eran la contraparte del apático Oscar.

—Vine con mami…, vamos a quedarnos para tu boda, ya quiero conocer a Samira, iremos de compras… Tengo que hacerme su amiga, su mejor amiga… —hablaba sin parar.

Renato se rascó la nuca, en un gesto de puro nervio; estaba seguro de que a Daniela no iba a gustarle escuchar eso.

—¿Dónde la conociste? ¿Cuánto tiempo tienen de novios? ¿Por qué no nos dijiste nada?

Renato intentaba avanzar, pero Violet le bloqueaba el camino, dando cortos pasos de retroceso.

—No puedo responder tus preguntas con la misma urgencia con que las haces… Que no se te olvide respirar.

—Respiro muy bien, pero te juro que dejaré de hacerlo si no sacias mi curiosidad… Llévame con Samira, tengo que conocerla.

—¿Puedes dejar que salude a tu madre? —Hizo un ademán, señalando al frente. Era casi imposible sortear a ese terremoto de quince años.

—Sí, vamos. —Se hizo a un lado y se le colgó del brazo—. Viajamos esta mañana desde Londres, ya mami organizó todos sus compromisos, para que no interfieran con tu boda… ¡Tu boda! Te juro que no puedo creerlo, pensé que jamás te casarías… Y, de pronto, de la nada ¡Pum! Nos sorprendiste a todos…

Renato volvió a rascarse la nuca, pensando si Violet en algún momento cerraría la boca, no sabía cómo haría Samuel para soportar a un personaje tan parlanchín.

—Por si no lo recuerdas, Liam todavía está soltero.

—Liam no cuenta, es una causa perdida, no se casará, eso lo sé, prefiere tener muchas mujeres y ningún compromiso; creo que así lleva la vida más fácil… Solo no le digas a tía Thais que pienso así… Ella es muy ilusa, pobrecita, aún quiere verlo entrar en un altar… El día que eso pase, será el fin del mundo —rio, convencida de su teoría.

Eso hizo que Renato también se contagiara de su risa.

—¿Ves? Siempre te hago reír… Sería bueno que me contrataras para cuando estés con los ánimos por el suelo.

—Toda una señorita de negocios.

—Te hago descuento por ser de la familia… ¿Un cinco por ciento te parece razonable?

—Sí, muy generoso de tu parte —ironizó.

—Bueno, para ti será un diez… Así que, cuando estés triste, solo llámame y haré que tu estado de ánimo mejore.

—Lo tendré en cuenta. —Le dio un beso en la abundante cabellera.

Violet había crecido delgada y alta como una espiga, las pecas en su rostro no se habían

difuminado, por el contrario, parecían haberse triplicado, como una maldición, en contra de Samuel Garnett, por lo mucho que se mofó de las pecas de las gemelas. Aunque Violet, se mostraba muy orgullosa de esas manchitas café, que salpicaban su rostro y contrastaban tan bonito con sus ojos del color de las amatistas.

—Me pidió que la dejara recibirte —comentó Thais, en cuanto su hijo llegó a la terraza, en compañía de Violet.

—No sé cuál era su interés tan desmedido en ser la primera en verte —comentó Rachell, sonriente y se levantó para saludarlo.

—Me quiere como un potencial cliente… Un negocio sobre animar a las personas —respondió Renato, avanzando hacia Rachell; cuando llegó, le dio un beso en cada mejilla—. Qué bueno verte, tía. ¿Cómo has estado?

—Bien, muy bien. Muy feliz por ti… ¡Qué maravillosa noticia la que nos has dado! —Volvió a sentarse.

Renato caminó hasta su madre y la saludó con un beso en la mejilla.

—Ven, siéntate aquí, Renatinho —dijo Violet, apartando una silla para él.

—Vaya, gracias por tanta amabilidad.

—En realidad, es parte de mi trabajo mantener tu buen ánimo.

Eso hizo que todos rieran. Violet se sentó junto a su primo.

—De verdad que me han sorprendido, no esperaba que vinieran —dijo, al tiempo que se ponía la servilleta en el regazo.

La mesa estaba servida con todos los alimentos del típico desayuno americano y él se hizo de huevos revueltos, una tostada y un café.

—Te haré una pregunta que nadie hizo en el grupo —comentó Violet, mientras bañaba con miel de maple un par de panqueques—. ¿Samira habla inglés?

—Supongo que ella será tu tema de conversación. —Dejó sobre la mesa, la taza de café a la que acababa de darle un sorbo.

—Sería tonto de tu parte siquiera dudarlo. Es que necesito saber cómo me voy a comunicar con ella… Pero tranquilo, Renatinho, mi misión es hacerle saber que se lleva al mejor hombre de toda la familia… Afortunadamente lo eres, pero, aunque no lo fueras, me encargaría de que lo creyera —chasqueó los labios—. Sé que con Liam lo tendré difícil, tocará ofrecerlo como un diamante en bruto… o algo por el estilo. —Se llevó a la boca un trozo de panqueque y casi enseguida también se comió un poco de beicon.

Todos sonreían ante sus ocurrencias.

—Bueno, para tu tranquilidad, habla inglés muy bien, también domina el español; aunque su idioma natal es portugués. Así que puedes comunicarte con ella en el idioma que prefieras. —Tenía la costumbre de comerse primero la proteína, por lo que, empezó por los huevos revueltos —. Eso sí, primero tengo que presentarlas, no quiero que llegues con tus comentarios llenos de halagos hacia mí, en cuanto la veas —dijo con cierto tono pícaro,

—Por favor, Renatinho, ¿con quién crees que hablas? Sé hacer perfectamente mi trabajo —expresó con suficiencia.

—Entonces, debo asumir que la visita de ustedes es para asegurarse de que Samira no se arrepienta de casarse conmigo. —Miró a Violet con los ojos entrecerrados.

—En parte sí, pero ese es mi trabajo. Mami te dirá cuál es el principal motivo de haber venido a Madrid. —Levantó la mano, en señal de alto, a su madre—. Pero antes, dime… ¿No te lo imaginas?

—No, no puedo imaginarlo… —gimió y negó con la cabeza.

—Pero di lo primero que se cruce por tu mente. —Lo instó Violet.

Renato miró a Rachell. Ella solo le sonreía y se alzó de hombros, con la única intención de apoyar a Violet en su parloteo.

—Porque aprovecharon que estaban cerca, para poder venir y conocer a Samira.

—Sí, tiene algo que ver… Así que estás caliente, ¿qué otra cosa se te ocurre?

—Para ayudar a mamá con la boda…

—Uy, casi te quemas —soltó una carcajada.

—Vinimos… —intervino Rachell—, porque me gustaría poder diseñarle el traje de novia. Sé que cuento con muy poco tiempo, pero haré mi mejor esfuerzo.

—Tía, no es necesario… La verdad, no estoy seguro si Samira quiera usar traje de novia.

—Primer fallo, hombre perfecto, ¿cómo es que no sabes si la novia quiere usar un lindo vestido? —Se entrometió Violet y negó con la cabeza—. Creo que tengo mucho trabajo por delante —soltó un suspiro, como si ya estuviese agotada.

—No hemos hablado sobre eso. —Se limitó a responder.

—Bueno, no hace falta que lo hablen, toda mujer que decide casarse, quiere usar el día de su boda un hermoso vestido —zanjó Violet.

—¿Crees que te dé tiempo? —preguntó Renato, mirando a Rachell—. Es que no queremos retrasar la boda.

—Sí, ya Thais me explicó los motivos, es totalmente comprensible —siguió Rachell—. Esto lo veré como un reto, que estoy segura podré cumplir; sin embargo, necesito que me ayudes presentándome a Samira cuanto antes, para poder saber cuáles son sus gustos.

—Gracias, tía. Hablaré con ella, para acordar un encuentro. —Le preocupaba mucho que su novia empezara a ver todo eso como una imposición. Lo menos que quería era que se sintiera presionada por su familia, pero tampoco deseaba dejar de hacer cosas que, para Samira, pudieran ser especiales, solo por tener que casarse cuanto antes con él.

—Si ella no desea hacer una ceremonia ni vestido, por supuesto que vamos a estar de acuerdo —prosiguió Rachell—. Lo menos que queremos es que se sientan comprometidos a cumplir las expectativas de sus familiares. Solo importa lo que ustedes anhelen y que todo se haga de acuerdo con como lo han pensado.

—En realidad, no hemos tenido tiempo para hablar de eso, solo queremos casarnos, cuanto antes —contestó Renato.

—Háblalo con ella —intervino Violet—. Pregúntale qué es lo que quiere. Del resto se encargarán mami y tía —dijo, mirando a Thais.

—Además, contamos con la ayuda de Daniela y Vadoma. También me he puesto en contacto con una planeadora de bodas. Aunque sea poco el tiempo para los preparativos, sé que se puede hacer algo muy lindo… Se lo merecen.

—Entiendo que deseen hacer algo lindo, pero primero voy a conversarlo con Samira —repitió su posición. Nada de lo que dijeran o propusieran haría que lo sugestionara para convencer a Samira de algo, si ella no lo quería.

—Bien, entonces, solo esperemos por su respuesta —concordó Thais.

—¿Oscar pasará el verano con ustedes? —preguntó Renato, desviando la mirada a su tía y cambiando el rumbo de la conversación.

—Vendrá para tu matrimonio y creo que luego iremos a Río, tu tío se muere si no cumple su tradición, aunque sea por una semana. Y tenemos la misión de convencer a Eli, para que nos permita llevarnos a Alexandra, por un mes.

—En realidad, él prefiere pasar su último verano con los compañeros de la universidad, en

Cannes, pero papi dijo: «sobre mi cadáver». —Violet imitó la voz de Samuel Garnett—. «Nos vamos a Río, como es tradición». Y todos sabemos que Oscar no quiere ir, porque no quiere encontrarse con Luana. —La adolescente puso los ojos en blanco.

—No creo que sea eso, mi amor —intervino Rachell, un tanto incómoda por la imprudencia de Violet—. Lo de Oscar fue mero capricho, se deslumbró con la belleza de Luana, como ciertamente lo haría cualquier chico.

—Si tú lo dices, mami —masculló irónica.

—Ya ha pasado mucho tiempo, estoy segura de que la superó…

—Y por eso evita volver a verla y cambia de novia cada mes.

—Mi vida, aún eres muy joven para comprender ciertas cosas —dijo con ternura y acariciándole la mejilla.

Renato masticaba lentamente el bocado de la tostada. Por experiencia, sabía que el tiempo, cuando se trataba del amor, era completamente relativo. Pero, al parecer, Rachell estaba convencida de que su hijo ya no sentía nada por la hija de Alexandre.

Fue Thais la encargada de hablar de otro tema, aunque referente a la familia, hasta que terminaron de comer y Renato decidió despedirse. Tenía la reunión con el embajador, y por nada del mundo se permitiría llegar tarde.

Ya no vería a Samira, hasta la noche, porque ese día ella tenía planes con sus amigas y también una reunión en Saudade. Por más que quisiera invitarla a cenar a un lindo restaurante, para hablar de la boda, era mejor que cenaran en el apartamento, pues tenía más probabilidades de escaparse de Vadoma, aunque fuese a la terraza y tener un poco de intimidad, que hacerlo en cualquier sitio público, en el que ella no permitía que se escaparan de su vista por más de un par de minutos, lo que le hacía sentir como si estuviera en el siglo XIX.

Samira había tenido un día bastante ocupado, pero satisfactorio, ya que sacó tiempo para desayunar con sus amigas y ponerlas al día de todas las cosas que le habían pasado en los últimos días. Como era de esperar, Doménica y Raissa también se ofrecieron para ayudar con la boda, incluso, aplazarían sus vacaciones fuera del país, para poder estar con ella en estos momentos tan importantes.

Durante la conversación, fue Doménica la que le recordó a Mirko, al preguntarle si habían hablado. Bien sabía que Samira no tenía una relación con él, pero era su amigo con ganas de ser algo más y al que le había dicho que no volvería con Renato.

Samira no le debía explicaciones, de eso estaba segura, ya que jamás le dio alas a los sentimientos de Mirko, siempre le fue clara al decirle que lo quería como amigo; aun así, no quería quedar en malos términos con él, porque tarde o temprano volverían a cruzarse en los pasillos de algún hospital.

Instada por sus amigas, le llamó para concretar una cita, pues era un tema que debía hablar personalmente. Al contestar, Mirko le dijo que estaba de guardia hasta el día siguiente por la noche, si deseaba, podría pasar en un par de horas por el hospital Universitario Cruz Roja, que era la hora de su comida.

Ella accedió y luego le llamó a Julio César, para que le disculpara porque iba a llegar tarde a la reunión. No podía perder la oportunidad de hablar con Mirko, ya que había contado con la suerte de que su abuela decidiera acompañar a Daniela, a hacer las compras, pues ya tocaba rellenar las alacenas y el refrigerador.

El punto de encuentro fue un restaurante cercano al hospital, al que ya habían ido a comer un par de veces. En cuanto Mirko la vio, le saludó con un beso en cada mejilla.

—Hola, ¿cómo has estado? —preguntó Samira, dejando colocada la cartera en el respaldo de

la silla.

—Bien, pensé que no volveríamos a vernos —comentó él, mientras cogía el menú.

—¿Por qué no? —cuestionó, levantando una ceja.

—Te vas a casar. Te vi dando el sí…, a ese hombre arrogante y acartonado —masculló y seguía buscando cuál plato le provocaba de la carta.

—Me voy a casar, no a desaparecer; seguiré viviendo en Madrid… —Suspiró y también se hizo del menú—. Renato no es para nada arrogante, es un hombre increíble… Es amable y humilde.

—No fue la impresión que me dio.

—Supongo, no puedes ser objetivo —contraatacó ella.

—Tienes razón, no puedo serlo.

—Mirko, lo siento… —Dejó la carta sobre la mesa y encima apoyó los brazos cruzados, aproximándose más a él y mirándolo directamente a los ojos—, lamento que te sientas herido, pero nunca alimenté falsas ilusiones, siempre fui clara contigo. Te dije que, de mí, solo obtendrías mi amistad y mi apoyo total en el ámbito profesional.

—No te sientas culpable por mis sentimientos, porque ni yo mismo puedo controlarlos; aunque estoy poniendo todo de mi parte para que esto no afecte la amistad… Y por muy cliché que suene, lo importante es que seas feliz. Si él te hace feliz, lo demás no importa, y aunque ahora yo me esté lamiendo las heridas, sé que en algún momento conoceré a alguien que me guste tanto como me gustas tú.

—Deseo que así sea, ¿y por qué no?, que consigas a alguien mucho mejor que yo. —Samira sonrió y volvió a pegar la espalda al respaldo—. ¿Qué vas a pedir? —preguntó, tratando de desviar el tema y que la tensión disminuyera.

Mirko asintió y luego le dijo lo que iba a pedir; ella se antojó de lo mismo. Mientras disfrutaban del almuerzo, dejaron de lado el tema emocional y pasaron a uno laboral.

Cuando llegó el momento de despedirse, lo hicieron con un fuerte abrazo y un beso en cada mejilla, al tiempo que desearon volver a verse muy pronto.

Samira le dijo que lo invitaría a la boda, pero él respondió que no iría, no por cómo iba a sentirse él, sino porque no quería incomodar al novio, ya que era evidente que lo veía como una amenaza y, para que viera que no tenía nada en contra de él, prefería no irritarlo con su presencia.

Ella sonrió ante la consideración de Mirko y se marchó.

Se sintió aliviada porque llegó apenas un par de minutos tarde, a la reunión en Saudade, la verdad era que había apurado bastante el encuentro con Mirko.

Saludó a Julio César y se sentó a su lado; frente a ellos, estaba la directora de mercadeo y ventas.

—Disculpen la demora —exhaló agotada y abrió la carpeta.

—No te preocupes, entendemos que estás bastante ocupada —sonrió Viena. Para nadie de su círculo era un secreto que iba a casarse; por supuesto, Julio César era el portavoz.

—Gracias…; bueno, empecemos. —Miró a su amigo y le sonrió. Le emocionaba mucho lo que Viena iba a proponerles en la nueva estrategia del próximo semestre; entre las cuales estaba introducir en el menú a una marca de café colombiana, con granos cien por ciento seleccionados, lo que le daría cierta exclusividad.

Viena hablaba animadamente de todo lo que tenía en mente para impulsar las ventas en los siguientes meses; sin embargo, la atención de Samira fue captada por un mensaje de su prometido.

Renato: ¿Cena esta noche en tu apartamento?
Me gustaría poder hablar contigo a solas.
Es un tema importante.

Eso hizo que el corazón le diera un vuelco, pero fue un miedo que duró pocos segundos. Estaba segura de que Renato la amaba; entonces, decidió usar su fugaz temor como broma.

Samira: ¿Te arrepentiste? ¿Ya no quieres casarte?

Le adjuntó el emoticón de un guiño. Una vez que envió el mensaje, volvió a poner toda su atención en la propuesta, pero en cuanto el teléfono volvió a vibrar, lo miró enseguida. Era la respuesta que esperaba.

Renato: Precisamente quiero que hablemos
de los detalles de la boda.

Samira: Entonces, esta noche, cena en casa.
¡Adivina qué! ¡Te quiero!

Mientras escribió el mensaje, no pudo dejar de sonreír, le intrigaba mucho esos detalles de los que Renato deseaba hablar. Decidió ser positiva y pensar que la reunión con el embajador salió mejor de lo que esperaban.

Renato. Yo también, gitanita de mi amor.

Suspiró y volvió a mirar el render que le mostraba Viena, sobre cómo se vería la marca en el café, solo se haría la publicidad en lugares específicos y sin romper con el estilo bohemio de Saudade. Ambos socios estuvieron de acuerdo con la propuesta y le dieron viabilidad para que empezara a trabajar en cuanto deseara.

La joven les mostró otros métodos de proyección, para los próximos meses; Samira hizo algunas observaciones y al final se pusieron de acuerdo. Confiaban en ella, ya que hasta el momento había hecho un excelente trabajo.

Una vez que terminó la reunión, Viena se despidió bastante emocionada y augurando éxito.

Una vez solos, aprovecharon para ponerse al día, tenían muchísimo por hablar, sobre todo, ella, que tenía que hacerle unas cuántas preguntas.

—No tengo dudas de que sabías que Renato iba a proponerme matrimonio —increpó cuando llegó el momento adecuado.

—Así es, me fue imposible no compadecerme del pobre hombre. Vino desesperado, en busca de mi ayuda; por supuesto, intenté serte leal en todo momento, fui tan hosco e irónico como pude, pero todos mis reproches se fueron a la mierda cuando me dijo que su intención era casarse contigo… Ya no pude seguir rebatiendo sus intentos, porque sé que tú lo seguías amando. Me suplicó que le diera tu dirección en Río o que, por lo menos, le ayudara a ponerse en contacto con Vadoma, porque primero quería pedirle permiso a ella… Él tenía la certeza de que, si ella no lo aceptaba en tu vida, tú jamás aceptarías casarte…

—Julio… —chilló Samira.

—Sí, sí —intervino, haciendo una señal de alto—. Ya sé que soy tu Hada Madrina.

—Lo eres. —Se lanzó y lo abrazó por el cuello—. Perdóname por todas las veces que fui grosera contigo, cada vez que salía a relucir el tema de Renato, pero era que dolía mucho e

intentaba todos los días superarlo; y esa era mi manera de alzar mis defensas… No sé cómo explicarlo, pero sentía a Renato golpeándome el pecho desde dentro.

—Yo veía tu sufrimiento, por eso intentaba ayudarte. No te niego, más de una vez tuve ganas de zamarrearte o darte un par de cachetadas, para que reaccionaras, pero ya sé que así no funcionan las cosas.

—Te amo…

—No, me estimas, amas al carioca… —Hizo un puchero.

—No, te amo, estoy segura de eso, eres mi amor más bonito y puro… No te amo de la misma forma en que amo a Renato, pero te amo, lo sé.

—Yo también te amo, gitanilla.

—Gracias por ser mi gran apoyo, mi ancla en esta vida.

—Tú también has sido mi salvadora, en muchos aspectos, y lo sabes.

—Sí, lo sé —dijo convencida y se encogió de hombros, pero le regaló una sonrisa que iluminó su mirada verde. Luego le plantó un beso en la mejilla y se apartó—. Bueno, te dejo, tengo muchas cosas que hacer… Lo primero será llamar a Adonay, necesito saber cómo sigue Amir.

—Adelante, llama enseguida. Yo iré a por un aperitivo. —Se levantó y salió, dejándole la oficina a Samira, para que pudiera comunicarse tranquila con su primo.

Samira le marcó y le extrañó que le contestara tan rápido, ya que siempre debía hacer un par de intentos, porque solía estar ocupado.

—Hola, grillo, ¿cómo estás? —saludó animado.

Eso le hizo suponer a Samira que Amir seguía estable.

—Hola, primo. Muy bien, gracias. Recién me desocupo de una reunión en el café. —Le comunicó, pues Adonay sabía de la existencia de Saudade y creía que de ahí provenían sus ingresos, con los que ayudaba a escondidas a algunos miembros de su familia—. Y tú, ¿cómo estás? ¿Cómo sigue Amir? Imagino que debes estar en el trabajo —hablaba mientras hacía garabatos con un bolígrafo, sobre el respaldo de una hoja en la que ya había hecho algunas anotaciones durante la reunión.

—La verdad es que no. —Él decidió que era mejor empezar por aclararle—. Me extrañó que ayer me mandaron a llamar a la oficina y el jefe me preguntó por la salud de mi hijo… Cuando le dije cómo se encontraba, me dio un mes de licencia, pagado… No esperaba eso de un gaché. Imagino que más adelante me lo cobrará con horas extras o alguna supervisión que ningún otro quiera hacer. Nunca hacen nada de buena fe.

Samira pensó de inmediato en Renato, estaba segura de que detrás de esa licencia estaba él. Sabía que con tan solo hacer un par de llamadas conseguiría eso y mucho más.

—Adonay —dijo en tono conciliador—. Puedes darles un voto de confianza, quizá el jefe se dio cuenta de que estás pasando por una situación bastante difícil y quiso ser empático.

—Grillo, esa gente poco sabe de empatía, no somos más que números que engordan su ya incalculable fortuna. Pero agradezco —masculló—, que me hayan dado el tiempo necesario para poder cuidar de Amir y Milena, poco importan los sacrificios que vengan después. Ahora ellos me necesitan.

—Sí, lo importante es que puedas estar para ellos en este momento. —Samira sabía que detrás de esa licencia no había segundas intenciones, pero era imposible explicarle eso a Adonay —. ¿Cómo está el príncipe Amir?

—Mi pequeño es todo un guerrero, seguimos celebrando cada vez que gana cien gramos —dijo con orgullo—. Me ha enseñado a ser más resistente y ha fortalecido mi fe. He pasado noches

orando mientras lo veo luchar por su vida en esa incubadora y veo que mis plegarias son escuchadas.

—Me tranquiliza mucho saber que sigue luchando, verás que pronto podrás llevarlo a casa contigo —dijo Samira, sintiendo un calorcito de alivio en su pecho—. Espero conocerlo muy pronto.

—Estamos esperando a que vengas… ¿Cómo está paruñí?

—Bien, bien… Bastante feliz, le gusta mucho Madrid. Ojalá pudiera traerla aquí conmigo. —No le diría que había hecho que se quitara el luto, porque Adonay se apegaba muchísimo más que ella a las costumbres gitanas. Y que su abuela no llevara el luto, era una ofensa imperdonable a la memoria de su abuelo.

—Sabes que tío Jan no lo permitirá.

—Lo sé —susurró entristecida. Sabía que era una lucha perdida, porque su padre no lo permitiría y porque su abuela estaba muy apegada a toda la familia. La oveja negra era ella y debía lidiar con las consecuencias.

Luego de eso se despidieron y se prometieron volver a hablar pronto.

CAPÍTULO 69

La tan esperada noche había llegado, Samira, por primera vez, no tenía ánimos de cocinar; así que decidió comprar unas alitas bañadas con diferentes salsas, que acompañaría con bastoncitos de zanahoria y apio.

Renato llegó puntual, pero le extrañó que no le acompañara Thais; sin embargo, antes de que ella pudiera formar cualquier idea negativa, él se apresuró a explicarle que su madre tuvo que quedarse en el hotel, porque tenía a unas invitadas que atender.

Ya más tranquila, se apresuró a darle un beso y a recibir el colorido ramo de flores variadas que le llevó.

—Gracias, están hermosas —sonrió y con la mano libre sujetó la de él y lo llevó al comedor, donde ya todos le esperaban—. Siéntate, puedes servirte, mientras voy a poner las flores en agua.

—Buenas noches —saludó Renato y enseguida recibió respuestas animadas de todos.

En cuanto se sentó y miró la comida, agradeció que su madre no hubiese ido, poque no le gustaban las alitas; según ella, era un alimento que ofrecía muy poco valor nutricional. Pero a él le encantaban, le recordaba mucho a las veces que iba a la casa de su abuelo, a ver algún partido de fútbol y las alitas formaban parte del menú.

Samira llegó, se sentó a su lado y le sonrió, haciendo que el ambiente fuera perfecto.

En cuanto empezaron a servirse, se inició un tema de conversación. Samira le preguntó cómo le había ido en la reunión con el embajador.

Renato explicó que había sido bastante satisfactorio, ya que pondrían su caso en calidad de prioridad, lo que le ahorraría unas cuantas semanas en el proceso.

Luego de la cena, mientras esperaban a que hiciera digestión, seguían en el comedor y Vadoma pidió permiso para ir a la habitación a ver un par de capítulos de la telenovela que había empezado a ver en cuanto llegó a Madrid.

Renato supo que ese era el momento para poder tener tiempo a solas con Samira, por lo que, se acercó a ella y le susurró si podían escaparse a la terraza.

Samira asintió y después se dirigió hacia Daniela y Ramona, casi en medio de señales les dijo que iría a fuera con Renato, ya que, si lo decía muy alto, era muy probable que su abuela le escuchara; ella decidió irse tranquila a la habitación, porque sabía que ellos estarían acompañados.

Ambas cómplices de los enamorados asintieron con sendas sonrisas y les hicieron señas para que se fueran.

Samira se sentó en el balaustre y a Renato se le detuvo el corazón, por la situación de peligro en la que ella acababa de ponerse.

—¿Puedes bajarte? Por favor —dijo con la voz estrangulada.

—No pasa nada, no es la primera vez que me siento aquí. —Ella le tendió la mano.

—Es mejor si nos sentamos allá. —Señaló el juego de sofá exterior. Ver a Samira al borde del precipicio lo hacía imaginar mil y un escenario catastrófico—. Baja de ahí…, te lo suplico. —Sentía que un ataque de pánico estaba por desatarse.

—Está bien. —Saltó al suelo y solo cuando le sujetó la mano para ir al sofá, se dio cuenta de que la tenía helada y temblorosa. No sabía si debía decir algo al respecto, pero pensó que era peor quedarse callada—. Lo siento, no quise hacerte sentir incómodo.

Renato se sentó y la refugió con fuerza entre sus brazos, solo así podía convencer a su mente

de que Samira estaba fuera de peligro.

—Discúlpame por mi reacción tan exagerada, pero no pude evitarlo… Me aterroriza pensar que algo malo pueda pasarte.

—Estoy bien, en tus brazos estoy segura. —Ella le envolvió la cintura con los brazos y podía sentir contra su mejilla el latido desaforado de su corazón. Necesitaba distraerlo, hacer que su concentración se alejara del reciente episodio—. Por cierto, hoy hablé con Adonay, gracias por lo que hiciste por él.

—¿Qué hice? —preguntó y le dio un beso en el cabello.

Samira se apartó para mirarlo a la cara.

—Sabes que eres muy malo para mentir… —Se interrumpió por la risa—. Sé que estás detrás de esa licencia de un mes que le dieron. —Buscó su boca y le dio un beso, que poco a poco fue haciéndose voraz y luego volvió a menguar hasta dejarlos sin aliento.

—Vale, no tiene caso que pretenda ocultarlo, pero no fui yo quien consiguió la licencia, mi poder dentro del grupo no llega hasta allá, los créditos se los lleva mi abuelo.

—Tengo tantas ganas como miedo de conocer a tu abuelo. —sonrió, nerviosa.

—¿Por qué te da miedo conocerlo? —preguntó, poniéndole un mechón de pelo detrás de la oreja y se perdía en el verde de sus ojos.

—¿Y si no le agrado? Quizá piense que no soy la adecuada para su nieto favorito.

Renato sonrió enternecido.

—Te amará, estoy seguro… Ya le agradas, de otra forma, no habría sido mi cómplice en todo esto.

—¿Todo esto? —preguntó confundida.

—En el compromiso, en la idea de trasladarme a Madrid, para vivir contigo y estar a tu lado, para que puedas seguir adelante con tu profesión. —Mientras hablaba, le acariciaba la mejilla con el pulgar.

—Me hace sentir culpable que te quedes en Madrid y te pierdas de momentos importantes junto a él —dijo en un hilo de voz.

—Necesito estar lejos del nido. Sé que vivir aquí me hará bien; además, siempre podremos visitarlo en las vacaciones…

—Me gustaría que pudieras ir, siempre que puedas…, uno que otro fin de semana. No es justo que tengas que esperar a las vacaciones.

—Bueno, eso lo veremos cuando ya estemos casados… Y, hablando de matrimonio, quiero preguntarte, ¿cómo te gustaría que fuera nuestra boda?

Samira se quedó analizando la pregunta, porque hasta el momento no había idealizado para nada ese evento. Solo deseaba casarse, quizá en el Registro Civil, con las personas más cercanas a ellos y; luego, tal vez, ir a comer a un restaurante para celebrar, pero nada más.

—No lo sé —soltó una risita nerviosa—. Es que no había pensado en algo más. ¿Te gustaría tener una boda más grande? Es decir, una celebración.

—Solo si tú así lo quieres.

—Me pones en una situación complicada.

—¿Por qué? Solo dime lo que deseas y haré lo posible con el tiempo del que disponemos.

—Ay, Renato, mi amor… Es que…

—La visita que está con mi madre es mi tía Rachell. —Se apresuró decir, porque veía la duda en sus ojos y deseaba que expresara sus más sinceros anhelos—. Estaba en Londres y decidió llegar a Madrid, porque le gustaría diseñar tu vestido de novia…

—¡¿Qué dices?! ¡¿En serio?! —Lo interrumpió bastante sorprendida.

—Sí, ¿te gustaría usar vestido de novia?

—No sé, no lo había pensado, pero… pero creo que sí me gustaría. —Una sonrisa genuina estiró sus labios.

—Entonces, haremos una linda ceremonia, les avisaré… Ellas están muy emocionadas con ayudarnos, tanto como lo están Daniela y tu abuela.

—Creo que mi abuela sí que desea que se haga una boda, es que para los gitanos es el evento más importante. Me gustaría darle eso, una linda celebración.

—Se la daremos, ¿podrías mañana reunirte con Rachell? Supongo que necesita tus medidas y hacerte algunas preguntas, para hacer el diseño.

—Sí, por supuesto… Ay, esto me emociona mucho, siento que falta menos para que por fin seamos marido y mujer.

Renato se acercó y le besó la frente, luego la nariz y; por último, se fundió en su boca, mientras que una de sus manos bajó en busca de una de las turgentes nalgas.

—Una vez que estemos casados, te haré el amor una semana entera, no saldremos de la habitación —prometió, dejando el aliento sobre los labios húmedos de Samira—. De hecho, si tu abuela no se opone, tengo una villa en la Toscana, la alquilé por el par de meses que tendría de vacaciones, antes de que volvieras a aparecer en mi vida, para hacerme el hombre más feliz del mundo… ¿Te gustaría que pasemos ahí nuestra Luna de Miel?

—Una vez que estemos casados, ya mi abuela no se opondrá a nada… Le pediré a Daniela que se quede una semana más después de la boda, para que la cuide. No es que necesite cuidados, pero sé que se aburrirá si se queda sola aquí. —Hizo todo el plan, ya emocionada, al imaginarse en una villa en la Toscana, a solas con Renato.

—Pediré que dejen las alacenas bien abastecidas, porque no pienso salir de ese lugar en una semana.

—Haremos el amor hasta la saciedad —prometió Samira con un brillo de lujuria en los ojos.

—Sé que jamás me saciaré de ti, pero lo haremos todo lo que podamos en esos días. —Su voz se tiñó de excitación.

Al día siguiente, Samira y Vadoma, llegaron a El Patio, ubicado en el imponente vestíbulo del hotel Four Seasons, donde tendría la reunión que Renato había pactado para ellas con Thais y Rachell; entretanto, disfrutarían de algunos bocadillos y té.

Él las recibió, hizo las presentaciones y luego se marchó, por petición de su tía Rachell, pues no debía estar presente mientras se discutía sobre el traje de bodas.

Fue imposible que Samira no se viera atacada por los nervios y la ansiedad. Cuando la afamada diseñadora empezó a hacerle algunas preguntas que iban más hacia su personalidad, que al evento.

No obstante, todas esas emociones se fueron replegando por la manera en que Rachell la trataba. Era una señora, sin duda, extremadamente elegante, no solo en su apariencia sino también en sus ademanes, pero su personalidad era encantadora, con la calidez y humildad que hasta ahora había visto en la familia de Renato.

—Hola, buenas tardes.

Samira se volvió a ver a la jovencita que llegaba con una bolsita de Tiffanny.

—Samira, te presento a mi hija —anunció Rachell, haciendo un ademán y dedicándole una sonrisa.

—Hola, es un placer —dijo Samira, al tiempo que se levantaba.

—Estoy encantada de conocerte, me llamo Violet. —Se acercó y le dio un abrazo. Ella no era la típica adolescente que odiaba el contacto con otras personas. Violet amaba las muestras de

cariño, sobre todo, si venían de sus padres—. Esto es para ti —dijo extendiéndole la bolsita color aguamarina.

—¿Para mí? —preguntó, sorprendida—. ¿En serio?

—Sí, por supuesto… Tómalo, espero que te guste —dijo emocionada. Ya que había salido esa misma tarde, en busca de un lindo regalo para la prometida de Renato, a la que, por supuesto, quería agradarle.

—Muchas gracias… —dijo Samira, sintiendo que el sonrojo se le subía a las orejas.

—Ábrelo. —La instó.

Samira sacó un estuche del mismo color de la bolsita y se encontró con un hermoso brazalete de oro rosa con pequeños diamantes redondos; estaba segura de que costaba mínimo unos quince mil euros. Las manos le temblaron porque era realmente hermoso y no se creía merecedora de algo como eso, porque aún no la conocían.

—Es… es muy bonito, de verdad, muchas gracias.

—¿Te ayudo a ponértelo? —Se ofreció Violet, más animada que Samira.

—Sí, por favor… —aceptó sin aún asimilar el obsequio—. Es verdaderamente hermoso.

Ella no estaba acostumbrada a usar ese tipo de lujos, aunque tuviese una fortuna, poco disponía del dinero para ese tipo de cosas; en cierta manera, aun recordaba muy bien las carencias con las que creció y sentía que permitirse algunas excentricidades era malgastar dinero. Muy en el fondo, sabía que no era así, pero todavía no conseguía deprenderse en su totalidad de los lazos que la unían a su pasado.

—Violet, te presento a la abuela de Samira —dijo Rachell.

—Un placer conocerla, señora —dijo Violet, estrechando la mano de la anciana. En ese momento, se arrepintió de no haber comprado un regalo para ella también, solo que no tomó en cuenta que acompañaría a Samira a esa reunión.

Violet desde que se enteró de que la novia de Renato era gitana, se había preocupado por estudiar un poco más de la cultura, pues no quería dejar en mal a su primo, porque estaba muy feliz por él.

Se ubicó junto a su madre y no dejaba de mirar a Samira, le parecía una mujer hermosa, bastante delgada y alta, más alta de lo que la imaginó cuando vio las fotografías que envió Renato al grupo. Ya quería verlos juntos, cómo lucirían tomados de la mano o dándose un beso; de verdad, le intrigaba mucho, porque su primo jamás había tenido ninguna relación amorosa, no que ella supiera.

Rachell no solo escuchó sobre los gustos de Samira y cómo le gustaría el vestido, también prestó atención a las sugerencias de su abuela.

Cuando Samira, sin temor ni vergüenza, contó su procedencia, hizo que Rachell se sintiera bastante identificada; sobre todo, por la perseverancia de la joven gitana que, a pesar de una familia opresora, se reveló en pro de cumplir sus sueños y entonces comprendió por qué cautivó a Renato, pues a ella también la tenía fascinada con tanta gallardía.

A Thais se le notaba bastante orgullosa y encariñada con su futura nuera, mostraba gestos de afecto, como acariciarle de vez en cuando el pelo o la espalda, y la veía con admiración.

En cambio, Vadoma, sí que tenía un carácter fuerte, no disimulaba si algo no le agradaba y lo decía sin reparos; aunque también pudo notar ciertos celos de su parte hacia Thais, muy probablemente porque sentía que le quitarían el cariño de su nieta.

—Bueno, estoy segura de que con esto podré hacerte unos cuantos bocetos. —Rachell estaba convencida de que con la información que Samira y su abuela le habían dado, tendría la idea perfecta—. ¿Te importa si envío a una de mis asistentes a tu apartamento, para que te tome las

medidas?

—No, puedes enviarla cuando desees, me informas y la esperaré. —Samira empezó a dirigirse de forma más personal, por petición de Rachell.

—Bien, tendrá que ser mañana, pero te confirmo la hora en un rato… Tendríamos que vernos una vez más para mostrarte, cuando estén listos los diseños; además, llevaré el muestrario de telas y piedras.

—Gracias, aún me avergüenza un poco, porque sé que debes tener muchísimo trabajo.

—No te preocupes, nada me hace más feliz que poder crear diseños para la familia, siempre están por encima de cualquier agenda laboral —dijo con una sonrisa genuina.

La reunión se extendió por tres horas, mientras disfrutaban de té y una gran variedad de bocadillos, dispuestos en una torre.

A Samira le gustó compartir con ellas, ya que tanto Thais como Rachell, le contaron algunas anécdotas de Renato, siendo niño y adolescente, aunque cuidaban de no exponerlo mucho; evitando momentos que fueron difíciles para él.

Solo se enfocaban en las cosas positivas y en las pocas travesuras que muy de niño cometió, en lo bueno que siempre fue con los números y en lo apegado a su abuelo. Siempre creyeron que Renato, desde pequeño, tuvo un alma vieja, pues siempre se llevaba mejor con personas mucho mayores, que con los de su edad.

Samira, aunque escuchaba todo el tema romantizado, bien sabía que la razón por la que Renato siempre prefirió rodearse de personas mayores era porque estos solían ser menos crueles con su condición, que los chicos de su edad. Y como en muchas ocasiones, deseó poder conocer a Renato mucho antes y ser su amiga, porque su adolescencia debió ser demasiado solitaria y triste.

CAPÍTULO 70

Faltaba una semana para la boda y todo estaba casi listo, todos habían trabajado día y noche, para brindarles una hermosa ceremonia y una majestuosa celebración. Se hacían reuniones, ya fuese en la terraza de su apartamento o en el hotel.

Esa mañana, habían ido a la prueba del pastel y a la elección de uno de los tres menús que se ofrecerían durante la celebración. Samira tendría por la tarde prueba de maquillaje y peinado; en realidad, a ella no le importaba mucho eso, prefería tomarse una tarde libre para compartir con Renato, pero se había puesto en manos de quienes estaban organizando su boda, y no iba a decepcionarlos. No le quedaba más que cumplir cada una de las tareas que le tocaba e ir tachando los días que la separaban de su viaje a Italia con su esposo.

Renato, por su parte, debía ir a la última prueba de su traje y a la elección de los zapatos; así que, una vez elegido el menú, él la acompañó hasta su apartamento y ahí se despidió de Vadoma y de su prometida.

En cuanto Samira entró a su habitación, con la total intención de descansar un par de horas, se encontró con la cama repleta de cajas y bolsas.

—Lo envió Rachell —dijo Daniela, mientras escoltaba a Samira—. Creo que es tu ajuar…, muero de la curiosidad por saber si estoy en lo cierto.

Samira suspiró, no porque todo eso le desagradara, sino porque pensaba en el tiempo que le llevaría despejar la cama para poder dormir.

—Sí, miremos a ver qué es. —Samira avanzó hacia la cama y tomó una de las cajas negras con la firma Winstead en dorado. Al abrirla, se encontró con un hermoso y diminuto set de lencería.

—¡Es precioso! —Daniela chilló emocionada—. Con esto harás que Renato acabe al instante, tan solo con vértelo puesto.

—Dani —reprochó Samira, pero la delató una ligera sonrisa. Sí, por supuesto que le encantaría causar ese efecto en Renato.

No se consideraba una mujer que supiera explotar su sensualidad, se sabía bastante guapa y espontánea, pero no sensual; y temía que al ponerse ese tipo de prendas tan sugerentes, terminara viéndose ridícula o como alguien que no es en realidad.

—¿Qué? Estoy segura de que eso pasará en cuanto te vea con algo como esto puesto —dijo al sacar de una bolsa unos ligueros—. El pobre lleva un tiempo bastante largo de abstinencia, gracias a tu abuela, que no te deja sola ni para ir al baño —susurró, no fuera que Vadoma entrara y las escuchara. Aprovechaba ese momento que la anciana estaba en la cocina, preparando café, para tener ese tipo de conversaciones con ella.

Samira sonrió, no conseguía nada con negarlo, desde que pudieron escaparse, el día en que le entregó el anillo de compromiso, no habían conseguido otra oportunidad para volver a hacer el amor.

—Es la tradición gitana, pero gracias al cielo, ya solo queda una semana, porque no solo él está sufriendo con esta situación —masculló, al abrir otra caja y ver otro conjunto de lencería. Al parecer, Rachell pensaba que ella no tenía ni una sola braga o que solo usaba ropa interior para viejitas. Porque había mandado lo suficiente para usar por lo que le restaba de vida.

—Ay, amiga, ¿qué puedo hacer por ti? Una semana todavía es mucho tiempo… Puedo conseguir algunas pastillas, para dormir a tu abuela —propuso.

—Dani, estás loca. —Samira soltó una risita.

—Sabes que la quiero mucho, pero no te deja respirar… Y entiendo, entiendo que es su costumbre; sin embargo, sería bueno que se relajara un poco, así como lo hizo con el luto…

—Eso no pasará, es muy distinto, porque para ella es muy importante la virginidad, es la honra y el mayor orgullo de cualquier gitana. —Samira bajó muchísimo la voz—. Si se entera de que ya no soy virgen, se sentirá muy decepcionada. Puede que hasta deje de hablarme y pida que la regresemos a Río, y no puedo perder al único miembro de mi familia que me queda, la única que siempre me ha apoyado.

—Lo entiendo. —Daniela la abrazó y le dio un beso en la cien—. Me llevaré tu secreto a la tumba y, como dices, una semana, después de todo, no es mucho tiempo… Ya durante la Luna de Miel, podrán follar como si no existiera un mañana.

—Ese es el plan —confesó Samira, riendo.

Daniela soltó una carcajada y la abrazó más fuerte.

—Te ayudo a llevar todo esto al vestidor, para que puedas dormir, necesitas esa carita fresca, para que el maquillaje se vea perfecto —soltó el abrazo y se hizo de varias bolsas.

Samira apiló tres de las cajas y ambas llevaron toda la lencería al vestidor y dejaron algunas sobre la otomana y otra sobre el mueble central, en el que se guardaban algunas bisuterías, cinturones, relojes y gafas.

—Gracias, Dani —dijo Samira, una vez que terminaron de llevar todo al vestidor.

—De nada, chama… Creo que te da tiempo de dormir unas tres horas —dijo mirando la hora en su reloj de pulsera—. Te dejo para que descanses.

Samira asintió y, en cuanto Daniela salió de la habitación, ella se dirigió al baño, se desmaquilló y luego se dio una ducha rápida, antes de irse a dormir. Estaba tan agotada que terminó rendida en pocos minutos.

—Mi estrella, cariño…

Samira escuchó la voz de su abuela, mientras la zarandeaba ligeramente.

—Ya… ya estoy despierta —murmuró, al tiempo que se frotaba la cara con la mano, para espabilarse.

—Ya está aquí la gente del maquillaje y peinado.

—¿Ya? —Se avispó enseguida—. Llegaron antes, pero si les dije…

—Cariño, ya es la hora, dormiste más de la cuenta.

—Ay. —Se lamentó al darse cuenta de que había olvidado poner la alarma.

—Abuela, diles que ya voy, que me den unos minutos. Qué vergüenza hacerlos esperar —dijo, saliendo rauda de la cama.

—No te preocupes, les pregunté que si podían quedarse un poco más y no tienen problema.

—Gracias, abuela. —Samira exhaló aliviada—. Voy a lavarme la cara y saldré a recibirlos.

—Está bien, mi estrella —dijo con una dócil sonrisa y salió de la habitación.

Samira se lavó la cara con agua fría y se cambió el pijama por unos vaqueros y una camiseta básica. Recibió al estilista y maquillador que Thais había contratado y los hizo pasar al comedor, ahí contaba con muy buena iluminación.

Los profesionales dejaron sus portafolios de trabajo sobre la gran mesa y empezaron a trabajar. Mientras mantenían una agradable conversación con Samira, bastante enfocada en los preparativos de la boda.

Después de dos horas, ella pudo mirarse al espejo y quedar fascinada con el resultado. Le parecía realmente hermoso, supieron destacar sus rasgos más atractivos, como los ojos y los labios.

Ya no quería que probaran otro peinado u otra paleta de colores en su rostro, porque ese, definitivamente, le encantaba; sabía que no era producto de la impaciencia de querer terminar con eso, era que no esperaba algo tan extraordinario en el primer intento. Se sentía un paso más cerca del gran día de su boda y eso hizo que el estómago se le encogiera de emoción.

Y la reacción que tuvo su abuela, cuando llegó a ofrecerles té a los profesionales, reafirmó su decisión de que ese peinado y maquillaje era el indicado; ya que a ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Mi estrella, te ves hermosa —dijo al tiempo que dejaba la bandeja sobre la mesa.

—Gracias, abuela. A mí también me encanta. —La emoción hizo que la voz se le quebrara, pero no iba a llorar, porque no arruinaría tan rápido el maquillaje; tenía toda la intención de dejárselo hasta que tuviera que irse a dormir.

A las nueve de la noche, llegaron Raissa, Dómenica, Romina y otras compañeras de la universidad, todas ataviadas con tutús de diferentes colores, banda de miss, que le cruzaban el pecho con el nombre de Samira, y diademas de pollas, que hizo que Vadoma, al verlas, se le exorbitaran los ojos.

—Sa-mi-ra, Sa-mi-ra… —coreaban por lo menos unas quince chicas, al tiempo que invadían el apartamento.

—¿Esto que es? —preguntó Samira, entre sorprendida y emocionada.

—¡Es tu despedida de soltera! —saltó Daniela, desde algún lugar, con un tutú fucsia, una banda y una diadema que tenía un velo de tul—. Vamos, tienes que cambiarte. —La cogió por la mano y la arrastró a la habitación.

—Pero, Dani, mi abuela va a enfurecer… —sonreía, nerviosa ante la sorpresa.

—No lo hará, ella irá con nosotras.

—Por favor, que no sea ningún club de stripper, esas cosas no me gustan y mi abuela podría morir de un ataque al corazón… No sin antes asesinarlas a todas.

—Tranquila, solo vamos a pasear y a cenar en un restaurante familiar… Tuvimos que hacer que Raissa desistiera de llevarte a Power Flower.

—Viste la cara que puso cuando vio las diademas de polla. —Samira soltó una carcajada mientras se quitaba los vaqueros.

—Pobre tu abuela, seguro que solo vio la polla de tu abuelo… o quizá ni esa pudo ver, porque lo hacían con las luces apagadas.

Samira le dio un manotazo, pero ambas terminaron riendo. Se puso unas medias pantis negras y una camiseta más ajustada, luego se puso el tutú fucsia y muy a su pesar, se deshizo del peinado y se armó una coleta en la nuca, para ponerse la diadema con el velo.

Cuando regresó al salón, las chicas, en medio de la algarabía, habían vestido a su abuela con los mismos atuendos. Samira casi se infarta al verla con la polla en la cabeza y una sonrisa entre nerviosa e incómoda. Quería saber cómo diablos la habían convencido para que usara eso.

—¡Andando, andando! —animaron las chicas y prácticamente las sacaron del apartamento.

El plan era caminar hasta el restaurante en medio de cánticos dedicados a la festejada, mientras eran el centro de miradas de los transeúntes. Algunos sonreían y aplaudían al ver al animado grupo de mujeres.

Tras una buena caminata, llegaron al lugar en el que hicieron la reserva, y una gran mesa ya las esperaba. Una vez ubicadas, llegaron tres meseros con botellas de champán y copas.

—¡Por Samira! ¡Por Samira! —brindaron en medio de risas de dicha.

—Gracias, chicas, las adoro —dijo Samira, sonrojada y sonriente—. La verdad, no me esperaba algo como esto.

—Qué poca fe le tienes a tus amigas. Estás loca si creías que íbamos a dejar la oportunidad de despedir tu soltería —dijo Raissa, sentada a su izquierda, le plantó un besazo en la mejilla y luego volvió a alzar la copa—. Te quiero, mi gitana.

—¿Ya saben a dónde se irán de Luna de Miel? —curioseó Dómenica.

—A Italia, Renato alquiló una villa en la Toscana, creo que es en San Gimignano.

—Un lugar bastante romántico, espero que le saquen el mayor provecho —dijo con tono pícaro.

—Por supuesto. —Samira soltó una risita, con la tranquilidad de ver que su abuela estaba conversando con Romina y no le prestaba atención.

Los mismos tres meseros se acercaron con platos de jamón, pan con tomate y croquetas. Mientras disfrutaban de los aperitivos, no se hicieron esperar más comentarios acerca de los novios.

También, más de una le pidió a Samira que le contara cómo había conocido a Renato. Ese momento, para ella, fue bastante incómodo, porque no iba a decir que fue cuando le robó la billetera; ya que, eso solo significaría estigmatizar más a su cultura, tampoco podía inventarse ninguna historia, porque estaba su abuela presente y ella bien que la conocía.

No pudo más que sonreír forzadamente, esperando que desistieran de esa idea; buscó la mirada de su abuela, para que comprendiera la difícil situación en la que se encontraba.

—Fue el día que la ayudé a escapar de su boda gitana… —Vadoma salió en ayuda de su nieta. Fue evidente para ella, la tensión en su pequeña estrella.

—¿Ibas a casarte? Pero ¿qué edad tenías?

—Sí, iba a casarme con un primo. Mi padre y mi tío fueron quienes acordaron la unión, querían que lo hiciéramos cuanto antes, porque yo me rebelé y quería estudiar en la universidad… Tenía diecisiete años —explicó Samira—. De toda mi familia, la única que apoyaba mi sueño de seguir con mis estudios era mi abuela; entonces, me ayudó a escapar la misma mañana de mi boda.

—¡Qué emocionante, abuela! —dijo Raissa—. Eres mi heroína. ¡Un aplauso para la abuela!

Todas siguieron la petición de Raissa.

—Pero ¿cómo conociste a Renato? —instó, una impaciente Dómenica.

Entonces, Samira se sintió con la libertad de contar la historia desde el momento en que se subió en el asiento trasero de la SUV de Renato, en el estacionamiento de aquel café, ya que debido a la lluvia, su huida se ralentizó y, por muy poco, la encontraban su padre, su tío y su primo.

Cuando él se la pilló, tuvo que suplicarle porque la sacara de ahí; algo que él aceptó y luego la dejó en Lapa, lugar donde ella misma le pidió que la dejara, pero ambos sabían que era peligroso; aun así, él debía ir a su trabajo.

Después de varios minutos y justo cuando ella se enfrentaba a unos delincuentes que le arrebataron todas sus pertenencias, Renato llegó a tiempo, para evitar que le hicieran daño y; en vista de que se había quedado sin nada, él le ofreció su ayuda y le dio refugio por un tiempo en su apartamento, mientras recuperaba su documentación, para poder seguir con su huida.

—Y, entonces, nació el amor —suspiró Raissa

—No, solo nos hicimos buenos amigos…, solo eso. —Ahí cortó el cuento, porque no podía revelar más, delante de su abuela—. Pidamos más croquetas, están muy ricas.

Daniela, que conocía la historia de principio a fin y sabía que había cosas de las que Vadoma no debía enterarse, intervino, cambiando el tema.

Luego de la cena, salieron del restaurante y en medio de la misma algarabía de festejo

caminaron por las calles de Madrid, con toda la intención de regresar al apartamento de Samira, pero las luces de neón de un karaoke, las atrajo como polillas a la luz.

No hicieron falta palabras, solo se miraron entre algunas y enseguida entraron al local. Tuvieron que juntar tres mesas para el grupo, frente al escenario y; por cortesía de la casa, les repartieron una ronda de chupitos. Por supuesto, Vadoma no tomaba, pero un coro de jovencitas histéricas, empezó a animarla con el cántico: «!Vadoma! ¡Vadoma!», mientras golpeaban la mesa con un redoble.

La anciana se vio atrapada por esa forma en que era instada y, sin pensarlo más, se llevó el chupito del «Orgasmo», una mezcla de licor de crema irlandesa, Amaretto y licor de café. Lo que lo hacía bastante dulce y que pasara casi desapercibido.

Cuando la gitana lo bebió a fondo, todas celebraron con gritos de júbilo y los brazos en alto. Para Vadoma, era primera vez que se veía en un ambiente como ese; su único objetivo en la vida fue llevar las labores del hogar, atender a su marido, criar a sus hijos; luego, con el tiempo, sus responsabilidades eran ayudar a sus nueras en la crianza de sus nietos y seguir velando por el cuidado de sus hijos, jamás tuvo tiempo para sí misma.

Ahora veía que vivir ese tipo de experiencias era realmente gratificante y, una vez más, agradeció el momento en que decidió ayudar a escapar a su querida nieta, para que pudiera romper el círculo.

Decidieron que la primera que debía subir al escenario era Samira, por ser la festejada. Ella, a pesar de que se negó y estaba sonrojada hasta el pelo, terminó subiendo y cantó «La Gitana», de India Martínez.

Vamos a hacerlo por las buenas
O mejor no hagamos nada
Ay, mira niño, no me des más guerra
Tú no me conoces por las malas
Vamos a hacerlo por las buenas
O mejor no hagamos nada
Que, si la sangre se me envenena,
Me sale la gitana
Me sale la gitana.

Sus amigas se pusieron de pie y le hicieron el coro, mientras aplaudían. Samira, con las manos, les hizo señas para que subieran al escenario y ahí siguieron todas con la siguiente estrofa.

Al bajar, fue Samira la que pidió la siguiente ronda de chupitos, brindaron y de un golpe se los bebieron. Enseguida, Raissa pidió otra ronda.

Luego fue el turno de Romina, para subir al escenario; y todas empezaron a silbar y a aplaudir, también corearon la canción que ella eligió.

Como una hora después, fue el turno para que Vadoma hiciera algo que jamás pensó podría; ya bastante más animada por el alcohol en su sangre, no se resistió mucho.

No solo cantó una canción, sino que pidió cantar otra en compañía de su nieta, donde ambas terminaron llorando abrazadas. Al ver la escena tan emotiva, todas las chicas subieron al escenario e hicieron un abrazo grupal.

La celebración duró casi hasta el amanecer y arribaron al apartamento bien borrachas. Algunas alcanzaron a llegar a sus habitaciones; otras, terminaron en el sofá del salón principal o en la sala de entretenimiento.

CAPÍTULO 71

El incesante sonido de algún móvil despertó a Samira, del profundo sueño en el que la había dejado la borrachera. Regresar a la realidad trajo consigo un terrible dolor de cabeza y unas náuseas incontrolables, por lo que, casi gateando se dirigió al baño y en el inodoro expulsó todos los chupitos y toda la comida del día anterior.

El olor ácido y la terrible apariencia de todos esos desechos, solo la incitaban a seguir vertiendo cualquier cosa que quedara en su estómago. Con las manos temblorosa y sudando frío, pulsó el botón, para que toda esa porquería se fuera por el desagüe.

Desde donde estaba, sentada en el suelo y aferrada a los bordes del inodoro, estiró la mano hacia el lavabo, abrió el grifo y tomó un poco de agua, para enjuagarse la boca.

Una arcada más le hizo sentir que estaba a punto de vomitar el alma, pero no salió nada más; entonces, soltó un chillido de puro lamento. No estaba segura de poder ponerse en pie; sin embargo, se llenó de valor y, aferrándose al lavabo, se levantó; lo primero que hizo fue meter las manos bajo el chorro del agua y llenarse la boca en varias oportunidades y la escupió, luego tomó enjuague bucal e hizo un par de gárgaras.

Casi soltó un grito cuando por fin se miró al espejo, el maquillaje estaba hecho tal desastre, que hasta una pestaña potiza la tenía pegada en el pómulo. Se la despegó y la dejó sobre la encimera.

Necesitaba, cuanto antes, solucionar esa debacle; buscó en uno de los cajones del mueble, motas de algodón y usó agua micelar, para deshacerse del desastre. Aunque, mientras lo hacía, volvió a escuchar el repique de su teléfono; debía contestar o ponerlo en silencio, porque iba a despertar a su abuela.

Así que, mientras se frotaba la cara con el algodón, fue a por su móvil, era una llamada entrante de Renato.

—Hola… —No estaba prepara para que la garganta le ardiera tanto, por ello, su saludo se cortó con esa palabra.

—Hola, amor, buen día. ¿Estás bien? Te he estado llamando y escribiendo.

Samira pudo notar la voz de Renato bastante preocupada.

—Sí, sí… —Tragó grueso por el ardor—. Solo que anoche las chicas vinieron a buscarme, organizaron una despedida de soltera… Y ahora siento que me muero —dijo, mientras caminaba de regreso al baño.

Lo siguiente que escuchó fue una risa de alivio.

—Pero estás bien, es lo importante. Solo es resaca, imagino.

—Sí, solo es resaca, pero es como si me hubiese pasado un camión por encima y como si tuviera un incendio por dentro… ¿Puedes creer que mi abuela se emborrachó hasta casi perder el conocimiento? Creo que despertará peor que yo.

—Lo mejor será que descanse y que se hidrate muy bien con bebidas especializadas… Puedo llevarte Electrolit —ofreció de buena gana y le costaba imaginar a Vadoma ebria.

—Gracias, amor… —gimió enternecida—. Pero no es justo que tengas que venir a traer bebidas, para este grupo de borrachas.

—En realidad, estoy sentado en el parque frente a tu edificio…

—¿Qué? —preguntó Samira y caminó rauda hasta el balcón de su habitación. Se escabulló detrás de la cortina y salió. Ahí lo vio, sentado en una banca, saludándola con la mano en alto—.

¿Qué haces ahí? ¿Por qué no me avisaste en cuanto te contesté?

—Me preocupé más de la cuenta —chaqueó la lengua—. Como no contestabas mis mensajes y llamadas… Lo siento, no sabía del plan de anoche, si no, hubiese imaginado que la celebración terminó hasta tarde…

—Yo tampoco lo sabía, discúlpame, olvidé decirte… Enseguida bajo, no te invito a pasar, porque el lugar parece un campo de batalla, hay chicas en ropa interior desperdigadas por todo al apartamento… ¡Es un desastre! —rio y se llevó una mano a la frente.

Renato también se echó a reír, sobre todo, al ver que todavía llevaba el tutú fucsia.

—Toma el tiempo que necesites… Quiero llevarte a que conozcas a alguien.

—Primero tendré que desayunar, porque todo terminó devuelto en el inodoro… ¿Quién es? —curioseó.

—Es sorpresa.

—¿Es importante? —Quería hacerse por lo menos una idea.

—Lo es. —Asintió con la cabeza—. Ve a arreglarte, iré a la farmacia a comprar los electrolitos y unas aspirinas. ¿Cuántas chicas son?

Samira trató de enumerarlas, pero su concentración de momento no era la mejor, así que prefirió redondear el número.

—Quince, creo… —dijo.

—Bien, avísame cuando estés lista.

—Vale, te quiero.

—Yo también, gitana.

Samira terminó la llamada, dejó el móvil sobre la encimera del lavabo, abrió la alcachofa, para que el agua temperara, mientras se desvestía.

Veinte minutos después, Samira estaba lista, se puso unos vaqueros ajustados, una camiseta básica con un blazer de tweed y unas zapatillas converse.

A pesar de la ducha, seguía estando en muy mal estado; sin duda, necesitaba una de esas bebidas para hidratarse y una aspirina, para el dolor de cabeza.

Agarró un bolso algo grande y metió un neceser, porque no tenía tiempo ni ánimos para maquillarse, pero sabía que debía hacerlo, pues no se presentaría en ese estado, ante quien fuera que Renato quería que conociera. Suponía que era algún familiar.

Escuchó ruidos provenientes de la cocina y el olor a café se percibió en el ambiente. Justo eso era lo que necesitaba, atravesó el salón, esquivando a sus amigas rendidas, y encontró a Romina.

—¡Eres mi salvación! —exclamó y enseguida buscó un vaso térmico—. ¿Cómo amaneciste? —preguntó, al tiempo que vertía el café.

—Hecha mierda. —Romina también tenía la voz ronca, aunque era evidente que ya se había lavado la cara y peinado—. Por lo que veo, vas a salir.

—Sí, Renato me está esperando abajo, nos trajo bebidas hidratantes, pero debo irme con él… Creo que llegó algún familiar y quiere que lo conozca; aunque, evidentemente, no estoy en el mejor estado, pero quiero apoyarlo en esto.

—Me parece bien, espero que después de que te tomes el café, te sientas mejor.

—No, este café me lo llevo, ¿puedes acompañarme abajo, para que subas las bebidas? —solicitó con un puchero, le echó varios terrones de azúcar al vaso, mezcló y tapó.

—Sí, claro, vamos… Necesito una de esas bebidas y sé que todas van a suplicar por una en cuanto despierten.

De camino al ascensor, Samira sacó varios billetes de su cartera.

—No dejes que Daniela cocine. Sé que le gusta hacerlo, pero necesita descansar, compren algo para comer —dijo, ofreciéndole el dinero.

—No es necesario, nosotras podemos comprar… —respondió, apartándole la mano.

—Bueno, está bien, pero no hagan nada más que descansar… Cuando mi abuela despierte, dile que Renato vino a buscarme con Violet y que fuimos a ver a un familiar que llegó.

—Entendido, imagino que ella va a despertar peor que todas —soltó una risita. No solo era la primera vez que tomaba alcohol, sino que bebió más de lo que debería y; además, se sumaba la edad.

—Si le ves muy mal, me llamas, por favor.

—Vale.

Cuando llegaron al vestíbulo, ahí estaba Renato; saludó a Romina y le hizo entrega de las bolsas con las bebidas, además de aspirinas e ibuprofeno.

—Qué considerado —sonrió Romina—. Muchas gracias, de parte de todas.

—Espero que pasen rápido la resaca —dijo sonriente y luego se despidió.

Sujetó la mano de Samira y fueron a buscar el coche de ella.

—¿Puedes conducir? Siento que mi cabeza triplicó su tamaño. —Se quejó.

—Dame la llave —pidió él, con una sonrisa condescendiente—. Te llevaré a desayunar. —Una vez que entraron al auto, Renato le quitó el vaso de café y le dio un Electrolit—. No es buena idea que tomes café, solo empeora la deshidratación… Aunque, estoy seguro de que eso debes saberlo.

—Necesito algo que me recargue energía —dejó descansar la cabeza sobre el hombro de él —. No sé por qué me salí de control con los chupitos… —chilló, más que arrepentida de no parar a tiempo.

—¿A dónde fueron? —curioseó, después de darle un beso en el pelo.

—Caminamos por las calles, es una tradición aquí… Seguro que las has visto.

—Sí, en la Gran Vía, he visto a varias, despidiendo la soltería.

—Luego fuimos a cenar y, de regreso a casa, vimos un karaoke y decidimos entrar. Ya ahí todo se salió de control, sobre todo, mi abuela, que después de que no quería tomar, era la que no quería marcharse… —Le fue imposible no reír al recordar el episodio de todas tirando de la anciana, para que soltara el micrófono, dejara el repertorio de Lola Flores y saliera del lugar.

—No la imagino protagonizando algo como eso. —Se rio Renato, con ese desparpajo que pocas veces mostraba.

—Yo tampoco creía que algún día podría verla tan llena de vida, tan relajada; siendo tan ella, como nunca… Por suerte, tengo varios vídeos, ahora te los muestro y te vas a reír un buen rato.

—Me alegra saber que tu abuela lo está pasando bien… ¿No has pensado en pedirle que se quede?

—Todo el tiempo, pero sé que me dirá que no. Está muy apegada a mis hermanos y a mi padre…No quiero ponerla a elegir —dijo con pesar.

—Te prometo que haré lo posible para que puedas verla varias veces al año. —Tomó la mano de Samira y entrelazó sus dedos, se la llevó a sus labios y le dio un beso.

—Gracias, payo… —dijo con una débil sonrisa—. Te quiero.

—Tienes mi vida en tus manos, gitana. —Volvió a besarle el dorso.

Renato estacionó en un restaurante de comida mediterránea y mariscos; por suerte, ya Samira se había tomado la mitad de la bebida hidratante y eso le ayudó, por lo menos, con la resequedad en la garganta.

Ella sintió que volvió a tener fuerzas, luego de una sustanciosa comida. Aunque todavía le

dolía un poco la cabeza.

—¿Me dirás a quién voy a conocer? —Le preguntó mientras caminaban tomados de la mano.

Decidieron pasear un poco, para hacer digestión y que el aire libre la ayudara.

—Solo puedo decirte que es alguien muy importante —respondió con una sonrisa coqueta.

—¿Es tu abuelo? ¿Ya llegó? Pero si todavía falta una semana para la boda. —Se emocionó y adelantó un par de pasos, para detenerse frente a él y le cogió la otra mano. Renato mantenía el suspenso con esa sonrisa que solo despertaba en ella las ganas de querer comerle la boca—. No, no es tu abuelo, quizá es tu hermano. Ay, Renato…, dime —pidió, sacudiéndole las manos.

—Vamos, para que puedas saciar tu curiosidad. —La invitó con ese tono y actitud juguetona —. Pero solo si te sientes mejor.

—Ya me siento mucho mejor… Vamos. —Tiró de las manos, haciéndolo avanzar, luego le soltó una mano, para caminar más rápido—. ¿Crees que estoy vestida adecuadamente?

—Estás perfecta.

—Entonces, démonos prisa. —Lo instó a correr hasta donde habían dejado aparcado el coche.

Solo con Samira se permitía ese tipo de actitudes y, sobre todo, se las disfrutaba. Llegaron al coche casi sin aliento, sonrojados y sudados, porque el calor abrasador del pleno verano les pasaba factura.

En cuanto subieron, lo primero que hizo Renato fue poner a tope el aire acondicionado, para refrescarse. Samira buscó unas toallitas húmedas, le dio un par a Renato y otro para ella, con las que se limpió la cara y cuello.

Aunque él le había dicho que estaba perfectamente vestida, estaba segura de que no era lo mismo con su rostro, por lo que, aprovechó el trayecto hasta el hotel, para maquillarse. Sonrió varias veces al pillarse a Renato mirándola con el rabillo del ojo, mientras conducía.

—Mucho mejor. —Se dijo a sí misma, en cuanto terminó de pintarse los labios de un tono piel—. ¿No te parece? —preguntó, volviéndose hacia él.

—Hermosa —sonrió fascinado.

—Gracias. —Le guiñó un ojo, justo en el momento en que Renato detenía el coche frente al edificio. Se bajó y le entregó la llave al valet. Esperó por Samira y tomados de la mano caminaron por el vestíbulo, hasta el ascensor—. Ahora sí me entraron los nervios —chilló Samira, con un nudo formándosele en la boca del estómago.

—No tienes por qué estar nerviosa. —Se acercó y le besó la mejilla.

—Quizá lo estaría menos, si me dijeras de quién se trata… ¿Es tu tío, el gobernador de Nueva York? —Trató de adivinar—. ¿O trajiste a alguien más de mi familia? No, eso es imposible, sé que nadie más vendrá, además, dijiste que no lo conozco…

—Sigues hablando demasiado cuando estás nerviosa… Ya, hemos llegado —sonrió, al tiempo que las puertas del ascensor se abrieron en el segundo piso, que daba a un amplio vestíbulo—. Buenas tardes —saludó Renato al mayordomo que le abrió la puerta de la Suite Real.

—Bienvenidos —dijo el hombre y les hizo un ademán, para que entraran—. Síganme, por favor.

Samira sintió que el corazón le dio un vuelco y las piernas empezaron a temblarle, buscó apoyo al apretar la mano de Renato más fuerte; porque, sin duda, la persona que estaba hospedada en ese apartamento palaciego con techos de doble altura y esplendorosa opulencia, debía ser muy importante.

—Estoy muy pero muy nerviosa —chilló con la voz temblorosa.

—No debes estarlo. —Le regaló una caricia con el pulgar, en la unión de sus manos.

El salón parecía interminable, ella estaba segura de que esa suite era mucho más grande que su apartamento. Los pasos del mayordomo que caminaba por delante de ellos, hacían eco en sus sienes y su mirada no alcanzaba a apreciar todos los detalles del lugar.

—¿Es el rey? —preguntó en un susurro.

Renato negó con la cabeza y, por más que quiso, no pudo retener una carcajada.

—Haberle pedido que sea tu esposa, es la mejor decisión que has tomado en tu vida —dijo Reinhard, al tiempo que se levantaba del sofá, apoyado en el bastón, en cuanto vio entrar a su nieto junto a la que sería su mujer—. Nadie más te ha hecho reír de esa manera.

—Sí es tu abuelo —masculló Samira, con el corazón atorado en la garganta y fascinada con esos ojos azules, que eran iguales a los del hombre a su lado.

El mayordomo hizo una leve reverencia y se marchó.

Renato, todavía sonriente, soltó la mano de Samira, para ir a saludar a su abuelo con un beso en cada mejilla y un sentido abrazo, luego se apartó y la miró, extendiéndole la mano, para que se acercara, porque se había quedado petrificada.

—Hola…, señor Garnett, es un placer… De verdad, es un verdadero placer. Renato me ha hablado muchísimo de usted, por supuesto, todo lo que me ha dicho han sido cosas buenas… Le admira mucho…

—Suele hablar mucho cuando está nerviosa. —Renato intervino, al ver que Samira no paraba y su abuelo la admiraba sin dejar de sonreír.

—Sí, es verdad, estoy muy nerviosa… —Se rio entre aliviada y avergonzada.

—No tienes que estarlo, jovencita. —Reinhard avanzó y le ofreció la mano. Samira aferró la de él, con ambas manos—. También me han hablado muy bien de ti. Y la admiración que siente por ti, es indiscutible; de hecho, puedo asegurar que has sido mejor influencia para él, de lo que lo he sido yo… o cualquier otro miembro de la familia.

Los ojos de Samira se cristalizaron y los labios empezaron a temblarles, pero no iba a llorar, solo estaba demasiado emocionada y; también, ahora que estaba frente al señor Garnett, se sentía mucho más culpable.

—Gracias, pero no creo que merezca tanto… Perdóneme por apartarlo de su lado, sé que no será fácil para ninguno de los dos, que estén separados… —Le soltó la mano y lo abrazó.

—No, nada de eso… —Reinhard le acarició la espalda—. Me hace feliz saber que estará contigo, porque sé que en ningún sitio podría estar mejor, ni siquiera conmigo. Y, para mí, lo más importante es su felicidad… Él merece ser feliz y tener tranquilidad, esa que solo tú le das.

Samira se apartó y su sonrisa se vio interrumpida por un gemido de llanto.

—Le prometo que lo cuidaré bien, muy bien… Y pondré todo mi empeño para hacerlo feliz…

—Estoy presente. —Les recordó Renato, sonrojado por la emoción y cierta vergüenza.

—¡Ya llegaron! Amor, ¿por qué no me llamaste?… —intervino Sophia, al salir de la habitación—. ¡Renatinho! —Casi corrió hasta él, abordándolo con un beso y un abrazo.

—Abuela, también me alegra verte —dijo Renato y se apartó del abrazo, para hacer un ademán hacia su prometida—. Te presento a Samira.

—¡Vaya! Eres hermosísima… —No pudo disimular el genuino asombro, aunque la había visto por fotografías, la verdad era que no le hacían justicia.

—Gr…gracias —tartamudeó Samira, con una sonrisa nerviosa y se limpió con rapidez las lágrimas que se desbordaron del filo de sus párpados.

—Es un placer poder conocerte, hemos hablado tanto de ti… —Por supuesto, desde hacía

semanas, la chica era el tema de conversación de toda la familia; exactamente, desde que Renato soltó la bomba de que iba a casarse.

—El placer es mío. —Ahora los nervios no le dejaban expresar más.

La abuela de Renato, sin duda, era mucho más joven que el señor Garnett, con un cabello rojizo salpicado por algunas canas y un cuerpo delgado que representaba elegancia.

—Ven, siéntate, preciosa… Tenemos mucho de qué hablar, quiero conocerte mejor. —La tomó por la mano y la llevó al sofá—. Claro, no te sientas obligada, si no te sientes cómoda… ¿Te gustaría algo de beber? ¿Quieres algún postre?

—Abuela —intervino Renato—. No podemos quedarnos por mucho tiempo.

—Está bien…, puedo quedarme unos minutos —comentó Samira.

—Unos minutos, debes dejárselo claro, porque puede tenerte aquí una semana y no parará de hablar —dijo él con una ligera sonrisa.

—No seas exagerado, ven, siéntate junto a ella. —Se levantó y palmeó el espacio que había usado—. Me sentaré con tu abuelo.

Samira admiró a los abuelos de Renato y aún no podía creer que estaba frente a ellos. Estando en la casa de ellos en Chile, fueron muchas las veces que imaginó poder conocerlos, pero nunca pudo predecir que se sentiría de esa manera.

Renato tenía razón, su abuela no paraba de hablar, tenía la habilidad para hacer preguntas de una forma que ella se sentía cómoda respondiendo, podría sacarle su secreto mejor guardado y ni cuenta se daría.

Durante la conversación, llegó una mujer con una bandeja en la que traía té helado y unos aperitivos. También llegó una enfermera, para darle un medicamento al señor Garnett.

—Son solo vitaminas —dijo, de forma despreocupada, al ver que Samira se inquietaba.

Ella sonrió más relajada, ya que, debía suponer que, por la edad, tenía que tomar algunas vitaminas, como: vitamina D3, vitamina B12, vitamina B6, entre otras. Aunque, se le notaba que tenía muy buen estado físico, considerando lo mayor que Renato le había comentado que era.

Los pocos minutos se convirtieron en casi una hora. Renato fue quien decidió poner fin a la reunión, ya que era consciente de que Samira debía estar agotada.

Ella salió de la suite, aún más fascinada con los abuelos de Renato; desde siempre y por la forma en que él le había hablado de ellos, sentía un cariño genuino, pero ahora que tuvo la oportunidad de mantener una conversación, ese sentimiento se había maximizado. El señor Reinhard era un hombre demasiado inteligente, con una elocuencia que invitaba a querer escucharlo; por su parte, la señora Sophia, fue tan espontánea que la hizo reír muchas veces.

—Son encantadores —suspiró Samira, en cuanto salieron de la suite.

—Sí, son muy buenas personas, por eso los admiro.

—¿Llevan muchos años de casados?

—Sí, como treinta y cinco años… Sophia es la segunda esposa de mi abuelo.

—Lo imaginé.

—Como te habrás dado cuenta, ella es mucho menor que él.

—Sí… —Un bostezo la interrumpió y luego soltó una risita—. Disculpa, es que tengo mucho sueño… Dormí muy poco.

—Si quieres, podemos subir a mi habitación y descansas todo lo que necesites.

—¿A solas contigo, en una habitación? Dudo mucho que me dejes dormir. —Hizo un mohín, arrugando la nariz.

—No me creas tan desconsiderado, sé que necesitas dormir. Mi mayor preocupación es tu bienestar.

—Bueno, entonces, vamos a tu habitación. No rechazaré la oferta, porque sé que, al llegar al apartamento, las chicas no me dejarán descansar.

En un par de minutos ya estaban en la habitación. Él corrió las cortinas y ajustó la temperatura. Samira se quitó las zapatillas y la chaqueta, luego se metió en la cama.

—Si quieres, puedes ver televisión, no me molesta. —Le dijo mientras él la arropaba.

—No, me acostaré contigo… Verte dormir es mucho mejor que ver televisión —contestó, al tiempo que se sentaba al borde del colchón, se quitó los zapatos y se desfajó la camisa.

—Ven aquí, mi amor —dijo ella, abriendo los brazos y sonriéndole, encantada.

—No, necesitas descansar, así que yo te cobijaré. —Renato se acostó y la abrazó, dejando la cabeza de ella sobre su hombro, le besó la frente y empezó a acariciarle el pelo.

—Esto se siente muy bien —suspiró y luego sonrió—; así es como debe sentirse estar en el paraíso. —Abrazó la cintura de Renato e inhaló su olor.

—Duerme tranquila, que cuando abras los ojos, aquí voy a estar —susurró, entregándose a la gloriosa sensación de sentir en la yema de sus dedos, la suavidad del pelo de Samira.

Con ella se llenaba de certezas.

Con ella sentía que su corazón se hacía más fuerte.

Con ella no había tristezas ni heridas.

CAPÍTULO 72

Samira comprendió el poder y el alcance de la familia Garnett, cuando Ian consiguió, en poco más de un mes, todos los permisos, para que la boda pudiera celebrarse en El Palacio de Cristal, en el parque de El Retiro.

Cuando su suegro, a través de una videollamada, le preguntó si le gustaría casarse ahí, se le escapó una risita de incredulidad, pero rápidamente y en medio del asombro, comprendió que estaba hablando en serio; todavía conmocionada, dijo que sí, a pesar de que pensaba que eso era un imposible. ¿A quién no le encantaría casarse en uno de los lugares más icónicos y hermosos de Madrid?

Todas sus pretensiones de hacer algo sencillo, la familia de Renato las había mandado a la mierda, y ahora ella estaba viviendo un cuento de hadas que ni en sus más locos sueños se atrevió a imaginar.

Iba de camino a su boda, en un flamante auto negro, en compañía de su abuela y de su cuñado Liam, quien se encargaría de entregarla en el altar. Había decidido que fuese él, ya que el otro candidato que se ofreció fue su suegro, pero consideraba que era más importante que él estuviera junto a Renato.

Sentía que el corazón casi no le cabía en el pecho y el estómago lo tenía encogido, debido a los nervios que también le cosquilleaban bajo la piel. Respiró hondo, para ver si la adrenalina se asentaba en sus venas, lo menos que quería era empezar a morderse las uñas; de momento, solo se estrujaba los dedos con disimulo.

—Tranquila. —Le dijo Liam, poniendo su mano sobre las de ella, que tenía sobre el regazo —. Estás nerviosa.

—¿Estoy nerviosa? —preguntó, volviéndose hacia él.

—Es evidente, ¿no estás segura de querer casarte o temes que mi hermano te rechace?

—¿Me rechazará? —preguntó preocupada, sintiendo cómo el miedo empezaba a recorrerle la espina dorsal. El miedo solo le nublaría la mente y la paralizaría.

—No lo sé, dímelo tú —instó Liam, con voz serena, desprovista de su acostumbrado filo, y su mirada se paseó por el rostro atormentado de Samira, en un lento escrutinio. Verla al borde del llanto, lo enterneció—. No, por supuesto que no te rechazará. —Le sonrió y le dio un par a palmaditas en las manos—. Te asusté.

—No, no lo hiciste… —contestó, pero tenía ganas de echarse a llorar. Las lágrimas le ardían en la garganta y le costó tanto tragárselas, como le habría costado dejarlas correr.

—Le conviene que no la rechace —intervino Vadoma, atrayendo sus miradas—. De hacerlo, la boda terminaría convirtiéndose en el funeral de tu hermano. Lo mataré con mis propias manos.

—Señora, ¿por qué tanta agresividad? —preguntó Liam, un tanto juguetón—. Estamos a punto de unir a nuestras familias y usted con amenazas.

—Solo es una advertencia. Así como se lo dije a él, espero que jamás sea el causante de las lágrimas de mi estrella, porque lo lamentará… Y tú también, si te involucras. —Lo señaló directamente.

—Pero ¿sí le especificó que solo si las lágrimas son de tristeza o decepción? Porque hay muchas emociones que pueden hacerla llorar, y no son técnicamente malas, como: las de felicidad o placer…

—Muchacho descarado —regañó Vadoma—. Gracias al cielo, mi nieta eligió al más decente

de ustedes.

—Pobre de mi hermano, que la tiene a usted de abuela política… Es como una constante amenaza de bomba nuclear.

—Ya sabes lo que pasa si una bomba nuclear explota…, hay muchos daños colaterales, así que ni tú te salvas. En esa situación los puso tu hermano —dijo con una sonrisa de victoria. En realidad, a Vadoma le agradaba Liam, admiraba el cinismo con que decía las cosas, pero jamás se lo diría; y estaba segura de que el sentimiento era mutuo.

—¡Dios mío, en qué situación nos puso mi hermanito! —clamó Liam, volviéndose a mirar al techo del coche.

Samira se echó a reír, ese par, desde que se conocieron, no habían hecho más que tratarse como perro y gato, pero era más que evidente que se agradaban.

El coche terminó su recorrido, justo hasta donde lo tenía permitido y; aunque faltaba un considerable trayecto para llegar hasta el Palacio, las organizadoras pensaron en todo, por lo que, ya esperaba ahí una carroza, decorada con rosas blancas, rosadas y salmón, tirada por dos caballos blancos.

Al principio, Samira pensó que era excesivo. Hermoso, sí, sin duda, pero demasiado, cuando bien podría caminar; sin embargo, comprendió que, al andar por esos caminos de tierra, su vestido blanco terminaría hecho un desastre.

Liam le ayudó a bajar del coche y luego también le ayudó a subir a la carroza, pues contaba con muy poco espacio para separar las piernas, por la estrechez de su hermoso vestido de novia estilo flamenco, que Rachell le había diseñado. Tenía una larga cola de llamativos volantes y mangas, el cuerpo de encaje, escote a pico y la espalda descubierta.

Ella le presentó cuatro diseños, pero desde que vio el segundo, fue amor a primera vista; no tenía idea de lo mucho que deseaba un vestido de novia, hasta que tuvo el boceto en las manos. Rachell le explicaba sobre los bordados, las telas que usaría y las piedras, pero a eso no le prestó atención, porque estaba embelesada imaginándose con el diseño puesto. Y se enamoró mucho más del vestido con cada prueba que le hicieron.

Tenía el corazón con un constante latido, que retumbaba fuerte contra su pecho y le hacía difícil respirar, mientras la carroza avanzaba por el camino de tierra franqueado por árboles, y era el centro de miradas de las personas que disfrutaban de un momento de esparcimiento en el parque.

Se animó a corresponder de la misma manera a una niña que le decía adiós con la mano y le sonreía. Mucho antes de llegar, pudo ver el recinto hecho de cristal y hierro. Tuvo que llevarse una mano al pecho, porque su pobre corazón iba a estallar, cuando la carroza se detuvo frente a la entrada y en lo alto de las escalinatas estaba Renato.

De inmediato, pensó que algo no estaba bien, se suponía que ya él debía estar adentro, con todos los demás, pero no, estaba ahí solo, vestido con un esmoquin blanco, parado en medio de las columnas recubiertas con rosas blancas, rosadas y salmón, que hacían un hermoso contraste con el follaje verde.

Le entraron unas ganas casi incontrolables de lanzarse de la carroza, para preguntarle qué estaba pasando, que por qué estaba ahí, que si era que se había cancelado la boda. Ni siquiera era consciente de que estaba apretando con fuerza el borde de la carroza y tragaba grueso sus miedos. Muy en el fondo, ella sabía que Renato le había demostrado de todas las maneras posibles que la amaba y que estaba completamente seguro de querer casarse con ella; sin embargo, en la superficie, estaban los miedos pasados y las mismas inseguridades que ya una vez los llevó a separarse.

—Él quiso esperar por ti aquí y no en el altar. Típico de Renato, tirar a la mierda el protocolo —dijo Liam, en voz baja, al tiempo que bajaba de la carroza—. Compréndelo, su ansiedad algunas veces lo domina. —Le ofreció la mano, para ayudarla a bajar.

Entonces, la bruma de miedos que la atormentaba, se disipó y pudo ver todo desde el cristal del alivio, a Renato con una sonrisa nerviosa y la mirada brillante mientras bajaba los escalones. Ella también le sonrió, antes de poder tomar la mano de su cuñado.

Liam comprendió que ese par estaba tan embelesado que ella ni siquiera se dejaría bajar por él; así que, se apartó y esperó a que su ansioso hermano llegara hasta el carruaje.

—Eres la visión más hermosa que he apreciado en mi vida —dijo envolviéndole la cintura con las manos y la bajó de la carroza, sin poder dejar de mirarla a los ojos.

—Y tú eres el hombre más guapo de todo el universo… —dijo, sonriente, con sus manos apoyadas en los hombros de él—. ¿Qué haces aquí? Se supone que debes esperarme en el altar.

—Porque quiero que entremos juntos como novios y salir juntos como marido y mujer… Quiero estar a tu lado siempre y no tener que seguir esperando más por ti. Esperé más de siete años… ¡Siete años! —Se moría por besar sus hermosos labios, pero de momento no podía.

El corazón de Samira comenzaba a aquietarse, sus latidos se hacían más densos, pero las mariposas en su estómago aleteaban con más fuerza.

—Entonces, no esperemos más… —dijo con una gran sonrisa y se volvió a mirar a su lado derecho—. Abuela… —Extendió la mano, pidiéndole el buqué.

Vadoma se acercó, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas y le dio el ramo de flores. Le hacía tan feliz ver a su niña pletórica y a punto de casarse. Sabía que sus hijos, nietos y nueras jamás le perdonarían que apoyara la unión entre Samira y un payo, pero poco importaba lo que ellos quisieran para su estrella, a ella lo que verdaderamente le importaba era lo que Samira quería para sí misma, y si su deseo era casarse con ese hombre, le daría su bendición.

—Ve, cariño, sé feliz… —Se acercó y le besó la frente y luego miró a Renato—. Tienes mi bendición, espero nunca tener que arrepentirme de habértela dado.

—No dejaré que eso pase, seré bueno con ella, empeñaré mi vida con ese único objetivo. —Se volvió a mirar a Samira.

Se veía tan hermosa, con el tocado floral que adornaba el moño que llevaba de medio lado y pegado a la nuca. El vestido de novia lo dejó sin aliento, sin duda, no pudo elegir uno mejor, porque era una hermosa princesa flamenca.

—Abuela… —Ella, luego de admirar una vez más a Renato y sentir que él le hinchaba más y más el corazón con cada palabra que decía, miró a su abuela—, con este payo seré muy feliz, por el resto de mi vida.

—No hay dudas de que serán muy felices, así que puede relajarse, mi señora —intervino Liam—. Reina gitana, ¿me concede el honor? —Le ofreció el brazo a Vadoma.

—Payo zalamero —masculló, tratando de ocultar una ligera sonrisa, y aceptó el brazo que un sonriente y descarado Liam le ofrecía.

—Entramos primero —anunció Liam a su hermano.

—Puede que los confundan con los novios... —rio Samira.

—Bueno, yo estoy soltero y tu abuela es viuda, imposible no es.

—Sí lo es, porque las gitanas nos casamos solo una vez —refunfuñó Vadoma.

—Eso es porque usted no ha conocido a un hombre que le despierte de nuevo los latidos…

—Ay, cállate. —Lo interrumpió Vadoma, mientras subían las escaleras.

—Ese par se lleva muy bien —sonrió Samira.

—El carisma magnético de Liam. —Renato también sonrió y le ofreció el brazo a Samira—.

Ya vamos a casarnos, mi hermosa gitana.

—Vamos —dijo ella, plenamente convencida.

Subieron las escaleras y, justo en la entrada, esperaron; dándole tiempo a Liam y a Vadoma, para que ocuparan sus puestos. Renato y Samira compartieron una mirada y una sonrisa, antes de empezar a caminar por el pasillo hasta el altar, que era un gran arco de rosas en los mismos tonos que estaban en las columnas jónicas de la entrada.

Apenas entraron, el recinto rompió en aplausos, provenientes de los invitados, en su mayoría, compuestos por la familia de Renato y los amigos de Samira; atenuando la marcha nupcial, que era un solo de piano, acompañado por un par de violinistas, que estaban justo a los lados de la entrada.

El Palacio de Cristal, fue construido para ser un inmenso invernadero y; siglos después, parecía que había recuperado esa función, ya que todas las columnas estaban forradas de rosas, varios y majestuosos candelabros colgaban de sus vigas e, igualmente, estaban decorados con rosas; así como habían creado un camino franqueado con arreglos de las mismas rosas que eligieron.

Ahí se llevaría a cabo la ceremonia y también la celebración, por lo que, las mesas redondas ya estaban dispuestas con sus imponentes centros de mesas florales y los platos del menú, pero también a cada lado había mesas rectangulares, en las que había fotografías de la pareja, en portarretratos dorados.

Samira se encargó de entregar varias, de hacía siete años, de las que se tomaron en el desierto de Atacama y en el centro de esquí La Parva. Fotos que había guardado celosamente en una nube y a las que acudió durante muchos años, para torturarse; muchas veces se vio tentada a borrarlas, pero jamás consiguió el valor, y ahora agradecía su falta de coraje.

Renato también les dio varias, una donde Samira estaba durmiendo y de la que ella nunca fue consciente, también otra que se habían tomado en la piscina, en la casa en el Arrayán.

Se tomaron de la mano, apretando el agarre con firmeza y respiraron profundo cuando iniciaron la marcha hacia el altar. Detrás de ellos caminaron los violinistas, quienes siguieron el cambio de melodía que marcó el pianista.

Ella reconoció inmediatamente la melodía y sus piernas no consiguieron dar un paso más, se detuvo a mitad de camino y se volvió a mirarlo; enseguida varias lágrimas rodaron por sus mejillas.

Él también tenía los ojos rebosantes en lágrimas, le soltó la mano y le acunó la cara, le dio un beso en la frente y le limpió las lágrimas con cuidado de no arruinarle el maquillaje. De las pocas cosas que había exigido para su matrimonio, fue que la marcha nupcial fuese: «Mi marciana». Porque para él, no existía letra de canción que describiera mejor a Samira y todo lo que le hacía sentir, y ella lo sabía.

—Mi hembra, mi marciana, mi sirena… Llegamos al final. —Le susurró en el oído y le dio un beso en la mejilla.

—Sí. —Asintió con la cabeza, más lágrimas se le derramaron y volvió a tomar la mano de Renato, para seguir hasta el altar. Donde, el párroco, con una sonrisa y ademanes, les solicitaba que se acercaran.

Los presentes no dejaban de aplaudir, sonreír y algunos lloraban con la emotiva escena de la que eran testigos.

Samira agradeció que, la familia de Renato, había estado llegando antes de la boda y la invitaron a pasar tiempo con ellos, porque así no vio rostros desconocidos en el lugar. Le hubiese gustado mucho haberse encontrado las sonrisas de los miembros de su familia, pero comprendió

que eso era un imposible, y dejar ir esa idea le daba paz.

Sin embargo, ni ella ni Renato pudieron evitar conmoverse al punto de las lágrimas, al ver el amor y la felicidad reflejados en los ojos de Reinhard Garnett, quien se encontraba junto a su esposa, en la primera fila, donde fue a sentarse Vadoma.

A pesar de que ya había llorado un poco, todavía tenía un nudo de lágrimas apretándole la garganta. En los casi dos meses, no había parado ni un día con los preparativos de la boda, aun así, todavía le costaba creer que iba de la mano de Renato, llegando al altar.

Todo parecía un sueño demasiado hermoso, del que no quería despertar; sin embargo, ver a Renato a su lado, le decía que esa era su realidad. Los aplausos menguaron cuando llegaron y se ubicaron junto a los padrinos: Bruno, Raissa, Julio César y Daniela.

Correspondió a las sonrisas de ellos de la misma manera, mientras seguía luchando con las lágrimas; odiaba estar tan emocional, pero no podía evitarlo.

Se volvieron uno frente al otro, ella voló en el cielo que sus ojos azules le ofrecían, y él se perdió en la paz que encontraba en los ojos verde bosque de su gitana hechicera.

Samira le sonrió y él inhaló profundamente esa reacción abrumadora que ella despertaba.

—¿Me quieres? —Le susurró él—. ¿Te quedarás conmigo?

—Por toda la eternidad —musitó con la voz temblorosa y asintió, para reafirmar.

La ceremonia dio comienzo con la oración del perdón de los pecados veniales. Ellos oían la liturgia como un eco lejano, porque estaban aislados en una burbuja, tomados de las manos y sumidos en sus miradas. Trataban de asimilar ese momento y guardarlo para siempre, como parte importante en esa colección de bonitos recuerdos que juntos estaban creando.

—Renato Medeiros Garnett y Samira Marcovich Valenti, ¿vienen a contraer matrimonio sin ser forzados, libres y de manera voluntaria? —preguntó el párroco.

—Sí, venimos libremente —dijeron al unísono, con las miradas brillantes y sonrisas genuinas.

—¿Están decididos a respetarse y a amarse, siguiendo la vida del propio matrimonio, durante el resto de sus vidas?

—Sí, estamos decididos. —Ambos asintieron.

—Unan sus manos y manifiesten su consentimiento ante Dios y ante la iglesia. —Los invitó a que se pusieran frente a frente y volvieran a tomarse de las manos—. Pero antes pueden decir sus votos.

Ambos volvieron a afirmar con la cabeza y respiraron hondo, preparándose para iniciar con esas palabras que tenían preparadas el uno para el otro.

—Renato… —empezó Samira, ya con la voz ronca por las lágrimas que trataba con todas sus fuerzas de retener—, sé que no puedo salvarte ni cambiarte, mucho menos hacer que te aceptes por quien eres, porque es algo que solo puedes hacer tú… —Tuvo que hacer una pausa, para sorber las lágrimas—. Yo solo puedo amarte y te amaré con todo lo que tengo, con todo lo que soy… —chilló con la barbilla temblorosa—. Te amaré en los días en que tu risa llegue hasta tu mirada y te amaré mucho más cuando eso no suceda… —En ese momento, al ver que de los ojos de Renato brotaban lágrimas, ella no pudo seguir reteniendo las suyas y se las limpió—. Te amaré en los días en que estés hecho de luz, pero también lucharé a tu lado cuando sientas que la oscuridad te arropa… —Tuvo que hacer otra pausa, para respirar, y estiró su mano temblorosa para limpiar las lágrimas de Renato. Él la sujetó y le dio varios besos en la palma—. Te ofreceré mis hombros, para que juntos carguemos el peso, cuando sientas que el mundo se cierne sobre ti… —Con la punta de la lengua, atrapó la lágrima que vibraba sobre su labio superior—. Te amaré cuando te sientas en paz y te amaré a través del dolor… Te amaré cuando te ames a ti

mismo y te amaré el doble cuando no lo hagas, porque no hay otro lugar en el que quiera estar, si no es a tu lado. —Cobijó la mejilla de Renato en su mano y con el pulgar le limpió las lágrimas. Adoraba ver esos ojos azules cristalinos, su rostro sonrojado y la vena abultada en su frente; ver que no era la única con las emociones a flor de piel.

Se podía escuchar a Thais, llorando bajito, mientras Ian la abrazaba, y él también con el pulgar se limpiaba algunas lágrimas.

Renato negaba con la cabeza, sintiéndose un tanto impotente, porque no conseguía hacerse hueco en el remolino de emociones que ahogaban su garganta. La voz no le salía, el pecho lo tenía a punto de explotar, todo él temblaba, pero solo era producto de lo que Samira había despertado con sus palabras. No sabía que necesitaba tanto escucharlas, ahora tenía la certeza de que ella estaría a su lado, aún en sus peores momentos; y no sabía cómo empezar a agradecerle por eso.

Nunca había sido bueno para hablar en público, siempre solía ser incómodo y lo evitaba cuanto pudiera; sin embargo, había escrito sus votos, le tomó tiempo resumir en unas cuantas líneas todo lo que Samira significaba para él. Sabía que era dejar el alma al aire, abrirse el pecho en canal, delante de muchas personas, para expresar algo que solo quería decirle al amor de su vida. Así que, solo se limitó a mirarla a ella y avanzó un paso, para estar más cerca, porque no iba a alzar la voz, sus palabras iban dedicadas solo a su gitana.

—Samira. —Le tomó la mano, le besó los nudillos y la miró a los ojos—. Gracias, gracias por llegar a mi vida y por la forma en que lo hiciste, porque de otra manera, no te habría dejado entrar; no porque no quisiera, sino por mi falta de valor; ese que a ti tanto te sobra… Con tu ejemplo, me enseñaste el verdadero significado de la perseverancia. Gracias, mi amor, porque a pesar de tus miedos, nunca te rendiste…; porque el día que escapaste de casa, para cumplir tus sueños, sin saberlo, también me rescataste… Para mí, hay un antes y un después de ti —hablaba sin dejar de mirarla a los ojos, su voz vibraba y las lágrimas rodaban caprichosas por sus mejillas. Samira le sonreía y también lloraba—. Me enseñaste que el amor no siempre es un flechazo…, no a todos nos atrapa con una primera mirada ni se trata de una atracción abrumadora… El amor se va cultivando de pequeñas cosas, pequeños momentos; nace de los detalles, de lo que vas descubriendo de esa persona… Nace de la amistad…, incluso, puede darse de los desacuerdos y las discusiones… El amor nace de conocer el carácter de esa persona y, aun así, no imaginarte junto a alguien más… Samira, despertaste en mí, a un Renato sumamente protector, a un Renato valiente y aventurero; tu bienestar se convirtió en mi prioridad… Pero también te convertiste en mi consuelo, el inexplicable consuelo de sentirme seguro a tu lado. Contigo amar es muy fácil y bonito, todo fluye natural, sin tener que fingir o aparentar… Amor, contigo no tengo que pensar ni medir mis palabras, contigo me siento libre de expresarme y sentir. Tu nobleza me llenó el corazón, solo contigo empecé a sentirme menos solo… Tú, con tu sonrisa y tus ocurrencias, derribaste los muros que construí durante toda mi vida; y me retaste a ser la mejor versión de mí, cada día… Te prometo que voy a poner todo mi empeño, día a día, para retribuirte por todo lo que me has dado.

Samira se mordió el labio, para retener un sollozo, y asintió en varias oportunidades, mientras las lágrimas seguían mojando su rostro.

—Te amo —susurró con la voz rota.

Renato soltó un suspiro tembloroso y luego abrió la boca, para agarrar una bocanada de aire, en busca de calma. Mientras también afirmaba con la cabeza.

Daniela le ofreció un pañuelo a Samira.

—Gracias —hipó bajito y empezó a limpiarse las lágrimas, luego se lo ofreció a Renato.

Él lo recibió con una sonrisa y, aunque se secó las lágrimas, su rostro quedó bastante sonrojado.

El párroco los invitó a tomarse de las manos y seguir el consentimiento.

—Yo, Renato Medeiros Garnett, te recibo a ti, Samira Marcovich Valenti, como mi esposa, y me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y respetarte, todos los días de mi vida —dijo él mirándola a los ojos.

—Yo, Samira Marcovich Valenti, te recibo a ti, Renato Medeiros Garnett, como esposo, y me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y respetarte, todos los días de mi vida. —Sorbió más lágrimas.

—Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. —El sacerdote hizo señas para que acercaran las argollas—. El Señor bendiga estos anillos que van a entregarse uno al otro, en señal de su amor y fidelidad.

Fue Renato, quien, con manos temblorosas, empezó a ponerlo en el dedo anular de ella.

—Samira, recibe este anillo, en señal de mi amor y fidelidad hacia ti.

Samira miró cómo el anillo quedó perfecto en su dedo y; antes de coger el de Renato, lo miró a los ojos y le sonrió.

—Renato, recibe este anillo, en señal de mi amor y fidelidad a ti. —Se le escapó una risita de puro nervio y emoción, mientras las manos de ambos temblaban.

Luego, el sacerdote los invitó a besarse.

Renato llevó las manos a la parte posterior del cuello de Samira, y ella las puso contra su pecho; sin perder tiempo, unieron sus bocas en un beso lento, suave, que los llevó a separar los labios y a hacerlo más profundo. Mientras todos los presentes aplaudían la unión.

Con bastante renuencia, tuvieron que separarse, para poder continuar con la parte final de la Eucaristía.

Por último, mientras los invitados se daban el abrazo de la paz. Samira, Renato, los padrinos y los testigos, procedieron a firmar el acta de matrimonio.

CAPÍTULO 73

La siguiente hora, transcurrió llena de abrazos, buenos deseos; se hicieron varias fotografías y se celebró el brindis por los recién casados.

Samira, con su carisma, había conseguido ganarse el afecto de los familiares de Renato; incluso, algunas veces, se sentía un poco abrumada con tantas muestras de afecto y apoyo, así como de ofrecimientos. Desde una casa en Nueva York, a la cual llegar cuando decidieran ir, hasta tías niñeras, para cuidar a los futuros hijos que tendrían, por si algún día necesitaban tiempo para ellos solos.

—Jamás pensé que volveríamos a vernos en estas circunstancias —dijo Alexandre, cuando se acercó a Samira.

No habían tenido la oportunidad de verse anteriormente, porque Elizabeth y él, fueron los últimos en llegar, la noche anterior, ya bastante tarde. Ambos por cuestiones de trabajo.

—Yo tampoco, aún no sé cómo agradecerte por lo que hiciste por mí.

—La mejor forma de agradecerme es haber cumplido con tu palabra —dijo con una sonrisa que llegó hasta sus ojos grises e hizo más profundas las líneas de expresión—. Ya eres médico, eso sí que es un ejemplo de perseverancia… ¡Felicidades!

—Gracias, es que soy bastante obstinada —soltó una risita.

—Ya veo. —Se volvió a mirar a Renato, que estaba siendo felicitado por sus tías Hera y Helena—. Así que… ¡Renato Medeiros y tú!

Samira se encogió de hombros.

—El amor surgió de la convivencia… Primero fuimos muy buenos amigos y; solo para que estés tranquilo, fui yo, quien di el primer paso, cuando era mayor de edad… —Se acercó más a él y lo miró a los ojos—. Realmente —susurró, porque Alexandre era de las pocas personas que sabían cuántos años tenía en verdad.

—Es un buen tipo. Aunque me mostré desconfiado al principio, debido a mi instinto policial, supe que tenía buenas intenciones contigo.

—Siempre fue incondicional conmigo… Por eso se ganó mi corazón gitano —asintió sonriendo y llevó la mirada hasta su marido. En ese momento, él también se volvió a mirarla, y ambos sonrieron cómplices.

Renato se disculpó con sus tías y fue en busca de su mujer, porque estaban a pocos minutos de iniciar con la comida; luego de eso, se haría el primer baile.

—Vengo a robarme a la novia —dijo, al tiempo que le ponía una mano en el hombro a Alexandre. Hacía varios minutos, ya él lo había felicitado—. Debemos ir a la mesa.

Samira le sonrió y le ofreció la mano.

—Seguimos conversando en un rato. —Le dijo ella a Alexandre y miró cómo Elizabeth se acercaba por la espalda de él, tan silenciosa como un felino.

—¡Te atrapé, gato! —dijo juguetona, al tiempo que le cerraba la cintura con los brazos y le dio un par de besos en la mandíbula.

Alexandre sonrió y se aferró a los antebrazos de su mujer.

Renato y Samira sonrieron, esperaban que su relación perdurara con la misma intensidad con la que lo había hecho la de ese par.

—Ya están por servir la cena —anunció Elizabeth.

—Sí, ya vamos a la mesa —contestó Renato—. Hablamos en un rato.

—No coman mucho —aconsejó Elizabeth, guiñándoles un ojo—. Luego me lo agradecerán.

—Vale. —Samira sonrió, porque entendió perfectamente el trasfondo de esas palabras.

Renato miró ceñudo a su prima y negó con la cabeza, después, caminó con Samira hasta la mesa en la que disfrutarían del banquete nupcial.

Antes de darle apertura al momento de la cena, Reinhard se puso de pies, ayudado por Sophia, tocó sutilmente una copa, para llamar la atención de todos, y dio un breve pero emotivo discurso sobre su adorado nieto. Dejó claro que ambos contaban con todo su apoyo y les deseó que en su matrimonio siempre reinara el amor, la confianza y una comunicación afectiva y serena.

Junto a los novios estaban los padres y los abuelos, quienes no paraban de elogiarlos y expresar lo felices que lucían juntos.

Aunque Samira y Renato no acordaron nada, siguieron el consejo de Elizabeth, sobre todo, porque sabían que, en poco tiempo, tenían que compartir el primer baile.

Mientras disfrutaban del rico banquete que ofrecieron, tocaron el tema de la especialización de Samira. Fue Ian, quien le preguntó sobre cómo se estaba preparando para presentar el MIR.

—Estoy estudiando en la academia CTO, para presentar el examen a principios del próximo año —respondió, mientras picaba un trozo de solomillo.

—¿Y estás de vacaciones?

—No, señor, el miércoles tengo clases, pero son virtuales. —Se apresuró a responder, porque ese día estaría en la villa, en La Toscana. Solo esperaba que, estar en la cama con Renato, no le hiciera olvidar ese compromiso.

—Lo que deja tiempo para que puedan disfrutar de la Luna de Miel —dijo con una dócil sonrisa.

Samira asintió.

—Así es.

Luego mutó a los compromisos laborales de Renato, aunque ya se había pedido una licencia, por el matrimonio, puesto que sus vacaciones se agotaron durante los preparativos de la boda; lo cierto era que debía volver con sus funciones en un par de semanas.

Thais intervino al decir que ya tendrían tiempo para pensar en el trabajo y en los estudios, que esa semana solo debían enfocarse en aprovechar al máximo la Luna de Miel.

Cuarenta minutos después, Ian se levantó y una suave melodía empezó a sonar, le ofreció su mano a Samira, para iniciar el baile, mientras le sonreía. Ella, toda nerviosa y sonriente, aceptó la mano de su suegro y fue con él hasta la pista de baile.

Enseguida fue el turno de Renato, en invitar a bailar a Vadoma; al principio, a él le resultaba bastante incómodo ese momento, sobre todo, porque no era un buen bailarín, y tener que ser el centro de atención siempre hacía que le doliera el estómago por los nervios; sin embargo, las prácticas de los días anteriores le ayudaron a que ganara un poco más de confianza. Además, Vadoma, le ayudaba mucho a llevar el ritmo; al igual que Samira, la mujer tenía unos pies bastante ligeros y una postura gallarda.

De vez en cuando, dejaba de mirar a la anciana, para buscar a Samira, que brillaba guiada por su padre; algunas veces coincidían y sonreían. Tras un par de minutos, en los que siguieron las melodiosas notas de un vals, el ritmo cambió al solo de un piano en vivo y se dejó escuchar la voz de un cantante.

Samira tampoco estaba al tanto de la canción que se había elegido, ella estuvo de acuerdo con que él la sorprendiera con el repertorio. Antes de que el cantante que aparecía tras una bruma artificial, entonara la primera estrofa, Ian guio a la novia hasta los brazos de su hijo, mientras que

él tomó la mano de Vadoma y juntos salieron de la pista.

—Fue la verde luz que sale de tus ojos, esa luz que alumbra la distancia entre tú y yo… —Empezó a cantar el hombre—, que llena de esperanzas mi renglón…

Samira, en los brazos de Renato, no podía más sino mirarle a los ojos y sonreírle, mientras luchaba por contener las lágrimas y que su corazón no le hiciera estallar el pecho con los latidos que se hacían más contundentes, con cada frase de esa canción.

—Esa luz que recompone lo que compone, esa luz. Fue tu abrazo añil el que pinta con caricias el candil, que alumbra cada nota de mi voz…

Renato, con el pulgar, acariciaba ese pedacito de piel en la espalda de Samira. Y la miraba a los ojos, viendo en ellos esa luz verde esperanza que le daba paz a su alma.

—Mimando con susurros el temblor de este amor, que se desboca si lo provocas, este amor. Fue un abrazo de tu amor con guantes, con sonrisas que me regalabas. El saber que sin ti no soy nada… Yo estoy hecho de pedacitos de ti…, de tu voz, de tu andar, de cada despertar, del reír, del caminar…; de los susurros de abril, del sentir, del despertar. Aunque la noche fue gris, del saber que estoy hecho de pedacitos de ti…

Por más que quiso, Samira no consiguió impedir que las lágrimas desbordaran sus párpados; sin embargo, Renato no las dejó correr, le limpió algunas con los pulgares y otras con sus labios, cuando le repartía besos por el rostro.

—Es hermosa… —hipó ella, colgada del cuello de él, porque temía que sus rodillas temblorosas le fallaran—. Gracias.

—Gracias a ti por existir, por ser mi esperanza, por salvarme… Eres mis ganas de vivir, de luchar… Eres lo mejor que me ha pasado, Samira…, mi esposa…, mi amada esposa. —Le dio un suave beso en los labios.

—Aún no me perdono lo tonta que fui, debí preguntarte… Fui tan cobarde…

Renato volvió a besarla, para silenciarla.

—Shhh… —Le dijo, mirándola a los ojos—. No te tortures por eso…

—Perdimos tanto tiempo, te hice y me hice miserable por tantos años…

—Así debieron ser las cosas. Estábamos muy jóvenes, éramos bastante inmaduros; porque, si tú debiste preguntar, yo debí ser sincero, confiar en ti, debí encontrar la valentía para decirte lo que me pasaba. Pero ahora nada ganamos con seguir lamentándonos por cosas que no podemos cambiar, solo debemos tenerlo en cuenta, para no volver a cometer los mismos errores. Júrame que siempre vas a confiar en mí, que si tienes dudas, me las dirás… Juro que te confiaré todos mis secretos.

—Te lo juro, nunca más callaré nada, nunca más. —Samira dio su palabra, mirándolo a los ojos—. No dejaré que malentendidos vuelvan a dañarnos.

Compartieron un sutil y tierno beso, para luego volverse hacia el cantante y aplaudirle por su interpretación. Él también les aplaudió a ellos, igual que todos los invitados.

Como estaba programado, Renato y Samira, con ademanes de sus manos, invitaron a la pista a los padrinos, para que iniciara la fiesta.

Ellos bailaron un par de ritmos más movidos, para acompañar a los invitados. Samira terminó bailando con Bruno y Renato con Daniela. Aplaudieron cuando terminó la canción y los novios estaban ya listos para volver a la mesa, por lo que, se tomaron de la mano, pero antes de que pudieran abandonar la pista, desde atrás, Romina le tocó el hombro a Samira.

En el instante, se escuchó el rasgar de una guitarra y, cuando Samira se giró, estaban detrás de ella, a un lado de la pista: Víctor, Dario y Renan, tres gitanos.

Víctor y Renan, tocando palma, en compañía de Romina, Ramona y Vadoma; mientras que,

Dario, tocaba la guitarra.

—¡Qué baile la novia! ¡Qué baile la novia!… —cantaron, animándola a seguir a la pista.

Samira, con una gran sonrisa, regresó a la pista; pero llevó con ella a Renato, ya que lo haría en torno a él.

—¡Qué bailen los novios! ¡Qué bailen los novios!… —Ahora los animaban a los dos.

Él no tenía ni idea de cómo bailar, pero hizo el intento, tratando de imitar lo que había visto en la fiesta gitana a la que Samira lo invitó.

Ali ali ooo...
Ali ali ooo...
Ali ali ali se la llevo
Ali ali ali se la llevo
Ali ali ali se la llevo…

Empezaron un popurrí de rumbas y los gritos de júbilos no se hicieron esperar. Samira se acercó a Violet, que la veía bailar desde la barrera creada por los invitados, y le sorprendió gratamente que supiera hacerlo, así que la sujetó por las manos y la arrastró al centro de la pista.

Que Violet se atreviera a bailar la rumba, hizo que las demás payas se integraran; incluso, Thais, Rachell, Sophia y Megan. Hacían su mejor intento, observando los pasos de Samira, para imitarlos.

Obí Obá, cada día te quiero más.
Obí Obí Obí Obá, cada día te quiero más.
Obí Obí Obí Obá, cada día te quiero más.
Obí Obá, cada día te quiero más.

Unos veinte minutos duró la rumba, y ya Samira tenía los pies adoloridos cuando por fin pudo tomarse un descanso y regresar a la mesa, junto a Renato.

Desde ahí, Samira miraba sonriente cómo todos disfrutaban de la fiesta, mientras que él, se complacía con el perfil de ella; estiró su mano y con la delicadeza del toque de la yema de sus dedos, le secó el sudor que le había pegado algunos cabellos.

Ella tenía un moño apretado en la nunca, hacia el lado izquierdo, adornado con rosas blancas, rosadas y salmón, además de unas perlas.

Samira, ante el delicado toque de su marido, se volvió a mirarlo con adoración; se acercó y le dio un beso. Ella pretendía que fuese fugaz, pero él no la dejó alejarse, lo hizo más profundo, aunque no tan largo como le hubiese gustado.

—Te deseo —murmuró contra su boca y lo repitió también cuando le besó el cuello—. Sé que no es el momento ni el lugar, pero te deseo, Samira. Y me cuesta mucho ignorarlo. —La miró fijamente, miró cómo se derramaba la luz tenue de los candelabros sobre su pelo y cómo refulgían sus ojos.

Con esas palabras, Renato se encargó de encender un fuego en su interior; aunque, intentó ignorar el latido de excitación que empezó a retumbar en su vientre.

—También estoy contando las horas para que estemos a solas… Me seduce la idea de escaparnos —confesó con la voz ronca—, pero también quiero disfrutar este momento.

Renato le tomó la mano y entrelazó los dedos.

—Disfrutemos de nuestra boda —acordó y cogió un par de copas de champán, le dio una a ella.

Brindaron mientras se miraban a los ojos y sonreían. Aún no se terminaban la copa, cuando a su mesa llegaron Samuel y Thor.

A Samira, aún le intimidaba un poco tratar con algunos miembros de la familia de Renato, sentía que era muy pronto para asimilar que ahora formaba parte de una familia tan poderosa.

—¿Podemos acompañarlos un momento? —preguntó Samuel.

—Sí, claro, tío —dijo Renato, señalando la silla de en frente.

—Gracias —comentó Thor, sonriendo ampliamente, sus ojos azules brillaban por el gesto.

Se quedaron ahí conversando, le contaron a Samira algunas anécdotas familiares, en las que Renato estuvo involucrado, cuidando bastante de no avergonzarlo.

Dejaron de hablar cuando llegó el momento de que Samira lanzara el ramo.

—Esta vez, Violet no participará, porque ya se ha llevado un par de buqué de las novias de la familia, es hora de que le dé la oportunidad a otras —dijo Samuel, yendo en busca de su hija menor, que seguía bailando. Aún no sabía de dónde sacaba tanta energía esa muchachita.

Renato y Samira se miraron y sonrieron.

—Espero que no seas tan celoso con nuestras hijas…

—Nuestras… Entonces, quieres más de una —intervino Renato, mientras le acariciaba la espalda.

—La verdad, no lo sé. Es muy pronto para hacer esos planes, ¿no crees?

—Sí, tenemos que recuperar muchos años de placer, disfrutarnos…; entregarnos al amor y a los momentos especiales en pareja, para después poder hacerlo como padres. —Dejó de acariciarle la espalda y buscó su mano; al entrelazar los dedos, se llevó la unión a los labios y le besó el dorso, sin dejar de mirarla a los ojos.

Estaba tan enamorado que no podía creer que ella estuviera a su lado, ya como su esposa.

Caminaron hasta el lugar donde Samira haría el lanzamiento del ramo. No pudo evitar reír al ver que Violet estaba entre las candidatas, de nada sirvió la petición de su padre, la jovencita hizo lo que quiso.

En medio de risas y suspenso, el ramo terminó en las manos de Luana, la hija mayor de Alexandre, quien fue felicitada por todas las que no corrieron con su misma suerte.

La celebración continuó por varias horas, pero los novios decidieron retirarse antes de que los invitados se marcharan. Ellos se irían al hotel, a la habitación de Renato, ya que antes del mediodía partirían a Italia.

—¿Me prometes que estarás bien? —Le preguntó Samira a Vadoma, mientras le daba un abrazo de despedida.

—Sí, mi estrella, no te preocupes, ve tranquila. —Le dio su palabra. Daniela debía regresar a Chile, en un par de días, pero Romina y Víctor, pasarían con frecuencia por el apartamento, a visitarla.

Además, Thais también estaría al pendiente y, aunque en principio se ofreció para quedarse con Vadoma, la gitana no quiso, porque no necesitaba tanto cuidado, ella bien podía valerse por sí misma.

—De todas maneras, la señora Estela no faltará; déjala que te ayude con la limpieza, ese es su trabajo. —Le recordó Samira, ya que su abuela era demasiado obstinada y no quería que nadie más se encargara de organizar, cocinar y limpiar el apartamento. Todavía no entendía que Samira necesitaba recurrir a ese tipo de ayudas, porque la mayoría del tiempo lo pasaba fuera de su hogar.

Vadoma asintió, aunque no muy conforme.

—Estaré bien.

—Te quiero mucho, igual puedes llamarme en cualquier momento.

—No, eso no lo haré, a menos que sea una emergencia. Porque estos días tienes que dedicarlos a tu marido. Sé que todo se dará naturalmente, no estés nerviosa y será más fácil. —Le recomendó.

—Abuela… —Samira sintió la férrea necesidad de confesarse; pero, una vez más, le ganó la cobardía y calmó a su conciencia al recordarse que, a estas alturas, no tenía sentido decepcionarla —. Sé que será fácil, porque Renato es el hombre de mi vida, lo amo y nada deseo más que complacerlo —dijo, sonriéndole.

—Eso me alegra, cariño, me alegra no ver terror en tu mirada y sí una firme convicción en tus palabras —comentó, porque aún tenía muy presente lo traumático que fue para ella la prueba del pañuelo.

Samira le dio un beso en la frente y luego dirigió a la mesa donde se encontraban sus suegros, su cuñado, los abuelos y tíos de Renato, de quienes se despidió en medio de pícaros consejos; mientras, su marido se acercó a despedirse de Vadoma.

—Espero que tengan buen viaje, muchacho. Recuerda, he puesto en tus manos lo más valioso que tengo. Sé cuidadoso con ella y tenle un poco de paciencia.

—También es lo más valioso para mí —dijo Renato con certeza—. No se preocupe, la trataré como a una reina.

—Creo en tu palabra —asintió y se sorprendió cuando él se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias por darme su confianza. Como se lo he dicho otras veces, no voy a defraudarla —aseguró, mirándola a los ojos.

Luego, los novios se tomaron de la mano y caminaron hasta el carruaje. Renato la ayudó a subir; ya sentados, se despidieron de todos con ademanes y sonrisas.

El carruaje los acercaría hasta el coche que los llevaría al hotel, para pasar su noche de bodas.

CAPÍTULO 74

La habitación que Renato, había sido decorada para complacencia de los novios, a pesar de que iban a pasar pocas horas ahí. Había adornos florales, una botella de champán, un par de copas, fresas y velas.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Renato vio frente a su habitación al mayordomo, por lo que, en cuanto salieron del ascensor, tomó a Samira en brazos y ella soltó un gritito de sorpresa, pero se aferró con las manos al cuello de su esposo y rio emocionada.

—Ten cuidado de no pisar la cola del vestido o terminaremos dándole un espectáculo bastante ridículo al mayordomo —dijo sin parar de reír.

Renato ralentizó los pasos y miró, para asegurarse de que los volantes del vestido mantuvieran una distancia segura de sus pies.

—No tenemos problemas —aseguró con una sutil risa, aunque eso no era suficiente para expresar su estado de plenitud.

—Bienvenidos ¡Muchas felicidades! —dijo el mayordomo que les abrió la puerta.

—Gracias —dijeron al unísono.

—Esperamos que disfruten de su noche de bodas. —Cerró la puerta, dejando a la pareja en la privacidad que deseaban.

Una vez que la puerta se cerró, Samira buscó la boca de Renato, mientras que él caminaba con cautela y lentitud hasta la cama, donde se sentó con ella en su regazo. Se besaron tanto como quisieron y también compartieron profundas miradas acompañadas de sonrisas.

—Quiero que me ayudes a quitarme el vestido, a pesar de que es hermoso y me encanta, no quiero tenerlo puesto un minuto más.

—Será un placer —esbozó lentamente una altiva sonrisa y mantuvo los ojos fijos en los de ella, mientras deslizaba la palma de su mano por la espalda.

Samira dejó escapar un suspiro y respiró hondo, pero sus pulmones no consiguieron llenarse por completo.

Renato se tomó su tiempo y siguió bajando con la mano hasta el borde del vestido, donde sus dedos tropezaron con un botón; lo liberó y siguió con la cremallera que sujetó entre el índice y el pulgar, y la bajó lentamente.

Samira se levantó de su regazo y le ofreció la mano, para que él también se pusiera de pie, lo que hizo sin resistencia alguna.

Renato llevó sus manos al cuello de Samira y se acercó para volver a besarla, mientras le acariciaba las clavículas, metió los dedos por debajo del vestido y lo fue arrastrando con lentitud. Ella se encargó de ayudarle al sacar los brazos de las mangas.

Él se apartó un poco, para ver sus pechos pequeños y blancos, adornados por los pezones escarlata; los cubrió con las palmas de sus manos, pudo sentirla estremecerse con un temblor rápido y profundo.

—Te amo. —Le reafirmó y bajó hasta su cuello para permitirle a sus labios el deleite de saborear la piel suave de su mujer.

—¿Puedo empezar a desvestirte o me harás sufrir mucho más? —murmuró Samira, con los ojos cerrados y ladeando la cabeza, para brindarle a la boca de Renato un mejor acceso a su cuello.

—Soy completamente tuyo, tú decides qué, cómo, cuándo y cuánto hacer conmigo. —Le dijo

entre besos y lamidas, al tiempo que sus manos bajaban el vestido, dejando a Samira solo con el tanga de hilo y los zapatos.

Sin esperar, Samira le quitó la chaqueta del esmoquin y luego siguió con la pajarita.

—Puedes ayudarme, porque esta vez llevas muchas más prendas que yo. —Le pidió Samira, sonriendo, mientras tiraba de la pajarita.

Renato se mordió el labio, después sonrió, porque Samira tenía razón. Empezó a desabotonarse el chaleco, casi enseguida, ella acudió a auxiliarlo.

—Noto que tienes prisa —dijo él, haciendo sus movimientos más enérgicos, para empezar a desvestirse más rápido.

—Sí, no te haces una idea de cuánto te deseo.

—Está bien, porque no va a ser lento… No ahora, no podré permitírmelo. —Llevó sus manos a las nalgas de Samira y la apretó contra sí, para que percibiera su grado de excitación—. ¿Podrás seguirme el ritmo?

—Hasta ahora no me ha costado —dijo con los ojos brillantes y fue el momento de ella, para atacar con su boca el cuello de Renato.

—Eso me gusta —sonrió él, la sujetó por la cintura y le arrancó un gemido cuando, alzándola, llevó su boca ansiosa a los pechos de Samira.

El contacto fue abrasador, húmedo y caliente cuando su boca se abrió sobre el pezón izquierdo. Una sacudida eléctrica envenenó la sangre de Samira e hizo que sus latidos se desbocaran. Echó la cabeza hacia atrás, sacó más su pecho, ofreciéndoselo a su marido, para que lo devorara; y le rodeó la cintura con las piernas.

Samira gemía y jadeaba al sentir el roce de los labios de Renato sobre su piel, sus ligeros mordiscos y el deslizar de su lengua. Cada pequeña fricción o respiro le producía un placer único que la hacía temblar, despertando sensaciones que atravesaban su cuerpo y le hacían pedirle más.

Renato giró con ella y cayeron en la cama, con la boca de él sobre la suya, al tiempo que ella tiraba de la camisa y él se desabrochaba los pantalones.

Cuando Renato se levantó, para terminar de deshacerse de sus prendas, Samira se quitó los zapatos y los lanzó a algún punto de la habitación, luego levantó las caderas y se sacó el tanga de hilo, igualmente lo dejó caer, pero a su lado; para seguir con el peinado, se deshizo de las flores y se soltó el cabello, porque quería estar lo más cómoda posible.

Él volvió ya desnudo y se acostó suavemente sobre ella, la hizo sentir cómo el ardor de la piel contra la piel la atravesó, como una tormenta de fuego.

Sus manos y su boca eran impacientes; llevada por el deseo, recorría con caricias urgentes la fuerte espalda, besaba y chupaba sin reparos.

A Renato, el deseo lo cegaba y le quitaba el aliento. Ninguna ansiedad había sido nunca tan aguda, tan intensa y voraz; solo sabía que, si no saciaba sus ganas de Samira en ese momento, podría morir.

Recorrió con sus manos las largas piernas, podía sentir la energía que latía en cada poro de su piel; y los gemidos con que lo deleitaba hacían que la sangre le bullera en las venas. Apasionado, alzó las caderas de Samira y hundió su rostro entre los temblorosos muslos.

La visión de él entre sus piernas fue como un golpe visceral. Ella tragó y dejó que su mirada hambrienta se lo comiera, supervisando cómo separaba sus pliegues, atenta a lo que estaba por descubrir; luego, él levantó la mirada y esos intensos ojos azules hicieron que un rubor caliente subiera por su cuerpo. Su corazón no empezó a correr más rápido, sino que se salió de control y se balanceó en un mareo de excitación, que le robó la cordura; entonces, levantó un poco más las caderas, acercando su centro a la boca de su marido.

Las musculosas manos de Renato, se deslizaron alrededor de su cintura, para sostenerla y mantenerla a su disposición, la sensación y el sabor de sus resbaladizos e hinchados pliegues lo aceleraron al máximo. Su pecho apenas podía contener el latido de su corazón.

Samira se sentía hinchada, necesitada, dispuesta a rogar, si servía de algo. Pero él, simplemente, le rozó con la punta de la lengua, dando a su clítoris el más sutil tacto.

—Mi amor… —chilló, ansiosa.

—Poco a poco.

Samira anhelaba más de la sobrecarga sensorial, acarició sus propios pechos, pero no fue suficiente para aliviar el roer incesante de su necesidad. Deslizó sus manos por su abdomen, hacia los pliegues húmedos, en busca de alivio.

Renato la sostuvo por la muñeca, antes de que pudiera siquiera rozar sus pliegues.

—No, amor… Esta noche, quiero hacerlo yo. ¿Puedo? Solo te pido un poco de paciencia.

Samira asintió, temblorosa y deseosa; entonces, Renato se incorporó y a ella no le dio tiempo de asimilar que, por culpa de su impaciencia, estaba desistiendo de su intención de llevarla a la gloria a través del sexo oral.

Renato estrelló su boca contra la suya y merodeó por el interior, la posesión era evidente, a medida que hizo el beso más profundo. Sin previo aviso, sus dedos se deslizaron en la hendidura mojada y se metieron dentro. Ella gritó su placer en su boca.

—Te sientes tan bien —musitó Renato, contra sus labios. Sus dedos resbalaban sin dificultad, gracias a lo mojada que estaba.

Sus dedos jugaron con ella a la perfección, sabía exactamente cómo hacerla gritar. Su toque pérfido se deslizó a través de ese punto sensible en su interior, presionando y frotando, al tiempo que con el pulgar tocaba su clítoris hinchado.

Cubrió los gritos ahogados de su mujer con un beso. Ella clavó las uñas en sus hombros, y él siseó.

—¿Lista para venirte? —No necesitaba preguntar, él lo sabía, lo sentía en las contracciones en torno a sus dedos, pero quería que ella lo dijera.

—¡Sí!... sí, ya casi…

En lugar de complacerla, retiró sus dedos y los pasó a través de la hendidura, mojando más los hinchados pliegues, pero la calmó al cubrirla con su cuerpo y con la presión de su pecho caliente contra los senos turgentes, hundiéndola más en el colchón. Con sus muslos, separó más los de Samira, para acomodar sus caderas, mientras que con sus manos la instaba a abrirse más.

La anticipación la sofocó, lo quería profundo, tan dentro como para convertirse en uno solo.

—Esta noche, le haré el amor a mi esposa —prometió con una sonrisa teñida de lujuria—. Quiero hacer tantas cosas pecaminosas, darte placer de todas las maneras posibles… —Le acunó la cabeza entre sus manos y se encontró con su mirada verde musgo, ahogándose—. Pero en este instante tengo que estar dentro de ti —gruñó anhelante.

Samira intentó asentir con la cabeza, pero él la sujetó con demasiada fuerza, la cubrió bajo el calor intenso de su cuerpo y su propio deseo. Ella jadeó con ganas, esperando que cumpliera su promesa.

Sus miradas se conectaron y las siguió su corazón. Ese salvaje sentido de conexión, de pertenencia, la invadió. Samira no podía escapar de sus brillantes ojos cerúleos, más de lo que podía de su anhelo por él.

—Te siento por todo mi cuerpo. En cada uno de mis poros —confesó con la voz quebrada por el deseo, mientras se aferraba con fuerza a su espalda.

Entonces, dejó de pensar, cuando Renato la sujetó por las caderas y se alzó hacia adelante,

enterrándose todo cuanto podía dentro de ella.

Ella soltó un gruñido por la deliciosa intrusión, por sentirlo así, sin barreras de látex que aminoraban ese placer de percibir su calor, la textura de sus venas y la suavidad de su piel o la humedad de la lubricación.

Diez días antes, ambos estuvieron de acuerdo que para ese día la mejor manera de entregarse era sin ningún preservativo de por medio, por lo que, recurrieron a otros métodos anticonceptivos.

—Dios, me estás matando. Eres maravillosa, Samira. —Se retiró, luego empujó de nuevo; esta vez, un poco más profundo.

Samira jadeó por la intensa penetración y le enterró las uñas en los hombros. Se retorció debajo de él y levantó un poco más las caderas, succionándolo con un sensual movimiento de su pelvis.

La sensación de él, enterrado en su cuerpo, desató una nueva oleada de necesidad y una ola de calor en su pecho. Cuando se miraron a los ojos, Samira recordó su primera noche juntos, y un torrente de recuerdos la inundó.

Renato se apartó un poco, para no aplastarla con su peso, pero ella se aferró a él, no quería que se alejara ni un milímetro de su piel.

Él movió sus brazos bajo el delgado cuerpo, curvando las manos en sus hombros, sujetándola. Luego, con un rugido, penetró hasta el fondo; una, dos, tres veces, hasta que perdió la cuenta.

La sensación que Renato provocaba con sus empujes era calcinadora, luego explotó a través de su cuerpo y se movió con él, abriéndose por completo con un grito.

Sus piernas envolvieron la cintura de Renato, en un intento de agarrarlo más apretado, manteniéndolo más cerca, más dentro, más suyo.

Él gimió y jadeó, hundiéndose cada vez más; luego, aún más profundo. Tomó velocidad, estableciendo un ritmo duro, mientras la miraba a los ojos. Cada pensamiento y sensación fluía de su cuerpo al de ella, luego de vuelta otra vez. Y Samira sabía que él podía leer todos sus sentimientos.

Ella se tensó. ¿Podría entregarle tanto de sí misma?

—Renatinho, te amo…, te amo tanto. —Cerró los ojos. Lo que sentía por él era demasiado íntimo, demasiado real, demasiado profundo; estaba en todos lados, solo Renato podía llenarla con algo tan persistente, dulce y anhelante.

—Mírame, cariño mío —susurró agitado, producto del empuje constante de sus caderas.

Hizo lo que pidió, fundiendo su mirada en esos hermosos ojos azules de pupilas dilatadas. Se mordió el labio, preparándose para la avalancha de sentimientos que la arrasaría. Sintió el placer retumbar en sus entrañas, como las sordas sacudidas de un volcán… Entonces, sin contención alguna, explotó.

Arañó su espalda y, gritando su nombre, se deshizo en mil pedazos, su corazón latía por él y su alma estaba completamente dispersa por el placer.

Renato la sujetó con más fuerza, apretando sus cabellos con una mano y usó el otro brazo para envolverle la cintura, acoplándose con ella en todas las formas posibles, era su instinto más básico. Cerró la boca sobre la de ella y se dejó arrastrar por el dulce calor.

El orgasmo lo aplastó.

Aunque su corazón estaba a un latido de estallar, la mantuvo más apretada, enterrando su cara en su cuello, mientras la tormenta bramaba dentro de él.

—¡Sí! Samira, sí... —Su pulso tronaba en sus oídos y no sentía nada más que un éxtasis

cegador y a Samira.

Con las respiraciones agitadas y los cuerpos sudados, volvieron a mirarse a los ojos y empezaron a reír.

—Te amo, mujer —dijo sin aliento y se dejó caer sin fuerzas al lado de ella.

Samira se llevó las manos en el pecho, quería contener su corazón que quería sacar sus alas y volar por toda la habitación. Luego, empezó a sollozar y se llevó las manos a la cara.

—Amor, ¿qué sucede? —Renato se levantó, preocupado y asustado—. Samira.

—Ven aquí. —Ella estiró los brazos hacia él—. Abrázame.

Renato así lo hizo, volvió medio cuerpo sobre el de ella y la abrazó con fuerza.

—¿Qué sucede?

—No me sueltes, no lo hagas nunca… Te necesito tanto, Renato. Eres todo lo que tengo, lo único seguro… Me sentí sola y perdida por tanto tiempo. No quiero volver a sentirme así.

—No dejaré que vuelva a pasar, estoy aquí contigo y para ti.

—Soy una tonta por llorar cuando debería estar riendo…

—Hace poco reímos. —Rodó con ella y la puso sobre su pecho—. Pero si necesitas llorar, hazlo, no reprimas tus emociones…

—Estoy muy feliz, aunque esté llorando, no sé por qué lo hago, si me siento en paz… Esa paz que solo tú me das.

—Tú también eres mi paz, mi equilibrio, mi cable a tierra; eso y mucho más, por eso nunca voy a alejarme de ti. Tú y yo, juntos en las buenas y en las malas —susurró mientras le acariciaba el pelo.

—Juntos —musitó ella y empezó a sentir el agotamiento de ese día—. Mi payo.

—Mi gitana. —Él también estaba quedándose sin fuerzas.

—No dejes de abrazarme, aunque te duermas.

—No te soltaré —prometió—, pero tú tampoco lo hagas.

Samira removió la cabeza sobre el pecho y cerró con uno de sus brazos la cintura de Renato.

Así abrazados y exhaustos se quedaron dormidos.

CAPÍTULO 75

Renato despertó con el peso de la cabeza de Samira sobre su hombro izquierdo, tenía el brazo entumido y el hombro adolorido; aún así, prefería cortarse la extremidad, antes que despertarla.

No tenía idea de qué hora era, pero ya era de mañana, porque la débil luz del amanecer se colaba por debajo de las cortinas. Luego de barrer la habitación con la mirada, volvió a posar sus ojos en el rostro de su hermosa mujer; empezó a acariciarle el pelo. No se cansaba de hacer eso, de sentir en las yemas de sus dedos la suavidad de esa melena castaña, porque le daba una sensación de paz que lo embriagaba.

Deseaba hacerle el amor una vez más, perderse en el sexo: en el sexo ardiente y sudoroso, o en el lento y dulce. Sabía que ella aceptaría, si se lo pedía. Podía despertarla y excitarla antes de que se despejara. Se abriría para él y gustosa lo recibiría en su interior, cabalgaría con él. Pero Samira necesitaba dormir, los últimos días habían sido bastante intensos con todas las ocupaciones en los detalles de la boda.

Además, él también quería disfrutar de ese momento, era la primera vez que amanecía junto a ella, después de tantos años; y era una sensación tan mágica que casi no podía creérselo. Le acarició la mejilla que ya había perdido el arrebol de la excitación, ahora lucía pálida y suave. Siguió su adoración, apenas usando el pulgar, se dedicó a la tarea de volver a contar sus pestañas, las que aún tenían rastros del rímel, y en sus suaves párpados también había huellas de los colores con que la maquillaron y el negro delineado.

Minutos después, ella se removió y él se quedó inmóvil, hasta contuvo la respiración, para no despertarla, pero de nada sirvió, porque Samira abrió sus hermosos ojos hechiceros.

—Buenos días —gimió risueña, volvió a cerrar los ojos y se acurrucó contra el costado de su marido.

—Buen día, mi amor. —Le besó la cabeza.

—¿Qué hora es? —preguntó, reconfortada con el calor que desprendía el cuerpo de su marido.

—No lo sé, pero ya es de mañana —contestó, al tiempo que apretaba más su abrazo.

—¿Y a qué hora es el vuelo?

—A las once, debo cerciorarme de la hora —gimió sin muchas ganas de salir de la cama. No tenía idea de dónde estaba su móvil, y no perdería tiempo en buscarlo; decidió comunicarse con la recepción y preguntar.

Estiró la mano y se hizo del teléfono.

—Ojalá no sea tan tarde, así nos da tiempo de hacer el amor —musitó Samira con una sonrisa pícara y una provocadora sonrisa, sobre el pecho de Renato.

Ante semejante propuesta, él trago grueso y enseguida su sangre empezó a viajar rauda a su pene.

—Buenos días, señorita, ¿podría decirme la hora? —solicitó, al tiempo que le dedicaba una mirada penetrante a Samira y bajó su mano por la espina dorsal, sintiendo cada vertebra, hasta llegar a la nalga y se la apretó—. Gracias, no. Está bien, muchas gracias. —Soltó un resoplido de frustración—. Cariño, cambio de planes, debemos darnos prisa. —La soltó, pero le dio un par de palmaditas.

—¿En serio? —gimió frustrada.

—Sí, muy en serio, amor; nos toca correr, son las nueve y cuarenta. Debemos ducharnos,

vestirnos, chequear la salida e ir al aeropuerto… —Le dio un beso en la frente y, muy en contra de su voluntad, la soltó para poder salir de la cama.

—Pero podemos irnos un poco más tarde, tenemos el avión disponible. —Se levantó y entonces fue consciente de lo dolorido que estaba su cuerpo, pero era ese dolor producto del encuentro sexual, que soportaba con placer.

—Tenemos avión disponible, pero no depende de nosotros los permisos del aeropuerto. Tenemos que llegar a tiempo.

—En ese caso, ve a ducharte primero…

—¿Te parece si lo hacemos juntos?

—No, no es buena idea; eres una tentación irresistible, cariño.

Renato disfrutó de la desnudez de ese cuerpo esbelto, las piernas largas, la cintura tan pequeña y sus pechos hechos perfectamente para las palmas de sus manos.

—Ven aquí. —La sujetó por la mano y tiró de ella, hasta hacerla chocar con su cuerpo—. Son solo dos horas y media de vuelo… Volveremos a hacer el amor antes del almuerzo… Te lo prometo.

—Payo, tendrás que cumplirlo, aunque nos toque improvisar en el baño del Galileo Galilei —dijo mientras agarraba una almohada del suelo y la dejaba en la cama.

—El avión tiene habitación —dijo sonriente—. Jamás en la vida volveré a hacerte una promesa que no pueda cumplir. —Le sujetó la barbilla y le dio un beso en los labios.

Samira plegó los labios en una sonrisa extasiada.

—Entonces, no perdamos tiempo, tenemos que llegar cuanto antes a ese avión.

Él también le sonrió y empezó a dar pasos hacia atrás, dirigiéndose al baño.

—No tardaré, señora Medeiros —dijo juguetón.

—De prisa, señor Medeiros. —Hizo un ademán con las manos, mientras seguía sonriendo.

En cuanto Renato entró al baño, ella se dedicó a poner un poco de orden en la habitación. Recogió el vestido y lo puso sobre el sillón, también lo hizo con las prendas del esmoquin de Renato. Ya que eso lo enviarían con el chofer del hotel a su apartamento.

Para cuando Renato regresó de la ducha, con una toalla en las caderas, como si de un pecado andante se tratara, ya ella había tendido la cama y dejado sobre el colchón la ropa que ambos utilizarían para el viaje y que previamente había sido seleccionada por ellos mismos.

Samira corrió y se duchó tan rápido como pudo, sin mojarse el cabello.

Veinte minutos después, salieron de la habitación tomados de la mano y, detrás de ellos, un empleado del hotel llevaba el equipaje de ambos. Que no era mucho, debido a que solo estarían una semana en Italia.

Durante el trayecto al aeropuerto, Renato llamó a su padre para informarle que ya habían salido del hotel y luego le escribió al piloto, para darle un estimado de en cuánto tiempo llegarían.

Samira también aprovechó el trayecto para hablar con su abuela y recordarle que no le hiciera la vida imposible a Estela.

Llegaron justo a tiempo al aeropuerto, diez minutos eran suficientes para abordar.

—Señor y señora Medeiros, bienvenidos. —Los recibió el piloto.

—Gracias. —Samira sonrió nerviosa y complacida de escucharlo.

Renato le presentó el piloto y la tripulación.

Ella repitió los nombres, para no olvidarlos, y asintió con cada apretón de manos. No era primera vez que subía a un avión privado con Renato; sin embargo, ahora lo hacía con la importancia de ser su mujer y no una amiga de dudosa reputación.

—Ven conmigo. —Le dijo Renato, sujetándole la mano.

Juntos subieron las escaleras y entraron a la lujosa aeronave con grandes butacas de cuero beige, mesas y hasta un sofá. Tenía espacio suficiente para estirarse, ver una película o echarse una siesta en la habitación, además de un baño bien equipado.

Se sentaron uno junto al otro, no llevaban ni cinco minutos de haber despegado cuando, Gisela y Marcos, se acercaron para ofrecerles comida y bebidas. Solo entonces, ambos se dieron cuenta de que estaban verdaderamente hambrientos.

Gisela les ofreció el menú, pero como tenían planeado almorzar en un restaurante en Pisa, solicitaron alimentos ligeros.

—¿Quieres más jamón? —preguntó Samira, con el plato a su derecha.

—Sí, por favor —dijo, luego de darle un sorbo al capuchino.

Samira pinchó con su tenedor el rollito de jamón y lo puso en el plato de Renato. Él le agradeció, acercándose y le dio un beso en los labios, ella se lo saboreó y sonrió.

Comieron en poco menos de media hora y, una vez que Gisela retiró la mesa, Samira se acurrucó en la butaca y dejó descansar la cabeza en el hombro de Renato, mientras él respondía algunos correos electrónicos. Estaba de Luna de Miel, pero se le había acumulado bastante trabajo y quería avanzarlos, puesto que, una vez llegaran a la villa, no volvería a usar el móvil, a menos que se tratara de una emergencia.

Samira tenía la mirada perdida en cómo Renato escribía con agilidad sobre la pantalla del móvil y alcanzaba a leer que se trataba de un análisis sobre ventajas y riesgos; sin embargo, su atención se dirigió a los dedos largos, de uñas cuidadas y un grosor perfecto, por experiencia sabía lo extremadamente bien que se sentían dentro de ella. Recordar eso hizo que la libido se le disparara.

Lo sentía mucho por su marido, que parecía estar muy ocupado, pero su necesidad por él, era mucho más urgente; así que, bajó los pies de la butaca, se metió las manos por debajo del corto vestido de vaporosa tela amarilla con estampados florales, levantó las caderas y se quitó las bragas.

Sin decir ni pedir nada, puso la diminuta prenda en el muslo izquierdo de su marido y; antes de que él pudiera asimilar esa propuesta, se levantó, caminó hasta el dormitorio y cerró la puerta.

Toda la concentración que Renato tenía puesta en el correo que estaba redactando, se fue a la mierda al ver la prenda de encaje blanco en su muslo. Boqueó y los latidos se le dispararon como la reacción más primitiva.

La osadía de Samira acababa de ponerlo como una locomotora, agarró las bragas y, como el impulso más natural, se la llevó a la nariz; olía a excitación, a deseo, a su mujer.

Negó con la cabeza, al tiempo que se levantaba y caminó raudo donde un encuentro con el placer lo estaba esperando, y se guardó las bragas en el bolsillo derecho de sus pantalones. Cuando abrió la puerta, ya estaba tan duro que no podía hilar algún pensamiento.

Samira salió del costado derecho de la habitación, sorprendiéndolo como una niña traviesa. Él dio un respingo, pero enseguida sonrió con una mezcla de alivio y excitación, la sujetó por la cintura, pegándola contra su cuerpo.

Enseguida llevó su boca a la de él, en un beso febril, que le hacía temblar las rodillas a ambos; no obstante, a Renato se le aceleraron mucho más los latidos, cuando la mano de ella fue a la deriva, debajo de su abdomen, metiéndola dentro del pantalón y a través de su ropa interior.

Gruñó en el beso, al sentir la mano de Samira apoderándose de su polla.

—¿Te gusta eso? —preguntó, dejando su cálido aliento en la boca de Renato, mientras acariciaba la longitud con parsimonia.

—Sí, mucho…

—Todo el mundo piensa que eres controlado…, recatado. —Samira se echó a reír y usó su otra mano para desabotonar el pantalón de lino beige y bajar con lentitud la cremallera, porque necesitaba más libertad para sus movimientos—. No lo eres tanto en la habitación… —Una vez más, le acariciaba de arriba abajo, a un ritmo vertiginoso, apretándolo; y cuando su pulgar rozó la cima de su pene, él arqueó la espalda y gimió fuerte.

—Contigo soy todo deseo —gruñó—. Despiertas mi instinto animal… —Samira redefinía el placer para él. Prácticamente, cada gota de sangre de su cuerpo se había acumulado entre sus piernas. La presión era intensa y cada toque lo llevaba hasta la cumbre.

—Eso me gusta, que me muestres todas tus facetas, porque las quiero todas…, todas. —Luego se deslizó hacia abajo, hasta quedar de rodillas.

—No es una buena idea —dijo ahogado con los latidos de excitación, pero sus manos se introdujeron en el sedoso cabello, sosteniéndola entre sus piernas. En el primer contacto de la boca de Samira con su pene, la necesidad lo atravesó y apretó los dientes—. Oh, Dios.

Mirarla, tenía que hacerlo, no quería perder ningún momento de la boca de su mujer en él. Ella agitó sus pestañas, dejándole apreciar mejor sus ojos oliva, vivos y hechiceros. Su dulce boca sonrojada abierta, con su labio inferior más voluptuoso, se convertía en el lugar perfecto para que su pene pudiera descansar.

La lengua de Samia se asomó, deslizándose hacia el glande y lo lamió; luego, gimió y se saboreó.

—Lo haces muy bien, cariño —elogió con la voz rota por el placer.

Samira, sonriente, se aventuró y le lamió los testículos, mientras recorría con el pulgar hacia arriba, la longitud del pene. Ella estaba haciendo su mejor esfuerzo para poder acercarlo al éxtasis.

Los puños de Renato se apretaron en el largo pelo. Samira lo estaba llevando al límite, su control se disparó, su cuerpo se tensó, apretó los dientes mientras trataba de no correrse tan rápido. Pero ella volvió a sacar la lengua, recorriendo toda su longitud y rozó su sensible cresta con los dientes.

Él siseó ardiendo de placer y en el momento en que la lengua de Samira acunó su pene, respiró fuerte, debido a la apremiante sensación que lo desbastaba y le hacía temblar las piernas. El deseo tensaba todo su cuerpo, mientras Samira se balanceaba arriba y abajo, brindándole una preciosa visión.

Samira se llevó la erección hasta el fondo de su garganta, luego disminuyó, aliviándolo con una fuerte succión, al tiempo que inhalaba por la nariz, porque sentía que se ahogaba.

Renato estaba a punto de volverse loco, el deseo crecía rápidamente, superando los límites de su resistencia y control. A Samira le había costado menos de un minuto llevarlo hasta el borde.

Fijó sus manos en su pelo, tratando de que redujera la velocidad. Dios, si ella continuaba a ese ritmo, no podría durar mucho tiempo. Y no, no se correría en su boca, porque necesitaba estar profundamente dentro de la parte más femenina de ella y embestirla hasta el orgasmo, para después dejarse ir.

Samira leyó sus pensamientos y antes de que él le pidiera que se detuviera, liberó su erección y se levantó; notó en su mirada la duda de querer besarlo; entonces fue él, quien buscó su boca y le dio un beso arrebatador, en que el encontró su propio sabor.

Por un segundo, Samira, luchó contra el beso, para poder respirar, pero él persistió, devorando a fuego lento, quemándola por dentro. Aunque estaba sometida, decidió seguir con su plan de ser quien llevara el control.

Le llevó las manos al pecho y lo empujó, instándolo a que retrocediera.

Renato, con los pantalones y la ropa interior arremolinada en los tobillos, empezó a ceder a la imposición de Samira, y daba pasos cortos y cautelosos, en retroceso. Sonrió ladino cuando su cuerpo se estrelló contra el colchón.

Ella subió a la cama y se levantó el vestidito apenas hasta las caderas, al tiempo que se posicionaba a ahorcajadas sobre él y le sonreía con una sensualidad tan arrolladora que lo dejó sin aliento. Era primera vez que veía en Samira un gesto tan fascinante.

Ella, con una mano, se apoderó de su erección y la movió por su longitud de abajo hacia arriba, y viceversa, posicionándola en su entrada, mientras que, la otra mano, la mantenía apoyada en su pecho. Ambos contuvieron el aliento y se mordieron el labio inferior, sin romper la conexión entre sus miradas.

Él le cedió el control y solo se dedicó a disfrutar de la placentera sensación que le provocaba ir abriéndose espacio entre sus húmedas y calientes paredes.

Ella la empujó hacia abajo las últimas pulgadas, encima de la erección, con un jadeo ahogado que estimuló todos los sentidos de Renato y le arrancó un ruidoso jadeo, cuando empezó a mecerse sobre él.

La fricción le hizo morderse aún más fuerte el labio y cerrar los ojos, pero al momento en que Samira cambió el ritmo y empezó a cabalgarlo, le arrancó otro gemido de su garganta, que fue casi como un lamento. Apretó los dientes, especialmente cuando ella jadeó y le enterró las uñas en su pecho.

Samira se llevó una mano a la boca, para sofocar los jadeos que sin control se escapaban, pero no dejaba de moverse, asegurándose de que su glande golpeara su cuello uterino con fuerza. No podía ser más profundo ni menos placentero.

—¿Lo sientes bien, cariño? —preguntó Renato, enterrando los dedos en sus caderas.

Samira gimió su respuesta. Sonrió y se mordió el labio, luego asintió.

Él la levantó en una lenta retirada y luego se impulsó con una contundente embestida, eso le hizo sentir que el placer quemó sus entrañas.

Samira, totalmente abrumada, quería que ese encuentro sexual fuera anhelante e inolvidable. Era consciente de que ella le había sobrecargado de deseo, ahora solo esperaba que él le diera tregua entre tantas sensaciones. Tenía que correrse otra vez, a pesar de que su necesidad andaba por las nubes, no era negociable. Se dejó vencer sobre el cuerpo de su marido, que de inmediato le envolvió la cintura con un brazo y con la otra aferró sus caderas.

Renato empezó a penetrarla en profundidad con fuertes golpes, con la sensación caliente, resbaladiza y húmeda de ella rodeándolo. Daba una estocada tras otra, llegando cada vez más rápido.

No tenía suficiente, porque al estar con Samira, el sexo era mucho más que sexo. Era intenso, increíble. Retener el placer se hacía más difícil con cada embestida dentro de su cuerpo, especialmente mientras ella lo apretaba a su alrededor, jadeando y gimiendo.

—¡Sí! —Samira gritó en su oído—. Amor… ¡Oh, Dios! ¡Renato!…

Oírla gritar su nombre mataba su autocontrol. Quería extender este espléndido placer en ella por horas, días. Pero el calor del éxtasis era como combustible que lo quemó con fuego líquido. La presión y la necesidad consumían su compostura y, por más que quisiera, no podía contenerse más; sintió cómo la base de su espina dorsal le cosquilleó.

Afortunadamente, Samira estaba acoplada a él, iban al mismo ritmo, empezó a sentir las contracciones succionando su pene, mientras ambos se repartían besos desesperados por sus caras.

Renato se aferró a ella, mientras la penetró tan profundo como le fue posible, llegando cerca de su cuello uterino.

Codiciosamente, por un momento, se imaginó a Samira a su lado en la cama todas las noches, en su casa, con su hijo hinchando su vientre, su futuro con ella. El pensamiento reventó su autocontrol y el orgasmo se estrelló sobre él. La visión de su vida junto a ella seguía bailando en su cabeza y explotó profundo dentro de su cuerpo.

Después del último estremecimiento, su vista se aclaró, para apreciar el justo momento en que el rostro de su mujer se transformaba por el placer y le llenaba los oídos de lloriqueos extasiados, mientras se sacudía entre sus brazos.

Segundos después, Renato se deleitaba con la sensación de sentir los latidos de sus corazones sonando uno contra el otro, sus cuerpos laxos y exhaustos seguían abrazados; mientras le acariciaba suavemente con una mano, de arriba abajo por la espalda.

—Promesa cumplida, payo. —Samira rompió el silencio con una risita extasiada y se incorporó, para poder mirarlo a la cara.

—Bueno, ahora prometo que, antes de que termine el día, volveremos a hacerlo —dijo acariciándole la mejilla—. Si eso cumple tus expectativas, mi gitana.

—Creería que sí —gimió—. Pero si no es muy exigente de mi parte, me gustaría recibir el primer orgasmo de mañana, en cuanto el reloj marque las doce.

—Lo primero que haremos al llegar a Pisa, será comprar bebidas energéticas, porque eso pienso cumplirlo.

—¿Cuánto falta para llegar hasta allá?

Renato levantó la muñeca izquierda, para mirar la hora en el reloj.

—Media hora, más o menos.

—Entonces, es hora de volver a las butacas —masculló, sin ánimos de querer levantarse de encima suyo. Se sentía demasiado bien estar así—. ¿Trajiste mis bragas?

—Están en el bolsillo de mi pantalón. —Renato asintió, aunque tampoco estaba convencido de volver, pero no les quedó más remedio que levantarse e ir al baño, asearse, cepillarse los dientes y volver a sus asientos.

CAPÍTULO 76

El avión privado aterrizó en el Aeropuerto Internacional Galileo Galilei, en Pisa, a la hora que se había previsto.

Bajaron tomados de las manos, agradecieron al piloto y a la tripulación, se despidieron y caminaron hasta donde los esperaba una SUV Maseratti Levante Trofeo, de un hermoso negro mate.

El hombre que esperaba junto al vehículo, les dio la bienvenida, le tendió la llave a Renato y le informó sobre las óptimas condiciones del automóvil.

Un miembro de la tripulación se encargó de traer el equipaje y dejarlo dentro del maletero.

Renato conduciría, pues nunca le habían gustado los choferes, fue algo que solo soportó de niño, porque tenían que llevarlo a la escuela, pero desde los dieciséis, que aprendió a maniobrar un volante, no volvió a requerir de los servicios de alguien más. No iba a permitir que un extraño coartara la privacidad que deseaba tener con su mujer.

—¿Qué quieres hacer primero? ¿Vamos a almorzar? —preguntó y pulsó el botón de encendido en el salpicadero de cuero rojo.

—Es mi primera vez en Pisa. —Terminó de abrocharse el cinturón y se volvió a mirarlo—. ¿Podemos ir a la Torre?

—Tus deseos son órdenes, vamos. —Escribió en la pantalla la dirección y en segundos el GPS mostró las indicaciones para llegar en trece minutos—. Pero sí has venido a Italia, lo vi en tu enigmático perfil: «Alma Gitana».

—¡Así que lo has visto! —Sentía cómo la brisa caliente del verano entraba en la SUV y le agitaba el cabello.

—Sí, la primera vez fue hace un par de años, Raissa te etiquetó en una foto y mi corazón te reconoció, pero la razón no quiso creerle; revisé el perfil minuciosamente, buscando la confirmación de que eras tú, pero luego pensé que estaba volviéndome loco, así que desistí… ¿Lo tenías así por mí? No querías que volviéramos a vernos, ¿cierto?

—En parte, sí. Me aterraba volver a verte; porque, muy en el fondo, sabía que seguía amándote. Y, si te encontraba por allí, siendo feliz con otra, iba a morir en vida, una vez más.

—No dejé de amarte, Samira. —Puso la mano derecha en su muslo y empezó a acariciarle con el pulgar—. Te lo he dicho, no dejé de hacerlo ni un solo día; solo aprendí a vivir anestesiado y sin un motivo, porque tú eras y siempre serás mi motivación, mi meta… No quiero nada más en esta que estar contigo.

—Bueno, ya me tienes… Así que me gustaría verte motivado por algo más. —Cubrió con su mano la de Renato.

Él quiso decirle esa visión que tuvo mientras hacían el amor, pero era muy pronto y ambos estaban demasiado jóvenes para convertirse en padres. Solo fue una fantasía producto de la euforia del momento, porque por ahora solo quería amar incondicionalmente a Samira, ser todo para ella; bien sabía que en cuanto tuvieran un hijo, su corazón iba a fragmentarse, para poder amarlos a ambos. Así que, mejor sería amarla a ella, solo a ella, por mucho tiempo.

—No puedes pedirme eso, estamos en nuestra Luna de Miel… ¿Crees que algo más que no seas tú, especialmente desnuda, puede entrar en mi cabeza?

Samira se echó a reír, entrelazó sus dedos y le besó el dorso.

—Lo acepto, solo porque es nuestra Luna de Miel e igualmente no puedo pensar en otra cosa

que no seas tú, haciéndome el amor.

Luego, se deslizó en el asiento y subió los pies en el salpicadero, lo que hizo que el vestido se le subiera y dejara al descubierto sus piernas, en toda su longitud.

—Si quieres puedes poner música —sugirió él.

—¿Y si hacemos una nueva lista de canciones? Una que sea solo para esta semana, así siempre nos recordara la etapa más apasionada de nuestra relación.

—¿Piensas que la pasión por ti, me durará solo una semana?…

—No me refiero a eso, payo… —Le dio un manotazo a la mano que se deslizaba con parsimonia desde su ingle hasta la rodilla, y viceversa—. Más te vale que la pasión por mí, te dure toda la vida.

—Mi deseo por ti es suficiente para esta y cien vidas más. No lo dudes —dijo sonriente—. Me parece buena idea, pon la primera.

—No, yo tuve la idea, te toca a ti dedicar la primera canción, porque ahora sí son dedicadas, no simples indirectas…

—Entonces, ¿todas las canciones anteriores eran indirectas? —preguntó en plan de broma.

—No sé las tuyas, pero las mías, sí… No sabía cómo decirte lo mucho que me gustabas y; al parecer, no caías en la cuenta. Más de una vez quise pegarte.

—Te confieso que unas cuantas sí fueron indirectas. —Le guiñó un ojo con pillería.

Samira le lanzó un beso, porque siempre supo que Renato empezó a sentir algo más que amistad, desde que estaba viviendo con él, en Río, pero las inseguridades y miedos siempre terminaban teniendo más peso y obnubilaban eso tan bonito que empezaron a sentir.

—Lo imaginé —suspiró aliviada—. Bueno, dedícale la primera canción a tu esposa.

—Déjame pensar…, porque no podemos dedicarnos canciones al azar —dijo mientras avanzaba por la calle Lungarno Giacomo Leopardi, que era franqueada por el río Arno, en el que se reflectaban perfectamente las edificaciones de arquitectura románica en sus aguas quietas, dando la sensación de que se trataba de un espejo.

—Por supuesto que no. —Se cruzó de brazos—. Mientras, podemos poner la lista de «indirectas». —Buscó su móvil y lo conectó al vehículo.

—Ya cambió de nombre —dijo él, sonriente.

—Le va mejor. —Ella también sonrió ampliamente y luego resopló—. Está haciendo bastante calor, ¿prendemos el aire? —El caliente la tenía sofocada.

—Es mejor —dijo y desde uno de los botones del volante subió las ventanillas, también aceleró un poco más, lo que hizo que sus cuerpos se hundieran en los asientos.

Samira encendió el aire acondicionado y exhaló, aliviada.

—Esa canción no estaba —intervino, al escuchar Girassóis de Van Gogh.

—No, la agregué después, con la esperanza de que la escucharas.

—¿Por qué?

—Porque era la canción que estaba escuchando cuando te pillé en el asiento trasero de la SUV.

—¿En serio? —Su pregunta terminó con una corta carcajada.

—Ya veo que no la recuerdas o ni siquiera le prestaste atención. —Fingió un tono decepcionado.

—Estaba tan asustada de que mi padre me encontrara y, para empeorar mi situación, tuve la mala suerte de subirme en el coche del hombre al que le había robado la billetera… La verdad, me preocupé más en convencerte de que no me llevaras con la policía, que en escuchar la canción.

—Que terminaras en mi coche, fue mi día de suerte… —Deslizó su mano, una vez más, por la pierna femenina.

—Mucho tiempo después, sé que sí… Ese día nos cambió la suerte para siempre —dijo convencida.

Llegaron y Renato buscó dónde estacionar, tras varios minutos, consiguió un lugar frente a una farmacia, a un par de calles de Piazza del Duomo; antes de bajar, cada uno buscó gafas de sol.

Caminaron tomados de manos, bajo el inclemente sol toscano; se acercaron a un restaurante y compraron un par de botellas de agua.

A poco de llegar al histórico edificio, Samira se entretuvo en los puestos de suvenir, ubicados en la Piazza Daniele Manin, y se compró un sombrero. Llevaban allí menos de cinco minutos y ya le picaba la piel de los hombros.

—Imagino que has venido muchas veces —comentó Samira, mientras pasaban bajo el gran arco de Porta Nuova, que les daba la bienvenida a Piazza del Duomo.

—¿A la torre?

—Sí.

—En realidad, es mi segunda vez.

—No te creo —rio escéptica.

¿Cómo era posible que hubiese venido solo una vez, a ver uno de los más grandes íconos turísticos de Italia? Cuando desde antes de nacer, ese chico tenía la vida resuelta; por lo menos, económicamente.

—Lo digo en serio, la primera que vine tenía como catorce años, y me dio un ataque de ansiedad tan intenso, que mis padres tuvieron que llamar a una ambulancia, pensaron que era un golpe de calor… En ese entonces, aún no sabía identificar los síntomas, pero estaba seguro de que no se debía al calor, sino a tantas personas… —explicó mientras avanzaban por la calle pavimentada, hacia el baptisterio, primer edificio del cuarteto histórico—. Desde entonces, no quise volver.

—Amor, ¿por qué no me dijiste? Será mejor que nos vayamos, no tienes que enfrentar esto solo por complacerme… —propuso, dispuesta a dar la vuelta.

—No, cariño. Estoy bien…

—Renato —interrumpió con la preocupación fijada en sus pupilas.

—Créeme, estoy bien… Esa etapa la superé. La ansiedad social pude superarla, siempre y cuando no me encuentre en un espacio reducido o donde haya mucha aglomeración de personas que se peguen a mí.

—¿Seguro? —preguntó, tocándole el pecho.

—Seguro —afirmó y le dio un beso en la frente.

—De todas maneras, voy a comprar un bastón policial, para aporrear multitudes. —Se bajó las gafas hasta el tabique y le guiñó un ojo—. Así nos hacemos espacio.

Renato soltó una carcajada, luego no pudo resistirse a comerle la boca.

—Vale, queda claro que, en esta relación, tú serás la que lleve el control.

—No todo el tiempo, guapo… Hay momentos en los que me fascina que seas tú, quien lo tomes —siguió con su coquetería—. Pero ahora busquemos un poco de sombra, este sol va a calcinarme.

Renato siguió sonriendo, enamorado de esa Samira coqueta y desinhibida; le sujetó la mano y la llevó hasta la sombra que había tras el baptisterio, donde se hicieron varias fotos.

Luego descansaron un rato, sentados en la hierba fresca y a la sombra del histórico edificio,

mientras observaban la catedral y la torre.

Tras unos quince minutos de descanso, volvieron a ponerse en pie, para seguir recorriendo el lugar. Se hicieron más selfis y Renato le tomó fotos frente a cada edificio. No, él no había olvidado lo mucho que a ella le gustaban las fotografías, mucho menos cuánto le gustaba a él ser su fotógrafo.

—¿Te gustaría subir? —preguntó ella, con una sonrisa de puro anhelo.

—Sí, vamos. —Aunque él estuviera algo cansado, jamás diría que no a los deseos de su amada. Después de todo, eran experiencias que estaba viviendo por primera vez con ella.

Se acercaron a la torre, compraron los tiquetes de entrada, contaron con la suerte de que, al parecer, a la mayoría de los turistas no les seducía la idea de tener que subir más de doscientos escalones, para llegar al mirador.

El acceso era tan reducido que debían subir uno detrás del otro, para poder dejarle espacio a los que bajan; por lo menos, los escalones no eran tan altos, lo que hacía la subida menos fatigante.

Renato iba detrás y, más de una vez, se entretuvo observando el movimiento de su vestidito, por el contoneo de sus caderas, que lo dejaba sin aliento; estaba seguro de que era por ella y no por el esfuerzo físico que provocaba cada escalón que superaba.

—¿Faltará mucho? —inquirió una sofocada Samira, volviéndose a mirarlo por encima del hombro.

—No lo sé, pero ya llevamos bastante subiendo. Imagino que debe faltar poco.

—Ya veo por qué pocos la suben —jadeó, sonriente. Inhaló valor y siguió subiendo.

—Si quieres podemos regresar…

—¡Qué! ¡Ni loca regreso! Si ya hemos subido tanto, tenemos que seguir. —Estiró su mano derecha hacia atrás.

—Sigamos. —La alentó Renato, sujetando la mano que ella le ofrecía. Sin duda, la torre desde fuera se veía inclinada, pero una vez dentro, se sentía demasiado inclinada y el pasillo que los llevaba a la cima, era no apto para claustrofóbicos; era angosto y solo lo iluminaba unos focos de pobre luz amarillenta.

—¡Veo luz al final del túnel! —exclamó Samira, aliviada cuando pudo notar la luz natural.

Renato soltó una corta carcajada.

Cuando por fin llegaron al mirador, estaban anhelantes y sudorosos, pero al apreciar las vistas sintieron que cada escalón mereció la pena.

—Sí que está bastante inclinada —dijo ella, sin dejar de admirar las grandes campanas—. ¡Qué pena que el terreno haya cedido!

—Gracias a eso ha adquirido importancia, a través de los siglos, creando admiración y preocupación, tanto a expertos como a turistas…

—Tienes razón, a veces, de una equivocación puede surgir algo extraordinario… Algo así como el brownie.

Renato volvió a reír abiertamente, solo Samira conseguía hacerlo con tanta facilidad.

—Algo así como que te subieras al coche menos indicado y terminaras locamente enamorada de ese chofer. —Se acercó por detrás, sujetándole las caderas y le dio un beso en el tatuaje de la estrella dorada.

—Algo así —gimió complacida y sonrió—. Solo espero que tu amor sea tan persistente como la torre; que, a pesar de los siglos, no ha cedido.

—Si pudiera vivir siglos, lo haría contigo, amándote —dijo con el mentón apoyado en su hombro, admirando desde ahí toda la ciudad.

El momento idílico lo arruinó el estómago de Samira, al hacer un ruido de gorgoteo; ella, por la vergüenza, se llevó las manos a la cara y empezó a reír. Mientras Renato también se desternillaba de risa.

—Parece que tiene hambre… —dijo Samira entre risas.

—Ya escuché la protesta —respondió sin dejar de reír y le dio un beso en la mejilla—. Vamos a por algo de comida. ¿Qué te gustaría?

—¡Estamos en Italia, Renatinho! Pizza o pasta, eso no se discute.

—Eso es una de las cosas que más me gusta de ti, que eres decidida, porque para indeciso, yo.

—No eres para nada indeciso y me consta.

Buscó la boca de Renato y compartieron un beso húmedo, profundo y apasionando, que los dejó jadeando.

—Te amo, mi gitana —murmuró contra sus labios y las pupilas fijas en esos ojos que tanto le atraían.

—También te amo, pero podría amarte un poquito más, si nos tomamos unas fotos con estas hermosas vistas. —Sus labios se plegaron en una brillante sonrisa.

—Vas a amarme muchísimo más, porque nos haremos todas las que quieras. Voy a conseguir que tu amor por mí, sea desmedido.

—Ya lo es, pero hagamos de cuenta que no te he confesado eso. —Le guiñó un ojo.

—Vale.

Se hicieron por lo menos una docena de fotos y luego empezaron a bajar, esta vez fue mucho más fácil y rápido.

—Buscaré recomendaciones de un restaurante cerca —dijo Samira, mirando su móvil, mientras caminaba por la Catedral—. Mira este, dice que está a unos cinco minutos caminando. —Le mostró—. Parece bien, ¿cierto? Tiene buenas opiniones.

—Cantina Vasari… Sí, se ve bien, es hacia esa dirección —dijo, señalando al lado opuesto de donde estaban, ya que indicaba por detrás de la torre—. Vamos.

Caminaron abrazados, ella rodeándole la cintura y él con un brazo sobre su hombro derecho; siguiendo las indicaciones del GPS. Al llegar, se ubicaron en la terraza, bajo una gran sobrilla roja, franqueada por media pared de cristal y jardineras.

De entrada, una tabla de embutidos y quesos artesanos, acompañados de miel de acacia. Luego, a Renato se le antojaron unos tallarines con trufa negra, y Samira se pidió unos raviolis de carne caseros, bañados por una salsa de carne toscana.

Ambos solicitaron de postre un tiramisú. Casi a las siete, regresaron a la SUV, para iniciar el viaje de hora y media, hasta la villa.

—¿Puedes prestarme tu móvil? —preguntó Renato, antes de empezar a conducir.

Samira se lo ofreció y pudo verlo moviendo los dedos sobre la pantalla.

—¿Qué haces? —curioseó, tratando de mirar lo que hacía.

—Ya casi termino…, ya casi. —Tratando de ser rápido, para que Samira no viera.

Se lo devolvió y enseguida el interior del auto fue inundado por el sonido de un piano, seguido de la primera estrofa de una canción que para Samira era nueva.

Tal vez sea yo
El hombre más feliz de este planeta
Si cuento con tus besos
Cada vez que se me antoja
También el más afortunado de este mundo

Si cada vez que me despierto
Yo te encuentro aquí a mi lado
Tal vez no exista nada que me importe más que tú
Y me basta con saber que estas allí
Pensando un poco en mí…

—Es la primera canción de nuestra lista de Luna de Miel —comentó, mientras esperaba su reacción; ella escuchaba atenta la canción.

—Es hermosa —chilló emocionada y sonrojada—. ¿En serio te sientes el hombre más feliz del planeta? —preguntó con entusiasmo.

—Solo cuando estoy contigo.

Samira se desabrochó el cinturón y casi se lanzó contra él, le rodeó el cuello y le dejó caer una lluvia de besos por el rostro, para luego terminar en la boca, a la que no solo besó, sino que también chupó y mordió, llevada por la euforia.

Renato correspondió con la misma intensidad y se vio tentado a mudarla a su asiento, pero lo menos que quería era terminar en una prisión italiana, por cometer actos inmorales en plena vía pública.

—Por eso tardaste tanto en el baño, la estabas buscando, ¿cierto? —preguntó, ya que mientras esperaban el postre, él pidió permiso para ir a los servicios y tardó más de la cuenta; incluso, llegó el tiramisú y tuvo que esperar por él, como cinco minutos más.

—¿Te pareció que tardé?

—Estuve a punto de ir a buscarte…, pero me contuve; no quise verme como una tóxica desesperada.

Renato se echó a reír y le dio otro beso rápido.

—¿Nos vamos? —preguntó, porque para poder conducir, Samira tenía que volver a su puesto y abrocharse el cinturón.

—Sí, por supuesto, ya quiero llegar a nuestro nido de amor. —Se acomodó y se puso el cinturón—. Voy a repetirla —comentó, buscando en su móvil, para poner toda su atención en la canción.

Renato solo asintió y salió del estacionamiento de la farmacia. Mientras se reprodujo la canción, Samira emitió más de un chillido de pura emoción y sus ojos brillaron por las lágrimas contenidas.

Y tú la vida
En cada beso tú me das la vida
Y tú mi fuerza
Para entender un poco más el mundo donde vivo
Un tiempo para sentirse seguro
Un tiempo donde se puede soñar
Tal vez sea yo
El hombre más feliz de este planeta
Si has hecho con mi vida lo que a ti te dio la gana
También nunca llegué a decirte todo lo que siento…

CAPÍTULO 77

Rodeada de colinas, viñedos y olivares, frente a las famosas torres de San Gimignano e inmersa en la tranquilidad de este maravilloso entorno, se encontraba la villa Sarah, una edificación con todo el encanto de la arquitectura románica.

En cuanto Samira bajó de la SUV, se sintió especialmente encantada por el mayor atractivo del lugar: una piscina infinita construida con piedra de Cardoso, la cual tenía dentro un jacuzzi, ubicado estratégicamente al extremo derecho; con unas vistas extraordinarias de las campiñas.

Ella estaba segura de que ahí pasaría mucho tiempo, sobre todo, al ver que junto a la piscina había una gran dependencia, con una terraza panorámica, cocina exterior equipada, zona de bar y una gran mesa, para disfrutar de una cena al aire libre.

Sin duda, Renato había elegido un lugar perfectamente romántico, para su Luna de Miel.

Los propietarios les dieron la bienvenida con un buffet, repleto de todo tipo de quesos. También tenía galletas, pan, tapas y pan pita; frutas, como: uvas, manzanas, higos, frutos secos, mermeladas y vinos. Consideró que era demasiado, solo para los dos.

Lucia y Gabriele, les dieron un recorrido por toda la propiedad, que se encontraba rodeada de un precioso jardín; Samira pudo apreciar brevemente todas las maravillas del lugar.

—Desde aquí podrán trasladarse en coche a las ciudades más importantes de la Toscana, como: Florencia, Siena, Lucca y las principales zonas del Chianti —explicó Lucia, cuando regresaron al gran comedor en la terraza donde estaba el buffet.

—También se puede llegar caminando a San Gimignano, está solo a dos kilómetros, a través de los viñedos de Vernaccia —dijo Gabriele, señalando los campos que tenían en frente.

Samira quedó encantada con la calidez de los propietarios de la villa. Renato ya los conocía, porque antes de ir a Madrid, estuvo ahí por casi una semana.

Pero rápidamente se encontró deseando que se marcharan, para poder quedarse a solas con su esposo, al que no le soltó la mano desde que bajaron de la SUV y se pasearon por cada rincón de ese lugar de ensueño.

Ya su equipaje había sido llevado por Gabriele hasta la habitación principal, un recinto verdaderamente hermoso, con todo el encanto toscano. Pisos de madera noble, una cama doble con cuatro postes de madera y dosel de lino, sábanas blancas y una colcha verde menta, que creaba un bonito contraste con los cojines beige; mesas de noche, de mármol y hierro forjado, a cada lado del gran lecho, un aire acondicionado para mitigar las altas temperaturas que estaban haciendo y un televisor bastante pequeño, que ella estuvo segura de que no iban a prender ni una vez. Tenía mejores cosas en las que entretenerse.

—Muero por meterme en la piscina —dijo Samira, entre dientes, mientras sonreía y se despedía los propietarios con movimientos de su mano.

—Yo también —dijo Renato.

En cuanto Lucia y Gabriele salieron de la propiedad, Samira salió corriendo hacia la habitación, subió su maleta a la cama y sacó un bikini naranja.

Poco tiempo después, llegó Renato.

—¿Cuál sunga vas a usar? —preguntó Samira, sacando varios.

—Cualquiera está bien —comentó mientras se desabotonaba la camisa.

Ella decidió que el azul del mismo color de sus ojos se le vería demasiado bien.

Se cambiaron rápidamente, dejaron cargando los móviles y antes de llegar a la piscina pasaron por el buffet y se sirvieron un poco de cada alimento, una botella de vino y dos copas. Lo dejaron todo al borde de piedra que franqueaba el jacuzzi de la piscina.

—Deja que te ayude —dijo Renato, ofreciéndole la mano, ya que fue el primero en entrar.

—Gracias, mi amor. —Samira gustosa la recibió y le sonrió, suspiró encantada al sentir el agua tibia y burbujeante contra sus piernas—. Esto está demasiado bueno —gimió cuando se sentó junto a Renato—. Y las vistas son extraordinarias —comentó con la mirada perdida en las verdes campiñas y en las torres del pueblo medieval, en lo alto de la colina.

—Sí, estar aquí es un encuentro seguro con la paz —concordó Renato, acariciándole con las yemas de los dedos, la parte posterior del cuello, deleitándose con la suavidad de los vellos de la nuca.

Pasaron la siguiente hora disfrutando de los bocadillos, mientras admiraban la extraordinaria puesta de sol, que bañaba de un tono dorado-naranja los viñedos. Si había algo que le gustaba a Samira, eran los atardeceres de verano, porque la calidez de sus colores le regocijaba.

—Voy al baño, ya regreso —dijo ella—. ¿Quieres que te traiga algo?

—No, estoy bien, solo no tardes. —Le pidió, mirándola a los ojos y le dio un beso.

Samira salió del jacuzzi, escurriendo agua de su delgado cuerpo. Renato la siguió con la mirada y cómo el atardecer también la pintaba, haciéndola lucir como una diosa dorada con ese bikini naranja. La deseaba como un loco.

Se comió un par de uvas, un triángulo de queso manchego y bebió algo de vino, antes de que el sonido potente de una canción proveniente de la terraza se extendiera claramente hasta la piscina. Y la vio venir contoneando las caderas, en un baile entre sensual y juguetona, mientras seguía la letra del tema.

—*Please don't tip-toe, come close, let's Flow. Anchor in me, and get lost at sea, the world's your oyster and I am the pearl, open Waters, sink into me slowly…* —Antes de llegar a la piscina, se quitó la parte de arriba del bikini y la dejó caer en el suelo de piedra.

A Renato se le atascó el aliento y el corazón le dio una voltereta, por lo que, tuvo que tragar grueso. Ver a Samira en toples, solo para que él pudiera admirar sus turgentes pechos, le incendió la sangre.

—*So baby, come and take a swim with me make me ripple 'til I'm wavy. Don't be scared to dive in deep and start a tsunami… Tsunami…* —Samira siguió cantando y avanzando mientras bailaba. A pocos pasos de llegar, se desató el lazo que ataba la prenda en el costado izquierdo de sus caderas, luego lo hizo con el lado derecho.

Desnuda, se lanzó y nadó por debajo hasta el otro extremo, emergió como una sirena y se volvió de frente a Renato, que seguía en el jacuzzi, embobado, mirándola. Con la espalda pegada a la pared de la piscina, ella estiró sus brazos y le hizo un ademán, para que se acercara, mientras le sonreía con provocación.

Renato no dudó ni un segundo en aceptar su invitación, se levantó, saltó el muro que dividía al jacuzzi de la piscina y nadó hasta ella.

Al llegar, la sujetó por la cintura y salió a la superficie solo para devorarle la boca con el poco aliento que le quedaba. Samira le rodeó el cuello con los brazos, pegada a él, correspondió a las ganas de su marido con el mismo entusiasmo, disfrutando de la intimidad que solo podía obtener con un beso y aferrada a la calidez que recorría todo su cuerpo, cada vez que sus labios se rozaban con tanta intensidad.

Era feliz cuando Renato la abrazaba así, como si temiera perderla. Cuando sentía que no podía contenerse más y terminaba abruptamente el beso, se equivocó; solo se apartó lo suficiente

para agarrar una bocanada de aire.

—Imagino que esa es la segunda canción de nuestra lista especial.

—Así es —afirmó. Samira tragó saliva, porque él lucía tan irresistible y masculino, ahora que estaba casi desnudo, su poderío era patente en su pecho, en su abdomen, en cada protuberancia de sus hombros, en cada músculo y en las venas que recorrían sus brazos.

—Yo todo romántico y tú toda lujuriosa —dijo sonriente y con el ardor brillando en sus ojos.

—Es tu culpa. —Samira se soltó del cuello y fue bajando las manos por la fuerte espalda, hasta llegar al borde del sunga y las metió por dentro, aferrándose las duras nalgas. Le fue imposible no morderse el labio, producto de la sensación de ese toque.

—Quítamelo —pidió él, sin dejar de mirarla a los ojos y con su aliento sobre los labios entreabiertos de ella. El tono grave de ese murmullo dulce y bajo hizo que surgieran cosquillas en el cuerpo de Samira, sobre todo, en lugares insospechados—. Necesito más de ti —exigió, sujetándole con más fuerza—. Ahora. —Su mirada azul permanecía fija en ella, una promesa de éxtasis ardiente, una silenciosa declaración de su intención de satisfacerla hasta que estuviera lánguida y gimoteando.

Samira ya temblaba, el deseo latía entre sus piernas y la sangre ardía en sus venas. No podía esperar a sentirlo dentro, muy profundo en su interior.

A continuación, bajó con un tirón casi brusco la única prenda que Renato llevaba puesta y él le ayudó con el movimiento de sus piernas. Ambos quedaron completamente desnudos y a merced del placer.

—Abre —pidió Renato, llevándole las manos a los muslos y los separó, para posicionarse en medio de ellos.

Samira lo agarró por los hombros, sintiéndose mareada, abrumada, apenas podía respirar. Él volvió a besarla, sentía que estaba en peligro de perder la cabeza; y no le importaba. Ella solo necesitaba más de ese volátil paseo de placer que solo su marido podía ofrecerle.

—Eres mi propio y personal pedazo de cielo —murmuró Renato, mientras le besaba el cuello y se friccionaba contra los labios vaginales, al tiempo que separaba más ampliamente los muslos de Samira.

En el momento en que la penetró, ella emitió un grito ahogado; ese sonido amortiguado lo elevaba más alto, más cerca de ese lugar donde él perdería el control.

Samira boqueó y cerró sus manos en el pelo mojado.

El aguijonazo de dolor en su cuero cabelludo lo excitó aún más, por lo que, empezó a penetrarla con la urgencia que lo gobernaba. El movimiento de sus cuerpos hacía que el agua entre ellos chapoteara.

Samira contuvo el aliento en una irregular inhalación que le nublaba la vista y sus caderas de movían, succionando las estocadas que él le daba.

—¡Renato!… —Samira jadeó con su rostro y pechos ruborizados.

Él la alzó un poco más, para perderse con su boca en el valle entre sus pechos, y ella jadeó aún más fuerte; luego le sujetó el rostro, para mirar sus grandes ojos azules, brillando con excitación y curiosidad. Samira le sonrió y él sintió que se enamoraba un poco más de ella.

Le consumió la boca en un beso codicioso y agradeció la manera en la que Samira se abrió a él, aceptándolo profundamente en su boca. Empujó su pelvis, hundiéndose más. Cada vez, él accedía un poco más profundo, las ceñidas paredes de Samira creaban una fricción pecaminosa, que lo tenía siseando en una respiración.

Su cuerpo creció en tensión, sus uñas se hundieron en los hombros de Renato y sus piernas se apretaron alrededor de sus caderas. Empezó a moverse a su ritmo, contoneándose contra los

crecientes y rudos empujes de su marido.

La respiración caliente de Samira en su cuello, se deslizaba como pluma sobre la piel sensible, inevitablemente, lo recorrió un escalofrío que casi lo desarmó. El sexo con ella, cada vez era más deslumbrante, más destructor que cualquier otra experiencia que hubiera tenido. Pero saber que ella era suya de cualquier manera, estaba matando su control.

—Sí —gimoteaba ella—. ¡Dios! Sí…, así, mi amor… Así…

—Te siento tan bien, cariño. Estás temblando…

—Estoy tan cerca... —lloriqueó de placer, ante las contracciones del orgasmo y apretando más sus muslos entorno a las caderas de Renato.

Ella se mantenía apretada a su alrededor y él tuvo que afirmar sus manos en sus caderas para empujar su camino al interior. Cada embestida se convertía en un rico desliz hacia el éxtasis que lo tenía jadeando, gruñendo, necesitando vaciarse dentro de ella.

Samira se tensó más aún, quedándose sin aliento. Mientras sus miradas se encontraban, la desnuda conexión la abofeteó, tirando de algo en su pecho. Cerró los ojos y se dejó llevar hasta donde él quisiera llegar.

El placer aumentó en el cuerpo de Renato, mientras el clímax hervía en su interior; gritó, se estremeció y se enterró más profundo. La sensación era tan perfecta, que no quería dejarse ir, pero era algo inevitable, Samira sabía cómo hacerlo acabar.

—Eres genuina, mágica —murmuró Renato con la voz rota por los vestigios del orgasmo y le apartó con cuidado varios mechones que tenía pegados al rostro.

Ambos tenían los pechos agitados, seguían abrazados y sonrientes.

Renato volvió a acunarle la cara, para darle un beso lento y húmedo. Enfrascándose en un capricho más sutil y sin prisas. Sus manos bajaron de su cara hasta la pequeña cintura, y luego a sus piernas.

El beso de Renato derivó en un estrecho abrazo, al que ella correspondió y; cuando volvió a mirarlo a los ojos, no tuvo dudas de que siempre debió tener eso. A él, incondicionalmente.

—Te amo tanto…, tanto —expresó con un suspiro.

Él sonrió complacido y le repartió besos por el rostro.

Se quedaron un rato más en la piscina, hasta que ella le confesó que estaba agotada y que le gustaría dormir un poco, aun cuando eran las nueve y recién acababa de anochecer.

Así que y juntos se ducharon en el baño de la habitación; luego, desnudos, se fueron a la cama. No pasó mucho tiempo para que se quedaran dormidos.

Samira sintió suaves besos que iban de su cuello, transitaban por su clavícula hasta llegar a su hombro, y emprendían el viaje de regreso, sacándola del profundo sueño; aún sin abrir los ojos, estiró la mano, apoyándola contra el pecho caliente de su marido.

—Gitana, faltan cinco minutos para las doce. Para cumplir mi promesa, tengo que contar con tu colaboración. —Le susurró al oído, mientras que las yemas de sus dedos resbalaban por la espina dorsal de Samira.

Ella sonrió, intentando ahuyentar el sopor y los sedosos vestigios del sueño.

—¿Cuánto tiempo hemos dormido? —preguntó aún con los ojos cerrados.

—Poco menos de tres horas. —Le dejó un beso en el tatuaje. Besarla ahí se había convertido en una nueva debilidad—. Pero si quieres podemos dejarlo para después —propuso, comprendiendo que debía estar cansada.

—No, nada de dejar para después —dijo ella, girándose boca arriba y estiró los brazos por encima de su cabeza, exponiendo sus pechos desnudos—. Sírvete. —Abrió los ojos y le sonreía risueña.

Renato rio y empezó a repartirle besos, no solo por los pechos, ni se deleitó únicamente con los pezones, sino que lo hizo con cada rincón de su cuerpo; esta vez, besando lugares a los que jamás había llegado. Como era natural, Samira se tensó un poco cuando la lengua de su marido acarició y humedeció ese punto que ella jamás imaginó le daría tanto placer, y no se atrevió a detenerlo con indecisiones.

Así, poco a poco, iban venciendo las barreras de lo inimaginable en el sexo, iban experimentando y entregándose a todo eso que tenían para darse.

Alcanzaron la gloria una vez más y volvieron a quedarse dormidos, exhaustos y satisfechos.

CAPÍTULO 78

La luz de la mañana fluía a través de las ventanas, mientras Samira se estiraba, su cuerpo le dolía en muchos deliciosos lugares. Se maravilló de cuán valorada y saciada se sentía.

Los momentos de pasión con Renato le volaban la mente, pero lo que pasó en la noche fue extraordinario y no podía hacer otra cosa más que suspirar de felicidad.

Se despertó confortada por la profunda respiración de Renato, a su lado, se acercó y lo olió, ese aroma que tanto adoraba por la paz que le daba. Tentada, se acurrucó contra el calor de su cuerpo y, tentativamente, deslizó su palma hacia abajo sobre el duro pecho, trazando su marcado abdomen, guiando las suaves yemas de sus dedos.

Destellos de su pasión y su cuidado la bombardearon, la sensación de él, llenando su boca y su cuerpo a la vez; su toque tranquilizante, inundaron sus ojos de lágrimas, cerraron su garganta y pensó que no podría amarlo más, pero tenerlo a su lado, intensificaba sus sentimientos al punto de ahogarla.

Samira no se engañaba a sí misma; incluso, si su matrimonio terminaba mal, Renato siempre estaría en su corazón. Desde el momento en que lo conoció, había estado fascinada. Él tenía inteligencia y una amabilidad que no había encontrado en alguien más.

—Estás pensando demasiado —murmuró Renato.

Samira levantó la cabeza, para mirarlo. Su cabello oscuro como la tinta estaba despeinado, sus ojos cerúleos soñolientos se veían cristalinos y su fascinante sonrisa taimada, hizo que su pulso se acelerara.

Sería tan fácil caer en sus brazos y volver a entregarse al placer carnal del sexo, pero había zonas en ella que necesitarían más horas para recuperarse de la ligera irritación que tenía.

—Sí, muchas cosas pasan por mi mente —contestó.

—Espero que sean buenas…, como los planes para hacer hoy. —La estrechó entres sus brazos.

Ella asintió, sonrió y se acomodó, para acostarse junto a él, quedando frente a frente.

—¿Qué te gustaría hacer ahora?

Renato le apartó el cabello de la cara, luego deslizó las yemas de sus dedos sobre su hombro desnudo, provocándole un ligero temblor.

—Sé que prometimos no salir de la cama, pero necesito tiempo para recuperarme un poco… —Frunció la nariz—. Tanto jaleo en tan poco tiempo me tienen algo sensible y el cuerpo me duele como la mañana después del primer día de haber ido al gimnasio… Sabes a lo que me refiero.

—Perfectamente —sonrió con consideración y le dio un beso en la punta de la nariz; después de todo, él también necesitaba recuperarse; al igual que ella, despertó con bastante dolor muscular—. Entonces, si descartamos hacer el amor en las próximas horas, ¿qué haremos?

—Vamos al pueblo, podemos caminar por el viñedo, como dijo Gabriele.

—Bien, hagámoslo, así comemos en algún restaurante de ahí —propuso mientras le cubría la mejilla con el calor de su mano. El rostro se ablandó y le sonrió. Eso le dio mucha calidez. Su pulgar trazó el arco de su ceja, mientras él la miraba fijamente, con una expresión que ella no podía leer.

—¿Qué sucede? —Le preguntó, mirándolo con ensoñación.

Renato negó con la cabeza y se pasó la punta de la lengua por el labio, para humedecerlo.

—Solo que entre más te miro, estoy convencido de que eres mi chica perfecta y que te admiro por todo lo que has logrado; aun cuando todas las probabilidades estaban en tu contra… —Renato llevó la otra mano a su rostro, para acunarlo.

El corazón de Samira se salteó un latido y su brazo le rodeó la cintura; entonces, Renato dejó de tocarle el rostro, para llevar su mano hasta el muslo y ponerlo sobre su cadera, abriéndola para él.

Presionó un beso en su boca, mordisqueó su cuello y respiró en su oído, lo que provocó que la piel de Samira se erizara y su cuerpo crepitó en atención, como si supiera quién era su señor; y se preparó a sí mismo en anticipación, para su posesión. La manera en que él la miraba le hizo retener la respiración.

Inclinó su boca sobre la de ella y Samira tuvo que pelear para enfocarse en sus sentimientos y no en las sensaciones que Renato despertaba, porque, aunque su cuerpo se excitara y estuviera dispuesto para recibirlo, lo cierto era que debía darle tiempo; las lesiones en su cérvix iban a agradecérselo.

—Jamás he sentido por nadie más, algo tan profundo como lo que siento por ti. —Su corazón amenazaba con saltar de su pecho y su mirada exploraba profundamente en los ojos azules.

—Dios. —Renato sonrió extasiado por esa confesión—. Estoy seguro de que te amo y lo haré toda mi vida, pero no quiero volver a equivocarme. Depende de nosotros que este matrimonio funcione, así que haré todas las preguntas necesarias y soltaré todas mis dudas, con tal de no volver a meter la pata… Amor mío, dime, ¿qué necesitas de mí? —murmuró él—. ¿Qué esperas de tu esposo?

—Solo me basta con que me quieras y que me respetes, que seas sincero conmigo en todo momento. Sé que te gusta protegerme, pero ya sabes que no es algo que espero. Bien puedo valerme por mí misma.

Renato deslizó su pulgar sobre sus labios, luego tomó posesión de ellos, en un exuberante pero breve beso, que la derritió incluso más.

—Se me olvidaba decirte —dijo Samira, casi sin aliento y sonriente—, que también es muy importante que me permitas alimentarme a tiempo o corres el riesgo de que tu esposa termine convirtiéndose en un terrible monstruo.

—Ya he sido testigo del proceso de transformación —dijo riendo, al recordar las veces que le sonaban las tripas. Le acarició el pelo—. Afortunadamente, te he alimentado a tiempo. Vamos a levantarnos, tenemos que darle de comer al monstruo interno —suspiró y se apartó de ella.

—Espérame —dijo, saltando de la cama, corrió tras él y se lanzó a su espalda. Como ya estaban desnudos, entraron enseguida a la ducha.

Casi una hora después, estaban listos para emprender su travesía de caminar a través de los cultivos de Vernaccia. Samira se preocupó por aplicarse abundante protector solar, también de llevar un par de botellas de agua y unas manzanas verdes.

Le hizo una llamada rápida a su abuela, para que supiera que estaba bien y le informó a dónde irían, cogió el sombro, las gafas de sol y su bolso marrón, que combinaba muy bien con la ropa que llevaba puesta; unos pantalones cortos blancos, que dejaban expuestas sus largas piernas, hasta bien arriba de los muslos, y un crop top con escote de corazón, blanco con lunares marrones.

Renato se veía guapísimo con sus pantalones cortos blanco hueso, una camisa Polo, celeste, que se arremangó hasta los codos y se calzó unos Adidas clásicos.

—No creo que necesitemos activar el GPS, es derecho todo el tiempo, o eso parece —dijo Samira, cuando emprendieron el viaje.

—Eso parece. —Renato sonrió—, pero si caminamos por una hora y aún no llegamos, lo activamos.

—Vale. —Ella estuvo de acuerdo.

Siguieron caminando entre los viñedos, deteniéndose a mirar algunos árboles de parra y para tomarse varias fotografías; sin embargo, cuando llevaban unos cuarenta minutos caminando bajo el inclemente sol de verano, empezaron a sentirse fatigados y bastante sonrojados, a pesar de que estaban bien hidratados.

—Esto cuenta como ejercicio, ¿cierto? —dijo Samira con la voz agitada; sobre todo, porque iban en constante subida.

—Más del que ya hemos hecho. —Le respondió, tratando de mantener el buen ánimo.

—Y de todo el que nos falta. —Jugueteó con las manos cogidas en un constante balanceo.

—Entonces, podremos permitirnos muchos carbohidratos. —Él seguía el juego al balancear las manos.

—Por favor, ¡quiero pizza, gelato, cannoli…, más pasta, mucha más pasta; la quiero en todas sus presentaciones y con todas las salsas posibles! —suplicó Samira.

Renato se carcajeó.

—Tenemos muy poco tiempo, pero haremos lo posible para que comas todo cuanto quieras.

—Siempre podremos volver —dijo ella.

—Por supuesto, siempre que puedas… Por cierto, ¿cuándo son tus clases?

—El miércoles.

—¿Tienes que estudiar?

—Un poco, sí. Esta noche, después de que hagamos el amor, puedo dedicarle una hora, aunque aún puedo darte cinco minutos de mi tiempo, entre mis estudios, ya que lo hago con el método Pomodoro.

—Acepto, aunque sea un minuto, pero lo más importante es que te concentres en estudiar. ¿De acuerdo? No quiero que por mi culpa no rindas en lo que tienes que hacer.

Samira sonrió complacida, siguieron caminando por diez minutos más y por fin llegaron a San Gimignano, un pequeño pueblo amurallado de origen medieval, erigido en lo alto de las colinas de la Toscana.

—¡Por fin! —exhaló con júbilo, mientras golpeaba con sus pies el camino empedrado, para sacudirse el polvo de las sandalias.

Renato hizo lo mismo, ya que sus Adidas habían tomado un tono amarillento, por la tierra de los viñedos.

—Busquemos dónde comer —dijo Renato, luego de dar un largo trago de agua. Caminó para echar a la basura la botella vacía.

Samira asintió y también bebió, pero a ella todavía le quedaba un poco. Esta vez, fue Renato el encargado de buscar en el móvil un lugar donde comer.

—Quiero pizza —dijo Samira, asomándose para mirar en la pantalla las opciones.

—Mira, este lugar está bastante cerca, aunque no veo lugar para sentarnos, solo unas butacas.

—Vamos, ya estando ahí decidimos —propuso Samira.

Caminaron hasta RiccaPizza y cuando llegaron, se dieron cuenta de que, efectivamente, no había espacio para comer. Estaban por marcharse cuando escucharon a una familia decir que se la llevarían, para comerla en la escalinata de la catedral; entonces, decidieron hacer lo mismo.

Renato se pidió una Capricciosa y Samira una cuatro quesos y salami; de bebidas, un par de botellas de agua. Con cajas en manos y con las bocas hechas agua, por el aroma que desprendían las pizzas, caminaron un par de minutos hasta la catedral.

Se sentaron y se dispusieron a comer e intercambiaron de sus pizzas, para poder probar ambos sabores. Mientras observaban a un grupo de turistas acompañados por una guía, que les contaba la parte más relevante de la historia del pueblo.

Ellos aprovecharon para ver en el móvil de Renato, poco de la historia del lugar que estaban visitando. Luego, con un poco más de conciencia sobre la importancia del pueblo en la Edad Media y el Renacimiento, por haber sido un punto de parada, para los peregrinos católicos en su camino a Roma y ser centro de refugio durante la Peste Negra; decidieron caminar entre sus calles, que los hacía sentir como si estuvieran en una película Medieval.

Samira aprovechó para comprar varias cosas para su abuela, un ánfora pequeña, una mantilla negra; para Julio César compró un hermoso Pier Toffoletti, en la Galería Gagliardi, donde la administradora amablemente les ayudó a gestionar el envío hasta Madrid. Estaba segura de que su amigo amaría esa pintura.

Se perdieron entres los callejones del pueblo, caminaron sin prisas, mirando cada detalle y regresaron al punto de partida, en la Piazza della Cisterna. Samira aprovechó para que Renato la fotografiara en la monumental boca de pozo de travertino, sobre un pedestal octogonal. Sin duda, era el centro de atención de los turistas, ya que se hacían filas para conseguir una foto en ese lugar.

Así mismo, vieron cómo extensas filas se hacían frente a una gelatería llamada Dondoli, que orgullosamente exhibía en sus carteles haber ganado varios concursos mundiales como el mejor gelato. Por supuesto, Samira no iba a irse del pueblo sin antes probar uno de esos, sin importar cuánto tuviera que esperar en la fila.

—Quiero un gelato, se ven muy ricos —dijo al ver que una pareja pasaba junto a ellos, conversando y disfrutando de unos atractivos conos.

—Vamos a hacer fila. —Renato la cogió de la mano y fueron a formarse tras un gran grupo de personas.

Cuando llegaron, no sabían qué pedir, pues todos se veían bastante provocativos. Renato eligió el «Dolceamaro», que, según su elaboración, era a partir de una infusión de hierbas aromáticas, una ligera crema de vainilla especiada, enriquecida con una salsa de chocolate con naranja y una salsa de café expreso, rematado con granos de avellana y almendras rebozadas.

Mientras que Samira prefirió el «Italian Garden», que era un cheesecake de albahaca, crumble, sal, salsa de fresa y tomate.

Cuando por fin los probaron, ambos gimieron por el delicioso estallido de sabores y; mientras lo comían, no pararon de elogiar lo rico que estaban. Tenían bien merecidos los premios.

—Podría volver mañana por otro de estos —dijo Samira relamiéndose los labios, saboreando lo último—. Poco importa la hora de caminata.

—Podemos venir en la SUV.

—¿Ya ves porqué te amo? —Se acercó y le dio un beso, encontrando en su boca el sabor del gelato que él se pidió.

Casi a las ocho, decidieron emprender el viaje de regreso a la villa, no sin antes comprar más agua; aunque sabían que el trayecto iba a ser más fácil, porque ahora irían en bajada y con un sol menos intenso.

Al llegar a la villa, planeaban ducharse y luego hacer el amor, pero terminaron haciéndolo sobre la mesa del gran comedor, en la terraza.

Luego sí se ducharon, ya vestidos con prendas cómodas, regresaron al gran comedor. Samira puso la computadora en la mesa y se sentó con los pies encima de la silla.

Empezó a estudiar, haciendo anotaciones en la portátil y en sus libretas; mientras Renato estaba sentado a su lado, trabajando desde el móvil.

Ya que, por mucho que desearan desconectase y vivir con plenitud su Luna de Miel, había responsabilidades de no podían eludir.

Tras un poco más de una hora, terminaron y se fueron al área de la piscina, se acostaron abrazados en una tumbona, disfrutando la luz de la luna y las estrellas, mientras conversaban y compartían besos apasionados.

Decidieron que, al día siguiente, se irían hasta Florencia, que estaba a poco más de una hora en coche.

CAPÍTULO 79

Los maravillosos días en la villa se pasaron como agua entre los dedos, aunque vivieron muchas emociones, fueron a varios lugares e hicieron el amor tanto como pudieron, ya estaban de vuelta en Madrid, amándose más y con una lista de una docena de canciones, que siempre les traería candentes y hermosos recuerdos.

No quisieron decirle a Vadoma la hora en que llegarían, pues Samira, que cargaba con varias bolsas llena de regalos para ella, quería sorprenderla. Y justo en ese momento estaba frente a la puerta de su apartamento, a punto de abrir.

Se encontraba realmente emocionada y para calmar los latidos de su corazón se llevó una mano al pecho y tanteó el colgante de la estrella que tenía la cadena que Renato le había regalado. Entonces, lo miró a su lado, sujetándole la mano; pudo ver en su muñeca la pulsera con el colgante de una estrella del norte, que ella le había obsequiado.

Ambas prendas las compraron en una de las joyerías del Ponte Vecchio, en Florencia, como un símbolo de unión y del recuerdo de esos días juntos.

Renato le sonrió y le dio un beso en el hombro, que había adquirido un tono bronce por las tantas horas expuesta al sol y porque, sin duda, aprovecharon bastante la piscina. Él también lucía más moreno, lo que avivaba el color azul de sus ojos y lo volvía mucho más irresistible.

—¿Lista? —Le preguntó en un susurro y le sonrió de medio lado.

Tras vacilar durante un momento, Samira asintió con la cabeza y entrelazó los dedos con los suyos. Entonces, usó su huella dactilar para abrir.

Renato aún no asimilaba del todo que se quedaría de manera definitiva en ese lugar; sin embargo, sabía que estar con Samira le haría mucho más fácil el proceso de adaptación.

Ya todos sus familiares habían regresado a sus hogares, algunos a Río, otros a Nueva York y Liam a Singapur.

Seguramente, volverían a verse para las fiestas decembrinas o de fin de año, siempre y cuando tuvieran días libres.

Cuando la puerta se abrió, encontraron el salón principal solo, pero enseguida supieron dónde se encontraba la señora, porque el olor de la comida hizo que de inmediato se les abriera el apetito.

Dejaron sobre el sofá las bolsas que traían y se fueron a la cocina. Samira casi no podía creer lo que estaba presenciando, su abuela estaba en compañía de Estela, preparando quién sabe qué receta, mientras reían. No cabía dudas de que se hicieron buenas amigas; y ella que pensó que no iban a tolerarse, ya que ambas tenían una personalidad muy similar.

Se quedó parada con las manos en la cintura y sonriendo ante semejante escena; aunque, inevitablemente, se le hizo un nudo en la garganta y las lágrimas empezaron a picarle en los ojos, porque en un par de días ella volvería a Brasil y no sabía cuándo se verían de nuevo.

Renato, que era tan perceptivo, se dio cuenta de las emociones que la estaban azotando, por lo que, la consoló con una caricia en la espalda.

En ese momento, Vadoma atisbó su presencia y se mostró realmente emocionada.

—¡Mi estrella! —Se limpió rápidamente las manos con un trapo que luego dejó sobre la encimera y corrió con los brazos abiertos, para recibir a su adorada nieta—. No sabía que llegarías tan temprano.

Samira recompuso su mejor sonrisa, para que ella no se diera cuenta de la cruel nostalgia que

se la devoraba, y abrió los brazos para recibirla, se estrecharon fuertemente y se dieron varios besos en las mejillas y frentes.

Renato admiró en silencio ese amor incondicional que se tenían. Sabía que en cuanto Vadoma se marchara, Samira iba a quedar devastada, y a él le gustaría poder hacer cualquier cosa para evitarle ese sufrimiento, pero ya era algo que escapaba de sus posibilidades.

—¡Abuela! —Samira rompió el abrazo—. Veo que te has llevado bien con Estela. Me alegra mucho.

—Buenos días, señori… Señora. —Se corrigió Estela, al ver al marido de su jefa—. Bienvenidos.

—Gracias, Estela. —Samira avanzó hasta ella y le dio un fuerte abrazo—. Espero que mi abuela no te haya dado muchos dolores de cabeza.

—No, para nada, señora. Solo comprendí que era mejor si la dejaba ayudarme —dijo con una afable sonrisa.

—Así no me siento una inútil —comento Vadoma, bastante animada—. ¿Cómo les fue? —preguntó, dirigiéndose a Renato.

—Muy bien, gracias. Visitamos muchos lugares.

—Y yo compré muchas cosas —dijo Samira.

Vadoma caminó hasta el refrigerador y sacó una jarra de cristal, que tenía rodajas de kiwi, lima y hojas de menta; vertió el agua en dos vasos y se las ofreció.

—Gracias —dijo Renato, al recibir el vaso. Se sintió más tranquilo al ver que Vadoma parecía más amable con él.

—Si quieren, pueden ir a descansar, mientras Estela y yo terminamos la comida.

—No, abuela, no necesitamos descansar; mejor ven. —Samira le cogió la mano y tiró de ella —. Quiero que veas todo lo que te traje. —Se volvió a mirar a su asistente doméstica—. Estela, ven, también te traje algunas cosas.

—Déjeme bajar el fuego o se quemará la comida —dijo mientras maniobraba la estufa.

Renato esperó por ella y luego la escoltó hasta el salón, una vez ahí, todos se ubicaron en el sofá.

Samira y Renato empezaron a sacar los obsequios y, con cada regalo que desenvolvían, se mostraban más emocionadas, aunque en varias oportunidades les dijeron que no debieron comprar tantas cosas.

—Bueno, vayan a descansar mientras está la comida —dijo Vodama—. Espero que te guste la paella marinera, si no, puedo prepararte algo distinto; solo dime qué te gustaría comer —expuso, mirando a Renato.

—Sí, sí me gusta, no es necesario que haga algo más —asintió sorprendido, porque le seguía extrañando esa actitud tan servicial de Vadoma; al parecer, haberse convertido en el marido de Samira, hizo que cambiara la percepción que le tenía.

—¿Y el equipaje de ustedes? —preguntó Estela.

—Está abajo, en un rato lo suben —dijo Samira y se levantó—. Voy a cambiarme.

—Ve con ella. —Vadoma instó a Renato con un ademán.

—Con permiso —dijo este y se levantó. Caminó junto a Samira.

Vadoma había aprovechado que los invitados se habían ido, para cambiarse de habitación. Aunque solo serían un par de noches, ya que debía volver a Río, incluso, ya tenía lista la maleta; solo había dejado por fuera las prendas que usaría en el tiempo que le quedaba ahí.

Samira y Renato llegaron a la habitación y se dejaron caer en la cama, ella se acostó sobre su pecho.

—Tu abuela está actuando extraño, ¿no crees? —preguntó y le dio un beso en la cabeza.

—¿Extraño? —Samira levantó la cabeza, para mirarlo a los ojos—. No me parece —sonrió.

—Sí, conmigo está extraña… ¡Muy! No sé cómo decirlo —hablaba y le sujetó la barbilla, mientras le acariciaba el mentón con el pulgar—. Está siendo amable, servicial… No es la misma Vadoma, que siempre me trataba con ironía y desconfianza.

Samira soltó una carcajada y se impulsó para comérselo a besos, esa actitud le provocaba ternura y era cuando más lo amaba.

—Es que ya eres parte de la familia, eres mi marido… —dijo y le plantó otro beso—. Ahora ella quiere servirte y complacerte.

—Pero no quiero que lo haga, me incomoda que tenga que servirme, es tu abuela… Y ahora mi abuela política, jamás pondría a mi abuela a servirme —expresó su más sincero pensamiento.

—Está bien, lo hablaré con ella, pero ¿sí puede tratarte con más cortesía? —Samira le había pedido que siempre fuera sincero con ella y eso era una muestra de que estaba cumpliendo su palabra.

—Sí, acepto su cortesía y buenos tratos.

—Se lo diré —aseguró Samira, le dio otro beso y le palmeó el pecho—. Voy a ducharme.

—Ve tranquila —dijo y se levantó, se paseó por la habitación, porque era primera vez que estaba ahí. Tenía una paleta de colores beige, verde oliva y salmón. Le extrañó no ver elementos rojos, con lo mucho que a Samira le gustaba ese color. Lo que le hizo suponer que la decoración no estuvo a cargo de ella, pero era de su agrado.

A él también le gustaba, le parecía bastante cálido. Se acercó hasta un armario, en el que había algunas esculturas, libros; en su mayoría, de medicina; y un par de portarretratos digitales, en los que se mostraba una transición de varias fotografías, muchas de viajes con sus amigas, otras con Julio César, también tenía con Daniela y su hija; no obstante, su tonta sonrisa se congeló cuando vio una foto de Samira con un hombre que la abrazaba y le estaba dando un beso en la mejilla.

No era Mirko, de eso estaba seguro. Entonces, la curiosidad y un fugaz malestar de celos le calentó el pecho y le minó la mente, pero se recordó que ahora estaba casado con ella y que, naturalmente, ella debió conocer a muchas personas en los siete años que estuvieron separados. Y lo mejor que podía hacer era no sacar conclusiones apresuradas, solo por lo que veía en una foto. Si Samira y ese hombre tuvieron una relación, ya llegaría el momento en que ella se lo dijera.

Se alejó de ese rincón y fue hasta las puertas que daban al balcón, apartó un poco el velo de la cortina y pudo ver que tenía unas vistas bastante agradables.

Samira regresó con un vestido azul marino con estampado de puntos blancos, de mangas cortas y falda amplia, que le llegaba justo por encima de las rodillas. Entalló su cintura con un cinturón de cuero marrón y se recorrió el cabello en una coleta alta. No se maquilló; al parecer, por el momento, no lo haría.

Esperaría esa tarde, para pedirle que le acompañe a comprar algo de ropa, sobre todo, ropa interior. Esta sería una experiencia que haría por primera vez en su vida y no estaba muy seguro de cómo hacerlo, porque siempre tuvo a alguien que se encargaba de llenar sus armarios.

En parte, ciertas cosas empezaban a agobiarlo, porque nunca había compartido armario, y no sabía si Samira quería hacerlo o, si al menos, habría espacio para él poder poner sus cosas.

—Ven aquí. —Samira lo llamó, él se acercó; lo sujetó por la mano y, como si hubiese leído sus pensamientos, lo llevó al vestidor. Respiró con alivio al darse cuenta de que era bastante amplio y tenía suficientes perchas por llenar—. Aquí podrás poner tus cosas. Si necesitas más

espacio, en una de las habitaciones hay otro vestidor casi con las mismas dimensiones, lo podrás usar con total libertad. En el baño también hay espacio para tus productos de aseo personal.

—Necesito comprar todo eso… —dijo casi enseguida, porque ni él mismo había caído en la cuenta de lo que necesitaría— y algo de ropa, pero no soy habilidoso en esas cosas.

—Te ayudaré con eso. —Puso ambas manos en el pecho y le dio un rápido beso—. Después de comer, vamos a comprar todo lo que necesites… ¿Te parece?

—Perfecto. —Le dio un beso y salieron del vestidor.

Cuando llegaron al comedor, ya Estela había puesto la mesa, mientras Vadoma seguía en la cocina.

—Pasen y tomen asiento —dijo Estela con una sonrisa servicial—. Ya Vadoma traerá la paella. —Después de muchas peticiones por parte de la señora, consiguió llamarla por su nombre.

Vadoma llegó y puso la paellera en el centro de la mesa, se sirvieron y Renato se encargó de llenar las copas de vino, aunque él tomaría solo agua.

—Estela, ven, siéntate con nosotros, vamos a comer, ya deja eso… —Le pidió Samira, que la vio desde el comedor, poniendo orden en la cocina.

—No, señora, almuerzo después; no se preocupe…

—No, nada de eso, ven aquí —pidió, porque sabía que le avergonzaba compartir en la mesa con alguien más, ya varias veces lo habían hecho, pero siempre cuando solo estaban las dos.

Si había algo que Renato admiraba de Samira, era esa calidez y sencillez que seguía siendo la marca de su esencia.

Más tarde, esa noche, mientras esperaban a que sus latidos se ralentizaran, después de haber disfrutado el estallido de un orgasmo, Samira le expuso lo triste que se sentía por la inminente despedida con su abuela.

—¿No te gustaría acompañarla a Río? —preguntó Renato, trazándole pequeños círculos con las yemas de sus dedos, alrededor del ombligo.

Aún mantenían la misma postura en la que habían llegado al clímax, ambos acostados de medio lado, él detrás de ella.

Ella, con la cabeza apoyada entre el hombro y el brazo de él, había ahogado sus chillidos de placer en el bíceps de su marido; sabía que su abuela no los escucharía y, si los escuchaba, no era algo que la escandalizaría, después de todo, había vivido en una casa bastante pequeña, con muchos miembros, en la que se habían procreado diez niños, desde sus hermanitos hasta sus sobrinos; aun así, tomó la precaución de sofocar sus ruidosas expresiones de éxtasis.

Ante aquella pregunta, se volvió para estar frente a él.

—¿Volver a Río? —La voz le salió rasposa. Renato asintió y le quitó del pómulo una pestaña —. Quiero hacerlo, pero también me da miedo.

—Estaré contigo en todo momento, ahora soy tu marido, eso ya no puedes cambiarlo.

—Ni quiero hacerlo —aseguró muy seria—. ¿Crees que es buen momento para ir a ver a mi familia? —En sus ojos repentinamente saltones se notaba el nerviosismo.

—No lo sé; en realidad, no sé cuándo será el momento oportuno, pero no puedes seguir evadiéndolo toda la vida… Por experiencia, sé que mientras más dilates una situación, peor podrán ser las consecuencias. Ya has alcanzado tu meta, puedes pararte frente a tu padre y decirle que lo has logrado. —Renato hizo una pausa y se aproximó, para besarle el hombro—. Y aunque pienso que no tienes por qué hacerlo, puedes pedirle perdón por la forma en que te fuiste de su casa.

—Nada me asegura que me perdone.

—No lo sabrás, si no lo intentas. Necesitas hacerlo, mi amor. De otra forma, seguirás llena de dudas. Te acompañaré ante tu familia, me presentaré como tu esposo y haré lo que sea para que me acepten, estoy dispuesto a demostrar que soy digno de ti.

Samira sabía que ir con Renato no era una buena idea, porque los gitanos, cuando se trataba de un payo que se llevó a una de sus mujeres, poco entendían de razones, pero no quería asustarlo.

—Y le prometí a Adonay, que iría a visitarlo, para conocer a Amir… —recordó Samira—. Quizá él intervenga por mí, ante mi padre.

A Renato se le calentaba la sangre de la molestia, no porque fuera a verse con el que fue su prometido, sino porque era inaudito que necesitara la intervención de un hombre de su familia, para que pudieran tomarla en cuenta.

—Solo que me preocupa meter a mi abuela en problemas.

—No lo harás, Vadoma sabe cómo defenderse. Además, ella puede llegar un par de día antes que tú.

—Mi papá es muy astuto; por supuesto, sabrá que estuvo conmigo todo este tiempo… Pero tienes razón, no puedo seguir dejando que pasen más años, solo quiero verlo, decirle lo mucho que lo siento, que los he echado de menos a todos y que vea que estoy bien, que me perdone y me permita visitarlos de vez en cuando, solo eso. Porque estoy segura de que las cosas no volverán a ser como antes.

—Me tranquiliza saber que tus expectativas son realistas, porque no me gustaría verte sufrir… —Le besó la frente—. Entonces, ¿vamos a Río?

Samira afirmó con la cabeza y sonrió, aunque estaba muerta de miedo, pero Renato tenía razón, era momento de afrontarlo, habían pasado casi ocho años.

CAPÍTULO 80

El corazón de Samira dio un furioso vuelco y las lágrimas se le acumularon abundantes en la garganta, cuando por fin pudo ver, a través de la ventanilla del avión, las distintivas y atractivas formaciones del paisaje carioca.

El morro Dois Irmãos y la Pedra da Gávea, se veían pintados de dorado con la luz del amanecer; justamente, cuando el avión viró un poco para bordear el Pão de Açúcar y le dio una espectacular vista de la bahía de Guanabara, se mordió el labio tembloroso, para no echarse a llorar; aún así, su mentón vibrante delataba la furiosa marea de emociones que la azotaba.

Renato tomó su mano y entrelazó los dedos, ella no fue consciente de cuán fuerte los apretó, pero él no se quejó; simplemente, soportó estoico el conflicto de sus emociones.

Estaba tan ansiosa que no consiguió pegar ojo, a pesar del vuelo de diez horas y de que en más de una ocasión le pidió que fuera a dormir a la habitación con su abuela, no pudo hacerlo. Se quedó en esa butaca con las rodillas pegadas al pecho y una manta sobre los hombros. En algún momento, para darle un poco de paz a su marido, aceptó acostarse en su regazo y fingió dormir, pero él terminó dándose cuenta y trató de distraerla con una amena conversación.

Suponía que Renato sabía perfectamente identificar un estado ansioso y, sabía cómo hacer, para que eso no desatara en un ataque.

Sentía su pecho invadido por dos emociones: felicidad y miedo.

Deseaba poder tener control sobre eso, sentirse solo feliz por volver a su país, por reencontrarse con sus raíces y su gente, pero el miedo al rechazo latía con furia.

El estómago se le encogió cuando el tren de aterrizaje tocó la pista del Santos Dumont, luego, inhaló y exhaló con lentitud.

—Todo estará bien, solo respira… —susurró, acariciándole la espalda—. Amor, no tienes que ir, si no quieres; el hecho de que estés en Río, no te obliga a que enfrentes una situación para la que no estás preparada.

—Tu esposo tiene razón, mi estrella. —Le hizo saber Vadoma, a la que no le pareció buena idea que la acompañara.

Aunque ella despertó faltando cuarenta minutos antes del aterrizaje y estaba sentada en la butaca al otro lado del pasillo, era muy consciente de que Samira no había tenido un buen viaje.

—Estoy bien…, estoy bien —repetía como una letanía, para convencerse a sí misma—, solo estoy nerviosa y ansiosa. Ha pasado tanto tiempo desde que me fui, que me siento extraña…

—Verás que en cuestión de minutos te sentirás como si el tiempo no hubiese pasado, pues, todo sigue igual. —Le dijo Renato, acariciándole la mejilla con los nudillos.

—Eso espero —chilló y luego tragó la amarga bilis que le subió a la garganta.

Bajaron del avión y ya los esperaban un par de SUV negras, blindadas, porque Reinhard había mandado a buscarlos; ya que, irían directamente hasta su casa.

Renato era consciente de que, en su apartamento, las alacenas estaban vacías y no quiso pedirle a Rosa que las surtiera, si iba a estar tan pocos días en Río. Tenía pensado ir únicamente por algunas cosas, para llevárselas a Madrid. Además, quería compartir el mayor tiempo posible con su abuelo.

En los planes de Samira, estaba aterrizar e ir directamente a la comunidad gitana, pero Renato le suplicó que descansara y, ya estando más tranquila y con más energía, podría hacer frente a su familia.

Renato agradeció que Vadoma lo apoyara, por lo que, Samira terminó cediendo y aceptó ir directo a la casa del señor Garnett. Subieron en uno de los autos, los tres en el asiento de atrás, porque adelante iba el chofer y un guardaespaldas.

A Vadoma, tanta seguridad, le causó algo de preocupación; al parecer, la familia del marido de su nieta no se sentía indemne en su propio país. Solo le daba paz saber que vivirían en Madrid, donde parecía ser más seguro.

La familia de Renato siempre tenía la capacidad de sorprenderla. Cuando pensaba que ya nada podría deslumbrarla, siempre se topaba con algo nuevo, que la dejaba sin habla. Había pensado que la casa en Chile era extraordinaria, porque no había visto la de Río; sin duda, en esa propiedad podría vivir tranquilamente dos docenas de personas, sin tener que toparse nunca en la vida.

Por primera vez, esa mañana su atención se desvió de sus miedos al observar, en lo alto de la montaña, el tamaño de la propiedad. Hicieron un trayecto por lo menos de unos diez minutos por una carretera que a todas luces solo servía para llegar a la casa.

Los guardaespaldas no dejaron que ellos tiraran de las manillas, fueron más rápidos y les abrieron las puertas.

Se tomado de mano y caminaron por las escalinatas de lajas, que conducían hacia la puerta principal. Ahí los estaba esperando Sophia, con una gran sonrisa iluminando sus impactantes ojos verdes, y el sol de la mañana hacía lucir más intenso el rojizo de su pelo.

—¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos! —habló emocionada, extendiendo sus brazos hacia ellos. A la primera que abrazó fue a Samira—. Me alegra tanto volver a verte en tan poco tiempo. Por favor, pasa, estás en tu casa.

—Gracias, también me alegra mucho verte. —Samira le dio un beso en cada mejilla.

—Renatinho, bienvenido, cariño… ¿Cómo les fue en Italia?

—Hola, abuela. Nos fue muy bien. —Se limitó a decir solo eso. Y besó casa mejilla de la pelirroja.

—Vadoma, me alegra mucho verte por aquí… Quiero que sepas que eres bienvenida, cada vez que quieras venir. —Le llevó la mano a la espalda, para guiar a la gitana que era apenas un par de años mayor que ella, solo que, debido al estilo de vida, parecía ser mucho mayor—. Reinhard los está esperando para desayunar —mencionó dirigiéndose a todos.

Samira caminaba junto a Renato, admirando la grandeza de la casa. No sabía cómo Reinhard y Sophia, podían vivir en un lugar tan grande. Tanto espacio, debía hacer que se sintieran más solos, o quizá no tanto, porque debían contar con un ejército de empleados, para poder mantener en condiciones óptimas la propiedad.

Se emocionó al verlo sentado en un inmenso comedor en una terraza desde la cual se podía ver el Cristo Redentor. Había compartido muy poco con el abuelo de Renato, pero fue suficiente para comprender porqué su marido lo idolatraba.

Era un hombre amable, inteligente, intuitivo, empático, humilde, asertivo, bondadoso… Y muchas cualidades más, que de inmediato hicieron que se ganara su corazón y confianza.

Reinhard era una de esas personas que transmitían alegría, luz y que podían actuar como guía, para que el tránsito por la vida de ciertas personas fuese mejor. No había dudas, era el guía de Renato.

—Hijos, bienvenidos —dijo poniéndose de pie, al encontrar apoyo en el bastón. Estiró el brazo libre y abrazó a Renato, al que le dio varias palmaditas en la espalda.

—Abuelo, me alegra verte, ¿cómo te sientes? —preguntó Renato, poniéndole una mano en el hombro.

—Como un toro —comentó sonriente y desvió la mirada a Samira—. Bienvenida, hija, ¿cómo estuvo el viaje?

—Gracias. Bien, muy bien, sentí que pasó bastante rápido. —Ahora se sentía mucho más tranquila—. Agradezco su invitación.

—Esta es tu casa… —Luego miró a Vadoma—. Bienvenida, me alegra poder recibirla.

—Gracias, señor Garnett —dijo la gitana, que también estaba bastante impresionada con la propiedad y empezó a comprender por qué la familia debía ser escoltada.

—Por favor, tomen asiento, enseguida se servirá el desayuno. —Los invitó Reinhard.

Aunque Samira sentía un nudo en la garganta que no le dejaría pasar bocado, se esforzó por comer algo. Lo menos que deseaba era preocupar a Renato, ya suficiente tenía con que se diera cuenta de que no pudo dormir.

Él quería que descansara y ella también lo deseaba, pero por más que quisiera, no podía desconectar su cerebro ni sus emociones.

—¿Quieres alguna infusión? Solo para que estés más calmada. —Le dijo Renato al oído. Bien sabía que la cafeína solo empeoraría sus nervios.

—Sí, lo prefiero —asintió, al tiempo que le dedicaba una sonrisa de agradecimiento.

Renato le hizo una breve seña a una de las asistentes.

—¿Desea algo, señor?

—Catharina, ¿puedes traerle a mi esposa una infusión de valeriana y lavanda.

—Sí, señor. Enseguida.

—Gracias.

Unos minutos después, para recibir la infusión, Samira interrumpió su mirada al Cristo Redentor, que la tenía cautivada; era invadida por una sensación extraña, era como si viera por primera vez la gran estatua, pero también la sentía tan familiar, como si formara parte de su esencia.

—Gracias. —Le sonrió a la mujer que puso frente a ella la taza humeante, y el agradable aroma fresco inundó sus fosas nasales.

—Será mejor que primero descansen, por lo menos, un par de horas —aconsejó Reinhard, ya que apreciaba profundas ojeras en su nieto y en Samira—, porque ese viaje es agotador.

—Sí, creo que eso haremos… —dijo Renato y desvió la mirada a Samira—. ¿Te parece?

Ella se quedó en silencio, no quería contradecirlo, pero tampoco deseaba seguir esperando, porque era como dilatar la tortura.

—Yo también creo que es mejor que descanses primero, mi estrella —intervino Vadoma—. Sé que quieres ir cuanto antes a casa, pero tu padre ya no estará ahí, debe estar en el mercado. —Le recordó el horario laboral de Jan.

Entonces, Samia cayó en la cuenta de que había olvidado ese pequeño pero importante detalle, así que, se volvió a mirar a su marido.

—Está bien, podemos descansar.

—Ahora, después del desayuno, Sophia los llevará a sus habitaciones —anunció Reinhard.

—Gracias —dijo Vadoma.

Cuando terminaron de comer, Sophia se adelantó al pedirle a Vadoma y a Samira que la acompañaran a dar un recorrido por la casa; a ella solo le bastó una mirada y un mínimo gesto de su marido, para comprender que necesitaba hablar a solas con Renato.

—Enseguida te alcanzo en la habitación. —Le dijo Renato y le dio un beso en la mano.

—Se le nota bastante nerviosa —dijo Reinhard, una vez que las mujeres se marcharon.

—Sí, lleva mucho tiempo sin ver a su familia, y ya sabes, no se fue en los mejores términos

—dijo Renato.

—No será fácil para ella… ¿Crees que la perdonen?

—No lo sé.

—Lo gitanos son jodidos, bastante orgullosos. La verdad, no creo que la acepten —dijo Reinhard, sin la menor intención de querer echar por tierra las esperanzas de la mujer de su nieto, pero siempre se había caracterizado por ser alguien realista.

—Yo tampoco, abuelo… —Renato se rascó la frente—. Es que no veo a Vadoma muy convencida con la idea. Ella, mejor que nadie, debe saber cómo es la situación. Pero también siento que Samira debe enfrentarse a su familia, para que así pueda seguir adelante… No sé, sanar esa herida —dijo con tono preocupado.

—Sé que no es conveniente que Danilo vea a tu pareja… —empezó Reinhard con cautela—, pero podríamos aprovechar para que le dé algunos consejos con respecto a esta situación… Justamente hoy lo invité para el almuerzo.

De manera inevitable, a Renato se le aceleró el corazón; hasta el momento, Danilo y Samira no habían tenido la oportunidad de conocerse; ya que, aunque lo invitó a su boda, este no pudo asistir.

A pesar de eso, sí tuvo tiempo para hacer un par de terapias virtuales, porque comúnmente necesitaba de la guía de Danilo, en la toma de decisiones importantes; aun le aterraba cometer errores, llevado por la ansiedad.

—No sé, abuelo, creo que primero debemos hablar con las partes involucradas. —Empezó a hacer dobles con la servilleta, producto de los nervios; aunque sabía que confiaba su vida a Danilo, jamás lo expondría ni tampoco dejaría ser objetivo, pero le preocupaba que Samira se sintiera acorralada o presionada a algo para lo que no estaba preparada.

—Tú háblalo con Samira, dile que Danilo vendrá a comer con nosotros; yo me encargo de informarle a Danilo.

—Está bien —suspiró.

—Renatinho, si no quieres hacerlo, solo dímelo; no te sientas con la obligación de estar de acuerdo conmigo —dijo Reinhard, al percibir en ese suspiro algo de resignación.

—Sí quiero hacerlo, *avô*… Pero todo esto me preocupa, no sé cómo se lo tomará Samira y lo que menos quiero es presionarla.

—Sé que Danilo sabrá cómo hacer para que se sienta cómoda.

Renato asintió y luego pidió permiso para retirarse e ir a la habitación con su mujer, él también necesitaba descansar.

Le llamó para saber en qué parte de la casa estaban y Samira le dijo que, en el tercer piso, en el área de la piscina. Ahí fue a buscarla, se disculpó con su abuela y Vadoma, luego se la llevó a la habitación.

A pesar de lo agotados que estaban, decidieron ducharse, se pusieron pijamas y se fueron a la cama. Samira pensó que no iba a poder dormir, pero la calidez del pecho de Renato y la comodidad del colchón, hicieron que el desvelo llegara a su fin.

Pero no fue mucho lo que consiguió dormir, estaba segura de que no lo había hecho por más de tres horas; en cambio, Renato seguía rendido, como no quería despertarlo, se quedó muy quieta sobre su pecho, dejando que los latidos de su corazón y su lenta respiración le dieran calma.

Quizá era estúpido de su parte sentir tanta preocupación, porque no estaba obligada a ir hasta su casa y presentarse ante sus padres; esa sería la mejor y más fácil solución a sus problemas, pero como decía Renato, era momento de afrontarlos y ver qué pasaba, para bien o para mal,

tendría que seguir adelante.

Cuando Renato despertó, le comentó lo de Danilo. Naturalmente, ella se emocionó, porque tenía muchas ganas de conocer al hombre que tanto había ayudado al amor de su vida.

Para sorpresa de Renato, sin ninguna objeción, Samira aceptó conversar con el terapeuta, acerca del desafío que tenía que enfrentar ese día.

CAPÍTULO 81

A pesar de que Renato le pidió, en varias oportunidades, a su abuelo, que desistiera de la idea de asignarles guardaespaldas, no consiguió hacerlo cambiar de parecer.

Así que iban camino al barrio donde nació y creció Samira, en compañía de un chofer y cuatro guardaespaldas, entre los cuales estaba Valerio, el jefe de seguridad de su abuelo.

Samira aún se sentía bastante incómoda ante ese despliegue de seguridad, porque iban a visitar a su familia y no a unos delincuentes; a pesar de que el señor Garnett, notó su descontento y trató de hacerla sentir mejor, al decirle que las medidas tomadas no eran por su familia, sino por la zona en la que entrarían, no consiguió aliviar ese sentimiento de desagrado.

La SUV en la que se transportaban se sacudía contantemente, debido a los baches en el camino; lo que le hizo saber a Samira que las cosas no habían cambiado mucho en todos esos años; su barrio seguía siendo un pedazo olvidado para los gobernantes.

Los latidos de su corazón se hacían más rápidos y contundentes, a medida que avanzaba y reconocía las casas vecinas. Cada metro que avanzaban sabía que estaba más cerca de ver a sus padres y hermanos, deseaba de todo corazón que por lo menos les permitieran darles un abrazo.

Aunque, si nada de eso pasaba, esperaba seguir los consejos de Danilo, para poder manejar la situación y no derrumbarse.

El poco tiempo que habló con el terapeuta, le hizo entender muchas cosas, calificó su entorno familiar aglutinado y uniformado; en el que ella, como miembro, tenía poca importancia, y le hicieron vivir la sensación de que no podía salir de esa estructura familiar. Su padre, era el miembro dominante, de mente cerrada y basada en la desconfianza, por eso siempre le recordaba: «Los gitanos somos los buenos, los payos los malos».

Él siempre se negó a las diferencias y las interacciones dentro de la familia eran rígidas, solo él tenía la autoridad. De su padre era el control excesivo y le impedía ser independiente. Lo que generó en ella dependencia y conductas evitativas.

Le dijo cosas que, Julio César, con otras palabras y menos profesionalismo, le había dicho.

«No dependas de la aprobación de tu familia, tus decisiones son tus decisiones. Y tú eliges si compartirlo con tu familia o no».

También le dijo que debía aceptar que su padre nunca cambiaría, si él no quería hacerlo. Y que era mejor que ella tomara la decisión de priorizar su bienestar, en lugar del de los demás.

«Lo mejor que pudiste hacer fue poner distancia física, porque eso te ayudó a ganar el control de tu vida».

Comprendió su deseo de intentar limar asperezas con sus seres queridos; así que le recomendó eludir los conflictos y no actuar de forma impulsiva, para evitar que ambas partes pudieran decir o hacer cosas que terminaran lastimándoles.

«Tomar distancia de familiares tóxicos puede despertar emociones difíciles de gestionar. Si sientes que no puedes hacerlo sola, no dudes en pedir ayuda a un profesional». Le dijo y le ofreció la tarjeta de un colega en Madrid.

—Será mejor si me bajo antes y llego caminando, esperen unos diez minutos, hablaré con Jan —dijo Vadoma, rompiendo el denso silencio dentro del todoterreno—. Deténgase aquí. —Le pidió al chofer.

Que su abuela dijera eso, solo hizo que el nudo de nervios en su estómago se hiciera más grande. Empezó a sentir ganas de vomitar y, al mismo tiempo, de evacuar. Solo esperaba que su

padre no fuese tan duro con su abuela, porque ella tenía a su favor, volver a Madrid, pero su pobre abuela, tendría que soportar día a día las recriminaciones de su propio hijo.

—Está bien, abuela… Te quiero mucho, gracias por todo lo que has hecho por mí —dijo Samira y se aferró con fuerza al cuerpo delgado de Vadoma—. Eres la mejor abuela del mundo. —La voz le salió chillona por las lágrimas contenidas. Esa era la despedida, apenas empezaba a asimilar y empezó a dolerle mucho el pecho.

—Todo estará bien, estrella mía… —Vadoma intentaba ser fuerte, pero la voz la delataba—. Siempre estaremos en contacto, te lo prometo; además, ahora que tengo el pasaporte y un avión disponible, te visitaré más seguido —dijo, tratando de hacer una broma; aunque tenía la certeza de que eso sería un imposible.

—Todas las veces que quiera, Vadoma… No lo dude —intervino Renato, que también tenía un nudo en la garganta. Para él eso no era una broma—. Si tengo que mandar a buscarla, todos los fines de semana, para que las dos sean felices, lo haría.

—Gracias, hijo. Solo te pido que cuides muy bien de mi niña —comentó—. Sé que ella es fuerte, decidida y sabe valerse por sí misma, pero la verdad es que todos necesitamos que, en ciertos momentos, alguien nos salve o nos cuide.

—Lo haré, siempre la cuidaré. —Renato asintió, mirándola a los ojos.

Vadoma se apresuró a tirar de la manilla, para abrir la puerta o empezaría a llorar delante de su nieta, y no quería hacerlo. Se bajó y caminó rauda por el arcén, mientras se tragaba las lágrimas.

Samira miraba su reloj constantemente, los minutos no parecían avanzar y, para calmar sus ansias, apretaba con fuerza el colgante de estrella, enterrándose las puntas en los dedos, pero no sentía dolor.

—¿No te parece que es un buen lugar para construir el hospital? —preguntó Renato, mirando hacia un gran terreno baldío que estaba detrás de ellos.

Necesitaba que Samira se distrajera para que bajara los niveles de ansiedad.

—Sí, lleva muchísimos años así…, desde que tengo uso de razón… Quizá es demasiado costoso y no creo que existan muchos empresarios que quieran invertir en este barrio.

—Es hora —dijo Valerio, que estaba de copiloto—. Avancemos.

Renato supo que no hablaba con ellos, sino que le daba la orden a los del otro vehículo. Toda esa pantomima de los guardaespaldas siempre lo ponía de los nervios, porque con ellos se sentía como si de verdad todo el tiempo estuviese en peligro. Era mucho mejor prescindir de ellos, incluso, pensó en bajarse y caminar con Samira hasta su casa, mientras ellos esperaban ahí, pero solo perdería aliento, porque no acatarían ninguna orden que él les diera.

Cuando por fin se detuvieron frente a la casa de Samira, ella pudo notar que le habían hecho mejoras; le tranquilizaba darse cuenta de que su abuela y su cuñada sí habían usado el dinero que les envió durante esos años, para el propósito pautado.

Agarró una bocanada de aire y bajó de la SUV, a pesar de que temblaba íntegramente. Renato bajó detrás de ella y de inmediato le sujetó la mano. Él también estaba nervioso, no podía negarlo, era parte de su naturaleza.

Su abuela había dejado el portón abierto, por lo que, pudo entrar sin esperar a que alguien la invitara. Sentía que el corazón le saltaría del pecho, los latidos le hacían eco en sus oídos y estaba mareada; aun así, siguió.

Renato se volvió nervioso cuando vio a un joven acercarse por detrás de ellos, pero se relajó un poco porque parecía que vivía ahí. Traía en sus manos un paquete de pan, un litro de leche y unos huevos. Él miraba impresionado los dos todoterrenos, al seguir la mirada del jovencito,

Renato se dio cuenta de que los guardaespaldas también habían bajado de los vehículos; eso no fue una buena idea.

—Sa-s- Samira… —titubeó el adolescente.

Ella se volvió a mirarlo, sonrió sorprendida, nerviosa y muy emocionada. Era su hermanito, la última vez que lo vio, tenía ocho años; ahora era todo un hombrecito, un adolescente larguirucho, más alto que ella.

—¡Douglas! —rio y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Samira, ¿eres tú? —preguntó con una sonrisa de incredulidad y caminó raudo para abrazarla, pero antes de que pudiera hacerlo, un grito rompió el idílico momento.

—¡Douglas! —La atronadora voz de Jan, se escuchó desde el porche—. Entra inmediatamente.

Samira se volvió a mirar hacia la fachada de la casa, entonces, vio a su padre con un semblante bastante fúrico. Seguía llevando el pelo hasta los hombros, lo tenía despeinado, las entradas de la inminente calvicie se habían hecho más profundas y seguía llevando la barba tupida, ahora salpicada de canas. Sus ojos enrojecidos de furia la paralizaron.

Douglas pasó raudo junto a Samira, pero antes de llegar al porche, se volvió a mirarla fugazmente por encima del hombro y luego entró. Estalló en ella una sensación de vacío que la llevó a soltar un jadeo, a pesar de eso, no desistió de su objetivo.

—Papá… —dijo avanzando un par de pasos.

—¡Largo de aquí! —gritó, señalando hacia el portón.

—Papá…, yo…

—No soy tu padre, tú no eres mi hija… Esa murió el día que decidió arrastrar mi honor en el lodo… Aquí no eres bienvenida.

—Solo quiero, yo sé qué… —Samira trataba de hablar, pero los nervios la tenían presa—. Lo siento… Solo hablemos, por favor.

—No tenemos nada de qué hablar, ahora lárgate, antes de que te suelte a los perros —amenazó con la cara roja de ira.

—¡Jan! ¿Puedes escucharla? ¡Solo déjala hablar! —pidió Vadoma, asomándose en la puerta.

—Madre, ve a tu habitación, que tú yo hablaremos después… No te involucres en esto, solo vas a empeorar tu situación —advirtió Jan.

Samira pudo ver la mirada cargada de lástima que su abuela le dedicaba y luego volvió a entrar en la casa. Se fijó, a través de la ventana, la mitad de la cara de su madre. No pudo deducir si la miraba con nostalgia o rabia.

—Mi abuela no tiene la culpa…, fui yo. —En un arranque de valentía, producto de la rabia, se soltó de Renato, caminó rápido y llegó justo al frente de su padre—. Yo le pedí que me acompañara en mi acto de grado, ella fue a comprobar que todo este tiempo no has hecho más que mentirnos. Los gitanos sí tenemos oportunidades, sí podemos ser todo lo que nos propongamos, solo tenemos que dejar de sentirnos atacados, dejar de hacernos las víctimas, dejar de ser tan racistas… Porque eso es lo que eres, papá; tienes la mente demasiado cerrada…

—Fuera de mi casa —siseó Jan, temblando de furia—. No vengas aquí con un patético intento de querer humillarme…

Renato avanzó y se detuvo junto a Samira, a pesar de que estaba a punto de vomitar el corazón, él no se caracterizaba por ser alguien valiente, mucho menos violento.

—No intento humillarte, es lo que tu quisiste hacer conmigo, humillarme en nombre tu estúpido honor… —Samira, tenía la mente nublada por el momento de furia y no pudo seguir el consejo de Danilo, de evitar los conflictos. Ella solo quería decir todo lo que tenía entre pecho y

espalda—. Si tanto aprecias tu honor, gánatelo tú mismo y no utilices a tus hijas.

—No eres gitana, es algo que no vas a entender… Me reclamas porque sigo nuestra tradición…, porque soy fiel a mis principios… Tu palabra no vale nada, Samira, ni siquiera el nombre que te di vale nada… Y todo, todo lo que te jactas de haber conseguido, ha sido porque, a fin de cuentas, terminaste convirtiéndose en la perra de un payo… —Miró con asco y desprecio al hombre que la acompañaba, a poco estuvo de lanzarle un escupitajo.

—Señor —intervino Renato, tratando de mantener la voz calmada, porque no quería que las cosas se salieran de control.

—Repudias tanto a los payos, pero vives de ellos… Dices que me he humillado, pero es lo que tú has hecho durante toda tu vida, porque no haces más que humillarte ante los chinos, para que no te vendan las malditas falsificaciones, y luego ellos mismos te denuncien…, para que te las decomisen. Lo hacen porque la policía se las regresa, es el gran negocio que tienen a tu costa, y tú que te crees tan astuto, no te das cuenta de eso…; prefieres estar de rodillas frente a ellos… —Se mordió las siguientes palabras cuando vio la mano grande de su padre dirigírsele directamente a la cara, pero antes de que pudiera estrellarse en su mejilla, sintió que la halaban hacia atrás y; delante de ella, como un escudo, estaba su marido.

Renato no supo de dónde sacó la valentía para reaccionar tan rápido, sin importar las consecuencias.

—Señor, no se atreva a ponerle un dedo encima, le sugiero que se calme… —siseó molesto y asustado. Esa mezcla de emociones que lo dividían—. No vinimos hasta aquí para discutir, Samira solo quiere…

—Bueno, bueno… Esto ya se ha alargado demasiado. —Kavi, uno de los hermanos de Samira, apareció desde el callejón, trayendo en una mano un machete y en la otra sujetaba con fuerza la correa de un musculoso Dogo argentino blanco, al que le habían recortado las orejas, que gruñía amenazante y despedía chorros de baba—. ¡Qué te vayas! —Le gritó a Samira.

A ella se le heló la sangre al ver las claras intenciones de su hermano, de soltar al perro, pero todo empeoró cuando, en el otro extremo, apareció Wesh, igualmente con un perro, otro machete y una sonrisa sádica, que a todas luces dejaba claro que podría disfrutar si hacía uso del arma blanca que balanceaba en la mano derecha.

Ella sabía que eran más que capaces de cometer una locura y luego podrían decir que fue un accidente, que los perros se escaparon y los atacaron.

Renato palideció, pero más lo hizo Jan, cuando vio tras Samira y el payo, cuatro tipos enseñando sus armas y sin miedo en los ojos.

—Esto no tiene que terminar en un baño de sangre, solo lárgate de mi casa y nunca, nunca se te ocurra regresar… Para esta familia estás muerta —dijo Jan, en un tono menos histérico.

—Señor, será mejor que nos retiremos —recomendó Valerio, que miraba amenazante al gitano del lado derecho, el que parecía más dispuesto a perder los papeles.

Renato no dijo nada, solo esperó la decisión de Samira, que seguía paralizada y temblando.

—Vámonos —dijo al fin, echó un vistazo otra vez a la ventana, su madre seguía ahí como un fantasma, al igual que una de sus cuñadas; así era como debían estar las mujeres en esa familia, como unas sombras, solo dispuestas a servir y complacer a los hombres.

Sin embargo, su corazón se contrajo de dolor al ver que su madre le decía adiós con la mano y estaba llorando, pero también le dedicaba una triste sonrisa.

Renato la sujetó por el codo y caminaron de regreso al auto. Una vez que subieron y lejos de la mirada de su padre, Samira sintió el bajón de adrenalina, estallando en llanto, se apretó con fuerza la cara con las manos, para sofocar el llanto que la tenía convulsa.

—Lo siento, lo siento… —repetía avergonzada con Renato. Le había dicho que sus familiares no eran unos delincuentes y justamente habían actuado como tal; con violencia y sin raciocinio.

Ella también había perdido el control, no debió actuar de esa manera con su padre. Escuchó cuando las puertas del vehículo se cerraron.

Renato la abrazó, apoyando la barbilla en su cabeza, para contenerla.

—Cálmate, cariño… No tienes que disculparte por nada.

—Soy tan estúpida, una imbécil… Lo sabía, sabía que no iba a perdonarme; en el fondo sabía que ni siquiera me dejaría decir una palabra… —hablaba, pero escuchaba a Valerio dándole indicaciones a sus hombres—. No debí venir… Desde el momento en que salté por la ventana de mi habitación, para huir, debí aceptar los daños colaterales… —hipaba y sintió que la SUV se puso en marcha—. Perdí a mi familia…

—No, cariño, ellos te perdieron a ti; en realidad, no te merecen… Tu sufrimiento me mata, Samira, me mata —susurró con la voz rota.

—Todas mis esperanzas de hacer algo por esta comunidad, se fueron a la basura… Me lo dijo, ya no soy más gitana…

—Samira, amor mío, no necesitas la aprobación de tu padre ni la de nadie, para ser quien quieras ser…; mucho menos para hacer lo que deseas. El culmen de tu sueño es crear un hospital, para los niños de esta comunidad, podrás hacerlo… —Le acunó el rostro e hizo que lo mirara a los ojos—. No, escúchame bien: Vas a hacerlo, lo harás… Depende de ti, no de esa gente, porque si necesitas el apoyo de tu familia, yo soy tu familia, ¿lo recuerdas? Ahora soy tu familia.

A Samira se les derramaban lágrimas a borbotones, pero en ese instante, el vehículo se detuvo violentamente. El corazón de ambos se detuvo, al pensar en una inminente amenaza.

Samira, con los ojos saltones por el terror, se volvió a mirar por la ventana trasera y pudo ver a su abuela corriendo hacia ellos, trayendo consigo la misma mochila que trajo de Madrid. De inmediato, impulsada por una rapidez desconocida, abrió la puerta, bajó y salió corriendo, hasta chocar su cuerpo contra el de su abuela.

—Vamos, mi estrella…, vamos —dijo casi sin aliento. Tenía que darse prisa, antes de que su hijo la alcanzara.

Ella no pudo soportar ver cómo trató a Samira, su niña no merecía tanto desprecio. Si Jan iba a darle definitivamente la espalda, ella no la dejaría sola en el mundo.

Samira la ayudó a trotar, casi enseguida, Renato llegó hasta ellas y le quitó la mochila a Vadoma.

—Me iré con ustedes, ya después hablamos si me aceptan… —dijo, andando con urgencia.

—Por supuesto que le aceptamos —comentó Renato, con una sonrisa algo nervioso, pero también feliz.

Valerio y dos guardaespaldas, no volvieron a subir hasta que todos estuvieron a salvo dentro del vehículo.

—Ya no vuelvas a decir nunca más que buscarás el perdón de Jan. —Le exigió Vadoma, con los ojos rebosantes de lágrimas—. Ya no es tu padre…, tampoco es mi hijo. No lo crie con tanto esfuerzo, para que terminara albergando tanto desprecio en su corazón… Y tú eres más gitana que nunca, escúchalo bien, por tus venas corre mi sangre Calé y la Rudari de tu madre… Tus ancestros españoles y rumanos jamás te darán la espalda.

Samira soltó un sollozo cargado de nostalgia y empezó a hipar en medio del llanto. Renato volvió a abrazarla.

—Mientras yo esté a tu lado, siempre tendrás a tu familia… Renato y yo seremos tu familia. No necesitas más… —Le dijo Vadoma, al tiempo que le regalaba una caricia a su desconsolada nieta. Sabía que aceptar el rechazo tan tajante y violento de su padre, no iba a ser fácil, pero ella estaba segura de que lo lograría. Tarde o temprano, iba a estar en paz.

Lo que restó de trayecto lo hicieron en silencio, solo era interrumpido por Samira, sorbiendo las lágrimas y emitiendo algún sollozo.

Cuando por fin llegaron a la mansión, Renato sabía que estaba demasiado débil, tanto física como emocionalmente, por lo que, la sacó de la SUV y la llevó cargada.

—¿Qué sucedió? —preguntó Sophia, asustada e imaginando lo peor.

—No salió bien. —Le dijo Vadoma en voz baja—. Pero lo superará, solo necesita tiempo… Ahora mismo es mejor que descanse.

—Sí, sí, por supuesto, ya pido que le llevan más infusión a la habitación —comentó Sophia, más tranquila con esa explicación. Ya Valerio se encargaría de informarles mucho mejor toda la situación.

Cuando llegaron a la habitación, Renato la acostó en la cama, le quitó las sandalias y se acostó a su lado, abrazándola con total pertenencia. Solo dejó de abrazarla para que se tomara la infusión y una pastilla para el dolor de cabeza, luego la estrechó de nuevo hasta el amanecer.

CAPÍTULO 82

Renato se encontraba en la sala de reuniones de su oficina, ubicada en distrito financiero de Madrid. Apiló por lo menos una docena de carpetas, en la que se encontraban los resultados del primer trimestre del año. Estaba bastante satisfecho, porque demostraba que, llevar sus funciones desde Madrid, no había afectado en absoluto el rendimiento de sus labores.

Hizo a un lado la primera pila de carpetas, para hacerse de otra, en la que tenía ya listo el plan de trabajo para el próximo trimestre, solo faltaba su firma para aprobarlo y compartírselo a Drica, en la sede de Río, ya que era su representante.

Estaba seguro de que no hubiese conseguido resultados tan extraordinarios, de no haber contado con su equipo de trabajo; el cual estaba compuesto por:

Lília Ximenes: una destacada economista en alta contabilidad, con máster en dirección de empresas, que trabajaba en la sede en Río. A sus cincuenta y cinco años estaba lista para jubilarse y mudarse a Europa; sin embargo, cuando se enteró de que él se radicaría en Madrid, no dudó en postularse para ser su mano derecha.

Aurora: su asistente, una madre soltera madrileña, con un extraordinario currículo, pero mucha dificultad para encontrar empleo, debido a su edad. Él, por experiencia, sabía que la edad no era una limitante, ya que su abuelo seguía trabajando.

Unax: el asistente de Lília, era un talentoso, ambicioso y proactivo madrileño, con maestrías en Análisis de Negocios y Tecnología.

Y, por último, Begoña: una joven de veinticinco años, recién graduada de Relaciones Públicas Internacionales. A pesar de su juventud, tenía experiencia y estudios en Comunicación Corporativa; ella complementaba las funciones de los asistentes.

Se apresuró en terminar la reunión, pues tenía un compromiso importante con su mujer. Los felicitó por el trabajo realizado y se despidió.

Empujó la puerta que comunicaba la sala de reuniones con su oficina, agarró del perchero la gabardina, se la puso y luego la bufanda. En sus planes estaba no hacer nada más que el amor a su mujer, hasta bien tarde en la madrugada, por lo que, no se llevó el maletín de trabajo; cogió la llave de su coche y salió raudo.

Ya en el estacionamiento, recordó que estaba olvidando lo más importante.

—Mierda —masculló y corrió de vuelta a su oficina.

No había sido fácil para él, adaptarse a trabajar en un edificio en el que funcionaban varias empresas y todo el tiempo se topaba con personas desconocidas; extrañaba la gente de la sede en Río, pero prefería alquilar un espacio de trabajo adecuado, en un edificio de oficinas, que hacerlo desde el apartamento.

Samira le dijo que podían adecuar el estudio y una de las habitaciones, pero para él, el apartamento era su templo, su sitio de descanso, su espacio para compartir con ella. Lo menos que quería era convertirlo también en su lugar de trabajo.

—Buenas noches —saludó a un grupo de hombres de entre treinta y cincuenta años, cuando entró en el ascensor. Algunos de sus acompañantes respondieron al saludo.

Mientras ascendía, miró un par de veces el reloj en su muñeca izquierda. No deseaba llegar tarde a la cita con Samira.

Cuando por fin llegó a su piso, poco le faltó para echarse a correr. Abrió la puerta de la oficina, caminó hasta su escritorio y cogió la carpeta, la revisó solo para asegurarse de que era la

correcta y no cualquier otro documento.

De vuelta en el estacionamiento, subió a la Range Rover; era su marca de auto predilecta, le gustaba su comodidad y su diseño exterior muy minimalista, ya que no era partidario de los modelos demasiado llamativos.

Dejó la carpeta en el asiento del copiloto y puso en el GPS la dirección de Saddle, restaurante en el que Samira lo había citado. Chasqueó la lengua al darse cuenta de que eran unos veintisiete minutos de trayecto, llegaría tarde. De inmediato, le pidió a la asistente virtual llamar a: «Mi gitana».

Mientras le marcaba, se puso en marcha.

—¡Hola, payo! —saludó de muy buen ánimo.

—Cariño, cariño… —dijo con urgencia—. Lo siento, llegaré un poco tarde; la reunión se extendió más de lo esperado —prosiguió preocupado—. Ya voy en camino, pero llegaré unos diez minutos tarde.

—Amor mío, no te preocupes —sonrió ella, más relajada, mientras también conducía—. Aún no llego al restaurante y no me importa si tengo que esperarte, lo importante es que conduzcas con cuidado… Prométeme que lo harás.

—Lo prometo, conduciré con cuidado. Disculpa…

—Eh, eh… eh. —Lo interrumpió—, nada de disculpas. Es tu trabajo y debes cumplir con sus exigencias… ¿Vale?

—Vale… —sonrió un poco más tranquilo—. Te quiero.

—Te quiero —canturreó—. Nos vemos en un rato.

Tiempo después, Renato llegó, entregó las llaves y se encaminó a la recepción; esta vez, sin olvidar la carpeta.

—Buenas noches, reserva a nombre de Samira Medeiros.

Enseguida se acercó el anfitrión y lo guio a la planta superior, hasta el piso de los reservados. Subió una gran escalera marrón y unas puertas dobles, azul profundo, lo recibieron; para luego llegar a otra recepción de un reluciente mueble dorado.

El anfitrión lo presentó con el de esa área, le dijo a nombre de quién estaba la reversa y de inmediato le pidieron que lo acompañara.

Siguió al hombre por el pasillo, pasaron por varios reservados, algunos cerrados; otro, no.

Abrieron una puerta para él.

—Bienvenido, señor Medeiros —dijo el hombre, haciéndole un ademán hacia el salón en el que había una mesa redonda con un mantel blanco y un par de butacas beige; en una de esas, estaba sentada Samira, pero se levantó en cuanto lo vio llegar.

Caminó hacia ella con los brazos ligeramente extendidos, para darle un abrazo.

—Lo siento, amor…

—Solo bésame. —Lo interrumpió ella y enseguida buscó la boca de su marido, en un beso lento y que no se reservó las ganas de hacerlo profundo.

Renato la sujetó por la cintura, pegándola más a su cuerpo, porque adoraba sentir las formas de ella contra el suyo, esa calidez que lo reconfortaba y esa pasión con que ella le correspondía.

—¡Feliz, mesiversario! —susurró él, con su frente pegada en la de ella y su mirada enfocada en los ojos oliva.

Samira sonrió y asintió, luego se mordió el labio, mientras seguía colgada al cuello de él.

—Siete meses, siento que el tiempo ha pasado tan rápido. ¿Aún me quieres? —preguntó y le dio otro beso fugaz.

—No sé por qué lo preguntas —dijo con el ceño fruncido pero la mirada divertida—. Eres mi

persona favorita. Te quiero más que a mi vida. —Entonces, fue él, quien la besó para confirmarle con acciones lo que acababa de decirle—. ¿Vas a decirme el resultado del examen?

El veinte de enero, Samira había presentado el examen MIR, que era la prueba de doscientas preguntas que le daba validez para ejercer como Médico Interno Residente. Ella necesitaba aprobar ese examen, para poder obtener el título de Médico Especialista.

Él fue el testigo principal de lo mucho que se preparó para aprobar. También estuvo con ella para ayudarle a menguar los nervios, cuando a finales de febrero publicaron los resultados provisionales, le aterraba aparecer en la lista como eliminada. Pero Samira se había esforzado muchísimo y era demasiado inteligente como para reprobar.

Desde entonces, llevaba un mes esperando la calificación, porque solo las mejores eran las que tenían mayor oportunidad en unas plazas que se agotaban en segundos. Ella anhelaba plaza en Especialidades Quirúrgicas en Pediatría, y esta solo tenía cupo para trecientos ocho profesionales de todo el país.

—Primero vamos a sentarnos. —Lo invitó con una sonrisa y un ademán, pero Renato caminó hasta el puesto en el que ella estaba y lo apartó un poco, para que volviera a sentarse—. Gracias, amor —dijo y levantó el rostro, para que él le diera otro beso.

Renato así lo hizo, luego se ubicó en la butaca de en frente y dejó la carpeta negra sobre la mesa; pudo notar que los ojos de Samira volaron a esta, por lo que, le puso la mano encima y le sonrió.

—¿Eso qué es? —preguntó curiosa—. ¿Trabajo?

Renato negó con la cabeza y vio que Samira también tenía una carpeta.

—¿Esos son los resultados? —preguntó, señalándola. Samira asintió—. ¿Tengo que pedir champán? —curioseó con una ceja ligeramente alzada. Samira se encogió de hombros, pero sus ojos, brillando como un par de estrellas, dejaban bastante poco al suspenso. Entonces, solo levantó un poco la mano y el anfitrión que esperaba sigiloso se acercó—. Tráiganos una botella de la mejor champaña que tenga, por favor.

—Por supuesto, señor. Enseguida se la traen —dijo y se fue diligente hasta el área de servicio, en el pasillo.

Samira sonrió y cogió la mano que Renato le ofrecía.

—¿Le dijiste a Vadoma que hoy cenaríamos fuera? —preguntó Renato, de lo contrario, la gitana los estaría esperando para comer.

—Sí, se iría con Estela a Torres Bermejas. Me dijo que cenaría ahí.

—Me parece que le gusta mucho ese lugar, va muy seguido, ¿no crees?

—Ya lo creo. —Samira soltó una risita—. Va todas las semanas, se las he contado… Y me habla muy bien de Guillermo Hermosell, el anfitrión. Me dijo que siempre le da una copa de vino, de cortesía.

—¿Crees que tendremos que ir a ver quién es el misterioso señor Hermosell? —preguntó Renato, sonriente.

—Sí, me gustaría conocerlo; la verdad, me hace mucha ilusión que pueda tener una relación con un hombre que ella elija. Merece saber lo que se siente estar enamorada… Nunca amó a mi abuelo, lo conoció el mismo día del matrimonio, y él no hizo el mínimo esfuerzo por conquistarla. Solo que temo que no se permita vivir el amor, porque a las gitanas viudas no les está permitido volver a tener otra pareja.

—Ya no tiene que seguir esas tradiciones tan injustas para las mujeres —dijo Renato—, le haremos entender que solo se vive una vez y que debe aprovechar los años que aún le quedan. Que nunca es tarde para que viva todas las experiencias que desee.

—Gracias, amor. Hablaré con ella, tampoco quiero que se cohíba de ser libre o de vivir su vida, solo porque cree que debe ser un buen ejemplo para mí… —Se interrumpió ante la llegada del champán.

El sumiller, le sirvió primero a Samira y luego a Renato; luego, se retiró para dejarle la privacidad que un espacio como ese les brindaba.

—Entonces, ¿celebramos que aprobaste el examen? —preguntó Renato. Samira le ofreció la carpeta para que revisara; él no dudó ni por un segundo, la agarró y miró, tras un minuto que a Samira le pareció eterno, levantó la mirada y sonreía genuinamente—. Estás entre las diez mejores calificaciones… —dijo anonadado.

Samira asintió con vehemencia, mientras sonreía y los ojos se le llenaban de lágrimas, pero no iba a llorar; aunque fuera de felicidad, no lo haría.

—Eso quiere decir que puedes apostar por la especialidad que tanto deseas y estar segura de que te van a aceptar… —Se le escapó un jadeo de emoción y orgullo.

—¡Espero que sí! —dijo realmente emocionada.

Renato cogió su copa y la levantó para el brindis.

—¡Muchas felicidades, amor! La verdad, nunca dudé de que lo conseguirías. Me siento demasiado orgulloso de ti.

—Gracias, payo… —Su copa tintineo contra la de Renato.

—¿Y cuándo empiezas? —preguntó ansioso.

—Aún no lo sé, para finales de abril tengo la convocatoria de actos de adjudicación de plaza. Ya ahí me dirán en qué hospital empezaré.

—Desde este momento, tenemos que hacer un pacto.

—¿Cuál? —preguntó intrigada.

—Iré a buscarte cuando termines tus guardias, no importa el día ni la hora, yo iré a por ti.

—Sabes que eso puede interferir mucho con tu trabajo —comentó, pero por dentro se moría de amor por ese hombre, si no fuera porque tenía mucha hambre, se saltara la comida y le pediría que la llevara de inmediato a hacerle el amor.

—Ya me las arreglaré, pero mi pacto no es negociable.

—Vale, lo acepto. —Le era imposible no ceder y se volvió a buscar en su cartera—. Ahora, aquí tengo tu regalo por estos siete meses en los que me has hecho la mujer más feliz. —Le entregó una caja de madera—. Gracias por darme una vida tan extraordinaria, que ni siquiera me atreví a soñar. —Su sonrisa demostraba lo feliz que estaba por hacerle ese regalo.

—Gracias, aunque no era necesario, mi mayor regalo eres tú. —La tomó, la apoyó sobre la mesa y levantó la tapa. Dentro, había otra caja verde esmeralda, ya el logo en dorado le dejó saber de qué se trataba, por lo que, la sonrisa se hizo más amplia. La sacó a la vista de Samira y la abrió, se trataba de un Rolex de Titanio.

—Está personalizado… —dijo ella al ver que se quedó mudo. Bien sabía que ese tipo de cosas no era algo que a él pudieran impresionarlo, pues tenía una colección con otros relojes mucho más caros. Quizá lo que le sorprendía era que fuese de su parte.

Él sacó el reloj del estuche, le dio la vuelta y leyó:

«Siempre te llevo en mi mente y en mis ganas».

Decir que el corazón le dio un vuelco era quedarse corto, esa frase hizo estallar muchas emociones en él, pero la que primó fue el deseo por ella. Si no fuera porque no era el lugar más apropiado, la desnudaría y le haría el amor sobre esa mesa.

—Vaya, no podre heredárselo a ninguno de nuestros nietos… —dijo extasiado.

Samira soltó una carcajada.

—¿Por qué no? Solo tendrá la certeza de que su abuela estaba loca de amor por su abuelo.

—No, yo quiero que con esto me entierren; lo usaré para guiarme en el camino a la otra vida que me lleve a ti. —Le tomó la mano y le besó el dorso. Aunque se moría por comerle la boca, no quería hacerlo, porque no iba a poder detenerse.

Hicieron otro brindis por ese regalo y bebieron un poco más de champán.

—Antes de que empecemos con la comida, quiero entregarte este presente. —Sostuvo la carpeta en alto y se la mostró. Samira sonrió emocionada—. Vale por dos. —Le advirtió—. Por haber aprobado el examen y próximamente ser Médico Residente, pero también lo es por haberme soportado estos siete meses…

—Ay, no seas tonto —intervino divertida—. Junto a ti he vivido los mejores siete meses de mi vida.

—Bueno, este es mi regalo. —Por fin le entregó la misteriosa carpeta negra.

—Tarararará… Tarararará —canturreó Samira, intrigada, el inicio de la Quinta sinfonía de Beethoven; la abrió, pero antes de mirar, volvió a cerrarla—. ¿Qué es? —preguntó, viéndolo a los ojos.

—Descúbrelo tú misma. —La instó con una sonrisa.

—Bueno —suspiró abriendo la carpeta—. Veamos qué me ha regalado mi esposito. —Lo primero que captó fueron las palabras: «Título de Propiedad», todo en mayúsculas y en negrita. Más abajo, estaba su nombre y número de identificación; además, el documento estaba en portugués—. ¿Esto qué es? —preguntó sorprendida.

—Ahí lo dice… ¿No lo dice? —Se aproximó para ver, pero él estaba seguro de que sí, solo que quiso aligerar el impacto en Samira.

—Sí, lo dice… T-título d-de propiedad... A- a mi nombre.

—Sí, está a tu nombre porque es tuyo.

A Samira se le escapó una risa infestada de llanto.

—La dirección es en Río, en el barrio donde crecí… ¡No! ¡Sí! ¿No? —Dejó la carpeta y apoyó los codos en la mesa, para cubrirse la cara—. Renato —chilló y sus hombros empezaron a temblar por el llanto.

De inmediato, él se levantó, bordeó la mesa y se acuclilló al lado de su mujer, le apretó uno de los muslos.

—Sí, es lo que imaginas y es tuyo…

—Pero Renato. —Retiró una de sus manos de la cara, para ponerla en una mejilla de él—. Esto es demasiado, ese terreno debió costar muchos millones… cientos, ¿cierto?

—No es nada comparado con lo mucho que eso aportará a tu comunidad. —Le dijo con una maravillosa sonrisa y acariciándole el muslo.

—¡Dios! Pero no sé nada de cómo construir un hospital… Y estamos tan lejos, como para saber si lo hacen bien… Puedo empezar por contratar a un ingeniero. —Se llevó las manos a la boca y soltó un gritito bastante agudo, mientras se balanceaba en la butaca—. Ay, estoy tan feliz, me va a estallar el corazón. —Le cogió la mano que Renato tenía en su muslo y se la llevo a su pecho—. Siente, me harás explotar el corazón—. La construcción será por mi cuenta, ¿entendido? —Lo señaló amenazante.

Renato frunció la nariz.

—No, no es buena idea que la construcción sea enteramente por tu cuenta…

—Renato Medeiros…

—Deja que te hable —rio tranquilizador.

—Está bien, habla, pero no quiero que tú…

—A menos que quieras construir algo muy pequeño, la construcción puede correr enteramente por tu cuenta…

—Renato —Volvió a interrumpirlo con tono de advertencia.

—Samira. —Usó un tono igual al de ella—. No digo que yo vaya a involucrarme económicamente en ese proyecto, porque podría dejarme en la ruina, pero sí necesitarás apoyo de otros. Y asesoría de personas que tengan experiencia en eso… ¿Y adivina qué? Te tengo a la persona indicada, que puede ayudarte a encontrar a fundaciones o empresas dispuestas a colaborar con tu sueño. —Le dijo con una gran sonrisa de triunfo.

—No me digas que tu abuelo, porque es lo mismo.

—Por supuesto que el Grupo EMX hará donaciones, pero no, no es mi abuelo… Es mi tío, Samuel, él tiene los contactos adecuados para que, en cinco años, una vez termines la especialidad en cirugía pediátrica, tengas un hospital donde operar. Sabes que él tiene dos hospitales infantiles en Estados Unidos…

—Pero supongo que los ha conseguido por su trabajo en la política…Y es más fácil conseguir donaciones, pero no creo que, empresas norteamericanas, quieran hacer donaciones a hospitales en el sur.

—No, el primero lo inauguró cuando tenía solo el bufete de abogados. Él sabe cómo conseguir apoyo… ¿Quieres que yo me encargue de hablar con él o lo pongo en contacto contigo?

—Me gustaría encargarme de eso, porque a ti no podrá decirte que no, porque eres su sobrino…

—Tú también eres su sobrina, Samira. —Le recordó.

—No es lo mismo.

—Si tú lo dices, no te llevaré la contraria, porque eres muy terca. Pero estoy seguro de que encontraremos a muchas empresas que quieran involucrarse… Por ejemplo, podremos contar con la constructora de la familia de Bruno...

—Veo que estás haciendo muchos planes, sin contar con la opinión y disposición de los demás —dijo sonriente.

—Porque estoy seguro de que no dirán que no. Son familia y ¿para qué es la familia si no es para ayudarnos?

—Gracias, amor… Estoy demasiado eufórica… Mira. —Tendió una de las manos frente a él, para que viera lo mucho que estaba temblando.

—Sí, te siento temblar… Y tengo planeado que en un par de horas vuelvas a hacerlo, bajo mi cuerpo. —Le guiñó un ojo.

—Entonces, apresuremos la cena —dijo y le dio un rápido beso.

—Por favor. —Le susurró, se levantó y regresó a su puesto.

Mientras Samira utilizó la servilleta para limpiarse las lágrimas. Él levantó la mano, solicitándole al mesero que se acercara.

—Gracias —dijo ella, al recibir la carta que le ofrecía.

Renato también agradeció y luego se concentró en el menú, pero ella se quedó observándolo a él y confirmándose a sí misma que lo amaba demasiado y aun así no era suficiente.

Aunque habían pasado siete meses desde que se casaron, algunas veces le costaba creer que esa fuera su realidad, por lo especial e incondicional que Renato era con ella.

Después de que regresaron de Río, ella estaba devastada porque no podía entender que su padre la odiara tanto; sacarse a su familia del corazón le estaba doliendo demasiado. Sobre todo,

cuando su situación empeoró con la llamada de Adonay.

Estaba iracundo, su padre le llamó y reprochó duramente por haberle mentido acerca del viaje de Vadoma y que la había sacado de su casa con engaños, solo para apoyar las locuras de Samira.

Ella, que no merecía nada después de lo que hizo, cuestionó su dignidad por ayudarle después de que lo abandonó el mismo día de la boda y lo convirtió en la burla de toda la comunidad. Por consiguiente, también le informó que había llegado a pedir perdón, pero con el descaro de hacerlo casada con un payo.

A Samira no le quedó más remedio que decirle toda la verdad y con quién se había casado; todavía así, Adonay siguió muy molesto con ella y no contestó más a sus llamadas.

Fue entonces cuando sintió que el tema familiar no iba a poder resolverlo sola, y recurrió a ese terapeuta que Danilo le recomendó.

Empezó a verlo una vez por semana y, en un par de meses, ya le había hecho ver la importancia de vivir para sí misma y no sentirse culpable; porque tenía la terrible tendencia a pensar que, si anteponía sus prioridades, era por puro egoísmo.

Le hizo entender que había crecido en un ambiente disfuncional, con unos progenitores inoperantes, en relación a sus funciones de cuidado y de amor; entonces, terminó creciendo sin saber vivir pasa ella misma, porque lo hizo viviendo únicamente para los demás, fue lo que le enseñaron a ser.

Le recalcó que a sus padres le interesaba mucho que viviera para ellos; su madre, para que le ayudara con la crianza de sus otros hijos; su padre, para hinchar su orgullo a través de su propio sacrificio.

Ellos solo la necesitaban para que les sirviera, y no les convenía que tuviera conciencia crítica, para decidir qué camino tomar en su vida. Y solo dejaba de ser invisible cuando seguía las directrices que ellos les daban.

Le ayudó a ahondar tanto en sus emociones, que incluso comprendió por qué se molestaba cuando Renato le hacía regalos. Fue porque creció creyendo que amar era solo dar, ofrecer, entregar… Y cuando empezó a recibir, se sintió que estaba en deuda con él, se sentía incómoda y por eso muchas veces se sentía indigna de ese amor.

Sabía que era un proceso largo, pero estaba poniendo todo su empeño para dejar atrás el pesado lastre que significaba su familia, y seguir adelante; entender que había personas más importantes en su vida y que a pesar de que no compartían su misma sangre, la edificaban y valoraban por quien era.

Así que, ahora no le afectaba en absoluto cumplir su sueño de construir un hospital, cerca de esa gente que jamás le perdonaría haber elegido ser para ella y no para beneficiarlos a ellos.

Al llegar al apartamento, se dieron cuenta de que Vadoma, también acababa de regresar; se le notaba muy feliz, tarareando en la cocina.

Renato y Samira se miraron, compartiendo una risita cómplice, pero cuando Vadoma les preguntó qué les pasaba, dijeron que nada.

Entonces, les ofreció té; ellos aceptaron porque disfrutaban compartir ese momento antes de irse a la cama, ya que conversaban sobre sus días.

—Mi estrella, ¿qué te parece si me corto el cabello? Es que toda la vida lo he llevado de la misma manera… No sé, me gustaría verme diferente.

—Abuela, si quieres hacerlo, hazlo… No me pidas permiso.

—Pero me gustaría saber tu opinión, ¿crees que se me verá bien?

—Por supuesto que se te verá hermoso.

—Coincido con Samira —dijo Renato, con una tenue sonrisa.

—¿Lo crees? —Se sonrojó como quinceañera.

—Sí, abuela, siempre es bueno cambiar de estilo; además, casi siempre lo llevas recogido, córtalo cuanto quieras… o pídele la opinión al estilista, estoy segura de que te dirá cómo es mejor cortarlo, según tu rostro y contextura —hablaba sonriente, emocionada porque su abuela decidiera vivir.

—Bueno, mañana iré a la peluquería.

—Si quieres, te acompaño. —Se ofreció Samira.

—Gracias, mi estrella —dijo sonriente.

—Bueno, nosotros nos vamos a la cama. —Samira se levantó y agarró su taza de té e iba a agarrar la de Renato, pero él le sostuvo la muñeca.

—Te ayudo —propuso, poniéndose de pies y tomando la de Vadoma.

Llevaron las tazas a la cocina y las lavaron. Vadoma los miró con una encantadora sonrisa. Cada día, el payo le demostraba que cumplía con su palabra de querer bien y bonito a su nieta; no se lo había dicho, pero la valoraba como jamás lo habría hecho un gitano, porque todo el tiempo, tenía esas actitudes en las que le ayudaba por mínimo que fuera el esfuerzo, algo que un gitano no haría, porque para ellos, eso sería obligaciones exclusivas de las mujeres.

Samira regresó y le dio un beso en la mejilla.

—Hasta mañana, abuela. Duerme bien.

—Hasta mañana, descanse —deseó Renato.

—Muchas gracias, ustedes también.

En cuanto entraron a su habitación, Samira lo pegó a la puerta, con una mano en su pecho y; con la otra, le quitaba la correa del pantalón. Renato se dejaba hacer, mientras la besaba con fervor y sostenía sus caderas. No se detuvieron hasta que terminaron sobre su cama, entregados al placer de sus cuerpos laxos, con respiraciones agitadas y sonrisas cansadas tras el orgasmo.

CAPÍTULO 83

Samira terminó su turno en urgencias a las siete de la tarde, había sido una guardia extenuante y estaba tan agotada que ni siquiera iba a cambiarse; acababa de salir del quirófano, tras realizarle una apendicectomía transumbilical asistida por laparoscopia, a Diego, un niño de seis años.

Estaba en su cuarto año como Médico Residente, en el Hospital General Universitario Gregorio Marañón, donde consiguió una de las dos plazas disponibles. Además, ese año empezó a hacer rotación externa, que complementaba su aprendizaje; sin descuidar su rotación dentro del hospital, en Urgencias, Pediatría, en UCI Pediátrica y Neonatal.

La actividad asistencial la adicionaba con participaciones en congresos, publicaciones y proyectos de investigación.

Se desempañaba muy bien en procedimientos quirúrgicos sencillos: cirugía pediátrica general y digestiva, cirugía plástica y maxilofacial, cirugía oncológica, neonatal, urológica y cirugía torácica mínimamente invasiva. Solo solicitaba supervisión si lo consideraba necesario, y procedía con supervisión de su tutor los abordajes quirúrgicos como: toracotomía, cervicotomía, laparotomía transversa; entre otros más complejos.

Luego de asegurarse de que Diego despertó bien de la anestesia, de hacer las anotaciones en su historia clínica, para el médico de relevo, y cumplir con todo el protocolo de fin de guardia, fue en busca de su cartera, se rehízo la coleta, sin dejarla muy apretada, porque el agotamiento la tenía con un ligero dolor de cabeza.

Le envió un mensaje a su marido, para informarle que ya estaba de camino a la salida.

Renato la esperó por donde casi siempre salía, la vio venir con el pijama médico, pantalón blanco y con camiseta estampada con algunos personajes infantiles, como: Ariel, Jasmín, Chip —o le parecía que así se llamaba—, de lo que estaba seguro era de que aparecía en La Bella y La Bestia.

Aunque llevaban casi cinco años casados y todavía no tenían hijos, lo cierto era que él estaba constantemente familiarizado con todo lo relacionado a niños; Samira, todo el tiempo, buscaba la forma de ganarse la confianza y cariño de sus pequeños pacientes. Para ella, la mejor vía de hacerlo era aprender de sus intereses y así poder iniciar un tema de conversación con ellos.

Razón por la cual, el apartamento estaba repleto de cuentos infantiles, muchas veces las opciones cinematografías eran de Disney, Pixar, Illumination, Ghibli o Dream Works. Entre otras cosas que fascinara a los niños; así qué, indirectamente, él terminaba absorbiendo toda esa información.

Se sonrieron cuando sus miradas se encontraron; a pesar de que se le veía agotada, lucía hermosa y de muy buen ánimo, lo que le hacía suponer a Renato, que ella tuvo una buena jornada. Porque, cuando las cosas no salían bien y alguno de sus pacientes moría, sobre todo, los neonatos, ella terminaba devastada; aun cuando sabía que la muerte era parte de su trabajo, no podía evitar tener sentimientos asociados de duda, impotencia, culpa o fracaso, o se preocupaba mucho de ser criticada por su participación en el cuidado del paciente.

—¿Esto es para mí? —preguntó con una gran sonrisa, al ver el ramo de flores coloridas en las manos de Renato.

—Son para la mujer que me llena de vida…, la más hermosa de todo el universo —dijo sin entregarle todavía las flores—. ¿La conoces? —preguntó sonriente.

—Creo que sí, ¿no era esa que iba vestida con un pijama médico infantil, el cabello hecho un desastre y la cara más demacrada que un cadáver?

—Esa misma, lo que esa mujer no sabe es que, con tan solo verla, aún después de una exhaustiva guardia, me levanta el ánimo. —Por fin le entregó el ramo, al tiempo que le envolvía la cintura con un brazo y le daba un beso.

—Te amo. —Ella le dio otro beso sonoro—. ¿Me llevas a casa? —gimió agotada—. Quiero hundirme como una hora en la bañera. Siento que eso necesita mi cuerpo en este momento.

—Por supuesto, cariño —dejó de abrazarla, para luego entrelazar sus dedos y caminar hasta donde había dejado el coche aparcado—. ¿Muchas urgencias?

—Sí, empecé la guardia con un niño de diez años, con una herida en la cabeza, al que tuve que darle siete puntos de sutura; luego, otro de doce, con una torsión testicular —sonrió al ver la cara de sufrimiento que hizo Renato—. También me tocó la aspiración de un cuerpo extraño; Vanesa, de dos años, se tragó un botón…

—La edad en la que la gran curiosidad de un niño y el pequeño descuido de un padre, puede hacerte pasar un momento de terror —comentó Renato, ya desde ahí pudo ver la SUV y con el comando desactivó la alarma.

—Así es, nos tocó lidiar con la agresividad del padre, por suerte para él, comprendemos que son reacciones propias de los nervios; de lo contrario, le hubiese dado un puñetazo —gruñó. Renato rio y le dio un beso en el pelo, pudo percibir el olor del quirófano—. Después, nos llegó una pequeña con una uña encarnada.

—¿Cómo así? ¿Eso es un caso de cirugía? ¿No debería encargarse el pediatra de eso? —preguntó mientras le abría la puerta. Que Samira permitiera que lo hiciera, solo le confirmaba que verdaderamente estaba agotada.

—No, el pediatra no lo hace, él no corta, no hace incisiones ni nada de eso —continuó, una vez que Renato subió al asiento de conductor—. Así que, me llamó: «Doctora Medeiros, hay una niña aquí con una uña infectada» —trató de imitar la voz del pediatra—. Me tocó bajar, drenar la uña, ponerle un poquito de antibiótico y mandarla a casa.

—Eso no lo sabía —sonrió, al tiempo que ponía en marcha el motor.

Samira asintió y luego llevó la nariz hasta el ramo de flores e inhaló profundamente el aroma de una peonía rosada.

Al llegar al apartamento, Renato fue directo al baño, para poner a llenar la bañera. Samira se quitó el pijama y se quedó tirada en la cama, solo con el sujetador y las bragas.

—Por cierto, me enviaron el último avance del hospital, pero no he tenido tiempo de verlo —dijo en voz alta, para que Renato la escuchara.

—Podemos hacerlo ahora, ¿te parece? —propuso, asomando medio cuerpo.

—Vale…, lo haremos antes de dormir.

—Podemos mientras estemos en la bañera.

—Sí y mucho mejor si es con una copa de vino.

—Está bien, ya puedes venir… Entra primero, en un rato te acompaño.

—Gracias, amor. —Se levantó y, al cruzarse, le dio un beso y una nalgada.

Renato se dirigió a la cocina, buscó una botella de vino y un par de copas, también se hizo de frutas y queso. Cuando regresó, dejó todo en una mesa auxiliar; luego, fue a por el portátil de Samira y lo dejó en la tabla de apoyo, en medio de la bañera.

Se desnudó y entró, ubicándose detrás de ella.

—Esto era justo lo que necesitaba —suspiró complacida y dejó descansar al cabeza en el pecho de Renato.

—Yo también —dijo él, dejándole un beso en la mejilla, luego le pasó la copa medio llena.

Ella le dio un pequeño sorbo y dejó la copa en la tabla de apoyo, junto al portátil, la cual encendió; introdujo la contraseña y buscó los archivos.

Puso a reproducir el primer video y el estómago se le encogió de la emoción; habían pasado tres semanas desde que les compartieron el último avance, y la diferencia era realmente notable.

Renato le había dado su palabra de que con la ayuda de su tío Samuel, conseguirían empresas que les ayudarían en la construcción de ese sueño; y no se equivocó. Hasta ese día, contaba con el respaldo de cuarenta y cinco empresas brasileñas, que hacían grandes aportaciones.

—Va bastante adelantado. —Renato rompió el silencio.

—Sí, falta poco, ahora sí me parece que se está haciendo el trabajo.

—Desde el principio se ha estado haciendo, solo que estabas demasiado ansiosa.

—Tienes razón —chilló, concediendo su derrota—. ¿Crees que esté listo para cuando termine la residencia? —Se volvió a mirarlo por encima del hombro.

—Por supuesto. —Le dio un beso. A Samira le faltaba un año completo para terminarla, y el hospital iba bastante avanzado.

—¿Cómo fue tu día? —Tomó la mano derecha de él, uniendo ambas palmas, para luego entrelazar sus dedos o juguetear con ellos.

—Menos interesante que el tuyo, todo es sumamente metódico. Gracias al cielo, no tengo que enfrentarme a la adrenalina de tener que lidiar con torsiones testiculares.

Samira soltó una carcajada y, con cuidado de no mojar el portátil, se giró hacia él, apoyó una mano en su pecho y empezó a bajarla hasta acunarle los testículos.

—Pero ¿sí te gustaría enfrentarte a la adrenalina de un buen masaje? —preguntó con una sonrisa pícara y mirándolo a los ojos.

—Estaría loco si no —jadeó complacido, al tiempo que cogió el aparato y lo quitó de la tabla de apoyo, para dejarlo sobre la mesa auxiliar.

Se dedicó a disfrutar de las maravillosas manos de su mujer, masturbándolo, pero no quería solo eso, por lo que, la sujetó por las caderas y se la puso ahorcajadas, al tiempo que se entregaban a la pasión de un beso profundo.

Desde hacía un par de años, contaban con la libertad de entregarse cómo y dónde quisieran, ya que tenían la privacidad del apartamento para ellos. Vadoma, después de mucho tiempo, aceptó darse una oportunidad en el amor y se fue a vivir con Guillermo Hermosell. El anfitrión de Torres Bermejas, era un gitano que llevaba ocho años viudo, un señor de la misma edad de Vadoma, que vivía solo en Madrid, porque sus hijos vivían en Valencia.

No fue fácil hacerle entender que no tenía nada de malo si quería compartir el resto de su vida junto a un buen hombre. Samira, más de una vez, tuvo que decirle que, para el amor, la edad no debía ser un limitante, que lo importante era su felicidad, y si Guillermo se la estaba ofreciendo, ¿por qué no aceptarla?

A pesar de lo agotada que estaba Samira, hacer el amor con su marido la recargaba de energía; después de la bañera, volvieron a hacerlo en la habitación. Luego se pidieron Sushi, para comer mientras veían una película.

Además, contaban con la fortuna de que, al día siguiente, ambos lo tenían libre, así que podrían desvelarse un poco más. El único compromiso que tenían al día siguiente era por la tarde, como padrinos del hijo de Amaury y Julio César.

Era un hermoso niño ucraniano, de seis meses, que habían adoptado con apenas un mes de nacido; esa tarde lo bautizarían en la Catedral de la Almudena.

En medio de la película, ambos se quedaron dormidos en el sofá, fue Samira la que despertó

durante la madrugada y le pidió que se fueran a la habitación; por supuesto, él no se dio cuenta de que se había rendido y despertó algo desconcertado.

CAPÍTULO 84

Transcurrieron casi siete años para que, Renato y Samira, trasladaran su residencia de nuevo a Río de Janeiro. Decidieron ir a vivir con Reinhard y Sophia, a pesar de que el apartamento de Renato era lo suficientemente grande o que podían comprarse una casa más cómoda, accedieron a la petición del patriarca, de mudarse a la mansión Garnett.

La despedida en Madrid no fue fácil, ya que ambos habían creado vínculos afectivos con muchas personas; sobre todo, no lo fue para Samira, tuvo que dejar a su abuela con su marido Guillermo, pero le tranquilizaba saber que estaría con una persona que realmente la quería y la valoraba, también le prometió que la visitaría mínimo tres veces por año. Les dejaron el apartamento, pues estaba mejor ubicado y en mejores condiciones que el de Hermosell, el cual terminó poniendo en venta.

Despedirse de Julio César, también fue un proceso bastante triste; ella quiso cederle la totalidad de las acciones de Saudade, pero él se negó y le compró su participación. Sin embargo, dejó activas varias de sus inversiones y le firmó un poder a su abogado, para que pudiera hacer gestiones de poca importancia.

Quedaron algunos pendientes, que luego resolverían, puesto que quisieron llegar a Río el día que Renato cumplía sus treinta y ocho años.

Cuando bajaron del avión en el Santos Dumont, sintieron el impacto del cambio de clima. La noche anterior, cuando abordaron en Madrid, la temperatura estaba en unos cinco grados, ahora los recibían unos treinta grados, que los sofocó tan solo en el corto trayecto del avión a la SUV.

Saludaron con afecto al chofer y al guardaespaldas, pues interactuaban con ellos durante todas las visitas que habían hecho a Río, en esos años; para poder ver los adelantos del hospital y compartir con la familia.

Esperaron dentro del auto, con el aire acondicionado lo más alto posible, a que guardaran todo el equipaje.

La nostalgia de haber dejado Madrid, fue desapareciendo por la emoción que les provocaba encontrarse con los maravillosos paisajes cariocas.

—¿Recuerdas la primera vez que vinimos aquí? —Le preguntó Renato, cuando pasaron por la ensenada de Botafogo.

—Sí, fue primera vez que compartí comida con un payo, ese Crème Brulée estaba riquísimo —dijo y apoyó la cabeza en el hombro de él, le sujetó la mano y entrelazó los dedos—. Deberíamos volver —suspiró ante los recuerdos de esa noche, cuando ambos eran mucho más jóvenes.

—Lo haremos. —Le dio un beso en los cabellos.

El momento idílico fue interrumpido por la vibración del teléfono de Samira.

—Es mi abuela, seguro quiere saber si llegamos bien —dijo, antes de contestar.

Habló por más de dos minutos con Vadoma, sobre cómo les había ido en el viaje y que ya estaban de camino a la casa. Le dedicó unas breves pero emotivas palabras de felicitaciones a Renato.

—Gracias —dijo Renato, guiñándole un ojo.

Le sugirió que le pidiera un hijo a Samira, de regalo de cumpleaños; al parecer, había comprendido que aún no estaban preparados para convertirse en padres.

Cuando por fin llegaron a la mansión, Renato fue sorprendido por parte de su familia y sus amigos más cercanos. Notó en la sonrisa de Samira, que estaba al tanto de esa sorpresa. Entonces, supo por qué se empeñó tanto en que llegaran ese día.

—¡Feliz cumpleaños, Renatinho!

—¡Feliz cumpleaños, amor! —dijo, dándole un beso.

Luego Renato caminó hasta donde estaba su madre, sosteniendo un pequeño pastel, iluminado por varias velas. Ella había dado un par de pasos, dejando atrás al grupo familiar.

—¡Felicidades, hijo mío! —deseó Thais con una sonrisa de pura dicha.

—Gracias, mamá, gracias a todos… —Se inclinó sobre el pastel y sopló sobre las velas—. No esperaba esto —confesó, dirigiendo su mirada a cada uno y sonrió genuinamente.

Después, poco a poco, fue recibiendo abrazos y buenos deseos de sus tías y sus hijas, Diana y Selene, quienes tenían tres años y; por supuesto, de Lucas.

Recordaba la cara de estupefacción que puso Samira cuando le contó sobre la relación que tenían sus tías con Lucas, pero con el tiempo fue asimilándolo, hasta que terminó por normalizarlo, como le había tocado hacer a toda la familia.

También recibió los abrazos de Elizabeth, Alexandre y sus hijos, Alexandra y Bernardo, quien se parecía bastante a su abuelo materno; aunque tenía la cualidad de haber nacido con heterocromía, por lo que, tenía un iris gris y el otro casi en su totalidad era de un marrón dorado, como el de Samuel.

Continuó recibiendo un eufórico abrazo de su hermana Aitana, el de su padre, de sus amigos cercanos y, por último, se acercó a su abuelo, el pilar de la familia, un roble que, con ciento tres años, los seguía manteniendo unidos a todos.

Sin duda, era un pastel demasiado pequeño para tantas personas; eso había sido algo meramente significativo, porque la celebración la harían en el restaurante Fogo de Chão, el que reservaron exclusivamente para la familia.

Todos sabían que Renato y Samira, estaban agotados por el viaje, por lo que, les pidieron que subieran a descansar unas horas, para luego ir a comer.

Despertaron tres horas después, con la alarma que Renato programó antes de que se quedaran dormidos. Se acurrucaron un rato entre las sábanas, compartieron una amena conversación y muchos besos.

Cuando bajaron, todos estaban en la terraza, hablando mientras tomaban güisqui o caipirinhas, y se volvieron a verlos.

—¿Pudieron descansar? —preguntó Ian.

—Sí, gracias, papá.

—Entonces, ¿listos para irnos? —inquirió Elizabeth, con Bernardo sentado en el regazo.

—Sí, vamos —contestó Samira.

Estuvieron en la churrasquería por unas cuatro horas, comiendo, bebiendo y rememorando tantas aventuras y momentos compartidos en familia, durante los años de vida junto a Renato. Luego se despidieron para ir cada uno a sus hogares, esperando reunirse entre semana y para la inauguración del hospital.

Cada vez que le recordaban a Samira, el poco tiempo que faltaba para la inauguración, la invadía una mezcla de miedo y plenitud. Agradecía al destino que la puso en el camino de Renato, porque en la familia de él, encontró el amor y el apoyo que nunca tuvo en la suya, excepto por su abuela.

Cuando regresaron a la mansión, se quedaron un poco más con Reinhard y Sophia; ellos no podían ocultar la felicidad que sentían por tenerlos ahí.

—Abuelo, ve a descansar, mañana seguimos hablando —dijo Renato, al ver que Reinhard cabeceó en unas tres oportunidades.

—Está bien, hasta mañana, mis hijos. Descasen… —Le deseó, al tiempo que Sophia le ayudaba a poner de pie y le sirvió de apoyo, para llevarlo hasta el ascensor.

—Ahora sí, ¿listo para recibir mi regalo? —Le susurró Samira, una vez estuvieron solos.

—Si es contigo, siempre lo estoy —sonrió y se levantó.

Samira se echó a correr escaleras arriba y él la siguió, con muchas ganas de hacer el amor.

Cuando llegaron a la habitación y antes de que él pudiera cerrar la puerta, ella empezó a quitarse prendas y dejarlas caer en el suelo.

Renato cerró y se apoyó contra la madera, viendo a su mujer desvestirse con una sensualidad que lo desarmaba. No se preocupaba en absoluto por contener los suspiros de admiración.

Una semana después, a las diez de la mañana, estaban reunidos en el barrio Catumbi, ubicado en la zona central de Río de Janeiro, no solo la familia Garnett, Medeiros y Martinelli, sino todos los involucrados en el proyecto, así como la prensa y el gran equipo médico que trataría a los pacientes.

Samira estaba bastante nerviosa y ansiosa, se moría por abrir las puertas de su más ambicioso sueño, en el que había puesto no solo su tiempo y dedicación, sino que también había invertido cien millones de euros, para comprar equipos médicos de última generación; quería que los niños que se atendieran ahí, contaran con los mejores cuidados.

Cuando le ofrecieron las tijeras, para cortar las cintas amarillas frente a urgencias, fue evidente para todos y quedó registrado en cámaras de televisión, lo mucho que le temblaban las manos.

—Vengan aquí, vengan… —Con la voz rota por las emociones, le hizo señas a su marido y a su abuela, para que se acercaran.

Vadoma había llegado la noche anterior, en compañía de Julio César. Como le dijo Samira, ella no podía perderse ese momento, porque lo estaba viviendo en gran parte gracias a ella.

—Lo haremos entre los tres, gracias a ustedes, hoy esto es posible —dijo con la barbilla temblando por contener las emociones.

Vadoma y Renato, pusieron sus manos sobre las de Samira y, de esa manera, el Hospital Gitano Infantil, quedó formalmente inaugurado. El momento fue acompañado de los aplausos de los presentes.

Entraron al gran vestíbulo del hospital, donde meseros con bandejas empezaron a repartir copas de champán, para hacer el brindis. Mientras los fotógrafos no dejaban de apretar los obturadores, capturando cada momento.

Cuando fue el momento de Samira, para ir al atril, le temblaban tantos las piernas que, si no fuera porque Renato le sujetaba la mano, no hubiese podido dar un paso.

Luego de dar la bienvenida y agradecer a los socios comerciales, amigos, funcionarios municipales y estatales, y a los medios de comunicación por estar ahí, para compartir un evento tan importante, Samira continuó con un discurso.

—El día de hoy nos reunimos para celebrar la culminación de un sueño —siguió leyendo—, pero a la vez, el inicio de una nueva historia en la ciudad de Río de Janeiro, una que será enmarcada por la innovación y respaldada por la experiencia de un sistema de salud internacional. El Hospital Gitano Infantil, nace de mi deseo personal de colaborar con el bienestar de todos los niños que padecen alguna condición médica, en especial, a los de esta, mi comunidad… Nació del anhelo que tuvo una adolescente gitana, común y corriente, sin ninguna oportunidad, pero que soñó y entregó su vida para que todos los niños, gitanos y payos, pudieran

tener acceso a la salud, con los mismos beneficios que reciben los de mejor condición económica y social…

»Su infraestructura, acompañada de tecnología de vanguardia y un talentoso equipo médico y de enfermería, hace de este centro un parteaguas en la atención médica infantil de Río de Janeiro. Y, para que nos explique un poco más de este gran proyecto, le pido al director de este hospital, doctor Rodrigo Amundaray, que nos acompañe y diga unas palabras.

El doctor le dio un apretón de manos a ella y a Renato, antes de subir al atril, dándoles las gracias, una vez más, a todos los que aportaron su granito de arena para que se realizara ese importantísimo proyecto, y a cada uno de los presentes.

—…Con una inversión de unos dos mil millones de reales, se pudo construir y habilitar este edificio, que cuenta con trece pisos, sesenta y cuatro habitaciones, setenta y dos consultorios médicos, áreas de urgencias y de cuidado intensivo… —Hizo una pausa debido a los aplausos—. No me queda dudas de que el Hospital Gitano Infantil, marcará muchos hitos en la historia de nuestra ciudad y en los servicios de salud, no solo en este estado, sino de nuestro querido país…

Samira miraba en derredor, observaba a cada uno, el espacio, la altura de los techos, y aún le costaba creer que su mayor deseo de adolescente fuera hoy una realidad.

Se mordió el labio, para no llorar; aun así, se le derramaron varias lágrimas. Renato se acercó y le besó la sien, mientras que, con el pulgar, le limpiaba las lágrimas.

Cuando llegó, se emocionó mucho al ver que, afuera de las instalaciones, había muchos gitanos con carteles en romaní y caló, agradeciéndole por su buen corazón.

—Tu dicha y felicidad es la mía. —Le susurró Renato—. Te amo y se me infla el pecho de orgullo, mi gitana, mi estrella, mi gran amor.

CAPÍTULO 85

Un mes después de la inauguración del hospital y tras las festividades navideñas, Renato aprovechó que aún contaban con unos días libres, para proponerle a Samira que viajaran hacia algún lugar paradisíaco, así podrían liberarse del estrés que habían vivido en los últimos meses.

El destino escogido por él fue: Jalapão; al norte de Brasil. Ella se sorprendió un poco, pues si bien era un lugar hermoso y paradisíaco, se salía por completo de los destinos élites, que acostumbraba a escoger Renato. Ese sitio quedaba prácticamente en medio de la nada; por lo que, supuso que, una vez más, él estaba dispuesto a salir de su zona de confort, para vivir junto a ella, experiencias que se volverían inolvidables.

—¿Estás seguro? —preguntó dudosa, mientras lo peinaba.

—Claro que sí —dijo animado, dedicándole una mirada a través del espejo. Le sujetó la mano y tiró de ella, invitándola a sentarse en su regazo.

Samira giró medio cuerpo y tomó el protector solar, se aplicó un par de rayitas en los dedos índice y medio, para luego aplicárselo a su marido en el rostro.

—Tendremos que llevar suficiente repelente, porque debe haber muchos mosquitos… ¿Estás dispuesto a soportar las picaduras?

—Si es por hacerte feliz y pasar tiempo a solas contigo, podría soportar hasta mordidas de serpientes. —La admiraba mientras disfrutaba de sus manos, esparciendo el protector por su rostro, ese toque lo llenaba de vida.

—En ese caso, tendremos que llevar suero antiofídico —aseguró con tono de broma—. Lo menos que quiero es enviudar tan joven, me moriría.

—Llevemos todo lo necesario para que podamos seguir disfrutando de esta vida juntos, por muchos años.

Samira, llevada por un arranque de pasión, lo sujetó por la cara, poniendo cada mano sobre sus orejas y estampó su boca contra la de él, que la recibió de inmediato con entusiasmo. Buscó la lengua de Samira, la succionó, la acarició y terminó chupándole los labios.

Samira, al saborear el beso, se pasó el dorso por la boca.

—Sabe a protector solar —dijo riendo y se le escaparon algunas gotas de saliva, que se estrellaron en el rostro de él.

De inmediato, estalló en carcajadas, mientras Renato se limpiaba la cara.

—Lo siento, amor —hablaba sin poder parar—. Te escupí.

Él no dejaba de reír y pegó la frente contra la de ella; entonces, le dio otro beso.

—Te amo. —Le recordó.

—Yo también, cada día un poco más… —sonrieron—. ¿Y cuándo nos vamos?

—Mañana.

—¡Mañana! Entonces, tengo que preparar el equipaje esta noche.

—Sí, mi señora.

Al día siguiente, salieron temprano con destino a Palmas, la ciudad más cercana al Parque Estatal. El viaje en avión duró alrededor de tres horas y media; al llegar, se subieron a un helicóptero, que los dejó en el helipuerto del eco *resort*, en el que se hospedarían.

Este contaba con doce búngalos, en un entorno selvático prístino; aun así, ofrecía todas las comodidades, manteniendo su objetivo ecológico.

Los llevaron hasta uno situado por encima de las copas de los árboles y con ventanas de

suelo a techo, proporcionándoles una vista panorámica del dosel de la jungla. Sin dudas, un lugar perfecto para desconectar y recargar energías.

Una cama de tamaño *king*, captó inmediatamente la atención de ambos, sabían que iban a darle muy buen uso, aunque al ver el sofá, decidieron que ahí también podrían pasarlo muy bien.

Samira salió a la terraza e inhaló profundamente, llenándose los pulmones de aire puro y maravillándose con las vistas que le ofrecía ese paraíso.

—Amor, mira lo que tenemos aquí —dijo Renato, asomándose desde el otro lado de la terraza.

Samira corrió por el piso de madera noble y vio una bañera redonda con hidromasaje.

—Esta noche tendremos cita aquí —comentó emocionada.

Renato ya había programado un *tour*, con un excursionista del hotel, quien los llevaría hasta Cachoeira do Formiga. Pero aún contaban con tiempo para ir a comer algo.

A Samira le hubiese gustado descubrir cada atractivo por su cuenta, pero sabía que estar en un lugar desconocido le provocaba cierta ansiedad a Renato; aunque él intentaba mostrarse calmado y seguro, ella había llegado a conocerlo mucho mejor en esos años juntos. Ahora podía identificar ciertos gestos que le indicaban cuándo algo le afectaba; sin embargo, él había mejorado muchísimo y ella también había avanzado en sus terapias.

Fueron al bufé que estaba a unos cinco minutos caminando por un sendero enmarcado de árboles selváticos. Hubiese sido más fácil pedir servicio a la habitación, pero tenían mucho deseo de adentrarse en la naturaleza y vivir la experiencia del hotel.

Al llegar, se sirvieron frutas picadas, queso, jamón, huevos revueltos y pan, que acompañaron con capuchino y jugo de naranja.

Una hora después, emprendieron el viaje junto al guía.

El bamboleo del vehículo tenía un poco inquieto a Renato, que se encontraba arrepentido de haber comido, ya que tanto movimiento le tenía el estómago revuelto; sin embargo, Samira se encargó de relajarlo con caricias y besos, también con su entusiasmo, cuando veía las impresionantes formaciones rocosas que componían la sabana.

—Es impresionante, ¿verdad? —dijo Samira, señalando la inmensa piedra.

Cerca del mediodía, llegaron hasta el restaurante donde almorzarían. Por un momento, Renato se arrepintió de haber escogido ese lugar tan lejos de todo, pero cuando se volvió y vio la sonrisa de Samira, mientras tomaba fotos, se dijo que lo haría de nuevo sin pensarlo.

Se acercó a ella y la abrazó, rodeándole la cintura con los brazos, al tiempo que le daba un suave beso en el hombro desnudo, ya que llevaba puesto un top sin mangas. Ella giró el rostro, para ofrecerle sus labios y él no dudó un segundo en atraparlos; después de años de casados, muchos decían que la pasión menguaba, pero en su caso, no había sido así, él seguía deseando a su gitana como la primera vez que le hizo el amor; y ella no desperdiciaba un instante a solas, para mostrarle cuánto lo amaba.

—¿Estás disfrutando del paseo? —Le preguntó y le dejó otro beso en el hombro.

—Mucho, amo la naturaleza —confesó y aprovechó que tenía el móvil en la mano, para hacerse una selfi con su marido.

En toda esa zona, la especialidad de los restaurantes era la carne asada en barra, así que se pidieron un par de filetes jugosos y deliciosos. Después de una hora, retomaron el viaje hacia su destino, pero antes, hicieron una parada en el Lago del Japonés.

—Debe su nombre al dueño de estas tierras. Al morir, este las donó al Estado, y así las nombraron, en honor al oriental —explicó el guía, caminando unos pasos por delante de la pareja.

Samira y Renato estaban maravillados por el paisaje. El lugar mostraba el verde de la selva en todo su esplendor, pero no solo eso, la laguna era realmente hermosa y; con el calor que estaba haciendo en ese momento, resultó una verdadera tentación para ambos.

—¿Podemos bañarnos? —preguntó Samira.

—Adelante —dijo el hombre, haciendo un ademán—. Pueden tomarse media hora, los espero en el todoterreno.

Sin perder tiempo, se despojaron de sus ropas, quedando solo en trajes de baño. Se tomaron de las manos y caminaron por el hermoso puente de madera, para lanzarse a las refrescantes y cristalinas aguas.

—¡Es tan cristalina! Amor, gracias por traerme, no sabía que necesitaba tanto este descanso, hasta este instante.

—¿No eras consciente de lo estresada que estabas? Pues yo sí… —Renato le rodeó la cintura y la pegó a su pecho.

—¿Tan insoportable estaba? —preguntó, frunciendo la nariz y lo abrazó por el cuello.

—¡Muy! —enfatizó él, sin poder estar realmente serio.

—Voy a recompensarte, lo prometo. —De inmediato, buscó la tentadora boca de su hombre.

Después de nadar durante un rato, en medio de juegos, risas y besos, decidieron regresar, para continuar con la ruta, porque aún tenían un largo camino por delante. Pero, antes de salir, empezó a llover bastante fuerte y el guía les dijo que lo mejor era esperar a que escampara un poco.

Mientras esperaban en el centro turístico, pidieron una bandeja con frutas tropicales cortadas en trozos. Samira también aprovechó para comprar algunos dulces artesanales, típicos de la región; su debilidad por el azúcar no había menguado ni un poco en todos esos años.

Cuando dejó de llover, retomaron su camino; aún les quedaba un buen trayecto por recorrer y ahora debían ir más despacio, porque el terreno se había puesto algo lodoso.

La cascada, de un intenso verde esmeralda y abundante caudal, que terminaba en una piscina traslúcida, les dio la bienvenida; incluso, desde la plataforma de madera que antecedía a las escaleras, se podía ver el fondo de arena caliza y, para hacer todo más mágico, estaba rodeada de una vasta vegetación nativa.

Samira no pudo esperar por Renato, ella corrió y desde la plataforma se dio un chapuzón que salpicó a su marido. Ella emergió y se giró para verlo todavía de pie en la plataforma.

—Ven, el agua está fresca. —Lo invitó con un ademán y podía sentir contra su espalda el hidromasaje natural que le ofrecía la cascada.

—¡Voy! —avisó y tomó impulso al retroceder varios pasos, luego corrió y se lanzó, cayendo más lejos que Samira.

Ella soltó un grito y se hundió cuando lo vio pasar por encima de su cabeza, por temor a que la golpeara, pero cuando salió a la superficie, él estaba como a un metro de distancia.

Ambos rieron abiertamente y juguetearon con el agua, disfrutando de ese momento en el que se sentían como la gitana adolescente y el payo tímido, pero ahora más enamorados y con una historia llena de muchas vivencias, las que los habían llevado hasta ese instante. Pues en esa relación encontraron la finalidad de sus existencias y las respuestas a preguntas que ni siquiera se habían hecho.

Por mucho que quisieran quedarse más tiempo en ese edén, no podían, tenían que volver al hotel. Sabían que, con tantos baches en el camino y amenazas de seguir lloviendo, no era apropiado esperar la noche para regresar.

Se encontraban en la terraza del búngalo, Renato sentado en una butaca y Samira en sus

piernas, mientras observaban por encima de las copas de los árboles, la bonita puesta de sol, de un naranja bastante pálido, debido a las lluvias de esa tarde; y aunque el cielo se había despejado, quedó una bruma que creaba un ambiente misterioso.

—Esto es verdaderamente mágico, maravilloso… —murmuró Samira—. Si algún día tenemos hijos, me gustaría traerlos a este lugar.

—Bueno, tenemos que ir pensando en tenerlos, pero el viaje es bastante extremo —comentó Renato, al recodar lo mal que se sintió por los baches—. Lo ideal será traerlos cuando tengan como diez años; porque, entre más pequeños, será más estresante para ellos y para nosotros, que estaremos más viejos.

—Tendremos que volver antes de eso, este lugar es maravilloso; pero tienes razón —sonrió y le dio un beso—. Tengámoslo —propuso decidida—. Creo que ya es tiempo, ¿no crees?

—¿Estás segura?

—Sí, me da nervios, lo admito, pero si no los tenemos, por esperar a que estemos preparados, puede que ese momento nunca llegue. Hasta ahora, nos sentimos muy bien como estamos, pero quizá con nuestros hijos todo esto que vivimos sea mejor; y no lo sabremos mientras no los tengamos.

Renato le sujetó la cara y la besó con fervor.

—Entonces, empecemos. —Se mordió el labio ante el deseo contenido.

—Será en vano, tenemos que quitarnos el chip.

—Pero podemos ir practicando —sonrió pícaro.

—Practiquemos —asintió con pasión y lo besó.

Cuando se separó, la mirada demandante de Renato le decía que iba a hacerle el amor de todas las formas posibles y que estaría más profundo que nunca; entonces, el calor echó chispas en su vientre y una jadeante necesidad de tocarlo la consumió.

Volvieron a besarse con ímpetu y el cuerpo de Samira empezó a temblar cuando sintió sus dedos pasear por su abdomen, bajaron y se hicieron espacio entre la goma del pantaloncito y las bragas, arrastrándolos por encima de su duro clítoris.

Ella se tensó e intentó quitar su mano, para que fuera más despacio o iba a correrse casi enseguida, porque estaba ovulando y demasiado sensible. Pero no era rival para la determinación de él. Así, en muy poco tiempo, los dedos de Renato se sumergieron profundo en su vagina.

—Estás tan mojada —murmuró contra su cuello.

Cuando Renato clavó los dedos a profundidad y buscó su punto más sensible, la hizo estremecer. Samira se aferró con los puños a la camiseta de él.

—Eso es, siénteme…, siénteme, cariño. —Disfrutaba de los estragos que aún causaba en su mujer.

El cuerpo de Samira estaba en llamas y abrió la boca, para emitir un jadeo ahogado.

Renato frotó nuevamente su punto G y, al mismo tiempo, estimulaba su clítoris con el pulgar.

—Sí, amor… Ahí, justo así… —Ella rompió en un sudor húmedo, jadeando, llorisqueando por más, mientras el placer subía raudo por su vientre. La necesidad la quemaba entre sus piernas y se acrecentaba.

Pero antes de que pudiera llegar al orgasmo, Renato retiró los dedos y la dejó aún más temblorosa, solo que ahora de frustración.

—Vamos a la habitación. —Le dijo y la sujetó por las caderas, para elevarla un poco y poder levantarse.

En cuanto estuvo de pie, Samira le envolvió la cintura con las piernas; al llegar a la cama, la dejó sobre el colchón y se desvistieron con desesperación.

Samira quedó acostada, apoyada en los codos y con las piernas flexionadas y separadas.

Renato se le fue encima y serpenteó hacia abajo por su cuerpo, hasta inclinarse sobre ella.

La anticipación de Samira ascendía, mientras sentía la respiración caliente de Renato, por toda su carne húmeda e hinchada.

—Si, por favor. Y ahora no vayas a dejarme a medio camino. —Apoyó su mano en la cabeza de Renato, empujándolo hacia sus pliegues.

Ubicado entre sus muslos, levantó la mirada y le sonrió con lujuria, luego se dedicó con todo a darle placer; pasó su lengua por su centro, rozando sus labios, estimulando su clítoris, hasta succionarlo con un gruñido hambriento.

Desde la primera lamida, el placer aprisionó a Samira como nada de lo que hubiera sentido alguna vez. La inteligente lengua de su marido la condujo hacia la cima, junto con esos largos e inquisitivos dedos. La empujó al borde del orgasmo con extensos y jugosos golpeteos sobre su clítoris, al que luego succionó.

Samira se arqueó, se aferró a las sábanas y gritó mientras el éxtasis se unía y explotaba, poniendo todo su cuerpo en llamas.

Todavía pulsaba con temblores secundarios, él le separó los pliegues con los pulgares y excavó nuevamente con la lengua. En respuesta, ella jadeó y extendió las piernas más abiertas.

Renato sabía exactamente cómo hacer que lo necesitara de nuevo. Con sus labios se aferró a su clítoris, haciéndole volar la mente y catapultándola hacia otro orgasmo, que no debería haber sido posible; pero era, en lugar de eso, inminente. La cuesta arriba fue más rápida, más empinada, más desgarradora.

Estaba empapada, chorreando. Tan hinchada que podía sentir sus pliegues inundándose. Pero, esta vez, Renato la mantuvo al borde, con el orgasmo a solo un latido de distancia. Arqueándose, retorciéndose, ella intentó todo para que su malvada lengua la mandara directamente a la felicidad, pero él la ancló a la cama con una mano en su cadera.

—Calma…, fiera, calma.

Todo dentro de Samira se apretó con negación. Ella necesitaba liberarse, lo necesitaba a él.

Renato volvió a introducirle sus dedos, Samira gritó mientras él seguía burlándose de su clítoris con la lengua; al parecer, quería que ella perdiera la cordura. Y estaba a punto de tener éxito.

—Eres tan perfecta. —Renato bombeó los dedos en forma simultánea. La salvaje sensación la chamuscaba, y cada terminal nerviosa rogaba por el clímax.

La chupaba con ímpetu, esta vez, más fuerte que la anterior; incluso, cuando los dedos la llenaban por completo. Y era una locura de placer, que la amenazaba con implosionar.

Como una tormenta perfecta, la demanda se acrecentó en su interior; su mero toque la impactaba como un rayo.

El éxtasis puro y caliente estaba sobre ella, y las compuertas del placer estallaron abiertas en una inundación torrencial. Mientras la satisfacción se estrellaba sobre ella, se sintió mareada, no podía respirar. Puntos negros bailaban en el borde de su visión. Gritó, con los muslos tensos y la matriz pulsando.

Lo que su marido le daba era brillante e infinito.

Ahora que la necesidad de correrse no la presionaba, lo vio levantarse y pensó que no había nada más perfecto que su pecho suave y su abdomen lleno de ese vello fino que tanto le gustaba. No hay nada más perfecto que sus ojos azules con las pupilas dilatadas, una mirada que sentía en el alma.

Él se subió a la cama, se sentó sobre sus talones, tomó las temblorosas piernas de ella y las

puso por encima de sus muslos.

Tomó su pene y empezó a arrastrarlo a través de su sensitivo canal, la sangre calentaba su piel, apresurándose hacia su clítoris.

Sensaciones la inundaron, mientras él se retiraba con una sensacional fricción. Ella ronroneó mientras él empujaba lentamente y se acostó sobre su delgado cuerpo; entonces, ella clavó las uñas en su espalda, trató de empujar con sus talones en su trasero. Él rechazó ser apurado, de hecho, impidió que dijera algo en absoluto.

Antes de que el confuso cerebro de Samira pudiera recuperarse y descubrir lo que su marido pretendía, él se retiró y le dio vuelta, dejándola bocabajo.

Luego la penetró con empujes enloquecedoramente tortuosos y sin ningún apuro.

—Por favor, amor…, más rápido…, más duro —suplicaba mientras empuñaba las sábanas.

Renato se recostó sobre su espalda y besó un lado de su mandíbula, también la besó en la parte posterior del cuello.

—Paciencia —empujó lento—, que estamos practicando para hacer un bebé… —jadeó de placer—. Y quiero que quede bien hecha… Que sea una princesa tan perfecta como tú.

Ella soltó una risita sofocada, que se convirtió en gemido, porque Renato, con sus lentos empujes, la estaban desarmando. Luego, él metió una mano por debajo de su cuerpo y con sus dedos empezó a estimularle el clítoris.

»Pero sabes que te daré lo que quieras… ¿Qué quieres en este momento, mi gitana? —Las yemas de sus dedos se arrastraron sobre la expuesta punta de su clítoris, y ella jadeó, elevando más su trasero. Él mordisqueó su oreja.

El placer en Samira rasgó a través de su cuerpo. Su estómago se tensó. La presión se construyó hasta que ardió y apretó como calientes tenazas, exprimiendo su resistencia.

Renato hizo otra retirada, para luego deslizarse en su interior con una fuerza que la llevó a gritar sin control. Samira no podía respirar, el desvanecimiento la nublaba, mientras Renato toqueteaba su necesitado clítoris.

—¡Renato! —El demandante grito se pareció más a un sollozo.

—Sé que esto es lo que necesitas, cariño. —Renato se aferró a su hombro y lo usó como palanca, para continuar bombeando dentro y fuera de su cuerpo con un ritmo que la enloquecía.

—Por favor..., sí…, sí…; es lo que necesito —sollozaba sin parar. Sentía un placer, tan intenso, que estaba a punto de llorar abiertamente y sin control. —Más, mi amor, tómame como desees… Soy tuya, bebé… ¡Así…! Hazlo más duro, Renatinho… —Samira jadeó, desesperada, tratando de empujar hacia atrás sobre la erección. El placer se estaba fundiendo dentro de ella, volviéndose espeso y tenso. El más mínimo movimiento, ella lo necesitaba.

—Es exactamente lo que haré. —Le prometió con un gruñido, la penetró con profundos y despiadados empujes, lo suficientemente rápidos como para multiplicar la fricción.

Samira sintió la presión de unos resbaladizos dedos sobre su clítoris y los frotó en círculos. Su sangre hirvió, su cordura se quebró y el placer explotó a través de ella.

Al escucharla y sentirla tan demandante y tan entregada, Renato estuvo a punto de correrse, pero no, todavía no terminaba con lo que deseaba hacerle a su mujer.

Samira, apenas había recuperado la respiración y recordaba su propio nombre, cuando él volvió al ataque; en esta ocasión, dirigiendo sus dedos resbaladizos alrededor del borde de su entrada trasera.

Samira jadeó mientras los enérgicos dedos iban más profundos; primero uno, luego dos, al tiempo que su pene empujaba dentro y fuera de su vagina, despertando nuevamente todas sus terminaciones nerviosas.

—Tócate el clítoris, mi reina, que vamos a disfrutar mucho este momento.

Tan pronto como se tocó a sí misma, Renato marcó un ritmo con los empujes de su pelvis, que le robó la respiración. En segundos, ya la había abrumado y el mundo de ambos explotó como una supernova.

Renato salió de ella y rodó en la cama, hasta quedar acostado boca arriba, con el pecho agitado; tomó la mano de Samira y empezó a darle besos.

Ella se quedó acostada bocabajo, con una sonrisa extasiada y el cuerpo débil. Lo miró embobada, nada más perfecto que su marido después de haber estallado en un orgasmo.

—Te quiero, payo —susurró.

—Te amo, gitana…, madre de mis hijos.

—¿Quieres más de uno? —preguntó, arrastrándose en el colchón, para acostarse en su pecho.

—Me gustaría. Dios sabe que sí, pero antes tenemos que ver cómo nos va con el primero… Bueno, la primera —sonrió con ilusión.

—Serás buen padre, lo sé. —Le besó el pecho, justo donde el corazón aun le latía fuerte.

EPILOGO

5 años después.

Samira abrió los antes de que sonara la alarma y se volvió para mirar a su marido aún dormido, estaba bocarriba con las manos en el pecho y los labios ligeramente separados, le tranquilizaba ver el influjo tranquilo de su respiración, quiso acariciarlo o darle un beso, pero lo menos que quería era despertarlo; así que se quedó mirándolo en silencio, por varios minutos, hasta que el despertador sonó, se apresuró para silenciarlo y salió de la cama.

Suspiró aliviada de que Renato no se hubiese despertado y casi de puntillas entró al baño, solo se lavó los dientes y la cara, luego se recogió el cabello y aún en pijama salió de la habitación.

Su intención era ir hasta la habitación de su hijo menor, pero escuchó la algarabía de sus hijos proveniente de la primera planta. Así que se dirigió a las escaleras y a medida que las bajaba, se hacían más nítidas las voces de sus hijos y la de la niñera.

—¡Mami! —exclamó, emocionada, Renata de cuatro años. Que en cuanto vio a su madre se bajó de la silla del comedor y corrió hacia ella—. Buenos días, mami.

—Bueno días, mi cielo… ¿Ya desayunaste? —le preguntó al tiempo que la cargaba.

—Sí, me comí toda la fruta.

—¡Qué bien! —le dio un beso en la mejilla—. Eres una niña muy obediente.

—Mami, mami… —Desde otra silla en el comedor Serena, llamaba insistentemente a su madre, pero la niñera evitaba que se bajara, al sostenerla con cuidado por un brazo y trataba de llamar su atención.

Samira caminó hasta donde la niña de tres años reclamaba su atención, bajó a Renata, para poder cargar a Serena.

—Buenos días, Janet, espero que no te hayan dado mucho trabajo —le dijo a la niñera, al tiempo que tomaba en brazos a Serena.

—No, señora… Se han portado muy bien. —Ella los adoraba, pues estaba con ellos desde que Renata cumplió el año. Así que había visto nacer a Serena y a Reinhard, que hacía un mes cumplió el año.

—¿Y papi? —preguntó Renata.

—Aún está durmiendo, mi cielo.

—¿Hoy tampoco saldrá de la habitación? —preguntó inocentemente la niña de ojos azules.

—No lo sé, pero debemos comprender que no se siente bien.

—Serena, ve con Janet, que tengo que darle de comer a tu hermano.

—Mami —chilló porque no quería que su madre dejara de cargarla.

—Solo será un momento, mi amor. Ve con Janet.

La niñera se levantó y le ofreció los brazos.

—Ven, pequeña, ¿quieres más puré de manzana? Tengo poco más para ti.

Ante el ofrecimiento, la niña aceptó irse con su cuidadora. Entonces Samira sacó de la silla auxiliar al más pequeño de sus hijos, para amamantarlo. De los tres, era el que había pasado más tiempo pegado a la teta.

Se sentó en una de las sillas del comedor y dejó expuesto su pecho izquierdo, de inmediato el niño se le pegó al pezón. Lo amamantó por unos diez minutos.

—Mami, ¿hoy si vamos a esquiar? —preguntó Renata, que por la edad era la más parlanchina.

Samira lo pensó ya llevaban una semana ahí y la intención del viaje era traer a los niños a la nieve, pero las cosas no estaban saliendo como se planearon; sin embargo, no tenía por qué seguir manteniendo a los niños ahí encerrados.

—Sí, hoy iremos. Janet nos acompañará.

—¡Sí, vamos a la nieve! —dijo la niñera con entusiasmo, mientras mecía a Serena.

—¡Sí! ¡Sí! —empezó a saltar Renata, haciendo que su melena castaña se agitara.

Reinhard se echó a reír mostrándose sus pequeños dientes, mientras aplaudía.

—¡Sí! Vamos a la nieve —dijo Samira, riendo al ver la emoción del niño, y lo sacudió juguetonamente en sus brazos. Lo que provocó que las carcajadas de él se hicieran más intensas.

—Bueno, vamos a ducharnos —canturreó Janet—. Y a vestirnos para ir a la nieve.

La niñera tomó de la mano a Renata, mientras que tenía a Serena cargada en el otro brazo, para llevarlas arriba a la habitación.

Samira la siguió con Reinhard en brazos, luego entraron en habitaciones distintas; la niñera en la de las pequeñas y Samira entró en la del bebé.

—Yo me encargó de Reinhard y tú de las niñas, por favor, abrígalas bien, en el armario hay ropa de nieve.

—Sí, señora.

—Gracias.

Samira se encargó de bañar y vestir a su pequeño, mientras lo entretenía con cantos y juegos para que se dejara poner cada prenda.

Al terminar, fue a la habitación de las niñas, ambas ya estaban listas y se veían preciosa con sus monitos de esquiar.

—¿Puedes cuidarlo, voy a ducharme y cambiarme?

—Por supuesto.

Samira le agradeció una vez más y salió de la habitación de sus hijas, para ir a la que compartía con su marido. Cuando entró, por más que Renato quiso disimular y hacerse el dormido, ella notó el movimiento de pasarse el dorso de la mano para limpiarse las lágrimas.

Ni siquiera lo pensó, se metió a la cama y se acostó detrás de él, abrazándolo con fuerza y enterró la nariz en su nuca.

Hacía dos semanas que Reinhard Garnett murió a los ciento seis años, dormido en su cama, al lado de su mujer. La partida del patriarca había afectado a toda la familia, pero a Renato lo devastó y desde entonces se sumergió en un fuerte estado de depresión. Desde que lo conocía, hace veinte años, jamás lo había visto tan vulnerable ni con tan pocas ganas de nada.

Ella le pidió que no viajaran, no tenían porqué venir a Chile, a los niños podrían traerlo en cualquier otro momento, los planes siempre podrían modificarse, pero él insistió en venir, sacó fuerzas de dónde no las tenía y se montó en un avión con ella y los niños.

Pero Samira bien sabía que usó el viaje de excusa para alejarse de su familia y que no lo vieran sufrir, porque entonces los preocuparía y ya ellos tenían suficiente con el duelo.

Ya había tenido un par de terapias con Danilo, pero era un proceso lento, sobre todo, porque debían contar con que Renato pusiera de su parte; por lo menos, gracias a la terapia, consiguió que después de cuatro días se duchara, se lavara los dientes y comiera un poco más.

A ella le dolía mucho verlo batallar tanto con sus sentimientos y que no pudiera hacer más por él, la hacía sentirse impotente.

—Estoy aquí, amor… Estoy aquí —susurró pegada a su espalda mientras le acariciaba el

pecho.

—Lo siento, no me gustaría sentirme así… —murmuró con la voz rota.

—Ya lo sé, cariño, pero no es tu culpa que te sientas así… Eres valiente por soportar este peso… Aprieta mi mano, aquí estoy, contigo.

Renato tomó la mano de Samira que estaba en su pecho y la apretó, ella también apretó el agarre.

—¿Cómo están los niños? ¿Ya desayunaron?

—Están bien, son tan hermosos… Nuestros hijos, son tan bellos, es que lo has hecho excelente…

—No, no lo he hecho excelente, ahora mismo no puedo ser un buen padre.

—Eres un padre extraordinario… y lo sabes. Ellos te aman tanto.

—Yo también los amo…

—Están muy entusiasmados con ir a la nieve. —Intentó por tercera vez, esa semana, de forma bastante sutil, convencerlo para que fuera con ellos. Danilo le dijo que era muy importante conseguir sacarlo de la cama, que tuviera algún tipo de distracción, pero hasta el momento había fallado en el intento y eso la llenaba de impotencia—. Creo que los enviaré con Janet y Raúl… —En ese momento tomó esa decisión, porque no iba a dejar a Renato solo.

—No, no los envíes con ellos, les prometí que los llevaría… Sé que mi abuelo estaría decepcionado de mí si no lo hago.

—Está bien, hagámoslo en honor a él, llevamos a los niños… Ven amor, ven conmigo —lo hizo que se diera la vuelta y le sonrió con ternura, mientras retenía las lágrimas por temor a que eso le afectara y lo hiciera retroceder el gran paso que acababa de dar—. Mírame a los ojos, todo va a estar bien. —Se acercó y le dio un beso en los labios.

—Lo sé, si es contigo, todo va a estar bien —asintió.

—Vamos a ducharnos —lo instó.

Renato a pesar de que prefería quedarse en la cama, hizo el mayor esfuerzo que se había permitido en días; eso era incluso doloroso, pero ya había pasado por ese proceso y sabía que si no perseveraba no iba a sobreponerse.

Aceptó que Samira fuera quien prácticamente lo duchara, porque se sentía débil, casando, como si hubiese corrido una maratón todos los días.

Cuando bajaron ya vestidos, sus dos niñas corrieron y cada una se le abrazó a las piernas, mostrándose realmente felices de verlo. Reinhard estaba que saltaba de los brazos de Janet a los suyos.

Verlos, sentirlos, olerlos, escucharlos; servía para cargar un poquito más, esa barra de energía que se había agotado.

Como iba a conducir, necesitaba estar bien alimentado y Samira le preparó un desayuno bien sustancioso.

Mientras comía, Samira atendió una videollamada de Vadoma; al escuchar la voz de la abuela, las niñas corrieron a asomarse a la cámara para saludar a su abuela porque ellas amaban a la gitana.

Ya listos para partir a la Parva, subieron a la SUV, Entre Samira y Janet acomodaron a los niños en sus asientos en el puesto trasero de la SUV. La niñera se sentó junto a los pequeños, mientras que Samira se ubicó en el puesto de copiloto y él en el del conductor.

—¡Música! ¡Música! —canturreó Renata agitando las manos.

—¡Música! ¡Música! —La imitó Serena.

—Pongamos música —dijo Renato, complaciendo a sus niñas—. ¿Reinhard, quieres

escuchar música? —preguntó volviéndose a mirar por encima del hombro a su pequeño.

El niño asintió, al ser instado por su madre.

Entonces Renato encendió el reproductor y puso una canción infantil que sabía que sus hijos amaban. Luego se puso en marcha.

Las niñas empezaron a cantar, seguidas de Samira y Janet, mientras Reinhard aplaudía.

Renato miró a sus hijos a través del espejo retrovisor y sonrió después de dos semanas de sentirse casi muerto. Y su sonrisa se hizo más amplia cuando los ojos color oliva de Serena, le recordaron a esa mirada del mismo color que también veinte años atrás, en un asiento trasero, le cautivó e hizo que su suerte cambiara.

Se volvió a mirar a esa mujer a su lado y le ofreció la mano, ella sin dudarlo la tomó y le sonrió, luego siguieron la canción que sus hijos cantaban.

—¿Estás bien? —le preguntó Samira en voz baja.

—Te tengo aquí conmigo, ¿qué más puedo pedir? —respondió sonriente y luego siguió cantando, sabía que poco a poco, empezaría a sentirse mejor y no iba a permitir que su estado de ánimo decayera nuevamente.

Agradecimientos

Por darle la oportunidad a Renato y a Samira.

Libros en esta serie

Cambia mi suerte

Cambia mi suerte

Samira tiene un sueño por cumplir y hará hasta lo imposible por alcanzarlo, aunque hacerlo, signifique ir en contra de los deseos de su familia y de todas las imposiciones de su cultura.
Renato vive atado a sus demonios personales y cada día lucha por doblegarlos.
Ella es capaz de descifrar las emociones que él intenta ocultar; él anhela la libertad que ve en los ojos de ella.
Ella necesita ayuda con urgencia y solo él puede dársela.
Un encuentro poco convencional los pondrá en el mismo camino y quizá, juntos puedan apostarle a la suerte y cambiar su destino.

Cambia mi suerte una vez más

Un viaje, una nueva vida, un destino por cumplir.

Samira se ha mudado a otro país y ahora está forjándose un nuevo camino, donde tendrá que enfrentarse a nuevas situaciones y convivir con personas que no son de su cultura.

Renato ha seguido con su vida, pero echa de menos ese soplo de aire puro que era Samira para él; ahora tendrá que hacer todo lo posible para que la distancia no sea un obstáculo para conservar su amistad.

Samira y Renato deberán descubrir si lo que sienten el uno por el otro es más que un cariño fraternal.

¿Qué pasará si se dejan llevar? ¿Serán capaces de arriesgar lo que ya tienen por seguir lo que les dicta el corazón?

Libros de este autor

Juegos de Poder

Florencia Brunetti, es una periodista que se centra en sus ambiciones profesionales. Para ella, lo más importante es la búsqueda de la verdad y desenmascarar todo lo que esconde la política de su país.
Keith Somerville es un abogado exitoso que no descansará hasta conseguir ser socio en la firma en la que trabaja. Es cínico y astuto, por lo que sabe que nada le impedirá ir tras sus objetivos.
Florencia y Keith saben que para alcanzar sus propósitos deberán jugar con sus propias reglas, porque en el juego de la política lo que sobran son los secretos.
La intriga, el misterio, la manipulación, la corrupción, el sexo y el romance serán elementos presentes en este thriller político.

Corazón Indómito

Connor Mackenzie nació y creció a los pies de la cordillera Teton, en Wyoming. Lleva con orgullo las riendas de su rancho, pero también trabaja como domador para varias organizaciones que defienden a los legendarios Mustang.
Como su tótem indio lo indica, es un lobo alfa que protege a su manada de cualquier amenaza, y debido a eso no perdona a Jennifer Rawson, con quien tuvo disputas en el pasado.
Jennifer es hija única y extremadamente mimada del poderoso Prescott Rawson, tras varios años en Europa, regresa al lugar que más odia en el mundo, porque le hace recordar momentos dolorosos.
El rencor entre Jennifer y Connor es reciproco, pero tendrán que hacer a un lado sus rencillas en pro de beneficios mutuos; sin embargo, el acercamiento entre ambos se tornará bastante peligroso y apasionado.
¿Podrá Connor Mackenzie domar a Jennifer Rawson, como lo hace con todo en su vida?
Descúbrelo en Corazón Indómito.

LA BESTIA

Benjamin Sutherland, es un joven atractivo que anhela alcanzar la fama y ser uno de los actores más reconocidos de Hollywood, con sus sueños en una maleta llega a Los Ángeles, donde también se reencontrará con su pasado, en muy poco tiempo alcanzará la cima del éxito anhelado, convirtiéndose en la sensación del momento. No obstante, una mala decisión y extrañas circunstancias lo posicionan en el ojo de un huracán mediático.
Candice Adams lleva una vida perfecta al lado Jeremy el chico al que ama, pero un inesperado suceso que conmocionó al mundo la golpeará con todas sus fuerzas, cuando creía que todo estaba perdido y había tomado nuevas decisiones para su vida, el destino la llevará a un lugar donde conocerá cuán delgados son los límites entre el bien y el mal. Las pesadillas que la persiguen desde niña empezarán a hacerse realidad; sin darse cuenta formará parte de un plan para el que ha sido predestinada y terminará entregando más que el corazón a la persona menos indicada.

LA BESTIA es una historia cargada de suspenso e intriga que nos llevará a cuestionarnos algunas de nuestras creencias, siempre teniendo como ingrediente principal ese poderoso sentimiento que mueve al mundo: El amor.

Dulces mentiras amargas verdades

El director de una prestigiosa firma de abogados y exitoso fiscal del distrito de Manhattan Samuel Garnett, vive sin restricciones, experimentado, aventurero, apasionado e intenso. No le gustan los compromisos y se verá envuelto en una explosión de sentimientos, cuando conozca accidentalmente a la enigmática diseñadora Rachell Winstead. Lo que no sospecha es que ella traerá consigo al hombre que odia y por el cual está dispuesto a conocer el lado ilícito de la ley. Rachell es inteligente, segura de sí misma, con una belleza extraordinaria, la cual utiliza para manipular a los hombres, obtener beneficios y mantener a flote su sueño, ambiciona darse a conocer internacionalmente. También tiene sus propios demonios, no confía en el género masculino, en sus planes el amor no tiene cabida, para ella no es más que un sentimiento que esclaviza.
Samuel y Rachell se verán atrapados en un vórtice, de orgullo, odio y amor ¿Podrán vencer los demonios? ¿Aprenderán a confiar? ¿Cuáles son los secretos que los atormentan?

Mariposa Capoeirista

Elizabeth Garnett, hija del Fiscal General de Nueva York y la más importante diseñadora de modas del momento. Es modelo desde niña, pero también por sus venas corre una desmedida pasión por la capoeira.
Debido a un cambio de planes deberá pasar sus vacaciones en Brasil, tierra que la vio nacer. Donde conocerá a tres hombres, que aparentemente no llevan una buena relación, pero que tienen tres cosas en común:
Los tres son capoeiristas; tienen el mismo tatuaje de una flor de Lis y cautivantes ojos grises, que hipnotizan con solo una mirada.
Elizabeth, inevitablemente caerá bajo el estudiado juego de seducción que los tres hombres despliegan, sin saber que tras la engañosa perfección que muestran, se esconde un terrible secreto.
Crímenes dantescos de mujeres y desapariciones, mantienen en alerta a la ciudad. Nadie sabe dónde, cuándo ni cómo desaparecen, solo tienen por certeza, que la persona encargada de sembrar el terror, cumple el mismo patrón y que sigue rondando por la ciudad, cada vez más cerca de su próxima víctima.
Sumérgete en esta historia cargada de intriga, acción y misterio, y descubre junto a Elizabeth el enigmático y apasionante mundo de la capoeira.